MAY R. AYAMONTE
LAS AGUAS SAGRADAS
CONTRALUZ

MAY R. AYAMONTE

Las aguas sagradas

CONTRALUZ

Parte 1

Década de 1950

El crepitar del fuego en la estufa de leña amenizaba las comidas de los trabajadores que, a menudo, se acercaban al bar de su familia. El niño observaba su alrededor, como cada día, mientras esperaba a que sus padres se sentaran en la mesa y lo acompañaran. Manolo bebía entre risas junto a sus compañeros. Llevaban meses terminando el adoquinado de una de las calles transversales y descansaban siempre a la misma hora. En aquel mes, en el que el calor había remitido y las noches ya eran heladoras, los albañiles solían comer entrada la hora de la sobremesa antes de que el frío paralizara sus labores. También estaba Rita, la viuda que había decidido dejar de cocinar desde que falleciese su marido y llenarse el estómago con cocidos que se alargaban hasta la noche. Ese pequeño negocio familiar era famoso por llenar de vida la plaza tan simbólica de la ciudad en la que se encontraba.

El niño sonrió cuando sus padres se sentaron a su lado y le tendieron las lentejas que comerían ese día. Alcanzó el pan y devoró el plato caliente. Sus padres aún eran jóvenes y soñaban con tener otro hijo que, en un futuro, pudiera acompañara al niño cuando heredara el bar familiar. El niño se reía cada vez que su madre le decía algo a su padre y no podía evitar sentir el corazón henchido de felicidad al saberse afortunado por tener una familia como la suya. Durante la comida, su madre le habló del viaje que realizarían al pueblo cuando cerraran quince días durante octubre, como ocurría cada año. No importaba el colegio, pues era el momento en el que podían estar los tres juntos sin que el bar fuera el lugar de encuentro.

Al terminar de comer y tras despedirse con un beso, el niño salió corriendo con su pelota a la puerta del bar. Escuchaba a los comensales pedir café a sus padres y la risa dulce de su madre que acompañaba sus respuestas. En la puerta ya estaba Juanito, que lo esperaba de brazos cruzados. A menudo se le hacía tarde comiendo

y su amigo tenía que hacer tiempo hasta que terminara. Subieron un poco la calle, lo justo para llegar a la zona que tanto les gustaba.

Mientras jugaban con el balón, que ellos mismos habían fabricado con trozos de papeles envueltos en tiras de trapo de los vestidos que sus madres ya no querían, el niño se giraba cada cierto tiempo para comprobar que sus padres no necesitaran ayuda. Aunque no entendía muy bien por qué, en el bar solía escuchar cómo las consecuencias devastadoras de la guerra cada vez eran más visibles. Así que, por miedo a ellas, necesitaba comprobar cada tanto que todo estaba en orden en el pequeño negocio de sus padres.

En uno de sus despistes, Juanito lanzó demasiado fuerte el balón que fue a parar al otro lado de la majestuosa fuente que tenían al lado. El niño salió corriendo detrás de la pelota, dejando atrás el sonido repiqueteante del agua y las voces atronadoras del bar. El balón chocó contra uno de los plataneros y se alejó carretera abajo. El niño corría para no perderlo, pero parecía que no llegaría a tiempo antes de que un coche se hiciera con él.

De pronto, y como si de un trueno se tratara, un sonido ensordecedor rompió la calma de la tarde y reverberó en los edificios que bordeaban la zona. El niño se tiró al suelo, inconsciente de lo que ocurría, y se cubrió la cabeza con los brazos en una respuesta instintiva. Escuchó el sonido de la fuente más fuerte que nunca y le pareció que empezara a llover, aunque no se mojaba. El suelo vibraba y, a pesar de estar sobre él paralizado, sentía que su cuerpo se movía solo, al compás del sonido de una lluvia que no le mojaba.

Los gritos no tardaron en acompañar la gama de melodías nuevas que lo rodeaban. Fue entonces cuando fue capaz de dejar los brazos caer, abrir los ojos e incorporarse. Y empezó a correr de vuelta llamando a Juanito. Los pies se le encharcaron en el agua y las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas. Juanito estaba tirado en el suelo pidiendo auxilio. Al llegar hasta él, alzó la mirada y sintió que se le paralizaba el corazón. Empezó a temblar y a gritar. Mientras corría notaba cómo los pies le ardían y le pesaban más de lo normal. Hasta que estuvo delante de un mar de escombros en el que ya no se escuchaba a Rita ni tampoco a

Manolo. Un silencio perturbador se había adueñado del lugar y el niño cayó al suelo, gritando y perdiendo el control.

Capítulo 1

2021

La luz de la lámpara de pie inundaba la pequeña estancia en la que Fátima Suárez estaba trabajando en su tesis doctoral. El techo bajo y de madera con vigas descubiertas crujía bajo las pisadas de Leónidas, que se movía en el dormitorio de arriba. Cada cierto tiempo, una pequeña capa de polvo y quera se desprendía de entre las vigas. Las carcomas parecían habitar aquella casa y era casi imposible deshacerse de ellas; algo bastante habitual en las viviendas del Albaicín. Llevaban meses tratando de remitir la plaga, pero cada vez que Fátima se sentaba a trabajar se daba cuenta de que iba a ser una misión imposible. Si esa casa no perteneciera a su pareja, probablemente ya se habrían mudado hacía un tiempo.

Fátima se levantó del escritorio en el que estaba trabajando, bajó la pantalla de su ordenador portátil y se dirigió a las escaleras de madera flotante que la llevarían hasta la planta baja. La vivienda estaba construida en una pendiente típica del barrio, lo que provocaba que fuera incómoda e inconexa. Tenía cuatro plantas de pocos metros cuadrados, conectadas por esa estrecha escalera por la que bajaba lentamente. A pesar de que llevaba viviendo dos años en aquel lugar, aún no se había acostumbrado a la sensación de vértigo que la abrumaba cada vez que bajaba o subía. El pasamanos también era de madera y estaba adornado con espirales, parecía obra de un buen ebanista. A Leónidas le gustaban los pequeños detalles como ese y, por eso mismo, la casa estaba adornada con objetos que traía de sus viajes.

La cocina también era pequeña y sentía que la tierra la abrazaba ahí abajo. Contaba con una única salida al exterior, que daba a un patio que se habría nivelado cuando se

construyó. Sacó la ropa de la lavadora, también de reducidas dimensiones y adaptada a la vivienda, y salió a los pocos metros cuadrados exteriores que contaban con privacidad. Si bien la terraza de arriba era grande y tenía unas vistas espectaculares a la ciudad y la Alhambra, también era foco de la mirada de todos los vecinos que los rodeaban. Al menos ahí abajo nadie veía su ropa interior cuando estaba tendida. Aun así, el patio era húmedo por su localización y a menudo acababan subiendo el tendedero cuatro plantas arriba. Solo de pensar en las escaleras, sentía un sudor frío en la espalda.

—Cariño, te estoy esperando —la voz de Leónidas, suave y seductora, se dejó caer por la ventana del dormitorio hacia el patio.

Fátima no pudo evitar ruborizarse ante el deseo desenfrenado que sentía al pensar en subir a la cama con él. Aun así, se contuvo y respondió:

—Cinco minutos y estoy, lo prometo.

Los vecinos también debían ser testigos de aquellas conversaciones íntimas de pareja que mantenían a menudo. Hacía tres años y medio que se habían conocido en la facultad de Filosofía y Letras y, desde entonces, no se habían separado más de lo necesario por el trabajo de Leónidas. Él era un catedrático sumamente reconocido en su campo y Fátima se había enamorado de él en cuanto lo había escuchado hablar de la tradición andalusí de Granada en un seminario al que acudió antes de comenzar su doctorado. Le gustaba creer que la vida los había unido con el propósito de investigar juntos hasta que ya no quedara nada más por descubrir. No había sido fácil, ni tampoco lo era en esos momentos, defenderse a sí misma mientras el resto solo veía a una alumna saliendo con su director de tesis. Pero merecía la pena por cada segundo que vivían juntos, al margen del mundo académico y de los que juzgaban la relación que mantenían.

Tendió la última camisa celeste de Leónidas y después volvió a la cocina, donde dejó la cesta de la ropa y cerró la puerta del patio con llave. A menudo se cometían robos en viviendas del Albaicín y, desde que Fátima se mudara a esa casa, no había un solo día en el que no se fueran a dormir con

la llave echada. Las leyendas recorrían el Albaicín y parecía que nadie creyese que aquel mágico barrio pudiera ser testigo de verdaderas atrocidades, hasta que cuatro años atrás unos asesinatos en serie pusieron en jaque aquellas callejuelas tan famosas. Fátima recordaba el momento exacto en el que le contaron que había aparecido la primera víctima en una cruz porque también eran sus primeros días como doctoranda en la Universidad de Granada.

Conforme subía las escaleras hacia la primera planta donde estaba el salón y su escritorio de trabajo, recibió un mensaje que hizo que su teléfono vibrara y se iluminara en el bolsillo del pijama de satén que llevaba. Lo sacó sorprendida por las horas y leyó en voz alta:

Mañana tienes que sustituir a Carlota en Historia Medieval 1. Te ha mandado un correo con lo que necesitas. Buenas noches.

Al terminar, profirió un quejido lastimero que fue respondido por Leónidas, que le indicaba que se iba a dormir. Fátima quiso lanzar el teléfono escaleras abajo, pero se contuvo apretando los puños. Eso era ser una doctoranda a un año de presentar la tesis: comerse las sustituciones de última hora y tener que estar hasta la madrugada preparándose una clase para el día siguiente. Además de ser medieval, una rama que no le interesaba en absoluto dentro de su campo de estudio. Pero se debía a la beca FPU que tenía y que tanto sudor y lágrimas le había costado conseguir. Así que aceptó la situación en la que se encontraba y se dirigió de nuevo hacia el escritorio.

Mientras encendía la luz de la lámpara de pie de latón y se sentaba frente al ordenador, pensó en lo difícil que iba a ser terminar esa tesis a tiempo cuando llevaba meses en los que solo cubría bajas de sus compañeros. Prácticamente todos los alumnos del grado de Historia ya la conocían, se había paseado por delante de cada curso e incluso de cada departamento. A veces se preguntaba en qué momento de su vida le había parecido una decisión acertada estudiar Historia y esforzarse por un doctorado. Sí, sus estudios eran su pasión, pero ¿ejercer como docente? Eso no estaba incluido en su lista de deseos. Aun así, había peleado varias becas que le habían permitido

estar donde se encontraba y no podía perder las oportunidades que le habían dado alas para volar.

Fátima Suárez siempre había sido una alumna brillante deseosa de salir de la casa de sus padres y marcharse a la ciudad. Estudió con la beca típica del Ministerio de Educación, que le ofreció la posibilidad de alquilar un cuartucho en un piso compartido, en el que las plagas de cucarachas estaban a la orden del día. Durante su último año de grado, pidió una beca Fullbright para estudiar un máster en el extranjero, que le permitió estudiar, un año en Nueva York y otro en Londres, el máster de Historia Internacional y Mundial de la Universidad de Columbia. Y no dudaba de que había sido gracias a eso por lo que entró en el programa de doctorado de Historia de la Universidad de Granada con una beca FPU, que tanto costaba conseguir y a la que se postulaban miles de estudiantes cada año.

Se recogió el pelo rubio ceniza en una coleta antes de ponerse a trabajar en la clase que tenía al día siguiente. Su tesis tendría que esperar otro día más, que iba sumando al medio año que llevaba prácticamente sin avances. El tema de su tesis, la influencia andalusí en el desarrollo cristiano de Granada, era lo que la había conectado con Leónidas, que era un experto en la herencia andalusí de la ciudad. Como buenos apasionados de su campo, compartían horas y horas desarrollando y comprobando teorías sobre la ciudad. A Fátima le gustaba el Albaicín, aunque no lo habría elegido como barrio para vivir por sus cuestas infernales; pero Leónidas amaba ese lugar y por eso había comprado esa casa mucho antes de conocerla. Al final, Fátima había aceptado que no le quedaba otra más que vivir ahí si quería compartir hogar con él. Aun así, merecía la pena cada mañana que se despertaba al lado del hombre que le había robado el corazón.

Tras dos horas trabajando en la clase del día siguiente, hizo una pausa y navegó por internet sin rumbo. Estaba aburrida de preparar diapositivas. Por suerte, la profesora a la que iba a sustituir le había indicado la etapa en la que estaban trabajando en clase e incluso le había pasado parte del temario del día siguiente resumido. Eso era algo que detestaba de la

universidad y el ambiente académico: la competencia. Todo habría sido mucho más fácil si Carlota le hubiera enviado las diapositivas que ya tenía preparadas; pero como Fátima era una doctoranda que además era pareja del erudito del departamento, le complicaban la vida para que tardara más tiempo. No era algo personal, y ella lo sabía. Sencillamente había elegido un trabajo en el que la competitividad estaba a la orden del día.

Mientras leía uno de los periódicos de la ciudad, el *Granada Actual,* prestó atención a una noticia que parecía pasar desapercibida entre tantos titulares. Hablaba de una pancarta que había aparecido trece días antes en el Paseo de los Tristes, una emblemática plaza de la ciudad que se abría a los pies de la Alhambra. El titular rezaba que podía ser el principio de un nuevo movimiento *hippie* que revolucionara la ciudad. Iba acompañado de una fotografía de la pancarta. Fátima no le prestó más atención y siguió leyendo titulares. Suspiró pensando en lo mucho que había caído en calidad ese periódico desde que la famosa Jimena Cruz lo abandonara. Jimena era la periodista granadina que había saltado a la fama tras resolver, en parte, la trama de los asesinatos en serie que se sucedieron en el Albaicín.

Para cuando quiso darse cuenta, había pasado demasiado tiempo leyendo la prensa y aún no había terminado de preparar la clase que tenía al día siguiente. Fátima volvió a centrarse en terminar de una vez por todas lo que estaba haciendo a la par que anhelaba irse a la cama. Probablemente tuviera que dar esa asignatura durante una semana, así que le quedaban varias noches de aguantar despierta hasta bien entrada la madrugada. Durante la mañana solía dar clases y, a veces, por las tardes también, y tenía que combinar todo eso con terminar su propia tesis. Además, el hecho de que su director de tesis y ella fueran pareja no ayudaba, cuando se sentaban a trabajar acababan distraídos y abandonando el tema.

—Fátima, estoy a punto de pedir que te retiren esa beca que tienes por no venir a la cama —la voz de Leónidas se coló por las escaleras.

—Han pasado dos horas y media, ¿de verdad no te has dormido? —respondió ella con la voz dulce que tanto la caracterizaba.

—Sí, pero me he despertado con unas ganas tremendas de verte desnuda —la voz grave y seductora de Leónidas cada vez estaba más cerca de ella.

Fátima se desabrochó los botones del pijama de satén de manga larga que llevaba. Tenía que terminar de preparar esa clase, pero un fuego demasiado fuerte se estaba despertando en su interior. Se mordió el labio inferior mientras se acercaba a las escaleras, hasta que lo vio. Leónidas estaba completamente desnudo y mirándola con esos ojos azules que le recordaban al color del mar embravecido.

—Entonces, no me queda otra que satisfacer esos deseos — fue lo último que dijo Fátima antes de sentir cómo él se abalanzaba sobre ella entre risas.

Capítulo 2

—*Las mujeres que ofrecieron su vida a Dios* fue un *best seller* que puso España en tensión, ¿cómo fue resolver un crimen y no atrapar a la asesina? —La pregunta del alumno que se escondía en tercera fila revolucionó el aula y despertó un barullo entre el resto de sus compañeros.

Jimena Cruz, que estaba sentada sobre el filo de la mesa de madera laminada de color verde, se incorporó y se pasó las manos por la falda de pana que llevaba esa mañana. Echó un vistazo rápido a sus alumnos y se dio cuenta de que todos estaban apuntados a su seminario porque deseaban conocer los entresijos de aquel pasado oscuro que había puesto su vida patas arriba. Tomó una bocanada de aire antes de responder con el rotulador en la mano:

—Imagino que haces esa pregunta porque hoy se cumple el cuarto aniversario del asesinato de la primera víctima. Me encantaría tener una respuesta coherente, pero lo cierto es que no sé qué decir. Durante años he deseado llegar hasta la asesina de nuevo. Aquel día se escapó y nadie ha conseguido localizarla.

Su respuesta provocó un silencio incómodo en la clase. Jimena se lo tomó como el vehículo de salida que necesitaba para esa situación. Miró su reloj y se dio cuenta de que las dos horas que tenían de clase se habían esfumado. Les indicó que tenían que escribir un artículo para la semana siguiente en relación con la Asesina de la Cruz para seguir alimentando el interés del alumnado y después salió del aula a paso rápido.

Hacía cuatro años que el cuerpo de la que había sido su segunda madre apareciera bajo el Cristo de las Lañas en el Albaicín. Desde ese momento, Jimena había pasado de ser una periodista frustrada con su carrera a participar en un juego contrarreloj por conseguir respuestas. Tres asesinatos más se habían sucedido; dos a cargo de la asesina y otro que había

desatado una trama de corrupción policial que terminó por destruir su salud mental. Jimena se había visto envuelta en una trama de bebés robados que contaba con el beneplácito del Estado y la Policía. Altos cargos policiales habían caído. Además, había perdido a una persona sumamente importante para ella. Jamás olvidaría lo que ese caso le había arrebatado.

Pero aquella pesadilla había terminado hacía casi cuatro años. Jimena era otra mujer desde entonces, mucho más madura y coherente. Descubrir su propio pasado la había llevado a ir a terapia y hacía poco tiempo que había recibido el alta. A raíz de escribir el libro *Las mujeres que ofrecieron su vida a Dios,* se había podido dedicar por completo al periodismo de investigación. En esos momentos escribía para algunos de los medios más importantes nacionales y lo combinaba con sus seminarios para la Universidad de Granada. Daba clases en el máster de Periodismo y recibía alumnos de toda España que venían a escuchar sus técnicas de investigación. Se sentía llena con su trabajo y solo deseaba dejar atrás aquellos asesinatos que le cambiaron la vida para siempre.

La pregunta sobre su libro había desatado en ella una tormenta de emociones que llevaba mucho tiempo teniendo bajo control. Por eso se precipitó al primer baño que encontró al salir al pasillo. Allí se cruzó con alumnas, que rápidamente se marcharon a su siguiente clase. Jimena se apoyó sobre el lavabo y se miró en el espejo. ¿Era la misma Jimena que se había enfrentado a aquellos terribles sucesos? Físicamente no había cambiado mucho, aunque sí se le notaba a simple vista que había ganado en salud mental. El cabello castaño oscuro le llegaba por los hombros y seguía teniendo una complexión media que ahora tiraba a musculosa porque llevaba dos años y medio haciendo boxeo. Este deporte le había servido como canal para desahogar esas emociones que llevaba dentro contenidas e incluso, en cierto modo, sentía que le había salvado la vida.

Se pasó las manos por el rostro, anguloso y de pómulos marcados. A menudo se miraba al espejo y se preguntaba de dónde le venían los ojos rasgados y oscuros, las cejas marcadas y los labios carnosos. Los asesinatos que resolvió no solo

lanzaron su carrera periodística; también la dejaron con una crisis de identidad que, probablemente, nunca llegaría a resolver. Jimena había descubierto que era un bebé robado y que una congregación religiosa estaba fuertemente implicada en el tráfico de bebés. Jimena se miraba y solo veía un artículo de lujo, un producto que había supuesto varios millones de pesetas para sus padres. No sabía de dónde venía, ni quién era su madre, acaso si estaba viva o muerta. Y eso era algo que la del espejo tampoco sabía responderle.

Se fijó en sus caderas, que siempre habían sido prominentes a diferencia de las de su hermana Carmina. Tantos años intentando encontrar un parecido físico en su familia sin saber que era imposible. Existía la posibilidad de que su madre hubiera sido asesinada tras dar a luz, aunque también se podría haber hecho monja de clausura como otras víctimas. La madre de Jimena tenía muchas posibilidades de estar viva, pero ni siquiera la Asesina de la Cruz había podido decirle quién era. Jimena había dejado marchar a la asesina tras empatizar con su historia y bajo el dolor de quien descubre que no sabe de dónde viene. Cuatro años después había hecho las paces con esa decisión, a pesar de saber que la asesina era una mujer peligrosa que se tomaba la justicia por su mano. Una justicia que, a pesar de que le costaba reconocerlo, a Jimena no le desagradaba.

Cuando escuchó descargar la cisterna de uno de los excusados, se lavó la cara con agua fría. Era el momento de salir de la universidad y volver a casa. A menudo entraba en bucles de los que le costaba salir cuando se miraba al espejo. Era algo que había tratado con su terapeuta, pero que difícilmente algún día llegaría a superar. Quizá si encontrara a su madre, aunque sabía que era prácticamente imposible.

Cruzó la facultad de Filosofía y Letras, donde impartía clases algunas tardes en ese máster de Periodismo, bajó las escaleras que daban a la cafetería y cruzó el patio que dividía en dos zonas la planta baja. Allí tomó otras escaleras, esta vez de hierro, en las que resonaban sus botines de tacón. Hacía mucho frío ya a aquellas horas y se apretó el abrigo que llevaba contra el cuerpo. Las faldas no ayudaban a combatir las

temperaturas de enero de Granada, pero Jimena sobrevivía con unos leotardos gruesos y con la energía que tenía, que la ayudaba a entrar en calor.

Su moto la esperaba aparcada a escasos metros. Se colocó el casco oscuro, con el que se había hecho hacía unos meses tras perder el anterior, y se subió a su Honda PS. Podía conducirla con su carné de coche, y tras dos años en terapia decidió que necesitaba más autonomía en la ciudad. Algo tan sencillo como conducir esa motocicleta la empoderaba y la hacía sentirse más libre en Granada. Conforme bajaba la cuesta de la universidad pensaba en la adrenalina que la recorría cada vez que conducía su Honda. Disfrutaba del aire frío que le cortaba el rostro y de la facilidad con la que podía moverse en una ciudad que se llenaba de coches en hora punta.

Así, llegó rápidamente a la plaza de Trinidad, un lugar que siempre le había transmitido paz y donde vivía con su hermana mayor. Aparcó rápidamente y se apeó de la moto con energía. Era casi la hora de la cena y la ciudad ya estaba sumida en una oscuridad gélida característica del invierno granadino. Jimena había cerrado su apartamento, en el conocido barrio del Realejo, tras acabar la investigación de *Las mujeres que ofrecieron su vida a Dios*. Su terapeuta le había recomendado vivir con su hermana durante un tiempo y ese tiempo se había alargado a los casi cuatro años que llevaban juntas. Aquella situación se había dado por dos motivos. Uno, porque Carmina también había roto con sus padres a raíz de descubrir la historia de Jimena; y dos, porque Carmina había tenido un niño fruto de su relación con Mario, al que también habían perdido a raíz del caso de la Asesina de la Cruz. Jimena se había despertado a altas horas de la madrugada cuando el bebé no dormía y había cambiado pañales en los lugares más insospechados de la ciudad.

Jimena Cruz amaba a ese niño con toda su alma y mientras se metía en el ascensor del edificio de Carmina solo deseaba abrir la puerta y comérselo a besos. Había cambiado mucho desde que empezara su proceso de terapia, ya no tenía miedo al amor ni al cariño, ni se evadía a través de relaciones sexuales vacías donde no existían emociones. Llevaba cuatro

años soltera, al igual que Carmina, pero estaba abierta a encontrar el amor de nuevo. Esos cuatro años habían servido para que se enamorara de sí misma otra vez y para que aprendiera a respetarse.

Los botines de tacón de Jimena resonaban en el suelo de mármol blanco de la planta donde se encontraba el piso de su hermana. Antes de encontrar las llaves en su bolso, la puerta se abrió ante ella. Al bajar la mirada se encontró con Hugo, que ya tenía casi tres años y medio. El niño se abalanzó sobre Jimena gritando:

—¡¡Tita!! ¡¡Tita!!

La periodista lo cogió en brazos entre sonrisas y cerró la puerta detrás de ella. Nada más adentrarse en la vivienda reconoció el olor de la sopa de ajo de Carmina y notó cómo le rugían las tripas. Cruzó el pasillo que dividía en dos zonas el piso, a la izquierda estaban las habitaciones y a la derecha el aseo, el salón y la cocina. Llegó hasta esta última y encontró a su hermana con un delantal de flores. Carmina llevaba su característico pelo rubio recogido en un moño y al girarse la estudió con sus ojos celestes. Su hermana sí que había envejecido en cuatro años. Se notaba que la pérdida del padre de Hugo y conocer todo lo que el caso destapó le había pasado factura. Aun así, mantenía esa energía dulce y hogareña que la hacía brillar con una luz especial.

—Jime, la cena casi está. Hugo, ¿ayudas a tu tía a poner la mesa? —le preguntó Carmina con una sonrisa.

No tardaron en sentarse a cenar en el salón. Jimena engulló la sopa que había preparado su hermana mientras hablaban del día que habían tenido. La periodista no podía evitar estudiar a su sobrino. Se parecía demasiado a su padre. Había sacado la complexión delgada de Carmina, pero el pelo y los ojos oscuros, junto a los rasgos marcados, le hacían ser la viva imagen de su padre. Nunca habían hablado con el niño de quién era Mario ni cuál era su historia. Carmina había decidido que lo haría cuando fuera adulto. Hasta entonces, sencillamente le contarían que había fallecido en un accidente. Lo que no era del todo mentira. Tras su muerte, todo el caso había explotado y parte de la policía había pagado por su

responsabilidad en la colaboración con el entramado. Aun así, no todos lo habían hecho. Jimena nunca descansaría hasta que así fuera. Hasta que todos los culpables cumplieran condena y hasta que las víctimas consiguieran la paz con la que, probablemente, no murieron.

—Estaba todo buenísimo, gracias, Carmina. ¿Qué tal en el instituto? —le preguntó Jimena cuando recogían la mesa.

—Otro día más siendo directora religiosa del Virgen del Carmen. Como siempre, padres insatisfechos, alumnos complejos…, pero bien. Estoy cansada y voy a irme a dormir. Acuesto yo a Hugo, ¿vale? Mañana hablamos con más calma —le dijo su hermana.

Jimena también estaba agotada. Llevaba semanas en un bucle de insomnio que no le permitía descansar como necesitaba. Así que tras limpiar la cocina y leer un rato en el sofá, decidió que era momento de irse a la cama e intentar conciliar el sueño.

La casa de Carmina contaba con tres habitaciones y habían decidido que se quedara con la más pequeña de todas. Tenía espacio suficiente para guardar algunas de sus pertenencias y el salón de la vivienda se había convertido en su oficina. Allí habían colocado un escritorio y su ordenador de mesa. Así que no necesitaba mucho más. Pero últimamente sentía que se la comían las paredes y algo dentro de ella le pedía a gritos volver a su casa, ganar la independencia que le faltaba y dejar que Carmina hiciera su camino como madre soltera. Ambas se habían apoyado mucho mutuamente cuatro años atrás, pero iba llegando el momento de soltar amarras.

En la cama tardó mucho rato en quedarse dormida. Probablemente más de dos horas. Jimena seguía con la cabeza encendida, sin dejar de pensar en los artículos que tenía que escribir y en el momento adecuado para mudarse de vuelta a su casa. Haber criado a Hugo había sido todo un privilegio que la había ayudado a reconectar con una parte de sí misma que creía perdida, una parte maternal que desconocía que tuviera. Entre esos pensamientos consiguió conciliar el sueño.

Hasta que en mitad de la madrugada empezó a sonar su teléfono. Abrió los ojos asustada, recordando esas llamadas que

recibía cuatro años atrás. Notó que se le aceleraba el corazón y tanteó en busca del teléfono en la oscuridad. Estaba bocabajo, así que le costó llegar hasta él. Se acercó la pantalla a los ojos y vio un número que no tenía guardado. Era un teléfono fijo. Todavía adormilada lo descolgó y preguntó quién era. Una voz masculina respondió:

—Buenas noches, Jimena. Mi nombre es Curro López, la llamo desde la Policía Nacional de Granada. Ha aparecido un cuerpo sin vida en la Carrera del Darro. Quizá… Bueno, queremos descartar que se trate de la Asesina de la Cruz.

Jimena se quedó pasmada, ¿volvía aquella pesadilla?

Capítulo 3

La Carrera del Darro era una de las calles más transitadas y más bellas de Granada. Adoquinada y con piedras originales que databan del siglo XVII, día a día recibía hordas de turistas que fotografiaban sus rincones más emblemáticos. Algunos de sus edificios reflejaban el paso del tiempo y de las civilizaciones que allí se habían establecido y el río Darro bañaba el área y transcurría de manera pausada caudal abajo. De noche ganaba un tono mucho más lúgubre y solo las almas nocturnas habitaban sus alrededores paseando y dejándose poseer por esa magia oscura que la rodeaba. Era una zona en un enclave magistral, a los pies de la Alhambra y con vistas al palacio nazarí desde prácticamente cualquier arista.

Jimena Cruz detestaba conducir su moto por aquel adoquinado que hacía que trastabillara y a veces sintiera que podía meter la rueda en cualquier adoquín mal colocado. Notaba los dientes rechinar con cada acelerón que le metía a la Honda PS y cómo el casco le rebotaba en la cabeza. Eran las cinco y media de la madrugada y la noche sumía la zona en una tenebrosidad espeluznante. El frío cortaba el ambiente y, por suerte, el cielo estaba despejado. Recordaba cómo cuatro años atrás se movía entre las callejuelas albaicineras bajo la lluvia en busca de un cuerpo sin vida.

Estaba dejando la moto aparcada en un puente de piedra de herencia andalusí cuando divisó un cordón policial que cortaba la calle. La periodista se apeó y comenzó a caminar rápidamente hacia la zona. Según se acercaba notaba cómo se le aceleraba el corazón. Había recibido la llamada de un policía al que no conocía, que le indicaba que la necesitaban en esa calle porque había aparecido una víctima de un posible asesinato y que creían que era obra de la Asesina de la Cruz. Jimena ni siquiera había llegado al cordón policial cuando su cabeza empezó a moverse a la velocidad de un hervidero. ¿Por

qué iba a volver la asesina al ataque justo cuatro años después? La policía desconocía su identidad, pues Jimena se había prometido a sí misma que la protegería, a pesar de las consecuencias que suponía. No se la imaginaba volviendo al ataque tanto tiempo después. No había conseguido la justicia que deseaba, pero tampoco tenía motivos claros para volver.

Sus botines resonaban contra el adoquinado y tuvo cuidado de no meter el tacón entre las piedras inconexas del suelo. Se había montado un barullo frente al cordón policial, los vecinos de la zona iban acudiendo a enterarse de la noticia y la periodista se abrió paso educadamente entre los presentes. El cordón policial estaba justo delante del comienzo de la Iglesia de San Pedro, que le quedaba a la derecha y parecía que al otro lado también habían cortado el acceso al Paseo de los Tristes. Muchos policías uniformados se movían de un lado a otro dentro de la zona acordonada y Jimena no reconoció a nadie a simple vista. Hacía tiempo que no pisaba las instalaciones policiales de la ciudad: desde que se cerrara el caso de la Asesina de la Cruz.

Pasó por debajo del cordón policial ante la mirada atenta de los vecinos que parecían preguntarse quién era esa mujer ataviada con una falda de pana y un jersey que se colaba en la escena de un crimen. Vio que había dos policías apostados en las puertas de hierro que daban acceso al patio delantero de la iglesia. Esta era comúnmente conocida como de San Pedro, pero realmente se llamaba iglesia de San Pedro y San Pablo. Era de estilo mudéjar y había sido edificada sobre una antigua mezquita, como era habitual en Granada.

—¿Qué hace usted aquí? No se puede pasar —le dijo uno de los policías que estaba apostado en las puertas del patio.

—Buenas noches, soy Jimena Cruz. Me ha llamado Curro López y me ha pedido que venga. ¿Qué está pasando? ¿Por qué no veo un cuerpo delante de la cruz? —le preguntó de vuelta.

—Señora, aquí no puede estar —insistió mientras se acercaba a ella y le indicaba que se alejara de nuevo por donde había venido.

Jimena alzó las cejas sorprendida y rechistó negando con la cabeza.

—Le estoy diciendo que me ha llamado…

No pudo terminar de hablar. El policía le indicó, de manera un tanto agresiva, que saliera del cordón policial.

Jimena se vio, de pronto, detrás de la cinta de nuevo. Sintió las miradas de los vecinos clavadas en la espalda. No se podía creer que la llamaran para ir allí y después ni siquiera los propios policías supieran quién era. Conocía su posición en la ciudad y tenía que reconocer que a su ego no le estaba sentando bien esa situación. Rebufó con poca sutileza y taconeó en el suelo. Se abrazó el cuerpo cuando notó cómo rascaba el frío de la noche granadina. Quería que se la tragara en la tierra, después de la seguridad que había mostrado cruzando la cinta policial, lo último que esperaba era que la escoltaran fuera de nuevo.

Pasaron unos minutos en los que Jimena intentó llamar al teléfono fijo desde el que la habían avisado esa noche, pero nadie respondió a la llamada. Por un momento pensó en un cigarro y después negó con la cabeza.

De pronto, el mismo policía que la había echado de la zona policial, se acercó a ella y le dijo:

—Discúlpeme, señora Cruz. Acompáñeme. Ahora la atenderá Curro López. —Era joven y tenía una evidente apatía hacia el trabajo que desarrollaba.

Jimena siguió al joven, que la llevaba hacia el otro lado del patio delantero de la iglesia. Observó la cruz que se erigía delante de la iglesia y se preguntó cómo era posible que encontraran algún tipo de conexión entre la Asesina de la Cruz y lo que hubiera ocurrido allí esa noche. Nada de lo que estaba viendo encajaba con su *modus operandi*. Eso le hizo ponerse en alerta ante cada información que le llegara de la policía. De ser un asesinato de la Asesina de la Cruz el cuerpo debía estar entre la cruz y la iglesia, con la cabeza hacia la iglesia y los pies hacia la cruz. Se paró frente a esta última y la observó. Era de piedra blanca y no parecía tener ninguna inscripción especial. De hecho, era una cruz bastante austera en comparación con aquellas que tuvo que estudiar a fondo cuatro años antes. Se veía sencilla frente a la imponente iglesia que brillaba a los pies de la Alhambra. El patio, de adoquines

blancos y grises que dibujaban rectángulos en el suelo, estaba comido por la mala hierba que crecía entre las piedras. Varios matorrales también ocupaban los pies de la fachada de la iglesia y la periodista se preguntó por qué habían descuidado tanto el edificio.

—¿Dónde está el cuerpo? ¿Por qué creéis que es un asesinato? —Jimena intentó olvidar lo ocurrido e insistió en la pregunta que había hecho con anterioridad al girarse y acercarse al muro donde la esperaba el policía.

—Venga aquí. En cuanto llegue Curro la pondrá en contexto.

Jimena se acercó al muro que coronaba el final del patio delantero de la iglesia de San Pedro y San Pablo. Al asomarse vio lo que esperaba, el río Darro, de caudal débil, bajaba lentamente calle abajo. Varios árboles le dificultaban la visión y se asomó tras encaramarse al muro con cuidado, para solo ver más policías moverse frenéticamente por el camino de tierra que bordeaba el río. Del agua la separaban varios metros de altura, por lo que no podían bajar por esa zona. No vio ningún cuerpo, así que siguió sin entender dónde habían ocultado a la víctima de aquel asesinato que aún no comprendía.

—¿Jimena Cruz? —una voz masculina la sorprendió por la espalda.

La periodista se incorporó antes de alejarse del muro y girarse. Se encontró con un hombre que debía tener más o menos su edad. No iba uniformado y se preguntó si sería aquel Curro López que la había llamado. Era moreno, de pelo corto y tenía una barba incipiente que denotaba que no se dedicaba demasiado a sí mismo. Su rostro era masculino y era alto. Por su acento, no parecía andaluz. Jimena lo estudió durante unos segundos antes de responder:

—Sí. ¿Curro López?

—No, mi nombre es Gari Atxa. Soy criminólogo. Quería conocerte en persona —le contestó tendiéndole la mano.

—Ah…, bueno. Pues ya me conoces. —Jimena sonó más arisca de lo que esperaba.

La periodista frunció el ceño sin entender qué ocurría. Era

conocedora de que su posición en la ciudad había cambiado y eso lo demostraba el hecho de que fuera la propia policía la que la llamara para pedirle que acudiera a la escena del crimen. Pero ella ni siquiera sabía si iba a trabajar en esa investigación ni a qué se enfrentaba. Así que apretó la mano del criminólogo y de pronto recordó de qué le sonaba su nombre. Había leído artículos suyos en medios nacionales para los que ella también escribía.

—Sé que es pronto, pero si necesitas ayuda para lo que sea, estoy aquí —añadió él carraspeando la voz.

—No sabía que vivías en Granada. Te conozco de tus artículos sobre criminología. Agradezco tu oferta, pero en estos momentos tengo que declinarla. No sé ni siquiera qué estoy haciendo aquí, acabo de llegar —respondió Jimena con un tono tan cortante que hasta a ella misma le sorprendió.

—Sea como sea, un placer conocerte. Me gustó mucho tu libro y admiro tu capacidad analítica. Colaboro con la policía de externo, así que nos veremos —concluyó Gari antes de girarse y marcharse en dirección a las puertas de hierro que daban acceso al patio.

Jimena lo observó marcharse. Vestía desenfadado y se notaba que acababa de salir de la cama de improviso igual que ella. Se reconoció a sí misma que aquel episodio la ayudaba a retroalimentar su ego y le sentaba bien saber que en el mundillo criminalístico la reconocían por su trabajo. Se dio cuenta también de que el policía que la había acompañado al muro ya no estaba y decidió que tenía que encontrar a Curro López. Pero conforme cruzaba el patio de la iglesia vio que otro policía uniformado se acercaba a ella.

—Buenas noches, Jimena. Soy Curro López. Gracias por venir a estas horas.

Curro López se parecía mucho a lo que se había imaginado que sería al escucharle la voz por teléfono. Un hombre entrado en los cincuenta, con canas que le bañaban el pelo y una constitución grande. Se notaba que había pasado años en el cuerpo y que se mantenía en forma. Su presencia era amenazadora y Jimena sintió un escalofrío recorrerle la espalda al tenerlo de frente. Desde que acabara la investigación

de la Asesina de la Cruz, la periodista no había podido volver a confiar en la policía de nuevo. El hecho de estar esa noche ahí ya le suponía un gran paso por verse envuelta de nuevo en un asesinato.

—Buenas noches, Curro. ¿Qué está pasando y qué hago aquí? —le preguntó directa y evitando comentar lo que había ocurrido nada más llegar y lo que pensaba de la escena del crimen.

—Ha aparecido un cuerpo sin vida al lado de la iglesia, en el río. Podría ser obra de la Asesina de la Cruz. Sé que a simple vista no lo parece porque no es tan evidente como cuatro años atrás. La víctima tiene la cabeza mirando a la iglesia y los pies hacia la cruz, en paralelo a la iglesia, abajo, en el río. Acompáñame —le pidió Curro antes de indicarle que fuera detrás de él.

—Pero no tiene sentido que no lo depositara aquí en esta plaza, rompe el *modus operandi* al que nos enfrentamos hace cuatro años —añadió Jimena conforme salían del patio delantero y se adentraban en la Acera del Darro de nuevo.

Curro López andaba a paso rápido, dejando atrás el cordón policial por el que había entrado Jimena, e iba saludando a compañeros de trabajo. Había tantos policías que Jimena se preguntó si acaso habían llamado a todas las unidades policiales de la ciudad. Se adentraron en el Paseo de los Tristes, que se veía lúgubre tan vacío y sin sus terrazas habituales. Como todos los accesos estaban cortados, pudo escuchar vecinos en las callejuelas que desembocaban en la plaza. También vio a otros asomados a sus balcones. La policía había montado una carpa móvil en la plaza y vio que se acercaban al final, donde se encontraba el primer puente del río Darro y por el que se podía llegar a un camino que bajaba al río.

—La víctima es un hombre de unos cuarenta años. Aún estamos trabajando en identificarlo. Recibimos la llamada de aviso de un vecino que paseaba a su perro por el río hace una hora y media. Hemos movilizado a muchos compañeros para que rastreen la zona, podríamos encontrar indicios o, si hay suerte, un arma. De momento no tenemos nada.

—¿Cómo está el cuerpo? ¿Heridas visibles? —le preguntó Jimena conforme llegaban al final de la plaza y comenzaban a buscar la bajada hacia el río.

La pendiente era de tierra y Curro le tendió una mano para ayudarla. Ella negó con la cabeza y mantuvo el equilibrio para descender rápidamente sin caerse. Los botines de tacón no ayudaban y se arrepintió de llevarlos. Algo que le pasaba también cuatro años atrás. Mientras descendían, pensó también en cómo había acudido a la llamada del policía si había decidido tras lo ocurrido con la Asesina de la Cruz que no volvería a verse envuelta en un caso como ese.

—Ahora podrás verlo. Jimena, te he llamado porque quiero que trabajes con nosotros como colaboradora experta. Tú fuiste quien llegó hasta la Asesina de la Cruz. Te necesitamos en el equipo. Eres quien más sabe de ella y quien destapó la corrupción de mis compañeros —le comentó Curro cuando llegaron a ras del camino de tierra que discurría alrededor del río. Estaban en el margen izquierdo y Jimena fue consciente de que tenían que cruzar.

—Primero necesito ver el cuerpo y pensar en ello. Suponiendo que haya una posibilidad, aunque sea pequeña, de que se trate de la Asesina de la Cruz, hablaremos después —fue su respuesta en tono lúgubre.

Jimena no estaba para nada convencida de que se tratase de la Asesina de la Cruz y no desaprovecharía ninguna oportunidad para demostrárselo a aquel policía que parecía tan seguro de ello.

Aceptó que tenían que meter los pies en esa agua helada y contuvo la respiración al hacerlo. El caudal del río era flojo así que no había peligro. Pero andar por el río, con los pies metidos en el agua hasta los tobillos en pleno enero y con tacones que resbalaban sobre las piedras, supuso una tarea de concentración para la periodista. Esa vez sí que aceptó la ayuda de Curro cuando salieron del agua y subieron al camino de tierra del margen derecho, que estaba repleto de policías en plena faena.

Curro pareció aceptar su respuesta y respetó el silencio de la periodista conforme andaban río abajo, bordeando de nuevo el

Paseo de los Tristes. Al fondo había una curva natural que hacía el caudal del río y que parecía esconder el cuerpo al otro lado, pues la policía se dirigía hacia allí por delante de ellos. También vio al equipo de criminología en lado izquierdo del río; parecían tomar fotografías de lo que aún ella no vislumbraba.

Jimena andaba a paso lento, con cuidado de dónde pisaba. Sentía la brisa heladora del invierno cortarle el rostro y escuchaba el agua bajar lentamente. El rumor del agua parecía susurrar a su lado, silbando cuando el caudal golpeaba grandes piedras que se escondían bajo aquel manto oscuro que discurría hacia abajo con suavidad. La periodista sentía que avanzaba detrás de Curro despersonalizando el momento que vivía. No tenía una respuesta para el policía porque no sabía si estaba preparada para volver a investigar un crimen. A simple vista, ya sospechaba que todo aquello no estaba vinculado con los crímenes que resolvió cuatro años atrás, pero, aun así, no sabía si tenía la fortaleza de meterse de nuevo en una investigación policial.

Jimena Cruz siempre había soñado con ser periodista de investigación. Lo había conseguido y se la reconocía en todo el país en su campo de trabajo. Pero le gustaba lo que hacía en esos momentos, escribía e investigaba sobre los temas que le interesaban y la movían en la vida. ¿Qué necesidad tenía de meterse a ayudar a la policía a resolver un crimen? Ese no tenía por qué ser su trabajo. Aun así, sentía la llamada de la investigadora analítica que llevaba dentro. Cuando estaban a escasos metros de la curva que les revelaría el cuerpo de la víctima, sintió la adrenalina correrle por las venas y el deseo ferviente de saber qué atrocidades se escondían tan cerca de donde estaban.

—Te recomiendo que te prepares para lo que vas a ver, es sumamente desagradable —le indicó Curro antes de apartarse junto a la curva y pedirle que fuera por delante.

La periodista cruzó los centímetros que la separaban de la curva y al girar se quedó helada. Sintió unas náuseas subirle por la garganta, pero contuvo las ganas de vomitar y el mareo que le vino por sorpresa. Era la primera vez que veía un cuerpo

en una escena de un crimen antes de ser tapado por la policía. Nunca se había enfrentado a la viva imagen de un crimen ni al lugar donde el asesino y la víctima habían interactuado por última vez, fuera en vida o ya en la muerte.

El hombre debía tener unos cuarenta años por los rasgos superiores de la cara que se podían estudiar, pues de boca hacia abajo hasta el tórax había ocurrido una batalla campal que Jimena no conseguía descifrar. Pareciera como si le hubiera reventado la garganta y había una cantidad ingente de sangre seca en el pecho y la ropa que llevaba. Estaba vestido y, a pesar de la oscuridad de la noche, se notaba que lo que llevaba estaba muy sucio. Se encontraba en el margen del río, en contacto con el agua y en paralelo a la iglesia, como le había indicado Curro. Era posible suponer que la cabeza mirara hacia la iglesia y los pies hacia la cruz por la simple idea de que el cuerpo estaba colocado en la dirección que se movía el río, hacia abajo.

Jimena tuvo que apartar la mirada y dirigirla a Curro. La periodista ya no tenía tan claro que el policía estuviera equivocado. ¿Sería posible que la Asesina de la Cruz hubiera vuelto? ¿Sería posible que la pesadilla comenzara de nuevo?

Capítulo 4

La mañana soleada bañaba el patio delantero de la facultad de Filosofía y Letras. La brisa de aquella hora temprana recorría los recovecos del campus y obligaba a los estudiantes y profesores a abrigarse. El aire era gélido y Fátima Suárez se apretaba el abrigo de paño color canela contra el cuerpo. Nada más adentrarse en el recibidor, notó la calefacción, que por fin habían arreglado, puesta a todo gas. Eso hizo que se deshiciera tanto del abrigo como del jersey lavanda que llevaba debajo y que se quedara con sus vaqueros oscuros y la camisa blanca de manga larga. Caminó a paso rápido recorriendo los pasillos que la llevarían hasta el aula de primero de carrera donde tenía que impartir la segunda clase de Carlota que le tocaba esa semana.

Nada más adentrarse en la clase, los alumnos se sentaron en su sitio y la observaron en silencio. Notó que el ambiente estaba enrarecido y se pasó una mano por el cabello rubio ceniza en busca de algo que pudiera estar fuera de lugar. Rápidamente se dio cuenta de que no era ella lo que estaba desatando esa energía tan extraña que se concentraba entre aquellas cuatro paredes de hormigón. Dejó su bolso oscuro de piel sobre la mesa y sacó el rotulador que utilizaría para la pizarra blanca. Después conectó el ordenador y el proyector y abrió la carpeta que había preparado para ese día.

—Buenos días, veo que hemos amanecido un poco revueltos —comentó al bajarse de la tarima para quedar a la misma altura que la línea de mesas donde estaban sus alumnos sentados—. ¿Qué pasa?

La clase seguía en silencio mientras la observaba. Fátima se imaginaba la respuesta porque había leído la prensa esa mañana. Pero prefería no ser quien empezara hablando del tema. Así que se mantuvo también callada, fijándose en la cara de los alumnos de primero que comenzaban su andadura en la

universidad. Solían ser los más complicados de gestionar, pues muchos de ellos se habían equivocado de carrera y esperaban a que terminara el año para tomar la decisión de dar un cambio. También porque les costaba abandonar las maneras que habían aprendido en el instituto y se notaba que necesitaban encontrarse a sí mismos y adaptarse a su nueva etapa vital, que los conectaba profundamente con la adultez.

—Es… lo de la Asesina de la Cruz. Suponemos que lo sabes, ¿no? Es el tema de conversación por excelencia esta mañana —respondió una de las alumnas sentadas en primera fila.

A Fátima le encantaban los alumnos que tomaban la iniciativa de ocupar un lugar delante, frente a ella. Denotaba confianza y un deseo ferviente de aprendizaje que ella retroalimentaba cuando se volcaba en sus ponencias. Suspiró antes de decir:

—Es muy triste y duro, terrible. Pero vamos a tomarnos estas dos horas para desconectar de ese tema, ¿os parece? Hoy vamos a hablar…

Así desató su pasión académica. A Fátima Suárez no le gustaba dar clases como tal, pues la pedagogía no era su fuerte. Pero conseguía darle la vuelta a su día a día llevándose las clases a su terreno con su tema de investigación. Conforme pasaba el tiempo, y con él las diapositivas, notaba cómo el alumnado conectaba con ella y tomaba notas de manera frenética. No le gustaba esa asignatura, ni siquiera la mayoría de las del grado, y, sin embargo, Fátima siempre conseguía disfrutar de lo que hacía. Se sentía sumamente afortunada por tener la posibilidad de estar en esa aula frente a tantos jóvenes que querían escucharla y aprender. Por eso se volcaba en cuerpo y alma en todo lo que hacía en la universidad.

El tiempo voló; para cuando quiso darse cuenta, la clase había terminado y salía por la puerta en dirección a la biblioteca. La misma alumna que había interactuado con ella al principio la paró y le hizo una serie de preguntas sobre el trabajo que tenían que entregar en unos días. Fátima respondió con esa dulzura que tanto la caracterizaba y después se marchó para poder sentarse a trabajar en su tesis. Esa chica le recordaba a ella cuando comenzó el grado de Historia. Se veía

a la legua que acabaría con un doctorado y dedicando su vida a la investigación. Le gustaba crear vínculos con mujeres que, como ella, no tenían las mismas facilidades que otros para poder desarrollarse. Le gustaban también las mujeres con iniciativa y esperaba poder encauzar carreras de alumnas jóvenes para que llegaran lejos, como una profesora de tercero de carrera había hecho con ella. Siempre deseó que su tesis la dirigiera Lucía Robles, pero se había jubilado cuando Fátima volvió de Londres y, al solicitar un director, le adjudicaron a Leónidas Tejada. Algo que, sin duda, le había cambiado la vida. Gracias a esa adjudicación por parte del programa de doctorado había encontrado al amor de su vida.

Fátima saludó con una sonrisa a los administrativos de la biblioteca y se sentó en una mesa al fondo, junto a una ventana. Era el lugar que ocupaba desde que empezó a estudiar en la universidad. Abrió su ordenador portátil y el documento que contenía su tesis. Ciento sesenta mil palabras. Y aún le quedaba un buen trecho que cruzar. Tenía que profundizar más en el marco teórico y cerrar bien el desarrollo. Para eso necesitaba tiempo. Se había centrado en las iglesias construidas sobre mezquitas, además de en otras construcciones que aún se conservaban. El motor de concentrar su investigación en las iglesias había sido, en realidad, el libro de Jimena Cruz. El tema lo había tenido claro desde segundo de carrera, pero jamás había sabido cómo enfocarlo. Desde que ocurrieran los asesinatos hacía cuatro años, lo había visto claro. Quería entender esa herencia musulmana y cristiana que tenía la ciudad nazarí.

Esos pensamientos la llevaron a cerrar el documento y abrir el buscador de internet. Esa mañana había tenido poco tiempo de leer sobre el nuevo asesinato que había asolado a la ciudad. Así que en cuestión de minutos se vio dedicando su tiempo a leer más sobre ello. La asustaba y apasionaba a maneras iguales. Siempre le habían apasionado los programas de crímenes reales, pero cuando esos crímenes ocurrían tan cerca de su hogar y su realidad, todo cobraba un sentido mucho mayor y su cuerpo se ponía alerta ante el peligro.

El cuerpo lo habían encontrado de madrugada en el río

Darro, junto a la iglesia de San Pedro y San Pablo. A la prensa no habían trascendido demasiados detalles, pero por los comentarios en redes parecía haber sido escabroso. Todos los titulares rezaban que había vuelto la Asesina de la Cruz. Fátima se preguntó cómo era posible si las propias noticias añadían que el cuerpo no estaba entre la iglesia y la cruz. No le cuadraban los hechos con la narrativa, pero ella tampoco era policía ni investigadora.

Su teléfono vibrando la sacó de sus pensamientos y la devolvió a la biblioteca, de la que se había evadido inconscientemente. Al sacarlo de su bolso vio que era un wasap de Leónidas:

Cariño, ya estoy por Lisboa. Solo deseo que estuvieras aquí conmigo. Suerte en tu cita médica.

A Fátima se le escapó una tímida sonrisa y se ruborizó. Ese hombre nunca dejaba de sorprenderla. Siempre atento y pendiente a los momentos importantes que ocurrían en su vida. Él se había marchado tres días a Lisboa bien temprano para una conferencia que tenía en la universidad. Viajaba mucho, pues era un erudito en su campo. Fátima se sentía sumamente afortunada de tenerlo en su vida y de que dirigiera su tesis. A pesar de todo lo que habían tenido que nadar a contracorriente para que respetaran su relación de pareja.

Esa última alusión a su cita médica la hizo mirar el reloj de pulsera que siempre llevaba y que había pertenecido a su abuela, y se dio cuenta de que tenía media hora para llegar a la clínica. Recogió los papeles que había desperdigado por el escritorio, guardó el ordenador portátil en su maletín y salió de la biblioteca. Otra hora más en la que no había avanzado nada con su tesis. Se veía estancada y desconectada de ese tema que tanto la apasionaba. Ese año dando clases, cubriendo sustituciones, le había pasado factura, pero tenía que centrarse lo que le quedaba de curso para poder terminar la tesis. Tendría que entregarla para Navidad, así que le quedaban once meses en los que se pondría las pilas.

Al salir de la facultad, se puso el jersey lavanda y el abrigo de paño color canela. También sacó la bufanda que llevaba en el bolso y se protegió el cuello. Ya era casi media mañana, así

que el sol se había alzado más y notaba el aire menos gélido. Aun así, el enero granadino era demoledor. Llevaba sus deportivas blancas, que la acompañaban a todos lados y le facilitaban la vida. Andar por el Albaicín de otra manera le parecía un suplicio. Así que no tardó en verse al final de la cuesta que la separaba del centro de la ciudad. Se dirigía a Triunfo, una plaza ajardinada.

Le fascinaba la plaza del Triunfo, que era también protagonista de algunos de los capítulos de su tesis. Estaba intrínsecamente conectada a lo andalusí y a la herencia que los cristianos habían intentado arrebatarle a la ciudad. En la etapa árabe había sido un cementerio enorme que se conectaba a las fortificaciones del Albaicín, con la muralla que protegía la ciudad. A principios del siglo XVI se alzaron numerosos edificios y acabó siento uno de los centros neurálgicos de la ciudad. De hecho, solía ser una zona donde se celebraban fiestas populares. En aquellos momentos era un paseo agradable, bordeado de árboles y con una serie de estatuas que coronaban algunas zonas. Fátima tomó el camino central que dividía en dos zonas la plaza ajardinada y bajó a paso rápido cuando se dio cuenta de que, si no aceleraba el paso, llegaría tarde.

Al salir del Triunfo, tomó la avenida principal y revisó su teléfono. Decidió escribirle de vuelta a Leónidas con la promesa de que lo pondría al día nada más salir del médico. Tenía ganas de que volviera, de alguna manera habían establecido un vínculo tan fuerte que no podían estar separados más de un par de días. Cuando Leónidas se marchaba una semana a Estados Unidos o México, algo que era habitual por su trabajo, ambos se mandaban *emails* cada noche relatando lo que habían hecho ese día y dando rienda suelta a sus sentimientos. Fátima jamás se había enamorado tantísimo de un hombre y, ni mucho menos, había tenido una relación tan sana ni consciente con nadie. Se notaba que Leónidas era un hombre adulto, que tenía las cosas claras y que respetaba también la edad de Fátima y sus necesidades. Habían conseguido un equilibrio que desembocaba en una relación pasional y basada en los cuidados. Algo con lo que siempre

había soñado Fátima, pues tenía como ejemplo a sus padres, que seguían profundamente enamorados después de cuarenta años juntos.

Cuando quiso darse cuenta estaba a dos edificios del lugar al que se dirigía. Redujo el paso y se situó frente a la puerta. ¿Cuántas horas había pasado en ese lugar? Solo deseaba que llegara el día en el que todo se acabara por fin y pudieran abandonar esa pesadilla en la que ella y Leónidas llevaban casi un año y medio envueltos. Anhelaba que aquella segunda vez funcionara y era la última oportunidad que tenían. Para ellos, esa segunda ronda era la última. No querían machacar el cuerpo de Fátima ni tampoco la salud mental de ambos.

Tomó una bocanada de aire, irguió los hombros y llamó al timbre de la clínica de fertilidad. Era el momento de entrar en la segunda quincena de la fecundación *in vitro*.

Capítulo 5

El silencio gélido que se había establecido en la habitación cortaba el ambiente. Las paredes blancas, asépticas, parecían esconder las atrocidades que habrían escuchado durante años. No había ningún tipo de decoración, lo que dejaba aquellos muros blancos al descubierto. Solo una pared, que contaba con un falso espejo, lucía con cierta gracia. Estaban sentados en una mesa de melamina blanca, que contaba con cuatro sillas, una de ellas vacía. La puerta, cerrada tras Curro López, indicaba que llegaba el momento de hablar de lo ocurrido. Jimena Cruz se retorcía en su silla, pues esa mañana le había bajado la regla y tenía unos cólicos ováricos que la estaban matando. Se arrepintió de no haberse tomado una pastilla para soportar la mañana. La habían citado a las doce y media y tras mirar su teléfono se dio cuenta de que llevaban más de cinco minutos en silencio.

—Jimena, gracias por venir. Soy Lorena González, estoy trabajando en el caso junto a Curro López —la otra policía de la sala por fin rompió el silencio.

Era una mujer joven, de no más de treinta y cinco años. Jimena no la había visto jamás en su vida. Por su acento, se imaginaba que no era andaluza como Curro.

—Un momento…, ya casi estoy —les indicó Curro que parecía darle vueltas a unos papeles que tenía delante de sí.

La periodista aprovechó el impás que les quedaba para sacar de su bolso el ordenador portátil, aquel que usaba cuando investigaba los crímenes que marcaron su vida cuatro años atrás, la grabadora y el bloc de notas. Lorena le echó una mirada lo suficientemente clara como para que Jimena volviera a guardar la grabadora en el bolso y entendiera que esa conversación no podría ser grabada.

—Lorena González…, ¿desde cuándo estás aquí en Granada? —le preguntó echándole una ojeada rápida. Era una

mujer de constitución grande, de cabello rizado oscuro y cuyas cejas negras pobladas le enmarcaban el rostro.

—Desde que Hugo Sáez fue asesinado hace cuatro años. Me asignaron su plaza —le indicó ella con voz pausada.

—Por aquí ha habido muchos cambios, Jimena. Aunque te cueste creerlo, hicimos una depuración absoluta en el cuerpo. A raíz del caso de la Asesina de la Cruz, nos tomamos muy en serio que la policía sea un espacio seguro.

Curro López por fin alzó la mirada de los papeles que tenía delante y dejó caer las manos entrelazadas sobre la mesa.

—No me importa cuánta depuración hicierais. Siento decir en voz alta que no me fío ya ni de mi propia sombra. Honestamente, solo quiero saber qué queréis de mí y que acabemos con esto cuanto antes.

Jimena Cruz no era una persona que se anduviera con rodeos. A pesar de que había trabajado sus salidas de tono en terapia, seguía siendo altamente impulsiva y le seguían perdiendo las formas en su día a día. Sin embargo, no mentía. Después de investigar unos asesinatos que implicaban el silencio y beneplácito de parte de la policía, unos asesinatos que destapaban una corrupción que llegaba hasta ser gubernamental, lo último que podría volver a hacer era confiar en los cuerpos de seguridad del estado.

—No estaríamos aquí pidiéndote ayuda si no creyéramos que tu conocimiento puede suponer un antes y un después para el caso. Creo que este gesto también demuestra la limpieza interna que hemos hecho y que, tanto yo como Lorena, creemos que gente como tú es necesaria para nuestro trabajo. No todo reside en ser policía, Jimena. Está claro que tú eres una experta en la Asesina de la Cruz. Eres la única persona que la ha confrontado y que la conoce en persona. Jamás apareció, ya lo sabes. Nos tememos que haya vuelto a la carga —le explicó Curro después de aclararse la voz. No usaba un tono amigable, pero la periodista conectaba de alguna manera con él. Era evidente que se parecían, ambos tenían una postura clara y la iban a defender hasta el final.

—No he venido aquí a escuchar discursos sobre la policía. Estoy dispuesta a escucharos y, con la información que me

deis, tomar una decisión —confesó la periodista.

Realmente no había dormido nada más aquella noche. Desde que llegara a la casa de su hermana a las siete y media, no había parado de darle vueltas a la imagen de la víctima que había visto en el río. Esa garganta destrozada la perseguiría hasta el final de sus días.

—Vamos a facilitarte todo lo que tenemos hasta ahora, pero necesitamos saber que lo que te contemos no trascenderá a la prensa. Se ve que algún compañero ya ha metido la pata —dijo Lorena con fastidio—. Pero es que tú, además, eres periodista —concluyó con una mirada que se clavaba fijamente en los ojos.

—Soy periodista, pero no un buitre. Os garantizo que todo lo que hablemos, de momento, se quedará aquí. —Jimena cruzó las piernas y se alejó un poco de la mesa antes de continuar—. Pero creo que no podemos conjeturar que sea la misma asesina. El cuerpo no estaba en la plaza, señalando con claridad la iglesia y la cruz. Me aventuraría a decir que es bastante probable que no estemos hablando de la misma asesina. ¿Había marcas de bridas en manos y pies?

Tanto Lorena como Curro se quedaron en silencio mirándose el uno al otro. Hasta que Lorena tomó el control de la conversación y respondió:

—No. Ahora mismo le están practicando el análisis forense al cuerpo, que fue levantado casi a las nueve de la mañana. Pero de entrada ya podemos decir que no. Jimena, queremos que seas una colaboradora externa y que trabajes con nosotros. Te brindaremos toda la información que necesites y te tendremos al día sobre la investigación. Se te pagará acorde con ello, queremos que te centres en trabajar con nosotros —le explicó Lorena dejando todas las cartas sobre la mesa.

Jimena se tomó unos segundos para pensar. En realidad, no necesitaba dinero. Gracias a que *Las mujeres que ofrecieron su vida a Dios* había sido un *best seller*, se había comprado una cueva en el Sacromonte como inversión que tenía alquilada. Eso le había permitido tener una propiedad que le diera dinero de forma regular. Además, con sus clases magistrales para la Universidad de Granada y los artículos que escribía, se

mantenía de sobra y ahorraba bastante cada mes. Para ella no era cuestión de dinero, era más bien una necesidad innata de saber la verdad, de investigar. La pantera que llevaba dentro se había despertado la noche anterior al ver a la víctima, y una parte de ella sabía que no podría declinar la oferta de la policía porque respondía a sus deseos internos de saber más.

—Te propongo algo: te daré información que nadie más que nosotros tiene. Tú la examinas y luego decides si te unes a la investigación o no. Estoy seguro de cuál será tu decisión cuando la veas. ¿Qué me dices? —añadió Curro López viendo que la periodista no respondía.

Comenzó a darle vueltas a los papeles que traía consigo y sacó varias fotografías. Miró a la periodista al tiempo que le tendió la primera bocarriba. Jimena, saltó sobre ella y notó que su cuerpo se ponía en alerta. No sabía qué era eso que intentaban mostrarle. Le dio una vuelta a la fotografía y la estudió al detalle. Era una pancarta que había visto hacía muchos días en la prensa. Estaba colgada del Hotel Reúma, también conocido como la Casa de Muñecas. Colgaba de la única balconera exterior del edificio, que discurría entre dos grandes ventanales en la segunda planta. La Casa de Muñecas ya era de por sí un edificio espeluznante que escondía una historia tenebrosa. Estaba anclada a los pies de la Alhambra, en la ladera del palacio nazarí. Había sido un hotel que estuvo poco tiempo abierto por las humedades y las malas condiciones de habitabilidad; y después se había convertido en un lugar donde se hicieron obras de teatro y zarzuela, además de haber sido un local de una logia masónica, una fábrica de jabón y finalmente un hospital para enfermos de tuberculosis. Había pasado por muchas etapas diferentes en un periodo de tiempo muy corto.

La pancarta era de color blanco, probablemente un hule de mesa por el brillo que tenía. Sobre ella había escrito en color rojo, con algo que parecía pintura:

«Un animal me mata. Únicamente la pureza crea vida».

Era bastante grande, lo suficiente como para fotografiarla desde el Paseo de los Tristes y que se pudiera leer a la perfección. Aquellas palabras estaban escritas a mano con una

caligrafía excelente.

—Vi esto en la prensa. ¿No era el comienzo de un nuevo movimiento *hippie*? Viniendo de Granada no creo que a nadie le extrañara —comentó Jimena casi entre susurros todavía observando la fotografía.

—Efectivamente. La pancarta pasó inadvertida. Apareció hace quince días en el Paseo de los Tristes, colgada del Hotel Reúma. Nadie le dio más importancia. Hasta que esta mañana, a las ocho y algo, hemos recibido un aviso de que ha aparecido otra muy similar. Mira la siguiente fotografía —le pidió Curro López.

Jimena se quedó pálida. Era evidente que era fruto de la misma persona y que seguía a la exactitud el patrón de la anterior. También estaba pintada a mano, con pintura roja oscura, sobre un hule blanco y, esta vez, estaba colgada en la fuente de las Batallas. Justo en su cúspide, entre dos pedestales de piedra. La fuente solía estar apagada desde la madrugada hasta la mañana siguiente. Por lo que podía ver, la fotografía se había tomado cuando todavía no estaba encendida. La dimensión era la misma y estaba colocada del lado que miraba hacia la Acera del Darro.

—Pero esto está al otro lado del centro de la ciudad, no tiene ningún sentido —comentó Jimena todavía sorprendida.

—La frase que contiene va en la línea de la anterior. Nuestros criminólogos ya están trabajando en ella —respondió Lorena.

Jimena leyó la frase pintada en rojo escarlata en voz alta:

—«Su belleza te enmudece, su piel te cura, pero su furia te mata».

—Cuando apareció la primera, no le prestamos atención, pero esta… —esta vez fue Curro el que habló. Luego se recostó en la silla dejando, de nuevo, las manos entrelazadas sobre la mesa.

—Esta podría ser preocupante. ¿Y si es su *modus operandi*? Jimena, ¿qué piensas? —intervino de nuevo Lorena.

—Es un aviso, va a volver a atacar —sentenció Jimena; sentía que la adrenalina le recorría el cuerpo—. ¿Qué más sabéis sobre estas pancartas? ¿Con qué material se pintaron?

¿Sobre qué están pintadas? ¿Hay cámaras de seguridad en la zona?

—De momento no tenemos nada, pero si trabajas con nosotros te informaríamos de cada detalle conforme avancemos —aclaró Lorena González.

Jimena siguió observando las dos fotografías. Tomadas con quince días de diferencia, con una víctima brutalmente asesinada y abandonada en el río, a los pies de una iglesia. Eso no podía ser obra de la Asesina de la Cruz, era imposible. Ella no dejaba pancartas y Jimena no creía que volviera a la acción. En realidad, había conseguido parte de su cometido, que era descubrirle al mundo la trama de bebés robados que había actuado tanto en el franquismo como después en la Transición. La periodista estaba casi segura de que aquel asesinato y juego retorcido era obra de otra persona.

—Está bien. Trabajaré como colaboradora externa, pero tengo una serie de requisitos. Lo primero, que me informéis de todo lo que vayáis avanzando porque no quiero que trabajemos en paralelo pisándonos unos a otros. Y, lo segundo, quiero un equipo de expertos que me descarguen trabajo. Si cojo esto, abandono mis artículos durante un tiempo y no puedo paralizar mi carrera eternamente. Tampoco nos lo podríamos permitir si hay riesgo de que el asesino o asesina vuelva a atacar —explicó la periodista mientras alcanzaba su ordenador y comenzaba a teclear una descripción breve de las fotografías.

—Por supuesto, cuenta con la policía para lo que necesites. —Lorena González no se lo pensó dos veces.

—No, no. De policía nada. No me fío. Quiero dos personas externas. Por un lado, un historiador experto en la zona donde ha aparecido el cuerpo, y, por otro, un criminólogo que no sea policía. —A Jimena no le temblaba la voz cuando hablaba y ya había llegado a esas ideas antes de entrar en esa aséptica sala de interrogatorios.

Estaba dispuesta a trabajar en el caso, pero no como lo había hecho cuatro años atrás, cuando nadie confiaba en ella. En esos momentos tenía experiencia como para saber lo que necesitaba y lo que quería. Jamás sería capaz de volver a confiar en la policía después del caso de la Asesina de la Cruz.

Y tenía claros los perfiles que podrían ayudarla a avanzar y la descargarían del trabajo que tendría por delante.

—¿Por qué un historiador y un criminólogo? Y el hecho de que no sean policías lo complica todo, Jimena. No podemos ceder ante cualquier deseo que tengas porque sí. —A Curro le cambió el tono de voz. La periodista se dio cuenta de que iba a comenzar una batalla campal contra el investigador a cargo del caso. Tenían personalidades demasiado parecidas y chocarían todo el tiempo.

—Si verdaderamente este caso está vinculado a la Asesina de la Cruz, necesitaré un historiador que me quite trabajo de documentación. Si no es así, como sabéis que bien creo, entonces más motivo para tener un experto en la herencia histórica de la zona. El cuerpo está junto a una iglesia, la motivación religiosa es muy probable. Además, parece evidente que quien haya hecho esta atrocidad quería asemejarse a la puesta en escena de los crímenes anteriores —Jimena comenzó a narrar las ideas que llevaba teniendo en la cabeza desde que viera a la víctima aquella noche—. Por otro lado, un criminólogo podrá trabajar con vosotros y tendrá acceso a las pruebas físicas que existen, lo que me permitirá tener un reporte directo que no pase por vosotros. Además, quiero que sea perfilador criminal para que trabaje conmigo en la hipótesis de un nuevo asesino —concluyó la periodista a la vez que se dejaba caer de nuevo en la silla hacia atrás.

Lorena y Curro se miraron de nuevo de manera cómplice y Jimena volvió a teclear en el ordenador. Sus requisitos estaban claros. No estaba dispuesta a trabajar con la policía directamente, sus miedos y su falta de confianza no los ayudaría a avanzar. Pero tampoco podía meterse de lleno en aquella historia sola, necesitaba un equipo. Iba a trabajar de manera profesional y se concienciaría de parar esa locura antes de que ocurriera otro crimen.

—Pasaremos la información a nuestros superiores y te daremos una respuesta lo antes posible. Eso sí, vas a tener que confiar en mí, Jimena. Si no, estaremos perdidos —concluyó Curro a la vez que guardaba de nuevo en la carpeta los papeles que había traído consigo.

—La confianza se gana, Curro. Por desgracia, la gente de tu equipo la perdió hace cuatro años cuando demostró que muchos de tus compañeros estaban involucrados en el entramado de las niñas. Y da gracias que no he rascado más, porque Dios sabe qué podría haberme encontrado a nivel nacional si lo hiciera —fue lo último que dijo Jimena Cruz antes de levantarse, guardar sus pertenencias en el bolso y salir por la puerta con la cabeza bien alta.

Al menos, ella sabía que no tenía las manos manchadas de sangre.

Capítulo 6

Fátima Suárez estaba acostumbrada a conducir con música clásica. La ayudaba a conectar con lo que estaba haciendo y le despertaba emociones que a veces olvidaba que tenía enterradas. La carretera serpenteante que separaba el barrio dormitorio de Monachil del pueblo en sí mismo estaba bañada por el sol que ese día brillaba en Granada. Conforme se acercaba a la casa de sus padres, recordaba la de noches que había conducido por ahí cuando su padre enfermaba y entraba en sus trances depresivos, que la obligaban a pasar madrugadas despierta junto a su madre. A veces extrañaba esos árboles que flaqueaban la carretera, también el paraje natural protegido en el que había crecido. Las encinas, los quejigos, los serbales y los tilos la habían acompañado en su infancia. Altos árboles que rellenaban el pintoresco paisaje que caracterizaba esa zona de Sierra Nevada.

En menos de veinte minutos se desvió al principio del pueblo, hacia abajo, en dirección a su casa de la infancia. Por suerte, tenía a sus padres lo suficientemente cerca como para visitarlos a menudo. Intentaban mantener la tradición de comer juntos los domingos y Fátima acudía a la cita siempre que podía. Sus padres no solían salir de Monachil, así que era ella la que se acercaba. Monachil era un pueblo curioso, pues tenía un núcleo de residentes al que llamaban el Barrio de Monachil y luego el centro histórico separado por unos kilómetros y encajado en el valle que bajaba de Sierra Nevada. A Fátima le encantaba su pueblo, que además contaba con un yacimiento arqueológico argárico muy rico y una ruta, llamada Los Cahorros, que a menudo hacía cuando tenía que poner en orden sus pensamientos.

Divisó la finca de sus padres y sonrió con cariño. Las verjas de hierro ya estaban abiertas y pasó por el camino de cemento bruto que llevaba al patio delantero de la casa. Allí aparcó, se

bajó del coche y tomó una bocanada de aire. Olía a naturaleza, a limpio. Sus padres tenían una pequeña casa pintada con cal blanca, que constaba de dos habitaciones, un salón con una cocina a un lado y un pequeño cuarto de baño. Al otro lado del patio delantero estaban las tierras que su padre sembraba y en las que se había revolcado desde que era una niña. También tenían gallinas y una camada de gatos salvajes que corrían a sus anchas entre los árboles frutales.

Su padre, Pedro, había heredado esa finca cuando era adolescente, mucho antes de conocer a la madre de Fátima, y había decidido que pasaría entre esas tierras el resto de sus días. La madre de Fátima, Alejandra, se había enamorado también de aquel enclave tan bonito y había abandonado su Córdoba natal para asentarse en Monachil. Conforme andaba hacia la puerta de la casa, que estaba flanqueada por un arco de medio punto, recordaba lo feliz que había sido creciendo en esa finca. También la necesidad innata que tenía de marcharse a la ciudad para encontrarse a sí misma. No se veía volviendo a vivir en Monachil ni en esas tierras, pero volver cada fin de semana siempre era algo que hacía con gusto.

—¡Buenas tardes, familia! —Fátima se adentró en el salón-cocina, donde sus padres estaban terminando de preparar la comida.

Ambos eran mayores, pues habían tenido a Fátima cercanos a los cuarenta años. El paso del tiempo había hecho mella en ellos y su madre ya tenía algunos problemas de artrosis que se habían complicado y la habían dejado muy tocada.

—Hola, cariño, ¿ponemos la mesa? —le dijo su madre acercándose a darle un beso en la mejilla.

Fátima alcanzó los platos que guardaban en la alacena de madera natural que se encontraba en la pared junto a la puerta de entrada. Su madre estaba radiante, llevaba el pelo blanco recogido en un moño bajo y uno de los jerséis de punto que ella misma tejía. Su padre, por otra parte, no parecía tener un buen día y prácticamente ni la miró.

No tardaron en preparar la mesa de hierro negro que ocupaba el patio delantero de la casa, bajo una pérgola de color verde que ya estaba oxidada y desgastada por el paso de

los años. Pronto, su padre sacó la paellera negra con la que siempre cocinaban el arroz de los domingos. Ese día llevaba conejo y Fátima no quiso saber si era alguno de los que criaban en la finca. Desde niña siempre le había dado pena comerse a los animales con los que jugaba como si fueran cualquier otra mascota.

—¿Cómo estás, Fátima? ¿Cómo va esa tesis? —su padre pronunció algunas palabras al fin y, aunque Fátima lo había notado desconectado, en esos momentos lo vio algo mejor. Más animado. No parecía estar cerca de entrar en una crisis depresiva, pero tampoco estaba estable del todo.

—Yo estoy muy bien y la tesis…, lo mejor que puede —respondió entre risas—. Lo único es que voy mal de tiempo porque con las clases que tengo, se me hace cada vez más difícil sentarme.

—Tu padre y yo estamos muy orgullosos de ti, ya lo sabes —añadió su madre.

—¿Has visto el asesinato? Qué locura, ¿no? Me imagino que la ciudad tiene que estar revuelta —comentó su padre al recostarse en la silla en la que estaba.

—No os podéis ni imaginar cómo están mis alumnos, como locos con el tema. No se habla de otra cosa en la facultad y hasta yo misma necesito saber más. Se nota que la prensa sabe despertar el interés de sus lectores. Pero ¿quién podría hacer una locura así? Por lo visto, el cuerpo estaba en pésimas condiciones —relató Fátima empezando a comer.

El sabor del arroz le recorrió la boca como una oleada explosiva. Sus padres solo comían alimentos que ellos mismos producían. Era algo que Fátima extrañaba en la ciudad, que las verduras tuvieran sabor o que las frutas fueran ecológicas y de su propia cosecha. Solía llevarse cestas llenas de alimentos que cultivaban sus padres, pero, aun así, no comía tan bien como con ellos. Ella misma también sabía trabajar la tierra, pues desde que era una niña había aprendido junto a su padre. Pero la vida frenética de la ciudad la atrapaba y no le dejaba tiempo de centrarse a analizar lo que comía.

—En el periódico dicen que es la Asesina de la Cruz, ¿no? Me imagino que esa tarada ha vuelto —contestó su padre antes

de disculparse y levantarse un momento—. Es que tengo que activar el riego que, no sé por qué, últimamente da tantos problemas.

Fátima observó a su padre salir a la zona de cultivo y dirigirse a la pequeña construcción de piedra blanca que utilizaban como almacén para herramientas y la comida de los animales. Tuvo que cruzar toda la zona sembrada, pero la bordeó para no pisar la cosecha. Al fondo, junto a la acequia, tenían aquel desahogo en el que Fátima no había entrado en años, desde que no volviera a meter sus propias manos en la tierra.

—No sé yo si es obra de la misma autora, parece otra cosa —le dijo a su madre.

—Si hasta la policía cree que es la misma asesina, será por algo, ¿no crees? —contestó Alejandra antes de pedirle a Fátima que le pasara más pan.

—Supongo, pero… No sé, por lo que he leído no cuadra con lo que describía Jimena Cruz en su libro.

—Ya sabes que no lo he leído, si leo cosas así después no duermo bien por las noches. Tampoco es que nosotros leamos demasiado, ya lo sabes —añadió Alejandra con una sonrisa que provocó otra en Fátima.

La historiadora sabía de buena tinta que sus padres no eran personas instruidas. Ella no se había criado en un espacio precisamente cultural ni intelectual. A sus padres les gustaba el campo y la vida del pueblo. Siempre habían apoyado a su hija en sus deseos de estudiar en la universidad y volar lejos porque confiaban en ella y su criterio la mayor parte del tiempo. De hecho, desde que era una niña, la habían impulsado para que persiguiera sus sueños. Eran personas de clase trabajadora que no habían tenido recursos para estudiar en su momento y vivían de lo que les daba el campo y del trabajo de camarera que Alejandra había desempeñado toda la vida hasta que se jubilara.

—Bueno, parece que ya está solucionado. A ver qué tal mañana. —Su padre volvió a la mesa y se sentó frente al plato de arroz que tenía delante.

—Está buenísimo, papá. Ya casi me lo he terminado —le

dijo Fátima con otra sonrisa.

No tardaron en acabar de comer y retiraron los platos de la mesa. Como era habitual los domingos, prepararon café y sacaron unas pastas de té que preparaba su padre cada sábado. En casa, el que cocinaba bien era él; aunque su madre lo intentaba, nunca conseguía sorprenderlos. Fátima echaba en falta tener hermanos, alguna otra figura que la acompañara allí los domingos. Pero ella había sido un embarazo no deseado, que surgió de imprevisto cuando sus padres estaban cerca de los cuarenta, así que pedir más era imposible. Además, su madre siempre había tenido problemas de infertilidad, así que el nacimiento de Fátima fue en parte un milagro y en parte una locura, pues sus padres, muchos años atrás, habían decidido no tener hijos, tras muchos intentos fallidos que los llevaron a una frustración extrema.

—Esta tarde nos toca ponernos con los frutales, Pedro —le dijo Alejandra a su marido cuando se sentaron de nuevo fuera para la sobremesa.

—Lo sé, tenemos tiempo, no te preocupes —contestó su padre antes de alcanzar su cajetilla de cigarros, que siempre llevaba en el bolsillo de las camisas que se ponía, y encenderse uno.

—Yo quería invitaros a una cosa. Si no venís, estará bien. Pero me gustaría que lo hicierais, para mí es importante. —Fátima tomó una bocanada de aire antes de continuar hablando—: Hay unas jornadas de conmemoración histórica en la universidad y le van a dar un premio a Leónidas. Ya sabéis que acabó la cátedra hace unos años y últimamente no paran de reconocerle su trabajo. Ese premio va a suponer que tenga que dedicar más horas a conferencias y demás… Vamos, que no va a parar ni un segundo.

Un silencio oscuro se instaló en la mesa. Fátima estudiaba a sus padres nerviosa. Ese tema era el único que no podía sacar con su familia. Le costaba horrores acercar a Leónidas a sus padres y era algo que, además, le causaba muchísimo dolor. Sus padres eran intransigentes con su relación y no habían hecho muchos esfuerzos por cambiar lo que pensaban de ella.

—No pienso ir a ver cómo a ese imbécil le dan un premio de

nada, Fátima. —Fue su padre quien, finalmente, rompió ese silencio incómodo.

A Fátima se le fue el corazón al suelo. Esas respuestas cortantes en las que, además, se utilizaban términos peyorativos, se habían convertido en algo normalizado entre sus padres.

—Pedro…, no seas así. —Su madre salió a defender mínimamente a Fátima.

—¿Que no sea así? Si tú piensas lo mismo que yo. Nuestra hija, una mujer joven, de treinta y un años, saliendo con un vejestorio que le saca, ¿qué? ¿Quince años? No sé cómo hemos podido permitir esta locura. Y, además, ¿ahora buscando un hijo? ¡Por Dios! —Su padre volvió a perder los papeles levantando la voz.

Fátima quería que se la tragara la tierra. Las reacciones no siempre eran tan desorbitadas, pero no, sus padres no apoyaban su relación con Leónidas. A ella quince años no le parecían para tanto. De hecho, aunque la diferencia de edad se notaba porque era evidente que Leónidas había vivido más años, ambos eran conscientes de ella y trabajaban para salvarla. Si sus padres acaso quisieran escucharla alguna vez o, simplemente, observar por ellos mismos, quizá no generaría tanta discordia que estuviera con Leónidas.

—Papá, yo tengo claro que no te gusta Leónidas para mí. Pero vas a tener que aceptarlo porque va a ser el padre de tu futuro nieto y porque es una persona que me quiere y me quiere bien. ¿No es eso lo más importante? ¿Estar con alguien que te respete y que te sume? No sé qué otra cosa podrían querer unos padres para su hija —Fátima mantuvo el tono bajo, incluso su voz dulce. No quería discutir, sencillamente dejar clara su posición al respecto.

—Cariño, claro que eso es importante. Pero también lo es tener una relación de igual a igual. ¿Cómo vais a tener una relación equitativa si tiene quince años más que tú y, además, es tu director de tesis? Entendemos que sea un hombre inteligente, que te haya encandilado… Sin embargo, creemos que estarías mejor con un hombre más cercano a tu edad —añadió su madre cruzando los brazos sobre la mesa.

—Ya he escuchado vuestra opinión cientos de veces. Tendréis que aceptar que es lo que hay tarde o temprano. Y, honestamente, espero que sea pronto.

Fátima se levantó de la mesa y echó a andar hacia la tierra sembrada para alejarse de sus padres y de ese absurdo debate. Nunca aprendía, porque esperaba algún día encontrar otro tipo de reacción por parte de ellos. Quizá era estúpido por su parte, pero estaba convencida de que algún día verían a Leónidas como era y no bajo esa imagen de hombre mayor que había secuestrado a una joven indefensa.

Se acercó hasta la acequia y allí se sentó, junto a los matorrales, y se quitó las deportivas y los calcetines. Al entrar en contacto con el agua fría, sintió la tensión abandonar su cuerpo. Necesitaba paz y calma en ese momento de su vida, sobre todo cuando estaba intentando, por segunda vez, la fecundación *in vitro* y se jugaba su futuro como madre.

—Fátima, lo siento. Sé que todo esto es difícil para nosotros. Tienes que entender a tu padre, que además le cuesta lo de ir a Granada. —Su madre se sentó a su lado y la cogió de las manos.

—Lo sé, mamá. Pero más allá de lo que pensáis de mi relación con Leónidas, ¿de verdad no podéis hacer un esfuerzo por mí? —Fátima solo tenía ganas de llorar y sentía que se le cerraba la garganta hablando del tema.

—Para tu padre es imposible ir a Granada, ya lo sabes. Lo hemos intentado muchas veces.

—Ni siquiera vino a mi graduación, por Dios… Es que no pisa la ciudad bajo ningún concepto. No entiendo cómo no va a terapia ni por qué tampoco jamás explica qué es lo que tanto le asusta de la ciudad —concluyó Fátima apretando los labios y conteniendo las lágrimas que amenazaban con caer.

—Me encantaría tener una respuesta para ti, cariño. Tu padre nunca ha pisado Granada desde que lo conozco. Ojalá lo hiciera. Pero no es nada personal. A ti te quiere con toda su alma.

—No solo vale con querer, mamá. Hay que saber querer bien.

—Tu padre ni siquiera se quiere bien a sí mismo, Fátima.

Pero tú eres lo más importante que tiene en su vida. Por eso no acepta a Leónidas, porque cree que podrías tener algo mejor a tu lado que fuera acorde a tu edad y tu momento vital. Anda, ven aquí —le pidió Alejandra abriendo los brazos.

Fátima se dejó abrazar por su madre y sintió que, al fin, las lágrimas le corrían por las mejillas sacando fuera toda esa frustración que la acompañaba cuando pensaba en su padre. Todo podría ser mucho más fácil. Podían estar abiertos a conocer mejor a Leónidas y ver lo mucho que le aportaba en su vida. Aunque eso no iba a pasar, porque sus padres la querían, pero seguían pensando que era una niña.

Capítulo 7

Jimena se miraba en el espejo del cuarto de baño de estilo moderno de su hermana. Había rebuscado en el pequeño armario que tenía en su habitación y había conseguido sacar unos pantalones de pinzas negros, un jersey del mismo tono y una chaqueta de cuero negro que llevaba sin ponerse años. Hacía tiempo que no acudía al cementerio de Granada y le despertaba sentimientos encontrados. Decidió recogerse el pelo oscuro en una coleta, que pronunciaba su mandíbula marcada y afilada. Desde que comenzó su proceso de terapia, cuatro años atrás, y se sanó, había perdido peso y se había fibrado yendo a boxeo. Era otra Jimena diferente la que le devolvía esa mirada oscura, de ojos almendrados. Una Jimena que no sabía quién era y que deseaba conocer sus raíces. Se pasó las manos por la cara, siguiendo la línea que hacían sus cejas arqueadas, y suspiró.

—Jimena, Hugo ya está en el colegio. Vamos, que no tengo mucho tiempo antes de volver a clase —la instó Carmina, que se había apoyado en el marco de la puerta del cuarto de baño.

La periodista afirmó con la cabeza y salió del piso detrás de su hermana mayor. El pelo rubio de Carmina brillaba, prácticamente blanco, en el ascensor. Sus ojos azules, tan parecidos a los de su padre, la estudiaban en silencio. Jimena sabía lo que pensaba su hermana, no hacía falta que se lo dijera. El vínculo que tenían iba más allá de la sangre que no compartían. Sus diferencias eran evidentes. Carmina era profesora de religión, de hecho, decidió aceptar la propuesta de ejercer como directora religiosa del colegio Virgen del Carmen, que fue el epicentro de las barbaridades que se cometieron y que desembocaron en el caso anterior. Jimena nunca entendería esa decisión de Carmina, pero sabía que era producto de su bondad y de su fe ciega, que la hacía creer que todo podía cambiarse y era salvable.

—Ya lo sé, no hace falta que me lo digas —terció Jimena conforme cruzaban el garaje del edificio y llegaban hasta el Seat León blanco de Carmina.

—Sé que necesitas respuestas, Jime. Voy a estar aquí para apoyarte en todo lo que necesites. Solo toma la decisión. ¿A qué le tienes tanto miedo? —le preguntó su hermana nada más arrancar el coche y comenzar a conducir para salir del garaje subterráneo.

Jimena apoyó la cabeza sobre la ventana y dejó la vista vagar por el camino que empezaron a recorrer para salir de la ciudad en dirección al cementerio. Antes de que la policía le propusiera trabajar con ellos, ya llevaba mucho tiempo notando cómo su identidad se tambaleaba. Volver al ruedo de la investigación policial de un crimen solo potenciaba ese sentimiento que llevaba por dentro. Tenía muchos miedos que Carmina nunca podría entender, porque solo quien ha sido víctima de un robo de identidad podía entenderla. Su hermana no podía saber lo que era mirarse al espejo y no saber de dónde venía. Sencillamente, no podía entenderlo.

—Tengo muchos miedos, Carmina. Gracias a ti, otros tantos no los llevo conmigo. El hecho de que tú tomaras partido por mí, que te alejaras de nuestros padres y me defendieras a capa y espada…, eso ha hecho que entienda que tengo valor como ser humano. Que soy digna de amor, porque de no ser por ti me habría hundido en la miseria —confesó Jimena. Se sintió incómoda por abrirse tanto con su hermana. Comunicar sus emociones era algo que había trabajado durante tres años con su terapeuta y aún todavía le costaba mucho esfuerzo hacerlo.

—Jimena, ¿cómo no iba a defenderte? Yo tampoco puedo soportar lo que te hicieron… Eres mi hermana, eso no lo cambiaría nada, jamás. Hemos hablado de esto muchas veces y siempre te digo lo mismo —la voz de Carmina sonaba dulce y reconfortante.

La hermana de Jimena había cambiado mucho también en cuatro años. Había pasado de ser una mujer inocente a ser consciente de que no todos los seres humanos eran bondadosos, como antes creía. También era mucho más fuerte, igual que Jimena. Había sufrido la pérdida de quien había sido

su prometido y era el padre de su hijo. Por el camino había perdido también a sus padres, como Jimena, y a su tía María, que había sido una segunda madre para ambas y la primera víctima de la Asesina de la Cruz.

—He tomado la decisión de ir a una asociación de bebés robados, Carmina. Mi madre pudo ser asesinada. Pero es mucho más plausible que siga viva, que se hiciera monja de clausura y…, quién sabe, quizá saliera de esa mierda y ahora sea una mujer con una vida funcional. Quiero encontrarla, quiero hacer las paces con mis raíces —confesó Jimena después de incorporarse otra vez en el asiento del copiloto.

Ya habían salido de la ciudad y Carmina conducía con cuidado y precaución, como se caracterizaba su propia personalidad, por la circunvalación. Las montañas de Sierra Nevada, repletas de una nieve blanca brillante, enmarcaban el paisaje y dejaban a Granada dentro de un valle. El cementerio estaba en la zona de la Dehesa del Generalife, justo coronando el recinto de la Alhambra. No tardarían en llegar.

—Tu caso es muy complejo y específico, ¿no? No solo fue un robo de un bebé, de hecho, ni siquiera ocurrió en un hospital. Leyendo contigo sobre el tema no hemos encontrado nada lo más remotamente parecido. Menos mal, por supuesto —añadió Carmina bajando el volumen de la radio.

—Lo sé. Pero los únicos lugares que trabajan casos de bebés robados son esas asociaciones. El punto de partida es diferente, pero, al final… Carmina, fueron la Iglesia, la Policía y el Estado por igual. Fue una congregación la que llevó a cabo ese entramado. Entiendo que podrían orientarme. Sé que no te gusta que hablemos de la Iglesia en esos términos, pero sabes que es la verdad. —Jimena se sentía incómoda cuando profundizaban en el tema. Su hermana seguía trabajando en el Virgen del Carmen y era una férrea defensora de la Iglesia, aunque no miraba con ojos ciegos a la institución y aceptaba que se habían cometido errores.

—Bueno, ¿dónde está esa asociación de bebés robados? ¿Quieres que te acompañe? —propuso ella.

—No. Tengo que investigar sobre el tema, todavía no me he puesto a ello. Pero lo haré pronto. Ya te contaré.

Siguieron el trayecto en silencio durante un rato. Pronto llegaron hasta la zona de la Dehesa del Generalife, en lo alto de la colina donde se encontraba la Alhambra. La Dehesa del Generalife había sido el antiguo coto de caza de los sultanes. Era un paraje repleto de fauna y flora protegida. Se caracterizaba por sus bosques de encinas, de cipreses y pinares. Se utilizaba como espacio recreativo en la ciudad, que además tenía unas vistas espectaculares no solo a Granada sino también a las sierras colindantes. Jimena llevaba años sin acercarse a aquel lugar, que tenía tan asociado a la Asesina de la Cruz. Había acudido a varios entierros y había tenido que estudiar a los asistentes. Esa mañana volvía a hacer lo mismo. Carmina le había propuesto acompañarla, pues sabía, sin necesidad de que Jimena lo dijera en voz alta, que todo en ese crimen llevaba a su hermana al pasado y hacía que sus avances psicológicos pudieran tambalearse.

Mientras Carmina aparcaba delante del cementerio, Jimena pensó en que todavía no había obtenido una respuesta de la policía sobre sus peticiones. A pesar de eso, existiendo la posibilidad de que se pusiera a investigar ese crimen, tenía que asistir al funeral de la víctima para analizar su entorno. Una parte de ella sentía una fuerte intuición que le decía que se pondría a investigar en los próximos días. En realidad, deseaba escuchar que Curro aceptaba lo que le había pedido a la policía, porque ansiaba fervientemente sentarse a cazar a ese asesino, demostrar la hipótesis que barajaba de que no era acto de la asesina que atemorizó Granada cuatro años atrás.

—No sé muy bien qué quieres hacer aquí, yo te acompaño en lo que me digas. ¿Conoces la identidad de la víctima? —le preguntó Carmina conforme se bajaban del coche y se adentraban por los pasillos de ladrillo rojo que abrían el recinto.

Aquel cementerio, llamado de San José, era el único que, además de tener nichos, columbarios, bóvedas, tumbas y panteones, también tenía lugares específicos para depositar cenizas. Había varios jardines y bosques de cenizas y un par de mausoleos. Databa del siglo XIX y tenía diecinueve patios de enterramientos; era un lugar con una tradición monumental

que abrumaba a sus visitantes, que esperaban un simple cementerio donde la muerte y la pérdida recorriera los caminos. Pero Jimena, que lo había visitado muchas veces, sabía que escondía espacios abiertos que sorprendían a cualquiera que se acercara.

Se adentraron por la construcción de ladrillo que bordeaba la zona del tanatorio, la capilla y las oficinas de información. Pronto llegaron a la zona de la capilla, que se escondía tras un portón pesado de contrachapado. Ya habían empezado, así que entraron silenciosamente. Se quedaron de pie, junto a la entrada. La sala estaba bastante llena, se notaba que Julián Alcázar era un hombre querido por su familia y amigos. Jimena se preguntó qué tipo de persona no llenaría una capilla con familia si moría. Solo por el hecho de ver tanta emoción en ese espacio tan pequeño, anotó en su libreta que Alcázar tenía allegados que sufrían su pérdida. Carmina se santiguaba cuando así lo requería la misa y Jimena se entretenía estudiando a los presentes. No reconoció a nadie, excepto a Curro López, que se ocultaba entre ellos. Se imaginó que habría más policías de paisano.

Cuando por fin se acabó la ceremonia religiosa, Jimena fue la primera en salir y quedarse a un lado, lo suficientemente apartada como para poder ver la interacción entre los asistentes. Carmina, a su lado, mascaba un chicle que había sacado de su bolso hacía unos minutos. La periodista estaba agradecida de que Carmina la acompañara, conocía gente y era posible que allí se encontrara con alguien. Aunque tenían poco tiempo, su hermana tenía que estar en el centro de estudios en poco menos de una hora.

—Espera…, conozco a ese hombre —le dijo a Jimena señalando con sutileza a un hombre que debía tener su edad.

Se le notaba a la legua que no había dormido en varios días. Las ojeras le zozobraban los ojos, aunque no derramaba ni una sola lágrima y recibía el pésame de los asistentes en la puerta de la capilla. Lo acompañaba una niña que debía tener la edad de Hugo y que iba cogida de su mano.

Jimena observó a Carmina acercarse a él lentamente. Vio que esperaba el momento de interactuar con él y también

cómo a este le brillaban los ojos al hablar con su hermana. Se preguntó de qué demonios podía conocerlo su hermana, cuya vida se resumía en el trabajo, su hijo y algún que otro café con alguna feligresa como ella. También era cierto que Carmina había participado de actividades que organizaba el Virgen del Carmen y que ese hombre podría tener a su hija estudiando en el centro de estudios que dirigía. Este pareció ruborizarse ante Carmina y dejó caer los brazos, nervioso. Era un hombre poco atractivo, con el pelo oscuro corto y los ojos verdes, tenía unas facciones descompensadas y se notaba que no cuidaba demasiado sus hábitos saludables. ¿Le gustaba Carmina? Desde esa distancia podía sentir algo extraño entre los dos.

Se despidió de él con un abrazo y después volvió hasta donde estaba Jimena, que la esperaba con las cejas arqueadas en busca de una clara respuesta.

—Se llama Miguel Alcázar, no hará falta que te diga más. Madre mía, ¿cómo no me has dicho el nombre de la víctima? —Carmina parecía hasta molesta por haberse encontrado en esa situación por sorpresa.

—Su hermano pequeño. Julián Alcázar tenía cuarenta y dos años así que me imagino que este debe ser el más joven de los dos. ¿Tiene más hermanos? —le preguntó Jimena cogiendo a Carmina del brazo y alejándola de la muchedumbre.

—No. Solo eran ellos dos. No sé mucho de él. Nos conocimos en el campamento de verano al que llevé a Hugo el verano pasado, él llevó también a su hija. Es encantador, Jimena.

Jimena siguió observando a Miguel Alcázar. Podía ser encantador, pero no era capaz ni de derramar una sola lágrima. Se preguntó qué tipo de relación tendría con Julián y qué secretos podría esconder esa familia. Julián Alcázar no había sido una víctima al azar, la forma en la que había asesinado y depositado al borde del río lo denotaba claramente. Después de haber trabajado en los crímenes de la Asesina de la Cruz, Jimena había aprendido a no dar nada por hecho y a escarbar hasta lo más profundo.

—Ya veo. ¿No tenía buena relación con su hermano o qué? Porque no parece muy afectado —terció Jimena cruzándose de

brazos y sin apartar la vista de Miguel.

—No todo el mundo sufre de la misma manera, Jimena. Se nota que ese hombre lo lleva por dentro.

Las palabras de Carmina resonaron en la cabeza de Jimena. ¿Qué más llevaba por dentro Miguel Alcázar que no sabía? Observó a su hermana y sonrió con disimulo. Ya tenía el primer hilo del que tirar.

Capítulo 8

La luz vespertina se coló entre las cortinas venecianas que Carmina se había esforzado en encontrar en internet cuando Jimena se mudó a su hogar y decidieron darle un lavado de cara. Ese piso tenía una mezcla de decoraciones un tanto extraña, ya no solo por la cantidad de imaginería religiosa que la saludaba cada mañana, sino porque Carmina mezclaba lo clásico con lo contemporáneo. El salón estaba repleto de estanterías y libros de historia de las religiones, además de novelas románticas del siglo XIX, que le encantaban a Carmina. También tenía un gran televisor donde, a menudo, se sentaban con Hugo a ver alguna película de animación. En el centro del salón había una mesa baja, bordeada por un sofá de tres plazas. A un lado, habían colocado el escritorio de Jimena para que trabajara y su equipo de música, por el que en esos momentos sonaba uno de sus vinilos de *jazz* favoritos. Le ayudaba a relajarse y a conectar con lo que tenía que hacer cada día.

Jimena se recostó en el salón observando las cristaleras que daban a la pequeña terraza de su hermana. Estaba repleta de plantas y flores. También contaba con un velador redondo, de mármol blanco y con patas de hierro oscuras, y dos sillas. Pensó en lo mucho que la habría disfrutado si no hubiera dejado de fumar, pero parte de su proceso terapéutico se había centrado en dejar sus adicciones autodestructivas. Dejar de fumar había supuesto una crisis para ella, pero después de dos años y medio conseguía sobrellevarlo mejor, a pesar de que cada vez que olía un cigarro, los nervios la recorrían por dentro.

La periodista encendió su ordenador en busca de respuestas sobre Julián Alcázar. Aún no estaba dentro del caso, pero se estaba mentalizando de que, ya fuera como colaboradora externa de la policía o sola, iba a investigar. Quería saber más.

Además, ya le había escrito la editorial que publicó *Las mujeres que ofrecieron su vida a Dios* para ofrecerle un contrato de publicación con la propuesta de que escribiera otra novela investigando los hechos que se habían sucedido hacía escasos días. Jimena aún no sabía dónde la llevaría ese caso o si se resolvería en cuestión de unos días. De momento, solo quería profundizar y dejar libre a la pantera que le rugía por dentro.

No tenía información todavía de cómo había fallecido la víctima, pero podía empezar a perfilar su vida y cuál era la mochila que lo podía haber llevado a convertirse en la víctima de un asesinato. No parecía ser un asesinato aleatorio, no había sido elegido al azar. El hecho de que el asesino tuviera tantísimo cuidado en dejar una escena del crimen bien montada, le daba indicios de ello. Sus instintos ya la avisaban de que se encontraba ante un caso que sería complejo y que tendría que desgranar poco a poco.

Lo primero que hizo fue teclear el nombre de Julián Alcázar en el buscador. No le sorprendió que decenas de artículos aparecieran en la pantalla, pues no solo medios granadinos, sino de toda la península, se estaban haciendo eco del caso. No pudo evitar abrir primero una noticia del *Granada Actual*, el periódico en el que ella misma había trabajado hasta hacía cuatro años y por el que comenzó a investigar el caso de la Asesina de la Cruz. Vio el nombre de Amanda, su antigua compañera de trabajo, brillando bajo el titular. Por lo que veía, era un mapa sobre la víctima. Empezaba bien. Sacó su bloc de notas y preparó el bolígrafo. Julián Alcázar era uno de los herederos de la cadena de restaurantes Las Rocas. El primero había sido abierto hacía casi un siglo por su bisabuelo. Después había pasado de generación en generación hasta contar con cinco más a lo largo de toda Granada.

Jimena conocía bien Las Rocas, cualquier granadino había tomado una copa de vino o una cerveza en sus terrazas en verano y en sus mesas de madera en invierno. También era un lugar frecuentado por los turistas y altamente publicitado en foros de viajes. Pero, según lo que leía en el artículo de Amanda, Julián no lo regentaba. La empresa familiar la dirigía su hermano pequeño, Miguel Alcázar. La periodista tomó nota

de eso, algo le decía que tras esa familia se escondían secretos que tendría que escarbar para sacar a la luz.

Siguió leyendo otros artículos y la poca información que se desvelaba sobre la víctima tampoco la ayudaba mucho a profundizar en su perfil. Era un promotor famoso de complejos turísticos. Julián Alcázar tenía una buena vida. No solo recibía sus beneficios anuales de la cadena de restaurantes, sino que también se había hecho un nombre en urbanismo como promotor. Tenía que estar ahogado en dinero con ese perfil laboral. No le extrañaba, las familias adineradas de Granada venían de dinero viejo, contaban con herencias que les permitían desarrollar más actividades económicas y seguir generando beneficios estratosféricos.

Pronto pasó a rebuscar entre sus redes sociales y no se sorprendió al descubrir que Julián Alcázar solo tenía Facebook. Pero Facebook era una mina de oro para perfilar a una víctima. Podía conseguir información básica sobre él sin tener que profundizar demasiado. Su perfil era público y lucía sonriente entre sus fotografías y publicaciones junto a su mujer y sus dos hijos. No se había fijado en la mujer cercana a los cuarenta y rubia que brillaba en su pantalla cuando se acercó al cementerio. Tampoco había tenido demasiado tiempo, y con haber encontrado la conexión con su hermano, a través de Carmina, se había dado por satisfecha. Por lo que pudo observar en sus publicaciones, compartía sus proyectos urbanísticos y fotografías de su familia. Tenía dos hijas, que eran adolescentes y parecían sacadas del colegio Virgen del Carmen. Una familia religiosa, tradicional y que poco se alejaba de los estereotipos adinerados que ya conocía.

Su teléfono la obligó a bajar la vista de la pantalla del ordenador de sobremesa y vio que era Curro López. Alcanzó el móvil y aceptó la llamada entrante.

—Curro, estaba esperando a que dieras señales de vida.

—*Buenos días, Jimena. Tengo una respuesta para ti: te dan el equipo. Tienes presupuesto para los dos perfiles que nos comentaste. Esto tampoco debe salir de aquí* —la voz de Curro sonaba cansada y rasposa. Jimena se imaginó que llevaría trabajando en el caso desde que apareció el cadáver.

La periodista sonrió al otro lado de la línea, entendía que eso era lo que le faltaba para abrir las puertas del todo a la investigación.

—Muy bien. Ya me mandas el papeleo que necesitéis por *email*. ¿Cómo empezamos? —le preguntó satisfecha con lo que ocurría.

—Necesito los nombres de quienes vayas a contratar en… una hora, ya sabes, aquí las cosas van rápidas. Nosotros nos encargamos de llamarlos para proponérselo. En caso de que sea negativo, te lo comunicaría y me dices quién podría sustituirlos. Como sea, date prisa. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

Jimena se despidió del policía a cargo de la investigación y se levantó emocionada de la silla en un intento de celebrar aquella pequeña victoria. Tenía sentimientos contradictorios, pues una parte de ella la avisaba de que no era buena idea que se pusiera a investigar, pero otra solo deseaba que comenzara aquel nuevo camino. Quería descubrir qué había detrás de aquellos asesinatos. Que la policía quisiera contar con ella, hasta el punto de darle el equipo que pedía hecho a medida por ella misma, la ayudaba a entender que era una pieza necesaria. Nadie se lo había regalado, pues en la investigación anterior había remado contra la marea prácticamente sola para encontrar a la asesina. Esa investigación casi le supuso perder su propia vida.

Volvió a su ordenador rápidamente, cerró las pestañas que tenía abiertas sobre Julián Alcázar y comenzó a indagar en internet para decidir quién formaría parte de su equipo. Se acordó rápidamente de Gari Atxa, el hombre que la había abordado la noche que encontraron a Julián Alcázar y que le había propuesto trabajar para ella. Antes de tomar una decisión precipitada, buscó más información para completar lo poco que sabía de él. Pronto descubrió que no solo era criminólogo, sino también perfilador criminal. Su currículum en LinkedIn no era demasiado extenso. Había trabajado en un comité antisida de Vizcaya durante varios años. Después se había trasladado a Granada, aunque estuvo dos años sin trabajo; así que Jimena no pudo desgranar qué le llevaría a mudarse a la ciudad nazarí. Finalmente, pareció encontrar

trabajo en la Ciudad de los Niños hasta que comenzó a escribir artículos para medios nacionales sobre criminalística. Le dio la sensación de que era el típico perfil laboral apasionado por su vocación, pero que no había conseguido hacerse un hueco en lo suyo.

Quizá Gari Atxa no era el perfil más preparado para lo que buscaba Jimena. Sin embargo, era un criminólogo que no pertenecía al cuerpo policial, que, además, le había indicado en su breve encuentro que sí que colaboraba con la policía de la ciudad y que había tomado la iniciativa de saludarla y proponerle su ayuda. Gari no le había transmitido desconfianza, a pesar de que tampoco lo había visto más de dos minutos. Se le veía un hombre joven y predispuesto a trabajar. Y, lo más importante, vivía en Granada. Si Jimena pedía un criminólogo famoso que no viviera en la ciudad, era posible que se saliera del presupuesto. Así que anotó su nombre en el bloc de notas y pasó a lo más complicado: el historiador.

Jimena no conocía a nadie de entrada que cumpliera el perfil que buscaba. Pero sabía dónde podía encontrarlo: en la Universidad de Granada. Así que buscó el departamento de Historia en la página web del grado y no tardó en tener delante de sí varios nombres y sus especialidades. Por lo que veía, había varios que podían cuadrarle, pues la universidad contaba con profesorado experto en urbanismo. Pero Jimena necesitaba un perfil muy específico, que se dedicara a lo religioso, que conociera la herencia patrimonial del centro de la ciudad.

—¡Hola! —la voz de Carmina se coló por la entrada del piso e interrumpió su concentración.

Jimena se giró y vio a su hermana sonriente, caminando por el pasillo que desembocaba en el salón. Con ella venía Hugo, que no lucía muy buena cara y se notaba que llevaba un buen rato llorando.

—Carmina, ¿qué hacéis por aquí? Son las doce y algo —indicó Jimena sorprendida.

—Es que Hugo tiene fiebre, así que me lo he traído a casa. ¿Podrías quedarte con él? Tengo una reunión importante del equipo directivo a la una y no puedo cancelarla —le explicó

Carmina cuando llegó al salón.

Jimena observó los ojos oscuros de Hugo, que estaban hinchados de llorar. Tenía verdaderamente mala cara y estaba muy pálido.

—Tita, me duele mucho la barriga —le indicó el niño al acercarse a ella tendiéndole sus pequeñas manos para que se las cogiera.

La periodista subió a Hugo a sus piernas y le pasó una mano por la frente. Efectivamente, tenía fiebre. Suspiró agobiada, tenía que terminar el trabajo, pero se le complicaba la mañana con su sobrino enfermo en casa.

—Claro, yo me quedo con él. ¿Podrías ducharlo tú antes de irte y cambiarlo? Necesito entregar una cosa —le explicó Jimena a su hermana.

—Sí —confirmó Carmina yendo a por Hugo—. Venga, cariño, vamos a la ducha mientras la tita termina de trabajar.

Pronto desaparecieron de nuevo por el pasillo y Jimena volvió a su ordenador con otro suspiro. Tenía poco tiempo para tomar una decisión. Leyó la breve descripción que aportaba la Universidad de Granada de sus profesores, y hubo una que le llamó, especialmente, la atención. Era la de un catedrático experto en la herencia andalusí de la ciudad. Eso significaba que debía conocer bien la tradición religiosa, incluso el urbanismo del centro de Granada. Además, nada más teclear su nombre en internet, descubrió que también era todo un erudito en su campo.

Leónidas Tejada viajaba por todo el mundo dando conferencias sobre aquello en lo que era experto. Jimena se preguntó si estaría dispuesto a trabajar con ella, ¿quizá ya vivía una buena vida con lo suyo y estaba demasiado atareado? No tenía claro si aceptaría un sueldo base bajo como el que le ofrecerían por colaborar con la policía, pero era probable que le apeteciera aportar sus conocimientos al caso para ayudar a resolverlo. Fuera como fuese, lo tenía claro. Leónidas Tejada era el otro nombre que iba a aportarle a Curro López.

Buscó el teléfono del policía en su agenda, pero, antes de poder marcarlo, Hugo entró llorando en el salón y se abrazó a

sus piernas. Jimena lo sujetó por los hombros, lo alejó de ella y le miró a los ojos antes de decir:

—¿Qué pasa, Hugo?

El niño se pasó una mano por la nariz respondiendo:

—Quiero que me duches tú, no mamá.

Jimena tomó una bocanada de aire para mantener los nervios bajo control. No podría trabajar bien en la casa de Carmina. Esa investigación iba a necesitarla alerta las veinticuatro horas. Adoraba a su sobrino y a su hermana, pero tenía que dedicarse en cuerpo y alma a investigar. No podía hacer eso con un niño de tres años y medio en casa. Era el momento de plantearse volver a su piso, a su antigua vida de soltera donde solo importaba llegar hasta un asesino.

Le sonrió a Hugo, lo cogió de la mano y alcanzó su teléfono antes de encaminarse junto a él hacia el baño. Tendría que llamar a Curro López a la par que bañaba a un niño pequeño. No se imaginaba lo que debía ser la vida de una madre como Carmina, siempre cuidando y pendiente de otro ser humano.

Tenía que tomar medidas y empezar a distanciarse. Soltar amarras y perder el miedo a volver a su antigua vida.

Capítulo 9

El pintalabios rosa palo era el básico que acompañaba a Fátima Suárez en su día a día. Se había ondulado el pelo rubio, que le llegaba por encima del pecho, y había utilizado una sombra ahumada que resaltaba el marrón oscuro de sus ojos. Cuando era una niña, su abuela la llamaba la Remendada porque tenía el pelo rubio y las cejas negras como el azabache. Ese apodo la había acompañado durante su infancia, de alguna manera le recordaba que era la viva imagen que mezclaba a su madre y a su padre. Con los años, ese rubio dorado había pasado a ser ceniza y se había amoldado a esas cejas oscuras y finas que le enmarcaban el rostro. Se pasó los dedos por el cabello, en un intento de disimular las ondas que le habían quedado demasiado marcadas.

—Estás preciosa, como siempre —la voz seductora de Leónidas la sorprendió por detrás.

En el reflejo del espejo se encontró con el catedrático. Fátima sintió cómo le ardía el cuerpo solo al verlo e incluso cómo empezaba a humedecerse entre las piernas. La atracción física que tenían había sido imparable desde que se conocieron. Se giró y observó detenidamente a Leónidas. Tenía una cantidad de pelo asombrosa para su edad y lo llevaba un poco más largo de lo habitual. Sus canas se camuflaban entre el pelo oscuro que le quedaba y los ojos azules, como el mar embravecido, la analizaban con una sonrisa picarona. Leónidas era un hombre sumamente atractivo, que a menudo despertaba el interés de sus compañeras de trabajo. Para Fátima, siempre había sido más que una pura atracción física. Tenían también una conexión emocional tan fuerte que desde el día en el que se conocieron, cuando ella se presentó en su oficina, no habían podido separarse más de lo necesario.

—Hoy es un día especial. Por eso he sacado este vestido de mi madre —le contestó Fátima girando sobre sí misma para

dejarse ver.

Fátima era una mujer que se vestía con comodidad. En su armario no había ni un solo vestido de invierno, pues huía del frío de la ciudad y no entendía la necesidad de sufrir a costa de la moda. Pero ese vestido, de color cereza, se le ajustaba a las pocas caderas que tenía y marcaba su figura, que siempre había sido fina. Durante años la había acomplejado no tener un pecho prominente, ni esas características físicas que se asocian a la feminidad. En esos momentos, se sentía más que cómoda con su cuerpo.

—Tengo muchas ganas de que nos vean juntos, Fátima —le susurró Leónidas al oído antes de darle un beso sensual.

—Ya nos han visto muchas veces y han dejado claro lo que piensan de mí —concluyó Fátima antes de alejarse de él y cogerlo de la mano en dirección a las escaleras que bajaban a la primera planta, donde estaba la puerta de salida.

—Te lo has ganado todo tú sola. Tú lo sabes. Yo también. ¿Qué más da lo que piensen los demás?

Fátima se ajustó el casco de la moto antes de salir del piso por delante de Leónidas. Después esperó a que él sacara la 125 y se subió detrás de él. Si algo le gustaba de Leónidas es que tenía el alma de un joven de veinte años. Su sabiduría e inteligencia siempre la abrumaba, pero también sus deseos jóvenes de vida. Leónidas no encajaba para nada en el perfil de hombre adulto que mostraba al exterior. A Fátima le daba alegría estar con él, le recordaba cada día que no existía una edad para sentirse joven y disfrutar de la vida.

Se abrazó a su pareja por detrás y dejó la cabeza apoyada en su espalda, justo en una posición en la que el casco no les molestara. De camino a la universidad, mientras recorrían las pocas callejuelas albaicineras que los separaba de una de las carreteras matrices del barrio, pensó en sus palabras. Ella se lo había ganado sola, seguía trabajando hasta altas horas de la madrugada para llegar a tiempo en su doctorado. Era verdad, pero también lo era que el hecho de estar saliendo con su director de tesis no la beneficiaba en su carrera. Todo el mundo en la facultad hablaba a sus espaldas. Estaban convencidos de que a Fátima le había caído del cielo todo lo

que conseguía con sudor y lágrimas. Probablemente, cuando acabara su tesis, supondría una lucha conseguir trabajo porque no la tomarían en serio. Pero Fátima sabía que Leónidas era el amor de su vida, que estaban destinados a conocerse y enamorarse.

Pronto avistaron el campus de Cartuja y aparcaron delante de la facultad de Filosofía y Letras. Al quitarse el casco, el cabello rubio ceniza de Fátima le barrió los hombros y sonrió al darse cuenta de que Leónidas la miraba con deseo. Se besaron de nuevo y dejaron que las manos tomaran su camino sobre el cuerpo del otro. También se vieron obligados a apartarse, con una Fátima ruborizada que se encendía solo de ver a su pareja en ese traje de chaqueta que le quedaba como un guante.

—Venga, vamos. Que te estarán esperando todos emocionados —indicó ella a la vez que lo cogía de nuevo de la mano y tiraba de él hacia las escaleras que bajaban al patio delantero de la facultad.

No se equivocaba, en la puerta había un grupo de veintitantas personas, todas extremadamente arregladas, que los observaban con detenimiento. De hecho, cuando estaban a pocos metros de sus compañeros de trabajo, se hizo el silencio. Fátima contuvo las emociones a flote, pues sabía que lo único que pasaba por la mente de los otros profesores del departamento era la imagen de Leónidas de la mano con la joven a quien dirigía. Eran unos hipócritas, que le ponían buena cara a Leónidas y mala cara a Fátima cuando él no estaba delante. Pero muchos de esos hipócritas eran los mejores amigos de su pareja, con quienes había trabajado durante años y con quienes había crecido dentro de esa facultad.

—¡Enhorabuena, Leónidas! —Luis Alcántara fue el primero en tomar la palabra y en acercarse a ellos. Le apretó la mano a Leónidas y saludó a Fátima con dos besos.

Así se sumaron todos los demás, haciendo un corro alrededor de ambos. En realidad, Leónidas los habría visto esa mañana en la facultad, pero los protocolos y el buen hacer también estaban a la orden del día en los ambientes

universitarios. Fátima siempre se había sentido fuera de esa onda; al venir de una familia humilde, lejana a la élite del profesorado universitario, no solía concordar con esas actitudes. Sobre todo, porque sabía que muchos de esos profesores eran hijos de antiguos profesores. Ya no eran cuestiones de contactos y de conseguir una plaza con pocos méritos, que también ocurría, sino que había personas que tenían oportunidades mejores que otras. Si ella se hubiera criado en un ambiente intelectual, en el seno de una familia con medios económicos, probablemente habría tenido que pelear mucho menos el lugar en el que estaba. Y en esa pelea por sobrevivir económicamente y por conseguir medios para estudiar, también se gastaba una energía que no se podía emplear en una tesis doctoral. Pero los amigos de Leónidas no podían entenderla. Solo veían a una joven que se había arrimado a su director de tesis.

—Solo es un premio por la cátedra, llevamos celebrando esto dos años. ¿Cuándo va a parar? —dijo Leónidas provocando una risa colectiva.

—No te quites méritos, compañero. Es un orgullo tenerte en nuestro departamento. Tú solo has conseguido que suba el marcador de nuestra facultad a nivel internacional. Nos das prestigio, nos traes alumnos…, hay que celebrar eso —convino otra compañera del departamento de Historia Medieval.

Fátima seguía observando el panorama desde fuera sin saber qué decir. No le gustaban esos días en los que se tenía que juntar con los compañeros de facultad. Si sus padres la hubieran acompañado, la habrían ayudado a sentirse un poco más integrada. Notó cómo se aferraba con fuerza a la mano de Leónidas y se soltó al darse cuenta de que estaban en público. Justo en ese momento, empezó a sonar el teléfono de él, que se disculpó con sus compañeros y se alejó para responder a la llamada.

—Tienes mucha suerte de contar con Leónidas —le dijo Luis al ver que este se alejaba a hablar por teléfono.

—La tengo. Leónidas es un hombre maravilloso. Más allá del trabajo también —apuntó Fátima afirmando con la cabeza y sin perderlo de vista.

Las palabras de Luis podrían ser un cumplido cualquiera, pero la historiadora sabía que, en el fondo, iban con otra intención que se palpaba en el tono en el que había hablado. Pero estaba más que acostumbrada, así que no dejó que la afectara. Sin embargo, sí que le generó curiosidad la llamada que debía estar manteniendo Leónidas. Al principio, lo había visto fruncir el ceño. En esos momentos ya gesticulaba negando con la cabeza. El resto de sus compañeros se mantenían entretenidos con sus conversaciones superfluas sobre la burocracia de la universidad.

Leónidas tardó unos minutos en terminar de hablar por teléfono. Conforme se acercaba a ellos de vuelta, Fátima vio que iba directo a por ella y cómo le había cambiado la cara. Lo conocía lo suficiente como para saber que esa llamada le había afectado. Le pidió hablar con ella y la apartó ante la atenta mirada de sus compañeros. Fátima no quería nunca ser el centro de atención del profesorado de la universidad y no le gustó que la separara del resto con tanta urgencia.

—¿Qué pasa? —inquirió ella nada más estar a unos metros del resto.

—Me ha llamado la policía —la voz de Leónidas había cambiado: denotaba seriedad. Incluso en sus ojos se podía ver que se le había puesto mal cuerpo.

—¡¿Cómo?! —exclamó Fátima demasiado alto. Eso hizo que muchos los miraran extrañados.

—Tranquila. En realidad, ha sido una llamada interesante. Me proponen trabajar en el caso de la Asesina de la Cruz. Por lo visto, Jimena Cruz está haciendo un equipo y me quiere en él —su voz sonaba orgullosa.

Fátima lo miró con dulzura. No le extrañaba que quisieran a Leónidas, era un erudito en lo suyo.

—Suena genial, me da hasta envidia —reconoció ella bajando la mirada al suelo.

—Estoy pensando decir que no… Ya tengo demasiado trabajo aquí en la universidad y con todas las conferencias que he cerrado para lo que queda de curso por el premio. Es cierto que voy muy hasta arriba ahora mismo. Es una gran oportunidad y algo que nunca había pensado que haría,

claro… —convino él encogiéndose de hombros—. Me enfada no poder cogerlo.

—Leónidas… es una pena. Tiene que ser apasionante. Si me dejas decirte lo que pienso…, a mí me vendría genial algo así. Si tú vas hasta arriba, en realidad…, me vendría muy bien. Estoy asfixiada aquí en la universidad, con la tesis, los compañeros y sus resquemores… y, además, con el proceso *in vitro*. Necesito poner distancia. No tienes que aceptar esta propuesta si no quieres, pero ya que estás tan atareado en la universidad…, podría encargarme yo.

Leónidas la estudió con esa mirada intensa color azulado que la desnudaba en cuestión de segundos. Fátima sintió que se le desbocaba el corazón como cada vez que la observaba de esa manera.

—Bueno, tampoco he decidido que no vaya a hacerlo. Pero…, escuchándote y con la pasión con la que te apetece…, me parece buena idea, Fátima. A ti te va a venir bien y ayudaría también a despegar tu carrera. También necesitamos que estés tranquila para el tema del *in vitro*. Además, si lo coges tú, al menos, no sentiré que he rechazado una propuesta interesante. De alguna manera se queda en casa, ¿no? —añadió él mientras la cogía de las manos.

—No quiero quitarte esta oportunidad. Si la quieres, es tuya. A ti te la han ofrecido.

—No tengo tiempo ahora mismo y me supondría horas sin dormir. Además, tú eres la única otra persona de esta facultad que tiene una línea de investigación similar a la mía. Lo veo claro, en serio. Déjame que los llame.

A la vez que escuchaba a Leónidas hablar maravillas sobre ella por teléfono con la policía, se ruborizaba. Agradecía que le cediera esa oportunidad y, aunque caía de nuevo en las redes de sentir que todo le venía regalado por su pareja, verdaderamente lo necesitaba. No estaba capacitada para trabajar en una investigación, pero contaría con la ayuda de Leónidas si perdía el hilo conductor de su tarea. No sabía en qué momento se le había ocurrido que le vendría bien, pero era así. Podría poner distancia con la universidad y centrarse en algo que no fuera la tesis doctoral aunque solo fuera por

unas semanas.

—Gracias, Leónidas —le dijo antes de darle un beso cuando colgó la llamada de teléfono.

—Cariño, eres lo más importante en mi vida. Cómo no voy a cederte esto. Además, te ayudará seguro y volverás a la tesis con más ganas después de sentir que tus conocimientos son útiles —contestó él con una sonrisa.

Entonces empezó a sonar el teléfono de Fátima, que sacó del fondo de su pequeño bolso canela que iba a conjunto con su abrigo de paño. Vio un número fijo que no reconoció y que provenía de la provincia de Granada. Respondió inquieta.

—*¿Fátima Suárez?* —la voz era masculina.

—Sí, soy yo. Buenas tardes.

—*Mi nombre es Curro López. Soy policía nacional. Estoy a cargo de la investigación del crimen que se ha cometido en Granada la semana pasada.* —Carraspeó la voz del otro lado—. *Verás, estamos buscando a una persona como tú, según me ha comentado Leónidas Tejada. Necesitamos a una historiadora que trabaje en un equipo de colaboración externa con la policía para resolver el crimen. Y la necesitamos para ayer.*

—Me lo ha comentado. Soy historiadora y todavía estoy trabajando en mi… tesis —balbució esto último nerviosa y sin saber qué decir—, pero podría hacerlo.

—*Jimena Cruz estará a cargo del equipo. Ha pedido un historiador que aporte sus conocimientos sobre patrimonio, urbanismo y no sé qué de herencia religiosa. Según tengo entendido eres una especialista en el tema, ¿no?* —Se notaba que Curro López no se andaba con rodeos.

—¿Ji… Jimena Cruz? Eh…, sí, sí. Sé de esos temas. Sí. —Fátima estaba cada vez más nerviosa y sentía una motivación que la despertaba por dentro.

—*Pues no se diga más. Queremos que trabajes con Jimena Cruz y que nos ayudes a cazar a la hija de puta que está poniendo en jaque Granada.*

Capítulo 10

Una mezcla de olores se removía en las entrañas del piso de la calle Molinos de Jimena Cruz. Entre la humedad, probablemente creada por tener las ventanas cerradas tanto tiempo, el polvo acumulado por el paso de los meses y el parqué, que había visto días mejores, la periodista no sintió grandes sensaciones tras cruzar el umbral de la puerta de su hogar. Ese hogar que la miraba triste, abandonado y sin vida. Una casa que no se habita se deteriora con el paso del tiempo, probablemente también ante la falta de vida. Jimena Cruz había empezado a creer en la energía y en cómo fluía en los espacios tras el caso que la cambió para siempre. Ese piso le recordaba sus últimos días antes de casi morir asesinada. Le traía a la mente los recuerdos del dolor que la había azotado tras la pérdida que había sufrido. También cómo se había tenido que enfrentar a saber la verdad sobre la Asesina de la Cruz y cómo había decidido mantener su identidad oculta. Algo que, quizá, nunca superaría.

Llegó hasta las ventanas a la izquierda del salón, subió las persianas y se encontró con la terraza de su vecino de enfrente. Hacía años había conocido a uno de los inquilinos que allí había vivido y había mantenido una aventura sexual intensa. Ya nada era como antes, un joven había comprado ese piso y se había mudado allí con su madre. Suspiró mientras observaba su escritorio, de madera natural, que tantos años llevaba sin ser cuidado. Una capa de polvo acompañó a su dedo cuando lo rozó. Allí se había volcado en cuerpo y alma en el caso anterior. Allí había bebido y fumado hasta casi menguar su propia existencia. Ese piso había sido el espacio donde Jimena se había deprimido y autodestruido. Pero la luz de aquella tarde de invierno, que iba desapareciendo poco a poco, entró anaranjada en un juego de colores que la hizo sonreír y coger fuerzas.

Se sentó en su sofá *chaise long* rojo y observó el vinilo que, a pesar de los años, seguía en pie. Era blanco y negro y representaba la figura de la Alhambra. Carmina lo había elegido para ella cuando sus padres le regalaron ese piso hacía más de ocho años. Jimena también había trabajado en terapia entender que ese hogar era suyo, no de sus padres. Esos padres a los que no había visto en cuatro años y que consiguieron evitar la pena de prisión adquiriendo una condicional que respetarían hasta el final. Sus padres estaban podridos de dinero; jamás irían a la cárcel si tenían la capacidad de comprar a la justicia. Y mucho más cuando habían sido acusados de participación en un caso que manchaba hasta a la propia policía.

Jimena se levantó y alcanzó su teléfono, que reposaba al fondo de su bolso de cuero. Como tenía sus vinilos en casa de Carmina, tendría que conformarse con el móvil. Buscó música *jazz*, subió el volumen a toda pastilla y después se acercó a la cocina americana, que se separaba del salón por una barra de madera. Sus muebles, blancos y negros, que conjugaban con el resto de la estancia y que le daban un aire moderno, la esperaban vacíos. Junto a Carmina, después del incidente que casi le costó la vida, habían vaciado la alacena y habían cerrado ese piso. Jimena solo había vuelto cada ciertos meses a darle una vuelta a la casa y a comprobar que seguía en pie.

Conectó el termo eléctrico y el frigorífico. Después se situó frente a su puerta y suspiró. Al abrirlo, se encontró con algo que sabía que la esperaba ahí dentro y que durante años había evitado. Solo quedaba una botella de vino blanco dentro. Semidulce. Tenía casi cuatro años y le acongojó el corazón. Notó que las emociones le subían por el cuerpo y tuvo que cerrar varias veces los puños para controlar ese dolor que, probablemente, nunca remitiría. Perder a alguien para siempre no se podía superar. Pero había llegado el momento de deshacerse de esa botella que tanto había significado en su vida. Por un lado, su alcoholismo vinculado al vino blanco; por otro, que esa botella se la había dejado aquella persona tan importante que había perdido. La alcanzó y se acercó al lavabo de la cocina.

Jimena Cruz lloraba al ver aquel líquido amarillento desaparecer por el desagüe. Lloraba porque llevaba cuatro años conviviendo con un monstruo que no la dejaba ser ella misma. Cuatro años en los que no sabía quién era, más allá de un bebé robado. Cuatro años sin el primer hombre del que se había enamorado. Cuatro años sin sus padres, que representaban el motor de las desgracias de su vida. Lloraba también por ella misma, porque había tenido que desintoxicarse de sus adicciones y empezar una nueva etapa en la que había aprendido a quererse como nunca lo había hecho.

No dejó que esas emociones tomaran el control de su día. Al acabar, sacó una bolsa del mueble que se situaba debajo del lavabo y la colocó en el cubo de basura que seguía esperando a ser usado después de cuatro años. Se puso en marcha, dejando atrás el dolor y orgullosa de sí misma. Abrió el armario estrecho de la cocina donde todavía descansaban todos sus productos de limpieza y decidió que era el momento de adecentar su casa.

Se centró en su dormitorio, que estaba cargado de tristeza y de pena, abrió las ventanas y bailó al ritmo de la música *jazz* que sonaba en su teléfono. Era el momento de construir nuevas historias en ese piso, de centrarse en la nueva investigación y sentirse útil. Creía en ella misma, en esa nueva Jimena que todavía convivía con sus antiguos demonios. Cambió las sábanas y metió las viejas que llevaban sin usarse cuatro años en la lavadora. Limpió los suelos, rascando esa pena que se acumulaba en las esquinas. Volvió a ordenar los libros que se apilaban en la mesita de noche y tiró la caja de preservativos antigua que se escondía al fondo de uno de los cajones.

Fue duro cuando llegó el momento de meterse en el cuarto de baño. Allí había un cenicero colmado de colillas viejas. Observó la ceniza caer en la bolsa de basura e hizo varias respiraciones profundas. La adicción al tabaco sería algo que le costaría superar. Llevaba dos años y medio sin fumar, pero ella misma temía por su fortaleza al enfrentarse a un nuevo caso que tantos recuerdos le traía del pasado. El baño tampoco estaba tan sucio, a pesar de llevar cerrado cuatro años. Era cierto que de tanto en tanto, cuando iba a ese piso a darle una

vuelta, barría y se deshacía de los nuevos habitantes que allí se habían establecido. Los peores: las cucarachas. Ella y Carmina habían sellado hacía un año las posibles entradas que tenían, también habían fumigado hacía dos años y, al final, consiguieron remitir las plagas que habían tomado aquel piso como centro de operaciones.

Cerca de las nueve de la noche, Jimena se adentró en su vestidor y estudió la ropa que había dejado allí. En realidad, mucha. En un principio, mudarse con Carmina había sido una decisión temporal y coyuntural. Pero ambas se habían acostumbrado a la comodidad de tenerse en el día a día y había ayudado al proceso terapéutico de Jimena y al que la propia Carmina también había desarrollado, aunque fuera sin un especialista que la guiara. Para su hermana, la fe era su terapia. Carmina se había refugiado en su relación con Dios para superar las desgracias que las habían asolado a raíz del caso de la Asesina de la Cruz. Jimena pensaba mucho en ella misma y en lo duro que había sido aceptar que era un bebé robado. Pero ¿qué había supuesto para Carmina saber el papel que había jugado su familia?

Jimena se adentró en el salón, todavía con el *jazz* regalándole los oídos, y se sentó de nuevo en el sofá. Su casa ya lucía limpia y preparada para la reunión que estaba a punto de ocurrir allí mismo. La periodista había decidido que esa noche sería la primera que dormiría en su antigua casa. Si había tomado la decisión de mudarse de vuelta, cuanto antes se mentalizara, mejor. Pensó en lo que haría en esos momentos y sintió una punzada de ansiedad al visualizar una cajetilla de tabaco sobre la mesa. Encendería un cigarro, dejaría que el humo le llenara los pulmones y se relajaría después de una tarde tan cargada de emociones.

Esos pensamientos los interrumpió el timbre, que ladró con fuerza y la sacó de su mente. Se miró y se dio cuenta de que llevaba puesta una sudadera antigua y unos *leggins* comidos de lejía. Respondió al telefonillo pidiendo que esperaran un momento. Escuchó el ascensor ponerse en marcha cuando se encerró en el vestidor, pues su hueco estaba al otro lado de la pared. Escogió algo sencillo, unos pantalones de pana grises y

un jersey verde botella. En el baño observó su pelo oscuro, que estaba revuelto y sudado. Se lo recogió rápidamente en un moño y después volvió al salón.

Al abrir la puerta se sorprendió al encontrar solamente al criminólogo. También al fijarse, con la luz artificial del salón que bañaba el umbral, en que era mucho más atractivo de lo que recordaba. Parecía más joven que ella, aunque, por su currículum, sabía que tenía un año más. Sus ojos marrones, con motas verdes, la estudiaban con un brillo especial. Era un hombre moreno, de rasgos marcados. También alto. Jimena se tuvo que controlar porque iba a ser su compañero de trabajo. Así que se mantuvo indiferente y con la barbilla en alto.

—Jimena, soy Gari Atxa. Encantado de verte otra vez. —Su voz era seductora.

Tan seductora que Jimena se apartó de la puerta para dejarlo pasar y tomó una bocanada de aire. Aquella investigación se iba a convertir en todo un reto para ella.

Capítulo 11

Las callejuelas del Realejo siempre habían atraído a Fátima como un imán. Muchos de sus recuerdos de la infancia estaban allí. Solía ir a la ciudad con su madre a visitar a su abuelo, hasta que este falleció. La familia de su madre era de ese barrio y Fátima sentía que una parte de ella también provenía de la herencia judía de sus calles. Cuando paseaba por el Realejo, se sentía en casa. De hecho, de camino al piso de Jimena Cruz, pasó por la bocacalle que desembocaba en el piso que perteneció a su familia, hasta que lo vendieron. El Realejo había sido un arrabal judío de la ciudad nazarí y contaba con una zona baja más plana donde se encontraban lugares como el Campo del Príncipe y con una zona alta que Fátima adoraba recorrer. Esa zona alta, escondida para turistas y de difícil acceso, contaba con unos cármenes espectaculares y casas señoriales con grandes jardines. También llegaba hasta la zona de la Alhambra, así que siempre era un paseo agradable.

Paró en una pequeña tienda de desavíos de camino al piso de Jimena y se decantó por una botella de vino tinto. No sabía muy bien qué se llevaba en ocasiones como esa y mucho menos cuando se trataba de la famosa Jimena Cruz. Había escuchado todo tipo de habladurías sobre ella, pues su nombre había estado en boca de todos los granadinos a raíz del caso que había resuelto. Aun así, Fátima nunca se la había cruzado por la universidad, ni siquiera por la calle. La curiosidad la llamaba a saber más, a descubrir a esa periodista que había revolucionado la ciudad en su época de gracia.

Salió de la tienda y siguió con su caminata. Según Google Maps estaba a cuatro minutos de la vivienda de Jimena. Esa oferta de trabajo que había recibido todavía la tenía confusa y sin tener claro hacia dónde iba. Le venía bien el dinero, a quién quería engañar. La FPU le daba para comer, pero prácticamente no podía ahorrar y, con la incertidumbre que la

acechaba sobre su futuro en la universidad, tenía que aceptar cualquier oferta aunque no fuera muy interesante. Nunca se había planteado investigar un crimen. Sin embargo, la propuesta había sonado más interesante de lo que hubiera creído. La motivaba pensar que sus conocimientos históricos podían ser de ayuda para la resolución de un crimen. Al menos, que podría aportar aquello que había ido recabando durante años en sus estudios académicos. Y desconectaría la cabeza de su tesis. Agradecía que Leónidas le pasara esa oportunidad viendo que verdaderamente la necesitaba.

La puerta del edificio de Jimena era de madera y tenía un tirador pintado de color oro. Llamó a la tercera planta y aguardó a poder entrar. Al hacerlo, decidió coger el ascensor que brillaba al fondo del portal. Conforme subía, intentaba mantener sus nervios bajo control. Le daba vergüenza que Jimena la viera tan tímida y nerviosa. Pero le hacía ilusión conocer a esa periodista, y más todavía trabajar con ella. Las puertas del ascensor se abrieron y frente a ella se mostró un recibidor con dos pisos. Se situó en la puerta de Jimena y llamó con los nudillos, aferrándose a la botella de vino tinto que llevaba en una de las manos. También se pasó los dedos por el pelo, que llevaba ondulado y un tanto asalvajado.

—Hola, Fátima. Soy Jimena, encantada. —La periodista le tendió la mano nada más abrir la puerta.

Fátima estudió a Jimena. No era como en las fotografías que había visto de ella en internet en las que parecía una mujer de baja estatura y complexión pequeña. En realidad, era una mujer grande y alta. Sus ojos marrones, almendrados, brillaban de manera especial bajo la tenue luz del pasillo. Lo que más la sorprendió fue la sensación de seguridad que le transmitió la periodista. Su postura, erguida y con la cabeza bien alta, la avisaban de que Jimena tenía un carácter de armas tomar. El pelo oscuro lo tenía recogido en un moño y se notaba que llevaba todo el día sin parar por las bolsas que se marcaban ligeramente bajo los ojos.

—Un placer, Jimena —respondió Fátima con una sonrisa antes de estrecharle la mano.

—Pasa, estás en tu casa. —La periodista se hizo a un lado

para invitarla a entrar.

Se encontró con un hombre de la edad de Jimena sentado en el sofá *chaise long* de la periodista. Era atractivo y se notaba que también se estaba adaptando a la energía que desprendían tanto Jimena como su casa.

—Gari Atxa, encantado. —Le tendió también la mano y Fátima se precipitó rápidamente a estrechársela.

Después se tomó unos segundos para estudiar el piso de Jimena. La luz del salón era anaranjada y creaba un ambiente distendido a esas horas en las que ya la noche había sumido en oscuridad la ciudad. Le gustó el vinilo de la Alhambra que tenía en una pared, a pesar de que ya estaba desgastado y pedía un cambio. En general, la distribución de ese salón era interesante. Una de las primeras cosas que vio fue una estantería repleta de periódicos y artículos. Se imaginó que sería la colección de la propia Jimena. No pudo evitar sonreír al darse cuenta de que la periodista coleccionaba su trabajo, al igual que hacía ella misma con los artículos científicos que publicaba.

—He comprado una botella de vino, ¿os apetece? —La dejó en la mesa.

—Yo no quiero, antes bebía blanco. Os sirvo entonces —respondió Jimena yendo a por la botella y dirigiéndose a la cocina americana que tenía en el salón.

Fátima negó con la cabeza y le pidió agua. Con el tratamiento de fertilidad no debía beber alcohol. Pero olió la copa de Gari. No era de alta gama, pero tampoco estaba nada mal. Siempre había sido una forofa del vino en general, especialmente del tinto. No se imaginaba acudir a una cita sin una botella de vino tinto. Observó que Jimena se abría, por el contrario, una cerveza sin alcohol. Después se sentó frente a ellos en un taburete que trajo también de la cocina. Gari saboreó el vino. Fátima notó rápidamente que era un hombre de pocas palabras y se preguntó qué haría allí. ¿Sentiría que podía aportar poco? Eso le pasaba a ella.

—Gracias a los dos por venir y por aceptar este trabajo. Puede ser que sea temporal y estemos cinco días. O que se nos alargue la locura un poco más. No lo sé. Lo cierto es que, Gari,

tú sembraste la semilla en mi mente. Nunca había pensado que podría tener un equipo para investigar y creo que entre los tres vamos a llegar muy lejos —comentó Jimena con una sonrisa antes de darle un trago a su cerveza.

Así que Jimena y Gari se conocían. Fátima no sabía a qué se debía, pero ya iba entendiendo cierta complicidad que veía entre ambos a través de simples miradas y gestos.

—Yo no sé muy bien qué hago aquí, Jimena. No voy a mentirte —apuntó Fátima con su dulzura habitual.

—Necesitaba un criminólogo que también fuera perfilador. Ese es Gari. —Lo señaló, como si a Fátima pudiera caberle alguna duda respecto a quien hablaba—. Y un historiador que me descargara de la parte documental. Esa eres tú. Siento no haber pensado en ti directamente, pero con el tema académico ando perdida y el primero que me salió fue Leónidas. Él te recomendó y, viendo tus estudios, lo entiendo perfectamente —se disculpó Jimena echándose hacia atrás en el taburete antes de cruzar las piernas.

—No pasa nada, te agradezco que cuentes conmigo. Espero estar a la altura.

Fátima sonrió a Jimena de nuevo, lo que provocó que esta también le sonriera tímidamente. Era una mujer segura, pero se notaba a la legua que le costaba comunicar sus emociones. A Fátima le fascinaba Jimena porque su libro le había parecido una obra maestra y porque, tras leerlo, la había seguido en redes y desde entonces había estado atenta a su trabajo.

—No tenemos tiempo que perder. Estamos jugando contra reloj frente a la muerte y, quién sabe, otros posibles asesinatos. Voy a mostraros las fotografías del crimen que ocurrió hace una semana y lo poco que he avanzado.

Jimena se levantó y se acercó al mueble donde coleccionaba sus artículos. De ahí sacó una carpeta que llevó a la mesa baja del salón. De ella sacó una serie de fotografías que hicieron que Fátima sintiera una arcada. Tuvo que apartar la mirada y contener el vómito que le subía por el esófago. Se disculpó con los ojos, todavía girada sobre sí misma e intentando borrar lo que había visto.

—Lo siento, es asqueroso —fue lo único que consiguió

articular.

—Tranquila, ya te acostumbrarás. —Por fin, Gari añadía algo a la conversación. Tenía una voz grave y sensual.

—Gari, a ti no hace falta que te cuente mucho porque ya estás al día. Fátima, necesito que me prestes atención. —Jimena la buscó con la mirada. Fátima se incorporó de nuevo y afirmó con la cabeza, todavía sin querer bajar la vista a la mesa—. Lo complicado de todo esto es que han aparecido dos pancartas. La primera, catorce días antes que el cuerpo; la segunda, al final del día en el que apareció la víctima. Necesito que leas lo que pone y que le des una vuelta; vamos a tener que trabajar sobre estas pancartas porque pueden ser la clave para dar con el asesino.

Fátima alcanzó las dos fotografías y las estudió en silencio. Eran un acertijo, evidentemente. Estaban pintadas en un rojo escarlata sobre un hule blanco. También colocadas en sitios estratégicamente elegidos, de alta carga patrimonial y simbólica para la ciudad. La primera, en el Hotel Reúma; la segunda, en la fuente de las Batallas. Solo con eso ya podía sentarse a prepararle a Jimena un informe histórico sobre la zona. Le resultó espeluznante que alguien pudiera planear un asesinato y colocar pancartas en la ciudad.

—Es un aviso. Ya lo sabes, Jimena. El asesino puede volver a actuar. No sabemos cuánto tardará en hacerlo, pero es un aviso —explicó Gari tomando las fotografías de las pancartas de las manos de Fátima.

—¿Y la Asesina de la Cruz? ¿No es acaso la hipótesis de la policía? Al menos eso dicen en la prensa.

—Fátima, a partir de ahora, no leas la prensa. Solo fíate de la información que te demos Gari o yo. Sí, la policía tiene esa línea de trabajo. Para nosotros, está descartada. Es imposible que sea obra de la Asesina de la Cruz. Esto es otro crimen distinto, otra historia. Necesito que trabajemos para perfilar a otro asesino distinto. ¿Cuáles son sus motivaciones? ¿Qué tipo de vida ha tenido y tiene? ¿Por qué este *modus operandi*? Si aparece otro cuerpo, cosa que tenemos que evitar a toda costa, solo confirmaría o desmentiría nuestra línea de trabajo. No tenemos tiempo y nos comen los días —Jimena sonaba

dramática y Fátima vio que se le hinchaba una vena en la sien. Se notaba que le apasionaba lo que hacía.

—Para mí es muy probable que sea trabajo de otro asesino distinto. No cuadra con la Asesina de la Cruz ni tampoco parece estar motivado por lo mismo. No… Esa hipótesis no puede ser —indicó Gari con su voz seria y fría.

Fátima lo miró de reojo y lo sintió muy lejos a pesar de tenerlo sentado al lado. Hablaba como si las emociones no existieran en su cuerpo.

—Fátima, necesito que empieces a trabajar en la iglesia de San Pedro y San Pablo. Hazte un recorrido histórico de la zona. Busca nexos entre lo que nos vaya contando Gari y lo que ves en las fotografías. Creo que la perspectiva histórica es clave para descartar a la Asesina de la Cruz en este caso. Si no, ¿por qué arriesgarse a dejar un cadáver en el centro de la ciudad donde cualquiera podría verte? Creo que aquí las motivaciones pueden ser más profundas de lo que vemos —concluyó Jimena mientras se levantaba—. ¿Alguien quiere una cerveza o más vino?

Fátima no respondió. Se quedó en silencio y volvió a mirar las fotografías que Gari había dejado de nuevo sobre la mesa. Todavía sentía ganas de vomitar al ver a la víctima. Pero también unas ansias terribles por sentarse a trabajar. ¿Era posible que una historiadora como ella ayudara en un caso policial? Estaba dispuesta a comprobarlo.

Capítulo 12

—Me parece una completa locura. ¿Has perdido la cabeza, Jimena? Después de todo lo que te ha pasado en la vida, ¿de verdad crees que es buena idea? —Carmina estaba apoyada sobre la repisa de la cocina con su delantal de flores.

Su hermana parecía sacada de una escena costumbrista: con el cabello dorado, cada vez más claro, recogido en una coleta despeinada, la ropa cómoda de estar por casa y ese delantal. Le hablaba moviendo la espumadera al aire, olvidándose de que tenía aceite de lo que estaba friendo para comer con Hugo. Sus ojos azules la miraban y la atravesaban dejándola entender que no había margen de discusión en esa pequeña cocina cargada de olores.

—Entiendo tu preocupación, de verdad. Pero quiero hacer esto, Carmina. Las dos lo necesitamos. Estos cuatro años han sido una pausa que necesitábamos. Ambas tenemos que seguir con nuestras vidas. Sabes cómo soy, no podría estar aquí encerrada eternamente. Tengo que enfrentarme a los monstruos —argumentó Jimena antes de cruzarse de brazos y observar a su hermana esperando una tregua.

—No me parece que la manera de superar tus traumas sea meterte en otra investigación y encerrarte en ese piso. Jime, me preocupas, ya lo sabes.

La periodista se acercó a su hermana, le apartó la espumadera de las manos y la abrazó. Carmina se destensó rápidamente y suspiró en su hombro. Su hermana era lo más importante que tenía en la vida. Entendía su preocupación y que quisiera para ella lo mejor. Pero eran tan diferentes que jamás podrían estar en el lugar la una de la otra. No se podían entender hasta ese nivel, nunca serían capaces.

—Tranquila, te garantizo que no volveré a mi antigua vida. Valoro la salud mental que he ganado estos años, de verdad.

—Te ruego, Jime, que no lo hagas. —Con ese tono emotivo

le recordaba a la madre de ambas.

Marta era una mujer que jugaba con las emociones y Carmina había aprendido, inconscientemente, eso de su madre. Jimena sabía navegar entre ese tipo de conversaciones. Se había curtido desde niña.

—Yo te rogué que dejaras el Virgen del Carmen. ¿Y sabes qué es lo mejor? Que no solo no te buscaste otro centro para ser profesora de Religión, sino que te hiciste la directora de ese sitio de mierda. —A Jimena le pudo el carácter y su voz sonó fría y cortante.

—Nada es como antes, ya lo sabes. No uses eso en mi contra, no es justo. Dejemos este tema, por favor —le rogó Carmina.

Jimena se alejó hacia la salida de la cocina, se apoyó en el marco de la puerta y tomó una bocanada de aire. Había temas que no podía discutir con Carmina. Y con la dulzura característica de ella, se la comía. La periodista sabía que tenía que controlarse con su hermana porque era una persona altamente sensible a la que cada comentario la afectaba.

—Está bien. ¿Qué haces hoy? —intentó cambiar la dirección de esa conversación.

—Estoy empezando a conocer a alguien y tengo… una cita —reconoció Carmina ruborizándose.

—¡¿Qué dices?! ¿En serio? ¿Con quién? —Jimena se emocionó por ella y se alegró al ver que Carmina, por fin, tras cuatro años, estaba decidida a rehacer su vida.

—Ya hablaremos de esto en otro momento. Venga, vete, que has quedado —convino Carmina antes de girarse y empezar a sacar el pescado que estaba friendo en la sartén.

Jimena sonrió y después se despidió de ella. Se dirigió a la puerta de salida del piso sin despedirse de Hugo, sabiendo que estaría jugando en su cuarto. Tomó una bocanada de aire y alcanzó la maleta que se llevaría a su casa. Poco a poco iría llevando las cosas de vuelta. Pero no tenía necesidad de hacer una mudanza de manera exagerada. Prefería tomárselo con calma.

Ya en la Plaza Trinidad, se dirigió hacia la zona de la Catedral, que quedaba a pocos minutos, donde había quedado

con Gari Atxa. La investigación estaba en marcha y tenían mucho trabajo por delante. Jimena notaba la emoción que le recorría las venas cuando pensaba en la posibilidad de resolver otro crimen. Además, tenía los medios. Contaba con la policía, a pesar de que no confiaba en ellos, y también con un equipo al que tendría que conocer y ver en funcionamiento.

El hecho de que Gari la llamara esa mañana para comentarle que ya tenía información para darle, era un empujón más que la llevaba a creer que llegarían lejos si trabajaban correctamente. De la última investigación había aprendido muchas cosas y había entendido que tenía capacidades para enfrentarse a un caso de asesinato. Confiaba en sí misma y estaba dispuesta a dormir pocas horas si eso la llevaba a resolver una injusticia. Solo esperaba no encontrarse en la misma situación en la que había estado antes, frente a una asesina que le había ablandado el corazón y le había hecho entender que las cosas no siempre eran fáciles ni estaban motivadas por una psicopatía. Con ese conocimiento esperaba afrontar la investigación.

Tomó una calle ancha y tuvo frente a sí la catedral de Granada. Imponente, la primera renacentista de España, y que tanto había significado para la ocupación y expolio del reino nazarí. Para los Reyes Católicos era importante dejar patente la victoria, así que asentaron ese proyecto sobre la vieja mezquita. Jimena podía analizar su fachada y pensar en ella todo lo que deseara, pues siempre había sido una forofa de la historia del arte. Pero caminó bajando la mirada para no dejarse atrapar por su belleza. Esa plaza, Las Pasiegas, siempre le traía recuerdos de su infancia. Se había criado jugando en ese suelo frío y sentada en esas escaleras que daban al edificio. Durante años le había apasionado la historia de esa plaza, cuyo nombre debía a las mujeres pasiegas que viajaban desde lejanas ciudades, acompañadas por un perro al que amamantar para que no se les cortara la leche. Después llegaban a las puertas de la catedral buscando trabajo como nodrizas y acababan en familias ricas. Jimena había pensado mucho tiempo en cómo había sido la vida de esas pasiegas, que esperaban a tener un trabajo y que una familia adinerada las

salvara.

Pronto localizó a Gari Atxa, por el pelo oscuro y esos ojos que la estudiaban desde la lejanía. La esperaba sentado en la terraza de un bar con una cerveza. Conforme se acercaba a él, notaba la evidente atracción física que existía entre ellos desde la primera vez que se habían visto. Iba a ser todo un reto trabajar con ese hombre a su lado. Jimena lo saludó con su habitual frialdad y se sentó frente a él.

—Perdona, ¿me pondrías una cerveza sin alcohol? —le indicó al camarero que estaba cerca de la mesa.

—Poco queda de esa famosa Jimena de la que todos hablan, ¿no? —bromeó Gari antes de darle un trago a su Alhambra.

—¿Ese sentido del humor es típico vasco o es que tú tienes poca gracia? —A Jimena nunca le habían gustado demasiado las bromas de los hombres con los que se relacionaba.

—Sin duda, eres de armas tomar, Jimena —añadió él volviendo a su tono serio, que también parecía habitual en él.

—Estamos aquí para hablar de trabajo. Me has llamado, ¿no? Pues bien, ¿qué hay nuevo?

Jimena prefería dejar el terreno de trabajo preparado antes de empezar. No quería caer en los errores de su pasado. Gari era y seguiría siendo su compañero y su colaborador. Sabía que detrás de esa seriedad se escondía un cerebro sumamente inteligente. Lo había visto en sus artículos e intereses. Podía aportarle un conocimiento que ella no tenía y que sería más que necesario para la investigación.

Gari se remangó la sudadera negra que llevaba y después se puso las gafas de sol de montaña que traía en su bandolera. También sacó una carpeta con bastantes papeles y fotografías.

—He estado esta mañana desde bien temprano en la Policía Nacional trabajando. Puedo contarte muchas cosas. Empecemos por esto —le indicó sacando una fotografía de la carpeta—. Respira antes de mirarla. Es desagradable.

Jimena se la quitó de las manos, evitando su consejo, y la estudió con frialdad. La imagen era realmente desagradable, pero nada que no pudiera gestionar. Era una fotografía tomada de cerca de la garganta de la víctima. Ya la habían limpiado, pero las heridas eran terribles.

—¿Qué provocó estas heridas, Gari?

—Eso es lo más impactante: un tipo de anfibio o reptil. Aún no hemos determinado qué es y se va a mandar a analizar a especialistas. A simple vista, no es un bicho que ni yo ni el resto de los criminólogos reconozcamos. Además, parece que fue el propio animal el que provocó la asfixia y que se le desgarrara la garganta a la víctima. No lo sabemos aún, pero por el estado en el que estaba el bicho… Medía casi treinta centímetros, lo que no es común entre reptiles o anfibios de la península.

—¿Y un lagarto? —preguntó Jimena extrañada.

—No parece ser un lagarto por la piel. No tenemos ni idea de qué es, Jimena. Es un bicho que no he visto en mi vida. Pero el hecho de que se le introdujera en la garganta explica esto. —Sacó otra fotografía. Era un plano de cerca de la cara de Julián Alcázar—. Hemos encontrado restos de cinta americana en la zona de la boca. Entendemos que se le cerró para que su propio cuerpo no expulsara el anfibio.

—Dios mío, o sea, fue el propio animal el que lo mató. ¿Cómo? ¿Murió por asfixia?

—Creemos que, entre eso y las heridas…, tuvo que ser una muerte dolorosa, Jimena. Quien ha hecho esto no tenía ningún tipo de empatía. Le daba igual. Iba a hacer daño, a dejar claras sus intenciones.

Jimena se abrazó el cuerpo y se aferró a su abrigo de pelo sintético marrón. Se sentía incómoda frente a esa información. Ese asesino no iba a jugar con medias tintas. El hecho de que utilizara un anfibio le parecía demasiado raro.

—¿Qué tipo de filias puede tener una persona para usar un animal como herramienta para asesinar? Esto es rarísimo, Gari —indicó ella antes de tenderle de vuelta las fotografías.

—En eso voy a trabajar. Ahora mismo me interesan, incluso más, las huellas psicológicas que ha dejado en la escena del crimen. Piensa que la escena de un crimen cuenta la historia de lo ocurrido. Es la última vez que víctima y victimario se relacionaron, ya sea en vida o en muerte. No importa. Tengo que estudiar bien las evidencias conductuales que ha dejado el victimario. Hay más información de la que parece a simple

vista. El anfibio es una herramienta para llegar a él, sí, pero también el lugar elegido y el ritual. No sabemos si volverá a atacar o no, sin embargo, por mi experiencia, sería fácil. Demasiados rasgos psicopáticos, Jimena —explicó él antes de darle otro trago a su cerveza.

Jimena estudió a Gari en silencio mientras lo escuchaba. Sus gestos eran rudos, casi agresivos. Sabiendo que era criminólogo, se preguntaba qué pensaría de sí mismo. Le gustaría saber su historia, de dónde venía ese perfilador criminal. Se notaba que le apasionaba lo que hacía y que, además, podía ayudarla con la investigación.

—Tenemos que saber qué es ese anfibio, Gari. Qué bicho es, de dónde viene, cuál es su significado. Quizá pertenece a una corriente religiosa o tiene algún tipo de simbolismo en alguna cultura que desconocemos. Hay que profundizar ahí —comentó ella a la par que tomaba notas en el bloc que siempre la acompañaba.

—Hay algo más. La víctima llevaba desaparecida catorce días. De hecho, su ficha de desaparición estaba en la Policía Nacional. Su mujer dio el aviso a los tres días, pues Julián era un hombre que a veces se marchaba un tiempo, la relación entre ambos no pasaba por su mejor momento. Pero ella misma se extrañó después de casi tres días sin tener noticias de él —le relató Gari mientras le sacaba una copia de la denuncia de desaparición.

Jimena la observó en silencio antes de preguntar:

—¿Qué significa todo esto en conjunto si lo vemos en perspectiva?

Gari arqueó las cejas, se recostó sobre la silla y respondió:

—Que estamos ante un psicópata, Jimena. Esa pancarta nueva, con total seguridad, es un aviso. Y, probablemente, la próxima víctima ya haya sido secuestrada.

—Entonces ya sabemos por dónde empezar. No podemos permitir que vuelva a atacar.

Jimena Cruz alzó la mirada y observó la catedral, que la esperaba de frente tan imponente como siempre. Se prometió que cogería a ese asesino como fuera. Y tenían mucha información como para pensar que no lo lograrían. Ese

psicópata debía tener una motivación, solo era cuestión de tiempo que dieran con ella.

Capítulo 13

Los besos de Leónidas iban marcando un camino que bajaba desde los hombros de Fátima hasta las caderas mientras ella arqueaba la espalda y se dejaba hacer sintiendo las emociones corriéndole a flor de piel. La barba incipiente le hacía cosquillas y provocaba que se removiera inconscientemente y que le saliera una risotada que desvelaba que ya se había despertado. Él rugió después de encenderse y la historiadora le pasó las manos por el pecho, girándose y encontrándose con sus ojos azules de frente. Después le recorrió el pelo con los dedos y sonrió, dejando ver el hoyuelo izquierdo que se le marcaba en la mejilla. Leónidas sonrió de vuelta susurrando:

—Qué bonita eres, Fátima. Venga, voy a preparar el desayuno. —Después se levantó y salió de la cama.

Fátima se estiró en las sábanas de coralina y se desperezó lentamente. La alarma llevaba sonando un buen rato y Leónidas no tenía demasiado tiempo antes de irse a trabajar a la facultad. Al levantarse de la cama, debió tener cuidado de no golpearse la cabeza con el techo, que era bajo por la distribución extraña que tenía la casa. El dormitorio era pequeño y había poco más que la cama y una mesita de noche. Guardaban la ropa en un armario que estaba en la primera planta, así que bajó las escaleras estrechas de madera con cuidado, pero, a pesar de eso, podía escuchar cómo crujían como un lamento bajo los pies.

En el salón abrió el armario patinado de abeto blanco, que estaba despintado por el paso del tiempo y que había sido una reliquia que Leónidas había adquirido hacía unos años, al comprar la casa, en uno de sus viajes por el norte de España. A Fátima le encantaba que esa casa contuviera tantas historias, que cada mueble y cada detalle estuvieran pensados. Del armario sacó unos vaqueros oscuros, una camisa de flores y un jersey de lana celeste para combatir el frío de finales de enero

que azotaba la ciudad con fuerza. Ya vestida, pasó al cuarto de baño y se peleó con su melena ondulada. Al final, como solía ocurrirle, se hizo con una cinta que puso en orden el flequillo largo y mal cortado y se lavó la cara antes de bajar a la cocina.

—Buenos días, amor. Gracias por el café —le dijo Fátima a Leónidas con voz rota todavía por el sueño mientras se acercaba a darle un beso.

Él la cogió de la cintura y le devolvió ese beso dulce de temprana mañana. Después, la apartó y abrió el frigorífico. De ahí sacó la bolsa transparente que llevaba persiguiendo a la historiadora ese mes. Cada vez la hacía sentir peor abrir la nevera y recordar cada día que tenía un problema de fertilidad que la estaba llevando a hipotecar su vida y su cuerpo. Se tuvo que sentar en una de las dos sillas de la cocina y alcanzó la bolsa que le tendió Leónidas. Miró la aguja con recelo, suspiró y la cogió entre las manos. En realidad, ya no le quedaba tanto, estaba en la segunda quincena del mes. Ya había pasado el ecuador, que era lo importante, y faltaban pocos días para que terminara la estimulación ovárica.

—Venga, ven aquí. Yo te lo pongo hoy —le pidió Leónidas sentándose a su lado.

—Ya te he dicho que no quiero que me pinches tú. Lo hago yo —contestó ella antes de darle un trago a su café.

—Cariño, hemos hablado de esto muchas veces. El bebé será de los dos y quiero ser parte activa del proceso. Relájate y lo hago. —Prácticamente le quitó la aguja de las manos.

Fátima sintió que la azotaba una oleada de ira. Odiaba cuando Leónidas se ponía testarudo e insistía en algo que sabía que ella no quería que tuviera lugar. Cuando a él se le metía entre ceja y ceja que tenía que hacer una cosa concreta…, no paraba. Fátima no tenía nunca energías para discutir, pero tampoco iba a ceder en esa situación.

—Te he dicho que no. Quiero hacerlo yo y no me siento cómoda si tú me pinchas. Hemos tenido esta conversación muchas veces. —La historiadora abrió la mano y se la acercó para que le devolviera la aguja.

—No todo tiene que ser como tú quieres, Fátima —le contestó de malas maneras después de levantarse y dejar la

aguja en la mesa—. Con la edad te darás cuenta de que hay que ser más flexible en la vida.

Eso fue lo que terminó de rematar a Fátima, pero como le costaba entrar en discusiones, prefirió apretarse la piel del abdomen, creando un pliegue, y meter la aguja como le habían enseñado en la clínica de fertilidad. Al ser ya la segunda ronda que intentaban, era más fácil e iba rodado. Sin embargo, esa reacción de Leónidas la ponía de los nervios. Lo escuchó abrir la puerta de la casa en la planta de arriba y salir silenciosamente. No le gustaba nada discutir con él, porque Leónidas sí que tenía carácter, a diferencia de ella. Llevaba fatal que lo contradijera o se negara a cederle lo que deseaba. Fátima era una persona que cedía con facilidad, pero no podía ceder con su proceso de estimulación ovárica. No le había confesado a su pareja que se negaba a que la pinchara porque tenía miedo de perder el control. ¿Y si una de esas inyecciones se la ponía mal? Esa era su última oportunidad para ser madre. No volvería a intentarlo una tercera. Así que todo tenía que salir bien. Si algo deseaba Fátima era tener un hijo.

Al final consiguió que un trozo de la tostada le bajara por el esófago, pero, tras unos bocados, la dejó en la repisa de la cocina y salió con su café hacia la planta de arriba. No era la primera vez que ella y Leónidas discutían, ni que él achacaba a su edad las diferencias que tenían. Él sabía que era la peor arma que podía utilizar contra Fátima, a quien acomplejaban los quince años de diferencia que existían entre ambos. Aun así, cuando estaban en momentos de tensión, él la infantilizaba y negaba sus argumentos achacándolos a la edad. Era cierto que después eran capaces de comunicarse y él se disculpaba porque le llevaban los demonios por la boca. Pero Fátima iba a estar todo el día dándole vueltas hasta que hablaran, como cada vez que discutían. Era una persona que huía de las discusiones y de la tensión, no la gestionaba bien.

Se sentó frente a su portátil en la pequeña mesa del salón y decidió apartar de la mente lo que había ocurrido hacía un rato. Tenía que ponerse a trabajar y avanzar en el caso. Después de haber conseguido esa oportunidad, no podía desaprovecharla. Incluso se sentía motivada para trabajar en su

tesis, solo por el hecho de que había algo más al fondo de su cabeza que la motivaba a sentarse a trabajar. Decidió empezar por la iglesia de San Pedro y San Pablo, a pesar de que más o menos era conocedora de su historia. Pero quería estudiar los detalles, que no se le pasara nada.

Cuando menos, le pareció relevante que esa iglesia había sido edificada sobre otra, que a su vez se había asentado sobre la mezquita de Los Baños. Como ocurría a menudo con Granada, convergían lo andalusí y lo católico en un mismo lugar. Era esa convergencia cultural la que buscaba Fátima para poder aportarle a Jimena una perspectiva histórica de la zona. Tenía que buscar elementos que, a su vez, se pudieran conectar con un promotor de la construcción. ¿Por qué había aparecido ahí el cuerpo de Julián Alcázar? Ese era el trabajo de Jimena, pero ella necesitaba darle herramientas que respondieran a esa pregunta.

Así que le dio vueltas a la información histórica que encontraba sobre la zona. La iglesia de San Pedro y San Pablo se encontraba a la orilla izquierda del río Darro y a la derecha de la Carrera del Darro. Era un lugar visitado por turistas, pero quizá un tanto abandonado en el ideario colectivo de la ciudad. Los granadinos no visitaban su patio delantero, que contaba con una pequeña cruz de piedra que tenía, probablemente, mucho que envidiar a otras de la ciudad. La fachada era renacentista, pero era interesante que se mezclara con elementos mudéjares. No quiso entrar en detalles de su interior porque tampoco le pareció importante.

Sin embargo, sí le resultó curioso que la policía vinculara ese caso a la Asesina de la Cruz cuando entre la iglesia y la cruz había espacio de sobra para dejar un cuerpo. Pero el cuerpo no estaba junto a la iglesia, estaba al borde del río. ¿Era la iglesia una elección aleatoria que poco tenía que ver con el crimen en sí mismo?

Fátima decidió irse a la página web de cartografías históricas de la Junta de Andalucía. Eso era una mina para estudiar los planos de una ciudad. Tardó un rato, navegando entre cartografías antiguas de distintas zonas de la provincia y diferentes siglos, en encontrar lo que buscaba. Se hizo con

cuatro mapas de la ciudad. El más antiguo del siglo XVI. Después los imprimió y se los puso delante sobre el pequeño escritorio de madera. Los observó con detenimiento y marcó la iglesia de San Pedro y San Pablo, viendo su evolución a lo largo de los años y cómo había cambiado el entorno que la rodeaba. ¿Y si el crimen tuviera algo que ver con la Alhambra? No lo tenía claro, pero el cuerpo había aparecido a los pies de la Alhambra. Había muchas posibilidades. Ella solo tenía que preparar un informe de la zona y entregárselo a Jimena para que contara con la información arquitectónica e histórica.

Así que empezó a escribir sobre lo que sabía: qué edificios eran andalusíes y cuáles católicos. También cuántos se habían erigido sobre la herencia andalusí. No era difícil trazar un mapa alrededor de la iglesia de San Pedro y San Pablo. Probablemente eso no llegaría a ser útil porque ni siquiera sabían aún con detalle cómo había aparecido el cuerpo, pero quería seguir las indicaciones de Jimena.

En algún momento empezó a sonar su teléfono, que la sacó de su ensimismamiento, y vio que era Leónidas. Lo descolgó y no dijo nada. Fue él el que habló:

—*Lo siento, Fátima. Esta mañana se me ha ido un poco de las manos. Es que te quiero y solo deseo poder acompañarte en todo este proceso. Sé que no es fácil para ti. Por eso quiero ser un apoyo y no un lastre* —su voz sonaba dulce y Fátima sintió que se le iba un peso de los hombros al escuchar esas disculpas.

—No te preocupes, lo entiendo. Luego hablamos, ¿vale? Te quiero —respondió antes de colgar rápidamente la llamada.

Agradecía que Leónidas se disculpara y solía pasar cuando discutían. Sobre todo, porque Fátima no tenía carácter para entrar en una conversación tensa y eso hacía que después Leónidas se sintiera mal. Pero esa llamada no había entrado en el momento adecuado, pues le había recordado en qué posición estaba y de nuevo la arrastraba a pensar en el proceso de fecundación *in vitro* que vivía.

Fátima Suárez solía despertarse por las mañanas, mirarse al espejo y preguntarse, ¿por qué yo? ¿Por qué mi cuerpo no me da lo que más ansío?

Capítulo 14

El despertador sonaba atronador y sacó a Jimena de los sueños por los que deambulaba. Abrió los ojos y, en la oscuridad, palpó la mesita de noche y alcanzó su teléfono. Apagó la alarma y rodó hacia la derecha, quedándose frente al cuerpo caliente que la acompañaba en la cama. Escuchó que el hombre murmuraba algo inteligible y después se dio cuenta de que estaba desnuda. Recordó la noche anterior y sonrió divertida. Se levantó de la cama y subió ligeramente la persiana. Lo primero que vio fue la espalda blanca bañada de lunares del hombre que la había acompañado la noche anterior.

—Buenos días, Jimena —susurró el extranjero, que se incorporó y la observó con una sonrisa.

Quería invitarla a más, pero la periodista tenía claro que la aventura con ese profesor de inglés había empezado y acabado aquella madrugada. Jimena le indicó que se marchaba a la ducha y que podía acompañarla si lo deseaba. Se hizo con su ropa interior, que estaba desparramada alrededor de la cama, y salió del dormitorio hacia el baño. Bajo la luz blanca del espejo, se observó. Tenía ojeras y había dormido seis horas. Las suficientes como para seguir adelante con su día, que iba a ser, cuanto menos, intenso.

Bajo el agua y en soledad se deshizo del olor de Adam. Así se llamaba, se le había venido a la mente cuando alcanzaba el gel de ducha. No sabía demasiado de él, más allá del hecho de que habían conectado a través de una aplicación para conocer gente, que la cita había ido bien en un bar de Realejo y que ambos, evidentemente, buscaban compañía para una noche. Adam trabajaba en una academia de inglés en su barrio y había llegado hacía tres años a Granada. A Jimena le había gustado de él que no buscaba compromiso y que podía regalarle unas horas de placer que ansiaba demasiado.

Salió de la ducha y se tapó con una toalla amarilla. Al salir del baño, se encontró con el hombre rubio y de ojos claros, que tenía una constitución grande que cumplía con el prototipo físico que le gustaba. Fue a darle un beso y Jimena, en un tambaleo, le ofreció la mejilla. Ahí se quedó ese gesto, que enfrió el ambiente e hizo que la cara de Adam cambiara por segundos.

—Tengo que irme a trabajar. Te ofrecería desayuno, pero voy corta de tiempo, así que… —dejó caer Jimena antes de sonreírle y dirigirse al vestidor.

Adam se encerró en el cuarto de baño, dándole una tregua. Jimena tuvo tiempo de hacerse con algo de ropa. Por lo que había visto en el tiempo, no daban lluvia esos días así que podía aprovechar y ponerse una de sus faldas de pana con leotardos a juego. Se hizo también con un jersey gris y se recogió el pelo oscuro en una coleta alta, que le apartó el cabello enredado y sucio de la noche anterior de la cara. Se miró en el espejo y suspiró, su imagen la perseguía allá donde fuera y siempre la asaltaban las mismas preguntas sobre su identidad y sus raíces.

—Lo pasé genial anoche. Eres una mujer muy interesante —le dijo Adam con su acento marcado cuando la vio salir desde el pasillo hacia el salón.

Él se había lavado la cara y mojado el pelo. La esperaba sentado en su *chaise long* rojo. Tenía las piernas cruzadas y trasteaba su teléfono móvil. Seguramente también tendría que marcharse al trabajo, lo que tranquilizó a Jimena. No le apetecía desayunar con él ni tener que darle más explicaciones. Esa noche había sido lo que la periodista necesitaba: un desahogo. Desde que se mudó con Carmina, sus relaciones sexuales habían sido mínimas porque no disponía de una casa donde llevarse a sus amantes. Pero había tardado pocos días en volver a su rutina de soltera en cuanto se había mudado de vuelta a su casa.

—Oye, yo tengo que salir, ¿vamos? —le indicó mostrando cierta indiferencia y abriendo la puerta para indicarle que saliera por delante de ella.

Adam no insistió más y fue hacia el ascensor. Jimena se hizo

con su bolso, comprobó que llevaba la grabadora y el bloc de notas y cerró la puerta de su casa echando dos veces la llave. En el ascensor, guardó silencio y notó que se enrarecía el ambiente. Le había dejado claro al extranjero que no buscaba nada más que compañía durante una noche. Él parecía haberlo aceptado, así que no entendía el beso que le había querido dar esa mañana. Se había sentido incómoda y abordada, de alguna manera.

En la puerta del edificio, se despidieron desde la lejanía y Jimena vio que desaparecía calle Molinos abajo. Suspiró al verlo tomar una esquina y perderlo de vista. Después se adentró en la cafetería que había frente a su casa y se pidió un café cargado para llevar. Mientras esperaba, anheló tener un cigarro y recordó las palabras de su terapeuta, tenía que dejar a un lado sus adicciones si quería liberarse y ser feliz. En esos momentos, Jimena se sentía feliz. Había vuelto a su hogar, se estaba demostrando que tenía la fortaleza de investigar un crimen y no perderse en el camino. Tenía nuevas motivaciones, como encontrar a un asesino que Gari había descrito como psicopático. Esa investigación podía ser toda una aventura y la periodista estaba dispuesta a darlo todo para que no volviera a cometerse otro asesinato.

Con el café en la mano, Jimena echó andar por la calle Molinos, que era una de las centrales del Realejo, su barrio. Pronto conectó con Pavaneras y se vio saliendo a paso rápido del Realejo, en dirección a la facultad de Derecho, donde había quedado con Miguel Alcázar. Él le había concedido una entrevista y Jimena se había preparado la batería de preguntas que iba a lanzarle. Sabía que la policía ya buscaba otras posibilidades más allá de la Asesina de la Cruz, pues no podían trabajar solo en esa línea. Por lo que había entendido, Miguel Alcázar estaba en su lista de testigos a los que habían interrogado. A ella le interesaba el hermano de la víctima porque en el cementerio lo había visto extraño, mostraba emociones contradictorias. Carmina había sido el enlace que la había conectado con Miguel y pensaba exprimir esa conversación para que no se le quedara nada en el tintero.

Jimena cruzó parte de Gran Vía, que olía a contaminación y

a neumáticos. Esa calle había cambiado desde que fuera una niña. La recordaba cargada de comercios, que ya casi se habían extinguido, y reluciente por sus edificios y palacios. Se había construido imitando modelos urbanos foráneos que habían supuesto el desvanecimiento de una parte importante de la ciudad, además de un empuje de la burguesía hacia la transformación de ciertas zonas céntricas donde se asentarían tras expulsar a la clase trabajadora que antes las habitaban. A Jimena no le gustaba esa calle, le recordaba las barbaridades arquitectónicas a las que había sido sometida la ciudad, además de estar caracterizada por esa mezcla de olores que denotaban la alta contaminación.

Pronto bajó hacia una calle adoquinada que llegaba hasta la plaza de la facultad de Derecho. Estaba bordeada por tiendas, en su mayoría de marroquíes, para turistas. Jimena a veces compraba allí algunas cosas para su casa, como lámparas andalusíes o utensilios de cocina que tenían diseños nazaríes. Siguió caminando y divisó varios bares donde había pasado algunas de las noches autodestructivas de su vida. Al final, llegó a la plaza, que la esperaba ajetreada por ser un día laboral en hora punta. Esa plaza, conocida como de la Universidad, tenía una estatua erigida en el centro y estaba flanqueada por una pequeña parroquia que pocos días abría las puertas a sus feligreses. No era un lugar muy turistificado, a pesar de ser un enclave recogido y llamativo en el centro de la ciudad.

Tomó una calle que giraba a la izquierda, junto a la facultad de Derecho, y divisó la terraza donde la esperaba Miguel Alcázar. Este estaba sentado, tamborileando sobre la mesa, y llevaba ropa oscura, lo que disimulaba su figura. Al verla, se levantó, dejando ver que la camisa que llevaba le apretaba demasiado el abdomen, y le tendió la mano con una sonrisa que denotaba poca alegría. Jimena se la estrechó, se sentó frente a él y sacó su grabadora y su bloc de notas.

—Hola, Miguel, gracias por atenderme esta mañana —le dijo antes de pedirle un café al camarero. Era ya la hora de la cerveza, pero como se había despertado tarde, iba con otro horario distinto.

—Estoy un poco harto de responder entrevistas y preguntas que están fuera de lugar. Pero Carmina insistió en que me tomara el tiempo de sentarme contigo. Espero que merezca la pena. —Sus palabras fueron gélidas y a Jimena le sentaron como una patada en el estómago.

Observó la posición de Miguel y sus ojos verdes. Aquel hombre le transmitía sensaciones confusas. Por un lado, mostraba seguridad. Por otro, parecía esconder algo oscuro en los ojos. Además, tenía una cara con rasgos peculiares que no estaba bien equilibrada y que a Jimena le resultaba hasta desagradable. Quizá era por los dientes, que se montaban unos sobre otros y brillaban amarillentos. No parecía que fumara, pero la dentadura mostraba que lo había hecho en el pasado de manera compulsiva. Estaba relajado frente a ella, sin embargo, seguía tamborileando en la mesa y removiéndose de vez en cuando para recolocarse en la silla. Algo no cuadraba en la persona que tenía frente a sí.

—No quiero robarte demasiado tiempo, así que voy a ser directa. He preparado una serie de preguntas. Quiero que entiendas que son necesarias para poder encontrar a la persona que asesinó a tu hermano. Todo lo que me cuentes me ayudará a perfilar a Julián y acercarme a las motivaciones del asesino —le explicó Jimena antes de alcanzar su bolígrafo.

—Ya he respondido muchas preguntas estos días, Jimena. No me hagas perder el tiempo —contestó chasqueando la lengua.

La periodista se tuvo que contener porque necesitaba esa entrevista; sin embargo, el tono con el que le estaba hablando Miguel empezaba a sacarla de sus casillas. Deseó tener un cigarro, de nuevo, y negó con la cabeza antes de preguntar:

—¿Quién podía hacerle daño a tu hermano? ¿Quién lo conocía tanto como para saber dónde estaba? Sé que era un hombre complejo y que, seguramente, no os llevabais bien —esto último se aventuró a decirlo.

Había visto que Miguel Alcázar era un hombre de mecha corta. Si sus cavilaciones no le fallaban, no debía tener muy buena relación con su hermano mayor. No se equivocó en cómo reaccionaría, pero quizá se sorprendió al ver que tenía

tanto carácter y que saltaba gritando:

—¡Estoy harto de que hagáis suposiciones sobre mí! Sois carroñeros, eh.

—¿Qué me estás diciendo, Miguel? No entiendo nada. —Jimena contuvo su carácter, que le pedía a gritos que reaccionara también subiendo el tono. Sin embargo, habló pausada y calmada, a la espera más reacciones por parte de Miguel.

—Lo que te estoy diciendo es que estoy hasta los cojones de que supongáis que yo maté a mi propio hermano porque no nos hablábamos. ¿Es que no conoces ninguna familia donde los hermanos no se lleven bien? Pues es así de simple, mi hermano y yo no éramos compatibles. Fin de la historia —Miguel seguía hablando y alzando la voz y un tic nervioso en una ceja desvelaba que estaba perdiendo el control de la situación.

—¿Por qué no os hablabais? ¿Era un motivo lo suficientemente fuerte como para ocultárselo a la policía? Venga, Miguel, ve directo al grano —Jimena dijo esto último con un tono condescendiente que hasta a ella misma le sorprendió.

Como también sorprendió a Miguel, que reaccionó levantándose y gritando:

—¡No quiero más interrogatorios! ¡Y menos con una periodista de poca monta que ni siquiera terminó de resolver el crimen de la Asesina de la Cruz y se lo atribuyó para engordar su carrera! Haces periodismo barato, Jimena.

Esta vez, ella también se levantó. Sus palabras no habían sido hirientes, pues venían desde la rabia y el dolor que sentía Miguel. Pero no estaba dispuesta a dejar que un hombre le gritara en mitad de la calle y alimentara su ego a costa de que mantuviera la cabeza gacha. Ya Miguel le había dicho todo lo que necesitaba saber. Confirmaba su teoría de que él y su hermano no se hablaban, y veía que tenía un carácter con el que perdía el control. No necesitaba mucho más.

—No estoy dispuesta a recibir faltas de respeto ni a que un mierda como tú me infravalore, Miguel. Suerte con lo que te queda.

La periodista se giró y alcanzó su bolso. Pero antes de poder

echar a andar notó que una mano la cogía por el hombro con suavidad y la hacía pararse sobre sus propios pasos. Se encontró de frente con Carmina, que la miraba extrañada y frunciendo el ceño. Probablemente había presenciado gran parte del espectáculo que habían montado al final.

—¿Qué haces aquí? —fue lo único que consiguió articular Jimena observando a su hermana. Iba muy arreglada para dirigirse al centro de estudios a trabajar.

—Había quedado para comer aquí con Miguel. —Lo señaló con el dedo.

Este ya respiraba tranquilo y se estaba alisando las arrugas de la camisa negra que llevaba.

Jimena le echó una mirada de reojo y después centró sus ojos en Carmina. Su hermana le estaba diciendo más con cómo la miraba que con lo que articulaba a través de los labios.

—¿Con este hombre? ¿Este es el tío al que estás conociendo? ¡Venga, Carmina, no me jodas! Es un posible sospechoso de la investigación. No te metas donde no debes. Parece que no aprendes de tus errores.

Nada más decir eso último, la periodista se arrepintió. Vio que por los ojos de Carmina se pasaba una nube oscura de recuerdos y que se rompía algo dentro de ella. Jimena quiso disculparse, pero Carmina le pidió a Miguel que se marcharan y dejó ahí a su hermana, que no supo cómo retirar las últimas palabras que había dicho.

Acababa de recordarle a Carmina que tenía un pasado oscuro, y sus palabras implicaban que Miguel también. Eso no lo sabía, quizá lo sospechaba ligeramente, como podía sospechar de cualquier perfil como el suyo. Pero lo que había dicho estaba mal y se lamentó por tener un carácter tan fuerte que a veces le hacía decir cosas de las que luego se arrepentía.

Capítulo 15

Las nubes oscuras asediaban el cielo de Monachil. Se acercaban a una velocidad vertiginosa, pues había fuertes rachas de viento que estaban provocando que comer en el patio de la casa de sus padres se convirtiera en toda una odisea. Los pájaros ya no cantaban y, probablemente, se estaban preparando para la tormenta que se acercaba. El frío también rascaba con fuerza y, sin sol para combatirlo, estar sentados al exterior no era agradable. Pero era el cumpleaños de Pedro Suárez, que a menudo soñaba despierto con su juventud y lo asociaba a sus tardes al aire libre fumando tabaco. Por eso ahí estaban los cuatro, ataviados con sus mejores chaquetones, comiendo en una posición incómoda retraídos sobre sí mismos y con conversaciones livianas que hacían que Fátima estuviera contenta.

Era la primera vez que juntaba a sus padres con Leónidas y no saltaban chispas. Había sido ella la que se había obcecado en que Leónidas acudiera a la comida familiar. Lo hacían, a veces, para intentar rebajar la tensión que sus padres provocaban hacia él. Fátima había insistido en que la acompañara porque, técnicamente, iban a acudir amigos de su padre a comer. Finalmente, a causa del mal pronóstico meteorológico, habían cancelado y, al llegar, ambos se habían encontrado con sus padres alrededor de la mesa. Aun así, no iba del todo mal la comida y, de momento, ninguno había dejado de comer el arroz caldoso con gambas que había preparado su padre.

—Leónidas, ¿y tus padres? ¿Dónde están? —Fue Alejandra, su madre, la que apartó la cuchara del plato unos segundos y se volvió a Leónidas.

Fátima no pudo evitar sonreír. No era común que su madre se dirigiera a Leónidas, y mucho menos con una pregunta personal. Esos pequeños avances la hacían ver que, en un

futuro, sus padres podrían convivir tranquilos con la elección de Fátima. Quizá porque su hija estaba a las puertas de ser madre y eso los obligaba a respetar al padre de su futuro nieto.

—Ambos fallecieron. Mi madre de un cáncer, cuando era niño. Apenas la recuerdo, honestamente. A veces, cuando huele a jazmín por el Albaicín, tengo recuerdos de ella. Era su flor favorita. Mi padre nos dejó hace cinco años por un infarto al corazón. Pero tuvo una buena vida y se murió con setenta y cinco años. Antes de que falleciera, subía a Zaragoza a verlo todos los meses —explicó Leónidas antes de darle un trago a su copa de vino blanco.

Fátima conocía la historia de vida de Leónidas y, tras tres años, al fin sus padres también. Le daba pena no haber conocido al padre de Leónidas, del que hablaba poco. Se podía palpar que su pérdida había supuesto mucho dolor para él. Fátima recordaba los días que fueron a Zaragoza con mucha alegría. Le había enseñado la ciudad donde había nacido y se había criado, y la paseó por todo su elenco de recuerdos. No habían vuelto, probablemente porque para Leónidas era sumamente doloroso.

—Lo siento mucho, perder a una madre siendo tan joven es muy triste. También por la pérdida de tu padre —su madre sonaba dulce cuando hablaba. En eso se parecían ambas.

—No te preocupes, Alejandra. La muerte también se procesa y se supera. Aunque no terminen de dejarte nunca, porque viven en tus recuerdos —respondió Leónidas mientras comía lentamente el arroz de su padre.

Este, por otro lado, se mantenía frío y lejano. No iba a hacer ningún tipo de esfuerzo por integrar a la pareja de su hija. Fátima entendía los motivos que los llevaban a rechazar a Leónidas, básicamente la diferencia de edad. Pero también creía que no era para tanto y que iba siendo hora de superar esas diferencias y prejuicios.

—Cariño, ¿cómo estás tú y cómo va tu investigación? —le preguntó Alejandra a su hija después de cogerla de una mano.

Fátima sintió el calor que desprendía el gesto de su madre y, sin soltarla, respondió:

—Voy por días. Estoy bien. Estamos los dos bien con el

tema del *in vitro*. Pero hasta que no acabemos la estimulación ovárica, se haga la transferencia y veamos los resultados… —miró a Leónidas al hablar—, creo que ninguno vamos a descansar bien del todo. Estamos emocionados, pero también asustados. No quiero perder esta oportunidad, mamá.

—Te entiendo perfectamente. Cuando lo intentamos de jóvenes y me dijeron que no podría ser madre, fue un golpe muy duro. Pero mira qué milagros te regala la vida, me quedé de ti, bastante mayor, cuando no nos lo esperábamos. Así que todo es posible, Fátima. Quizá no funcione esta ronda de *in vitro*. Eso no significa que no podáis intentarlo de nuevo —la animó ella apretándole aún más fuerte la mano.

Fátima no concebía una oportunidad que no fuera esa segunda y última ronda de fecundación *in vitro*. No estaba dispuesta a pasar su vida creándose falsas ilusiones. Si no funcionaba, tendrían que procesar que no podían ser padres de manera biológica y, en todo caso, empezar un proceso de adopción. Pero era extremadamente doloroso imaginar que no funcionara, pues a Fátima no solo le ilusionaba ser madre, sino el proceso en sí mismo. Desde que había sido una niña había querido ser madre biológicamente. A pesar de la historia de su madre, que conoció ya cuando era adulta, siempre se había aferrado a la idea de que encontraría al amor de su vida y podrían ser padres. Solo de pensar en que podía arrebatarle eso a Leónidas se venía abajo. Él tampoco tenía muchos más años, con cuarenta y seis, el tren de la vida le pasaba por delante de los ojos.

Su teléfono vibró en la mesa de pronto. Al alcanzarlo, vio un mensaje de Gari Atxa:

Llámame cuando puedas, tengo cosas que contarte.

—Y sobre la investigación, poco puedo contaros. Es un asunto confidencial que no puedo compartir. Aunque os diré que Leónidas me está ayudando mucho y que, al menos, lo tengo a él para resolver dudas —añadió Fátima para cambiar de tema volviendo a posar los ojos sobre él, que a su vez la miraba con amor y cariño.

—Suena genial, parece que estás muy motivada. Eso sí, no abandones tu tesis que tanto trabajo te ha supuesto ya —le

recomendó Alejandra.

—Por cierto, el premio que le dieron a Leónidas fue genial. Ya no solo porque no paran de reconocerle su cátedra, sino porque todo el mundo lo admira —explicó Fátima intentando vincular, de nuevo, a sus padres con Leónidas—. Papá, tendríais que haber venido. A ti te hubiera interesado porque en esas jornadas se habló mucho de la herencia histórica de la ciudad y hubo un ponente que era especialista en el área de Monachil.

Al fin, Pedro Suárez levantó la cabeza del plato y observó a su hija. Fátima podía ver que el paso del tiempo hacía mella en él, que ese día cumplía setenta y cuatro años. A pesar de tener esa edad y de estar físicamente envejecido, se notaba que aún tenía la suficiente vitalidad como para aferrarse a la vida hasta veinte años más. Pero al mirar a Fátima, ella notó que se avecinaba una tormenta en sus ojos. Quiso intervenir de nuevo para arreglar lo que había hecho; sin embargo, era demasiado tarde. Su padre se aclaró la voz y, mirando directamente a Leónidas, dijo:

—No me interesan esas jornadas históricas. Como comprenderás, Leónidas, un hombre de poca cultura como yo no tiene nada que hacer ahí. Espero que a mi hija se le pase la adoración que tiene hacia ti. Es enfermiza y ninguno de los dos podemos entenderla. Solo hay que verte.

Sus palabras cortaron el ambiente como cuchillos. Fátima se puso colorada al momento y sintió la vergüenza corriéndole por las venas. Su padre estaba senil, sí, pero siempre había tenido salidas de tono como esas. La historiadora se sintió tremendamente avergonzada por hacer pasar a Leónidas por esa situación. Ella lo había llevado allí en un intento de calmar las aguas, y, sin embargo, lo había metido aún más profundo en la boca del lobo.

Fátima miró a Leónidas antes de hablar. Se hizo un silencio en la mesa, que solo era acompañado por los rugidos del viento. Se quedó helada porque a Leónidas le había cambiado la cara y se notaba que no estaba dispuesto a tolerar esos comentarios. De hecho, fue él el que habló, levantando la voz y diciendo:

—Su hija es lo suficientemente adulta para saber lo que quiere. Ya no es una niña. Le diría más, es una mujer inteligente y capaz para dirigir su propia vida.

Fátima apretó las manos contra la mesa para aferrarse al filo deseando que la tragara la tierra. No era la primera vez que se veía en una situación similar con su familia y Leónidas. Pero nunca había sido capaz de sobrellevarlas del todo.

—¡¿Que no es una niña?! ¡Es una cría a tu lado! Y no eres para tanto, Leónidas. Lo que te pasa es que tienes un ego que ni te lo aguantas —le contestó Pedro mientras se levantaba y alzaba la voz tanto que se enterarían hasta los vecinos de lo que decía.

—Uno siempre proyecta en los demás lo que lleva dentro, acuérdese, Suárez. —Leónidas también se levantó y empezó casi a rugir.

Fátima reaccionó rápido, se levantó y cogió a Leónidas de la mano para apartarlo de la mesa. Solo tenía ganas de llorar, viendo cómo su propia familia se trataba a palos. Pero había madurado sus reacciones ante ese tipo de trances y sabía que si lo pasaba mal era su decisión. Su padre no iba a cambiar. Con su madre habían ido ganando terreno y eso la hacía sentirse mejor. Sin embargo, había sido una malísima idea juntarlos a todos ese día. Evidentemente, aún no estaban preparados para eso.

—Vamos a dar un paseo, por favor. Déjalo y tranquilízate —le rogó a Leónidas antes de tirar de él hacia la zona de cultivo.

Dejaron atrás a sus padres. Fátima escuchó cómo su madre reñía a su padre y cómo este volvía a sentarse entre gruñidos. La comida de cumpleaños se había terminado, eso era seguro. Solo quedaba que se calmaran las aguas y que pudieran despedirse cordialmente de su familia.

—Lo siento, Fátima. Me pueden los demonios con tu padre. Es que me duele que sea así con nosotros. Tengo que aprender a controlarme, no deja de ser tu padre —comentó él conforme se acercaban a la acequia.

—Me siento superavergonzada y yo sí que lo siento muchísimo. Y no, no me gusta verte reaccionar así. Pero lo entiendo, es que yo tampoco toleraría que nadie me hablara de

esa manera. Sé que siendo mi padre…, hay que hacer un esfuerzo. Pero está mal, Leónidas. Mi padre no está bien de la cabeza —explicó ella aguantando las lágrimas—. Oye, tengo que hacer una llamada, ¿te importa? Es a Gari Atxa.

—Por supuesto, tranquila.

Leónidas se apartó un poco de ella en un intento de dejarle espacio para que llamara al criminólogo. Fátima lo vio acercarse más a la acequia y agacharse para tocar el agua. Llevaba una camisa celeste que le quedaba como un guante. Su pelo canoso brillaba bajo esas nubes oscuras que estaban encapotando el cielo y Fátima suspiró, ojalá sus padres pudieran entenderla. Después, alcanzó su teléfono y buscó a Gari en la agenda. La llamada empezó a sonar pocos segundos después.

—*Hola, Fátima, no quería molestarte. ¿Cómo estás?* —la voz grave de Gari sonó al otro lado de la línea con su característico acento del País Vasco.

—He tenido días mejores. ¿Cómo estás tú? Oye, no tengo mucho tiempo. ¿Es importante? —preguntó ella acercándose hacia Leónidas y agachándose a su lado.

—*Tenemos los resultados de los especialistas, como te comenté ayer, estábamos a la espera de saber algo más. Quería preguntarte si sabes lo que es un* Pleurodeles waltl. —Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

Fátima frunció el ceño y Leónidas le preguntó con un gesto qué pasaba. Ella negó con la cabeza y respondió:

—No sé de qué me estás hablando. Supongo que estarás usando el tecnicismo, ¿no?

—*Sí. El* Pleurodeles waltl *es comúnmente conocido como gallipato. ¿Te suena? Tampoco es un bicho muy común.*

Fátima se quedó de piedra y miró a Leónidas emocionada.

—¡Sí! Sé lo que es. El gallipato es un anfibio poco común, pero era habitual de las acequias de la Alhambra hasta que empezaron a introducirse peces de colores que subían el nivel de nitrato del agua y rompía la pureza del hábitat. Venía a través de los cauces de los manantiales. Es una cosa muy específica de Granada y su área natural. Aunque imagino que estará en más lugares del mundo. No sé mucho de él, pero en

las investigaciones históricas que se hacen de la Alhambra y su fauna, siempre aparece mencionado. —Fátima se vino arriba pensando en todo lo que podía aportar sobre el gallipato. Entre los conocimientos que manejaba y lo que pudiera leer, ya tenía tarea.

—*¿Podrías profundizar más y contarnos? Parece que este bicho va a darnos dolores de cabeza. Es el que estaba en la garganta de la víctima. Te dejo con esto, ¿vale?*

Fátima se despidió de Gari y después miró a Leónidas, que también tenía los ojos clavados en ella.

—Santo cielo, un gallipato. Qué cosa más rara —dijo él llevando las manos a los hombros de Fátima.

—No entiendo nada. Un gallipato no tiene ningún tipo de vinculación con lo católico, tampoco con la iglesia de San Pedro —murmuró ella sintiendo cómo la emoción iba desapareciendo.

Sí, sabía información básica sobre el anfibio. Pero se abría un abanico enorme de posibilidades en relación con él.

—Tendrás que trabajar sobre ello. Te pasaré unos artículos de un compañero que ha escrito bastante sobre preservación de la fauna de la Alhambra. Seguro que habla del gallipato.

Fátima no le contestó. Su cerebro se activaba y lo que deseaba era sentarse a trabajar y desgranar esa especie. Sin duda, ese asesino iba a darle unos cuantos dolores de cabeza.

Capítulo 16

La pantalla del ordenador portátil brillaba en la oscuridad en la que se había sumido la biblioteca de la facultad de Filosofía y Letras. Las nubes asediaban la ciudad y, desde la ventana que quedaba a su izquierda, Fátima podía contemplar la sierra de la Alfaguara escondida bajo aquel manto de agua que caía sin descanso desde hacía horas. El sonido de la lluvia siempre la había ayudado a concentrarse, al igual que la música clásica que sonaba por sus auriculares. Fátima Suárez nunca había sido especialmente melómana, pero disfrutaba en ciertos momentos de dejar volar la mente mientras los instrumentos de cuerda le daban vida a los oídos. Por eso estaba trabajando con un solo auricular, combinando el sonido natural de fondo de la biblioteca con la lluvia y las violas.

Llevaba toda la tarde inmersa en un proceso de documentación que le recordaba a sus primeros meses de tesis doctoral. No solo estaba arramblando en internet, leyendo cada fuente disponible, además de todos los artículos que contenía el repositorio de la universidad, sino que había cogido prestados tres libros donde se aportaba información sobre el gallipato. Le apasionaba lo que estaba leyendo y, de alguna manera, entendía que podía aportar a la investigación más de lo que había creído en un primer momento. También había estudiado los perfiles académicos de la Universidad de Granada en busca de algún profesor que pudiera controlar el tema del gallipato. No había encontrado a nadie específicamente, aunque sabía que habría muchos eruditos especializados en la fauna de la ciudad que podrían ayudarla.

Le había sorprendido que el gallipato fuera el anfibio más grande que habitaba Europa y que, específicamente, era iberomagrebí, por lo que se encontraba en la península ibérica, pero también en Marruecos. No era común; sin embargo, en el área granadina se había reproducido en manantiales y lagunas

de la sierra, además de en la Alhambra. Necesitaba, sobre todo, un hábitat limpio, aunque también se reproducía en aguas estancadas si era necesario. A Fátima le apasionaban las fotografías que había visto del animal, le sorprendía la cola larga que tenía y la mirada perdida a causa de la separación entre los ojos.

Miró el reloj de pulsera, una reliquia familiar que había pertenecido a su abuela, y se dio cuenta de que era hora de marcharse a la casa de Jimena Cruz. Habían quedado en menos de una hora con Gari Atxa para poner en común la información que habían recabado. Fátima había tenido que emplear toda la tarde, pues por la mañana había impartido tres clases de dos horas, y la noche anterior, después de la debacle emocional que había supuesto la comida con sus padres, no había podido concentrarse en nada. Había acabado pasando tres horas en la cama con Leónidas, donde el placer se deshacía entre las sábanas y la cena había consistido en un masaje con aceites y música clásica.

—Buenas noches y gracias, Margarita, aquí te dejo los libros —le dijo a la administrativa, que ya estaba preparando el cierre de la biblioteca, conforme salía a paso rápido.

Fátima iba preparada, así que abrió su paraguas morado y se coló entre los estudiantes que marchaban animados de vuelta a casa. Siempre le gustaba salir de la universidad sobre las ocho de la tarde, era una hora agradecida en la que todos parecían celebrar el fin de la jornada. A pesar de que, al empezar a estudiar, entrar en la facultad de noche por ser muy temprano y salir al final del día cuando de nuevo era de noche, la agobiaba; ya no lo hacía. Disfrutaba del frío que rascaba la piel y que acompañaba al invierno granadino, de los monumentos encendidos de color anaranjado y de los callejones poco iluminados que sumían a Granada en un aura oscura.

Lo que no disfrutaba era la lluvia incesante que caía esa tarde. La ciudad necesitaba agua, pues la sequía se iba abriendo paso año tras año. Pero a Fátima no le gustaban las tormentas torrenciales cuando tenía que recorrerse la mitad de la ciudad a pie. Cuando empezó a conocer a Leónidas, él

siempre se ofrecía para recogerla y llevarla en motocicleta de un lado a otro. Ella siempre había rechazado su oferta, no quería utilizar a Leónidas como conductor privado. Así que, como no tenía moto ni pensaba tenerla, le tocaba andar. Moverse por el centro de Granada en coche era una locura, por lo que también estaba descartado. Además, le habían recomendado que se moviera durante el proceso de estimulación ovárica. Y Fátima estaba dispuesta a darlo todo de sí misma para que esa vez sí que saliera bien.

Cruzó Gran Vía bajo la lluvia, justo cuando el viento azotaba y el paraguas no podía salvarla de mojarse. Se aferró a su abrigo de paño canela, que estaba poco preparado para esa tormenta y se arrepintió de no haberse vestido para protegerse de la lluvia. Continuó andando a paso rápido y sin despistarse. Escuchó cómo sonaba su teléfono varias veces, al sacarlo del bolso vio que era su padre. No tenía ganas de hablar, así que lo volvió a guardar y comenzó a caminar por el Realejo, ya que se encontraba a pocos minutos de la puerta de Jimena.

Mientras subía en el ascensor, se deshizo del abrigo y se miró en el espejo. Tenía el pelo rubio ceniza pegado a la cabeza y al cuello y goteaba hasta mojar el suelo. Al menos, se había calzado unas buenas botas que le habían protegido los pies un poco más. El maquillaje sencillo que usaba le bajaba también por el cuello y puso los ojos en blanco viendo su reflejo. Estaba hecha un desastre. Al menos, no la vería Leónidas, pues tras tres años y medio de relación se arreglaba como si fuera el primer día.

—¡Pero bueno, si estás encharcada! —exclamó Jimena en cuanto se abrió la puerta del ascensor. La estaba esperando apoyada en el marco de la puerta, ataviada con una bata negra que dejaba poco a descubrir y con el pelo castaño recogido en un moño.

—Menuda es la que está cayendo. Eso sí que es escenario total para un crimen. —Fátima resopló al pasar por delante de Jimena.

—Anda, vente al vestidor y cámbiate, que te vas a poner mala. Gari, sírvele una copa de vino —le pidió Jimena entrando tras ella.

—No, no. Un vaso de agua. Hola, Gari —lo saludó con una sonrisa dulce.

El piso de Jimena estaba lo suficientemente caldeado como para entender por qué tanto ella como Gari iban con ropa fina. De hecho, él estaba sentado en el suelo con unos vaqueros oscuros y una camiseta celeste de manga corta que le marcaba los brazos. Fátima no quiso preguntar cuánto tiempo llevaban solos, porque notaba una energía extraña entre ambos que dejaba intuir, como mínimo, cierta atracción física.

El vestidor de Jimena era bastante grande y tenía mucha ropa. Se notaba que los muebles eran antiguos y que lo había ido rellenando con burros y cajoneras conforme se lo pedía el espacio. Jimena le tendió una camisa blanca de lino y unos pantalones deportivos grises cómodos.

—La combinación es rara, pero puedes apañarte. —Se los tendió pensativa y salió del vestidor.

A Fátima le fascinaba el estado de ánimo de la periodista. A veces estaba alegre y parecía que iba a comerse el mundo; otras tenía una voz que denotaba desidia y pocas ganas de vivir. Cambiaba en cuestión de minutos. Incluso la había visto reaccionar en varias conversaciones y se había dado cuenta de que sus gestos faciales la delataban. Quizá Jimena quería transmitir indiferencia en general, pero pocas veces lo conseguía. Se cambió pensando en todo eso y salió de nuevo al salón, con la ropa mojada entre las manos. La dejó sobre las estufas, que parecían de gas natural, y después se sentó en el sofá junto a Jimena.

—Gari, le he dado muchas vueltas al tema del gallipato. Tenemos que hablar porque hay mucho donde rascar —comenzó hablando ella mientras sacaba su portátil del bolso.

—Bien, porque a mí se me fue la noche de las manos y tengo una resaca… —comentó él haciendo un esfuerzo descomunal y con cara de pocos amigos.

—Yo te necesito centrado en esto, Gari. No me jodas —le dijo Jimena arqueando las cejas.

Entre ellos se intercambiaron unas miradas que la historiadora no entendió. ¿Y si habían salido juntos la noche anterior y se les había ido de las manos? Aunque Jimena

parecía descansada y en su estado indiferente habitual.

—Gari me comentó que la víctima murió por una posible asfixia. Imagino que eso quizá ya está descartado porque lo que voy a contaros del gallipato es la información que se encuentra con un par de búsquedas —explicó Fátima antes de darle un trago al vaso de agua.

—De hecho, sí. Ahora tenemos claro el motivo de la muerte, pero primero pon al día a Jimena y, de paso, también a mí. No he tenido mucho tiempo de leer sobre el bicho en cuestión —intervino Gari bebiendo también del vino blanco que le había servido Jimena—. ¿Quieres? —le preguntó a la periodista. Pero Jimena negó con la cabeza y fue a la cocina para sacarse una cerveza sin alcohol.

—Bien… El gallipato me tiene totalmente absorta. Es un animal fascinante. Primero, poco común y bastante desconocido. Segundo, un símbolo del área granadina, lo que lo hace más que interesante para esta investigación. Y, tercero, es un anfibio que tiene un método de protección que… vais a alucinar. Básicamente, es típico de esta zona y de algunas otras. Pero crio y se mantuvo en los manantiales y lagunas de Sierra Nevada, además de otras zonas de la provincia, y la Alhambra. Entiendo que esto último es destacable por el lugar en el que apareció el cuerpo —argumentó Fátima mientras se acomodaba en el sofá y se sentaba con las piernas cruzadas.

—Gallipato, es que menudo nombre —resopló Jimena a su lado—. ¿Qué más? Gari ayer me llamó y me habló del bicho, pero he estado todo el día trabajando con la policía y recabando la información que tienen.

—Lo importante que tengo que contaros es que el gallipato tiene una estrategia de defensa que me dejó helada. Básicamente, la usa cuando potenciales depredadores se le acercan. Si la amenaza es superior a sus capacidades, proyecta los extremos punzantes de las costillas hacia fuera. Al hacerlo, unas zonas glandulares de la piel excretan toxinas, por lo que esas costillas se convierten en agujas venenosas. Así inyectan las toxinas en la boca del depredador, provocando que este los escupa y consigue huir —Fátima hablaba lentamente, estudiando la cara de Jimena.

La periodista se había ido descomponiendo poco a poco hasta el punto de quedar con la boca abierta. Se la cubrió con una mano y, con la cabeza gacha, miró a Fátima casi desde abajo. Gari, por su parte, afirmaba con la cabeza y la escuchaba con una sonrisa. La historiadora entendió que él ya había llegado a esa información también y que la autopsia marcaría ese como el motivo de la muerte de Julián Alcázar.

—¿Qué me estás contando? ¿Es ese el motivo de la muerte de Alcázar, Gari? —preguntó Jimena todavía sorprendida y con una expresión que mostraba que no había procesado la información.

—Sí. La cinta americana se usó para que la garganta de la víctima no expulsara al anfibio como reacción natural. Las costillas del gallipato lo destrozaron por dentro y hemos encontrado restos de esa toxina presente en sangre, que cuadra con la del anfibio en sí mismo. Esto nos hace pensar en qué necesidades psicológicas o fantasías satisfacía el asesino utilizando el gallipato. Es complicado llegar a esa conclusión solo con el hecho de que se usó el anfibio en sí mismo. Lo que sí que tengo claro, como forense, es que hubo planificación y eso nos lo indican tanto las huellas psicológicas como la víctima en sí misma.

Gari se había incorporado para hablar, aunque se mostraba desganado y poco motivado con la conversación. Fátima entendía que se debía a su resaca descomunal, pero ella sentía una adrenalina en las venas que la llevaba a querer saber más. El caso acababa de tomar una perspectiva totalmente distinta: entraba en juego la elección del gallipato.

—La cuestión es que ese bicho es un completo desconocido para la gente de a pie. No tiene sentido que sea una elección al azar. Además, ¿cómo te haces con un gallipato? —dejó la pregunta en el aire.

—Es jodido saberlo. Imagino que será una especie protegida o algo así, ¿no? Nada más que por la descripción y por lo que nos has contado. Pero lo voy a investigar y os cuento —propuso Jimena—. Has mencionado al principio que es típico de manantiales de Sierra Nevada. Y que crecía en aguas lo más limpias posibles, ¿no? —le preguntó la periodista. Fátima

respondió afirmando con la cabeza—. Has hablado también de lagunas… ¡Madre mía! ¡Julián Alcázar era promotor de una carretera que iba a destrozar una de las lagunas de Sierra Nevada! A ver…, un momento. —Jimena se levantó y fue a su escritorio. Se giró con una sonrisa y dejó unos papeles sobre la mesa—. Esta es la lista de proyectos en los que estaba inmerso. Ahí está la laguna. ¡No me lo puedo creer!

Fátima la observaba exclamar entre gritos de alegría entendiendo que habían llegado a un lugar en el que antes no estaban. Sonrió y dijo:

—El gallipato es un animal en peligro que está protegido, que necesita aguas puras para sobrevivir y que aparece en la garganta de un hombre que era promotor de una carretera que iba a destrozar una laguna de Sierra Nevada. Lugar que, por cierto, también está protegido.

—Pero ya sabemos cómo van estas cosas. Yo te pago tanto y tú, persona responsable de que ese espacio esté protegido, miras para otro lado. Como siempre, están todos en el ajo. —Jimena suspiró. Fátima se dio cuenta de que eso que decía la estaba llevando al caso que había resuelto con anterioridad.

—Chicas, perdemos el hilo. Sí. Todo lo que decís es plausible. Entonces podrías suponer que el motivo sería algo relacionado con la protección del medioambiente, ¿no? Me serviría como filia del psicópata. Además, encajaría perfectamente con un perfil psicopático que se mueve por motivaciones morales. Cree que es el salvador, o salvadora, del medioambiente. Utiliza un animal que lo representa como arma de asesinato. Y después hace todo un espectáculo para que el mundo conozca su obra y concienciar moralmente a la ciudadanía. Todo esto es una hipótesis, por supuesto, pero nos sirve para seguir trabajando. —Gari se había levantado y había comenzado a dar vueltas por el salón de Jimena ante la mirada de ambas, que sonreían satisfechas con lo que contaba el forense.

—Madre mía. Todo tiene sentido. —Jimena se volvió a levantar y trajo un folio impreso de su escritorio. Era la fotografía de la pancarta—. «Un animal me mata, únicamente la pureza crea vida». ¡Joder! A la víctima lo mató el gallipato,

que podríamos catalogar como perteneciente a aguas puras. No me lo puedo creer. ¿Estamos desentrañando la pancarta? ¿De verdad? Esto demostraría que las pancartas sí que están vinculadas al asesinato.

Fátima se retorció en el sofá y se abrazó las piernas. Solo de pensar en todo eso, se le removía el estómago.

—Pero también nos llevaría a confirmar que la segunda pancarta es, sin lugar a duda, un aviso. Y no podemos dar nada por hecho. Mañana me voy a encerrar a seguir estudiando el gallipato y a la víctima. Le daré una vuelta a cómo apareció la escena del crimen y pensaré en qué puede estar intentando expresar el asesino. Con todo esto, tenemos una hipótesis en la que trabajar —confirmó Gari sonriendo por primera vez desde que se habían juntado en la casa de Jimena.

La historiadora se levantó y se dirigió a la cocina a rellenarse el vaso de agua. Volvió notando el parqué de madera caliente bajo los pies por las zonas en las que se canalizaba el gas. Se sentó al lado de Jimena y vio que sacaba un papel de su bolso.

—Aquí tenéis la lista de las personas desaparecidas en los últimos tres meses en Granada. Que se tenga constancia, por supuesto. Tendremos que ponernos como locos, descartando una a una hasta llegar al perfil de quien podría ser la próxima víctima, si es que ocurre —expuso gesticulando con las manos.

—Pero no tiene por qué pasar, ¿no? —Fátima no sabía si lo preguntaba porque lo dudaba o porque verdaderamente quería pensar que no ocurriría.

—«Su belleza te enmudece, su piel te cura, pero su furia te mata». Dímelo tú. Encontrémosle un sentido a esa pancarta. Descartemos teorías. Profundicemos en la ambientalista. Vamos a cazar a este cabrón antes de que se cobre otra vida.

Las palabras de Jimena sonaron más como una promesa que como una afirmación. Fátima se abrazó de nuevo el cuerpo. Estaban corriendo una carrera contrarreloj, sabiendo que era posible que una persona hubiera sido secuestrada y estuviera esperando su sentencia de muerte. ¿Quién era? ¿Dónde estaba? ¿Existía acaso? Con cada paso que daba, menos sentido tenía para ella que fuera la Asesina de la Cruz.

Capítulo 17

El sudor caliente y pegajoso bajaba por el cuello de Jimena, se abría paso a través de la camiseta negra apretada que llevaba y rodeaba el canal que marcaban los pechos, bien ajustados por el sujetador deportivo. Recibió agradecida la ducha del gimnasio porque se llevó las toxinas que había sacado en cuestión de una hora. Le dolían los puños de la fuerza que había empleado contra el saco. Se mojó el pelo y cerró los ojos mientras recordaba las emociones que le despertaba el boxeo. Había encontrado una fuente de desahogo para sus frustraciones mucho más sana que sus antiguas adicciones. También una manera de sacar afuera su ira, alejándola de las personas que le importaban. Aunque todavía le costaba controlarse y pagaba sus platos rotos con Carmina, como hacía unos días cuando había discutido por Miguel Alcázar. Quería que su hermana rehiciera su vida, pero le daba pena que conectara con una persona que estaba relacionada con el asesinato como sospechoso.

En la puerta del gimnasio la esperaba su Honda PS celeste. Se ajustó el casco, la sacó lentamente para después subirse y arrancar con una sonrisa. De camino a la Policía Nacional, que estaba al otro lado de la ciudad, pensó en el *email* que tenía que mandar a la presidenta de la asociación de bebés robados de Sevilla. No podía posponerlo más. Quería respuestas, pero le atemorizaba no encontrarlas. Enfrentarse a no encontrar a su madre y suponer que podía haber sido asesinada de niña era más duro que no tener respuestas. Había trabajado en terapia durante esos cuatro años la fortaleza que necesitaría para ese momento. Se lo debía a sí misma. Por eso era el momento de dejar de posponerlo y tomar una decisión.

Aparcó en la entrada de la Policía Nacional, se bajó de la moto y se deshizo del casco. Sacó su teléfono móvil del bolso y copió la dirección de *email* que había guardado en un

documento. Redactó un mensaje claro y conciso. Explicaba que era un bebé robado del caso que se había destapado a raíz de la Asesina de la Cruz y que quería hablar con la asociación. Mantuvo unos segundos el dedo a unos milímetros de la pantalla, sobre el botón de *enviar*. Subió la mirada al cielo, que ya estaba limpio de nubes tras la lluvia que había asediado la ciudad, y después lo pulsó con determinación. Suspiró, volvió a guardar el teléfono y echó a andar hacia la entrada del edificio.

El policía que aguardaba en el mostrador de entrada la reconoció y la saludó con un gesto poco amistoso. La periodista había levantado ampollas del pasado al destapar el caso de la Asesina de la Cruz. Varios policías habían caído, y estos tenían familiares y amigos dentro del cuerpo. Así que a Jimena nunca la recibían entre confetis y abrazos. No le importaba, de hecho, ni siquiera devolvió el saludo. Sencillamente, siguió caminando y cruzó las puertas de entrada que la llevarían al interior. Allí era donde ocurría todo, donde se guardaban los secretos y donde se escondían algunos de los peores monstruos a los que había tenido que enfrentarse en su vida.

Sus botines de piel resonaban en el pasillo conforme caminaba. Se había cambiado rápidamente en el gimnasio, con unos vaqueros claros y un jersey negro había decidido pasar la mañana en la Policía Nacional. Su bolso de piel oscura también la acompañaba, con la grabadora lista para cualquier oportunidad que surgiera. El pelo mojado aún se le pegaba al cuello y a los hombros; no podía negar que en la moto había pasado frío con el aire cortante del invierno. Llegó hasta la puerta de la habitación aséptica donde siempre se reunía con los investigadores a cargo del caso. Entró y se los encontró sentados y esperándola con un café.

—Buenos días, Jimena. Cuarenta minutos tarde —sacó a relucir Curro con cara de pocos amigos.

—Buenos días a vosotros también. Lo siento, estaba liada con unas cosas. —Jimena no quería dar más explicaciones.

Lorena iba uniformada, con el pelo negro rizado recogido en una coleta, y Curro vestía en su línea habitual, sin el uniforme.

Llevaba unas gafas apoyadas sobre el pelo canoso y tenía los brazos cruzados sobre sí mismo.

—Bien, queremos saber cómo va tu equipo. Sabes que estamos destinando bastantes recursos económicos para que trabajéis y, de momento, no has traído nada nuevo a la mesa —indicó Curro antes de terminar de beberse su café.

Jimena se sentó frente a ellos, de espaldas a la pared espejo. Sacó de su bolso varias carpetas, además de su bloc de notas. Dispuso lo que necesitaba a su alrededor y cruzó las piernas antes de empezar a hablar.

—Tenemos una teoría que creemos que es más sólida que la que manejáis sobre la Asesina de la Cruz. Estamos convencidos de que el asesino es otra persona, las evidencias lo muestran así. Hay que abrir el paradigma de búsqueda si estamos dispuestos a cazar al cabrón que está provocando esta locura.

La periodista sacó el atestado policial de su carpeta. Había subrayado los elementos que los forenses habían ido estudiando y que podían indicar que no era obra de la Asesina de la Cruz. Les tendió las hojas sobre el gallipato, además de varias fotografías que estaban anexas al mismo atestado. También el informe documental de Fátima y algún que otro documento redactado por Gari. Ante ellos dejaba el trabajo que habían estado desarrollando en las últimas cuarenta y ocho horas. Jimena estaba convencida de que no dejaba lugar a duda, se trataba de otro asesino. Sin embargo, Curro señaló:

—No cerramos la mente a la idea de que estemos ante otro asesino. Pero tampoco podemos descartar que sea obra de la Asesina de la Cruz. Se cumple un patrón común. La iglesia y la cruz. Justo, además, el cuerpo apareció en el cuarto aniversario del asesinato de María. No parece algo casual. Necesitamos saber más que lo que contabas en tu libro, Jimena. ¿Quién es la Asesina de la Cruz? ¿Dónde puede estar?

Jimena los observó en silencio reflexionando sobre lo que acababa de escuchar. Ella jamás la vendería, ni siquiera desvelaría su identidad. No estaba dispuesta porque consideraba que había sido una víctima de abusos que había desarrollado un plan de venganza y justicia, desorbitado, pero bajo su visión de lo que era justo. Tampoco quería volver al

pasado, a ese caso. Estaba cerrado y en esos momentos tenían otra cosa entre manos que desconocían.

—No lo sé. En el libro cuento toda la información que tengo. No pude verle la cara, solo escuchar su voz. Jamás me dijo su nombre. Me abandonó en esa cochera y desapareció. No puedo saberlo, Curro. Lo que sí que puedo saber es que la Asesina de la Cruz no es la autora de este crimen. No cumple su *modus operandi*. He estado rebuscando en las posibles conexiones entre Julián y el caso de las niñas salvajes. No hay nada. ¿Habéis encontrado algo vosotros? —rebotó otra pregunta a los policías y se dejó caer hacia atrás en la silla.

—No. Nada de momento. Pero también estamos sorprendidos por el gallipato y por cómo apareció la víctima. No descartamos otras teorías. Solo intentamos, precisamente, descartar que sea obra de la Asesina de la Cruz —argumentó Lorena antes de levantarse y caminar alrededor de la mesa donde estaban sentados.

—Pues aquí os traigo una nueva idea. Estamos trabajando en la hipótesis de que el asesinato esté vinculado a cuestiones medioambientales. En los informes que os he traído lo tenéis todo. El gallipato es un animal protegido y crece en aguas puras de manantiales. Era típico de la Alhambra, hasta que introdujeron peces y destrozaron su hábitat. Pero sigue existiendo en lagunas de Sierra Nevada. Resulta que Julián Alcázar era promotor de una carretera que iba a arrasar una laguna. De hecho, rebuscando un poco, anoche descubrí que tenía muchos enemigos en redes sociales por esto mismo. Había recibido quejas formales de colectivos medioambientalistas —explicó Jimena, que se había venido arriba y se echaba sobre la mesa para señalar los diferentes documentos donde podían encontrar pistas que los llevarían a esa idea.

—Es flojo. Necesito pruebas que demuestren esta hipótesis. No lo veo —murmuró Curro echando un ojo a lo que Jimena había subrayado en el atestado.

—Joder, Curro. Dame un poco de fe. Sin fe no se resuelve un crimen. He estado buscando cómo se puede adquirir un gallipato…

—No se puede. O de manera ilegal en el mercado negro o tú misma tienes que ir a por uno —la interrumpió Lorena arqueando una ceja.

A Jimena le quedaba claro que la policía estaba trabajando. Pero también quedaba patente que, aunque barajaban otras hipótesis, creían fervientemente que la Asesina de la Cruz había vuelto. Para la periodista solo era cuestión de tiempo que se demostrara que no era así.

—Tenemos que centrarnos en la hipótesis medioambientalista, ahora mismo es el único camino que establecemos que es demostrable con las huellas psicológicas que dejó el asesino. —La periodista empezaba a manejar el vocabulario de Gari Atxa.

—Tienes que abrir otras vías, esta es floja. —Curro la miró con desgana.

—¿Para qué me llamas si no valoras mi trabajo? ¿No te parece flojo asociar este asesinato a la Asesina de la Cruz? Al menos yo te traigo pruebas —Jimena utilizó un tono condescendiente y chasqueó la lengua.

—Vamos a calmarnos. Jimena, necesitamos otra visión diferente que encuentre los motivos por los que la Asesina de la Cruz ha tenido para volver al ataque, por eso contamos contigo —medió Lorena—. Por otro lado, nada de cámaras en la zona. Hemos barrido todos los posibles accesos al río y no hay ni una sola cámara de seguridad. Justo esa zona, que está repleta de bares y bazares, no cuenta con ninguna empresa que tuviera seguridad.

—Le he dado vueltas a eso. Solo se podría acceder en coche hasta la calle San Juan de los Reyes, la paralela trasera a la Carrera del Darro. Para llegar ahí hay que pasar por las pilonas de control de acceso —argumentó la periodista.

—Pero hay horas en las que las del Albaicín están abiertas y pasa cualquiera, no solo residentes. Y por esas se llega hasta San Juan de los Reyes. No hay manera de obtener imágenes ni matrículas cuando las cámaras están apagadas —contestó Lorena. Jimena afirmó con la cabeza, ya sabía todo eso por el caso de la Asesina de la Cruz—. Lo que sí que hemos conseguido es una cámara que da a la fuente de las Batallas,

donde apareció la segunda pancarta. Y estaba apagada desde hacía meses.

Jimena se sentía en una película mediocre sobre crímenes. Justo la única cámara que podía darles información estaba apagada. No tenía sentido.

—Dime que hay algo más —rogó casi con un hilo de voz.

—Sí. Un testigo. Nos ha descrito a un hombre, de unos treinta y tantos años, que parecía cargar con la pancarta la madrugada que se colgó. Estamos trabajando en ello. —Curro volvió a tomar el control de la conversación—. De todos modos, hemos establecido que la única manera de bajar el cuerpo a las lindes del río tuvo que ser andando y con el cadáver a cuestas. Eso requiere fuerza física, además de asumir riesgos. Podrían haberlo visto, por ejemplo. Seguimos trabajando en las cámaras de tráfico de la ciudad. Sin embargo, esa noche había mucho movimiento por la zona del Albaicín porque tuvo lugar el concierto homenaje a Paco de Lucía. Vamos, que la asesina sabía lo que hacía.

—Muy bien. Seguimos trabajando entonces. En cuanto tenga novedades os cuento. Eso sí, hay que investigar a fondo la lista de desaparecidos que me facilitasteis. Creo que ahí está la clave de la próxima víctima. Si la hipótesis es cierta, volverá a dejar un cuerpo. No sabemos cuándo. Y si es así, esa persona puede seguir con vida bajo secuestro. —Jimena se levantó recogiendo los papeles que había dejado sobre la mesa.

—Estamos en ello. Descartando desapariciones. Pero son muchas, Jimena. Es posible que ni siquiera haya otro asesinato.

Jimena escuchó las palabras de Curro con indiferencia. Después, se despidió, alcanzó su bolso y salió de la habitación donde estaban reunidos.

No se fiaba de la Policía y, seguramente, nunca lo haría. Después del caso de los bebés robados y de la Asesina de la Cruz, no podía confiar en los cuerpos de seguridad del Estado. Profundizando en la trama de bebés robados española, todos estaban en el ajo. Incluso los laboratorios. Hasta el Estado. Eran cómplices, y quién sabía cuántos seguían siéndolo. Por eso Jimena jamás confiaría en ellos. Ni siquiera para resolver el asesinato que tenían entre manos.

Capítulo 18

Subían las escaleras del restaurante al que iban a celebrar su aniversario dejando que el olor a jazmín los envolviera. Fátima tomaba bocanadas grandes de aire y notaba cómo las flores hacían un juego de olores que le recorría el cuerpo. Adoraba el Albaicín por eso, además de por muchas otras cosas que hacían que fuera un barrio donde podían vivir tranquilos. Le gustaba levantarse por la mañana escuchando pájaros cantar, algo que no ocurría en otros barrios de la ciudad. También pasear por su herencia patrimonial hasta el punto de llegar a acostumbrarse a la magia que desprendían sus calles. Y, por supuesto, cada cierto tiempo disfrutaba de una cena especial en uno de sus restaurantes caros que tenían vistas a la Alhambra. Ese era el caso del Aljibe del Trillo, donde había cenado varias veces con Leónidas. De hecho, en su primera cita la llevó allí.

Fátima no tenía mucho dinero por aquel entonces y se sintió incómoda con la propuesta de Leónidas. Pero este había normalizado la situación y había pagado la cena. A la historiadora no le sentó bien, así que él se había dejado compensar con otra cena en un lugar más barato que Fátima se podía permitir para invitarlo de vuelta. En aquella primera cena en el Aljibe del Trillo, sentados en la misma mesa donde se estaban acomodando en esos momentos, Fátima se había dado cuenta de que estaba frente al hombre de su vida. Quizá fueron las conversaciones, para nada banales, o el hecho de que estuvieron hablando siete horas seguidas hasta bien entrada la madrugada, sentados en un mirador frente a la Alhambra después de la cena. Fuera lo que fuese, ese lugar significaba mucho para ambos.

—Me encanta este lado de la terraza, en la segunda planta. Nuestra mesa —comentó Leónidas con una sonrisa cogiéndola de la mano.

—Increíble que llevemos ya tres años y medio juntos,

cariño. Sigo sorprendida por lo rápido que ha pasado el tiempo —contestó ella sonriente.

Le pidieron al camarero una botella de cava y brindaron con alegría. A la historiadora le gustaban las celebraciones y los encuentros familiares. Por eso, cada medio año ella y Leónidas celebraban su amor.

—No sé qué he hecho para merecer estar con una mujer como tú, Fátima. No esperaba encontrarte ni tener una conexión tan fuerte como la nuestra con nadie —confesó él después de darle un trago a su copa de cava.

—Yo tampoco pensé que me enamoraría de mi director de tesis. Y, sin embargo, aquí estamos. La vida contigo es mucho más bonita, Leónidas. Y en tiempos como los que estoy viviendo ahora, eres más que necesario. En momentos de guerra, si no hay amor, ¿qué nos queda? Tú eres ese amor ahora. Justo ahora que me peleo con mi tesis doctoral y que estoy trabajando en la investigación de un asesinato atroz. Eres quien me recuerda por qué hacemos lo que hacemos. —Fátima le apretó la mano con más fuerza mientras hablaba.

Durante el día, su cabeza bullía a una velocidad imparable. No podía parar de pensar en el caso y en la tesis doctoral. A veces, se echaba a llorar de la tensión. Se estresaba porque tenían que resolver el asesinato antes de que apareciera otra posible víctima. Sin embargo, por las noches estaba Leónidas a su lado en la cama. Abrazarse a él, después de un día eterno de batalla, la hacía poner los pies en la tierra y le recordaba por qué seguía peleando día a día. Él era lo único que estaba en calma en su vida.

—Me siento un privilegiado, Fátima. Un segundo, vienen a tomarnos nota. —Leónidas desconectó de ella un momento mientras el camarero se acercaba.

Pidieron lo mismo que cenaron la primera noche que estuvieron ahí juntos. Unos huevos rotos con gulas y lascas de trufa y un plato de alcachofas. El camarero tomó nota y les indicó que la comida saldría rápidamente. No era mucha cantidad, pues en realidad los platos eran pequeños, pero el sabor era tan fuerte y estaba tan bien condensado que no necesitaban comer mucho más por la noche.

—Y pensar en todo lo que nos queda juntos. Cuando pienso en ti, veo a nuestra familia, casi puedo tocarla con la punta de los dedos. —Escucharse decir eso en voz alta provocó que Fátima sintiera una pequeña oleada de tristeza.

—Vas a ser la madre de mis hijos. Nunca quise ser padre y tuve claro que, si lo era, sería con la mujer de mi vida. Tú eres esa mujer. Contigo quiero tener hijos —contestó él alcanzando su mano otra vez.

La historiadora se sentía afortunada por ser esa persona que Leónidas había elegido. Pero a la vez la ansiedad la comía por dentro, porque si no se quedaba embarazada en esa segunda ronda de *in vitro*, no habría más oportunidades. Técnicamente las había, pero ella se había puesto ese objetivo porque no quería destrozar su cuerpo ni su mente. Sería muy duro aceptar que era infértil, supondría una debacle emocional en su vida. Pero lo haría, por cuidar su salud mental, lo haría. La ilusión era un arma de tortura que encontraba la manera de adentrarse en el corazón de Fátima y lo destrozaba por dentro.

—Quizá lo sea, tenemos que esperar a los resultados. En una semana habré acabado las inyecciones y me operarán para sacarme los óvulos. Sé que no estarás y no quiero volver a tener esa conversación. Tienes que marcharte a Estados Unidos, es importante para tu carrera. Además, ya estuviste la primera vez, no va a ser muy diferente. —Fátima se adelantó porque conocía lo suficiente a Leónidas como para saber lo que iba a decir.

La cena se interpuso entre ambos antes de que Leónidas pudiera contestar. Solo el olor de la comida despertó en Fátima un hambre voraz. Con el tratamiento hormonal para la estimulación ovárica a veces tenía mucha hambre, y otras casi no comía nada. No había notado muchos más cambios, ni siquiera de humor. Parecía que su cuerpo reaccionaba bien al subidón de hormonas que se metía cada mañana.

—Lo sé, pero me da rabia que se junte la conferencia en Atlanta con la extracción de óvulos. Aunque me deja tranquilo saber que tu madre te va a acompañar. Además, para cuando vuelva, te harán la transferencia embrionaria y estaremos a medio mes de saber si, por fin, estás embarazada —respondió

él con un brillo especial en los ojos.

Cenaron tranquilamente a la par que charlaban y celebraban la vida que compartían juntos. Pronto acabaron hablando de la universidad y del trabajo de ambos. En algunos momentos, Fátima desconectó y pensó en la investigación. La hipótesis medioambientalista le estaba saturando el cerebro y pasaba horas dándole vueltas al gallipato y a la protección de los manantiales de Sierra Nevada. Intentaba llegar hasta el perfil de una próxima víctima. Sin embargo, no estaba preparada para eso a nivel teórico ni intelectual, así que a menudo abandonaba sus divagaciones sin respuesta. Pero como la perseguía día y noche, hasta en la celebración de su aniversario con Leónidas acababa pensando en los asesinatos.

Cuando terminaron, salieron del restaurante y dieron un paseo de vuelta a casa. Vivían bastante cerca, era cuestión de bajar dos calles, conectar con una paralela que subía a la desembocadura del Zenete y ya estaban en la puerta de la vivienda antes de darse cuenta. Pasaron por la Casa del Aire, que era la más grande del Albaicín. Según le había dicho Leónidas, existía el proyecto de derrumbarla porque rompía con la panorámica del barrio. También era un lugar que daba muchos problemas, a menudo estaba ocupada por magrebíes que la incendiaban. Así, la calle Zenete había vivido varios incendios en los últimos meses. A Fátima le daba pena, era una casa muy grande y vacía en la que podrían vivir familias que necesitaban un hogar en aquella ciudad donde la subida de los alquileres estaba a la orden del día.

Al llegar a casa, Leónidas no le dio ni una sola tregua. Se hizo con ella antes de que pudiera deshacerse de la chaqueta. La cogió en brazos y la tumbó en el sofá. Allí le hizo el amor lentamente, dejándose llevar por la pasión que compartían. También la atracción física, que había sido palpable desde que se conocieron cuando Leónidas era su director de tesis y ella una alumna más. Sus manos se hicieron con el cuerpo de Fátima, que se retorció de placer con la espalda arqueada en el maltrecho sofá. Exploraron sus cuerpos durante un buen rato y se quedaron extasiados el uno junto al otro.

—Me encantaría seguir aquí contigo, pero mañana te voy a

sorprender con la excursión que he preparado, así que hay que irse a dormir antes de que se haga tarde —susurró Fátima, todavía desnuda en el sofá a su lado.

—Mm…, una sorpresa. ¿Qué me tendrá preparado esta joven aventurera? —murmuró Leónidas a su oído.

—Ya lo verás. Pero son dos horas de coche y tenemos que llegar temprano. ¡Venga! ¡A dormir! —exclamó ella antes de levantarse del sofá y tenderle una mano a Leónidas.

Pronto estaban acurrucados en la pequeña estancia que los cobijaba para dormir. Los techos bajos hacían que Fátima se sintiera abrazada por la casa. A veces, incluso, le generaba algo de claustrofobia. Pero se había acostumbrado a lo inconexa que era esa vivienda y le parecía hasta algo característico ya en su vida. Cerraba los ojos lentamente, sabiendo que Leónidas ya se había dormido a su lado. Este nunca tenía problemas para dormir, era cuestión de estirarse en la cama y quedarse rendido. Además, roncaba. Con sutileza, lo que lo hacía incluso más adorable. En cuanto escuchaba los ronquidos de Leónidas, sabía que ella ya llevaba despierta al menos quince minutos. Sus ronquidos nunca le habían molestado, de hecho, la ayudaban a quedarse dormida.

Terminó conciliando el sueño. No sabía cuánto tiempo había pasado cuando su teléfono empezó a sonar en el suelo, junto a la cama. Ahí lo dejaba siempre cargando porque por no tener, no tenían ni una mesita de noche por la falta de espacio. Fátima abrió los ojos lentamente. Notaba cómo le pesaban los párpados. Debía estar bien entrada la madrugada si no era capaz de levantarse rápidamente. A su lado, Leónidas también se quejó y le pidió entre susurros que apagara el teléfono. Sintió su mano en la cintura y se la rozó con los dedos.

Al acercarse el teléfono a la cara, vio que eran las seis y media de la madrugada y leyó el nombre de Jimena en un susurro. Descolgó la llamada casi en un quejido que sonó como un lamento.

—Fátima. Soy Jimena. Ha aparecido otro cuerpo. Te necesito aquí ¡ya!

Parte 2

Década de 1950

El cielo anaranjado y rojizo hacía un juego de colores que le recordaba a aquellos últimos otoños en su ciudad natal. Sentado sobre una paca de paja, dejó la barbilla apoyada sobre la rodilla y contempló la vista panorámica que tenía frente a sí. La llanura se extendía delante de él, el verde ya se iba tornando amarillo y los árboles comenzaban a deshojarse. Los pájaros se estaban moviendo durante esos días y el frío se abría paso entre la vegetación. Recordaba lo diferente que era el clima en su hogar y lo mucho que extrañaba las montañas protegiendo su alrededor. Aquella llanura era vasta y aburrida, no le transmitía emociones y le repetía cada día que su vida era una completa desgracia.

Escuchó la voz de su tío, que lo llamaba desde la finca. Se giró y después se bajó de la paca de paja para sentarse delante y quedar oculto tras ella. Odiaba a ese hombre y a su mujer. Eran insufribles, hacían que su vida fuera un infierno. Ni siquiera había podido continuar yendo a la escuela y, a veces, se le olvidaba cómo escribir ciertas palabras. Se sentía un ignorante, un analfabeto. Sus tíos habitaban un pequeño pueblo, donde el ganado era la mejor compañía que podía encontrar. Desde que llegara, hacía ya unos años, había tenido que empezar a trabajar en el campo. Cada día le recordaban que era una carga, así que ponía de su parte para aportar lo que podía al hogar.

En esa vasta llanura, donde cada día veía aviones cruzar el cielo hacia una base militar que se encontraba cerca, había tenido mucho tiempo para pensar y conocerse. Desde que la catástrofe que destrozó su vida ocurriera, se sentía con una fuerza diferente. No solo sabía quién era, sino que sabía quién no era. Era un ignorante, un analfabeto, un campesino más sin recursos. Pero también era un joven que lo había perdido todo sin explicación previa. Su vida habría sido otra. Creciendo junto a la fuente. Escuchando la cafetera tronar cada minuto. Viendo la risa de su madre y los

hoyuelos que se le formaban en las mejillas. Todavía podía verla, como si siguiera a su lado.

El tiempo lo había hecho también más rudo. Odiaba a sus tíos. Tenía una vida que detestaba y ellos se la hacían incluso más insufrible. Pero también contaba con un propósito que había desarrollado durante años. Un propósito que lo mantenía con vida y que le hacía creer que haría grandes cosas en la vida.

Tenía un objetivo y un plan que llevar a cabo. Solo debía esperar a que llegara el momento apropiado.

Capítulo 19

2021

Fátima Suárez tomó la calle Zenete a paso rápido, sintiendo el frío granadino y la humedad que se abría paso por las calles. El cielo estaba repleto de nubes y una niebla espesa se hacía con el centro de la ciudad. Dejó a Leónidas en la cama, que había insistido en acompañarla, pero ella sabía que debía descansar. Su cuerpo ya no funcionaba como el de ella, lo que era lógico con quince años de diferencia entre ambos. Evidentemente, la excursión estaba más que cancelada. La historiadora no sabía qué se encontraría esa noche en la zona a la que se dirigía. Jimena había sido clara y concisa. Lo suficiente como para sacar a Fátima de la cama, que se vistiera con lo primero que tuviera a mano y que se echara a la calle sin tiempo para pensarlo dos veces.

Se había calzado unas botas planas de color grisáceo que la ayudaban a impulsarse y caminar más rápido. Intentó llamar a Gari por el camino, pero no le cogió el teléfono. Se imaginó que ya estaría en la escena del crimen. Su mente intentaba poner en orden todos los pensamientos intrusivos que la acechaban. ¿Qué significaba ese nuevo asesinato? Sin duda, que no habían llegado a tiempo. Fátima no sabía cómo se gestionaba el fracaso, pues nunca había vivido ninguno. Y sentía que no salvar a esa víctima no había sido más que un fracaso. Habían tenido medio mes para dar con ella, pero ni siquiera la teoría de que estuvieran ante un asesino en serie era lo suficientemente contundente porque les faltaban indicios. La intuición de Jimena la sorprendía; también que la policía esperara a más víctimas para alarmarse y dar por hecho que estaban ante un caso con varias víctimas que podía alargarse en el tiempo.

Conforme cruzaba Gran Vía, que contaba con los pocos transeúntes que se habían alargado esa noche en los bares de la ciudad, se planteó si habría otra víctima más. Imaginaba que si aparecía otra pancarta, podría confirmar que así sería. ¿Hasta dónde podía llegar ese asesino? Le parecía una tarea ardua cazarlo y nunca había estado al otro lado de una investigación, por lo que tampoco había valorado el trabajo que hacían los cuerpos de seguridad del Estado. Lo más cerca que había estado Fátima de un caso criminal había sido cuando su madre había ido a juicio por un despido improcedente que habían catalogado, en un principio, como disciplinario. En esos momentos veía todo con los ojos curiosos de quien necesita aprender.

Bajando Reyes Católicos se preguntó por qué habría aparecido en el otro lado del centro de la ciudad la siguiente víctima. No había conexión aparente con la primera. Este segundo cuerpo estaba paralelo a la Acera del Darro, junto a El Corte Inglés. Había una distancia de más de un kilómetro con el lugar del crimen anterior. Su mente tampoco podía establecer un motivo para esa distancia, pero ni siquiera tenía detalles de cómo había aparecido ni quién era. Se aferró a la teoría medioambientalista conforme llegaba a la escena del crimen y decidió que profundizaría en ella cuando supiera la identidad de la nueva víctima.

—Buenas noches, agente —Fátima saludó al primer policía que estaba a unos metros por fuera del cordón policial.

—No se puede pasar —le indicó este con un gesto apático.

La historiadora decidió que era mejor no contestar y se acercó lentamente al cordón policial. Ya cuando viera a Jimena, pasaría. No tenía prisa tampoco. Ni siquiera estaba preparada para ver un cuerpo sin vida tirado en esa calle. La imagen era espeluznante, pues como no podían cortar el acceso a esa avenida, que era ancha y tenía carriles en ambos sentidos, habían formado una especie de rectángulo que abarcaba el edificio de El Corte Inglés. Este daba a dos calles, y el cuerpo había aparecido en la trasera, que daba a una avenida ancha y de mejor acceso, la calle Acera del Darro. La puerta más conocida de la gran superficie de compra era la que

daba a la Carrera de la Virgen. Por eso Fátima sabía que estaban justo detrás.

La avenida estaba iluminada y combatía la niebla que se abría paso entre los edificios. Sí que habían cortado el tráfico, por lo que no pasaban coches. Sin embargo, muchos vecinos se iban acercando al cordón policial. Fátima sentía que llegaba una hora tarde, pues hasta la prensa se agolpaba allí en busca de respuestas. Había un barullo generalizado que daba a entender que los granadinos estaban nerviosos y necesitaban saber más de lo que estaba ocurriendo en sus barrios.

Fátima rozó el cordón policial con los dedos y divisó a Jimena hablando con Gari Atxa. Desde la lejanía se notaba que existía una conexión entre ambos. Se preguntó si habrían pasado la noche juntos y los había sorprendido de madrugada como le había ocurrido a ella con Leónidas. Estaban ante la carpa móvil en la que muchos policías uniformados se movían de un lado a otro de manera frenética. Esa víctima los había cogido a todos por sorpresa. La historiadora alzó una mano intentando llamar la atención de Jimena, que estaba frente a ella en la lejanía. La periodista la divisó rápidamente y se acercó al cordón policial.

—Fátima, menos mal. Pasa, toma. —Le tendió una identificación policial que ella dejó caer alrededor del cuello.

Después levantó la cinta del cordón policial y pasó por abajo. Siguió a Jimena lentamente, viendo a solo unos metros una lona que parecía rodear lo que sería el cuerpo. La policía había trabajado rápido para no dejar a la vista a la víctima. Sobre todo, porque entonces trascendería a la prensa la imagen de la persona asesinada y a ningún familiar le gustaría encontrarse en un periódico con una fotografía de un ser querido asesinado.

—No sé si estoy preparada para ver un cadáver en directo —murmuró Fátima a Jimena conforme se acercaban a Gari Atxa.

—Tranquila. Si no te ves capaz, no tienes que hacerlo. Yo aún no he echado un ojo, pero tenemos la oportunidad de hacerlo gracias a la colaboración con la policía —explicó la periodista cuando llegaban al sitio donde las esperaba Gari.

—Buenas noches, Fátima. No es un momento muy agradable este —comentó Gari observándola.

El criminólogo también parecía recién sacado de su casa. Llevaba unos pantalones deportivos de algodón oscuro y una sudadera más que lavada bajo el chaquetón. No tenía buena cara, parecía que no había pasado muy buena noche. Ninguno había descansado especialmente bien, pero Gari tenía unas bolsas bajo los ojos que anunciaban que llevaría días sin coger bien el sueño. La historiadora nunca sabía cómo leerlo. No había hablado de nada que no fuera trabajo con él y no entendía su aura. Era un hombre de pocas palabras y siempre hablaba con un tono serio y solemne.

—Venga, vamos —pidió Jimena a Gari.

Este fue el primero en acercarse a la lona que rodeaba el cuerpo y que bloqueaba la imagen que bañaría de horror aquella jornada granadina. Corrió una parte a un lado y les pidió a ambas que se asomaran. Jimena lo hizo primero y Fátima notó que contenía el aliento. Al girarse, la miró horrorizada. Fátima afirmó con la cabeza indicando que estaba preparada y siguió los pasos de la periodista.

No pudo contener un quejido que le salió desde lo más hondo. La imagen era tan espeluznante que le recorrió un escalofrío por la médula que llegó hasta calarle los huesos. Contuvo una arcada, que le vino de manera inesperada. Intentó mantener la calma y grabarse en la mente lo que tenía delante de ella. Era una mujer, los ojos estaban abiertos y parecían todavía pedir clemencia. Su cara estaba relajada, probablemente a causa de la muerte. Pero esos ojos la perseguirían toda su vida. Eran marrones, tan oscuros que parecían haber escondido grandes secretos. No era muy joven, de hecho, parecía entrada en los cuarenta. Estaba vestida con unos pantalones vaqueros que casi parecían un trapo, además de con un jersey deshilachado y sucio. Como Julián Alcázar, parecía llevar la misma ropa del día en el que la secuestraran. Lo más terrorífico eran las manchas de sangre que bañaban su jersey celeste; también tenía un reguero seco que bajaba desde la boca y la nariz. Estaba bocarriba, como si hubiera querido quedarse dormida.

—El *modus operandi* es el mismo. Bocarriba, ojos abiertos. Muestra una falta de empatía por parte de su asesino, que ni siquiera le da paz y le cierra los ojos después de la muerte. No muestra signos de abusos sexuales a simple vista, pero tenemos que examinarla al detalle para saberlo. Su garganta está limpia, no como la de Julián Alcázar. —La voz de Gari sorprendió a Fátima por detrás.

La historiadora apartó la cabeza de la víctima y se alejó de la lona, que volvió a rodearla y a taparla de los ojos curiosos. Se sentía mareada y tenía ganas de vomitar. Sin darse cuenta, se apoyó en el hombro de Jimena y rozó su cabello castaño con los dedos. La periodista le pasó un brazo por los hombros para ayudarla a incorporarse.

—No hay gallipato entonces. No tiene sentido. ¿Cómo habrá fallecido esta mujer? A simple vista no podemos saberlo —razonó Jimena con voz queda.

—En cuanto hagamos el análisis forense podré contaros más —Gari hablaba de manera automática. Fátima no sabía si lo hacía porque todo eso lo superaba, como a ella, o si sencillamente era porque estaba demasiado acostumbrado a esas escenas horrendas.

La historiadora se alejó unos metros de sus compañeros. Sentía que la fatiga le subía por la garganta y tenía que controlar el vómito que se le abría paso por el esófago. No estaba dispuesta a vomitar lo que le quedara de la cena que hacía unas pocas horas había disfrutado con Leónidas. Qué rápido podía cambiar la vida de un momento a otro. Contuvo también las ganas de desaparecer de ese lugar. La muerte y el dolor acechaban el aire que respiraba y eso le causaba una angustia que se la comía por dentro.

—¿Estás bien? —Jimena se situó a su lado y la cogió por la barbilla, obligándola a mirarle a la cara.

—No lo sé. Me supera todo esto —confesó Fátima en un quejido lastimero.

—Tranquila. Estoy aquí contigo. —Jimena la abrazó desde un lado.

—¿Sabemos quién es la víctima? —preguntó Fátima a Gari, que se acercó de nuevo a ellas, en un intento de recomponerse.

—No. Todavía no la hemos identificado, será cuestión de menos de una hora. No creo que…

Pero las palabras de Gari las interrumpió un policía de mediana edad que se situó junto a Jimena. Llevaba unas gafas de montura oscura y tenía una barba bañada de canas.

—Buenas noches, soy Curro López, investigador a cargo del caso. Tú debes ser Fátima Suárez. —El policía le tendió la mano y Fátima se la estrechó.

Esa simple interrupción había provocado que Fátima se calmara y notara cómo los nervios iban dejando su cuerpo. Sentía el estómago más relajado y observó al policía afirmando con la cabeza.

—Así es, a su disposición —contestó con una tímida sonrisa.

Jimena pareció fulminarla con la mirada y Fátima quiso que se la tragara la tierra. Recordó que su compañera de investigación no era una forofa de la policía. En su libro lo dejaba claro.

—Veo que tenías razón, Jimena. Esta hija de puta no va a dejar de asesinar —el tono de Curro denotaba cierta molestia.

—O este hijo de puta. Por lo que veo aquí no hay ni una cruz ni una iglesia, Curro. Creo que va quedando bastante claro que estamos ante otro asesino —las palabras de Jimena sonaron cargadas de orgullo.

—Ya hablaremos tú y yo. Ahora, a trabajar —indicó él antes de darles la espalda y volver a la carpa móvil.

Fátima observó a Jimena y se dio cuenta de que esta sonreía. Estaba orgullosa de llevar razón y de hacerse escuchar en la policía. La historiadora no sabía qué pensar. Solo deseaba volver a casa, meterse entre las sábanas junto a su pareja y olvidarse de que esa noche había ocurrido.

—La segunda víctima aparece al otro lado de la ciudad, sin cruz ni iglesia. Tampoco hay un gallipato. Esto no tiene ningún sentido —murmuró Fátima con un hilo de voz.

—No lo tiene. Nuestro trabajo es encontrárselo. Solo hay algo de lo que no se puede escapar, la muerte. Te aseguro que este asesino solo se va a escapar si se muere. Porque si no, lo vamos a cazar —juró Jimena tornando su mirada oscura, tan oscura como la de una gata montesa.

Capítulo 20

Una lista de reproducción aleatoria de música *jazz* sonaba por el altavoz que Jimena Cruz tenía en la repisa de su cocina americana. Tomaba un simple café solo y echaba de menos no tener un Marlboro para acompañar aquel triste desayuno. Estaba sentada en el alféizar de la segunda ventana que tenía en la pared donde se apoyaba su escritorio. La primera, delante de este, a menudo era su vía de escape cuando se sentaba a trabajar. La segunda, donde se encontraba ahora, se había convertido en su refugio dentro de esa casa. Le gustaba sentarse ahí con su picardías, con calcetines gordos de lana, y observar a los transeúntes que caminaban tres plantas más abajo. La taza de café estaba caliente entre sus manos cuando empezó a sonar el teléfono. Con un quejido, se bajó del alféizar y lo alcanzó. Vio que era un fijo que no tenía guardado.

—*¿Jimena?* —identificó ese acento granadino profundo con solo escuchar cómo pronunciaba su nombre.

—Buenos días, Guillermo.

Guillermo había sido su jefe durante los seis años que había trabajado en el *Granada Actual* como periodista. La había despedido en mitad de su investigación del caso de la Asesina de la Cruz. Después de que Jimena se hiciera conocida por su libro *Las mujeres que ofrecieron su vida a Dios*, había intentado recuperarla en plantilla e incluso le había ofrecido un trabajo mejor. Pero tras su *best seller,* Jimena empezó a escribir en medios nacionales, consiguió dar clases en el máster de periodismo de la Universidad de Granada y no necesitaba añadir más tareas a su día a día. Así que lo rechazó cordialmente y siguió con su vida.

Por eso se sorprendió al ver que la llamaba Guillermo. Volvió a sentarse en el alféizar escuchando cómo al otro lado este se disculpaba y daba órdenes a algún trabajador. Pronto volvió a estar con la periodista y dijo:

—Sé que hace tres años que no hablamos, pero te llamo porque me gustaría que escribieras un artículo a título informativo sobre los asesinatos que están asolando Granada de nuevo. Nos hemos enterado de que estás trabajando como colaboradora de la policía, por cierto.

Jimena notaba un resquemor en su voz y no le extrañaba. Había sospechado incluso de él durante su investigación previa y no le había sentado del todo bien. La periodista sabía que también había cambiado su vida, pues había dejado a su mujer y se había casado con su amante, Amanda. Se trataba de una excompañera de Jimena en el periódico y Guillermo le doblaba la edad.

—Te agradezco que hayas pensado en mí. No puedo aceptarlo, Guillermo. Tengo muchísimo trabajo con la investigación y también cuento con información que no puede trascender a la prensa —le explicó Jimena doblando las piernas y apoyando una sobre la otra.

—Se nota que has cambiado. Poco queda de la periodista que recorría la ciudad rascando para conseguir lo que fuera.

—Todos cambiamos, Guillermo. Mucha suerte. Adiós.

Jimena colgó la llamada molesta. Claro que ya no era la misma que antes, y menos mal. Porque la Jimena que trabajaba en el *Granada Actual* no se conocía a sí misma y tenía unas adicciones que dirigían su vida. Su jefe también había cambiado, sin embargo, no se había trabajado ese resquemor que sentía hacia ella. Se sintió en calma consigo misma por haber terminado esa llamada a tiempo y no haber reaccionado dejando que la llevaran los demonios. Tenía demasiados asuntos en los que centrarse ese día.

Después de tomarse el café, se dirigió al vestidor y se hizo con unos leotardos y una falda de pana marrón. También se calzó sus botines de piel, en vista de que empezaba a llover fuera. Alcanzó su paraguas y se acicaló el pelo en el espejo. Tenía que sentarse a perfilar a Estrella Ramírez. Esta era la identidad de la segunda víctima que había aparecido la noche anterior. Gari Atxa la había llamado hacía una hora escasa para contárselo. En esos momentos tocaba indagar sobre su vida y saber quién era de verdad, más allá de tener su nombre

y saber su edad.

Antes tenía otra cosa que hacer. Había quedado con la viuda de Julián Alcázar en media hora para conversar con ella. Eso era lo que le gustaba de ser periodista; si bien la policía no podía abordar a la viuda y sonsacarle lo que desearan en su hogar, ella sí podía. Además, tenía más herramientas para hacerlo porque había lidiado con entrevistas complicadas desde que empezara a estudiar el grado de periodismo en Sevilla. Era también una de las cosas que más la apasionaban de su profesión: sentarse con un perfil difícil y sonsacarle la información que necesitara. Así que salió de casa con la grabadora en el bolso y bajó las tres plantas hacia la calle Molinos.

La lluvia que caía era fina y apenas mojaba. Jimena se aferró, aun así, a su paraguas y conforme caminaba empezó a notar el cansancio que llevaba en el cuerpo. La noche anterior se había quedado dormida pronto en el sofá mientras veía una película. Pero la llamada de Curro López a las cinco y media de la madrugada había roto con el poco sueño que empezaba a recuperar. Le pesaban las piernas conforme bajaba del Realejo hacia la zona del ayuntamiento y también se le cerraban los párpados pidiéndole que descansara. Ese día no podría hacerlo, las primeras veinticuatro horas después de que apareciera una víctima eran una locura. La policía forense estaba trabajando en el cuerpo, que no habían podido levantar con auto de un juez hasta bien entrada la mañana, y les quedaba una tarde ardua por delante. Jimena estaba tranquila, sabiendo que Gari Atxa acompañaba a los forenses en esa labor.

Se sorprendió al darse cuenta de que la viuda vivía a diez minutos de su piso. Ella misma le había mandado la dirección por *email,* que era por donde se habían comunicado, y le había indicado que era un ático en la última planta. Al adentrarse en la calle, que se llamaba Navas, Jimena reflexionó sobre la cantidad de dinero que debían tener si habitaban un ático en esa calle. Era una de las transversales del centro económico de la ciudad. Estaba repleta de bares donde solían acudir turistas y allí las viviendas tenían precios desorbitados. Aun así, esperaba tener más información sobre Julián cuando recorriera

la vivienda por dentro.

Llamó al timbre y descubrió también que el ático era el único piso de la quinta planta. Así que, si tenían una planta entera solo para ellos de ese edificio, sí que debían de estar podridos de dinero. Por lo que había visto en el atestado policial, Julián Alcázar también poseía más propiedades a lo largo y ancho de Andalucía. Tomó el ascensor y subió a la quinta planta. Al abrirse las puertas, vio al fondo del pasillo, que era amplio y tenía suelos de mármol, una puerta entreabierta y una mujer que asomaba los ojos a través de ella. Los botines de tacón de la periodista resonaron en el mármol blanco y anunciaron que había llegado.

—Hola, Susana —la saludó cuando la tuvo frente a ella.

Susana Cabrales abrió las puertas de su hogar a Jimena y la saludó estrechándole la mano. Era una mujer joven, de treinta y nueve años, madrileña. La periodista también la había perfilado para saber qué se iba a encontrar cuando se conocieran. Tenía unas ojeras que hacían zozobrar sus ojos y unas bolsas que indicaban que llevaba medio mes llorando a su difunto marido. La periodista conocía las idas y venidas que había tenido ese matrimonio, pero se imaginaba que Susana profesaba un amor incondicional a Julián Alcázar, sobre todo porque se la veía claramente destrozada.

La periodista se adentró en el ático tras ella. Vio que las calidades eran de las mejores y se fijó en las fotografías de la familia que adornaban el pasillo central. Susana se había encargado de cerrar las puertas que daban al pasillo por lo que Jimena no pudo desentrañar más que lo que tenía a simple vista. También había una virgen bastante grande sobre el mueble de la entrada de la casa. Caminaron hasta el fondo del pasillo y llegaron a un comedor que era enorme y que tenía toda una pared de ventanales desde los que se podía ver el sur de la ciudad. Las vistas eran sobrecogedoras y Jimena se quedó sin aliento unos segundos procesando la imagen que tenía ante ella. Después giró sobre sí misma y se sentó en uno de los butacones verde olivo, dejándose llevar por las indicaciones de Susana.

—He preparado café, aunque casi es la hora de la cerveza.

¿Te va bien? —le preguntó con voz queda.

—Sí, gracias. Yo me sirvo —le indicó Jimena antes de hacerse con la cafetera que reposaba en una bandeja sobre la mesa de cristal que las separaba.

—Si escuchas a los niños es porque están en sus cuartos. Ya sabes, como es domingo… Les he pedido que nos dejen solas, pero quizá no me hagan caso —explicó Susana a la vez que se recogía el pelo rubio en un moño bajo.

Jimena se fijó en que ese salón era enorme, pero estaba bastante vacío. Contaba con los muebles esperables que rellenaban un salón prototípico, pero apenas había fotografías. Un cristo lucía en una de las paredes y tenía velas encendidas. La periodista ya sabía que Alcázar era religioso y se había imaginado que su familia también lo sería. Además, vio una fotografía de él sobre una estantería a la izquierda, junto a más velas. Imaginó que Susana Cabrales se estaría aferrando a su fe para entender la muerte de su marido. Además, iba vestida de luto. Siendo una mujer tan joven, fue una imagen que sorprendió a Jimena.

—Siento mucho su pérdida, Susana. La acompaño en este dolor que siente y que debe ser terrible. ¿Le importa si grabo esta conversación? —le preguntó Jimena sacando la grabadora del bolso.

—No. Y tutéame, por favor. Si tenemos prácticamente la misma edad —le contestó. Sacó un pañuelo de un cajón que había bajo la mesa de cristal y se sonó la nariz.

A Jimena que tuvieran unos escasos cinco años de diferencia le parecía surrealista. No se podía imaginar una vida con cuatro niños y un marido a su edad. Se daba cuenta de las maneras tan diferentes que existían de vivir la vida. Susana había optado por una más tradicional, probablemente mejor reconocida moralmente, que se alejaba muchísimo del estilo de vida que tenía la periodista.

—Me gustaría que empezáramos hablando de Julián. Que me cuentes cómo era, cómo lo describirías. Si quieres, por supuesto.

Susana pareció tomar una bocanada de aire y luego empezó a hablar lentamente, con la voz rota y rasgada:

—Julián era… era maravilloso. Era un hombre de buenos valores que quería a sus hijos con locura. Trabajador y con determinación… Nosotros pasábamos por rachas como pareja, pero… él nunca desatendió a los niños. Los cuatro eran su vida entera. Siempre decía que trabajaba para darles un buen futuro. Era un hombre de muchos amigos. No sé…, es tan injusto… —Susana rompió a llorar conforme hablaba. Costaba entender algunas de las cosas que decía, porque las palabras se mezclaban con el llanto.

Jimena dejó que se recompusiera durante unos minutos. La cogió de la mano y se la apretó con fuerza. Debía ser extraño tener a una desconocida en tu salón cuando solo deseabas encerrarte a llorar la pena que te comía por dentro. No entendía cómo adoraba tanto a Julián, cuando sabía que este desaparecía durante días. Por su perfil, seguramente sería un hombre que se iba a los prostíbulos a descargar su rabia e incluso engañaría a su mujer con alguna amante un poco más permanente en su vida.

—Era heredero de la cadena de restaurantes Las Rocas. Así que imagino que eso también lo ayudaría a desarrollarse como promotor, ¿no? Por lo que tengo entendido, la cadena la gestiona su hermano, Miguel Alcázar. Sin embargo, Julián cobraba su parte de beneficios anuales y debe de ser un buen pico de dinero —expuso Jimena intentando mantener un tono calmado. Se adentraba en un tema peliagudo y lo sabía.

—No quiero escuchar hablar de Las Rocas. Mira las desgracias que nos ha traído esa locura familiar. —Susana volvió a llorar conforme hablaba.

—¿Qué desgracias? —insistió Jimena, que acercó un poco más la grabadora a Susana sobre la mesa.

—Miguel Alcázar es un hijo de puta y tenéis que encerrarlo. Él asesinó a mi marido. Lo sé. Lo odiaba y lo tenía amenazado de muerte.

Las palabras de Susana fueron lo suficientemente contundentes como para que Jimena frunciera el ceño. Conocía la mala relación que existía entre ambos hermanos, pero esa afirmación era demasiado fuerte como para pasarla por alto.

—¿Cómo tienes tan claro que fue él? Ha aparecido una

segunda víctima y…

—Te lo demuestro con pruebas en unos segundos. La segunda víctima no lo sé, pero Julián fue asesinado por su hermano —la interrumpió Susana.

Esta se levantó y se acercó a la vitrina de cristal que adornaba una de las paredes del salón. Abrió un cajón y sacó una carpeta. Después volvió al sofá y se la tendió a Jimena.

—¿Qué es esto? —preguntó Jimena abriendo la carpeta de plástico transparente.

—*Emails*.

Jimena los sacó y leyó el primero que había impreso. La dejó fría y fuera de juego. Acababa así:

Como sigas así vas a acabar bajo tierra. Déjalo de una vez. El que avisa no es traidor, Julián. No nos merecemos esto en nuestras vidas. Aléjate del negocio. Si te veo a un metro de un restaurante, te juro por mi vida que yo mismo acabaré contigo.

Capítulo 21

La lluvia repiqueteaba el cristal del ventanal que estaba frente al escritorio de Jimena Cruz. Las gotas se deslizaban lentamente delante de sus ojos e iban a parar a la calle Molinos. El vecino de enfrente había cubierto los sofás que lucían en la terraza y que, a menudo, disfrutaba en primavera. Desde la tercera planta del edificio, se podía percibir el sonido de agarre que producían las ruedas de los coches que pasaban por la calle. También las pisadas aceleradas de quienes se habían visto sorprendidos por la tormenta que empezaba a asediar la ciudad. Jimena se apretó contra el cuerpo la rebeca de punto que llevaba, escondiendo el picardías que solía vestir con la calefacción encendida. Esa tarde estaba tardando un poco más en calentar la casa y esperaba como agua de mayo a que verdaderamente caldeara la estancia en la que se encontraba.

Frente a ella estaban las imágenes que había impreso para su mural de trabajo. Delante de sus ojos estaba Miguel Alcázar, de brazos cruzados y con una sonrisa frente al primer restaurante que habían abierto de Las Rocas. Era en Plaza Nueva, frente a la fuente central. Estaba bastante más joven, pues la noticia tenía nueve años. Se notaba que, en ese tiempo, Miguel Alcázar no solo había perdido pelo, sino también juventud y jovialidad. La fotografía era en blanco y negro, pero, a pesar de eso, se podía captar la energía positiva que desprendía ese Miguel más joven que, seguramente, había vivido poco estrés.

Bajo la fotografía estaba el reporte que había escrito nada más llegar de la casa de la viuda de Julián Alcázar. Los *emails* de Miguel Alcázar estaban en su teléfono y también los había impreso. Se imaginaba que la policía ya los tenía, pues habían interrogado a la viuda. No le habían dicho nada, lo que la enfadaba. Aun así, no sabía cómo interpretarlos. Era evidente,

inculpaban directamente a Miguel en el asesinato de su hermano. Pero no veía factible un motivo que lo conectara con la segunda víctima. Aunque lo hubiera, Julián era su familia y Estrella Ramírez, no. Por mucho que las pruebas apuntaran a Miguel, Jimena no lo veía. Su intuición le pedía que siguiera excavando, que no se dejara llevar tan rápido por la emoción de haber leído una serie de *emails* que inculpaban a Miguel.

Decidió alcanzar el teléfono y llamar a Gari Atxa. Buscó su número en la agenda y después le dio a llamar. Este descolgó rápidamente.

—Hola, Gari. Imagino que estás superatareado. ¿Tienes ya algo para darme de Estrella Ramírez? Lo que sea me ayudará a perfilarla —le explicó Jimena dejando la cabeza caer sobre una mano.

—Todavía poco. No tengo los resultados de la autopsia, andamos aún con ello. Por lo que vemos, la autopsia va a tardar, Jimena. Esta víctima también es complicada, como Julián Alcázar. Te adelanto que hay indicios de que no fuera al azar, de que la necesitara a ella para asesinar como lo hizo. Pero déjame un par de días. Quizá tres. Quiero darte resultados concluyentes. Puedo decirte que tenía treinta y siete años cuando fue asesinada. Sé que era granadina, pero vivía en Sevilla —expuso Gari al otro lado con voz cansada.

—¡¿Tres días?! ¡Gari, no tenemos tres días! Es que no hay tiempo como para perderlo —exclamó Jimena después de levantarse de la silla de trabajo y comenzar a andar por su salón.

—Hacemos lo que podemos. Podría decirte todos los procedimientos necesarios para tener resultados. Por ejemplo, estamos analizando una sustancia que ha aparecido en el cuerpo. Mínimo, doce horas para tener resultados. Con eso, hay que cotejar…

—Sí, muy bien. Por favor, en cuanto sepas, me dices —lo interrumpió Jimena, parando sus pasos frente al vinilo de la Alhambra desgastado que lucía en una de las paredes. Se apoyó contra él y siguió hablando—. Gari, la viuda de Julián Alcázar me ha mostrado una serie de *emails* de su hermano que son más que acusatorios. No sé si dejarme llevar por eso o

profundizar en otra cosa. Es que no quiero creer, del todo, que fuera Miguel. Porque me parece difícil establecer una conexión entre él y la segunda víctima. Si fuera Miguel, ¿por qué asesinar a su hermano y luego a una persona desconocida?

Gari se quedó en silencio unos segundos al otro lado del teléfono. Después se aclaró la garganta y contestó:

—*Estamos ante un perfil psicopático. Podría pasar que, si tuviera una lista de personas a las que asesinar, coincidiera que una de esas personas fuera su hermano. Pero a mí también me parece demasiado casual. Perfila a Estrella, conócela. Y entonces verás las posibilidades que existen* —le recomendó Gari con voz tenue.

Jimena agradeció su consejo y después colgó la llamada. Era lo que necesitaba escuchar para sentir ese pequeño empujón que precisaba. Las palabras de Gari la estaban impulsando a seguir. No le gustaba que se retrasaran tanto con el análisis forense y le gustaría que todo se lo dieran al momento. Pero mientras llegara esa última pieza del puzle, trabajaría en averiguar más sobre la que ya tenía a su alcance. Así que se preparó un café en la cocina americana y volvió al escritorio, preparada para no levantarse en horas.

Lo primero que hizo fue terminar de organizar su mural de trabajo. Necesitaba tener una visual del caso que la ayudara a poner en orden su propia cabeza. Así que dedicó una hora a colocarlo todo en la pizarra magnética que descansaba vacía desde hacía cuatro años. La colgó de nuevo en la pared desnuda que quedaba a la izquierda del escritorio y, con la visual clara, encendió su ordenador de sobremesa. Tenía mucho trabajo por delante para perfilar a Estrella Ramírez.

Como en cualquier procedimiento, tecleó el nombre y los apellidos de la víctima. Tenía también el segundo, pues se lo había pasado Gari por *email*. A simple vista, era una mujer sin redes sociales. No había ni rastro de ella en ninguna plataforma. Intentó encontrarla por palabras clave, pero tampoco conocía sus intereses como para poder llegar a ella si, acaso, utilizaba un perfil anónimo. Se frustró y se cruzó de brazos delante del ordenador chasqueando la lengua. De pronto, le apeteció fumarse un cigarro y respiró

profundamente para contener ese pico de estrés. Había dejado el tabaco, se lo repetía a sí misma una y otra vez mientras se quedaba de brazos cruzados sobre el escritorio. Tenía que encontrar algo de Estrella Ramírez en internet. Era imposible que no existiera ni un solo rastro de ella.

Se le ocurrió la idea de teclear solo sus apellidos. Demasiados resultados. Debía tener algún familiar en redes sociales, o sobre quien existiera algún rastro que seguir. Cercó la búsqueda poniendo palabras claves que vincularan los apellidos con Granada. Entonces encontró un estudio de la Universidad de Granada. Era sobre el síndrome de Down. Uno de los casos de estudio era una tal Natalia Ramírez Valenzuela. Frunció el ceño y buscó ese nombre de manera aislada en Google. Nada, ni un resultado. Podía ser la hermana de Estrella Ramírez y podía estar en algún centro donde la cuidaran, fuera de día o de noche. Encontró una asociación granadina, parecía la única que existía en la ciudad. Decidió llamar por teléfono y ver qué se encontraba.

Una mujer descolgó la llamada, añadiendo que respondía desde la asociación de Síndrome de Down de Granada.

—Buenas tardes. Llamo en relación con una inscrita, Natalia Ramírez Valenzuela. Soy su hermana, Estrella —indicó Jimena con seguridad y determinación.

—*Un momento, voy a comprobar si tenemos aquí a la persona que nos indica.* —Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Jimena sabía que era en ese momento o nunca. Si Natalia no era la hermana de Estrella, entonces el cabo suelto que había encontrado no serviría de nada—. *Señora Ramírez, sí. La tengo localizada. Dígame.*

—Quería saber cuándo puedo pasar a recoger a mi hermana —indicó Jimena dejándose llevar por la fluidez de la conversación.

—*Como siempre, fines de semana. Mientras, tiene que estar aquí. La tiene en régimen de lunes a viernes, ¿no? Pero, vamos, que si quiere pasar a visitarla y salir con ella a tomar café, puede hacerlo.*

—Claro, qué despiste. Disculpe. Muchas gracias.

Jimena colgó la llamada arqueando las cejas ante la

sorpresa de lo que había encontrado. Así que Estrella Ramírez tenía una hermana con síndrome de Down que pasaba los días entre semana interna y los fines de semana con ella. Se imaginaba que aún no habrían notificado al centro de la defunción de Estrella.

Antes de volver a trabajar, fue a la nevera y se sirvió un vaso de cerveza sin alcohol. Puso de nuevo música *jazz* y disfrutó del sonido que le bañaba los oídos. Después volvió a su escritorio con la copa de cerveza en la mano y se puso a trabajar.

Siguió buscando información sobre Natalia y en la página web de la asociación encontró una fotografía suya. Era de una excursión al belén que se montaba en el ayuntamiento de Granada. No solo estaba Natalia, a su lado sonreía Estrella. Había otros internos de la asociación con sus familiares. Bajó con el cursor y encontró una descripción de las personas fotografiadas. Ponía que Natalia estaba acompañada por su hermana pequeña, Estrella. Añadían que era filósofa y que le apasionaba la literatura. Ya lo tenía, Estrella había estudiado Filosofía. Pero no encontró rastro de ella en internet. No pudo averiguar si ejercía su profesión o no, tampoco qué vida llevaba. ¿A qué se dedicaba Estrella? Era todo un misterio.

De pronto sonó el timbre de la casa y la sacó de su ensimismamiento. Jimena levantó la cabeza del ordenador y se dio cuenta de que atardecía. También recordó que había quedado con Carlos Benítez, un abogado empresario con el que solía tener una relación sexoafectiva en el pasado. Hacía tres años que no se veían. Él había tenido una novia, después de entender que Jimena jamás estaría con él, y le había escrito hacía unas semanas porque volvía a estar soltero. La periodista necesitaba un buen meneo, así que decidió que retomaría ese episodio de su pasado para pasárselo bien un rato. Se acicaló mirándose en el ventanal que tenía enfrente, se quitó la chaqueta de lana y abrió la puerta.

Sin embargo, se encontró con los ojos azules de Carmina, que estudiaba su picardías con sorpresa. También con Hugo, que se lanzó a sus brazos gritando de alegría.

—Buenas noches, Jime. Te hemos traído la cena para verte

un rato. Hugo te echaba de menos, ¿verdad, cariño? —le preguntó Carmina a su hijo a la vez que se adentraba en la vivienda con una bolsa de comida en las manos.

—Ah…, bueno, qué sorpresa. ¡Hola, Hugo! —exclamó cogiéndolo en brazos.

—¡Tita! ¡Qué bonita es tu casa! —gritó el niño. Luego le pidió que lo bajara de nuevo al suelo y echó a correr por el salón.

—Gracias por la cena. Pero…

—Nada de peros. Anda, déjame que te saque el *sushi*. Es de tu sitio favorito, el Sushi Go. Voy a por un plato —le indicó Carmina yendo hacia la cocina americana y abriendo uno de los muebles.

—¿Qué tal ha ido el día? —le preguntó Jimena antes de hacerse con su chaqueta de punto de nuevo y pasársela alrededor del cuerpo.

Su mente intentaba encontrar la excusa para deshacerse tanto de Carmina como de Hugo sin ser demasiado explícita. Carmina se movía alrededor de la cocina demostrando que recordaba cómo era el hogar de su hermana. Jimena observó su pelo rubio, que llevaba ondulado y bien peinado. También se fijó en que iba ligeramente maquillada y con un vestido de invierno que se le ajustaba a las pocas caderas que tenía. Su hermana había vuelto a cuidar su imagen, lo que denotaba que su interés por Miguel Alcázar seguía vivo. No necesitaba preguntarle, pues la conocía de sobra.

—Bien, mucho trabajo. Esta tarde he estado… con Miguel —confesó con una sonrisa mientas se apoyaba en la encimera de la cocina.

—Me lo he imaginado. ¿Cómo estás con él? —A Jimena no le apetecía escuchar demasiado. No le gustaba que su hermana se relacionara con Miguel porque seguía siendo sospechoso.

—Muy bien, Jime. Vuelvo a sentirme viva. Después del luto que he pasado… criar a Hugo y demás…, necesitaba esto. Me siento una mujer de mi edad. Que estoy en los treinta. Necesito sentirme viva y… Miguel me emociona y me motiva. Estoy ilusionada, cuadramos muy bien —explicó ella sonriente.

Jimena iba a contestar cuando Hugo no la dejó y se acercó

corriendo a ella, que todavía estaba delante de la puerta del piso. Le tendió una fotografía preguntando:

—¿Quién es esta mujer, tita?

Carmina corrió a su lado, le quitó la fotografía a Hugo y fulminó a Jimena con la mirada. La periodista suspiró y se la quitó también a su hermana. Era una imagen de la noche anterior, de Estrella Ramírez. Por suerte, Hugo era un niño y no había interpretado la fotografía.

—No me fastidies, Jimena —Carmina volvió a sonar enfadada. Esta vez señalaba la copa de cerveza que había sobre su escritorio.

Jimena quiso contestar, pero no supo qué decir. Era sin alcohol. Sin embargo, Carmina no la creería. De hecho, se había parado frente a su mural de trabajo. La periodista sabía que su hermana no debía acceder a ningún tipo de información sobre el caso. Tampoco quería que ella se sintiera atacada, así que no se veía capaz de pedirle que se alejara de la pared. La periodista prefirió echar el *sushi* en un plato y pedirle a Carmina que se sentara con ella en el sofá.

—Te prometo que las cosas no son como antes. No todo es lo que parece, Carmina —fue lo único que consiguió articular ante la mirada decepcionada de su hermana.

—Yo solo quiero lo mejor para ti porque te quiero. Toma, cariño. Prueba este. —Su hermana le ofreció un maki a Hugo, que le empezó a dar vueltas sin tener claro si le iba a gustar.

—Como yo para ti. Por eso, independientemente de lo que esté pasando en la investigación, me alegro por ti. Pocas veces en la vida conectamos con alguien y nos enamoramos. Yo quiero que seas feliz —confesó Jimena cogiendo a su hermana de una mano.

Antes de que Carmina pudiera contestar sonó el timbre de nuevo. La periodista se levantó agobiada. Tenía a su hermana y su sobrino de improviso cenando en su salón y a su examante en la puerta en busca de una noche de pasión. Inspiró y exhaló antes de ir hacia la puerta del piso. Carmina la miró extrañada y Jimena prefirió no tener que explicarlo en voz alta. Así que abrió la puerta y se encontró con Carlos Benítez. Estaba tan *sexy* como lo recordaba. Los años y la novia que había tenido

le habían venido bien. Era moreno y muy alto. Sus ojos oscuros la miraron con deseo. Hasta que se dio cuenta de que Jimena no estaba sola.

Carmina se levantó al momento, cogió a Hugo de la mano y se fue para hacia Jimena.

—Conque nada es como antes, ¿no? Dios mío, Jimena, espero que no te destruyas de nuevo.

Después se marchó, pasando por delante de Carlos sin siquiera saludarlo. Y ahí se quedó Jimena, con la mirada perdida y sintiendo que la pena la aturdía.

Capítulo 22

La mañana había sido una montaña rusa de emociones de la que Fátima Suárez no se había podido bajar. Desde una primera clase con alumnos de cuarto que necesitaban menos teoría y más práctica hasta otra donde tuvo que ponerles el examen oral que todos detestaban. Además, había tenido que discutir con uno de sus compañeros porque no la dejaba acceder a su oficina donde tenía que sentarse a trabajar en el desarrollo de su tesis. Al final, había terminado encerrada en la biblioteca en la mesa donde siempre se sentaba. Con la tensión que tenía en el cuerpo tras esa discusión, tampoco había sido capaz de concentrarse en su tesis doctoral. Así que abrió la puerta de casa exhalando un suspiro, se apoyó contra ella y se sintió por fin protegida y en un ambiente de calma.

La casa estaba sumida en un silencio poco acogedor. Le gustaba adentrarse en ella y escuchar a Leónidas trastear en la cocina a esas horas. A menudo, comían juntos a medio día porque, al ser catedrático, Leónidas no tenía tantas horas lectivas y aprovechaba para volver a casa cuando podía. Pero ese día estaba sola, de hecho, lo estaría casi toda la semana. Él tenía ese famoso congreso en Atlanta donde había ido con tres compañeros más de la facultad. Fátima llevaba bien los viajes de Leónidas y entendía su posición en la universidad; sin embargo, también lo echaba de menos. Nunca pensó que se enamoraría de un hombre que tenía quince años más que ella y, mucho menos, que fuera su director de tesis doctoral. Pero la vida la había llevado ahí y estaba dispuesta a remar contra viento y marea para estar con él y ser feliz.

Bajó las estrechas escaleras de madera rozando el pasamanos que tanto le gustaba a Leónidas y llegó hasta la cocina. A la historiadora no le gustaba demasiado cocinar y tampoco se le daba especialmente bien. Puso al fuego una sartén manida que estaba al fondo de un cajón y pasó por ella

un filete de pollo. Se puso también la inyección del día al darse cuenta de que aquella mañana se le había pasado con el estrés que llevaba encima. En parte, se castigó mentalmente por no haberlo hecho. No podía salir nada mal en ese segundo intento de la fecundación *in vitro*. Echó una ojeada al patio cuando estaba sentada con la aguja en la mano y se dio cuenta de que se veía húmedo y frío por las bajas temperaturas de principios de febrero. Las plantas seguían vivas, algo que la sorprendió gratamente. Después subió de nuevo hacia el salón y se sentó en su escritorio. Tenía que ponerse con la tesis, pero le apetecía comenzar a documentarse sobre la zona donde había aparecido el cuerpo de Estrella Ramírez. A simple vista, no era un área rica patrimonialmente, pero si algo había aprendido Fátima era que en Granada cualquier calle podía esconder un pasado inesperado.

No le había dado tiempo a terminarse la ensalada cuando le entró una llamada de Jimena Cruz. Descolgó el teléfono todavía masticando la comida.

—*Fátima, ha aparecido otra pancarta. Estoy de camino al Corral del Carbón, vente* —le pidió de manera escueta y directa.

A la historiadora se le atragantó la ensalada ante la sorpresa y contestó que se dirigiría hacia allí. Esperaban que apareciera otra pancarta porque era el evidente *modus operandi* del asesino, lo que parecía ser un aviso de que volvería a atacar. Fátima sentía que vivían en una vorágine de tensión constante y que no podían despistarse porque el asesino los sorprendía con los lugares que elegía para sus pancartas. De nuevo, encontraban la pancarta al día siguiente de que apareciera el cuerpo. Esas últimas veinticuatro horas se habían convertido en un infierno. El domingo, bien entrada la madrugada, se había despertado destrozada cuando tuvo que ir a ver a la segunda víctima. Ese lunes, sin apenas haber descansado, no tenía ni tiempo para comer porque habían encontrado la tercera pancarta… Necesitaba reponer sueño y recuperar el cuerpo.

Se levantó de la mesa, dejando el bol de ensalada a medias y el filete de pollo sin probar, y se puso el abrigo de paño canela. Por suerte, no se había cambiado de ropa al volver de

la universidad. Después alcanzó su bolso ocre de tela y salió dando un portazo para cerciorarse de que la puerta vieja de madera no se quedaba abierta. Echó a andar por la calle Zenete a paso rápido. Al menos, como era medio día, el frío no azotaba la ciudad con tanta fuerza. Bajo los rayos del sol incluso se podía pasear medianamente bien, y mejor aún si se iba abrigado.

El Corral del Carbón quedaba bastante cerca de su casa, a poco más de diez minutos andando a paso medio. No le sorprendió que el asesino dejara allí su siguiente aviso. Los dos lugares que había escogido hasta entonces tenían una carga histórica importante y eran símbolos de la ciudad. También lo era el Corral del Carbón, la única alhóndiga árabe que se conservaba en la península ibérica. No solo era un sitio por el que cientos de turistas paseaban cada día, sino que además el patronato de la Alhambra había hecho un gran trabajo de restauración y mantenimiento para que no se perdiera. Estaba a los pies de la Manigua, que había sido el barrio donde se ejercía la prostitución en la Edad Media. A Fátima le fascinaba toda esa zona de la ciudad y se veía sentándose y echando unas horas para prepararle un informe histórico a Jimena para que barajara todas las posibilidades simbólicas que podían ser factibles si se elegía el Corral del Carbón como punto de partida para un siguiente asesinato.

Conforme se adentraba en la callejuela que tenía como final y telón de fondo el Corral del Carbón, vio a varios policías que se movían alrededor del lugar. Habían acordonado la zona y estaban, en esos momentos, descolgando la pancarta. Fátima imaginó que la habrían encontrado ese mañana, pues no se podría haber colgado en hora punta sin que nadie viera cómo lo hacían. No entendió por qué las habían avisado tan tarde, pero divisó a Jimena bajo la pancarta echando pestes por la boca junto a Curro López. Así que dio por hecho que ella ya estaría reivindicando sus derechos como colaboradora externa de la policía.

Fátima se quedó al otro lado del cordón policial sintiendo que unos escalofríos le recorrían el cuerpo. El asesino había elegido ese lugar como punto de partida. Observó las yeserías

que adornaban la portada monumental enmarcada por pilares de ladrillo. A Fátima siempre le había fascinado más esa parte exterior que su patio interior, que también era agradable y escondía los secretos de aquellos comerciantes que durante siglos habían pisado su adoquinado, que se mantenía original y comido por la mala hierba. ¿Cómo un lugar tan rico y repleto de historia podía ser testigo de un aviso ante una futura atrocidad?

—Fátima, pasa. —Gari Atxa llegó tras ella, pasó por debajo del cordón y le pidió que hiciera lo mismo.

—Oh, buenas tardes —respondió la historiadora sorprendida.

—Veo que no tienes buena cara. ¿Estás bien? —le preguntó el criminólogo frunciendo el ceño.

Fátima quiso contestarle que él sí que no tenía buena cara, marcado por unas ojeras profundas que daban a entender que esa noche se había dado unos cuantos meneos. Pero prefirió no decir nada, todavía sorprendida porque un hombre como Gari, que era tan serio y tenía una mirada tan penetrante, pasara sus noches de bar en bar. Tampoco lo conocía, no habían hablado más que de trabajo, así que no podía afirmar con certeza que le gustara demasiado la fiesta. Decidió afirmar con la cabeza y pasar bajo el cordón policial tras él.

—Estas mierdas no se pueden repetir, Curro. Estoy harta de tus desprecios —Jimena seguía discutiendo con Curro. No levantaba mucho la voz, pero sí lo suficiente como para que toda la policía se enterara de la conversación que mantenían.

—Hola, ¿podemos ver la pancarta? —fue Fátima la que interrumpió la discusión y se colocó al lado de Jimena para abrazarla con suavidad.

La periodista parecía un perro rabioso y se deshizo del abrazo con poca sutileza. Después le dio la espalda a Curro y miró hacia donde estaba la policía terminando de bajarla. Fátima no había podido leer lo que estaba escrito, pues conforme la descolgaban se había doblado sobre sí misma. Esperó de brazos cruzados mientras observaba a Jimena. Notó la energía detonadora que expulsaba la periodista por lo nerviosa que estaba.

—Son inútiles hasta para bajar una puta pancarta. Joder, es que me sacan de mis casillas —masculló la periodista a su lado.

—Imagino que te han avisado ahora en vez de esta mañana, ¿no? —comentó Fátima.

—Ni eso, lo he leído en la prensa. ¡En la prensa! ¿Te lo puedes creer? Es que menuda desfachatez. Para qué mierda quieren trabajar conmigo si después me dejan en la sombra. —Jimena masticaba un chicle que parecía que se le iba a salir despedido de la boca por la agresividad con la que lo mascaba.

—Están muy atareados, no siempre van a poder estar a tu disposición —fue Gari el que intervino colocándose frente a ella y pasándose una mano por el pelo oscuro.

Fátima observó la situación en silencio. Vio que a Jimena se le hinchaba una vena en la sien izquierda y se preparó para la explosión. Sin embargo, ella confirmó con la cabeza y apartó la mirada del criminólogo. La historiadora se sorprendió ante el autocontrol que había demostrado de pronto.

—Ya hablaremos, ya —fue lo único que dijo.

Por fin descolgaron la pancarta y la colocaron en el suelo. Dos policías empezaron a desdoblarla y taparon la vista directa que podrían tener hacia ella. Fátima empezó a morderse las uñas nerviosa ante lo que pudiera desvelarles. Lo cierto era que sentía que estaba fuera de lugar. Era una historiadora de treinta y un años que debía sentarse y acabar su tesis. Sin embargo, estaba en el Corral del Carbón, rodeada de policías y ante la escena de un crimen que aún no se había cometido, pero que se anunciaba como posible. Por fin, terminaron de desdoblarla y se apartaron. Fue Fátima la que leyó en voz alta:

—«Ha movido imperios y no es la fe».

—Joder con los jueguecitos de palabras, eh. Cuánto le gusta a este cabrón hacerse notar y que le demos vueltas a la cabeza —masculló Jimena a la par que sacaba su teléfono y tomaba fotografías de la pancarta.

—Todavía no hemos desentrañado la primera pancarta, ni siquiera sabemos cómo falleció Estrella, y tenemos que pensar en este acertijo —añadió Fátima.

Se sentía desesperada y al borde de un abismo. Estaban ante

otro posible asesinato, con la pista delante de sus ojos. Sin embargo, ni siquiera habían procesado aún el asesinato de Estrella Ramírez.

—Es un psicópata que ha planeado esto durante mucho tiempo. No va a parar hasta que no acabe su misión. Los acertijos son sus avisos y sabe que nos pone nerviosos con ellos. Tenemos que mantener la calma —explicó Gari mientras se hacía con unos guantes y se agachaba al lado de la pancarta —. Analizaremos a ver si hay trazas de ADN, aunque lo dudo porque estamos ante alguien muy pulcro que no quiere que lo encontremos.

—Cámaras de seguridad…, aquí tiene que haber. Las de Reyes Católicos, lo que sea. No puede ser tan fácil pasar desapercibido de madrugada por estas calles. Vamos, estamos en el centro neurálgico de una ciudad. No es posible que se salga de rositas y que no lo encontremos —siguió mascullando Jimena mientras taconeaba en el suelo.

—La primera pancarta hablaba del gallipato. Tenemos que ver cómo murió Estrella, seguramente le dé sentido a la segunda pancarta. Y después, desentrañar esta. No puede ser tan difícil —añadió Fátima.

—Los resultados los vamos a tener en nada, os lo garantizo —respondió Gari levantándose y alejándose de ambas en un intento de ir con sus compañeros forenses.

—Jimena, no sé qué hacer ahora —confesó Fátima a la periodista.

Esta la miró todavía molesta por lo que había ocurrido esa mañana con la policía y respondió:

—De momento, tu trabajo. Hazme un informe de este sitio. Quiero hasta el último detalle que te pueda parecer nimio. Necesito conocerme la historia de este lugar como conozco la mía propia —fue lo único que respondió antes de coger una llamada que le entró en el teléfono.

Fátima echó una última mirada a la pancarta y salió del cordón policial. Conforme subía de vuelta a casa, notó una desolación fuerte en el pecho. Sentía que su figura no aportaba nada a la investigación y no sabía si eso podía curarse con un simple informe.

Capítulo 23

—¡¿Dónde está el maldito informe?! —exclamó Jimena mientras arramblaba con todo lo que había en sus estanterías, que era el lugar donde guardaba los artículos que había escrito.

Un montón de papeles volaron por el aire y acabaron esparciéndose alrededor del salón. La periodista se agachó a recogerlos y estudiarlos uno a uno. No había ni rastro de lo que buscaba. Revisó cada artículo para cerciorarse de que no se le hubiera traspapelado entre ellos. Finalmente, se dio por vencida y metió los artículos, revueltos, a presión sobre la balda de la estantería. Después se trasladó a la zona del escritorio y también arrambló con lo que había allí. Rebuscó entre los montones de folios, sacó las fotografías del caso que guardaba en uno de los cajones y se dio cuenta de que no estaba en ninguna parte. Era un informe que le había escrito Fátima sobre la herencia patrimonial de la zona donde había aparecido el cuerpo de Julián Alcázar. ¿Quizá lo había sacado de casa y se lo había llevado a algún sitio donde lo olvidó sobre una mesa? No se veía cometiendo esos errores de principiante, pero estaba claro que allí no estaba.

Miró la hora en su teléfono móvil y se dio cuenta de que tenía que salir de casa a toda prisa. Había quedado con Fátima y con la mejor amiga de Estrella Ramírez. Ese día se celebraba su velatorio, la policía había liberado el cuerpo para que la familia pudiera despedirse. Pero no la enterrarían ni la cremarían todavía, pues no habían acabado de trabajar con ella ni se había cerrado el caso. De alguna manera, permitían a los familiares encontrar un poco de paz en una despedida ficticia que no acabaría hasta que se encontrara al responsable de su brutal asesinato. Al mirar la hora, se encontró también con un wasap de Carlos Benítez.

Jimena, disfruté mucho anoche. Pero creo que es mejor que no

nos veamos más. Sabes que me despiertas muchas emociones, pero sé que jamás llegaremos a más…, y por eso toca despedirse para siempre a través de un teléfono vacío.

La periodista releyó esas líneas y después arqueó las cejas. Su relación con el abogado empresario nunca había ido más allá de la cama, a pesar de que este lo había deseado. Había estado a punto de casarse semanas antes de que se conocieran y desde hacía muchos años habían caído en la dinámica de verse a menudo a pesar de que lo suyo no iría a ninguna parte. Carlos había querido más y Jimena siempre le había dicho que no. Era un hombre atractivo y con el que disfrutaba, nada más. Además, Jimena había sufrido de un tremendo miedo al compromiso durante años. Lo había trabajado en terapia y estaba abierta a comprometerse, pero no con cualquiera ni de cualquier manera. Carlos no era el hombre que necesitaba como pareja, así que ese mensaje tampoco la sorprendía. Decidió contestar escueta y directa. Aceptaba su postura y le deseaba lo mejor en la vida. Echaría de menos el sexo con él, pero podría vivir con ello.

La periodista salió de casa, se subió la cremallera del abrigo negro de pluma falsa que llevaba y se puso unos guantes de cuero. Decidió subir en moto al cementerio de Granada, pues no tenía que recoger a Fátima, que le había indicado que daría un paseo. Jimena no entendía quién querría pasear a esas horas de la mañana, con el frío que hacía, por Granada cuesta hacia arriba en dirección al cementerio, pero tampoco le había insistido. Cogió su Honda PS y salió del Realejo rápidamente hacia arriba. Desde su casa hasta la zona del recinto de la Alhambra había unos escasos cinco minutos, estaba muy bien conectada. Así que, como el cementerio estaba justo arriba de la Alhambra, en cuestión de diez minutos estaría ahí.

Conforme subía, notaba que el cuerpo le temblaba sobre la motocicleta cuando las curvas eran cerradas y las subidas tenían demasiada pendiente; escuchó que sonaba su teléfono móvil debajo de ella, ya que lo tenía guardado bajo el asiento. Se preguntó quién la llamaría a esa hora y si serían Gari o Curro López con más información sobre Estrella Ramírez. Siguió subiendo mientras pensaba en Estrella. Su mejor amiga

era la persona que les daría la información que les faltaba. Jimena aceleró más con la motocicleta en cuanto divisó la rotonda en la que giraría hacia el cementerio y se aferró al manillar de la moto deseosa de llegar. Para cuando lo hizo, sacó su bolso y guardó el casco en el asiento de la Honda PS. Apagó el motor y escuchó cómo el ambiente quedaba en calma; se dio cuenta de que el cementerio estaba bastante vacío a esas horas.

Sacó su teléfono móvil y vio que tenía una llamada perdida de un teléfono que no guardaba en la agenda. Durante unos segundos pensó en si le sonaba el número, como no era así, devolvió la llamada. Fue una voz femenina la que respondió:

—*¿Jimena Cruz?*

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo? —Jimena tampoco tenía mucho tiempo, así que prefería que la conversación fluyera con rapidez.

—*Buenos días, soy Lucía Cañales, la presidenta de la asociación de bebés robados de Sevilla. Me han pasado tu contacto a nivel andaluz. Te llamo yo porque la asociación de Granada hace años que está inactiva. Me gustaría que pudiéramos hablar sobre tu caso con tranquilidad. Puedes pasarte por aquí si quieres o lo hacemos a través de una llamada. ¿Te pillo bien?* —La voz de Lucía le transmitía calma.

—No, lo siento. Es que ahora estoy trabajando. ¿Te parece si te llamo yo en otro momento? —ofreció Jimena.

—*Por supuesto. Un placer conocer tu voz. Hablamos pronto.*

Jimena colgó la llamada con la mirada perdida en la pantalla del teléfono. Sintió un ataque de nervios recorrerle el cuerpo y se preguntó si podría gestionar todo eso. ¿Verdaderamente estaba preparada para buscar a su madre y asumir no encontrarla? Era algo que llevaba posponiendo cuatro años. El miedo a no tener respuestas le atenazaba el cuerpo. Miró la pantalla del móvil incluso después de que se bloqueara y se fundiera en negro. Lucía Cañales iba a ser la mujer que la acompañara en ese proceso. Era cierto que estaba trabajando y no podía atender su llamada en esos momentos. Sin embargo, se preguntó si acaso estaría preparada para atenderla. Quería saber más, quería sentarse con la responsable

de la asociación de bebés robados de Sevilla y ser capaz de vivir su propia experiencia como víctima. Incluso escribir sobre ello, darle cobertura mediática a los casos que tuvieran entre manos. Pero necesitaba dar el paso.

Se alejó de la moto todavía dándole vueltas a la llamada y se pasó una mano por el pelo confundida. Tenía que centrarse en lo que, justo en ese momento, tenía entre manos. Divisó a Fátima, que la esperaba en la entrada de la zona de los velatorios. Iba vestida con unos vaqueros grises y llevaba su abrigo de paño canela. La saludaba con efusividad y la abrazó nada más tenerla delante. Jimena se sintió un tanto incómoda, las muestras de afecto no eran lo suyo. Pero se dejó hacer y después se alejó de ella con una sonrisa que denotaba cariño. De alguna manera, Fátima le despertaba buenos sentimientos. Probablemente porque la miraba con esos ojos dulces que tenía y porque le recordaba a sí misma cuando empezó su primera investigación cuatro años atrás.

—Qué buen día hace hoy, ¿no? —le dijo Fátima con una sonrisa antes de echar a andar con ella en dirección a la cafetería del cementerio.

—¿Cómo es que te ha dado por subir andando? ¿Estás loca? Hace un frío terrible —le preguntó Jimena cuando sintió cómo la historiadora se enganchaba a su brazo conforme andaban.

—Los médicos me han recomendado hacer ejercicio y me lo tomo en serio —respondió simplemente Fátima.

Jimena paró sus pasos y frunció el ceño.

—¿Los médicos? ¿Tienes algún problema de salud?

—No. Estoy buscando ser madre con Leónidas y para el tratamiento de fertilidad es bueno que me mueva y le dé vida al cuerpo —confesó Fátima con otra sonrisa conforme andaban y bajaban las escaleras de la cafetería.

La periodista se dio cuenta de que esa sonrisa no escondía alegría, sino todo lo contrario. También pensó en lo poco que conocía a Fátima a pesar de que llevaban más de dos semanas trabajando juntas. Quizá era la primera mujer en toda su vida que conocía con la que se sentía cómoda como para tener una amistad. No sabía por qué, pero la historiadora le despertaba esos sentimientos.

—Vaya, no sabía que querías ser madre. —Jimena pensó en el momento en que justo llegaba esa conversación cuando ella debía tomar la decisión de buscar a la suya propia.

—Sí, pero quizá es algo de lo que podemos hablar en otro momento. Creo que esa es Leticia, la amiga de Estrella —le indicó Fátima con la mirada.

Jimena no dudó de que la mujer que se encontraba sentada al fondo de la cafetería debía ser la amiga de Estrella. Por edad, cuadraba. Y también porque estaba destrozada y llorando descontroladamente frente a un café que ni siquiera había probado. Se acercaron a ella y se presentaron brevemente antes de tomar asiento en la mesa.

—La vida te arranca de los brazos a quien menos lo merece de la manera… más injusta —balbució Leticia a la par que intentaba controlar el llanto.

—Te acompañamos en el sentimiento, Leticia —susurró Fátima antes de tenderle un pañuelo de papel. Ella lo alcanzó agradecida y se sorbió la nariz.

—No queremos quitarte mucho tiempo y entendemos que este no es el mejor momento para hablar sobre Estrella. ¿Te importa si grabo la conversación? —preguntó Jimena mientras sacaba la grabadora de su bolso negro de cuero.

—No, está bien. Quiero ayudar en lo que necesitéis, porque tenéis que coger a la Asesina de la Cruz. No puede seguir destrozando vidas —respondió Leticia con voz pausada. Se notaba que se recuperaba del llanto.

Jimena prefirió no corregirla y se tomó unos segundos en estudiarla. Era una mujer de unos cuarenta años, se notaba que tenía un estatus económico bien posicionado. Lo vio en su ropa, que era de marca, en que llevaba la manicura hecha a la perfección y el pelo sacado de una revista de peluquería. La periodista se había criado en un entorno adinerado así que sabía detectar a otras personas de la élite granadina. Leticia debía venir de una familia de dinero viejo, probablemente manchado y sucio. Como su propia familia. Eso ya le decía bastante de Estrella Ramírez.

—Quiero ser directa, no porque no pudiéramos hablar de otras cuestiones, sino porque ahora, en el velatorio de Estrella,

preferimos no robarte mucho tiempo. ¿Sabes de alguien que quisiera hacerle daño a Estrella? —Jimena colocó la grabadora delante de Leticia y miró a Fátima, que entendió que debía tomar nota también de la conversación.

—No. Al menos no aquí en Granada. Estrella vivía en Sevilla, pero venía a Granada los fines de semana a ver a su hermana mayor, Natalia. Llevaba viviendo en Sevilla más de ocho años. Su expareja era de allí. Lo dejaron hace dos años en muy buenos términos así que tampoco creo que él quisiera hacerle daño. Estrella me tenía a mí y a otras amigas aquí, además de a su hermana —relató Leticia con voz rota. Intentaba controlar las lágrimas que amenazaban con caer.

Jimena no necesitó preguntar nada sobre su hermana, se comprobaba la información que ya tenía.

—¿De qué vivía? Sé que estudió filosofía, pero no he encontrado nada sobre su perfil laboral —añadió la periodista.

Fátima, a su lado, tomaba notas y estudiaba también a Leticia. Jimena notó que no sabía muy bien qué buscar en el comportamiento de la amiga de Estrella. Pero para eso estaba ella misma en la mesa, con sus sentidos despiertos y alerta.

—Heredó la empresa de construcción de sus padres. Pero no la gestionaba, tenía un equipo contratado para ello. Podríamos decir que… vivía la vida. Estrella sabía disfrutar del momento y era una mujer muy activa. Era voluntaria en una organización no gubernamental en Sevilla, estaba en un club de tejedoras y le encantaba el deporte y la bicicleta. Evidentemente, gestionaba el equipo que le llevaba las cuentas, pero no necesitaba trabajar. Es una gran pérdida, porque era una mujer que solo tenía corazón y ayudaba a quien lo necesitara. Por eso estaba tan volcada con su hermana. —Leticia empezó a llorar de nuevo.

Tanto Jimena como Fátima se miraron. Las dos habían pensado en lo mismo. Fue Fátima la que preguntó:

—¿Esa ONG para la que trabajaba de manera voluntaria está relacionada con el medioambiente?

—No… Era una cosa sobre niños de África. No estoy segura de qué hacían, pero sé que fue varias veces como colaboradora a poblados de África —contestó Leticia.

Durante un rato, siguieron conversando con ella. Así aprendieron que Estrella era una mujer tímida y reservada para las relaciones sexoafectivas. Había tenido dos parejas de larga duración y no era una persona que se implicara rápidamente con alguien. Tenía una visión tradicional del sexo, por lo que tampoco se le conocían amantes ni rollos que hubieran durado poco tiempo. Se centraba en sus pasiones y, como había descrito Leticia, vivía la vida.

Para cuando se despidieron de ella y se quedaron solas en la mesa, ambas tenían las mismas ideas en la mente.

—No hay una conexión evidente con el tema medioambiental en cuanto a su vida se refiere. Pero ¿otra constructora? Puede ser casualidad… —comentó Fátima mientras revisaba las notas.

—No lo creo. Hay que indagar sobre los proyectos de esa constructora. Y creo que hay otra cosa más que tienen en común Julián y Estrella —añadió Jimena mirando a Fátima emocionada.

—¿Qué? —preguntó la historiadora extrañada.

—Ambos vienen de familias enriquecidas. De grandes herencias. Puede ser una casualidad de nuevo…, pero yo no creo en las casualidades —concluyó Jimena convencida de que estaban ante dos hechos que vinculaban a las víctimas y que podían serle útiles para la investigación.

Capítulo 24

La constructora que había heredado Estrella Ramírez era sumamente destacada en su área. Estaba entre las diez más importantes andaluzas, y entraba también en un *ranking* nacional. Había llevado a cabo importantísimos proyectos arquitectónicos, no solo en España, sino también en el extranjero. Entre los proyectos destacables nacionales estaban varias urbanizaciones en primera línea de playa, dos cadenas hoteleras en la costa levantina y unos cuantos chalets millonarios que se habían vendido sobre plano nada más sacarlos al mercado. Se podía palpar la cantidad de beneficio económico que eso proporcionaba a la víctima y a su hermana, ya que eran las únicas herederas de la empresa. Por supuesto que Estrella Ramírez vivía la vida sin preocupaciones, y quién no lo haría. Eso fue lo primero que se le vino a la mente a Fátima Suárez esa mañana que había dedicado a indagar sobre el tema.

Pero no se había quedado en una sencilla documentación en internet. Había decidido profundizar más y, con el nombre de la constructora, había visitado el archivo y el registro mercantil. En el segundo, había descubierto que no tenía más dueñas que las dos hermanas. Y en el primero, había encontrado una información que era muy interesante. Fátima no esperaba obtener grandes detalles de la constructora por ir al archivo, pero le gustaba descartar posibilidades. Menos mal que lo había hecho, pues la información que había obtenido no parecía útil de manera directa, pero sí ayudaba a contextualizar la vida de Estrella y sus raíces.

Por lo que había leído, la constructora de la que eran dueñas Estrella y Natalia tenía un pasado manchado de sangre, como tantos otros casos en España. Aparecía en papeles del archivo municipal de Granada desde 1911. Por lo visto, la había fundado una familia que llevaba a cabo obras en la

ciudad adjudicadas por el Ayuntamiento. Años después, durante la Segunda República, mostrarían claras simpatías con el nuevo régimen. Hasta que en 1936 Granada fue tomada por los franquistas y la constructora paralizó todos los proyectos que tenía entre manos. Fátima encontró el apellido del abuelo de Estrella en otro documento que indicaba que había apoyado el golpe de Estado y luchado en la guerra en el bando franquista. Su familia había sido de las camisas azules y, después de la Guerra Civil, se habían dedicado a perseguir republicanos, denunciarlos y quedarse con sus propiedades. Entre esas propiedades estaba la constructora de la que en esos momentos seguían viviendo Estrella y Natalia Ramírez. No había duda de que Estrella provenía de una familia de dinero viejo, manchado de sangre.

Con lo que había descubierto en el archivo se había puesto a trabajar. No encontró ninguna vinculación similar con la constructora de Julián Alcázar, pues este había sido quien la había fundado y no era un negocio que tuviera la trayectoria con la que sí contaba la constructora de Estrella. Pero había indagado más en las cuestiones medioambientalistas y tampoco se había sorprendido al leer que la constructora de Estrella había estado envuelta en varios proyectos denunciados por Ecologistas en Acción. Era esperable, sobre todo, teniendo en cuenta que lideraban construcciones en primera línea de playa. Sin embargo, el caso más sonado y del que la prensa también se había hecho eco hacía unos años, había sido la construcción de varios bloques de pisos en la zona de la Vega granadina. Esta había afectado a la biodiversidad de la zona y había hecho que Estrella se ganara unos cuantos detractores. El proyecto había seguido adelante, por supuesto, como ocurría en esos casos. Sin embargo, parecía que la constructora nunca se había recuperado de la campaña de desprestigio que había sufrido. Para Fátima, más que merecida.

La historiadora caminaba cuesta abajo en dirección al centro de la ciudad a la vez que redactaba en un *email* un resumen de toda la información que había recabado esa mañana. Adjuntó también un archivo que había escrito con más detenimiento y después se lo mandó a Jimena Cruz.

Estaba orgullosa del día que llevaba, había dado todo de sí misma y hasta había tenido tiempo de pasarse dos horas y media en el archivo. La teoría medioambiental, por tanto, seguía en pie y cada vez era más sólida. Ya no solo ambas víctimas tenían una constructora, sino que además habían estado envueltas en cuestiones de medioambiente. Era demasiada casualidad que los perfiles fueran tan similares en ese sentido.

Su teléfono vibró y lo desbloqueó de nuevo. Era un mensaje de Leónidas repleto de emoticonos.

Fátima, te amo. Estoy contigo ahí aunque no me veas. Escríbeme al salir, ¡vamos, cariño!

Sonrió antes de guardar el móvil en el bolsillo trasero de los pantalones vaqueros. El día anterior terminó su proceso de estimulación ovárica y se encaminaba hacia la clínica de fertilidad. Le extraerían óvulos por última vez. Le encantaría que Leónidas la acompañara, pero había sido ella misma la que le había insistido en que se marchara a la conferencia que tenía en Atlanta con sus compañeros de facultad. Quedarse embarazada era un momento importante en la vida de ambos, pero no necesitaba que él estuviera a su lado mientras le realizaban la punción ovárica. Su madre se había ofrecido a sustituir a Leónidas para que Fátima no estuviera sola y le parecía una idea magnífica. También era dar un paso adelante en la relación con su madre que la acompañara y fuera parte del proceso.

Empezó a sonar su móvil, esta vez por una llamada de teléfono. Lo sacó del bolsillo trasero del vaquero y vio que era Jimena.

—*Fátima, gracias por lo que me acabas de mandar. Es una pasada. Confirmamos la conexión medioambiental. Es raro, sí, que ambas víctimas gestionaran una constructora y que las dos estuvieran metidas en faenas que enfadaran a los activistas ecologistas* —la periodista había cogido velocidad al otro lado de la línea y había soltado su monólogo en cuestión de unos segundos.

—Nada, es mi trabajo. El tema de que la constructora de Estrella sea de herencia franquista también me parece

interesante. Como te podrás imaginar, nada que ver con el caso de Julián. Pero de todos modos te lo he dejado ahí por si te sirve de algo —explicó Fátima.

Pasó al lado del Arco de Elvira, que era una de las construcciones famosas de la ciudad, y sonrió mientras pensaba en la cubierta del libro de Jimena Cruz. Esta tenía una fotografía tomada en el Arco de Elvira. Le pareció una casualidad que justo estuviera hablando con ella por teléfono.

—*Necesito entonces que vinculemos al gallipato con Estrella. ¿Algún proyecto que pusiera en peligro a esta especie como en el caso de Julián Alcázar? Tenemos que hacernos todas las preguntas que podamos y buscarles respuesta. Aunque primero tengo que saber cómo murió Estrella. Gari me ha dicho que esta noche me cuenta. ¿Puedes venir?* —preguntó Jimena.

—No, qué va. Estoy de camino a la clínica de fertilidad. Me van a hacer la punción ovárica así que necesitaré descansar. Lleva anestesia y todo eso así que creo que voy a estar muy cansada. Al menos, así estuve la última vez —explicó Fátima sin darse cuenta de que no había sido nunca tan explícita con Jimena.

La periodista guardó silencio unos segundos. Fátima notó que procesaba la información y se mordió el labio nerviosa. Tendría que haberle contado a Jimena con más detalles en qué momento vital se encontraba y cómo iba ese segundo intento de fecundación *in vitro*. Así se habrían ahorrado esa explicación que sonaba tan apabullante a las tres y media de la tarde. Jimena debía estar reposando la comida y con ganas de echarse a dormir una siesta.

—*Oh, bueno, mucho ánimo entonces. Mañana nos llamamos, ¿vale? Cuídate.*

Seguidamente, la periodista colgó la llamada. Fátima se alejó el teléfono de la oreja y observó la pantalla en silencio. Bueno, conocía un poco a Jimena y sabía que entre sus puntos fuertes no estaban las relaciones interpersonales. Se conformaba con que tuviera la información sobre en qué punto estaba en su vida y comprendiera que esa noche le sería prácticamente imposible acompañarla en su casa junto a Gari. Esa tarde tenía que centrarse en sí misma y cuidarse para el

futuro bebé que quizá podría traer al mundo.

Se encontraba ya a escasos metros de la clínica de fertilidad cuando divisó a su madre en la puerta. Parecía que se había arreglado más de lo normal. Hacía meses que madre e hija no se encontraban en la ciudad y a Fátima le gustaba la sensación de no tener que ser ella la que siempre fuera a Monachil a verla. En cuanto Alejandra la vio, la saludó efusivamente y se acercó a ella para abrazarla.

—Gracias por venir, mamá —añadió Fátima todavía entre sus brazos.

—Nada, hija. Sé que este es un gran paso para ti y yo siempre te apoyaré en todo. Aunque no acepte al padre de tu hijo. A tu hijo y a ti, todo y siempre que lo necesitéis —confesó su madre antes de cogerla de la mano y tirar de ella hacia la entrada de la clínica de fertilidad.

Nada más cruzar las puertas automáticas, Fátima notó cómo el olor a desinfectante se abría paso por sus fosas nasales. Las paredes blancas y grises de ese lugar le traían recuerdos contradictorios. En ese mostrador moderno, donde la saludó la recepcionista que ya la reconocía, le habían vendido el sueño de su vida al garantizarle que las posibilidades de quedarse embarazada eran altísimas. Entre esas paredes blancas y grises, le habían destrozado ese sueño al darle la primera negativa. Todos esos meses habían sido para nada. Fátima se había derrumbado a llorar en el mismo sillón donde se sentaba de nuevo con su madre. Allí, entre los brazos de Leónidas, había sacado sus frustraciones y miedos el primer día que habían vuelto a la clínica para ese segundo intento que ya estaban a las puertas de terminar. Por eso este lugar le despertaba sentimientos encontrados, no sabía si aquí sería algún día verdaderamente feliz llevando una criatura dentro o si, por el contrario, le darían la peor noticia de su vida anunciándole que jamás sería madre de manera biológica.

—Sé que no aceptas a Leónidas, pero… dime la verdad, ¿tan mal te parece para mí después de los años que llevamos juntos? —le preguntó a su madre cuando se recompuso en ese sofá y volvió a aterrizar los pies en la realidad.

—No me parece tan mal como a tu padre, por supuesto. Eso

es difícil. Solo creo que eres muy joven y él tiene quince años más que tú. Quizá estás perdiendo la posibilidad de encontrar a otra persona que se adapte un poco más a tu realidad. Solo es eso —argumentó Alejandra a la par que cogía a Fátima de las manos.

—Me encantaría que papá hubiera venido hoy. Esto es lo único que deseo en la vida, mamá. Quiero ser madre. Hoy es un día determinante para mí. La punción ovárica tiene que salir bien —la voz de Fátima sonaba lastimera.

—Lo sé. Va a salir bien, ya lo veras. Y, sobre tu padre…, ya lo sabes. Él nunca viene a la ciudad. Tiene ahí algo enquistado. Un trauma del que no le gusta hablar y que cuando viene a Granada recuerda. Imagino que por eso lleva sin pisar esta ciudad desde que lo conozco. —Su madre suspiró—. Tampoco creo que sea el momento apropiado para hablar de esto, cariño…

—Ya, mamá… Pero ¿cuál es ese trauma? Quiero saberlo aunque no sea el momento más apropiado —le rogó Fátima.

Necesitaba tener una respuesta para terminar de entender a su padre. No podía hacerlo cuando no empatizaba con su dolor ni su historia. Desde niña siempre había vivido como un ataque que su padre se negara a acompañarla en ciertos momentos importantes de su vida que tenían lugar en la ciudad. Sencillamente quería entender por qué y saber de dónde venían todos esos problemas que tenía Pedro Suárez en la vida.

—Está bien. Te lo cuento, pero no lo hables con él. —Alejandra tomó una bocanada de aire y miró a Fátima a los ojos conforme hablaba—. Su padre murió ahogado cuando era joven. Fue él quien lo encontró, Fátima. Pedro era prácticamente un niño al encontrarse a su padre fallecido. Fue un accidente, pero eso lo marcó de por vida. Y ocurrió aquí, en Granada.

Las palabras de la madre de Fátima la dejaron fría y sin saber qué decir. Jamás se habría esperado esa explicación. Su padre jamás hablaba de su abuelo, Fátima había dado por hecho que habría sido un padre ausente. Pero no podía imaginarse que hubiera pasado por tal infierno siendo tan

joven. Eso debía haberlo marcado de por vida y explicaba sus episodios depresivos en los que se encerraba en la habitación. Incluso algunos brotes que le daban y por los que perdía las formas. O que se negara a acercarse a Granada ciudad.

—Madre mía, ¿cómo no me has contado esto antes? Papá necesita terapia para gestionar todo esto —susurró Fátima con voz queda.

—No era algo que debiera explicarte yo, cariño. Pero viendo que últimamente te hace más daño no saberlo que saberlo, he decidido contártelo —argumentó su madre.

De pronto, del pasillo salió una enfermera, que llamó a Fátima y le pidió que la acompañara. Era el momento de hacerle la punción ovárica. Fátima le dejó su teléfono a su madre y le pidió que avisara a Leónidas por mensaje en cuanto ella saliera del procedimiento. Alejandra le prometió que lo haría, la abrazó y le deseó ánimos antes de que Fátima desapareciera pasillo adentro. Mientras se sentaba en una camilla pensó en su padre y en lo que acababa de contarle su madre. ¿Cómo no lo había sabido antes?

—¿Fátima Suárez? —Un médico se adentró en la habitación y la saludó con una sonrisa.

—Sí, soy yo —respondió nerviosa.

Ya no sabía si estaba nerviosa por el procedimiento médico o por haber descubierto el pasado traumático de su padre.

—Soy Jorge y seré el doctor que te realizará la punción ovárica. He visto que es tu segunda vez, por lo que estás familiarizada con el procedimiento. De aquí a dos o cinco días te llamaremos para realizar la transferencia de óvulos. Mientras, quiero que descanses y que dejes que tu cuerpo se prepare, ¿vale? —le indicó preparando la vía intravenosa que le iban a poner.

—Me cuidaré —prometió Fátima con voz queda.

Unos minutos después notaba cómo un líquido frío se abría paso por sus venas. Al poco tiempo, se le empezaron a cerrar los ojos y solo deseó despertarse un mes después con su bebé dentro de ella. Estaba cerca de esa nueva vida que tanto había peleado junto a Leónidas. Solo era cuestión de tiempo conseguirlo. Conforme se quedaba dormida, pensó en su padre

y en cómo debía haber sido encontrar a su abuelo ahogado.

Y anestesiada soñó con ese abuelo que nunca había conocido.

Capítulo 25

Jimena metió los datos de su tarjeta de débito en la plataforma de pago de la página web que vendía las entradas para el concierto de *jazz* que habría en una sala de la ciudad. Hacía muchos años que no acudía a escuchar música en directo y en cuanto vio, en la prensa, que tendría lugar ese concierto, no se lo pensó dos veces. Tenía que cuidarse a sí misma y dedicarse tiempo si de verdad quería sanar sus heridas. Así que introdujo los datos de la tarjeta y se descargó la entrada electrónica. Apuntó en su agenda la fecha señalada y después imprimió la entrada sentada desde su escritorio. Le gustaba encontrar momentos para desconectar de toda esa locura en la que vivía. Vio la hora en el teléfono móvil y decidió llamar a Curro López. Todas las tardes buscaba el hueco para hacerlo e informarse de cómo iba la policía.

—*Buenas tardes, Jimena.*

Solo escuchar la voz del policía a cargo de la investigación la ponía de los nervios. Tenía actitudes que a la periodista la sacaban de sus casillas y ya empezaba a asociarlo con la falta de comunicación que existía entre ambos.

—Hola, Curro. ¿Alguna novedad?

—*Hemos encontrado imágenes en una cámara de seguridad que vigila el Corral del Carbón. Sale un hombre, que parece joven, encapuchado, colgando la pancarta.*

Jimena sintió que le hervía la sangre y tomó varias bocanadas de aire para tener la rabia bajo control. Sencillamente dijo:

—Podrías haberme llamado, joder. Me parece una información lo suficientemente importante como para que lo hicieras.

—*Lo hemos localizado y lo interrogaremos esta noche. En tres horas. Puedes venir, si quieres.*

—Ahí nos vemos.

La periodista colgó la llamada con la furia recorriendo sus venas. Pero mantuvo la calma de nuevo. Si algo había aprendido en terapia era a mantener los demonios bajo control. No podía perder los papeles, como hacía cuando era más joven, y mandarlo todo a la mierda. A pesar de que era lo que más le apetecía en esos momentos. Seguía sin entender por qué había sido la propia policía la que la había llamado y para qué la querían en la investigación, si al final no contaban con ella como le habían indicado en un primer momento. Fuera como fuese, eran ellos los que estaban pagándoles un sueldo a los tres y los que le permitían a Jimena tener su equipo.

Alcanzó su teléfono y mandó un wasap por el grupo que tenía con Gari y Fátima. Canceló la cita de esa noche, aunque sabía que Fátima no acudiría porque ese día se había realizado la punción ovárica. No obtuvo respuesta y se metió en la ducha para prepararse antes de marcharse a la Policía Nacional. Bajo el agua caliente dejó que sus frustraciones se las llevara el desagüe y se preparó para lo que pudiera pasar esa noche.

Jimena sentía que el equipo avanzaba. Ya consideraban la medioambientalista como una hipótesis plausible que conectaba a ambas víctimas a través de sus propias constructoras. Los días pasaban a una velocidad vertiginosa. De pronto, tenían dos víctimas por asesinato y un asesino escurridizo que jugaba con muchos elementos que todavía no habían sido capaces de ordenar. La periodista sentía que les faltaba tiempo y que se encontraban en una carrera contrarreloj. Había aparecido una tercera pancarta y todavía ni siquiera habían averiguado qué quería decir la segunda. Estaban a la expectativa de que apareciera una tercera víctima y no sabían cuándo ocurriría ni dónde. Todo eso la agobiaba y la estresaba demasiado.

Su ducha se vio interrumpida por el sonido del timbre. Salió del agua, se enrolló en una toalla celeste y anduvo descalza dejando un rastro por el parqué. Abrió la puerta y se encontró con Gari Atxa. Este alzó las cejas sorprendido y disimuló una sonrisa juguetona que Jimena captó a la primera.

—¿Qué haces aquí? —fue lo primero que se le ocurrió preguntar expuesta como se sentía en esa toalla celeste.

—Habíamos quedado, ¿no? —respondió él. Llevaba una botella de vino blanco en la mano.

—Podrías leer el grupo de trabajo que tenemos y así te habrías ahorrado la visita —dijo Jimena antes de dejarlo pasar y cerrar la puerta tras él—. Dame un segundo, que me visto.

Según salía del salón y entraba en su vestidor, escuchó que Gari respondía:

—Tengo información importante que comunicarte. No te preocupes, podemos ir juntos al interrogatorio.

Eso último resonó en la cabeza de Jimena conforme se ponía unos leotardos marrones, un vestido negro de manga larga y elegía una bufanda de lana para el cuello. Si ya venía tensa de la llamada con Curro, el hecho de saber que Gari estaba al tanto del interrogatorio la ponía incluso más nerviosa. Así que salió del vestidor arrambló con la puerta y se colocó frente a él al tiempo que se pasaba los dedos por el pelo para atusárselo.

—Así que sabías que habían encontrado a la persona que colgó la pancarta y ni siquiera me lo habías dicho. ¿Tú trabajas con nosotras o con ellos? Porque no me queda claro. —Jimena fue directa: colocó los brazos en jarra y lo observó con cierto desprecio. Parecía que todos se ponían de acuerdo para sacarla de sus casillas.

—Para eso he venido. Mi idea era informarte de todo lo nuevo. Si no te he llamado antes es porque iba hasta arriba de trabajo y no he salido de la policía hasta ahora —aclaró él tendiéndole la botella de vino blanco.

—No bebo, gracias. —Jimena alcanzó la botella y la dejó en la repisa de la cocina americana. Ni siquiera le sirvió un vaso a Gari, pues seguía nerviosa por lo que ocurría. Además, ver esa botella en su casa tampoco le sentaba bien.

Se sentó junto al criminólogo. Solo el hecho de inspirar su olor hizo que se encendiera. Odiaba que le resultara tan atractivo y que trabajaran juntos. Además, no lo conocía. Gari era más reservado que Fátima y pasaba las noches de bar en bar. Era lo último que Jimena necesitaba en su vida: una influencia negativa que la devolviera a su pasado autodestructivo. Observó su rostro anguloso y vio que llevaba

días sin afeitarse, probablemente por falta de tiempo.

—Tenemos los resultados de la autopsia, Jimena. Es…, cuando menos, sorprendente. ¿Esperamos a Fátima? —le preguntó mientras sacaba de la bandolera el atestado policial y la autopsia.

—No, no va a venir. Ya la pongo yo al día mañana. ¿Y bien? Esperamos esos resultados desde hace tres días, estoy de los nervios.

—Por ser breve y directo, murió por deficiencia de protrombina en sangre. Es una enfermedad genética hereditaria que provoca que quien la padezca tenga graves problemas de coagulación. Encontramos restos de aspirinas en el estómago de la víctima, tuvo que ingerir muchas. Esto probablemente le produjo una hemorragia interna que, unida a la enfermedad que padecía, desembocó en un fallo multiorgánico. De ahí que encontráramos restos de sangre seca que le caían de la boca y la nariz. Tenía el interior… destrozado. Muy desagradable. No tuvo que ser una muerte plácida, precisamente,

Jimena escuchaba a Gari Atxa tomando notas en su bloc. Por unos segundos tuvo que parar de escribir para procesar la información. De un gallipato a muchas aspirinas, aquello perdía el sentido e incluso la magia y el misticismo. Si bien el bicho había sido todo un descubrimiento que los había dejado pasmados, las aspirinas se le hacían básicas y simples. ¿Quién asesinaría con aspirinas después de usar un animal protegido dificilísimo de encontrar y conocer? Alzó la mirada del bloc de notas, conectó con los ojos oscuros de Gari y preguntó:

—¿Murió por sobredosis de aspirina?

—No. Eso es lo que intento explicarte. Murió por su enfermedad. Las aspirinas fueron el motor para que su cuerpo reaccionara y no pudiera sanarse a tiempo. Cualquier persona que no tuviera esa enfermedad habría tenido altas posibilidades de sobrevivir. Pero una persona con deficiencia de protrombina en sangre no puede sobrevivir ante una hemorragia interna. Para que lo entiendas, su cuerpo no puede coagular, así que se desangra sin remedio si no es atendida de emergencias en un hospital. Lo que nos lleva a que…

—La víctima no fue aleatoria. Tenía que ser Estrella quien muriera de esa manera —lo interrumpió Jimena nerviosa. Se levantó y empezó a andar por el salón.

De nuevo, quiso hacerse con un cigarro y que el tabaco le calmara la ansiedad. Pero respiró varias veces seguidas y cerró los ojos en un intento de transportarse a un momento de calma de sus recuerdos. Consiguió mantener ese impulso bajo control y volvió a mirar a Gari para escuchar lo que tuviera que decir.

—Efectivamente. Si querían provocar un fallo multiorgánico, debían tener a una víctima que tuviera una enfermedad como la hemofilia o la falta de protrombina en sangre. Hay dos posibilidades: o bien las aspirinas eran el arma necesaria para asesinar y había que encontrar una víctima que pudiera morir bajo sus efectos; o bien primero se eligió a la víctima y se encontró una muerte acorde a su situación. ¿Cuál crees que es la opción correcta? —le preguntó Gari, que se había levantado y ya se acercaba a ella.

Jimena lo observó en el momento en el que se quedó a solo unos centímetros. Antes de poder responder, notó que se le humedecía la ropa interior.

—La segunda. El gallipato fue el arma con la que se asesinó a Julián Alcázar. Aquí son las aspirinas. Las siguientes preguntas son ¿por qué? y ¿cuál es la vinculación entre ambas? A simple vista no puedo encontrar una respuesta —a la periodista ya empezaba a temblarle la voz del deseo que sentía cuando tenía a Gari tan cerca.

Había una atracción entre los dos que era inexplicable. Hacía tiempo que Jimena no se encontraba con un hombre que la atrajese de esa manera. Su cuerpo reaccionaba con el simple hecho de tenerlo cerca.

—Además, los cuerpos aparecen en sitios lejanos y sin aparente conexión. Aquí hay algo que nos perdemos y que no vemos, Jimena. —Gari se alejó de ella y se dirigió a la cocina, donde descorchó la botella de vino y se sirvió una copa—. Si encontramos la conexión, lo encontraremos a él. O a ella. Como perfilador no me atrevería a determinar el género del asesino. Lo que sí que tengo claro es que descartamos a la Asesina de la Cruz.

—Hace seis temporadas que la descartamos, Gari. —Jimena suspiró poniendo los ojos en blanco—. En relación con la vinculación entre el *modus operandi* y las dos víctimas, necesitaremos tiempo. Pero puedo adelantarte que seguimos trabajando en la teoría medioambientalista. Tenemos tres factores que tienen en común ambas víctimas: heredaron grandes fortunas, eran propietarias de empresas constructoras y estaban envueltas en proyectos que ponían en duda cuestiones medioambientales. Hasta ahora son los tres elementos que conectan a las dos víctimas.

—Todo eso es interesante e importante. ¿Qué te evoca esto? A mí, a bote pronto, que nuestro asesino es una persona comprometida con el medioambiente que quiere hacer justicia para denunciar las barbaridades que cometieron las constructoras de las víctimas. Es una persona con una moral fuerte y motivada por ella. Es sumamente peligrosa entonces, pues no terminará los asesinatos hasta que acabe su cometido y culmine su obra de denuncia. Podríamos estar hablando de cientos de víctimas. Pero cada vez que asesina, nos acerca más a él. Deja pistas que tenemos que conectar. Sabemos lo que representa el gallipato, esa pureza que hay que proteger. ¿Qué representan las aspirinas? ¿Qué nos dice la segunda pancarta? Tenemos que centrarnos en eso también —argumentó Gari. Mientras lo hacía se había sentado en el sofá de nuevo y se había bebido la mitad de la copa de vino.

Jimena observó el color amarillento del vino y se mordió el labio inferior: debía contener las ganas de darle un sorbo a la copa. Pero mantuvo el control y se sentó en su escritorio, lo suficientemente lejos del vino como para no olerlo.

—Vamos a trabajar en esa segunda pancarta, le pediré a Fátima que se centre en eso. Y esta noche vamos a descubrir quién la colgaba. ¿Y si es el asesino?

—¿Y si el asesino es Miguel Alcázar? —le rebotó la pregunta Gari después de apretar los ojos y afilar la mirada.

—No puede ser, no cuadra. No tiene sentido —respondió Jimena.

—No lo sabemos, Jimena. Lo que sí que sabemos es que Miguel tenía una disputa montada con su hermano desde hacía

años y que lo amenazaba por escrito. Esas son las pruebas. Si crees que no es correcto, hay que encontrar entonces a quien lo haya hecho.

Jimena se quedó en silencio y observó al criminólogo. Siempre que lo veía le encendía la cabeza y la hacía pensar. Gari la miró de vuelta y, durante unos segundos, se quedaron en silencio. El deseo se hizo incluso más palpable entre ambos y fue Jimena la que apartó la mirada y se levantó diciendo:

—Venga, vamos a la Policía Nacional.

Gari no respondió y se levantó del sofá al momento. La periodista evitó mirarlo de nuevo. Esa atracción que existía entre ambos solo podía desembocar en cometer errores que Jimena ya había cometido antes. No estaba dispuesta a sacrificar la investigación por acostarse con un hombre al que, pensándolo fríamente, ni siquiera conocía.

Capítulo 26

Las manos de Gari dibujaban un mapa en la cintura de Jimena. Notaba el calor que desprendía a través incluso del abrigo de plumas que llevaba, traspasaba el jersey y la térmica que la protegían del frío cortante de la noche. Más que calor, era una energía que se desprendía de él y llegaba hasta ella. Jimena tenía que mantener la concentración para conducir con precaución, pues lo único que le pedía el cuerpo era bajarse de esa motocicleta y lanzarse sobre el criminólogo. Hicieron todo el trayecto en silencio, lo que le permitió a la periodista pensar en él y la relación extraña que mantenían. Era puramente laboral, pero ¿cómo se explicaba esa tensión sexual y esa atracción física? Desconocía la vida de Gari Atxa más allá del trabajo. No sabía dónde vivía, ni con quién; acaso si tenía pareja. Podía imaginar que no, puesto que se pasaba las noches de barra en barra. Tampoco se explicaba esto último, ¿por qué le gustaba tanto la noche? No era algo que, a simple vista, fuera con él ni con su estilo de vida. Lo que sí que tenía claro la periodista era que Gari no le convenía y que debían mantener esa relación como lo que era: puramente laboral.

Las calles de la ciudad pasaban serpenteantes a su alrededor, las farolas eran luces fugaces que dejaban atrás y los autobuses se convertían en obstáculos que Jimena salvaba con facilidad. Conducía acelerando, deseosa de llegar a la Policía Nacional y descubrir más sobre la identidad de quien había colgado las pancartas en la ciudad. Era posible que fuera el asesino, o que tuviera información que pudiera acercarlos más a él. Si lo pensaba fríamente, era la primera vez que estaban cerca de una prueba que pudiera ser realmente útil. Así que no le faltó motivación para aparcar la Honda PS velozmente y bajarse de ella, antes de ayudar a Gari a hacer lo mismo. El criminólogo se quitó el casco y sus ojos oscuros y penetrantes quedaron a la vista. Jimena se fijó en que tenía una senda de

lunares sobre las cejas que le enmarcaban incluso más la mirada. Se mordió el labio antes de guardar el casco de Gari bajo el asiento de la moto. Después dijo:

—Vamos. Llegamos justos de tiempo.

Subieron las escaleras que se adentraban en el edificio de la Policía Nacional de la calle La Palmita. Jimena ya se acostumbraba a pasar más tiempo ahí que en la Universidad de Granada, donde había solicitado una reducción de jornada. No podía atender sus seminarios en el máster, comiéndose las preguntas sobre el caso de los alumnos inquietos y, a la vez, centrarse en la investigación. Parecía que a la directora del máster no le había sentado del todo bien, pero había cedido a bajarle las horas y ponerle un profesor sustituto para algunas de sus clases. Lo mismo le ocurría con sus artículos, escribía la mitad de lo que debía. Aunque los medios nacionales para los que trabajaba lo entendían. Sobre todo, porque cada uno de ellos quería ser el que se llevara la primicia que pudiera tener Jimena entre manos.

Gari se adelantó y avanzó por delante de ella. Los botines de tacón de Jimena resonaron en el suelo de mármol blanco de la zona interna de la Policía Nacional. De nuevo, había pasado sin siquiera saludar al policía de turno que estaba en el puesto de la entrada. No tenía ganas de esforzarse en hacer nuevos amigos sabiendo que no era bienvenida en esas instancias. Recorrieron el pasillo en silencio y la periodista vio que Gari se adentraba en una de las salas de interrogatorio. Jimena lo siguió y, al entrar, divisó a Curro sentado junto al cristal espejo que los separaba del habitáculo donde tenía lugar el interrogatorio.

—¿Qué cojones? —preguntó Jimena confundida mientras se acercaba al cristal que los separaba del otro lado.

No entendía nada. Con el ceño fruncido, observó al hombre que estaba sentado al otro lado, esposado y con cara de no llevar una buena noche. La periodista se sintió decepcionada al momento; todas sus elucubraciones caían al suelo y se hacían añicos. Al otro lado del cristal había un hombre que no debía tener más de treinta y cinco años. Pero también destrozado. Por lo que parecía, la heroína había hecho mella en él y había

destruido lo humano que le quedara dentro. Los ojos estaban marcados por unas ojeras pronunciadas, tenía la piel cenicienta de un color que se acercaba al de las hebras del tabaco. Estaba muy delgado y se le marcaban los huesos. La mirada la tenía tan perdida que Jimena se preguntó si se habría metido algo antes de ser detenido.

Junto a él se sentaba también un hombre que parecía de baja estatura, con el pelo oscuro y los ojos azules. Tenía cara de ser amable, aunque se le veía un tanto nervioso por la situación.

—Buenas noches a ti también, Cruz —comentó Curro arqueando las cejas.

—Un puto mendigo yonqui, ¿estás de broma? ¿Este es el asesino? ¿El que cuelga las pancartas? Venga, hombre. —La periodista suspiró. Se alejó del cristal espejo y se quedó de pie, de brazos cruzados, frente a Curro.

—Menos mal que la sala está insonorizada, porque menuda boca tienes —respondió el investigador a cargo de los asesinatos.

—No me puedo creer que nos hagas perder el tiempo de esta manera. Es un puto yonqui, Curro. Lo único que quiere es tener tres duros para comprarse más caballo. En serio, ¿qué hacemos aquí? —insistió Jimena a la vez que taconeaba en el suelo.

Curro respondió sacando una carpeta de debajo de la mesa y tendiéndosela a Jimena. De ella, la colaboradora externa sacó unas fotografías tomadas de la cámara de vigilancia: mostraban a un hombre que colgaba la pancarta en el Corral del Carbón.

—¿Cómo sabéis que es él? Está de espaldas —comentó Gari después de acercarse y echar un ojo a las fotografías.

—Le seguimos el rastro con otra cámara que hay en Reyes Católicos, ahí sí que estaba de frente. Como podréis ver, la ropa cuadra. Y ese es Antonio Pareja, su abogado de oficio. Le ha insistido en que declare en el juzgado de instrucción mañana. Ya a estas horas como que ningún juez lo va a recibir. Pero parece que tiene ganas de meterse otra papela y ha decidido hacerlo aquí. Bien por ti, por mí y por todos.

Jimena pasó las fotografías y encontró la que mencionaba Curro. Sin duda, era el mismo hombre. La mirada perdida y el pelo rizado, sucio, pegado a la frente.

—Imagino que esto te hace entender que no seguimos los pasos de la Asesina de la Cruz, ¿no? —preguntó Jimena tendiéndole de vuelta las fotografías. Necesitaba saber en qué punto estaba la policía con esa hipótesis.

—Estamos descartándolo, sí. Aun así, ninguna teoría se descarta del todo hasta que cogemos a la persona responsable. Sea como sea, sí, abrimos otras líneas de investigación —confirmó Curro antes de darles la espalda e indicarles que prestaran atención.

Mientras Jimena veía a Lorena González adentrarse en la sala de interrogatorios, y cómo el indigente reaccionaba abriendo los ojos y suplicando que lo soltaran. No pudo dejar de pensar en las palabras de Curro. La policía barajaba otras hipótesis, ¿por qué creía que no las iban a compartir con ella y su equipo? Había cierto misticismo que rodeaba ese caso. La propia Jimena no se sentía cómoda trasladando todo lo que avanzaban. Sentía que esa investigación era suya y que la policía solo le ponía trabas y le echaba abajo sus hipótesis. Tenía que comunicarles que tenían pruebas sobre la teoría medioambientalista. Sin embargo, ¿la escucharían esa vez?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por Gari, que le rozó la cintura con sutileza. Jimena lo fulminó con la mirada y este le indicó que prestara atención. Lorena se había sentado frente al joven y sacaba las fotografías de la cámara de seguridad. Empezó diciendo:

—Buenas noches, Santiago. Está metido en un problema bastante gordo. Ya le habrá comentado el letrado que no tiene que responder a todas las preguntas. Usted decide. Hoy declara aquí, pero tendrá que hacerlo en el juzgado si se diera el caso de que así se requiriera, ¿lo entiende?

El tal Santiago, a quien le podía la evidente necesidad de un nuevo chute, afirmó con la cabeza y murmuró:

—Lo contaré… todo. Solo quiero… volver a casa.

—¿*Casa* es la Gran Vía? Por lo que tengo entendido vive ahí, entre cartones —la voz de Lorena sonaba sarcástica.

A Jimena no le gustó el tono de voz que había usado la policía y se empezó a poner nerviosa. Era un yonqui que vivía en la calle, pero merecía el mismo respeto que cualquier otra persona que sentaran ahí mismo para interrogarla. La periodista sabía que ese sarcasmo no nacía por el desprecio que pudiera sentir Lorena hacia un supuesto colaborador en el crimen, sino hacia un sentimiento de rabia por tener un indigente sentado frente a ella.

—No tiene que responder a eso, Santiago. Subinspectora, vigile su tono —le advirtió Antonio Pareja. Este se mostraba indiferente, pues le habían asignado ese caso porque tenía turno como abogado de oficio. Parecía que le importaba poco dónde acabara Santiago y que no se iba a involucrar demasiado, más allá de velar porque se cumplieran los derechos básicos del investigado.

—Me desperté ahí hace unos días…, no sé cuántos. Había un sobre a mi lado. Tenía una… carta escrita. Me ofrecía dinero a cambio de llevar a cabo una misión. Tenía que colgar una cosa, que me dejaría en una dirección que se… indicaba en la propia… carta, a la hora y día que se me… pedía —Santiago hablaba con voz trémula, entrecortada como una llamada que perdiera la cobertura.

Jimena abrió los ojos sorprendida. Por supuesto que el asesino no iba a arriesgarse a colgar él mismo las pancartas. Era mucho más fácil utilizar a otros para que lo hicieran por él. Tomaba nota en su bloc mientras pensaba en que sería mucho más difícil de lo que pensaban cazar al asesino.

—¿Cuánto dinero? ¿Por qué no se quedó con él si ya estaba en el sobre? ¿O se le pagaría después? ¿Por qué fiarse de una carta? —Lorena lanzó las preguntas como misiles.

—Había… doscientos euros en el sobre. Se me prometía entregarme… otros doscientos al acabar la misión. Así que… lo hice. Fui al lugar y recogí una pancarta. Yo… yo lo siento. No quería colaborar en un… asesinato. Pero necesito… el dinero. —Santiago hundió la cabeza entre las manos, que le temblaban tanto como el resto del cuerpo.

Jimena vio cómo Lorena afilaba la mirada. Sintió pena por aquel hombre que, evidentemente, vivía solo para consumir

heroína.

—¿Cómo se le entregó la otra mitad del dinero?

—Colgué la… la pancarta con ayuda de otro… vecino. Yo solo no podía. Le prometí pagarle con cien euros. Me ayudó… y después, entrada casi la mañana, cuando empezaba a amanecer… volvimos a Gran Vía. Me desperté a media mañana… por el barullo de los… transeúntes. Y ahí había otro sobre, igual que el anterior. Tenía los doscientos euros prometidos —explicó Santiago haciendo un esfuerzo por no perder la voz.

Lorena se giró en dirección al cristal espejo y le hizo una señal a Curro con las cejas. El inspector salió del habitáculo, dejó solos a Jimena y Gari, que seguían absortos el interrogatorio, y se adentró en la sala. Santiago se asustó y rogó de nuevo que lo soltaran, que no sabía nada más. Curro se sentó junto a Lorena y preguntó:

—¿Dónde recogiste la pancarta? ¿Dónde están las cartas?

—No las… tengo. Las tiré.

Curro reaccionó con una risotada que hizo temblar de respeto hasta a Jimena.

—No me quiero andar con tonterías, Santi. ¿Te puedo llamar Santi? Para los amigos, imagino. Mira, si no me das las putas cartas te vas a pudrir en la cárcel. Primero, por colaboración en un asesinato; segundo, por posesión indebida de drogas, y tercero, si me pongo chulo, te encasqueto ocupación de la vía pública y falta de respeto a la autoridad —sus palabras sonaron como cuchillos que cortaran el ambiente.

Jimena se giró y fulminó a Gari con la mirada. Él se encogió de hombros con indiferencia y ella sintió que le hervía la sangre. Por cosas como la que ocurría al otro lado del cristal detestaba a la policía.

—Es suficiente, inspector. Santiago no necesita que utilice ese tono. Por favor, mantengamos la calma —intervino el abogado de oficio.

—No, no…, por favor. No las tengo, lo… lo juro. Las tiré… Estaban escritas a ordenador… lo juro. —Santiago empezó a llorar de nuevo con la cabeza entre las manos.

—¿Dónde recogiste la puñetera pancarta? —insistió Curro

incluso más amenazante.

—El… el polígono. Uno antes de Albolote. A… Asegra se llama. Puedo indicar la calle y…

—Está bien. Lorena, toma nota —pidió Curro. Al momento, salió de la sala de interrogatorios.

Cuando se metió en el habitáculo donde lo esperaban Jimena y Gari, ella se le acercó molesta y le dijo:

—Podrías tener un poco de tacto.

—¿Va a venir una periodista a decirme cómo hacer mi trabajo? —contestó él con otra risotada de las suyas.

Durante un rato, los tres se mantuvieron en silencio. Observaron a Lorena indicar a unidades policiales que se dirigieran hacia el polígono de Asegra. También cómo pulía unas últimas preguntas con Santiago, que cada ciertos minutos recordaba en voz alta que quería volver a su casa. Jimena tomaba notas, pero se daba cuenta de que allí había poco más que hacer. Sin duda, que hubieran encontrado al indigente ayudaba a tener más información sobre el asesino. Además, había explicado que solo había colgado esa pancarta. Gari le susurró a Jimena que seguramente cada pancarta la habría colgado una persona diferente.

—Nada, este es un *metesaca* —Curro casi escupió las palabras cuando Lorena, Santiago y su abogado se levantaron y salieron de la sala.

—¿Qué dices? —preguntó Jimena en un tono bastante despectivo.

—Así llamamos a los que entran en el calabozo, se los interroga y se van para su casa. Como este, un desgraciado que no tiene donde caerse muerto y que ni siquiera merece la pena que lo encerremos una noche. Ya lo ha cantado todo —contestó Curro a la vez que se encogía de hombros.

—Dame la dirección del polígono, nos vamos hacia allí —le pidió a Curro al ver que el interrogatorio había terminado.

—Las unidades acaban de avisar de que allí no hay nada más que un grupo de putas trabajando —contestó este sin siquiera mirar a Jimena.

—Pues déjame que compruebe que las putas no hablan ni tienen ojos en la cara —respondió la periodista también

cortante.

El policía esta vez sí que la miró divertido. Incluso con una sonrisa socarrona. Parecía que le gustaba la Jimena borde que se ponía a su altura. Sin embargo, Jimena alcanzó el papel donde este le había anotado dirección, y salió de allí rápidamente y sin preocuparse si Gari acaso la seguía.

Capítulo 27

El polígono de Asegra los recibió oscuro y con una energía que a Jimena se le antojó peligrosa e incómoda. Pertenecía al municipio de Peligros, cuyo nombre parecía apropiado para el sentimiento que le generaba a la periodista esa zona. Hacía años que no visitaba un polígono de noche, desde que trabajó al principio de su carrera en los interiores de marihuana que abundaban en la ciudad. No había tenido buenas experiencias recorriéndose esos lugares a solas de noche y había entendido lo que suponía ser una mujer en un mundo como aquel. Jimena se había visto involucrada en un par de situaciones que la habían hecho sentir que su propia vida peligraba. Desde entonces, decidió que no se vería envuelta en circunstancias como esas nunca más.

Gari se aferraba con ganas a su cintura de nuevo y tuvo que concentrarse para llegar hasta la dirección que les había facilitado Curro. El polígono de Asegra tenía más de cincuenta años, era pequeño y albergaba algunas de las empresas más reconocidas en la ciudad. No tenían que cruzarlo demasiado, pues la pancarta la habían dejado en una de las avenidas principales, justo la que rodeaba de abajo arriba el polígono. Así que tomaron la avenida de entrada y, sin tener que desviarse, acabaron en la zona alta. Allí divisaron tres coches patrulla que tenían las luces puestas y descansaban vacíos. Al lado, varios policías habían acordonado la zona y trabajaban junto a un contenedor de basura. Jimena aparcó la moto junto a los coches, se bajó y ayudó a Gari para que hiciera lo mismo. Se miraron y no tuvieron que decir nada, se dirigieron directos al cordón policial.

—Buenas noches, Gari Atxa y Jimena Cruz. Curro López nos ha facilitado esta dirección —explicó Gari mientras saludaba a los policías. Estos les echaron una ojeada rápida y aceptaron su presencia.

Antes de entrar en materia, la periodista observó su alrededor. Ese polígono se veía sin vida de noche, aunque lo recordaba ajetreado durante las mañanas. Estaban ante un contenedor que hacía esquina con una callejuela sin salida. Esta contaba con varias naves que pertenecían a diferentes empresas. Por otro lado, en la avenida, desde donde se encontraban, podía verse una gasolinera unos cuantos metros más abajo, y varias naves de empresas famosas. Había diferentes contenedores a lo largo de la avenida, pero parecía que el asesino había escogido ese como lugar para dejar la pancarta. Las farolas de la avenida pedían una mejor vida e iluminaban de manera tenue el lugar. Quizá demasiado tenue. Jimena imaginó que eso ayudaba también a la labor que desarrollaban varias trabajadoras sexuales, que estaban en una calle paralela más abajo. Desde donde estaban podían verlas a lo lejos, de pie, esperando a sus clientes.

El teléfono de Jimena empezó a sonar de manera tan estridente que sacó a los presentes de lo que hacían. Todos la miraron sorprendidos y la periodista corrió a atender la llamada. Al alcanzar el móvil vio que eran casi las doce de la noche, además de ver el nombre de Fátima brillar en la pantalla.

—Fátima, buenas noches. ¿Cómo estás? —Jimena no pudo evitar hablarle con dulzura. Eso era lo que le transmitía siempre la historiadora.

—Ay, lo siento, Jimena. Me he quedado dormida. La anestesia que me pusieron esta mañana no me sentó bien y me he venido a casa de mis padres a descansar. Justo me quedé frita a media tarde. ¿Cómo va todo? ¿Necesitas que vaya? —la voz de Fátima sonaba muy cansada al otro lado de la línea de teléfono.

—No, no. Tranquila. Tú descansa. ¿Ha salido todo bien? —Jimena no sabía muy bien en qué fase de la fecundación *in vitro* estaba Fátima, pero sí que no muy lejos del final. También había notado lo importante que era para la historiadora y que deseaba ser madre a cualquier coste.

—Sí, todo bien. Bueno…, entonces mañana hablamos y me pones al día, ¿sí? Pasa buena noche y descansa, que nos vamos conociendo y sé que no se te da muy bien eso. —Fátima soltó una

risa dulce al otro lado de la línea y Jimena sonrió.

Al colgar la llamada, decidió tomar una serie de fotografías del lugar. Quería vincular al asesino con la decisión de dejar la pancarta en un polígono y a cargo de un indigente. Sin duda, era una persona con recursos a la que no le faltaba imaginación. Gari ya la había advertido de que el asesino era alguien que llevaba muchísimo tiempo planeando esos asesinatos. Debía tenerlo todo pensado. Eso no significaba que no pudiera equivocarse y que cuando lo hiciera, ellos estarían preparados para cogerlo. Aun así, la periodista sentía que allí no sacarían nada más que la información que obtuvieran esa noche.

—¿Y bien? ¿Qué habéis encontrado aquí? —preguntó la periodista tras acercarse a los policías con los que ya trabajaba Gari al otro lado del cordón.

Uno de ellos se giró, observó a Jimena unos segundos y después respondió:

—Nada de momento. Buscamos ADN, pero todo limpio. Podemos ver que se dejó aquí la pancarta porque vamos encontrando lo que parecen restos de su tejido. Pero poco más —resumió él con cierta simpatía. Algo que, sin duda, sorprendió a Jimena.

—Necesito saber exactamente dónde…

Pero sus palabras fueron interrumpidas por Gari. Este se movió y se colocó delante de Jimena, casi bloqueándole la vista que tenía directa hacia el policía con el que intentaba conversar.

—Es importante que rastreemos también los metros colindantes con la zona de este contenedor. Puede ser que no midiera tan bien sus pasos.

Jimena lo miró frunciendo el ceño y dijo:

—Entonces, ¿dónde exactamente se dejó la pancarta?

—Un momento, Jimena —insistió Gari—. ¿No hay nada más? ¿Algo que pueda indicarnos que el asesino estuvo por aquí?

La periodista se cruzó de brazos sin entender qué ocurría. De pronto, Gari tomaba el control de la conversación y la sacaba fuera. Parecía como si no quisiera que interactuara con

los policías.

—De momento nada, Gari. Creo que esta noche no va a dar resultados —contestó el policía.

—El jefe no va a estar contento —añadió otro a la vez que se agachaba y colocaba una cinta en el suelo.

—¿Habéis hablado con las trabajadoras sexuales? —Jimena se desplazó unos metros para volver a sentirse dentro del círculo que habían formado.

—Creo que no es relevante —terció Gari dándole la espalda de nuevo.

La periodista no aguantó más y salió del cordón policial enfadada. Se alejó de la zona donde estaban los coches y su motocicleta aparcada y soñó con tener tabaco en el bolso. Respiró varias veces, como solía hacer, y mantuvo la ansiedad bajo control. Empezó a moverse en círculos por la avenida, escuchando los tacones de sus botines resonar en el suelo. Suspiró varias veces mientras le daba vueltas al bloc de notas que tenía todavía en las manos. Observó a las trabajadoras sexuales, que estaban en la lejanía aguardando clientes. No podía marcharse de allí sin hablar con ellas. Ya fuera con Gari o sin él.

Precisamente fue Gari quien la sorprendió por la espalda diciendo:

—¿Nos vamos? Aquí no hay nada que hacer. Ni siquiera merece la pena que me quede.

Jimena se giró y descargó sobre él su rabia. No hizo falta que mediara palabra, solo con su mirada dejó claro que estaba enfadada. Al final respondió:

—¿Qué problema tienes? Parecías un niño pequeño en busca de protagonismo. ¿Tengo que recordarte que trabajas para mí?

Él arqueó las cejas sorprendido. Relajó el rostro y se acercó a ella. Andaba lentamente, con los brazos en alto en una señal de tregua.

—No quería hacerte sentir así. Claro que trabajo para ti. También para la policía, por si se te olvida. Pero en ningún momento he querido faltarte al respeto, Jimena. Solo que este —señaló la zona acordonada— es mi trabajo. Soy forense.

Jimena sintió la energía de Gari envolviéndola. Eso hizo que se relajara y que su cuerpo se tensara en otro sentido. Cada día que pasaban juntos esa inexplicable tensión física crecía y hacía que se preguntara cómo podía acabar todo. Aun así, la había sacado de sus casillas. Estaba segura de que Gari había hecho uso de todo su ego ahí fuera para hacerla sentir pequeña.

—Antes de irme voy a hablar con las trabajadoras sexuales. —Señaló hacia la zona donde estaban.

—No perdamos el tiempo, Jimena. Es mejor descansar y mañana trabajar con la información nueva que tenemos —argumentó él.

—¿Por qué estás tan raro? Pueden ser testigos, Gari. No voy a dejar pasar esta oportunidad.

Y después de decir eso, echó a andar calle abajo sin mirar atrás. Sabía que el criminólogo la seguía, pero no quería continuar con esa discusión sin sentido. Gari se comportaba de manera extraña y eso la llevaba a pensar, de nuevo, que a fin y al cabo no se conocían. No podía explicar de dónde venía esa negación a hablar con las mujeres que podían haber sido testigos de un asesino dejando una pancarta en el polígono. No lo entendía, pero tampoco estaba dispuesta a entenderlo.

Se adentraron en la calle en la que estaban. No era una avenida y la luz era incluso más pobre que en la zona alta. Había cinco mujeres distribuidas a lo largo de ella. Todas estaban de pie, apoyadas en una farola, en una posición que denotaba poca comodidad. Iban con poca ropa, abrigadas con colores chillones y materiales que indicaban pobreza.

—Buenas noches, ¿buscáis compañía? —preguntó la que estaba más cerca de ellos. Debía tener unos cuarenta años e iba maquillada de manera extrema. Sus labios eran prominentes, probablemente debido a alguna operación estética.

—Buenas noches. No. Trabajamos en el caso de los asesinatos que han asolado la ciudad en el último mes. Queremos hablar con vosotras para ver si visteis a alguien hace unos días dejar allí arriba una pancarta —resumió Jimena señalando hacia la avenida de arriba.

—Yo no hablo con los maderos —contestó girándose y

dándoles la espalda.

La periodista sentía la presencia de Gari tras ella. No tuvo que girarse para pedirle que no interviniera, pues salió de él mismo no hacerlo. Jimena se subió la cremallera del abrigo negro de pluma falsa que llevaba antes de decir:

—Soy periodista, no soy policía. Me encantaría si pudieras atenderme. Me llamo Jimena —se presentó en un intento de conseguir que cediera.

—Vete de aquí. No se te ha perdido nada por esta calle. Y déjanos trabajar —contestó la mujer, todavía de espaldas.

—Por favor…, unos minutos —insistió Jimena.

—¡Te he dicho que te vayas, joder! —La mujer se giró y se acercó a ella con cierta agresividad.

Durante unos segundos, se miraron a solo unos centímetros. Jimena podía palpar la rabia de aquella mujer que no había elegido esas condiciones de vida que tenía. Sabía que la prostitución que se ejercía en polígonos era la más desfavorecida y que aquellas mujeres que la rodeaban habían vivido situaciones de extrema violencia demasiadas veces. La miró pidiéndole compasión y empatía. Esta no parecía querer bajarse del burro. De pronto, otra interrumpió el momento y preguntó:

—¿Qué está pasando aquí? —su acento era latinoamericano. Jimena supuso que la chica era colombiana por el deje que tenía. Era mucho más joven, no debía tener más de veinticinco años.

—Esta madera de mierda, que no se va —escupió la otra mujer.

—Soy periodista. Busco que me ayudéis porque es posible que el asesino de Granada haya pasado por aquí. Solo quiero saber si visteis algo —repitió Jimena en un tono conciliador.

—Yo te respondo entonces. Venga, Amalia, vete de aquí —le indicó la joven a su compañera. Esta le echó una última mirada a Jimena y se alejó para ocupar el puesto de la chica—. Me llamo Cleopatra. Podéis llamarme Cleo.

—Cleo, ¿te importa si nos alejamos? Al menos, a la calle de atrás. Es por no perturbar a tus compañeras ni interrumpir si pasa un cliente —le pidió Jimena.

Esta aceptó y se movieron unos metros hasta llegar a la calle que había justo detrás. Gari las seguía y se presentó antes de que los tres se sentaran en un bordillo. Jimena sacó su grabadora y Cleo le dio permiso para que la grabara.

—Por aquí pasa mucha gente todas las noches. Más hombres de los que creéis consumen nuestros servicios…, pero normalmente los conocemos. Al final, siempre repiten. Hace unas noches vi un coche blanco parar justo donde están los maderos ahora. Era de noche, así que no vi mucho —explicó Cleopatra con voz pausada.

Jimena echó una mirada de satisfacción a Gari. Claro que era importante hablar con las mujeres que habitaban ese polígono de noche.

—¿Qué pasó después? ¿Se bajó alguien del coche? —fue Gari quien hizo esa pregunta.

—Sí. Una persona vestida de negro. No pude ver mucho. Vi que tiraba algo al contenedor. Pero me sorprendió que no lo tirase dentro, sino que lo dejó como a un lado medio escondido. Como si metieras algo debajo del contenedor, pero no del todo. Por eso lo recuerdo. Supuse que sería alguien tirando basura. Después se subió al coche blanco y se marchó —relató Cleopatra gesticulando con las manos. Señalaba hacia la zona donde estaba el contenedor verde de basura.

—¿Viste el modelo del coche? ¿El tamaño? ¿Algo que te llamara la atención? —preguntó Jimena mientras tomaba nota en su bloc a toda velocidad.

—No. Se marchó y nunca volvió. De ser así, me acordaría. Por aquí no suelen pasar coches blancos. Ya sabéis, se ven demasiado. —Cleopatra se pasaba las manos por las medias de rejilla que llevaba. Se notaba que pasaba frío.

—¿Algo más que recuerdes? —insistió Jimena estudiando su rostro. Era una mujer exageradamente bella, de rasgos marcados y ojos oscuros. Llevaba el pelo negro recogido en un moño y tenía purpurina en la cara, enmarcando aún más sus facciones.

—No y me gustaría poder ayudarlos —respondió antes de levantarse.

—Espera… —le pidió Jimena a la misma vez que anotaba

su teléfono en un trozo de papel—, toma, es por si recuerdas algo. O por si necesitas ayuda en algún momento, Cleopatra. Para lo que quieras, puedes llamarme.

Esta, que había comenzado a andar, se giró y miró a Jimena con una negación en el rostro. Desde donde estaba parecía una muñeca sacada de una película. Llevaba un vestido estrecho y ajustado que acababa en una falda de tutú rosa fucsia.

—Me encantaría pediros ayuda. No creo que podáis ayudarme. Sin papeles, hay poco que podáis hacer por mí. Conseguidme la nacionalidad, quizá entonces os estaré agradecida.

Rechazó el papel que Jimena le había ofrecido y siguió su camino. La periodista se quedó sorprendida, sentada en ese bordillo y sin saber qué más decir mientras veía a la chica alejarse y volver a su puesto de trabajo.

—Qué pena, una chica tan joven en esta situación —susurró Gari sentándose de nuevo a su lado.

—En este país, si no tienes papeles no hay trabajo digno que puedas desempeñar. Si no tienes trabajo tampoco accedes a los papeles. Es la puta pescadilla que se muerde la cola. Personas sin derechos, países con fronteras y situaciones personales como la de Cleopatra. Qué angustia —fue lo último que dijo Jimena antes de levantarse y echar a andar hacia su moto.

Dejó atrás a aquellas mujeres invisibles de las que solo se recordaba su existencia cuando se veían envueltas en situaciones como esa.

—Por cierto, ese coche blanco podía ser un taxi. Cuadra con la descripción y tiene sentido. Voy a pedir que se estudien las imágenes de tráfico a ver qué sacamos. Pero ya te adelanto que será un taxi, así que es casi imposible de rastrear.

Pero Jimena no prestaba atención. La mirada perdida de Cleopatra y su falta de esperanza le habían hecho mella en el alma.

Capítulo 28

El ajetreo de sus padres en la cocina fue lo que despertó a Fátima Suárez. El sonido de la cafetera en la hornilla eléctrica y el olor de las tostadas que ya debían esperar en la mesa se coló por debajo de la puerta. Se desperezó lentamente, se sentía menos cansada que los días anteriores. Su cuerpo parecía haberse recuperado de la punción ovárica y la anestesia. Había pasado dos días fuera de combate, desaparecida en Monachil y sin ser capaz de sentarse a trabajar. No había avanzado nada en la investigación tampoco, pues su cuerpo estaba tan afectado por la anestesia que no le había dado una tregua hasta esa misma mañana. Entonces, cuando se levantó y se vistió, se dio cuenta de que ya estaba más que preparada para volver a su vida.

—Buenos días —murmuró Fátima después de hacer una visita exprés al pequeño baño.

—Buenos días, cariño —contestó su madre, que ya se quitaba el delantal y se acercaba a ella para darle un beso en la sien.

—Voy al campo —anunció su padre como toda respuesta antes de salir por la puerta que daba al patio delantero.

—Gracias por el desayuno —añadió Fátima mirando a su madre con alegría.

—Hoy tienes mejor cara, ¿no?

—Sí. Me ha venido bien estar aquí y descansar. Ahora me pondré a trabajar —respondió la historiadora antes de comenzar a devorar la tostada que la esperaba en su plato.

—Muy bien. Yo voy a ponerme a coser, estaré por aquí si necesitas algo.

Seguidamente, Alejandra se marchó en busca de sus enseres de costura. Fátima sacó el teléfono móvil y comenzó a leer las notificaciones que tenía. No había nada demasiado importante, más allá de un par de mensajes de Leónidas, que le indicaba

que se veían esa noche. Ya tenía ganas de abrazarlo y tenerlo en sus brazos. No encontró tampoco ninguna notificación de la clínica de fertilidad, así que imaginó que la transferencia embrionaria ocurriría en dos o tres días. Tenían hasta cinco para realizarla así que ya debía quedar poco. Estaba agradecida de que se hubiera alargado la espera, pues así Leónidas podía acompañarla. Para él también era importante estar en ese momento a su lado.

Leyó la prensa y vio que la ciudad seguía volcada en los asesinatos. Los periodistas hacían sus apuestas sobre el significado de las pancartas y Fátima intentó hacer las suyas propias. Ya sabían que la primera hacía referencia al gallipato. Sin embargo, tenían dos más sin resolver. Una contaba con la segunda víctima, Estrella Ramírez; la otra aguardaba a descubrir quién sería la siguiente persona, si es que acaso la había. A pesar de que parecían haber establecido un *modus operandi*, que distaba mucho de estar completo y ser veraz, ni siquiera podían determinar a ciencia cierta si ocurriría un tercer asesinato. Todos los indicios apuntaban a que ocurriría, pero ¿y si se equivocaban en eso también?

Al terminar de desayunar, decidió que necesitaba dar un paseo para despejar la mente. Después se prometió a sí misma que se sentaría a trabajar y profundizaría más en la información que tenía. Además, Jimena le había contado lo que había ocurrido dos noches atrás con el testigo que había colgado la segunda pancarta. Ya sabían que no era el asesino quien las colgaba, sino que había utilizado a un indigente para ello. Seguramente, lo mismo habría ocurrido con las otras dos pancartas. También le habían comentado que el asesino parecía moverse en taxi, lo que no lo hacía indetectable, pero mucho más difícil de rastrear. Jimena le había asegurado que pagaría en efectivo y que se aseguraría de ser poco reconocible. Así que, si llegaban hasta el taxista, probablemente tampoco podría aportar demasiada luz.

Fátima empezó a caminar sorteando los surcos donde su padre había sembrado habas y guisantes. La tierra estaba húmeda y pesada, bajo los pies notaba la escarcha hacerse rocío con las pisadas. Se había calzado las botas de su madre

para andar en el campo, que se mojaron en cuestión de segundos. Alzó la mirada para ver los frutales, entre los que destacaban los almendros que empezaban a florecer. Escuchaba el agua de la acequia correr camino abajo. El olor a hierba fresca y a tierra mojada le inundaba las fosas nasales. Una familia de perdices caminaba por el huerto a escondidas, hasta que sus pisadas las sorprendieron y alzaron el vuelo; eso la asustó y la sacó de la somnolencia en la que todavía se encontraba. Un rayo de sol le bañaba la cara y tuvo que taparse los ojos para que no le cegase. La niebla baja recorría las tierras y se hacía con todo lo que había a su paso. Iba acompañada por un frío matutino que le llenó los pulmones y que le provocó una sonrisa de añoranza. Se había criado entre esas tierras que la rodeaban y a menudo echaba de menos todas esas sensaciones.

Vio a su padre al fondo, junto a la acequia y bajo uno de los albaricoqueros en flor. Se agachaba y sacaba las malas hierbas que rodeaban el árbol. Quiso acercarse a él para intentar entablar una conversación, pero en cuanto Pedro la vio, se irguió y echó a andar en dirección a la acequia. Fátima siempre había tenido muy buena relación con su padre, pero a veces le daban semanas difíciles y se encerraba en sí mismo. En esos momentos, pasaba justamente por esa etapa de nuevo. Eso hacía que ni Fátima ni su madre pudieran hablar con él ni tener una relación normal. Fátima conocía de sobra a su padre y sabía que no era algo personal. Sin embargo, odiaba de sí misma no tener la valentía de plantarle cara y reprocharle que ni siquiera pudiera hacer el esfuerzo de apoyarla cuando estaba en un momento tan delicado de su vida como era ese, justo en los meses que buscaba por segunda y última vez ser madre.

Observó la construcción de ladrillo blanco que su padre utilizaba como cuarto para las herramientas. Hacía mucho tiempo que no se adentraba en ella y echaba de menos el olor de los sacos de maíz que almacenaban para alimentar a las gallinas. Se dejó llevar por la añoranza, caminó lentamente hacia ella y se situó frente a la puerta. De niña solía esconderse ahí para asustar a sus padres. Funcionó tan solo la primera vez.

Desde que se pasaron dos horas buscándola y perdiendo la cabeza, para encontrarla en plena siesta entre los sacos de maíz, no volvieron a caer más en la trampa. Con una sonrisa enmarcándole el rostro, posó la mano sobre el tirador de la puerta y lo bajó lentamente.

—¡¡Fátima!! ¡¿Qué haces?! —El grito despavorido de su padre la sacó de su ensimismamiento y la asustó tanto que soltó el tirador y saltó hacia atrás, con la mala suerte de que trastabilló y se cayó de espaldas sobre la tierra húmeda.

—Madre mía, papá, casi me matas con esa voz de alarma —contestó Fátima. Con esfuerzo se levantó y notó que le tiraba la cadera después del golpe.

—¡No puedes abrir ahí! Tengo unas… semillas secándose. Si abres la puerta se irá todo a la porra —explicó todavía nervioso antes de colocarse entre ella y la puerta con los brazos en jarra.

—Oh…, lo siento. Es que… no lo sabía. Bueno, ya me voy —contestó ella antes de girarse y caminar de vuelta hacia la casa.

Ese episodio la dejó más pensativa de lo que hubiera esperado en un principio. No terminó de entender el alarmismo de su padre y, en el fondo, deseaba haber podido entrar en el cuartillo y recordar esos olores que la transportaban a su infancia. Sin embargo, deshizo los pasos que la habían llevado allí y se adentró en la cocina para alcanzar su ordenador.

Después se sentó junto a la chimenea y, al mismo tiempo que observaba el fuego, pensó en su padre. Sus reacciones siempre eran desproporcionadas y dependían mucho de en qué fase mental estuviera. Recordó las palabras de su madre, que le había explicado que Pedro había encontrado a su padre ahogado en Granada cuando era joven. Se le acongojó el corazón mientras pensaba en cómo habría impactado en su padre aquella infancia. Todo eso explicaba las etapas depresivas por las que pasaba y sus reacciones desproporcionadas. Como la que acababa de ocurrir hacía tan solo unos minutos. Aun así, Fátima desconocía que su padre secara semillas. Todo era demasiado extraño.

Subió la pantalla del ordenador portátil y decidió que era hora de dejar de procrastinar y sentarse con la investigación. Quería empezar por el gallipato y las aspirinas. No encontraba una conexión aparente y parecía que sus compañeros tampoco. Pero algo le decía que su trabajo podía arrojar luz a toda esa historia. Observó la información que tenían sobre el gallipato y se dio cuenta de que sobre las aspirinas prácticamente no tenían nada. Podía pasarse un día entero con la documentación o utilizar los recursos con los que ya contaba, como hacían sus compañeros de trabajo. Debía haber algún profesor especializado en las aspirinas en farmacología, o al menos, que supiera bastante sobre el tema.

Así que comenzó su búsqueda. En la Universidad de Granada, en la carrera de Farmacia, no encontró a nadie. Había especialistas de temas que ni siquiera entendía, por el uso de palabrejas que no había escuchado en su vida. Sin embargo, en cuanto tecleó una serie de palabras claves en el buscador de internet, ante sus ojos apareció un catedrático de la Universidad de Sevilla. Había hecho su tesis doctoral sobre las aspirinas y su impacto en la población de riesgo. Esa tesis doctoral tenía más de veinte años, pero seguramente podría decirles una retahíla de características sobre ella que los pudiera transportar de vuelta al caso. Fátima decidió mandarle un *email* deseosa de que lo viera rápido. Le escribió desde su *email* de trabajo también para que no se le fuera a la carpeta de no deseado y para que lo priorizara frente al resto de correos que tendría de sus alumnos.

A la espera de una respuesta, leyó en internet sobre las aspirinas. Ni siquiera sabía qué tenía que encontrar. Leyó desde la composición hasta las farmacéuticas que las fabricaban. Aquello era como buscar una aguja en un pajar. Cierto era que su trabajo no consistía en establecer relación entre los elementos del crimen, para eso estaban Jimena y Gari, pero le apasionaba poder encontrar respuestas. Sabía que el contexto histórico de lo que fuera que necesitara Jimena la ayudaba a avanzar y a establecer conexiones, pero también que tres cerebros pensaban más que dos. Así que tenía que centrarse en ayudar en todo lo que pudiera.

A los pocos minutos de haber mandado el *email* al catedrático, le llegó su respuesta. Fátima escuchó cómo sonaba el aviso en su ordenador, pues tenía la plataforma abierta todavía. Corrió a abrir la pestaña y el correo electrónico. Ahí estaba. Le ofrecía verse con ella esa misma tarde. Lo único era que tendría que desplazarse a Sevilla. El catedrático le proponía cenar al salir de su última clase del día. A Fátima no le apetecía volver a Granada tarde, pues Leónidas aterrizaría sobre las seis, pero, evidentemente, respondió confirmando y pidiéndole la dirección del restaurante donde quedarían.

Seguidamente, alcanzó su teléfono móvil y buscó a Jimena Cruz en la agenda. Al cabo de unos segundos, atendió la llamada.

—Jimena, buenos días. Te llamo porque esta noche he quedado un catedrático de la Universidad de Sevilla para hablar sobre las aspirinas. Es un especialista —le comentó Fátima emocionada por sentirse útil al fin.

—Buenísimas noticias. ¿A qué hora salimos? Puedo estar lista a la hora de comer —le indicó Jimena animada al otro lado de la línea.

—Ah, ¿vienes conmigo? Bueno, si salimos a la hora de comer tendremos horas muertas allí —aclaró Fátima.

—Tengo algo que hacer en Sevilla, tú tranquila. ¿Vamos en tu coche o en el mío? Da igual. Recógeme aquí en el Realejo para las dos y media.

—No tengo acceso a esa zona. Podemos vernos, si no, en Gran Vía —propuso Fátima.

—Estupendo. ¡Vamos, que empieza la aventura!

Jimena colgó la llamada sin tiempo para que Fátima pudiera despedirse y esta miró el teléfono divertida. La ilusionaba ir con Jimena a Sevilla, así podrían conocerse mejor. Fátima miró a su alrededor y decidió que era hora de irse. Tendría que volver a casa y prepararse antes de salir hacia Sevilla.

Esa noche estaba dispuesta a entenderlo todo sobre las aspirinas. No iba a dejar ese cabo suelto más tiempo. Era hora de encontrar al psicópata que los estaba volviendo locos.

Capítulo 29

La autopista que las llevaba en dirección a Sevilla era sumamente monótona. Fátima se la conocía de memoria, pues durante su primer año de tesis había conducido a Sevilla prácticamente todos los días porque asistió a un seminario anual sobre patrimonio andalusí que se impartía en la Universidad Pablo de Olavide que estaba en la capital andaluza. Como no tenía recursos económicos para más y empezaba a enamorarse de Leónidas, iba y venía cuatro días a la semana. La historiadora podía enumerar de memoria los pueblos principales que rodeaban la A92, incluso recordaba todavía el olor de las adelfas, a veces rosas y otras blancas, que rellenaban la medianera que dividía ambas direcciones. No necesitaba saber que habían salido de la provincia de Málaga, pues los propios peñones y montañas así se lo indicaban. Sabía que estaban a una escasa hora de Sevilla y que Jimena, a su lado, se removía nerviosa en el asiento.

—… Nos han comentado que es un hombre de unos cuarenta años. Con total seguridad es sospechoso. Aparece en varias imágenes de diferentes cámaras de seguridad que rodean la zona. Coincide que pasó por Gran Vía durante la madrugada que a Santiago le dejaron la carta; también por la acera del casino, junto a El Corte Inglés, justo después de la hora que se estima que se dejó el cuerpo de Estrella Ramírez…, incluso aparece por Reyes Católicos por la mañana, temprano, después de que se dejara la pancarta —la periodista le relataba los nuevos acontecimientos emocionada mientras gesticulaba.

Jimena se había subido al coche en Granada anunciando que tenía grandes noticias que avanzarían la investigación. Llevaba una hora y media poniendo en contexto a Fátima, que alucinaba con todo lo que se había avanzado en una mañana. La policía había cruzado imágenes de cámaras de seguridad y había encontrado la presencia de un hombre que se repetía en

casi todos los momentos claves de la investigación. No había cámaras directamente en las zonas donde se había cometido el crimen, pero sí en las colindantes. Por lo que le había explicado la periodista, habían reproducido lo que podrían ser sus pisadas y coincidían con la presencia de ese individuo.

—Entonces podemos decir que tenemos un nuevo sospechoso sobre el que trabajar —celebró Fátima con una sonrisa sin perder de vista la carretera.

—Todavía es pronto para decirlo. Sí puedo adelantarte que en cuanto me han confirmado esta información lo he fichado para ver quién es. Un tal Ramón Aguilar. Ingeniero químico. Vive en el Zaidín, en un edificio de reciente construcción. No está casado ni se le conoce pareja. Parece una persona peculiar, por lo que he visto en las redes sociales. Prácticamente no comparte nada de su vida y pertenece a una religión minoritaria. No sé mucho más, pero esa religión a la que pertenece me ha hecho saltar las alarmas…

—¿Qué religión? —Fátima no pudo evitar interrumpir a Jimena emocionándose. Tenía bastante conocimiento sobre religiones minoritarias, pues había hecho un trabajo para una asignatura del máster el año en el que estuvo en Londres sobre estas. De hecho, había centrado su estudio en España.

—Adventista del séptimo día. No sabía ni que existiera, no te voy a engañar. Lo vi en su Facebook, porque además de compartir publicaciones sobre varias páginas oficiales, tiene varias fotografías en encuentros. En uno incluso es ponente —explicó Jimena antes de subir las piernas al salpicadero del coche de Fátima.

Fátima arqueó las cejas sorprendida. Conocía esa religión. Podía considerarse minoritaria, a pesar de tener bastantes acérrimos en España.

—No me jodas. Qué interesante. Además…, tiene sentido, ¡Jimena! ¡Tiene mucho sentido! —exclamó la historiadora antes de bajar la velocidad ante la señalización de control por radar fijo.

—¿Sabes algo de ellos? —Jimena la miró con interés. Fátima desvió los ojos hacia ella unos segundos y afirmó con la cabeza.

—Cuando estudié el máster en el extranjero, hice el primer año en Nueva York y el segundo en Londres. Fue en Londres donde investigué un poco sobre religiones minoritarias.

Fátima pocas veces hablaba de su experiencia en el extranjero. Si bien lo había disfrutado, sobre todo por la posibilidad que le había brindado de viajar fuera de España por primera vez en la vida, también le había costado sudor y lágrimas integrarse en ambos países. Como mujer un tanto introvertida, no había sido fácil hacer amigos y tener un espacio seguro. Sin embargo, fue en Londres donde más disfrutó y más se conoció a sí misma. Durante varios meses se había planteado quedarse allí para doctorarse en vez de volver a España. Pero sentirse una inmigrante en un país de habla anglosajona no era lo que deseaba para su futuro. Le gustaba demasiado Andalucía y no tenía sentido desarrollar una tesis doctoral sobre la influencia andalusí en el patrimonio de Granada viviendo en Londres, si sencillamente podía hacerlo desde la propia ciudad que iba a estudiar.

—Por Dios, cuéntame más. Déjame que coja mi libreta —le pidió Jimena bajando los pies del salpicadero y alcanzando su bolso de los asientos traseros del coche.

—Lo primero es que pertenecen a la iglesia cristiana protestante y que tienen más de dieciocho millones de acérrimos en el mundo. Surgió en Estados Unidos. Es curioso porque su nombre, séptimo día, hace referencia a considerar el sábado como día dedicado al Señor. Tienen muchísimas diferencias con la religión cristiana protestante en sí misma, pero por destacar algo que recuerdo es que creen que Jesús retornará triunfante de manera inminente y que la inmortalidad ocurre para aquellos que Jesús escoge por sus méritos.

—Muy bien, pero ¿por qué decías que tiene sentido? Imagino que te referías al caso —puntualizó la periodista antes de bajar el volumen de la radio.

—Porque el estilo de vida de los adventistas está basado en el ejercicio físico, la contemplación de la naturaleza, la nutrición equilibrada…, hablan mucho del aire puro, la luz del sol…

—El gallipato y la teoría medioambientalista. ¡Esto es bueno, Fátima! ¡Es muy bueno! —celebró Jimena a su lado.

—Lo sé. Madre mía. Te prepararé un informe sobre los adventistas, ¿vale? Tú infórmame. Imagino que la policía empezará a investigarlo e incluso llegarán a interrogarlo, ¿no?

—Sí. Es cuestión de días —confirmó Jimena.

El resto del trayecto hasta Sevilla hablaron de Ramón Aguilar. Por fin tenían un nuevo sospechoso. De hecho, este sonaba mucho más coherente que Miguel Alcázar. Fátima pensó en los adventistas conforme seguía las indicaciones de Jimena que las guiaba por la capital andaluza. Se habían comido una buena retención en la entrada de Sevilla, pero tenían tres horas libres antes de reunirse con el catedrático. La periodista le había dicho que tenían que pasar por un sitio en el que harían una pequeña parada. No había añadido mucho más. Fátima no quería preguntar, pues todavía no tenía bien perfilada a Jimena y no sabía por dónde podía salirle si le hacía una pregunta que pudiera descuadrarla. Si algo le había quedado claro era que con Jimena prefería ver antes que preguntar.

Finalmente, llegaron a la dirección donde las llevaba Jimena. Estaban en el barrio de Las Almenas, que prácticamente quedaba al norte de la ciudad. Aparcaron en una de las avenidas principales, donde había un gran ajetreo a esa hora de la tarde. Los pisos, altos y de antigua construcción, las rodeaban. La mayoría eran blancos y amarillos y abundaban zonas verdes. Se notaba que era un área donde se asentaban familias humildes y de clase media. Fátima nunca había estado allí, así que se dejó guiar por Jimena y la siguió por detrás. Notaba las piernas cargadas de haber conducido casi tres horas y tuvo que quitarse y ponerse las botas bajas que llevaba para recuperar cierta movilidad en uno de los pies. La periodista avanzaba cada vez más lento, a pesar de que llegaban a la dirección que tenía en su teléfono móvil. Fátima quería preguntar qué estaban haciendo, pero se contuvo, de nuevo, aguardando a que Jimena diera el paso de contárselo.

Finalmente, Jimena llamó al timbre de uno de los pisos y la puerta se abrió en cuestión de segundos. Fátima tomó una

bocanada de aire antes de entrar. Notaba el clima húmedo de Sevilla empaparle la piel. Había frío, quizá no tanto como en Granada, pero sin duda la humedad era un factor clave que tener en cuenta. Se ató mejor el lazo de su abrigo de paño canela y se abrazó el cuerpo conforme subía las escaleras detrás de Jimena. Sus botines de tacón resonaban haciendo eco y parecían anunciar que no iba a ser agradable el encuentro que tuviera lugar a continuación. Finalmente, llegaron a la primera planta y Fátima vio a una mujer de mediana edad sonreír a Jimena y abrazarla. La periodista se adentró en el piso y le hizo un gesto para que la siguiera.

Sin embargo, antes de entrar, pudo ver una placa a la izquierda de la puerta. Leyó en voz alta: «Asociación de bebés robados de Sevilla».

Fátima sintió una oleada de sorpresa y orgullo. Por fin, Jimena Cruz se enfrentaba a su pasado. Conocía bien su historia por su libro y por las pocas conversaciones que habían mantenido. Aunque jamás habían hablado entre ellas de que fuera un bebé robado. También se había imaginado que la periodista no se había sentado a sanar sus heridas con su propia historia. Se sintió orgullosa por poder acompañarla en ese momento tan importante de su vida.

—Buenas tardes, soy Lucía Cañales —se presentó la mujer, que tenía un marcado acento sevillano y la cara bañada de arrugas y lunares. No le parecía tan de mediana edad de cerca.

—Yo soy Fátima Suárez, compañera de trabajo de Jimena —respondió con una tímida sonrisa.

A simple vista, aquel piso se había convertido por dentro en una asociación. Habían mantenido la cocina y el baño intactos, probablemente llevaba así más de cincuenta años. El pasillo era corto y dejaron atrás una habitación que estaba cerrada y que Lucía les indicó que utilizaban como oficina. Se adentraron en lo que en su día habría sido el salón y otro dormitorio, que habían unido para formar ese amplio espacio luminoso que contaba con varias mesas y estanterías. También había una pequeña esquina que tenía un sofá y una mesa baja, que probablemente se usaba como recibidor para quien tuviera que esperar a ser atendido. En la sala en la que estaban no había

nadie más.

—Mis compañeros ya se han marchado. Solemos trabajar aquí por las mañanas. Nuestra abogada tiene esa mesa. —Lucía señaló una de las que estaban delante de la ventana como si necesitara explicar que aquel lugar solía tener más vida de la que aparentaba.

—Perdona que no te dijera nada, Fátima. Si quieres, puedes dejarnos solas —le dijo Jimena.

—Tranquila. Quiero estar aquí contigo —esas palabras le salieron a Fátima de dentro.

Rápidamente tomaron asiento frente a un escritorio grisáceo. Lucía se sentó frente a ellas, al otro lado de la mesa.

—Sé que mi situación es particular, Lucía. No fui robada en un hospital como viene a ser común en los casos de bebés robados de España y… —Jimena comenzó a relatarle su historia.

Fátima, que bien conocía las raíces de Jimena por su libro, desconectó unos minutos de la conversación y consultó su teléfono. Aún tenían dos horas y media antes de la cena con el catedrático.

—A pesar de que la trama de la que provienes es diferente, como bien relatas, tiene un denominador común con los casos que nosotros llevamos. Es un crimen del franquismo y postfranquismo orquestado por la Iglesia católica y respaldado por el Estado y sus cuerpos de seguridad. Además, implica a una clase social pudiente que se mantiene hoy en día y que participó de la compra de esos bebés. No me parece descabellado que se llevara al nivel de la trama que descubriste, Jimena. Quien arrebata a una madre su hijo para venderlo y fingir que ha muerto, ¿cómo no va a cometer las atrocidades que se hicieron? —Lucía se mantenía de hierro conforme hablaba, pero Fátima notaba que algo se hacía añicos en su interior.

—Para mí estar aquí es dar un gran paso. Durante cuatro años no lo he hecho porque el miedo que siento a no encontrar a mi madre es mayor que el miedo a ni siquiera intentarlo. Necesito que me cuentes cuál es el procedimiento, ¿qué hacemos? —confesó Jimena.

Fátima observó que esta también mantenía las emociones a flote, pero que era evidente que todo eso la superaba. De alguna manera, la historiadora se sentía un agente externo que invadía un espacio al que no pertenecía. Pero una parte de ella deseaba estar ahí, no solo por apoyar a Jimena y no dejarla sola en un momento tan difícil como ese, sino también porque a nivel personal le interesaba conocer más de cerca cómo se abordaba el tema de los bebés robados en España. Conocía esos crímenes que se habían perpetuado hasta incluso los años noventa, pero jamás había estado tan cerca de un lugar que actuara por solventarlos.

—Es complicado, Jimena. Es un tema muy delicado. Quiero que te mentalices de la posibilidad de no encontrarla. Pero, más importante, que sepas que vamos a estar todo el rato dándonos contra un muro que no nos deje trabajar. Por empezar por algo te diré que en Granada ya no hay asociación, se os deriva aquí en Sevilla. Allí la llevaba un abogado que buscaba a su hija y, bueno…, la falta de esperanza, la desidia tras tantos muros… Es normal, la gente abandona el proceso porque causa mucho dolor —relató Lucía haciendo de tripas corazón. Se veía a la legua que las lágrimas ya comenzaban a amenazar con caer.

—¿Y tú? ¿También buscas a tu hijo? —le preguntó Jimena a la vez que la cogía de la mano de manera instintiva. Fátima observaba la imagen desde fuera y sentía complicidad por lo que ocurría en ese pequeño piso.

—Sí. Yo busco a mi hija. Pero quiero decirte que hay casos que hemos resuelto, bastantes en los últimos años. —Lucía dejó que una lágrima rodara por su mejilla izquierda mientras tomaba una bocanada de aire—. Primero necesitamos encontrar tu documentación, ¿vale? Tenemos que pedir un legajo de nacimiento en el registro, por supuesto también tu partida de nacimiento. En tu caso, el legajo, si acaso existe, estará en blanco. Solían rellenarlo como parto anónimo, dando a entender que tu madre pidió que te recogieran a través del teléfono de la esperanza.

—Pero mi madre no me dejó así… —murmuró Jimena todavía aferrada a la mano de Lucía.

—Por supuesto que no. Es otro denominador común en la trama de bebés robados. Les comunicaban a las madres que habíais muerto y después lo rellenaban como si os hubieran dado en adopción. Pero bueno, en la Diputación puedes buscar el archivo de adopción. Contigo es importante que sigamos estos pasos, pues no sabemos cómo actuaron para registraros. Tenemos que ver cómo procedían a nivel de registro con casos como el tuyo. Lo que sí que puedo garantizarte es que los adoptados, como tú, tenéis condición de víctima. La constitución te otorga el derecho a ser conocedora de tu identidad si así lo deseas. Aunque no se cumpla. —Lucía suspiró y salió un momento al baño.

Jimena se quedó en silencio. Ni siquiera había sacado su bloc de notas. Fátima podía sentir que toda esa información la desbordaba. Quiso decir algo, pero no supo qué. Así que se mantuvo en silencio hasta que Lucía volviera.

—¿Cómo podemos saber si mi madre está viva? Como te he contado, es posible que la asesinaran —preguntó la periodista a Lucía cuando se sentó de nuevo al otro lado del escritorio.

—Vamos a hacerte el test de ADN en un laboratorio de Estados Unidos. Antes los hacíamos en España, pero hemos descubierto que hay laboratorios cómplices de la trama. Por contarte un caso, hay un laboratorio español imputado que aún está pendiente de juicio. Una mujer encontró a su hija en México y se hicieron la prueba en ese laboratorio. Dieron resultados negativos… hasta que se lo repitieron en Estados Unidos y los resultados eran del 99,99 % positivos. Este laboratorio que te cuento, sigue operando.

—Joder, qué fuerte —murmuró Fátima echándose las manos a la cabeza.

—¿Me estás diciendo que hoy todavía hay cómplices de esta locura? —preguntó Jimena incrédula.

—Hay mucha gente que tiene mucho que perder si de verdad esto sale a la luz y se hace justicia, Jimena. La memoria histórica es un campo complicado. Nosotras, como víctimas de la trama de bebés robados, yo como madre y tú como hija, no tenemos una justicia que nos defienda. Tú puedes abrir la tumba de tu bebé y que esté vacía. Tiene que asistir un juez o

el laboratorio de turno trae funcionarios. Pero debe estar presente alguien que represente al Estado. Si lo haces tú sola, no tiene validez para una denuncia. Imagínate…, tenemos que fiarnos de los mismos que nos niegan justicia y que fueron cómplices de la violencia que hemos vivido —relató Lucía al tiempo que volvía a coger la mano de Jimena entre las suyas.

—A esto tengo que darle cobertura en la prensa, Lucía. Quiero contar las barbaridades que sufrís —propuso Jimena con mejor tono de voz. Fátima vio que tenía mejor cara y se animaba.

—Hay muchas historias, Jimena. Por ejemplo, tenemos una matrona imputada en Cádiz por participar en el robo de bebés. El propio juez dice que no cree conveniente que la matrona esté en la lista de imputados. Hay pruebas, Jimena, pruebas contundentes. No puedes hacerte una idea de la magnitud de esta locura y de cómo hoy seguimos silenciadas e invisibilizadas. Imagínate, una madre que saca el cadáver de su bebé. Lo entrega para que le den resultados de ADN. Durante cinco años no nos cogen el teléfono. Cierran la clínica y jamás devuelven el cuerpo del bebé. Los denunciamos. No ocurre nada. Archivan el caso. Finalmente, un extrabajador del lugar, llama a la madre y le dice que los resultados fueron negativos, pero que no quieren comunicárselo de forma oficial.

—Esto es una locura. ¿Cómo es posible que la sociedad española no lo sepa? ¿Que crea que es ficción? Solo es cuestión de escucharla a usted una hora para entender la gravedad del asunto —argumentó Fátima incorporándose a la conversación. Ya no podía soportar más lo que estaba escuchando.

—Porque tenemos una ley que nos obliga a olvidar. Estos crímenes pudieron ocurrir en el franquismo, eso es cierto. Sin embargo, se perpetuaron hasta principios de los noventa. Y, además, todavía hoy seguimos sin justicia. No nos permiten encontrar a nuestros hijos. Cuando los encontramos y tenemos pruebas fehacientes del delito cometido, nos arrebatan el derecho a hacer justicia. ¿Cómo se puede olvidar si las heridas están abiertas y supuran sangre? Yo no quiero olvidar que me arrebataron a mi hija. Solo deseo olvidar el dolor que sentí al abrir su tumba, veinte años después, y verla vacía. El inmenso

dolor que le da a una madre saber que le han robado a su hija para venderla a otra familia. Pero necesito recordar que mi hija sigue viva para mantenerme a flote y seguir con la esperanza de encontrarla. ¿Qué estamos pidiendo? ¿Que nos den el derecho a tener justicia y encontrar a nuestros hijos?

Lucía Cañales rompió a llorar con rabia. Las lágrimas también le comenzaron a caer a Fátima, que sintió el profundo dolor que aquella mujer llevaba dentro. Jimena también dejó que la tristeza se hiciera con ella y entre lágrimas respondió:

—¿En qué país se puede vivir en paz cuando unos han perdido tanto y otros lo ganaron a costa del sufrimiento ajeno? Sin justicia claro que no hay paz, Lucía. Yo estoy dispuesta a pelear hasta donde me digas. Si no es por mi madre, que sea por otras madres como tú —concluyó levantándose y a abrazando a Lucía mientras ambas lloraban y sacaban la pena fuera.

Capítulo 30

—¿Estás bien, Jimena? Si quieres, podemos parar el coche —propuso Fátima desde el asiento del copiloto.

La periodista no respondió mediante palabras. Sencillamente negó con la cabeza lentamente y volvió a fijar la mirada en la carretera. Conducía en dirección al restaurante donde habían quedado con el catedrático de farmacología. No quería pensar en otra cosa que no fuera esa cita que iban a tener en un restaurante. Sin embargo, tenía que hacer de tripas corazón para no romper a llorar y volverse a Granada. Solo deseaba encerrarse en su apartamento, beberse una botella de vino y olvidar quién era y de dónde venía. La reunión que había tenido con Lucía Cañales había sido mucho más dura de lo que esperaba en un primer momento. No estaba preparada para el torbellino de emociones que la arramblaban.

A Jimena, lo que había escuchado esa tarde no solo la superaba, sino que además le parecía surrealista. Nunca se había informado sobre en qué estado estaban los crímenes de los bebés robados. De alguna manera idealista, esperaba que si se resolvían historias personales pudieran llegar a la justicia y que se encarcelara a quien lo había cometido. Sin embargo, escuchar la posición derrotista de la propia presidenta de la asociación de bebés robados de Sevilla la había destrozado del todo. Si esa mujer, que llevaba años peleando, le indicaba que se darían contra un muro una y otra vez… ¿Cómo no iba la sociedad española a olvidar y a no reivindicar justicia?

Notó que se le encendía el cuerpo al reducir la velocidad por un atasco. No paraba de pensar en lo mal que se había gestionado la Transición y la poca justicia que se habían reservado para quienes verdaderamente habían sufrido las consecuencias del franquismo. Le enfadaba saber que su existencia era fruto de tantísima violencia. Si no hubiera habido clientes, tampoco hubiera existido la mercancía. Como

ocurría con la trama de bebés robados, sin clientes no había mercado. Jimena no sabía si sería capaz de mirarse al espejo nunca y reconocerse. Solo veía dolor y sufrimiento. ¿Qué significaba su existencia? No tendría que haber nacido nunca, pues nacer a costa del sufrimiento de una joven… Cada vez que lo pensaba se le removían las tripas.

—Es aquí, aparca cuando puedas —le indicó Fátima con voz trémula.

Jimena afirmó con la cabeza sin levantar los ojos de la carretera. No se veía capaz de mirar a su compañera a los ojos. Si lo hacía, probablemente se derrumbaría. Tenía que ser fuerte, para eso había estado en terapia reconstruyéndose a sí misma. Aun así, los sentimientos que se habían desatado en ella eran más fuertes que las herramientas que había ganado en terapia. Se mordió el labio mientras encajaba el coche de Fátima en el hueco que había junto a la acera. A pesar de que a ella no le gustaba especialmente conducir, había pedido hacerlo para no verse sentada sin nada que hacer y que la cabeza se la comiera.

Se apearon del coche rápidamente. Fátima le pasó un brazo por los hombros, la atrajo hacia ella y la recibió en sus brazos. La periodista se dejó hacer; enterró la cara en el cuello de Fátima y se concentró en no romper a llorar. Tras unos segundos, se separaron en silencio.

—Gracias —musitó Jimena con la mirada todavía en el suelo.

—No tienes que darlas. Estoy aquí para lo que necesites —respondió Fátima antes de engancharse a su brazo y tirar de ella en dirección al restaurante, que quedaba a escasos metros.

Se adentraron por las puertas giratorias que parecían caracterizar el lugar. Llegaron a la entrada de clientes, donde aguardaba un maestro de sala que las recibió con una sonrisa y preguntó el nombre de la reserva. En ese momento, Jimena desconectó y se fijó en la decoración del lugar. El suelo tenía una moqueta granate, que mucho se alejaba de la decoración típica sevillana. La madera abundaba a su alrededor, pues las pocas mesas que podía ver eran de madera y contaban también con bancos del mismo material. Al alzar la vista, vio lámparas

isabelinas colgadas del techo. A Jimena, las que había visto con anterioridad siempre le habían parecido imitaciones baratas. Pero no aquellas, donde las luces danzaban entre la pedrería haciendo un juego de sombras que se extendían a lo largo del techo.

Sintió que Fátima la alcanzaba de la muñeca y tiraba de ella con suavidad. Jimena volvió a aterrizar en el sitio y se dejó envolver por los olores de lo que había en las mesas de otros comensales. Los platos eran pequeños y tenían poca cantidad de comida. Rápidamente descubrió que estaban en un restaurante bastante caro. No era cómo para dar por hecho que la nómina de ambas pudiera soportar varias visitas en un mes a un sitio como ese. Imaginó que lo habría propuesto el catedrático.

—Esta es su mesa —indicó el maestro de sala, que, tras hacer un gesto sutil, se apartó y dejó que ambas vieran a Pau Pórtulas, el catedrático con el que habían quedado para cenar.

Había entrado hacía unos años en los sesenta, pero se conservaba sumamente bien. Se notaba que era un hombre jovial, que se cuidaba. Las canas, que tampoco eran abundantes, le bañaban el pelo y le daban, incluso, brillo en los ojos oscuros. Se levantó y les tendió la mano para presentarse. Jimena tomó asiento junto a Fátima y Pau quedó a un lado suyo y enfrente de la historiadora.

—Muchísimas gracias por atendernos, Pau —comentó Fátima con una sonrisa al ver que Jimena no reaccionaba.

—¡Camarero! —Jimena no pudo evitar desconectar de la mesa y llamar a uno de los jóvenes que iban de lado a lado con una bandeja—. Una copa de vino blanco, por favor.

Sintió la mirada de Fátima sorprendida. No quería dar explicaciones, ni siquiera a sí misma. Solo escuchaba las palabras de Lucía repetirse en bucle en su mente. Se había agobiado más de lo que le hubiera gustado reconocer. Solo deseaba llegar a la calle Molinos, subir a la tercera planta de su edificio y tirarse en el sofá a llorar.

—A mí me pone una cerveza sin alcohol —pidió Fátima antes de que el joven se marchara con la comanda.

Pau Pórtulas ya las esperaba con un vino tinto, al que daba

vueltas entre los dedos.

—Gracias a vosotras por contar conmigo. Jimena, Fátima ya me explicó quién eras y a lo que te dedicas. Es para mí un honor poder colaborar con la policía en esos terribles asesinatos —comenzó a hablar Pau. Tenía una voz grave y desgastada por el paso de los años. Pero también sonaba agradable y cálida, como si las envolviera con cuidado.

—No somos policías —aclaró Jimena antes de darle un trago a la copa de vino que acababan de servirle. Notó su amargor bajar por su garganta y cómo se le activaban sensaciones que había olvidado después de estar cuatro años sin beber—. Perdona, ¿me pones otra?

—Agradecemos mucho su colaboración, Pau. Jimena, ¿quieres resumirle tú un poco el caso? —le preguntó Fátima.

La periodista la miró arqueando las cejas. En vez de responder, volvió a darle un trago a la copa de vino blanco y se recreó en el sabor que inundaba su paladar. ¡Dios santo!, cuánto había echado de menos el vino en su vida. Sin duda, empezaba a anestesiarla y a ayudarla a no sentir tanto dolor. Después, miró a Fátima y a Pau diciendo:

—Creo que es mejor si te encargas tú de esto, Fátima. Prefiero tomar nota, si no te importa. —Tampoco se le ocurrió una mejor excusa.

—Por supuesto. Pues, verás, Pau…, es complicado. Tenemos dos asesinatos con un *modus operandi* distinto, pero similar y…

A la par que Fátima resumía los hechos y cómo avanzaba la investigación y omitía datos que sabía que no podía contar fuera de la esfera policial, Jimena dejó la primera copa vacía en la mesa y empezó a beberse la segunda. Sí que la hacía olvidar ese veneno que durante años había dominado su vida. Había echado de menos esa sensación. Aunque tampoco se terminara de sacar los ojos llorosos de Lucía de la cabeza y siguiera repitiendo en bucle algunas de las frases que esta había dicho.

Unos minutos después, cuando todavía Fátima estaba poniendo al día a Pau, el camarero al que Jimena había llamado antes se acercó a tomar nota de la comanda. Fue entonces el momento en el que se dio cuenta de que estaban en

un sitio de comida italiana. Jimena pidió lo primero que vio en la carta con cierta desgana y, de paso, otra copa de vino blanco. Todavía no se había terminado la segunda, pero le quedaba poco.

—No soy capaz de ver esa conexión que buscáis. Evidentemente, sobre el gallipato no tengo información. Siquiera conocía su existencia. Sin embargo, mientras pensaba en las aspirinas, así a bote pronto no sabría decirte —contestó Pau a Fátima después de que el camarero se marchara.

—La cuestión es ¿por qué aspirinas? —intervino Jimena, con la copa de vino en la mano y fingiendo que tomaba apuntes. En realidad, había encendido la grabadora que descansaba en la mesa. La cabeza no le daba para coger notas de esa conversación.

—Para mí es evidente. Conocía la enfermedad de la víctima y sabía que mediante el uso de aspirinas provocaría una muerte lenta y dolorosa —convino él dándole también un trago a la copa de vino tinto.

—¿Qué puede contarnos de la aspirina? Pensé que sería mejor vernos con usted, ya que conoce de sobra ese medicamento, y que nos pusiera al día. Así tenemos información de un especialista —explicó Fátima antes de beber también de su cerveza sin alcohol.

—Pues en realidad lo descubrió Félix Hoffmann, o eso creemos. El ácido acetilsalicílico, también conocido como aspirina, revolucionó la medicina y el mundo. De pronto, había un medicamento que era eficaz como analgésico, antiinflamatorio y antipirético…

La voz de Pau a Jimena se le hacía soporífera. Intentaba conectar con el monólogo que soltaba sobre las aspirinas, pero era incapaz. Sabía que debía hacerlo, pues en toda esa información estaba la respuesta. Sin embargo, notaba ya el vino haciendo mella en ella y que los pensamientos intrusivos que revoloteaban en su cabeza disminuían. Aun así, también sentía unas taquicardias cada vez más cortas en el tiempo. Era un principio de ansiedad. Respiró varias veces de manera profunda y se olvidó por completo de dónde estaba. Al abrir los ojos, vio que tanto Fátima como Pau seguían en el mismo

lugar y habían dado por hecho que ella estaba fuera de la conversación.

—… Entonces, como te comentaba, originalmente Hoffmann experimentaba con la corteza del sauce. Históricamente ya las herboristas también trataban con derivados de la corteza de sauce, pues tenían comprobado que cumplía funciones analgésicas en seres humanos —Pau movía las manos como si se encontrara frente a una clase repleta de alumnos.

—¡Un momento! Pare. Es posible que ahí esté la conexión, ¡Jimena! —la llamó sacándola de su trance.

—No entiendo, Fátima —fue lo único que consiguió articular Jimena, que seguía pendiente de las taquicardias y de la sensación de opresión que le avasallaba el pecho.

—«Su belleza te enmudece, su piel te cura, pero su furia te mata» —recitó Fátima la frase de la segunda pancarta—. ¿Es posible que hable del sauce? Si bien la primera hablaba del gallipato y había sido el arma que se había utilizado para asesinar, aquí si me dices que las aspirinas provenían del sauce…

—Podría ser sobre el sauce claro, quizá habría que tener en cuenta que…

—Perdonad, necesito tomar el aire —murmuró Jimena, que se levantó y cruzó el salón del restaurante intentando mantenerse recta.

Ya no solo eran las tres copas de vino, que no la ayudaban en absoluto, sino la sensación de agobio que sentía. La opresión en el pecho era tal que nada más salir por la puerta tuvo que sentarse en unas escaleras de un edificio que estaba pegado al restaurante. Intentó controlar la respiración, pero solo consiguió que las lágrimas que guardaba desde que se despidiera de Lucía cayeran amenazantes al suelo. Le temblaban las manos y el corazón se le había disparado. No había tenido una crisis de ansiedad así desde hacía cuatro años.

Alguien fumaba cerca de ella, le llegaba el humo directo a la cara. Se levantó y preguntó:

—¿Podrías darme un cigarro?

En cuestión de segundos, lo encendió y notó el humo cálido abrazarle el pecho y abrirse paso por sus pulmones.

Capítulo 31

La carretera serpenteante se abría paso ante los ojos de Fátima, que se habían acostumbrado a la oscuridad y al sueño que la atenazaba. Iban ya por la zona de Loja, un pueblo de la provincia granadina que se llevaba la peor parte de la autopista A92, que conectaba Granada con Sevilla. Fátima mantuvo la vista fija en la carretera, como había hecho más de dos horas y sonrió pensando que ya estaba cerca de Leónidas y de casa. La música sonaba por los altavoces del coche, lo que ayudaba a que Fátima no se durmiera. Cantaba Pink Floyd prácticamente a pulmón abierto y se dejaba llevar por la emoción de conocer la canción. Le gustaba esa emisora, pues siempre ponía grandes clásicos.

Jimena estaba a su lado, en el asiento del copiloto. Había dejado caer la cabeza sobre la ventana y tenía la frente apoyada sobre ella. No habían hablado nada desde que salieron del restaurante en Sevilla y la periodista llevaba tal borrachera que había preferido mantenerse callada la mayor parte de la conversación con Pau Pórtulas. Por suerte, este no se había dado cuenta de que Jimena estaba tan afectada. Aunque Fátima sí, y para ella era más que suficiente.

—¿Puedes cambiar la canción? Odio esta canción y los putos ladrillos en las paredes —Jimena aludió directamente a la letra de la canción.

—Claro… —Fátima quitó directamente la radio.

El silencio invadió el coche rápidamente. Solo se escuchaba la respiración lenta y pausada de Jimena, que estaba acompañada por el sonido liviano del coche. Eso ayudó a Fátima a centrarse en la investigación. Tenía mucha información que procesar después del viaje a Sevilla. Sobre todo, gracias al catedrático de farmacología. En la conversación que habían mantenido había muchos datos importantes, pero el sauce fue lo que más había llamado la

atención de Fátima. No sabía por qué, pero necesitaba seguir esa pista, Granada tenía zonas repletas de sauces. Quizá fuera una pista sin respuesta, que la llevara de nuevo a la casilla de salida. Sin embargo, ¿qué otro dato más de las aspirinas parecía útil en la investigación? El sauce se conectaba con el medioambiente, al igual que el gallipato. Estrella Ramírez era la dueña de una constructora inmersa en cuestiones que ponían en riesgo el medioambiente, al igual que Julián Alcázar.

—Jimena, tenemos que hablar del sauce. Creo que va a ser útil para la investigación. Conecta con la teoría medioambientalista —murmuró Fátima con voz tenue y esperó a ver cómo reaccionaba la periodista a esas horas de la madrugada y en su estado.

—¿Tú nunca estás mal, Fátima? Honestamente, ahora no puedo lidiar con eso. Estoy muy cansada y necesito procesar las emociones del día —confesó la periodista a la defensiva.

Era la primera vez que Jimena le hablaba a Fátima en ese tono. La historiadora era una persona que siempre mediaba en los conflictos y que se alejaba de situaciones que generaban tensión. Por eso contestó:

—Por supuesto que muchas veces estoy mal. Por no ir más lejos, estos últimos días. ¿Sabes la carga emocional que me supone no saber si puedo ser madre? —Le sentaba bien poder articular esas palabras en voz alta.

—Fátima… —Jimena la miró y cambió el tono de voz. Se notaba que hacía mucho rato que se le había pasado el efecto de los vinos de más que se había bebido—. Lo siento. No pretendía hacerte daño ni atacarte.

—No pasa nada. Empatizo mucho con tu dolor, ¿sabes? Eres una hija buscando a su madre y yo soy una madre buscando a su hijo —añadió Fátima a la vez que apretaba con fuerza al volante mientras sorteaba las curvas de esa zona de la carretera—. Todo esto es muy difícil para mí porque es la segunda vez que intentamos la fecundación *in vitro*. Si no funciona… tendré que aceptar que mi cuerpo no me permite gestar un bebé. Hace tiempo leí que eres madre desde que comienzas el proceso de buscar un hijo. Llevo aferrándome a eso casi dos años. Te aseguro que me trae mucho sufrimiento

sentirme inútil e infértil —hablaba Fátima mientras notaba cómo las lágrimas se le acumulaban.

—¿Por qué crees que eres infértil? ¿No puede ser que Leónidas…, por su edad, sea el motivo por el que no podéis ser padres? —Jimena lanzó la pregunta con un tono que denotaba que hacía un esfuerzo por empatizar con el dolor de Fátima.

Ella estaba cansada de responder a esa pregunta. Era lo primero que a todo el mundo se le venía a la mente cuando se trataba de su relación con Leónidas y el proceso de *in vitro* en el que estaban involucrados. Fátima entendía que fuera el pensamiento lógico en un momento así, sin embargo, le dolía incluso más tener que responder.

—Qué va… —la historiadora comenzó a llorar y enseguida notó que sus lágrimas salían calientes y le recorrían las mejillas —, soy yo, Jimena. Hicimos pruebas para comprobar el estado de fertilidad de Leónidas y…, sorprendentemente, a la edad que tiene, es fértil como un hombre de treinta años. Sí que nos advirtieron de que eso podía cambiar en poco tiempo. ¿Sabes lo difícil que es aceptar en una relación donde hay una diferencia de edad de quince años que tú, al ser la mujer joven, seas el problema? Soy yo, al igual que lo era mi madre, la que tiene dificultades para concebir.

De nuevo, a Fátima le sentaba bien sacar fuera esos demonios que llevaban alimentándose de ella mucho tiempo. Ni siquiera a Leónidas le hablaba con tanta claridad por miedo quizá a sentirse juzgada. Querer ser madre y que su cuerpo no la dejara era lo peor a lo que se había tenido que enfrentar nunca. Entendía a las mujeres que hipotecaban su vida con tratamientos de fertilidad, desesperadas por probar cualquier cosa que pudiera ayudarlas. Si ella no lo había hecho era porque Leónidas le ponía cabeza a la situación y le había pedido que no destrozara su cuerpo desesperadamente.

—Lo siento mucho, Fátima. De verdad. Pero hay otras maneras de tener hijos. Siempre podéis adoptar, ¿no? Hay muchos niños sin casa que necesitan un hogar y una familia que les dé amor —la voz de Jimena había cambiado de nuevo.

—Sé que tú mejor que nadie entiendes y empatizas con esos niños… Dios santo, no sé cómo podemos tener esta

conversación ahora mismo. No quiero acaparar la atención, Jimena. Siento que hoy es tu día para desahogarte y aquí estoy, hecha un trapo. —Fátima intentaba contener el llanto porque debía concentrarse en la carretera. Se pasó las manos por los ojos y se los apretó para dejar de llorar.

—No pienses en eso. Ya suficiente he dado la nota esta noche. Prefiero escucharte, también me ayuda a olvidar mis propias emociones. ¿Por qué decidisteis ser padres si llevabais tan poco tiempo juntos?

—Esa es una gran pregunta. En cuanto me enamoré de Leónidas tuve clarísimo que era el amor de mi vida. Creo que eso te puede pasar. A mí me ha pasado, Jimena. Siempre tuve claro que quería ser madre joven y Leónidas… es un hombre maravilloso. Me apoya siempre en todo lo que hago. Evidentemente, la diferencia de edad a veces es más palpable entre nosotros. Es cierto que él ayuda a salvarla y acepta las situaciones de poder que se dan entre nosotros por esa diferencia de edad. No sé…, creo que tenemos una relación consciente. He estado con tantos imbéciles, Jimena… He cuidado a tantos hombres que me han devuelto solo dolor a cambio. Infidelidades, mentiras, falta de cuidados… He vivido de todo. Y cuando lo conocí a él no podía creerme que fuera un hombre tan maduro emocionalmente. Ahora puedo garantizar, casi cuatro años después, que él es el padre de mis hijos. —Fátima había dejado de llorar, pensaba en Leónidas y en lo mucho que le aportaba en la vida.

—Me encantaría haberme enamorado de alguien así en la vida, Fátima. En terapia he trabajado mucho mi miedo al apego. Siempre he huido de los hombres que me despertaban esas emociones. No ayudó perder a una persona muy importante para mí hace cuatro años… Mi vida también es un desastre y está repleta de emociones convulsas —confesó Jimena.

Fátima pudo notar que la periodista comenzaba a emocionarse a su lado. Quitó la mano de la caja de cambios, donde solía dejarla, aunque estuviera en autopista. Seguidamente, cogió a Jimena de la mano que tenía sobre la rodilla izquierda y se la apretó.

—Estoy aquí contigo y puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Nunca he tenido tampoco una amiga de verdad, Fátima. —Las confesiones de Jimena no parecían tener límite ese día —. Quizá por mi miedo al compromiso relacional. Contigo…, no sé, siento que puedo contar. Es posible que nos hayamos conocido en un momento de mi vida en el que estoy preparada para tener una amiga. Cualquiera que me escuche pensará que estoy loca y es que…, en parte, lo he estado mucho tiempo. Me cuesta confiar en otras personas y abrirme a ellas.

La historiadora se sintió afortunada por las palabras que había articulado Jimena. No la conocía más allá de haber leído su libro, pero ese mes que llevaban trabajando juntas le había mostrado ese monstruo que llevaba la periodista dentro.

—Yo tengo algunas amigas, pero… han cuestionado mis decisiones de vida y llevo sola casi dos años. Mis amigas de siempre no entienden mi relación con Leónidas y en la facultad, donde también hice amigos…, esa gente ahora intenta competir conmigo por una plaza. Es difícil porque el entorno académico es terrible. Todos creen que me han regalado lo que tengo por tener una relación con mi director de tesis.

—Joder… Sé que nos ha unido la sangre de un crimen. No es la mejor manera de empezar una amistad —las palabras de Jimena produjeron una risotada dulce en Fátima que la miró con cariño.

—Yo creo que nos ha unido el proceso vital en el que estamos. Voy a ayudarte a encontrar a tu madre, Jimena. Cuando quieras y estés preparada, por supuesto. Mientras, tendrás mi hombro para llorar siempre que lo necesites —le dijo Fátima, que se dio cuenta de que estaban ya a unos treinta kilómetros de la ciudad.

—Yo no suelo llorar, ya te lo adelanto. —Jimena se rio de vuelta.

—Pues yo soy muy llorona, te lo advierto —contestó Fátima de nuevo con una sonrisa.

Durante un rato siguieron charlando entre ellas sobre la vida. Fátima escuchó la historia de vida de Jimena y su mala

relación con su familia. Descubrió que antes de averiguar sus raíces, ya tenía problemas para lidiar con sus padres y también que Carmina, su hermana mayor, había sido su apoyo en los últimos cuatro años de debacle en su vida. Jimena le contó que se había centrado en el trabajo para no aceptar su situación personal como bebé robado. Fátima, por su lado, le habló de sus padres y de lo bien que se llevaban. Confesó que lo único que dinamitaba su relación era que no aceptaban a Leónidas y que su padre tenía un trastorno depresivo que tampoco ayudaba en ciertos momentos.

Para el momento en el que se adentraron en la ciudad, que estaba ajetreada a pesar de las horas, ambas habían establecido un vínculo muy fuerte.

Por primera vez en la vida, Jimena Cruz tenía una amiga, y Fátima Suárez, una cómplice que empatizaba con su dolor.

Capítulo 32

Jimena Cruz le daba vueltas en su ordenador a la Iglesia adventista del séptimo día. Si bien había verificado toda la información que le había transmitido Fátima, también buscaba noticias que implicaran a granadinos en esta religión minoritaria. No había demasiados titulares que llamaran su atención, sin embargo, mediante el informe de Fátima comprobaba que, efectivamente, esa tendencia ambientalista moral existía entre los adventistas y que eso era un indicativo de que debían estudiar a Ramón Aguilar.

Hacía unas horas que había localizado dónde trabajaba el posible sospechoso. La policía investigaba rápidamente, lo que empujaba a Jimena a hacer lo mismo. Había revisado la descripción de las cámaras de seguridad, aunque no las había visto. Gari le garantizó esa mañana que tenía que ser él, se le veía claramente de frente en dos ocasiones. Le envió las imágenes concretas y, comparándolas con las fotografías que había obtenido de internet, no cabía duda de que era él. Que coincidiera en varias ocasiones en la zona a la hora sospechosa no significaba que tuviera que ser el asesino. Pero su religión y sus redes sociales repletas de alusiones a la pureza y la importancia de cuidar el planeta eran otros elementos que habían hecho saltar las alarmas de la periodista.

Por eso mismo, alcanzó su abrigo negro de pluma y salió por la puerta de su casa después de echar las llaves de la moto en el bolso. Ramón Aguilar salía del trabajo en menos de una hora, cuando la noche ya había caído y el frío se hacía insoportable. Jimena bajó las tres plantas que la separaban de la calle Molinos y se lanzó directa a por la Honda PS que tenía aparcada a pocos metros de su edificio.

Sacó el casco de debajo de su asiento, se lo ajustó y se subió a la motocicleta en cuestión de segundos. Después arrancó y salió disparada a toda velocidad, tanto que tuvo que sortear a

un par de transeúntes que parecían desorientados. Recorrió la ciudad a la vez que se aferraba al manillar y disfrutaba de la sensación que le causaba el aire frío cuando le cortaba las mejillas. Su casco no tenía protección para los ojos, así que a menudo parpadeaba rápido para llorar lo que le entraba en ellos. Las avenidas se le antojaron cortas, pues cogió prácticamente todos los semáforos en verde. Si algo le gustaba de conducir su moto era que no podía mirar mapas para ubicarse en la ciudad. Tenía que aprender los caminos que debía tomar antes de subirse. Por suerte, esa tarde noche se dirigía al PTS.

El PTS era el Parque Tecnológico de la Salud, un complejo donde se desarrollaban actividades de investigación y empresariales. Allí estaba el hospital más grande de la ciudad, rodeado de viviendas modernas que habían encarecido el Zaidín, un barrio que siempre había habitado la clase trabajadora. Jimena había tenido que ir al PTS varias veces por pruebas médicas en los últimos cuatro años así que se lo conocía bien. Desde niña, criándose en el centro, nunca había ido a esa zona de la ciudad. Había sido de adolescente cuando pisara por primera vez ese barrio, pues había tenido un novio fugaz que vivía allí.

El PTS apareció ante sus ojos. Había muchas luces encendidas, lo que hacía que pareciera una obra de teatro sin público, pues apenas había transeúntes ni vehículos dándole vida. La escena era pintoresca, sobraba espacio y faltaban personas. Jimena tomó una de las primeras calles que se dirigían hacia los edificios empresariales y se subió a la acera por un paso de peatones para aparcar la motocicleta. Se quedó a escasos metros de la salida del edificio donde había visto que trabajaba Ramón Aguilar.

Este no solo era activista en redes sociales, también tenía el perfil laboral altamente descrito en LinkedIn, que además utilizaba como otra red social más. Así, Jimena sabía que trabajaba en una empresa de iluminación como ingeniero. Había visitado la página web, visto sus horarios y supuesto que Ramón saldría hacia la hora en la que ella ya lo esperaba en la puerta. Pasó un rato en el que leyó la prensa en el teléfono,

todavía apoyada sobre su motocicleta con el casco puesto. Quería estar preparada para cuando saliera Ramón. Mientras tanto, en la prensa vio varios artículos nuevos que hablaban de la Asesina de la Cruz. Los periódicos transmitían todavía esa información a la población. Jimena sabía que podía estar alimentado por la policía, que en casos mediáticos utilizaba a su sector para engañar al asesino y que se sintiera lejos de ser capturado. Ella misma, en los cuatro años que había escrito para medios nacionales, había redactado artículos bajo una relación especial que tenía con la Policía Nacional de Madrid. A veces sabía que lo que contaban era lo que querían que ella relatara.

De pronto, Ramón Aguilar salió por la puerta del edificio. Jimena captó un movimiento extraño bajo la luz de una de las farolas y, al alzar los ojos, lo vio. Era un hombre de estatura media, un tanto desgarbado. Llevaba unas gafas de pasta negra, tenía una barba abundante que le llegaba hasta el cuello del jersey naranja que vestía bajo la chaqueta marrón. Sus ojos se cruzaron durante una milésima de segundo y a Jimena la recorrió una sensación extraña. Si bien siempre había sido una persona con una intuición alta, también le costaba leer ciertas miradas. Ese era el caso de Ramón Aguilar. Agradeció haberse dejado el casco puesto, así este no la identificaba. Si cabía la posibilidad de que fuera el asesino, sabría que estaba trabajando en el caso y eso le habría hecho saltar las alarmas.

Vio que sacaba el mando a distancia de un coche y que un Audi A5 blanco se encendía. Jimena arqueó las cejas, ese hombre tenía bastante dinero. Era algo que suponía, ya que sabía que trabajaba como ingeniero para una multinacional. Se subió al coche y no tardó en arrancar. Jimena encendió la moto de nuevo y salió detrás de él, dejando bastantes metros de distancia. Los suficientes como para que Ramón, si no estaba crispado, no se diera cuenta de que la seguía.

Jimena sentía una curiosidad abrumadora, a la expectativa de descubrir a dónde se dirigía y, si era a su casa, dónde vivía. No había pensado que quizá la Honda PS era una mala idea. Si él salía a la autovía de la ciudad quizá acabaran a decenas de kilómetros. Además, podía perderlo si pisaba mucho el

acelerador. Sin embargo, en cuestión de minutos se dio cuenta de que se internaban incluso más en el barrio del Zaidín. Salieron cerca del Parque de las Ciencias, una zona que quedaba más céntrica y que se acercaba a un pueblo que casi se había comido ya Granada, Armilla. Callejearon unos cuantos minutos y, de pronto, Ramón paró el Audi frente a una cochera y se metió en ella.

La periodista aparcó la moto rápidamente entre dos coches, se bajó y se quitó el casco. Cruzó los dedos deseando que el piso de Ramón Aguilar diera a la calle. Observó la zona y se dio cuenta de que estaba frente a una urbanización de nueva construcción. Si la vivienda era suya, se había dejado unos cuantos cientos de miles de euros para comprarla. Conocía esos complejos nuevos, que contaban, a menudo, hasta con piscina, además de con cochera. Sabía que quienes vivían allí eran personas pudientes, con trabajos bien pagados o que traían herencias a la espalda. Le encajaba que un ingeniero se comprara allí un apartamento.

Repentinamente, un piso se iluminó. Jimena sonrió. Esa debía ser la casa de Ramón Aguilar. Coincidía en el tiempo que este necesitaría para aparcar, subir hasta su planta y adentrarse en la vivienda. Las luces brillaron en la oscuridad de la noche y la periodista lo vio pasearse por el salón ante la luz de las lámparas que tenía en el techo. No sabía qué más podía hacer ahí, así que tomó fotografías del piso de Ramón y anotó la dirección de su casa en el bloc de notas. Después se subió a la moto y decidió volver a casa.

No tardó en estar de nuevo en la calle Molinos y aparcar la motocicleta a solo unos metros de su casa. Al entrar en el piso sintió que le rugían las tripas y se encerró en el baño unos segundos. Al bajarse la ropa interior, vio las bragas mojadas de un flujo rojizo.

—¡Joder! —exclamó Jimena. Le estaba bajando la regla.

Últimamente estaba demasiado centrada en el caso y se le había olvidado actualizar su calendario menstrual, por lo que no recibía avisos. Decidió ponerse una compresa, aunque usaba la copa menstrual. Necesitaba sentarse rápido frente a su escritorio y ponerse a trabajar. Tenía hambre, pero decidió que

eso sería un problema para más tarde.

Nada más sentarse frente al ordenador, sacó de su bolso la cajetilla de tabaco que había comprado esa mañana. Eso hizo que la culpa la devorara. La noche anterior no había estado a la altura. Se había regocijado en su dolor y se había mostrado, quizá, demasiado débil. Por eso había acabado bebiendo, después de cuatro años sin hacerlo, e incluso fumando. No estaba dispuesta a volver a alcoholizarse. Pero no le cabía tampoco duda de que volvería a fumar como una descosida. Lo había hecho todo el día. El tabaco le calmaba los nervios. Tendría que llamar a su terapeuta y volver a pedir cita. Aunque había decidido hacerlo en cuanto terminara la investigación. Tenía herramientas que en su vida no había tenido, pero eso no quitaba que fuera humana y que cometiera errores. Como ese mismo, que estaba caliente en sus labios y emitía un humo que le pedía a gritos que lo dejara.

Su teléfono vibró y vio que era un wasap de Gari.

Voy para tu casa, ¿estás ahí? Tengo cosas que contarte.

Con el cigarro entre los labios, Jimena contestó con un emoticono afirmativo y empezó a repasar la información del caso. Haber seguido a Ramón Aguilar le había dado un empujón y tenía que sentarse a analizar la información con la que ya contaba de los asesinatos. Repasó los informes de Fátima, que dejó a un lado del escritorio. Después los de Gari, que, como criminólogo, describía al detalle cómo habían aparecido ambos cuerpos. Le dio vueltas también a lo que ella misma había redactado, resumiendo sus notas y poniendo sus ideas en orden, donde teorizaba sobre los lugares y la posible conexión entre las víctimas. Por todos lados aparecía subrayada la palabra «medioambientalismo». Quizá se aferraban demasiado a una idea que, a simple vista, tenía sentido, pero que podía ir más allá. Encajaba con Ramón Aguilar, pero le daba miedo que buscaran un sospechoso con base en una teoría y no al revés. Lo que estaba claro es que esas pancartas, las tres que la miraban fotografiadas en su mural de trabajo, eran la clave para entender al asesino.

Si la primera era el gallipato y la segunda el sauce, ¿qué era la tercera? A Jimena que fuera el sauce tampoco le indicaba

nada especial sobre el asesino que no hubieran supuesto ya. De todos modos, encajaba por las aspirinas. Fátima le había prometido profundizar en el tema y Jimena deseaba que pudiera darle algo más que cuadrase esa información. Miró la fotografía de Miguel Alcázar, ¿quizá debía desechar ya esa idea? No había conexión entre él y Estrella; ni siquiera aparecía en las cámaras de seguridad en la zona. No tenía una coartada sólida, como podía pasarle a cualquiera que soliera dormir solo. Jimena se mordió el labio mientras empezaba a taconear en el suelo, entonces se dio cuenta de que ni siquiera se había quitado los botines para sentarse a trabajar.

Volvió a las pancartas y alcanzó el calendario publicitario del colegio de su hermana, que reposaba sobre el escritorio. Lo tomó entre las manos, alcanzó un bolígrafo y decidió apuntar en qué momento había aparecido cada elemento del crimen. Por un lado, la primera pancarta, que había sido justo cuando empezaba el año. Después, el cuerpo de Julián Alcázar, que había dejado a su familia vendida y vacía. Veía con toda claridad que al día siguiente del cuerpo tenían la segunda pancarta. Redondeó de nuevo el día en el que apareció Estrella Ramírez, como una muñeca de trapo abandonada en una de las calles comerciales más importantes de la ciudad. Ya solo le quedaba la tercera pancarta y vio que la periodicidad que había sugerido Gari se cumplía: entre los elementos de un mismo grupo había catorce días de diferencia; entre las pancartas, catorce días; entre los cuerpos, catorce días; entre los cuerpos y la pancarta, veinticuatro horas de diferencia. Esas veinticuatro horas permitían que quedaran siempre catorce días entre todos los elementos del crimen. Jimena anotó esa idea en su informe. En ese momento escuchó el timbre.

Seguidamente, abrió la puerta y se encontró con el criminólogo, que iba con ropa cómoda de estar por casa. Era un hombre que no se preocupaba demasiado en arreglarse. Jimena le indicó que pasara y vio que se sentaba en una silla junto al sofá.

—Le he dado vueltas y sí que son catorce días —comentó Jimena al ver que este se sentaba.

—Sí, ya te lo comenté, aunque no sé si nos dice demasiado

de los crímenes, Jimena —indicó él al tiempo que se encogía de hombros un tanto indiferente.

—Deberemos tenerlo en mente, quizá sí que sea relevante —añadió ella.

—Esto podría ser parte de su *modus operandi,* claro. Si es así…

—En cuatro días aparecería la tercera víctima —lo interrumpió Jimena, que ya se encendía un cigarro y comenzaba a dar vueltas por el salón.

—Hay que tener vigilado a Miguel Alcázar y a Ramón Aguilar. No me fío de ninguno de los dos. He leído el informe de Fátima y lo del adventismo… Hostia, Jimena, es que parece que estemos ante el psicópata que buscamos —comentó él con bastante convencimiento mientras se levantaba y se acercaba a ella.

—Pues si es así, hay que comunicárselo a Curro. Al menos, la temporalidad que hemos descubierto —añadió ella sin entender muy bien por qué Gari se quedaba a escasos centímetros del humo que exhalaba.

—Para eso tendríamos que comprobar la hipótesis, ¿no? Si en cuatro noches aparece la nueva víctima…, entonces está claro —contestó Gari con una mirada que iba directamente hacia sus labios.

Jimena se disculpó y se marchó al baño. Allí cerró la puerta y respiró. No podían seguir así porque esa tensión se los iba a comer vivos. Casi no podían concentrarse cuando debían estar, precisamente, profundizando en las teorías que tenían y no dejándose llevar por esa evidente atracción. Apretó los dientes cuando se percató de que ya no tenía un cenicero en el baño, como lo tenía la antigua Jimena, y dejó que la ceniza se fuera por el váter.

Salió de nuevo al pasillo y sintió que la tensión que existía entre ambos se había desvanecido. Se sorprendió al ver a Gari hurgar sobre su escritorio. Estaba encorvado y observaba los papeles que tenía Jimena.

—¿Qué haces? —le preguntó sorprendida.

Él se irguió rápidamente y se giró para mostrar también cierta sorpresa.

—Echaba un ojo a lo que tenías, por ponerme al día —respondió él rápidamente.

—Márchate, no tengo ganas de lidiar con esto —concluyó Jimena señalando la puerta.

Gari intentó disculparse y explicarse, pero Jimena no quería escucharlo. No es que le pareciera raro, sino, sencillamente, de mala educación. No tenían confianza como para que él fuera a su zona de trabajo y arramblara con ella. Así que cerró la puerta detrás del criminólogo y respiró.

Verdaderamente, ¿lo había echado de su casa porque lo había visto mirar entre los papeles o porque tenía miedo de no controlarse y llevárselo a la cama?

Capítulo 33

El sol matutino recibió a una Fátima llena de luz que proyectaba buena energía para la transferencia embrionaria. Recorría las calles del Albaicín a paso rápido mientras se aferraba a la bandolera donde guardaba su ordenador y disfrutaba de las vistas que le regalaba su barrio. Llevaba unas deportivas blancas que le había regalado Leónidas por Navidad y con las que sentía sus pisadas amortiguadas sobre el empedrado original de las callejuelas. Había escuchado que el Ayuntamiento tenía el proyecto de asfaltar todas las calles por donde condujeran vehículos y solo de pensarlo se ponía enferma. Como historiadora, que además trabajaba en cuestiones patrimoniales, le parecía un verdadero crimen pretender quitar las piedras que caracterizaban el suelo del Albaicín. Parecía que el Ayuntamiento también argumentaba que haría más fácil el tránsito a pie. Fátima se reía ante esas razones, sobre todo en ese momento en el que estrenaba unas deportivas que hacían el paseo que tenía que hacer más que cómodo.

Conforme cruzaba Plaza Larga, recordó un trabajo que hizo al estudiar el grado en la Universidad de Granada. Esa plaza peculiar se constituía como centro neurálgico del barrio, pues no solo contaba con tres bares y una pastelería, sino también con una droguería, una tienda de desavíos para objetos cotidianos y otra de telefonía. También era el lugar donde se instalaba un mercado de fruta y verdura un día a la semana y donde los residentes se reunían para beber cerveza.

—Buenos días —saludó Fátima al dueño de uno de los bares, un magrebí con el que tenía amistad desde hacía años.

—Fátima, ¡qué bien te veo! ¡La niña de mis ojos! —le contestó el hombre con otra sonrisa.

Ese día la historiadora sentía que estaba repleta de vida. Probablemente porque esa tarde llevarían a cabo la

transferencia embrionaria y quería tener buena energía para ese momento. No la asustaba en absoluto, ya lo habían intentado una vez antes. La inseminación artificial ni siquiera estuvo en la mesa como propuesta de entrada, pues tras hacerle un estudio a Fátima habían concluido que sería difícil que se quedara embarazada y no merecía la pena someter su cuerpo a más estrés. Así que no estaba nerviosa, solo deseaba que llegara el momento y sentir la mano de Leónidas apretando la suya conforme la dormían.

Recorrió las calles arteriales del Albaicín, hasta que llegó a la Cuesta del Chápiz. Conocía de sobra el Archivo Municipal, que era el lugar al que se dirigía. Había pedido cita la mañana anterior, nada más volver de Sevilla. Necesitaba indagar sobre el sauce y su presencia en la ciudad. Algo le decía que ahí podía estar la clave de la investigación. La teoría medioambientalista cada vez ganaba más seguidores incluso dentro de la policía, y el propio Leónidas, que se había sentado con ella la noche anterior y le había recomendado que profundizara en ella. Los elementos señalaban hacia esa posibilidad. Si establecían el motivo, probablemente sería más fácil cercar al asesino.

Conforme bajaba la Cuesta del Chápiz, que no era empinada, pero sí larga y serpenteante, tuvo que salir a la carretera y pasar junto a los coches que bajaban y subían porque la acera era demasiado estrecha. Eso eran los detalles que no le gustaban del Albaicín, ciertos instantes en los que el barrio se le antojaba incómodo. Ya no solo por las pendientes, donde la falta de aire en los pulmones estaba a la orden del día, sino también porque era un barrio que no estaba preparado para que transitaran vehículos y eso quitaba posibilidades a los transeúntes que caminaban; incluso a los turistas que a menudo pasaban días enteros recorriendo sus calles. Así que, a la vez que bajaba, tuvo cuidado de tener ojo sobre dónde pisaba.

Divisó el carmen de los Córdova, que había sido un palacio cuya localización había cambiado en el siglo XX. Primero porque fue demolido y después porque, tras una pelea del alcalde, se había quedado en Granada y había sido

reconstruido en su ubicación actual. Querían trasladarlo a Córdoba, lo que a Fátima se le antojaba absurdo. Por suerte, esa lucha había concluido con su reconstrucción en otro lugar, donde desde entonces se erigía no solo como monumento sino como edificio institucional. Allí, en la segunda planta, se albergaba el Archivo Municipal.

Fátima se adentró por su portón de madera, que estaba abierto y preparado para recibir la horda de turistas que ese día recorrerían sus jardines. Se adentró en el camino de cipreses que desembocaban en el palacio. Ese paseo era característico del carmen de los Córdova y a Fátima siempre le recordaba a las mañanas que había pasado en el Archivo Municipal de la ciudad. También los muros, repletos de enredaderas de hiedra que se hacían con los arcos. Incluso su suelo empedrado, blanco y gris. Le encantaba ese lugar, a pesar de no ser el carmen de la ciudad que tuviera mejores jardines.

—Buenos días, vengo al archivo. Tengo cita —saludó Fátima al vigilante de seguridad que custodiaba las puertas del edificio.

—Pase, segunda planta —respondió este antes de girarse y salir a andar por los jardines.

Fátima sintió el frescor que guardaban los muros del palacio y se adentró en el patio central del edificio. Era pequeño y tampoco era un bien de alto interés patrimonial por su reconstrucción. Había varias hortensias de invierno que flanqueaban el patio y que se encontraban a los pies de las columnas que bordeaban la planta baja. Fátima tomó las escaleras de madera que subían a la segunda planta y recorrió el pasillo, que hacía un cuadrado, y que la llevarían hasta el archivo. A la izquierda de la puerta, se encontró con una exposición temporal de mapas de la ciudad. Observó su evolución en los siglos que estaban cartografiados y sonrió. Le encantaba ese lugar, escondía los grandes secretos de Granada.

—Buenos días —susurró después de abrir la puerta del archivo.

—Buenos días, ¿Fátima Suárez? —le preguntó la funcionaria, que era una mujer amable y que todo el rato sonreía.

No recordaba a la historiadora, pues por allí cada día pasaban varias personas. Pero Fátima la recordaba a la perfección. Siempre la había ayudado si se le hacía cuesta arriba un documento en mal estado, e incluso le había sacado archivos que no se recomendaba sacar por su deterioro.

—Sí, soy yo —Fátima se acercó a la primera mesa que vio.

—Estás de suerte, porque hoy no viene nadie más. Así que puedo ayudarte en lo que necesites. Te voy a ir sacando archivos ya porque he visto que has pedido diecisiete documentos, ¿no? Son muchos, a ver si nos da tiempo a que los leas todos —comentó la funcionaria antes de salir de la sala principal y adentrarse por una puerta que quedaba a la espalda de Fátima. Allí era donde verdaderamente comenzaba la locura del archivo, pero la historiadora nunca había podido pasar.

Mientras esperaba, observó el techo de madera que había sobre ella. Estaba abuhardillado y tenía detalles de ebanistería. Había varias lámparas con luz de ambiente que creaban una tranquilidad que facilitaba el estudio. Delante de ella quedaban varias estanterías, y a la derecha unos arcos que comunicaban con otra zona del archivo donde tampoco había pasado nunca. En realidad, la sala de estudio era pequeña y contaba con dos grandes mesas de madera que tenían sus propios flexos.

—Bueno, a ver. Esto fue lo que indicaste ayer por *email*. Te voy a sacar primero este documento, de 1973. Es un acta del Ayuntamiento de Granada. Te pido, aunque ya lo sabes, que utilices guantes. Sobre la mesa tienes dos tallas así que la que te vaya mejor. Puedes tomar las fotografías que quieras, sin *flash*, eso sí. Cuando termines, avísame, me dices cuántas fotografías has tomado y te traigo el siguiente, ¿sí? Lo de las fotos es por estadística —le explicó con una sonrisa.

Fátima había estado allí mismo hacía pocas semanas así que recordaba el protocolo a la perfección. Se puso unos guantes de su talla y cogió el primer documento. La funcionaria le entregó también un justificante, como haría con cada archivo que había pedido. Así quedaba constancia de que lo había podido revisar.

Las primeras horas fueron un tanto soporíferas. Tuvo que salir varias veces a tomar el aire, pues se le cansaba la vista de

leer en castellano antiguo. Algunos documentos, además, estaban bien conservados y otros, prácticamente ilegibles. La letra de quien los había escrito también era determinante para que le dedicara más o menos tiempo. Al final, siempre se cansaba y necesitaba hacer descansos. La funcionaria iba trayendo uno tras otro. Llegó un momento en el que la palabra sauce comenzó a antojársele irritante. Pero Fátima estaba convencida de que no se iría de allí sin una respuesta.

Después del segundo descanso, hubo un documento que despertó su interés. Hablaba de la flora y fauna de la ciudad y mencionaba al gallipato. No solo había solicitado cualquier documento que contuviera la palabra «sauce» que encajara en sus búsquedas, sino también aquellos donde coincidiera el gallipato y el sauce. Estaba ante el primer documento que cumplía ese requisito. Era bastante gordo, pues se trataba de un estudio de un especialista que se aportó a un debate en el Ayuntamiento hacía dos siglos. La letra era legible, lo que le facilitaba la tarea. Hubo alusiones a la flora y la fauna de una zona de la ciudad que despertó su interés.

De pronto, ahí lo tenía. No podía creerlo. Se levantó emocionada y se acercó a la funcionaria, que trabajaba en la mesa de recepción del archivo.

—Perdona, ¿sería posible que me sacaras el cuarto y séptimo documento de nuevo? Creo que se me pasó algo por alto —le pidió Fátima tendiéndole los justificantes.

—Eh…, claro, dame un momento —le indicó antes de levantarse y acercarse a la puerta que quedaba tras Fátima—. ¡Juan! ¿Has guardado ya lo de esta chica? Lo necesita otra vez.

Después desapareció dentro de esa sala y Fátima volvió corriendo al archivo que tenía sobre esa mesa. Necesitaba comprobar lo que le había parecido ver con anterioridad. Sin embargo, antes solo se mencionaba el sauce. En esos momentos encontraba la mención de ambos elementos en la misma zona de la ciudad.

La funcionaria volvió con los dos documentos que le había solicitado Fátima.

—Aquí los tienes.

—¿Sería posible que me sacaras el siguiente de…, espera…,

sí, el acta de obra de la vivienda setenta y cuatro de 1892? —le preguntó Fátima.

—Solo dejamos un documento por revisión. Por seguridad —le explicó la funcionaria.

—Será solo un momento, es que necesito hacer una comparativa. Por favor —suplicó Fátima recogiéndose el pelo rubio ceniza en una coleta.

—Está bien, pero me quedaré aquí contigo.

La historiadora sonrió y se subió la cremallera del forro polar que llevaba puesto. Cuando la funcionaria volvió, se levantó y tuvo los cuatro documentos abiertos delante de ella. Buscó en los dos anteriores las referencias que recordaba y los fotografió. Después, se centró tanto en el que leía como el nuevo que le habían facilitado, movió las páginas con cuidado hasta dar con lo que buscaba.

—No me lo puedo creer —murmuró—. ¿Cómo no he caído antes?

Pensó en las frases de las pancartas y sonrió. Lo tenía delante de sí. Lo habían tenido desde el primer día y no habían sido capaces de verlo. Que el primer cuerpo apareciera en un sitio determinado no era una casualidad. Era un indicativo. El segundo cuerpo era más difícil, pero… ¿el primero? Y el sauce y el gallipato. Eran dos elementos característicos de aquello que brillaba escrito, en diferentes siglos, por diferentes personas, delante de sus ojos.

—¿Qué ocurre? —le preguntó la funcionaria sorprendida.

—El río Darro, eso es lo que ocurre.

Esa era la maldita conexión entre los elementos que se habían utilizado para asesinar y dónde aparecían los cuerpos. El río Darro. Allí había aparecido el primer cuerpo, a la orilla del agua. El gallipato formaba parte de la fauna típica del río Darro, al igual que el sauce como flora. Sonrió y volvió a repetir:

—Es el río Darro. Esa es la conexión.

Capítulo 34

—Buenos días, preciosa.

La voz grave de Leónidas envolvió la estancia, recorrió cada centímetro de la piel de Fátima y se abrió paso por sus entrañas. Notó su mano, cálida y familiar, sobre la pierna derecha y sonrió. Empezó a abrir los ojos lentamente y se encontró con los ojos azules penetrantes de él, que la recorrían con cariño y deseo. Había dormido toda la noche sin interferencias. Soñó con la noticia que esperaba que le dieran de que estaba embarazada y esa segunda vez sí que había funcionado. Removió las piernas bajo las mantas, que la arropaban del duro invierno que se colaba entre aquellos muros.

—Necesito ir al baño un momento —fue lo primero que articuló Fátima cuando sus ojos ya se habían acostumbrado a la luz.

—Del baño a la cama, ya lo sabes. Solo estas primeras veinticuatro horas —contestó él antes de plantarle un beso en la sien.

Fátima salió de la cama lentamente, como si sintiera que su cuerpo pudiera romperse. No la habían anestesiado el día anterior, pues no era necesario para un procedimiento sencillo como la transferencia embrionaria. Conforme se sentaba en el váter y vaciaba la vejiga, pensó en las luces titilantes del techo de la clínica de fertilidad. Se le antojaban vacías y carentes de vida. Así se había sentido desde que comenzara el primer tratamiento de fertilidad, pues sabía que aquellas salas habían recibido las decepciones y alegrías de cientos de mujeres. Conforme le abrían las piernas y le pedían que se relajase, se aferró a la promesa de ser una de esas mujeres que salían sonrientes de la clínica y que nueve meses después paseaban por delante de la puerta con un carrito.

Al pasarse un papel para limpiarse, decidió mirarlo por

recomendación médica. Además de flujo, encontró también un poco de sangre rosácea. La habían advertido de que eso no era importante, pues a veces se rozaba la cérvix al transferir los embriones y eso provocaba un ligerísimo sangrado que consistía en unas cuantas manchas. Tiró el papel a la papelera, bajó la tapa del váter y volvió a subir las escaleras que la llevarían de vuelta al dormitorio. Maldijo esas escaleras estrechas del demonio, ¡ojalá Leónidas se las hubiera planteado antes de comprar aquella pequeña casa acogedora!

—¿Qué te apetece desayunar, cariño? Te lo preparo antes de marcharme —le preguntó Leónidas.

Fátima se fijó en que ya estaba vestido para ir al trabajo. Sonrió con dulzura al ver lo bien que le quedaba la camisa blanca bajo esa americana negra. También se dio cuenta de que la corbata que llevaba era de color escarlata, como la sangre. Le gustaba cómo combinaba los colores, sin duda era un hombre con mucho carisma.

—Yo creo que unas tostadas con mermelada me las merezco —repuso ella entre sonrisas.

—Marchando para la niña unas tostadas con mermelada.

Leónidas bajó las escaleras todavía entre risas de ambos. Esta se metió entre las mantas, subió la almohada y se reacomodó en la cama. Se percató de que Leónidas había corrido las cortinas y subido la persiana. Se movió con cuidado para abrir la ventana también, que quedaba frente a la cama. Entonces volvió a meterse entre las sábanas y observó que él había dejado sobre la mesita de noche varios de los libros que estaba leyendo.

Se sintió sumamente afortunada por contar con Leónidas en su vida. Valoraba su madurez, sus experiencias vitales y que la amara como era. Adoraba los pequeños detalles que tenía con ella en el día a día y sabía que ese hijo que iban a tener juntos tendría una gran vida con dos padres que se amaban con tanta intensidad. Le gustaba también que fuera una intensidad medida, probablemente fruto de la edad de Leónidas y de que tenía muchas más experiencias en relaciones que ella. A veces se sentía insegura con él, pues sabía que era un hombre que llamaba la atención allá donde pisaba. Ya no solo porque era

inteligentísimo y un erudito en su campo de estudio, sino por su carisma arrollador. Era un hombre sociable, que le gustaba entablar tanto conversaciones profundas como banales; pero también un hombre que flirteaba de manera innata sin darse cuenta. Fátima había aprendido a convivir con el hecho de que muchas mujeres, la mayoría cercanas a la edad de Leónidas, se fijaran en él.

—Mm…, qué bien huele eso que me traes —musitó ella con otra de sus sonrisas.

—Solo para ti. Entonces, ¿quieres contarme qué hiciste ayer por la mañana? En la clínica no tuvimos tiempo de ponernos al día y me encantaría saber qué ronda en tu mente hoy —le preguntó haciéndose un hueco a su lado en la cama.

—Estuve en el archivo… No vas a creértelo, Leónidas. Creo que he descifrado la conexión entre los elementos de los asesinatos, el gallipato y el sauce. Además del lugar donde aparecieron ambas víctimas. ¡Es el río Darro! ¡O la cuenca del río Darro, vaya! —exclamó emocionada antes de darle un bocado a la tostada de mermelada que tenía frente a ella.

A Leónidas le cambió la cara. Fátima sintió que su energía cambiaba. De pronto, le brillaron los ojos tanto como a ella y la abrazó emocionado. Fátima se rio y debió hacer malabares para que la comida no se desperdigara por la cama.

—Joder, sabía que estabas preparada para esto. Me alegra que te venga bien, porque se te ve muy motivada y feliz. Entonces, el río Darro. ¿Y qué más? Eso refuerza la teoría medioambientalista, ¿no? Creo que deberías investigar sobre los manantiales de Sierra Nevada que desembocan en la cuenca del Darro. Reforzaría la hipótesis que ya elaboras, ¿quizá? Imagino que el sauce y el gallipato son típicos del Darro. Pero ¿de qué más zonas? Como te digo, la flora y fauna debe estar compartida, en parte, con Sierra Nevada.

Leónidas gesticulaba, casi como si diera una clase en la universidad. Fátima no pudo evitar sonreír y abrazarse a su torso; sintió que se le atragantaba el último bocado que le había dado a la tostada. Le gustaba verlo tan motivado y, especialmente, compartiendo con ella esa investigación y empujándola a volar.

—Claro. Me he venido muy arriba con el tema del Darro y he olvidado que debe haber zonas que compartan esa flora y fauna. ¡Genial! Gracias, amor —susurró ella, todavía abrazada a su cintura.

—Yo tengo que dejarte. Además, tu equipo tiene que estar al llegar, son las ocho y media —convino Leónidas antes de besarla.

—Aquí te espero, no creo que me mueva de la cama. —Fátima se rio.

Él se despidió desde las escaleras con una sonrisa. La historiadora sonrió de vuelta, deseosa de tenerlo cuanto antes de regreso. Probablemente eran las hormonas las que provocaban que fuera tan emocional de un momento a otro. También la alegría y la expectativa de saber si finalmente estaba embarazada. Debía aferrarse a la idea de que así fuera para no venirse abajo. En eso Leónidas podía ayudarla, pues él siempre había sido muy positivo durante ese proceso y un gran apoyo.

Escuchó cómo abría la puerta abajo y saludaba a Jimena y Gari. Desde donde estaba, Fátima podía sentir que Jimena estaba molesta. Ya sabía que a la periodista no le gustaba madrugar y esa mañana lo habría hecho para presentarse en el Albaicín a esas horas tempranas. Escuchó también cómo subían las escaleras hacia el dormitorio. Fátima comprobó que Leónidas había dejado dos sillas allí arriba, entre el hueco de la escalera y la pared de la ventana. Así podrían sentarse.

—Pero bueno, mira qué bien estás ahí —dijo Jimena con una sonrisa en cuanto se adentró en el dormitorio. Seguidamente, se acercó a ella y le dio un beso en la frente.

Fátima la miró con dulzura. Jimena y ella habían derribado el muro que las separaba y la energía fluía entre ellas, lo que producía descargas que a Fátima le recordaban a otros instantes en su vida en los que había ganado una gran amiga. La periodista llevaba un vestido floral de manga larga, con unos leotardos negros y sus botines de tacón. Nunca se separaba de ellos. Llevaba el pelo castaño recogido en un moño despeinado y se notaba que tenía unas ojeras prominentes que indicaban que llevaba varios días sin descansar. La historiadora

se preguntó si habría seguido bebiendo como hacía unos días en Sevilla.

—Buenos días, Fátima. ¿Cómo estás? —le preguntó Gari mientras se sentaba en una silla junto a Jimena.

El criminólogo se le antojó demasiado externo a la situación, casi como si sobrara en esa imagen. Se pasaba las manos por los vaqueros oscuros que llevaba y se sentó con las piernas abiertas, ocupando gran parte del espacio que había para él y Jimena. También tenía ojeras, lo que venía a ser habitual en él. Fátima se preguntó si habrían salido de vinos juntos. No sabía qué se traían entre ellos, pero podía sentir una atracción extraña entre ambos.

—Bien. La transferencia embrionaria es un proceso sencillo. Ahora solo queda esperar a recibir una noticia positiva —contestó ella sonriente.

—Te veo genial y…, uf, Leónidas. No me habías dicho que estuviera tan bueno. Es guapísimo. —Jimena se rio.

Fátima observó a Gari, que no parecía querer reaccionar ante ese comentario.

—Os agradezco que hayáis venido hasta mi casa para hablar en persona. No quería contaros esto por teléfono por…, pues no sé por qué, la verdad. En fin, que ayer estuve en el archivo por la mañana. ¿Sabéis qué lugar tiene sauce y gallipatos? El río Darro. En realidad, la cuenca del río Darro en sí. En el río apareció el primer cadáver. Y también el segundo —explicó Fátima y arqueó las cejas a la expectativa de las respuestas de sus compañeros.

—¿El segundo? No puede ser, el segundo estaba en la calle, delante de la puerta de El Corte Inglés —contestó Gari extrañado.

—No. El río Darro pasa por debajo de ese sitio —se adelantó Jimena—. ¡¡Joder, Fátima!! ¡Es cierto! Esa es la conexión. —La periodista se levantó emocionada conforme procesaba la información.

—Es una teoría, por supuesto. Pero el primer cuerpo aparece directamente en la orilla del río. El segundo, sobre el propio río; pues, como ha dicho Jimena, transita por abajo. El gallipato y el sauce… Es que es blanco y en botella —razonó

Fátima a la vez que se removía también en la cama emocionada.

—«Ha movido imperios y no es la fe» —Gari repitió la frase de la tercera pancarta en voz alta.

Jimena y Fátima se miraron unos segundos. Los suficientes para que afirmaran con la cabeza y Fátima respondiera:

—Es el oro. ¡Esa es la más fácil de todas! El río Darro se llamaba Dauro originalmente porque en él había oro. De hecho, todavía es posible encontrar oro hoy entre sus piedras. Lascas, eso sí. Y quizá te pasas tres días para encontrar una. No me lo puedo creer, alucino —expuso Fátima apretando los ojos y sonriéndole a Jimena.

Miró a Gari, que seguía indiferente y parecía sentirse fuera de lugar en aquel pequeño dormitorio donde tantas cosas ocurrían a la vez.

—Dauro es oro en latín, sí. Y sí. Dios, esto es buenísimo, ¡Fátima! —volvió a exclamar Jimena emocionada.

—Eso reforzaría la teoría medioambientalista. Solo nos quedaría vincularla con Ramón Aguilar, que es nuestro sospechoso actual —añadió Gari mientras empezaba a tomar notas de la conversación.

—No hace falta. Tenemos la conexión. Pertenece a una religión minoritaria, el adventismo del séptimo día. Además, tiene un Audi A5 blanco —respondió Jimena.

—Lo sé, lo leí en el informe de Fátima. Muy detallado, por cierto. Me gustó —comentó él guiñándole el ojo de manera amistosa—. Sobre el coche de Ramón, es importante anotar ese detalle. Aunque es posible que lo que tomara el asesino para dejar la pancarta fuera un taxi.

—Así es. Son todo cavilaciones que, de momento, no están demostradas. Pero creo que es un camino —sugirió Fátima sonriente, de nuevo.

—Hay algo más que descubrimos nosotros, Fátima. Bueno, yo. Y Gari lo apoya. Parece que hay catorce días entre que aparecen los cuerpos y las pancartas. Justo con un día de diferencia entre ambos. Es decir, el día uno aparece una pancarta y el catorce, otra. Lo mismo con las víctimas. De nuevo, una teoría. Necesitaríamos más hechos para verificarla,

pero… la pancarta es un aviso y a los trece días, justo catorce desde la víctima anterior, encontramos otro cuerpo. —Jimena se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación.

A Fátima no se le había ocurrido esa idea y, en cuestión de segundos, pudo comprobarla en la mente. Las fechas encajaban y la periodicidad parecía esa. No sabía qué significaba eso, pues prefería centrarse en trabajar como historiadora y traer a la mesa ideas como las del río Darro. Pero, sin duda, parecía una hipótesis más que coherente que se podía comprobar mediante los hechos.

—Chicas, ahora tenemos la cuenca del Darro, la idea de los catorce días, la teoría medioambientalista…; todo eso está genial. Pero hace falta que hagamos dos cosas. Una, comunicárselo a la policía. De eso se encarga Jimena. Dos, cercar el perfil del asesino. Con esta información yo puedo ponerme a trabajar. Todo son especulaciones, eso sí. Pero si tuviéramos manera de comprobar que nuestra hipótesis es cierta… —Gari dejó esas últimas palabras suspendidas en el aire.

—Claro que podemos. Si no nos equivocamos…, en dos días aparecería la tercera víctima. Que debe ser alguien que lleve bajo secuestro quién sabe cuánto tiempo. La policía comprobó que Estrella Ramírez llevaba desaparecida más de cinco días, pues su entorno no sabía nada de ella y era extraño. Así que…, si aparece un cuerpo en dos días, estaremos en lo cierto —afirmó Jimena con rotundidad.

—Y si tiene oro en el cuerpo. Porque si lo tiene…, oro, gallipato y sauce…, río Darro. Lo mismo que si aparece en algún lugar por donde transcurra —añadió Fátima afirmando con la cabeza.

—Espero que no estemos en lo cierto, lo último que necesitamos es otra víctima más. —Gari suspiró con fuerza tras decir esas palabras.

A Fátima se le grabaron en la mente. Para ella no era cuestión de necesitar, sino de que le resultaba terrible afrontar otro asesinato y otra muerte injusta. Estudió a Gari en silencio, ¿por qué a veces parecía una máquina sin emociones? Ese hombre le resultaba demasiado extraño.

Capítulo 35

La calle San Matías brillaba bastante solitaria aquella noche, a pesar de que las farolas desprendían una luz que la hacía parecer viva. Esa calle había sido parte del antiguo arrabal islámico y se constituyó en XVI como una de las arterias principales de la ciudad, que enlazaba el centro con la periferia urbana. Se había llenado rápidamente de fundaciones aristocráticas, reales, imperiales y religiosas. De ahí que, conforme Jimena descendía la cuesta, se encontrara con algunos monumentos emblemáticos de la ciudad. Ese era uno de los motivos por los que le gustaba su barrio, estaba repleto de esquinas monumentales llenas de magia. Además, se encontraba en el centro y sus calles principales eran llanas, lo que hacía que el Realejo fuera un lugar cómodo para vivir.

Pronto estuvo en la Plaza de Mariana Pineda y frenó sus pasos unos minutos. Ya no solía recorrer esa zona como antaño. Trabajaba en un periódico, el *Granada Actual,* que tenía sus oficinas allí mismo. Vio el Café Fútbol, donde solía desayunar con su excompañera de trabajo. Habían pasado cuatro años desde que la despidieran y comenzara su nueva andadura profesional. No extrañaba, en absoluto, trabajar un periódico de poca monta donde el jefe se adaptaba a las nuevas corrientes sin replantearse hacia dónde llevaba su empresa. De hecho, no extrañaba en absoluto el monumento de Marina Pineda, que durante años miraba con frustración desde la ventana de su antigua oficina.

Nada más poner un pie en la plaza sonrió. Era una de las primeras veces que tomaba algo en ese lugar sin estar atada a su trabajo en aquel periódico. Había tardado cuatro años en hacer las paces con ese sitio. Probablemente porque también le traía recuerdos amargos de su familia, ya que solían quedar los domingos a comer en una calle que desembocaba en Mariana Pineda, Ángel Ganivet. Jimena se giró y estudió esa avenida

ancha donde se agrupaban los jóvenes y los adultos adinerados de la ciudad para cenar. Sonrió con cierto orgullo, pues ya no tenía que sentarse a comer en el restaurante de siempre con su familia. Estaba mucho más feliz que entonces, eligiendo hacia dónde iba su vida y sin estar sometida al juicio de su madre.

Se encendió un cigarro y echó a caminar hacia al bar donde había quedado con su hermana mayor. Carmina no era mucho de bares y solían verse para cenar. Pero esa noche había sido ella misma la que le había propuesto que se vieran después de la cena para tomar unas cervezas. Jimena se adentró en la Premier, una sala que estaba ambientada en *El señor de los anillos* y *Asesinato en el Orient Express*. No puedo evitar sonreír, conforme apagaba el cigarro en la puerta, pensando en lo irónico que era que fuera a tomarse algo en una sala ambientaba en un libro de asesinatos. Subió las escaleras de madera, escuchando cómo sonaban sus tacones, y empujó la puerta que daba acceso al bar.

Nada más adentrarse, notó cómo la azotaba una corriente de aire caliente. Se deshizo de su abrigo de pluma y también del jersey de lana que llevaba debajo, para quedarse en una camiseta de tirantes blanca y con sus vaqueros oscuros. Barrió la estancia y no divisó a Carmina. Esa noche no estarían solas, pues Miguel Alcázar la acompañaba. Jimena sabía, de buena tinta, que si Carmina le había propuesto que se vieran en un bar no había sido por iniciativa propia. No sabía cómo se sentía al tener que enfrentarse a un encuentro informal, prácticamente familiar, con Miguel Alcázar. No se fiaba de él del todo, pero sabía que la investigación cada vez se alejaba más de considerarlo el sospechoso central.

Pidió una cerveza sin alcohol en la barra, la pagó y después se dirigió al vagón del Orient Express. Ahí divisó la cabellera rubia de Carmina, que llevaba suelta y ondulada. Estaba de espaldas, por lo que, al acercarse a la mesa, sus ojos se cruzaron con los verdes de Miguel. Este la saludó con una sonrisa que denotaba poca amistad y Jimena ni siquiera respondió al gesto. Enseguida, Carmina se giró y se levantó sonriente. Se le adelantó Hugo, que estaba a su lado y corrió hacia su tía con los brazos abiertos.

—¡Hola, mi amor! —exclamó Jimena mientras lo cogía en brazos.

—¡Tita! ¡Esta es Lucía! ¡Es una amiga nueva! —contestó el niño sonriente.

Jimena bajó a su sobrino al suelo y vio que este volvía a la mesa. Sus andares le recordaban a Mario, el padre, y tuvo que contener los pensamientos intrusivos que se le cruzaron por la cabeza y que la remontaban a aquel pasado oscuro.

—¡Jime! Te veo bien —le susurró su hermana al oído al abrazarla. Jimena se dio cuenta de que se refería a la bebida sin alcohol que llevaba en la mano—. Ven, te presento a Lucía. Es la hija de Miguel.

Jimena saludó a Miguel sin siquiera tenderle la mano, aunque sí que lo hizo con su hija. Era una niña morena, de ojos claros, que parecía tener más o menos la misma edad que Hugo. Llevaba el pelo recogido en dos coletas y sonreía al mismo tiempo que dibujaba en un folio con su sobrino. Evidentemente, habían hecho buenas migas. Recordó que Miguel estaba divorciado y que de ese matrimonio había tenido a Lucía. Llevaba demasiados días sin pensar en él, pues la investigación iba en una dirección diferente.

—Jimena, quería disculparme por lo que ocurrió ese día. Estaba muy nervioso y tenía a la policía detrás. No han dejado de interrogarme y…, bueno, sigo un poco de los nervios. He contratado a uno de los mejores abogados penalistas de la ciudad. Pienso desplumar a la policía por daños y perjuicios, todo esto afecta a mis restaurantes —se disculpó él en cuanto la periodista alcanzó un taburete y se sentó.

—¿Cómo es posible que la policía se fijara en Miguel? —le preguntó Carmina cogiéndola de una mano.

Jimena suspiró mientras buscaba cómo responder a esa pregunta. No podía hablar de nada que estuviera relacionado con la investigación, y mucho menos si Miguel era uno de los sospechosos de la policía. A la vez que le daba vueltas se fijó en la decoración del bar. Había estado varias veces en esa sala y siempre se sentía acogida por sus sillones de terciopelo rojo y sus mesas de madera. A pesar de ser un sitio donde se bebía y no se comía, había un olor dulzón que probablemente provenía

de la moqueta y los tejidos que la adornaban.

—Es posible que la policía quisiera presionar mediáticamente para que la ciudadanía culpara a Miguel y fuera más fácil detenerlo con pocas pruebas. No sé, en las investigaciones policiales hay muchas complejidades que no comprendemos —terció Jimena antes de darle un trago a esa cerveza insulsa sin alcohol.

Lo que verdaderamente le apetecía era una copa de vino blanco, sobre todo si tenía que compartir mesa con Miguel y no tener espacio para hablar con sinceridad con su hermana mayor. Aun así, se contuvo. No quería dejarse llevar como había hecho en Sevilla. Le daba pena no poder contárselo a Carmina, pero no estaba dispuesta a hablar delante de Miguel de sus problemas personales.

—Bueno, a mí me gustaría saber cómo va tu vida personal. Dejemos el tema de la investigación aparte. ¿Te parece, cariño? —le propuso Carmina a Miguel después de dirigirse a su hermana.

Jimena intentó mantener conversaciones banales con Carmina y Miguel. No dejó de sorprenderse al darse cuenta de que ambos ya se relacionaban de manera más seria. De hecho, había pasado un mes y algo desde que se acercaran, y ya estaban en una mesa con sus hijos sentados y conociéndose entre ellos. La periodista conocía a su hermana mayor y sabía que necesitaba tiempo. Probablemente Hugo creía que Miguel era un amigo de Carmina con el que pasaba algunas tardes. Aun así, Jimena tenía que procesar que Miguel fuera su cuñado y que tuviera que aguantarlo a largo plazo.

Este les habló de sus restaurantes; se quejaba de que cada vez todo estaba más caro y no era capaz de subir los precios por miedo a que sus clientes protestaran. Jimena decidió dejar que él y Carmina interactuaran, aburrida por escuchar a un hombre al que le sobraba el dinero quejarse de perder unos cuantos duros en el restaurante. Ni siquiera era que perdiera dinero, sino que dejaba de ganar como antes. Su hermana, por su parte, hablaba del centro Virgen del Carmen y de la semana cultural que se acercaba y ya estaba organizada.

Cuando le llegó el turno a la periodista de contar las

novedades que había en su vida, decidió hablar de Fátima y de que se habían hecho amigas. Puso un poco al día a Carmina sobre quién era la historiadora y lo que ocurría en su vida. Y también relató que era conocedora de que ella era un bebé robado y era algo que las unía. La propia Jimena se sorprendió al darse cuenta de que había decidido priorizar su amistad con Fátima a la hora de hablar en esa conversación.

—Pues, hablando de ese tema, me llamó ayer mamá. Pero le dije que no quiero verla y que deje de llamarme —expuso, de pronto, Carmina.

Jimena sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo y echó una ojeada rápida a Hugo. Estaba inmerso en una conversación con Lucía y jugaban al tres en raya sobre la mesa. No parecía escuchar las palabras de su madre. Miguel cogió a Carmina de la mano y se la apretó con cariño.

—Imagino que Miguel sabe de qué hablamos, ¿no? —añadió Jimena.

—Sí, no te preocupes.

—No quiero escuchar nada sobre mamá, Carmina. Para mí está muerta y ha pasado a otra vida. Honestamente, después de todo…, es que solo pensar en ella me desestabiliza —explicó la periodista antes de apartar su cerveza, que ya estaba vacía.

—Lo sé. Solo quería que lo supieras. Yo no pienso retomar la relación con nuestros padres… No tienen perdón. Sí lo tiene, y por eso yo los perdono. Pero perdonar no significa olvidar ni hacer como si nada —se corrigió a sí misma Carmina.

—Bueno…, hemos pasado un buen rato. Yo tengo que marcharme. Hay bastante curro sobre mi mesa y, ya sabéis…, el asesino no se coge solo —soltó Jimena. Se sintió incómoda cuando se dio cuenta de que Miguel podía sentirse aludido.

Se despidió de su hermana y de Hugo con un abrazo, y desde la lejanía de Miguel y Lucía. Después salió a paso rápido de la sala y alcanzó su teléfono móvil en el fondo del bolso. Era casi medianoche y había quedado a las doce en punto en su piso con Gari y Fátima. Necesitaban comprobar si la teoría de los catorce días era cierta. De serlo, esa misma madrugada aparecería la tercera víctima.

Conforme subía la calle San Matías, de vuelta al Realejo, y

en dirección a su casa, pensó en esto último. Estaban a escasas horas de saber si la hipótesis temporal que habían marcado era cierta. También, si aparecía un nuevo cuerpo, podrían saber si el Darro era la conexión tanto por el oro, que debería encontrarse de alguna manera en la escena del crimen o la víctima, como por el lugar donde apareciera el cuerpo. Jimena solo deseaba que pasara esa noche. Llevaba dándole vueltas a la hipótesis desde que visitaron a Fátima dos días atrás. Había intentado comunicárselo a Curro, que prácticamente había desechado sus ideas, además de calificarla como una inútil que hacía que perdiera el tiempo. Así que había decidido que ella, Gari y Fátima seguirían adelante con esa hipótesis. Y esa noche sería el momento de comprobar si realmente eran esos inútiles que le había dicho Curro.

A lo lejos divisó en la puerta de su piso a Fátima y Gari esperándola. Los saludó con una sonrisa efímera y los invitó a pasar junto a ella. Subieron en el ascensor, con un silencio incómodo a su alrededor. Jimena pensaba en lo que ocurriría esa noche, a la vez que le daba ciertas vueltas a que su madre intentara conectar con Carmina. No podía permitirse perder a su hermana. Esta le había demostrado que sacaba las garras por ella, a pesar de saber que ni siquiera compartían sangre. Esperaba no perderla, pues no se imaginaba cómo sería su vida sin nadie de su familia a su lado.

—Poneos cómodos, nos queda una noche larga —indicó Jimena después de abrir la puerta del piso. Enseguida encendió las luces del salón.

Pronto, Gari se hizo con un lado del sofá y anunció que cerraría los ojos un rato. Jimena lo observó dormitar, se preguntaba qué historia personal escondía. Había ciertos momentos en los que se sentía sumamente atraída hacia él, pero en otros…, en otros veía cosas raras. Como aquella última noche que la había visitado y lo había visto revolver sus papeles sobre el escritorio. Tampoco se le olvidaba que había perdido un informe y sospechaba que quizá él se lo podía haber llevado. No entendía por qué, pero teorizaba que quizá se tomaba demasiada confianza con ella.

Mientras Gari dormitaba, Jimena y Fátima se sentaron en su

escritorio para profundizar en la hipótesis medioambiental. Rastrearon encuentros de Ramón Aguilar con otros adventistas, donde acaso pudieran hablar de la pureza y la vida. Dedicaron también un par de horas a debatir sobre la cuenca del río Darro, intentando encontrar nueva información que no tuvieran. Hasta que, ya altas horas de la madrugada, decidieron sentarse en el sofá junto a Gari. Este rechistó, medio adormilado, y Jimena lo mandó a dormir de nuevo.

Cuando empezaban a cerrar los ojos, a las cuatro y media de la mañana, el tono de llamada del teléfono de Jimena hizo que ambas se incorporaran alerta. Gari también lo hizo, con los ojos hinchados de dormir y los labios entreabiertos.

—Cógelo, por favor —le pidió Fátima al ver que Jimena alzaba el teléfono ante ellos con miedo a responder la llamada.

—Si es la policía, estamos en lo cierto —musitó Jimena antes de descolgar y poner en altavoz la llamada.

—Jimena, soy Curro desde el teléfono de un compañero. Ha aparecido un cuerpo sin vida al lado del ayuntamiento.

Los tres se miraron al momento y Jimena vio cómo un velo oscuro se cruzaba por la mirada de Fátima. Tristemente, habían estado en lo cierto. Lo que significaba que una nueva víctima había caído en las manos del asesino. Seguían sin cazarlo y eso ponía en riesgo la vida de personas inocentes.

Parte 3

Década de 1960

Durante años, elaborar su plan maestro había sido lo que lo mantuvo con vida. Cada mañana, desayunaba frente a la mirada de decepción de sus tíos, marchaba a trabajar al campo y volvía con unas monedas que sumar a la economía de aquella casa ruda y vacía, marchita por la falta de amor y cariño. Pero su plan era lo suficientemente importante como para hacer que se levantara cada mañana, se mirara al espejo y viera su rostro cambiar conforme crecía. Solo necesitaba que llegara el momento apropiado para llevarlo a cabo, volver a su ciudad natal y vengar lo que había ocurrido.

Pero sucedió algo que no esperaba. Aquella mujer de cabello rubio ceniza se había cruzado en su camino. Esos ojos marrones lo habían perseguido en sueños, lo acechaban y le pedían que fuera suya. Se habían conocido en el pueblo, que era lo suficientemente pequeño como para que cualquier nuevo habitante llamara la atención. Ella buscaba trabajo y lo había encontrado en la posada donde él desahogaba sus penas y perfeccionaba su plan. Cuando le sirvió una cerveza y sus ojos se cruzaron, supo que ella era para él. Así que durante semanas pasaba las noches también en la posada, esperando a que ella saliera de trabajar para llevarla a pasear por las llanuras inmensas repletas de pacas de paja.

¿Cómo podía alguien enamorarse de un ente vacío sin alma como era él? ¿Alguien a quien le habían arrebatado todo lo que amaba y le habían arrancado de los brazos de la vida? No sabía cómo, pero de alguna manera, esa mujer rubia de ojos dulces se había fijado en él y se habían enamorado locamente. Él se había enfriado, y lo sabía. Su plan había quedado pospuesto, pues quería centrarse en ella y tratarla como se merecía. La mujer que lo había devuelto a la vida, como mínimo, necesitaba un marido a su altura.

Porque se habían casado al año de conocerse y entonces ya

vivían en una bonita casa, pequeña y rústica, pero justa como para que su amor cupiera entre aquellas cuatro paredes. Porque él la adoraba. La adoraba tanto que no podía permitir que nadie se la arrebatara de las manos. Por eso, pronto ella dejó de trabajar y cuidó del hogar. Deseosa, además, de poder compartir todo su tiempo con él. Para él era suficiente, tenerla cerca y que no lo abandonara jamás.

Por eso, aquella mañana de primavera, en el momento en el que ella salía por la puerta en dirección al mercado del pueblo, él la llamó con una voz que, probablemente, había estado fuera de lugar.

—¿Dónde vas con esa falda tan corta? —le preguntó antes de cruzarse de brazos sobre el jersey lleno de tierra que llevaba puesto. Acababa de volver de trabajar en el corto descanso que tenía antes de volver a la faena.

—Al mercado, ya lo sabes. Y no es una falda tan corta —respondió ella a la vez que se pasaba los dedos por el pelo rubio ceniza.

—Cámbiate —le ordenó él a la par que se acercaba a ella.

—Estoy deseando que volvamos a tu hogar. No soporto cómo estás últimamente. Se nota que quieres volver allí, por eso me tratas así —argumentó ella. Luego cruzó el salón entre lágrimas y se encerró en el dormitorio para cambiarse.

Él esperó a que saliera de nuevo, por miedo a que volviera a vestirse de una manera inapropiada que pudiera hacer creer a los hombres del pueblo que estaba soltera. Sus palabras le resonaron en la cabeza. Sí que era cierto que últimamente estaba irascible. Le había prometido que la llevaría a vivir a su ciudad natal, la que estaba rodeada de montañas y quedaba cerca del mar.

Solo era cuestión de tiempo. Necesitaba afinar su plan. Volver a entrar en calor y decidir cómo mover ficha para vengar su trágica historia.

Capítulo 36

2021

Fátima sintió que sus botas de polipiel crujían en contacto con la escarcha que se acumulaba en la acera de la calle Molinos. La llovizna que caía era fina, pero lo suficientemente contundente como para mojar su abrigo de paño canela. Se acercó a Jimena, que había abierto un paraguas negro y cogió fuerza para seguirle el ritmo a la periodista. Se encaminaban a paso rápido, como flechas, en dirección a la plaza del Carmen. Agradeció la iniciativa que había tenido Jimena de reunirlos en su casa, así estaban en el centro de la ciudad. Por suerte, o por desgracia, el cuerpo había aparecido en pleno centro, junto al ayuntamiento. Se abrazó el cuerpo y movió las manos de manera frenética para entrar en calor. Tenía que comprarse un abrigo de mejor calidad para el invierno, en febrero Granada era dura durante las madrugadas.

—No me puedo creer que estuviéramos en lo cierto —musitó la historiadora mientras observaba cómo la coleta oscura de Jimena se balanceaba al ritmo que caminaban.

—¿En el ayuntamiento habrá lugares para dejar un cadáver? ¿Quién se arriesga de esa manera? —comentó Jimena mientras sacaba un cigarro de su bolso y lo encendía.

—Pensad que hace mucho frío y llueve, así que, probablemente, habría pocos transeúntes. De todos modos, es raro, sí. Es una avenida abierta, donde hay tráfico constante independientemente de la hora. Sería dificilísimo que nadie lo viera —añadió Gari.

Fátima lo miró sin conseguir ver sus ojos. El criminólogo llevaba un chubasquero oscuro y la capucha bien apretada. Había dormido la mayor parte de la noche, así que se notaba que había descansado, a diferencia de ellas.

—Existe la posibilidad de que no sea el asesino el que deja los cuerpos. ¿Y si es más de uno? Trabajamos con la posibilidad de que sea una persona, pero me da la sensación de que esto es demasiada tarea para uno solo… —musitaba Jimena como si quisiera compartir los pensamientos que la avasallaban conforme empezaban a bajar Reyes Católicos, la gran avenida en la que se encontraba el ayuntamiento.

Fátima no supo qué añadir a ese comentario. Sin duda, tenía sentido lo que decía. Podía ser que el asesino estuviera en su casa, tranquilamente, sin ensuciarse directamente las manos. Si utilizaba indigentes para colgar sus pancartas, ¿por qué no iba a hacer lo mismo con los cuerpos? Aunque, si lo pensaba fríamente, ¿quién colaboraría en dejar un cadáver en mitad de la calle?

—No creo que sea factible la teoría de que haya más de un asesino, Jimena —respondió Gari con un tono cortante que dejó a Fátima más fría de lo que ya estaba.

—Dame argumentos y entonces te daré la razón —contestó Jimena también borde.

Con el tono que utilizó Jimena, a Fátima le quedó claro que no había sido solo su percepción.

—Fantaseas demasiado. En este trabajo no hay cabida para las fantasías, Jimena. Los hechos son los hechos. No hay indicios que señalen que haya más de un asesino —argumentó Gari todavía con un tono agresivo.

—¿Qué hechos, Gari, que aparezcan tres putos cadáveres en la calle, que el *modus operandi* se cumpla? —Jimena dijo aquello último imitando el tono formal de Gari—. Me parece que tú tampoco tienes argumentos. ¿Quieres hechos? Le paga a indigentes para que cuelguen sus pancartas. Ahí tienes hechos. ¿Qué más puede pagar este perturbado?

—Haz tu trabajo y déjame a mí hacer el mío.

Gari fue tan contundente que Jimena, por primera vez, no respondió. Tiró el cigarro que llevaba en los labios y se encendió otro. Fátima la miró de reojo y vio que se contenía. La periodista y el criminólogo pasaban de atraerse a chocar en cuestión de segundos. No entendió por qué Gari se cerraba en banda a esa teoría. A Fátima le resultaba demasiado extraño

ese hombre, no se explicaba la mayor parte de sus actitudes.

Pronto desembocaron en la plaza del ayuntamiento. Habían cogido una paralela a la avenida, que estaba cortada desde el final del Realejo. Vieron que la policía había cercado todas las entradas y cortado el tráfico. Era un momento sumamente importante, pues rara vez se atreverían a cortar el paso de los coches por esa calle. Fátima solo había visto Reyes Católicos sin coches cuando estaba repleta de ciudadanos en manifestación.

Conforme se adentraban en la plaza del Carmen, que era rectangular y amplia, Fátima divisó la fachada del ayuntamiento apagada. Siempre le había gustado esa construcción, que con anterioridad había sido hogar de la Orden del Carmen. Por eso en su interior parecía un convento, con antiguos claustros y un patio central andaluz repleto de vegetación. Pocas veces paseaba a esas horas y veía la fachada apagada. Tenía un tono oscuro y siniestro, como si quisiera acompañar la desgracia que se había cometido a sus puertas. Llegaron al cordón policial, que dividía la plaza en dos partes. Fátima pudo vislumbrar el cadáver a lo lejos. No podía ver quién era, pero sí que había un cuerpo tirado junto a la acera que daba a la avenida de Reyes Católicos, justo fuera de la plaza, lo que dejaba claro que se había dejado cerca del ayuntamiento.

—Buenas noches, Jimena Cruz. Colaboramos en el caso —le indicó Jimena a un policía que prácticamente se rio en su cara —. Joder con los maderos. No hay día que me tomen en serio.

Seguidamente se encendió un cigarro y se dirigió a otro policía nacional, que estaba fuera del cordón y que parecía atender una llamada de teléfono.

Gari y Fátima se quedaron solos, rodeados de los vecinos que se acercaban a conocer los hechos que habían sucedido esa noche a las puertas de sus casas. La historiadora no quiso mirar al criminólogo, que se removía nervioso a su lado y desprendía una energía oscura. No sabía qué tenía ese hombre en la cabeza, pero a Fátima le asustaban sus demonios. Ese arranque que había tenido con Jimena, prácticamente provocando la discusión que habían mantenido, le parecía extraño y que

denotaba que estaba nervioso por algo que ellas desconocían.

—¡Fátima! —la llamó Jimena desde la lejanía.

La historiadora se dio cuenta de que había bordeado el cordón y entrado por otra zona, acompañada del policía nacional que ya no hablaba por teléfono. Les indicaba que se acercaran. Así que ambos pasaron por debajo de la cinta y se adentraron en la plaza. Rápidamente, Gari desapareció y fue a dar con sus compañeros de la forense. Fátima no entendía muy bien cómo campaba tan a sus anchas, aunque sabía que a menudo lo contrataban como forense externo para la policía nacional. Ella fue hacia Jimena, que le tendió una identificación blanca con una V, como si fueran visitantes dentro del complejo de la Palmita de la Policía Nacional. Fátima se la colgó del bolsillo delantero del abrigo canela. Seguidamente se pasó los dedos por el pelo, que lo tenía mojado y pegado al cuello. Estaba helada. Desde que Jimena se había alejado a hablar con el policía y se había llevado el paraguas, se había empapado.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó la historiadora tiritando.

—Tú, entrar en calor. No puedes estar así después de lo de los embriones… —le dijo Jimena, que ya sacaba de su bolso una bufanda gorda y se la ponía al cuello—. Y pégate a mí, no te mojes más. Según me comenta el compañero, el cuerpo está tendido junto al semáforo y el paso de cebra. Justo al límite donde comienza la carretera. Me dicen que…

De pronto, las palabras de Jimena fueron interrumpidas por un grito desconsolado. Fátima sintió que con ese grito la tierra temblaba y se hacía pedazos. Sacudió la plaza con una violencia que hizo que todo el mundo se quedara en silencio, mientras un hombre joven pasaba por delante del cordón policial y corría velozmente hacia la víctima. Se lanzó sobre el cuerpo, sollozando y gritando palabras inteligibles. Fátima sintió que se le partía el alma, al darse cuenta de que era un familiar, una persona importante para la víctima.

La policía tardó unos segundos en reaccionar, los que precisó para darse cuenta de que se contaminaba la escena del crimen. Consiguieron arrancar al joven de la víctima, pues se

había aferrado al cuerpo entre sollozos y gritos. Lo redujeron entre dos policías nacionales, que consiguieron que, al menos, dejara de moverse mediante impulsos involuntarios. Siguió gritando y sollozando, pero conforme pasaron los segundos, ese llanto se hizo profundo y grave hasta dejar de resonar en la plaza.

—Es la pareja. Dio el aviso de su desaparición hace diez días. Lo buscamos como locos, pero sin llegar hasta él. Había más posibles víctimas. Desgraciadamente le ha tocado a él… Muy joven —la voz de Curro las sorprendió por detrás y Fátima tuvo que contener un grito. Todo su cuerpo estaba en tensión y era lo último que necesitaba en ese momento.

—Luego hablamos —Jimena casi escupió las palabras. La historiadora sabía que estaba molesta porque no le hubieran hablado de las personas desaparecidas que investigaban—. Vamos, Fátima. Tenemos que ver cómo está la víctima.

La historiadora negó con la cabeza. No quería volver a enfrentarse a la imagen de una persona asesinada. Los ojos sin vida de Estrella Ramírez la perseguirían el resto de sus días. Se mantuvo clavada en el sitio, negando con la cabeza y aferrándose al brazo de Jimena con el que sujetaba el paraguas. Sabía que tenía que hacerlo, que formaba parte del trabajo. Si verdad quería involucrarse en la investigación y ayudar a cazar al asesino, debía comportarse de manera profesional.

—No sé si va a ser bueno para mí ver a ese chico. Y más si es joven —musitó casi con un hilo de voz.

Esa noche la tensión se podía cortar en el ambiente. Entre la lluvia, el lugar elegido y la aparición repentina del novio de la víctima… Fátima no sabía si su cuerpo podía aguantar mucho más.

—Yo voy a acercarme, tú puedes decidir hacerlo. Si quieres. Piénsalo. Es bueno que lo veas, que analicemos juntas si vemos algo diferente. Pero tranquila, tómate tu tiempo —le indicó Jimena antes de dejarle el paraguas y echar a andar bajo la lluvia.

Fátima se fijó en que, en cuestión de minutos, la coleta oscura de Jimena estaba mojada y se le pegaba al cuello. Su

abrigo, que era impermeable, escupía el agua hacia el suelo. Fátima intentó concentrarse en lo que ocurría, mientras su compañera tomaba notas en su bloc, dejando que las hojas se le empaparan por la lluvia. Vio también a Gari, que se movía alrededor del cadáver junto a otros forenses. Se mordió el labio nerviosa y, finalmente, decidió acercarse.

Caminó a paso lento hasta llegar junto a Jimena. Mantuvo la vista alzada hacia los edificios que quedaban frente a la plaza y observó las miradas de los vecinos curiosos que se asomaban a sus balcones. Tomó una bocanada de aire y sintió que Jimena la cogía de la mano. Fue esa calidez la que la empujó a bajar la vista y grabar en su memoria los ojos sin vida de aquel joven que no debía tener más de treinta años.

Su piel, blanquecina, brillaba bajo los focos que los forenses encendían a su alrededor. Los ojos oscuros estaban marcados por unas ojeras que denotaban que había sufrido largas noches sin dormir antes de fallecer. Su ropa, sucia, no tenía rastros de sangre. Fátima supuso que era la misma ropa que llevaba el día que fue secuestrado, como las víctimas anteriores. Fueron sus labios, cuarteados y secos, lo que provocaron en Fátima una reacción física. Sintió una arcada que la recorrió desde el estómago hacia el esófago.

Echó a correr alejándose de la escena del crimen y pasando por debajo del cordón policial. Nada más llegar al primer árbol que encontró, se apoyó sobre el tronco y dejó caer la cabeza. El vómito se precipitó desde la boca velozmente hacia el suelo. Trató de controlar la respiración, pero cada vez que intentaba alzar la cabeza, vomitaba más y más.

Al acabar, se alejó unos centímetros del lugar donde había vomitado y dejó caer el cuerpo contra el suelo. Notó el mármol frío del edificio sobre el que se apoyaba de espaldas.

Entonces rompió a llorar.

Capítulo 37

Jimena había visto a la historiadora tornarse de un color cenizo en cuestión de segundos. Pudo ver en sus ojos que la muerte hacía mella en ella y se la llevaba por una senda oscura. La dulzura que tanto caracterizaba a Fátima había desaparecido de sus facciones. La vio correr, precipitarse sobre aquel magnolio para vomitar y después caer al suelo y romper a llorar. Sintió que se le partía el alma al verla tan destrozada. Se disculpó con los forenses, que seguían trabajando a pesar de la interrupción de la pareja de la víctima, y se alejó del cuerpo.

Levantó el cordón policial ante la mirada curiosa de los vecinos que habían visto la reacción de Fátima. Pasó por debajo y se acercó a la historiadora, que sollozaba con el cuerpo empapado sobre el suelo. Sintió lástima y angustia por ella. Era probable que estuviera embarazada y no podía estar bajo esas condiciones climáticas en su estado.

—Fátima, necesito que te levantes. El suelo está mojado y te has sentado ya helada y empapada. Vamos —le dijo mientras la cogía por debajo de los hombros y tiraba de ella hacia arriba.

—Lo siento…, lo siento. Esto me… me supera, Jimena. No puedo lidiar con lo que pasa —musitaba entre sollozos.

Jimena la observó en silencio. Estaba verdaderamente afectada por lo que había visto. Imaginó que era el cúmulo de sensaciones de aquella noche y la falta de sueño. Fátima no estaba hecha para verse en situaciones como esa. Lo supo desde que la vio por primera vez, con esa dulzura y esos ojos tan honestos. La periodista sabía que se necesitaba frialdad y cierta falta de humanidad para enfrentarse a un caso como aquel. Ella misma había contenido la pena al ver al joven cruzar la plaza entre gritos y lamentos. Pero sabía hacerlo, a diferencia de Fátima, que estaba hecha una muñeca de trapo en esos momentos.

—Necesito que te vayas a casa, ¿vale? Ya has visto todo lo que tenías que ver. Lo siento si te he presionado; es evidente que no puedes estar así. Además, es muy posible que estés embarazada —le dijo Jimena, todavía cogiéndola por debajo de los hombros y sosteniéndola en pie a su lado.

—No…, no. Tengo que… que estar aquí. —Fátima no dejaba de llorar. Parecía que sus lágrimas no tenían fin.

—Vas a irte a casa. Por ti y por tu bebé. ¿Vale? Vamos, necesitas un taxi —le indicó Jimena y echó a andar con ella.

Fátima dejó de quejarse. Sencillamente lloró, probablemente humillada por el vómito y por el estado físico en el que estaba. La periodista respetó el silencio que se instauró entre ambas y se dio cuenta de que era, posiblemente, de las primeras veces que cuidaba a una persona en toda su vida. Más allá de Hugo, que era su sobrino y al que le debía la vida que había ganado esos últimos cuatro años. Pero se vio dándole a una amiga lo que necesitaba y se sintió orgullosa de sí misma. Por conectar con Fátima, por empatizar con ella y por priorizarla antes que el caso.

Se alejaron avenida arriba, pues estaba cortada y allí no iban a poder conseguir un taxi. En pocos minutos estaban ante la estatua de Isabel la Católica. Delante de ella se abría Gran Vía, otra de las arterias principales de la ciudad. Jimena abrazaba a Fátima a un lado de su cuerpo y notaba que ambas estaban mojadas y tiritaban. Sostenía el paraguas con un brazo y, con el otro, llamaba la atención de los taxis que pasaban. Hasta que por fin uno paró y metió a Fátima dentro.

—Descansa, ¿vale? Mañana hablamos. Ahora cuídate, a ti y a tu bebé —le pidió la periodista con una sonrisa antes de indicarle al taxista que la dejara en la calle Zenete.

En cuanto el taxi arrancó, Jimena echó a andar a paso rápido avenida abajo. Cerró el paraguas, sin importarle mojarse más. Necesitaba terminar lo que había ido a hacer allí. Entre la discusión con Gari y el episodio de Fátima, casi había olvidado quién era, así que pasó bajo el cordón policial, ante la atenta mirada de los vecinos, y escuchó cómo sus tacones resonaban en la plaza. Incluso patinó un par de veces sobre el suelo grisáceo, pero mantuvo la compostura y fue directa a por

Curro López, que comentaba algo con otro policía nacional.

—Entonces, ¿me reconoces que sabías que había una ínfima posibilidad de que asesinaran a este muchacho y ni siquiera me lo dijiste? —Jimena interrumpió la conversación que mantenía Curro.

—Mi periodista favorita. Sí, Jimena. No eres el centro de la puta investigación. Nosotros hacemos nuestro trabajo aunque no lo creas —respondió Curro con sorna, bajo su paraguas celeste.

—No necesito ser el centro de esto. Necesito que, si quieres que trabaje para ti, me lo pongas fácil. Ayer te llamé y te comenté la teoría medioambientalista. Tenemos las putas constructoras de ambas víctimas, el río Darro como conexión por el sauce, el gallipato y dónde aparecieron los cuerpos; hasta te he dado la periodicidad: catorce días… ¿Y tu respuesta fue que me centre en establecer una conexión entre la Asesina de la Cruz y Ramón Aguilar? ¿Estás loco? —Jimena casi empezaba a gritarle porque la lluvia cada vez arreciaba con más fuerza. Notaba que le entraba en los ojos y repiqueteaba contra el suelo con violencia.

Volvió a abrir el paraguas negro y se secó la cara bajo él.

—Jimena, es un buen trabajo el que has hecho. La periodicidad y toda esa mierda. De verdad que sí. Pero… ¿la teoría de que el asesino es un forofo del medioambiente? Creo que nos faltan indicios para aceptarlo —comentó Curro bajando el tono. Había notado que Jimena estaba verdaderamente enfadada—. Sobre la lista de desaparecidos, te la mandé en su momento. Evidentemente, la actualizamos todos los días. ¿Qué pretendías hacer con ella? Si nosotros, que tenemos los medios, no damos con esas personas… Prefiero que te centres en lo que estás haciendo.

—Está bien. Dame información de la víctima, por favor. ¿Qué sabéis hasta el momento? —inquirió Jimena, que se encendió un cigarro y observaba de soslayo a la policía forense, que seguía con su labor bajo aquella lluvia infernal.

—Lorenzo Espinosa, veintisiete años. Tenía una cadena hotelera heredada de su familia. Su pareja, Cristian, es el chico que ha cruzado la plaza. Vivía solo, con su gato. Le gustaba ir

al cine los domingos —esto último lo dijo con cierta sorna que hizo que Jimena alzara las cejas y lo mirara de manera condescendiente.

—Muy bien. Mañana me cuentas más. Ahora hay otras prioridades. ¿Ramón Aguilar? ¿Dónde está? —le preguntó lanzando las preguntas como misiles.

—Según me indican por *walkie*, en su puta casa durmiendo. Entró a las ocho y media de la tarde, no ha vuelto a salir. Tenemos una unidad que le sigue desde hace días. Lo de los catorce días ya lo sabíamos —contestó él con una sonrisa poco amistosa.

A Jimena ese comentario le sentó como una patada en lo más profundo de las entrañas. Curro acababa de hacerle ver que su trabajo no merecía la pena. La periodista no supo si aquello que acababa de decir era cierto, pero sí que Curro pretendía hacerla sentir inútil. No quiso saber por qué ni darle demasiadas vueltas, aunque notó que estaba allanando el camino para algo que ocurriría más pronto que tarde. Decidió no contestar a eso y dijo:

—¿Habéis revisado la cochera? ¿Alguna puerta trasera de la urbanización? Suele haberlas, sobre todo si hay piscina.

El tono que utilizó tampoco fue amistoso.

—La puta puerta trasera… Un momento…

Curro se alejó con el *walkie* en mano para avisar a los compañeros de la posibilidad de que Ramón hubiera salido. Jimena sonrió, sentía que, por fin, le había ganado el pulso al policía a cargo del caso. Era su ego el que la hacía reaccionar así, lo sabía. Aunque no le importaba demasiado.

Se encendió otro cigarro y decidió que era el turno de Gari. Esa noche estaba más que preparada para repartirles a todos los hombres que quisieran hacerla sentir pequeña. Pisó con contundencia con sus botines de tacón. Se vio a sí misma desde fuera, junto a la tercera víctima, a su novio que seguía tirado en el suelo y ante los ojos de los vecinos. Le hubiera gustado no estar en esa situación, pero el tiempo se agotaba y ese asesino parecía carecer de sangre. Conforme se acercaba a Gari, notaba cómo la impulsaba el miedo a no cazarlo pronto. ¿Cuántas vidas más se podían perder? Cada catorce días

tendrían algo nuevo. Otra persona sin vida, en el centro de la ciudad. No podían permitírselo.

—Gari Atxa, necesito hablar contigo —utilizó su apellido como arma arrojadiza, indicando que no estaba con ganas de andarse con tonterías.

El criminólogo, que se acercaba a la carpa móvil que la policía terminaba de montar, afirmó con la cabeza y la siguió hacia un lado de la plaza. Salieron del cordón policial y Jimena se cercioró de que no hubiera vecinos cerca que pudieran escuchar la conversación que iban a mantener.

—Oye…, siento lo de antes. Estoy muy tenso por todo lo que pasa —se disculpó mirándola a los ojos.

Jimena se perdió en el marrón de la mirada de Gari, que en aquel momento se asemejaba más al color de la piel. Aceptó sus disculpas, afirmó con la cabeza y dijo:

—¿Qué puedes decirme ya de la víctima? Necesito tu *modus operandi* —esto último sonó gracioso y Gari soltó la primera risa de la noche.

Ella también sintió cómo la abandonaba la tensión del cuerpo por fin.

—Lo mismo de siempre, ojos abiertos, ropa que llevaba el día que desapareció, cuerpo sin signos de violencia a simple vista… Pero te puedo decir que la muerte parece interna. No hay nada evidente que indique una hemorragia como con Estrella ni un gallipato en la garganta. Te podré decir más mañana, o pasado mañana. En cuanto venga el juez podremos levantar el cadáver y trasladarlo —le explicó Gari al mismo tiempo que se acercaba un poco más a ella.

—Oro. Necesitamos saber si hay oro. Veo que no en la puesta en escena, pero… ¿es posible que lleve oro debajo de la ropa? —le preguntó Jimena cruzándose de brazos.

—No lo sé. A simple vista no he podido ver oro, pero, claro…, no vamos a desnudarlo, literalmente, aquí en medio —razonó él.

—Está bien. Yo me marcho. Aquí no tengo nada más que hacer. Cuéntame mañana, ¿vale? E intenta descansar. Te hace falta —concluyó la periodista antes de despedirse con una sonrisa liviana y echar a andar.

Ella también necesitaba descansar. Una ducha de agua caliente la ayudaría a sentarse en el sofá y valorar lo que había ocurrido esa noche. Eran demasiadas cosas a la vez y su cerebro necesitaba procesar la información. Probablemente, la víctima más compleja de todas, por la aparición del novio y porque las condiciones meteorológicas no ayudaban en absoluto a la labor policial.

Cruzó por última vez el cordón policial y vio que a la pareja de Lorenzo la estaban atendiendo dentro de la carpa móvil, que ya estaba montada. Estaba acompañado de los médicos que habían acudido a la escena en ambulancia. También observó que la policía trabajaba sin descanso sobre el lugar donde descansaba Lorenzo. Jimena se preguntó qué habría detrás de su secuestro. ¿Habría sufrido? ¿Lo habían hecho el resto de las víctimas? Se centraban en lo material que tenían, pero le dedicaban poco tiempo a plantearse cómo debía ser la espera de las víctimas a ser asesinadas.

—¡Jimena! —escuchó la voz de Curro desde la lejanía.

Se giró y se lo encontró de frente, se pasaba una mano por la perilla con cara de preocupación. Sus gafas estaban bañadas de gotas de lluvia.

—Dime. Ya me voy —respondió la periodista con pocas ganas de hablar.

—El hijo de puta de Ramón Aguilar se ha tenido que ir de copas esta noche, porque no está en su vivienda.

—Joder, Curro. Joder.

Eso fue lo último que dijo antes de girarse y echar a andar en dirección opuesta al policía nacional. Bajo la lluvia y notando cómo el frío le calaba los huesos, pensó en Lorenzo y en lo injusto que era que a una persona tan joven le arrebataran la vida de una manera tan violenta.

Capítulo 38

Aquella noche Jimena Cruz había descansado bien poco. Un par de cabezadas en el sofá habían sido los únicos instantes que se había regalado a sí misma. Tampoco podía coger el sueño, pues solo le daba vueltas a la noche desastrosa que había pasado. Entre que apareciera el cuerpo de Lorenzo, ver la reacción de su pareja y observar a Fátima entrar en estado de *shock*… Jimena no sabía cuánto más podía aguantar ese día. Así que dedicó la mañana a trabajar sobre la información que ya tenía y se preparó para comer un caldo de pollo que recalentó de un tetrabrik solitario. Mientras comía, fumaba y trabajaba.

A eso de media tarde, recibió una llamada de Curro López. Le indicaba que quería citarla en la Policía Nacional dos horas después. Jimena suspiró, empezaba a cansarse de ir a la Palmita para no obtener respuestas y discutir con el policía a cargo del caso. Cuando pensaba que se quedaría dormida, para al menos echar una siesta que la ayudara a recomponerse antes de ir a la Policía Nacional, sonó el timbre y al abrir se encontró con un paquete que venía de Estados Unidos. Arqueó las cejas sorprendida y se llevó el sobre hacia el escritorio.

Al abrirlo se encontró con el test de ADN para mandar a analizar de parte de la asociación de bebés robados de Sevilla. En realidad, había pasado una semana desde que fuera a Sevilla junto a Fátima. Lucía Cañales le había indicado que se lo mandarían, pero no esperaba que llegara tan pronto. Leyó las instrucciones y vio que se tenía que tomar una muestra bucal. Lo hizo tal y como se indicaba y después la guardó en una bolsa de plástico al vacío. Lo único que quedaba era envasarla de vuelta y preparar otro paquete para que lo recogieran y lo enviaran a Estados Unidos. Programó una recogida para el día siguiente y después se preparó para acercarse a la Policía Nacional.

Nada más salir de casa, Jimena vio que todavía llovía y que el día parecía querer llorar por la muerte de Lorenzo Espinosa. Alzó los ojos al cielo, dejando que la lluvia le mojara la cara y la despertara y sonrió. La investigación iba bien, a pesar de las desgracias que no paraban de sucederse, y estaba contenta por sentir que avanzaban y cada vez tenían al asesino más cerca. Quizá se equivocaran con sus teorías, pero las tenían, y el hecho de que hubiera aparecido la tercera víctima confirmaba alguna de ellas. Solo quedaba saber si tenía oro en el cuerpo y una constructora o algún proyecto laboral que pusiera en jaque el medioambiente.

Jimena se subió a su Honda PS y arrancó con otra sonrisa. No le apetecía ver a Curro López, pero sí estaba deseosa de saber qué tenían que contarle. Fuera lo que fuera, la ayudaría a avanzar. Esa noche, mientras esperaban a que apareciera la siguiente pancarta, intentaría dormir unas cuantas horas y dedicarle otras a perfilar a Lorenzo. Además de la información que le facilitara la policía, Jimena barrería internet para encontrar cualquier referencia que existiera sobre él.

Cruzó las avenidas de la ciudad sorteando coches y girando el puño derecho, para acelerar y sentir el viento frío que le cortaba el rostro. Le gustaban la adrenalina y la sensación de falta de control. Por eso prefería moverse en moto en vez de en coche, además de porque con el tráfico de la ciudad, el coche era casi imposible. Pero amaba esa sensación de libertad que tenía sobre la Honda PS; poder recorrer las calles de la ciudad velozmente y plantarse al otro lado de Granada en cuestión de minutos.

Desde que se marchara de casa de Carmina, Jimena había recuperado esa libertad. Se había reencontrado consigo misma. No era real quedarse con su hermana, pues proyectaba, en parte, lo que esta quería ver en ella. No pensaba volver a todos sus antiguos hábitos, no pensaba autodestruirse, pero sí que necesitaba marcharse cuando lo hizo. Entonces, subida a su motocicleta, se sentía ella misma. Sus horarios eran los que la investigación necesitaba, no tenía que darle explicaciones a su hermana ni centrar su atención en su sobrino. Podía disfrutar también del trabajo que realizaba; como periodista veía la

trayectoria que podía tener ese caso en otro libro corto o en un especial de algún medio nacional importante.

Divisó la Jefatura Superior de Policía y aparcó la motocicleta en una calle paralela, pues no se podían dejar vehículos en la misma calle por seguridad. La jefatura tenía su protocolo antiatentados, además de una serie de normas que intentaban garantizar la labor que desarrollaban dentro. Jimena se bajó de la moto, se quitó el casco para guardarlo bajo el asiento y después alcanzó su bolso. Echó a andar y notó que su abrigo estaba mojado. Por suerte, caía poca agua y era fina, así que, aunque se había mojado, tampoco era lo suficientemente grave como para helarse.

Nada más adentrarse en el edificio, notó la calefacción como un abrazo. Con lo alta que estaba, sería cuestión de media hora secarse y que no pareciera que había conducido bajo la lluvia. Se acercó al mostrador de recepción, donde una policía nacional, a la que nunca había visto, rellenaba unos papeles. La recibió con una sonrisa y le preguntó qué deseaba.

—Tengo una reunión con Curro López, no sé ahora mismo de qué unidad es, no lo recuerdo. Jimena Cruz —le indicó con cara de pocos amigos.

La policía le pidió que esperara y alcanzó el teléfono para marcar a la unidad donde trabajaba Curro López. Jimena no tenía ganas de llevarse bien con ninguna policía, ni siquiera aunque fuera una mujer. Sabía que allí todos la conocían y tenían pocas cosas buenas que decir de ella. La relación de amor odio era mutua, sin duda.

—Pasa, te espera en su oficina —le indicó la mujer mientras le tendía una identificación de visitante.

Jimena se la colgó en la solapa de la camisa gris que llevaba y se recolocó la chaqueta abierta de punto que se había puesto encima para combatir el frío. Se pasó los dedos por el pelo oscuro, en un intento de domarlo, conforme avanzaba por el pasillo blanco de techos altos. Tuvo que seguir caminando y dejar la cafetería interna de la jefatura a la derecha. Reconoció a varios policías que tomaban café y se reían. Finalmente, llegó a una puerta que accedía al último pasillo del edificio. Ahí estaba la oficina de Curro López, que tenía la puerta abierta y

parecía invitarla a entrar.

—Buenas tardes, espero que hayáis descansado algo —comentó Jimena cuando entró. Después dejó su bolso en la percha que había en la derecha.

—Pasa, Jimena, siéntate —la invitó Curro que estaba sentado detrás de su escritorio.

Jimena se fijó en la decoración de la oficina. Además de unas cuantas banderas rojigualdas, las paredes también lucían unos cuantos pósteres sobre campañas de concienciación que había llevado a cabo la Policía Nacional. Se fijó en que había un frigorífico y otra mesa que estaba vacía. El escritorio de Curro casi reventaba por la cantidad de papeles que rodeaban su ordenador de sobremesa. No estaban solos, Lorena estaba de pie junto a él, uniformada y con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Hay ya información sobre la víctima? ¿Algún resultado forense? —preguntó Jimena mientras tomaba asiento y sacaba su bloc de notas del bolso. Las páginas estaban arrugadas por haberse mojado la noche anterior.

—Como tales, aún no hay resultados forenses. Sobre tu pregunta…, anoche ya te conté su edad y demás. Pero bueno, cosas nuevas, el hotel que heredó de su familia está frente a… El Corte Inglés —le explicó Curro antes de hacer una pausa dramática.

—Allí apareció Estrella Ramírez —quiso concluir Lorena, como si Jimena no supiera a qué se refería.

La periodista arqueó las cejas y sacó una botella de agua de su bolso. La tarde iba a ser larga con esos dos.

—Tenía dieciséis años cuando perdió a sus padres, así que heredó el negocio familiar. Ese hotel fue de los primeros de la ciudad y todavía hoy se conserva. Tiene setenta y tres habitaciones, así que es grande. Genera buenos números anuales y el chaval estudió Turismo para gestionarlo. Mientras lo hacía, el hotel lo llevaba su tío, que fue quien se hizo cargo de él tras la muerte de sus padres —relató Curro mientras Jimena tomaba nota de todo lo que comentaba.

—¿Cómo era la relación con su tío? Parece un motivo de peso para cometer una barbaridad —argumentó Jimena,

aunque sabía que hacía de abogada del diablo porque esa idea no tenía ningún tipo de sentido ante un caso de asesino en serie.

—Buena. Hemos entrevistado esta mañana a su pareja, que, como viste anoche, estaba destrozado. Ya nos ha relatado un poco la vida de Lorenzo y nos hacemos una buena idea. El chaval se llevaba genial con su tío, eran como uña y carne —continuó Curro.

—¿Algún detalle que viera en el cadáver del novio que no le cuadrara? —le preguntó Jimena al recordar que sí que había visto a Lorenzo fallecido.

—Sí. Dice que le falta un *piercing* que siempre llevaba. Le hemos preguntado si estaba seguro y ha confirmado que es imposible que se lo quitara —esta vez fue Lorena quien intervino, al fin, todavía de brazos cruzados y en una postura que indicaba que no estaba del todo cómoda.

—¿Es posible que nuestro asesino coleccione recuerdos de sus víctimas? —Era algo por lo que Jimena ni siquiera se había preocupado.

—Como tal, sí. La mujer de Julián Alcázar reportó que faltaban unos gemelos que solía llevar puestos para trabajar. Pero no le dimos mucha importancia, es lo típico que puedes dejar mal escondido en casa y que tu mujer no encuentre. Ya con esto de Lorenzo podemos plantearnos que guarde trofeos, por supuesto —la voz de Lorena era grave y calmada, hacía que Jimena se sintiera reconfortada a pesar de encontrarse en el lugar en el que estaba.

—¿Y la desaparición de Lorenzo? ¿Cuándo se notificó? Me lo teníais que haber dicho —esto último lo dijo bastante molesta.

—El novio notificó su desaparición cinco días después de la última vez que lo vio, pues no vivían juntos y a veces pasaban hasta una semana sin verse. Pero teníamos más posibles desaparecidos así que no centramos toda la atención en él —expuso Curro con una mirada que denotaba todo menos amabilidad.

Tanto él como Jimena sabían que ese tema había creado crispaciones entre ambos la noche anterior.

—Curro, tenéis que tomaros en serio la teoría del río Darro. El cuerpo de Lorenzo ha aparecido también sobre el río —dijo Jimena de pronto; sabía que tenían que meterse de lleno en ese tema.

Curro alzó una ceja y contestó:

—¿Sobre el río? Pero qué dices, si estaba casi a las puertas del ayuntamiento.

—El río Darro está embovedado y transcurre por debajo de algunas de las calles centrales de Granada. Se cubrió durante un siglo para poder construir avenidas como Reyes Católicos. Imagínate cómo era antes la ciudad, dividida en dos partes por un río. Justo Estrella Ramírez estaba sobre el Darro, igual que Lorenzo Espinosa. Es el puto Darro, Curro —Jimena levantó ligeramente el tono de voz.

—Jimena, te sales de lo que te pedimos que hagas. Me encanta que tengas tanta imaginación, pero aquí se viene a trabajar. Ya te dije que descartamos esa puta hipótesis, ¿por qué no puedes centrarte en lo que tenemos y en lo que te damos? ¡No es tan difícil! —A Curro comenzaba a hinchársele la vena de la sien derecha y se había sentado al filo de la silla donde estaba, echando la mitad del cuerpo sobre la mesa.

—Porque no tenéis ni puta idea y dais vueltas como pollos sin cabeza. Ni es la Asesina de la Cruz ni parece ser Miguel Alcázar. Quizá Ramón Aguilar. Pero tendréis que entender las motivaciones para encontrar las pruebas que necesitáis para arrestarlo, ¿no? Os doy una teoría que es más que sólida, que se demuestra con las pruebas. Lo medioambiental, el río Darro, los catorce días… Esta noche aparecerá la nueva pancarta y tendremos catorce días para dar con la víctima secuestrada o será asesinada —razonaba Jimena.

Mientras hablaba tenía que aguantar los gestos de Curro, que eran de todo menos educados. Los ojos en blanco, muecas y hasta suspiros.

—Mira, si no te centras no me vas a dejar otra opción que pedirte que te marches y abandones la investigación —esta vez Curro se levantó y utilizó un tono amenazador.

—Vais a encontrar oro en el cuerpo de ese chaval, Curro. —Jimena también se levantó y lo miró a los ojos con desidia.

—No me vas a decir lo que voy a encontrar porque tú no eres policía, Jimena. No tienes ni idea de cómo se hace este trabajo —Curro escupió las palabras.

—¿Y para qué cojones me contrataste si no crees en mí? —Jimena terminó de levantar el tono del todo.

—Eso mismo me pregunto yo. Estás fuera, Jimena. Se ha acabado. No avanzáis como debéis, no me dais resultados y no dejan de presionarme desde arriba. Os alejáis todo el rato de la línea de investigación que tenemos. Ya no hay dinero, ni fondos. Así que estás fuera del caso.

Jimena sintió que esas palabras llegaban a su vida como un jarro de agua fría. Lo último que necesitaban, en esos momentos, era que les cortaran el grifo. Justo cuando estaban cerca del asesino y estaban perfilándolo.

—Curro, no…

Pero sus palabras fueron interrumpidas por él que dijo:

—Se acabó. Vete a casa.

La periodista negó con la cabeza enfadada y suspiró. Seguidamente, cogió su bolso y echó a andar sin mirar atrás. Cerró con un portazo y salió de aquel pasillo lúgubre preguntándose cómo iba a explicarle a los chicos lo que acaba de ocurrir.

Capítulo 39

El silencio de la biblioteca de la facultad de Filosofía y Letras se instauraba entre sus muros gruesos y sus cristaleras con vistas a la ciudad. Solo el sonido de las teclas de los ordenadores y algún que otro carraspeo de vez en cuando cortaba el ambiente y recordaba a los presentes que estaban rodeados de otros semejantes que desarrollaban allí sus labores. A veces, el sonido de las sillas, si alguien se levantaba, hacía que más de uno alzara la cabeza y se quedara embobado unos cuantos segundos. El olor a libro viejo y a la madera que caracterizaba las mesas y estanterías parecía un permanente recordatorio de la cantidad de trabajos universitarios que se habían redactado en aquel lugar.

A Fátima le gustaba sentarse en su mesa, siempre pegada a la ventana, bajo la luz matutina o las nubes grises oscuras, como las de aquella mañana, que entristecían el día. De tanto en tanto, levantaba la cabeza y alzaba la vista al cielo para recordarse que seguía viva a pesar de llevar cuatro horas leyendo información sobre su tesis doctoral. De hecho, estaba cansada de lo que había hecho toda la mañana, así que se levantó y cogió un café de la máquina que se situaba junto a la puerta de entrada de la biblioteca. Mientras esperaba a que terminara de salir, saludó a un par de alumnas que recordaba de algunas de las clases que había tenido que impartir como sustituta. Después, se subió la cremallera de la sudadera color crema que llevaba y se apretó el moño despeinado que se había hecho esa misma mañana.

Esos días no tenía clases así que podía dedicar parte de su tiempo a la tesis doctoral. Al menos, el tiempo que le permitía su mente, pues estaba totalmente enfrascada en la investigación y le costaba concentrarse en algo que no fuera ella. Por eso, decidió que necesitaba cambiar de foco y centrarse, de nuevo, en el caso de los asesinatos. Le gustaba

aparecer por la universidad dando imagen de ser estudiante, a menudo pasaba desapercibida entre sus alumnos por sus *leggins* negros desgastados y las deportivas nuevas que le había regalado Leónidas y que llevaban poca vida recorrida a su lado.

Volvió al asiento, junto a la ventana, y le dio un pequeño sorbo al café para comprobar que estaba demasiado caliente. Después, volvió a subir la pantalla del ordenador portátil y decidió ponerse algo de música clásica para acompañar la lectura que haría sobre el río Darro. Tenía claro que ahí estaba la clave de la investigación, o al menos era la única clave que habían sacado y dado por hecho. Antes de poder siquiera meterse en el repositorio de documentos de la Universidad de Granada, vio que la pantalla de su teléfono se iluminaba. Lo levantó de la mesa y le echó un vistazo. Era un wasap de Gari que había entrado en el grupo que tenían con Jimena.

La policía tiene una orden de registro de la vivienda de Ramón Aguilar. No sé cuándo la van a ejecutar, será cuestión de horas.

Fátima arqueó las cejas sorprendida. Parecía que Ramón encajaba más de lo que ya parecía de por sí si la policía iba a registrar su vivienda. Gari ya le había explicado que para recibir una orden de un juez necesitaban pruebas concluyentes. Eso le dio a entender que había posibilidades de que el ingeniero fuera el asesino. La historiadora se preguntó si sería tan fácil, si de pronto entrarían en su vivienda y conseguirían una prueba indiscutible de que era el asesino. ¿Podría acabarse esa locura de una manera tan fácil? Negó con la cabeza. No había sido sencillo. Determinaban que daba el perfil por su religión, por su vehículo y las imágenes de las cámaras de seguridad, pero ¿qué más? Quizá tenían cualquier cosa que ellos tres desconocían. O que Jimena y ella desconocían. No sabía hasta qué punto Gari jugaba en ambos equipos y le dedicaba más lealtad a uno que a otro.

Su móvil volvió a iluminarse. Era otro wasap del criminólogo.

Oye, Jimena, qué es eso de que estamos fuera del caso???????

La cantidad de signos de interrogación de ese mensaje sorprendió a Fátima incluso más que su contenido. Sobre todo,

porque le añadía tremendismo a la pregunta. Negó con la cabeza antes de guardar el móvil en su bolso, debía ser una confusión. No podían estar fuera del caso si hacía treinta y seis horas se encontraban junto al cadáver y a la policía. Seguramente, Gari exageraba cualquier comentario de Curro López. Fátima había notado que no existía buena relación entre este y Jimena, pero confiaba lo suficiente en la periodista como para saber que era un activo necesario para el caso. Jimena le parecía una mujer con criterio. No solo había resuelto el caso de la Asesina de la Cruz, sino que, además, arrojaba luz en lo que sucedía en esos momentos en la ciudad.

Decidió que era hora de hacer lo mismo. Estaba preocupada y muy pendiente del teléfono porque a esas horas, que ya era media mañana, aún no había aparecido la nueva pancarta del asesino. Si no lo hacía, podía significar que la periodicidad que le habían adjudicado era incorrecta. Probablemente, tendrían que volver a la casilla de salida. Pero parecía claro que cada catorce días había un cuerpo y cada catorce, una pancarta, y que estas últimas siempre se colgaban la noche siguiente a que se dejara el cadáver. Fátima se mordió el labio nerviosa. Quizá ocurría como con la pancarta del Corral del Carbón: que no avisaron a Jimena a tiempo. Prefería aferrarse a esa idea y centrarse en el trabajo de documentación que tenía que realizar esa mañana.

Así que empezó a teclear y a descargarse ensayos universitarios sobre el río Darro. Rebuscó en el repositorio de la universidad, ya que sabía que a veces se podían encontrar tesis doctorales que poco tenían que envidiar a libros bien elaborados sobre el tema. Ya se había ventilado todo internet, rebuscado hasta en la última fuente disponible. Así que necesitaba nueva información, sobre todo resúmenes que recopilaran los datos más importantes.

Como bien le había advertido Leónidas, tenía que estudiar la cuenca del río Darro y los manantiales de Sierra Nevada. No bastaba con el río, que era un afluente del río Genil y nacía en la sierra de Huétor Santillán. Conforme empezaba a leer sobre el río Darro, no pudo evitar sonreír al encontrarse con la explicación de su toponimia. Como bien ya sabía, el río se

llamaba Darro porque los romanos lo habían llamado Dauro; derivado de *dat aurum*, que significaba «da oro» en latín. Además de ese detalle, que le recordaba información que ya sabía, también leyó que la cuenca del río estaba formada, principalmente, por plantas aromáticas además de por árboles como el sauce o la encina. Todos los detalles señalaban, cada vez, a lo que ya sabían del caso.

Fátima no quiso leer sobre el gallipato, pero en un trabajo de fin de máster de un alumno de hacía cinco años, encontró un capítulo entero dedicado a su existencia en la cuenca del río Darro. Fue curioso descubrir que el Ayuntamiento de Granada repoblaba la especie en la Alhambra, donde había habitado durante siglos hasta que desapareció por la introducción de peces en los estanques. Por lo visto, pensaban recolectar gallipatos de la cuenca del Darro, donde vivían, para llevarlos a los jardines de la Alhambra. Anotó ese detalle en el informe que redactaba para Jimena, había que tener en cuenta que el asesino podía haber cogido con sus propias manos un gallipato para llevar a cabo el primer asesinato.

El oro era una idea vaga que quizá no se cumplía, pues aún no tenían los resultados forenses. Pero a Fátima se le antojaba fácil ese acertijo situándose en la hipótesis de que era un elemento típico del río. De todos modos, no creía que estuvieran lejos de comprobar la teoría. Si aparecía oro, entonces se confirmaba la idea de que el río Darro era la conexión. Además, esa mañana había visto dónde apareció el cuerpo de Lorenzo Espinosa y… sí, era el río Darro, que transcurría, de nuevo, bajo el suelo. Así que todo apuntaba hacia la misma dirección.

La biblioteca cada vez albergaba más estudiantes y llegó un momento en el que Fátima tenía hambre y necesitaba cambiar de ambiente. Era algo que también le ocurría cuando llevaba muchas horas trabajando en lo mismo en el mismo lugar. Así que decidió que era el momento de volver a cambiar, y como no podía dejar de documentarse para la investigación, decidió subir a la oficina de Leónidas para seguir con el trabajo. Esa oficina no solo era de él, sino que a ella también le correspondía porque era su doctoranda becada y tenía horas de

clases que cumplir. Además, Leónidas debía estar en un aula en ese momento, así que no lo molestaría.

Salió de la biblioteca con el bolso colgado al hombro. Se vio reflejada en una de las vitrinas que exponían libros, en el pasillo central de la facultad, y se dio cuenta de que, verdaderamente, parecía una estudiante más de historia. Le recordaba la imagen que solía ver en el espejo cuando era más joven y recorría esos pasillos con la ilusión de, algún día, ser profesora de universidad. Decidió desatarse el moño, por dar una imagen más seria, y dejó que el cabello rubio ceniza le bañara los hombros.

Subió las dos plantas que la separaban de los despachos del profesorado. Al adentrarse en el que tenía la oficina de Leónidas, se quitó la sudadera ancha que llevaba y se quedó con una camisa de flores de manga larga que conjuntaba poco con sus mallas deportivas. Pero al menos no parecía tan joven. Por suerte, la calefacción estaba puesta a toda pastilla en el edificio y eso ayudaba a que pudiera deshacerse de esa sudadera color crema. Llamó con los nudillos, pero esperaba no obtener respuesta. Sin embargo, al abrir la puerta, se encontró con los ojos de uno de los compañeros de la facultad, que ocupaba su mesa.

—Buenos días, Pablo. ¿Qué haces aquí? —le preguntó Fátima después de cerrar la puerta detrás de ella.

Porque no estaba sentado en la mesa grande de Leónidas, que estaba decorada con los premios y reconocimientos que había recibido. No, estaba sentado en su mesa. En ese trozo de madera desgastado que habían colocado para ella a un lado de la sala, junto a la ventana. Además, ni siquiera era solo suya. La compartía con otro compañero que también estaba a las puertas de terminar su doctorado. De hecho, solo había un poto triste, que pedía a gritos ser regado, que compartían como objeto personal.

—Trabajar, eso hago —respondió este con un tono poco amistoso.

Fátima conocía a ese catedrático de historia moderna de sobra. Era uno de los mejores amigos de Leónidas y un gran detractor de su relación con él. Delante de Leónidas, era todo

sonrisas y buenos comentarios. Pero cuando él no estaba, se comportaba de esas maneras.

—Hasta donde sé, tienes un despacho aquí al lado —añadió Fátima a la par que dejaba el bolso en el escritorio de Leónidas.

—Mi doctorando está con una tutoría y me he permitido el lujo de venirme aquí un rato en busca de… tranquilidad —esto último lo dijo girándose por fin y mirando a Fátima a los ojos.

La historiadora arqueó una ceja y empezó a mover un pie de manera instintiva. Antonio estaba entrado en los sesenta años y nunca había sido un profesor sumamente querido por sus alumnos. Era famoso por sus cambios de humor.

—Yo necesitaría que me dejaras la mesa para ponerme a trabajar. Puedes utilizar la de Leónidas, está en clase —propuso ella sonriente, en un intento de calmar el ambiente.

—Tú no te mereces ni esta mesa, ni mucho menos la de mi compañero de trabajo. ¿Sabes? Conozco mujeres como tú. Esas que se creen que si se follan a un hombre pueden llegar donde quieran. Aunque, pensándolo bien, yo también te habría ofrecido una mesa en mi despacho si te hubieras ofrecido antes que a Leónidas —le contestó él con una sonrisa socarrona.

Fátima se quedó helada. No era la primera vez que aquel hombre le hacía un comentario fuera de lugar o la despreciaba. Pero solo de escuchar las palabras que había dicho le subía una arcada. Lo último que podía imaginarse era compartir un segundo con ese ser despreciable por obligación. Lo miró con cara de asco, preocupada por la ansiedad que comenzaba a crecerle en el estómago y que no podía ser buena para su posible embarazo.

Después se giró, cogió su bolso y salió de la oficina de Leónidas en silencio. No fue capaz de responderle porque, ¿qué podía decir ante la violencia que acababa de ejercer ese catedrático hacia ella? Estaba harta de la universidad, de ser una mujer y, para colmo, joven. Solo deseaba que se la tragara la tierra y no tener que compartir espacios con personas como Pablo, que solo la veían como un trozo de carne que Leónidas lucía a su lado.

Capítulo 40

Adam, con el pelo rubio corto y la chaqueta vaquera desgastada salía por la puerta del piso de Jimena mientras esta se desataba la bata de seda negra y se dirigía hacia el cuarto de baño. La tensión de esos días se le había acumulado en el cuerpo y el meneo con el profesor de inglés la había ayudado a relajarse. Eso sí, lo había invitado a pasarse al salir del trabajo a media tarde y acababa de despacharlo de vuelta a su casa nada más terminar. No tenía ganas de mantener una conversación seria con él, ni mucho menos de darle explicaciones sobre su vida; y, además, había quedado con Fátima y Gari en un rato para explicarles que estaban fuera del caso.

El agua caliente de la ducha la acogió como necesitaba, dejó que por el desagüe bajaran los fluidos que Adam había provocado en ella. No era un sexo de alta calidad, pero tampoco podía quejarse. Después de cuatro años soltera, prácticamente sin relaciones por haberse centrado en su proceso de terapia y en superar lo ocurrido, por fin comenzaba a disfrutar de nuevo de su vida sexual. Su ducha no era muy grande, a veces se preguntaba por qué no había elegido una bañera para relajarse de vez en cuando. Pero era lo suficientemente grande como para que pudiera estirar los brazos bajo el agua y cantar *soul* y seguir el ritmo de la música que sonaba en el altavoz que había dejado sobre la repisa del lavabo.

Al salir de la ducha, se enrolló el pelo en una toalla y se encendió un cigarrillo, que rápidamente apoyó en el cenicero que ya ocupaba su lugar habitual sobre el váter. Había echado de menos es rutina en esos cuatro años. Volver a fumar era una mala decisión, sin embargo, Jimena sabía que era algo que necesitaba en ese momento de su vida. Con el olor del Marlboro inundando las paredes del baño, salió hacia el

vestidor para ponerse algo de ropa cómoda. Tenía la calefacción a tope, como era habitual en ella si se quedaba en casa a trabajar, y decidió que con una camiseta de manga corta y unos *leggins* negros iba más que lista para el resto del día. Después, volvió al baño a darle una calada al cigarro que ya estaba medio consumido y a quitarse la toalla de la cabeza. Dejó que el pelo oscuro danzara ondulado y enredado en los hombros y se dirigió al escritorio del salón.

Allí observó *Las mujeres que ofrecieron su vida a Dios*, el libro que había escrito a raíz del caso de la Asesina de la Cruz. No era muy grueso, pues consistía en un ensayo de ciento y pico páginas. Pero se sorprendía a sí misma siendo capaz de escribir un libro que había dado la vuelta al país. También se había traducido a varios idiomas, aunque en el extranjero no había vendido demasiado. Sin embargo, en España había arrollado en las librerías. Los lectores demandaban saber más, pues la incógnita de la identidad de la asesina nunca había quedado resuelta. A pesar de eso, Jimena había dado las suficientes explicaciones para dejarlos contentos. Abrió el libro por las primeras páginas y releyó algunas de las palabras que había escrito cuando se estaba recuperando del incidente que puso su vida en jaque. Notaba la pasión que desprendía su relato, además de su propio sentido de la justicia que quedaba claro en aquel ensayo.

Dejó de lado el libro y suspiró; tenía que volver a escribir algo de esa calidad, incluso mejor. También debía escribir varios artículos que tenía pendientes para un par de medios nacionales. Decidió que haría eso último y durante una hora dedicó la mente a pensar en ese primer artículo que tenía que entregar. Al final, decidió escribir sobre la relación que podía mantener una periodista como ella con la policía. Por supuesto, no habló de su relación como colaboradora recién despedida, sino de las posibilidades que tenía un periodista en una investigación policial. Tenía claro que en su libro sí que hablaría de la oferta de Curro López, a pesar de que le había exigido que la mantuviera en secreto.

Conforme escribía sobre ese tema, pensó en cómo iba a afrontar con los chicos que estuvieran fuera del caso. Sabía que

era su responsabilidad, reconocía que sus contestaciones y actitudes hacia el cuerpo de seguridad no habían ayudado a evitar ese «despido». Si es que acaso podía llamarlo así. A Jimena no le interesaba el dinero, ya vivía de su libro, que le reportaba beneficios anuales, y también de sus artículos. Había pospuesto la mayor parte de sus seminarios en la universidad por la investigación, pero, de nuevo, no se trataba de dinero para ella. Sino de los medios que le facilitaba la policía. De alguna manera, investigando los asesinatos se había involucrado de manera personal y ya no podía abandonar lo que hacía porque la despidieran.

Después de un rato tecleando y sacando fuera lo que tenía en la mente, sonó el timbre del piso y Jimena se asustó sorprendida. Bajó la pantalla del portátil, decidida a terminar de escribir ese artículo en cuanto acabara con el equipo, y se pasó unos dedos por el pelo que tenía casi seco y menos enredado. Se dirigió a la puerta de entrada y abrió con el telefonillo. Después dejó la puerta entreabierta y fue a la cocina. Sacó un vino blanco de la nevera y se mordió el labio. No debía beber, pero en ocasiones como esta se lo merecía. Sirvió dos copas, una para ella y otra para Gari. Después se hizo con un vino sin alcohol que había comprado para Fátima y lo abrió.

—Buenas noches, Jimena —la voz de Gari fue la primera en inundar el salón.

La periodista se giró y se lo encontró sonriente en el umbral de la puerta. En cuanto sus ojos se cruzaron, sintió un calor invadirle el cuerpo. ¿Qué tenía ese hombre que tanto le gustaba? Ni siquiera lo tenía claro. Quizá era su cuerpo, grande y un tanto musculado. O sus ojos oscuros, que a veces eran color miel, que la estudiaban con deseo desde donde estaba. Pocas veces se había cruzado con hombres que la encendieran con tan solo mirarla.

—¡Jimena! —exclamó Fátima, que ya había pasado por delante de Gari y había roto el contacto que mantenían ambos.

—Os he servido vino. Bueno, a ti sin alcohol —terció la periodista con una sonrisa a la vez que se adentraba también en el salón mientras ellos se ponían cómodos en el sofá—.

¿Cómo estás, Fátima?

La historiadora no tenía muy buena cara. Se notaba que había descansado de la noche que había vivido hacía dos días, pero, por algún motivo, tenía la mirada cansada y vacía. Parecía que no había pasado un buen día.

—Ha sido un día difícil. Pero estoy bien. Eso sí, preocupada porque no ha aparecido una nueva pancarta —comentó mordiéndose el labio antes de darle un trago al vino sin alcohol.

—Antes de hablar de eso, Jimena, ¿cómo que estamos fuera del caso? ¿Me puedes explicar qué ha pasado? —preguntó Gari mientras la estudiaba con esos ojos que la desnudaban.

La periodista suspiró y se hizo con un Marlboro antes de hablar. Lo encendió y dejó que el humo le inundase los pulmones. Después hizo una mueca y se pasó los dedos por la cara, paseando el cigarro por delante de sus ojos. Alcanzó una silla de la mesa de centro que quedaba a la izquierda del sofá y se sentó frente a los chicos y el cenicero.

—Nos han cortado el grifo. Lo siento, pero la policía cree que ya no somos útiles para el caso. Así que estamos fuera. No hay sueldo, no va a haber más tránsito de información… Estamos fuera y ya —concluyó Jimena. Prefería ser directa y no andarse con sutilezas.

—No puede ser. —Fátima suspiró abatida. Jimena podía ver que no tenía ganas de pelear, probablemente el día que había vivido la había consumido del todo.

—No me jodas. Eso no es posible. Trabajamos, entregamos hipótesis. Bueno, yo sigo trabajando como criminólogo porque no me han pedido que no vuelva. Nosotros, como equipo, hemos acabado, ¿no? —planteó él antes de terminarse la copa de vino.

Jimena lo imitó y le dio un buen trago a su copa hasta dejarla vacía. Después se levantó y trajo la botella al salón y se echó más. No le gustaba la actitud de Gari, que parecía querer darse de baja cuanto antes.

—Esto es por el caso anterior, Jimena. Levantaste muchas ampollas del pasado y tienen resquemor hacia ti. Es posible que quisieran echarte. Pero yo no me voy a dar por vencida

porque no me paguen. Quiero seguir contigo aunque sea sin ese mísero sueldo. Tengo mi beca, solo tendré que dedicarle un poco más de tiempo a la tesis. A mí esta investigación me da la vida —explicó la historiadora emocionada y mirando a Jimena con dulzura.

—No sé si en tu estado es lo mejor, Fátima. En pocos días vamos a saber si estás embarazada y no creo que el estrés sea bueno —intervino Jimena preocupada y olvidándose de que Gari estaba con ellas.

—Precisamente, esto me recarga. Lo que me mata es el ambiente universitario, hazme caso —contestó ella antes de suspirar con fuerzas.

—Yo voy a trabajar como forense externo a la policía. Por lo visto tienen dos de baja desde hace unos meses y por eso me llamaron. Así que voy a seguir teniendo acceso al laboratorio y demás. No sé si es buena idea, de todos modos, que trabajemos juntos. Quizá me juego mi trabajo también. —Gari tenía pocas ganas de colaborar.

—Haz lo que quieras, es tu decisión. Si Fátima quiere seguir, voy a seguir con ella. Yo no pienso abandonar la investigación por esto. Creo que estamos cerca de cazarlo, tenemos hipótesis tangibles. Solo es cuestión de tiempo —añadió Jimena con un tono poco amigable.

No estaba dispuesta a convencer al criminólogo. Si no quería seguir, que se fuera.

—Está bien. Si queréis seguir, seguiré con vosotras. Así que tengo que contaros cosas… He traído esto. —Gari sacó de su bandolera una carpeta de plástico.

Jimena la alcanzó rápidamente y sacó las fotografías que había dentro.

—Oro. ¡Es oro! —exclamó Fátima emocionada.

La periodista intentaba descifrar la imagen. Eran unas agujas pequeñas, muy muy pequeñas. Y, como bien decía Fátima, eran de oro.

—Efectivamente. La víctima tenía cincuenta agujas de oro pequeñas, muy afiladas, en el cuerpo. La mayoría en el estómago. Después de ingerir esas cantidades, de no ser trasladado a un hospital, cualquiera moriría lentamente.

Pero… murió por un golpe de suerte —relató con los ojos muy abiertos y ante la atenta mirada de Jimena, que sonreía orgullosa de que hubieran acertado en la teoría del oro—. Mirad —sacó otra fotografía de la carpeta. Era más desagradable, pues se trataba del corazón de la víctima—, casi no puede apreciarse, pero una de esas agujas pasó al torrente sanguíneo y se clavó en su corazón. Eso fue lo que lo mató. Rápido y efectivo.

—¿Qué es esta mierda, Gari? ¿Este puto psicópata también ha fabricado cincuenta agujas de oro? ¿Cómo es posible que una aguja pasara al torrente sanguíneo y al corazón? —preguntó Jimena con un gesto de fatiga en el rostro.

Cada día que pasaba, ese asesino la repugnaba incluso más.

—Un golpe de suerte no se podía prever. Quiso darle una muerte lenta y dolorosa, pero la víctima tenía ese día la suerte de su lado. A diferencia de las víctimas anteriores, este falleció dos días antes de ser encontrado. Probablemente porque el asesino no podía calcular cuánto tardaría en morir, así que prefirió curarse en salud —relató él mientras recogía las fotografías.

—Sigo sin entender cómo es posible que pasara al torrente sanguíneo —repitió Jimena mientras suspiraba y encendía otro cigarro.

—Es extrañísimo, Jimena. No es algo que pueda pasar así de fácil, como bien te digo, es un golpe de suerte. Pero hay casos documentados donde ha ocurrido antes. Por ejemplo, hace unos años, un joven se tragó un alfiler, pasó al torrente sanguíneo y se le clavó en el corazón.

—¿Cómo se introducen esas agujas en el cuerpo de la víctima? —intervino Fátima, que tomaba nota en su ordenador portátil, que había traído con ella.

—Hemos encontrado restos de gelatina en el estómago, así que, probablemente, las agujas iban encapsuladas en gelatina. Además, son sumamente pequeñas. No es difícil.

—Ese trabajo de oro es muy fino y tuvo que ser encargado. —Fátima dejó el ordenador a un lado y se levantó—. Mirad, este reloj era de mi abuela. Tiene las manecillas de oro. Se lo regaló mi abuelo cuando eran jóvenes. Por lo visto, fue un

trabajo de un joyero granadino.

Fátima lo dejó sobre la mesa. Jimena lo alcanzó y afirmó con la cabeza.

—Además, tiene las manecillas grabadas, si no me equivoco —complementó Gari en el momento en el que se lo acercó a los ojos.

—Tuvo que ser encargado para ser un trabajo tan preciso y delicado —Fátima repitió sus palabras y afirmó con la cabeza.

—Entonces habrá que buscar joyerías en Granada que hagan ese tipo de trabajo. Necesitamos una muestra, Gari. Tráenos una aguja para poder llevarla por la ciudad —le pidió Jimena.

—Lo haré, no creo que sea difícil. Eso sí, la policía está desconcertada. Hoy he escuchado a Curro repetir varias veces que Jimena Cruz ya se lo advirtió —añadió divertido.

Jimena se rio ante el comentario y durante unos segundos destensaron el ambiente. Estaba demasiado cargado por la conversación que mantenían.

—Iremos por ahí. En cuanto la tengas, avísanos. Vamos a cazar a este hijo de puta. Cada vez nos deja más pistas. Ahora bien…, ¿qué pasa con la cuarta pancarta? —dejó en el aire la periodista.

—Quizá nos hemos equivocado en el ritual, ¿no? —respondió Fátima, que volvió a sentarse junto a Gari en el sofá.

—No. No puede ser. Es posible que haya más del ritual que aún no sabemos. Entre las tres víctimas, catorce días. Eso se ha cumplido de nuevo. Entre las tres primeras pancartas, catorce días. Creo que esto… esto puede indicarnos que ha terminado su trabajo, su misión. Si es así, no habrá nueva pancarta. O eso o nos falta información. Pero algo me dice que mientras no haya una pancarta, no habrá una víctima.

Las palabras de Gari se quedaron suspendidas en el aire. Jimena sintió sensaciones contradictorias. No querían que falleciera nadie más, pero… ¿dónde dejaba la investigación la posibilidad de que no hubiera más asesinatos? Tendrían que trabajar con lo que tenían.

No supo si la atemorizaba más que volviera a atacar o que no lo hiciera y fuera capaz de irse de rositas sin que lo cazaran.

Con ese pensamiento se echó la tercera copa de vino y se

encendió otro cigarro.

Capítulo 41

Jimena se movía de un lado a otro del cuarto de baño sin terminar de decidir si quería maquillarse antes de la entrevista que tenía en media hora o después. Se había puesto un vestido de invierno color olivo que le quedaba como un guante, además de recogerse el pelo oscuro en un moño bajo para dejar el rostro bien al descubierto. Se miraba en el espejo, tanteándose las facciones y volviendo a preguntarse de dónde venían. Lidiar con sus orígenes era una tarea complicada. Si bien había días que deseaba encontrar a su madre y hacer las paces con su pasado, otros, sencillamente, prefería olvidar la pesadilla de la que era fruto y que tanto la había hecho sufrir. Esperaba los resultados de ADN, aunque eso ni siquiera la ayudaba a identificarse como un bebé robado. ¿Quién era ella si toda su infancia había sido una mentira? Solo de pensar en ello se ponía enferma.

Se alejó del espejo, se echó una última mirada y decidió que se maquillaría después de la entrevista. Sobre las once empezaba el concierto de *jazz* para el que había comprado entrada hacía unos días. Iba sola, pues no tenía más amigas que Carmina y Fátima, y ni siquiera se le había ocurrido proponérselo a ninguna de ellas porque sabía que no encajaba con la vida que tenían. Carmina, en esas últimas semanas, se centraba en el vínculo que intentaba construir con Miguel Alcázar, además de en Hugo. Fátima, por su parte, estaba a pocos días de descubrir si estaba embarazada y no quería perturbarla demasiado.

En el salón, alcanzó su teléfono móvil y se encendió un cigarro antes de buscar a Curro López en su agenda. No le apetecía arrastrarse, y mucho menos hablar con él. Pero se debía también a sus compañeros y deseaba saber si ese despido había sido debido a uno de sus arranques con el investigador a cargo del caso, o porque verdaderamente los querían fuera. Así

que pulsó en la pantalla para llamarlo. Durante unos largos segundos, el teléfono dio señal. Hasta que le saltó el contestador y Jimena soltó una risotada en respuesta. Si no le apetecía hacerlo, eso ya era una señal de que tampoco debía disculparse e intentar recuperar un sueldo que ni siquiera necesitaba. Estaba convencida de que Curro no le había cogido el teléfono porque no quería.

Seguidamente, buscó a Gari y decidió llamarlo. Si Curro no le daba las respuestas, sabía que el criminólogo sí que podía hacerlo. Aguardó nerviosa hasta que, por fin, Gari respondió la llamada.

—*Buenas noches, Jimena. Dime* —respondió al otro lado de la línea. Había mucho ruido, así que la periodista imaginó que estaría en un bar.

—¿Alguna novedad sobre el caso? Llevo todo el día sin recibir información por tu parte y empiezo a impacientarme —esto último lo dijo con cierta sorna para que sonara exagerado y gracioso.

—*Pues sí, tenía pensado llamarte mañana. Esta tarde han registrado la vivienda de Ramón Aguilar. Según me ha comentado un compañero, no han encontrado nada de momento. Pero lo han detenido para interrogarlo porque no tiene coartada para el último asesinato. El coche cuadra, las imágenes de las cámaras… Va a pasarse unos días en el calabozo* —le explicó Gari.

—Pero lo máximo que pueden retenerlo son setenta y dos horas, ¿no? Tiene que pasar a disposición del juez —comentó Jimena extrañada.

—*Esta gente tiene mecanismos para tenerlo más tiempo. Porque seguro que quieren que se rompa. Una noche en el calabozo ya hace mella, créeme.*

Después de unos minutos más de conversación en los que profundizaron en ese comentario de Gari, Jimena colgó la llamada satisfecha. Sin duda, si alguien podía romper a Ramón y que confesara, esa era la policía. La periodista estaba fascinada con la facilidad en la que todos los elementos cuadraban con Ramón. Su vocación por la pureza medioambiental, su vehículo, sus imágenes en las cámaras de seguridad… Sin embargo, ¿por qué algo le hacía saltar las

alarmas? Quizá porque en el caso de la Asesina de la Cruz nada había sido tan evidente.

Decidió salir del piso a pasó rápido, tras alcanzar su bolso. Tenía una entrevista con Antonio, la pareja de Lorenzo Espinosa. La había conseguido después de presentarse esa mañana en su casa y aguardar a que saliera. Al principio, Antonio no quería hablar. Pero tras unos cuantos intentos, cedió ante la periodista y decidió colaborar con ella. En eso había ayudado la labia de Jimena, que había construido un discurso con el que le planteaba al chico que, si no actuaba, quizá no ayudaba lo suficiente como para que cazaran al asesino. Había sido dura, quizá demasiado.

Se dirigió a Plaza Nueva, uno de los lugares simbólicos de la ciudad que le quedaba a escasos minutos de su casa. Había reservado una mesa para ella y para Antonio, pues esa zona siempre se cargaba de turistas y estudiantes. Además, era hora punta. Recorrió las calles con un nuevo cigarrillo. Era consciente de que su vuelta al tabaco era exagerada. Debía controlarse. Se prometió a sí misma que llamaría a su terapeuta y volvería a dejar el tabaco cuando acabara la investigación. Le exigía mucha energía por su parte. Cada día ocurría algo nuevo que ponía en jaque lo que teorizaban.

Pronto divisó al chico sentado. Era dos años más joven que Lorenzo. Estaba todavía descompuesto, como aquella noche en la plaza del ayuntamiento y esa misma mañana. Jimena lo entendía, se necesitaba tiempo para procesar una pérdida. Y muchísimo más si te habían arrancado a tu novio de los brazos con violencia. Lo saludó con dos besos y ocupó el asiento que quedaba frente a él.

—Si no te importa voy a sacar la grabadora. Me gusta tener estas conversaciones guardadas para poder repetirlas y tomar notas —le indicó Jimena.

—Vale —fue lo único que respondió el chico.

La periodista se fijó en que sus ojos eran mucho más azules desde cerca. También que tenía unas entradas pronunciadas en la cabellera oscura que le daban cierto encanto. Pero lo que más la impresionaba eran sus ojeras y cómo se le marcaba la mandíbula. Denotaba que llevaba todos esos días sin comer, y

no parecía estar dispuesto a hacerlo.

—Perdona, ¿podrías ponerme una copa de vino blanco? Antonio, ¿tú qué quieres? —le preguntó al chico, que se removía nervioso en su asiento.

—Una Fanta, por favor —indicó este con la cabeza gacha y sin mirar al camarero que los atendía.

Jimena empezó la conversación con preguntas banales que se referían a la propia vida de Antonio. También quiso saber cómo estaba, a lo que recibió un gesto de tristeza y unos hombros encogiéndose. Sintió una pena terrible por aquel joven, vivía algo que no le correspondía. Después decidió pasar a la acción y entrar en materia.

—Entonces, ¿qué puedes contarme sobre Lorenzo? Cualquier detalle me será útil, créeme. Quiero hacerme una idea de su perfil —le explicó la periodista.

Antonio pareció dudar unos segundos antes de comenzar a hablar. Jimena recordó que esa mañana le había mentido descaradamente, diciéndole que colaboraba con la policía y era una persona sumamente importante dentro del cuerpo en la investigación. El chico parecía haberlo comprado, así que tampoco se había retractado.

—Lorenzo es…, bueno…, era —se corrigió. Jimena pudo ver cómo se le saltaban las lágrimas al momento— un chico muy retraído. Sufrió una homofobia terrible al salir del armario nada más empezar la universidad. Su tío, al principio…, no lo aceptaba.

—¿Crees que podía tener interés en asesinarlo? —Aunque ella ya sabía la respuesta.

—Qué va, lo solucionaron… pronto. Su tío empezó a leer sobre el tema y abrió la mente. De hecho, su tío no quería dirigir el hotel de Lorenzo, lo hizo porque este había perdido a sus padres de adolescente y decidió ayudarlo. Él ya tenía su empresa y su vida hecha, ¿sabes? —respondió Antonio antes de acabarse su Fanta de naranja.

—¿No era mucha presión para un joven de la edad de Lorenzo verse con ese hotel heredado y tener que gestionarlo? —indagó Jimena. Tenía mucha curiosidad con ese tema, pues le daba la sensación de que debía ser un peso en la vida del

joven.

—Sí que lo era, pero él lo llevaba bien —dijo Antonio antes de subirse las mangas de la camisa que llevaba.

—¿Conoces a alguien que pudiera tener interés en quitarle la vida?

La pregunta cortó el ambiente. Jimena notó cómo Antonio volvía a tensarse y a cerrarse frente a ella. Quedaba claro que el joven no quería escuchar ninguna palabra que le recordara al asesinato de Lorenzo.

—No…, no se me ocurre nadie. Ya se lo dije a tus compañeros —respondió refiriéndose a la policía.

—¿Hay algo que vinculara a Lorenzo con el río Darro? ¿O…, no sé, con el medioambiente en sí? ¿Quizá el hotel tenía algún problema por este tema? —Jimena necesitaba encontrar esa conexión entre Lorenzo y el resto de las víctimas. Si no lo hacía, entonces toda la hipótesis se iba a pique.

—No que yo sepa… Lorenzo no era un tío muy activista ni nada de eso. Más bien todo le importaba bien poco. Excepto su hotel y… y yo —confesó con lágrimas.

La periodista supo en ese momento que había poco más que pudiera rascar de Antonio. Así que cerró la conversación con un par de preguntas más y después lo invitó a la bebida que se había tomado. Observó cómo el joven se alejaba por la calle, dándole la espalda con los hombros hundidos. Quizá ese chico nunca se recobrase de la pérdida que había sufrido. Pero Jimena, más que nadie, empatizaba con él y sabía que, si ponía de su parte e iba a terapia, lo conseguiría. Además, era demasiado joven para dar por terminada su vida.

Después de pagar, cruzó el interior del bar, que era pequeño y se encerró en el baño. Conforme se maquillaba sutilmente los ojos y los labios, pensó en Antonio. No iba a volver a quedar con él. No había necesidad de que ese chico pasara de nuevo por la tortura de recordar a Lorenzo en voz alta. Ya la policía lo había entrevistado. Ella también. Quizá algún otro periodista lo hiciera. Pero se imaginó que lo dejarían tranquilo y en paz para superar la muerte de su novio. Además, el funeral no debía estar lejos. En cuanto la policía liberara el cuerpo, podrían despedirse de él.

Salió del bar y notó el frío de la ciudad golpearle las mejillas y sonrió. Estaba preparada para disfrutar de ese concierto de *jazz* que había reservado. Necesitaba despejar la mente de la investigación y si se quedaba en casa, no lo haría. Además, también quería alejarse de esas sensaciones que le había dejado Antonio en el cuerpo. Despersonalizar la investigación era imposible para ella. Todo el rato le traía recuerdos del caso anterior, lo que hacía que lo que había trabajado en terapia durante cuatro años se tambaleara.

No tardó demasiado en llegar a la sala donde se celebraba el concierto. Le quedaba a unos quince minutos desde Plaza Nueva en dirección al centro de la ciudad. Vio varias personas que fumaban en la puerta y decidió hacer lo mismo antes de entrar. El concierto estaba a punto de empezar. Mientras fumaba, observó los carteles que estaban colgados en las cristaleras del club. No había ningún otro concierto que le interesara. Observó también las luces de neón rosa fucsia que coronaban la puerta de la sala.

Al terminar de fumar y todavía sintiendo la esencia de Antonio a su alrededor, cruzó la puerta y le mostró su entrada al vigilante de seguridad que custodiaba la segunda puerta. Se adentró en el bar con una sonrisa. Le gustaba ese sitio, de joven había pasado muchas noches allí. Tenía dos plantas, lo que separaba bien los ambientes. El concierto era abajo, pero antes de dirigirse hacia allí, fue hacia la barra y aguardó a que la atendiera la camarera. Hasta que, de pronto, una voz sonó detrás de ella diciendo:

—Una copa de vino blanco para ella.

Reconoció a esa persona enseguida. Se giró sorprendida y sonrió.

Los ojos oscuros de Gari la estudiaban con deseo.

Capítulo 42

Bajo las luces de la sala, y embriagada por la música *jazz* que sonaba por los altavoces que estaban situados junto al escenario, Jimena se apoyó sobre la barra de la planta de abajo y observó el grupo que tocaba en directo. La presencia de Gari le despertaba emociones que deseaba tener bajo control y se terminó la copa de vino antes de que empezara el tercer tema del grupo. Decidió sentarse en uno de los taburetes altos que había frente a la barra y se pidió una cerveza sin alcohol. No pensaba beber más, y menos esa noche, que tenía al criminólogo tan cerca y pendiente de ella.

—¿Me presentas a tu cita? —le preguntó Gari mientras se acercaba de nuevo.

Jimena pudo oler su fragancia, que llevaba una mezcla de flores y frutas silvestres. También se fijó en que era la primera vez que lo veía medianamente arreglado, con una camisa negra que le quedaba como un guante y unos pantalones color caqui que le marcaban las piernas. Se notaba que hacía deporte, no sabía cuál, pero no dudaba de que alguno que requiriera fuerza.

—No tengo ninguna cita. Vengo sola. —Se rio al darse cuenta de que estaba sentada junto a un hombre de su edad que también parecía venir solo.

—¿Cómo es posible que a los dos nos guste el *jazz* y no lo supiéramos? —Gari volvió a acercarse demasiado y Jimena se echó hacia atrás en un intento de marcar distancia.

—Tampoco es que hayamos hablado demasiado. Además, eres muy hermético —añadió ella después de darle un trago a su cerveza sin alcohol.

—¿Yo soy hermético? ¡Pues anda que tú! Si prácticamente no se te puede hablar —comentó él con una sonrisa para rebajar el comentario.

Jimena le hizo una mueca sutil con los labios y después lo

miró para indicarle que mantuviera silencio. El saxofón acababa de arrancarse por fin y deseaba poder escucharlo tranquilamente. No había ido a ese concierto a pasar tiempo con Gari, a pesar de que la sorpresa no había sido negativa como habría supuesto en un primer momento.

Después de otro tema más, el criminólogo se alejó de la barra con su cerveza y se acercó al escenario. Ahí se perdió entre el pequeño grupo que había asistido al concierto. Jimena sabía que el *jazz* no era el género musical que atraía más oyentes en Granada. Pero también le sonaban algunas de las caras que estaban en la sala, pues a menudo se encontraban en los conciertos. En aquellos últimos cuatro años, se había dedicado mucho a sí misma y uno de esos placeres que se daba era asistir a conciertos de música *jazz* en directo. De hecho, ya había visto a ese grupo hacía un año en ese mismo lugar.

El olor a alcohol viejo bañaba la estancia. Ya no solo las luces y la música la transportaban a lo que tocaban desde el escenario, sino también ese olor que se mezclaba con el de la madera de la barra. Jimena apoyó la cabeza sobre la mano, que a su vez tenía sobre la barra, y cerró los ojos para disfrutar de la música. El sonido del bajo era lo que más apreciaba de ese grupo, pues se notaba que el bajista se desvivía por el *jazz*. Al cerrar los ojos, se imaginó cómo sería la vida de aquellos que tocaban esa música que le llenaba el alma. Por una hora y media dejaba de ser Jimena Cruz y se convertía en cualquier otra persona que no tuviera sus responsabilidades ni lidiara con sus problemas de identidad.

Al rato, abrió los ojos y se encontró con la mirada de Gari. Había salido de entre la multitud y estaba apoyado en una de las columnas del bar. La miraba desde la distancia y Jimena se preguntó cuánto tiempo llevaría haciéndolo. Se incorporó y se levantó del taburete. Alcanzó su cerveza sin alcohol, de la que todavía le quedaban un par de tragos y se acercó a él. Bajo las luces rojas de la sala, y rodeados por ese *jazz*, parecían dos desconocidos que querían encontrarse.

A la periodista le gustaba el juego que se traía el criminólogo. La atracción era evidente entre ambos, no necesitaban decirlo en voz alta. Y él disfrutaba jugando con esa

carta. Por eso la miraba con descaro, mostraba deseo y no apartaba los ojos de su cuerpo. Jimena empezó a bailar al ritmo del *jazz* y se contoneó frente a él. Gari no apartó la mirada y se separó de la columna. La periodista pudo ver cómo dejaba su cerveza sobre la mesa más cercana y se acercaba a ella.

De pronto, tenía sus manos en la cintura. Jimena se mordió el labio. ¿Quizá era el momento de dejarse llevar y no pensar tanto? Durante unos minutos bailó lentamente y notó el calor que emitían las manos de Gari. No quiso girarse, por miedo a perder el control. Deseaba acostarse con ese hombre más allá de lo físico. Había algo que le pedía a gritos que lo hiciera. Quizá era la investigación que los conectaba o, sencillamente, que era misterioso y eso la hacía querer saber más.

—No me lo pongas más difícil —susurró Gari en su oído mientras Jimena echaba el cuerpo hacia atrás y empezaba a rozarse contra él.

Ahí fue cuando ella se giró y lo miró directamente a los labios. Jimena no era una mujer precisamente de baja estatura, pero Gari era mucho más alto que la media española y le sacaba casi una cabeza. Ella volvió a morderse el labio inferior y decidió que era el momento de lanzarse. Así fue hacia la boca de Gari, que la recibió húmeda y deseosa de más. El criminólogo la atrajo hacia sí con fuerza, la apretaba por las caderas y movía su lengua al compás que ella marcaba. Jimena sintió que se podía desmayar del deseo que sentía y recorrió su espalda con las manos, por debajo de la camisa. Empezó a sudar de manera sutil en cuestión de segundos. Notó que empezaba a humedecerse, ya mojaba el tanga de encaje que llevaba bajo los vaqueros apretados que se había puesto esa noche.

El *jazz* sonaba de fondo como si quisiera acompañarlos en ese momento álgido en el que, al fin, habían decidido dar rienda suelta a la atracción que existía entre ellos. Ambos se controlaron, sabían que estaban en público. Jimena deseaba meter la mano en los vaqueros caqui que llevaba el criminólogo, pero mantuvo las manos recorriéndole la espalda y el torso. No tenía un abdomen definido, más bien marcado

por el paso de los años y la falta de ejercicio en esa zona del cuerpo. Eran los brazos los que estaban musculados gracias a ese deporte que Jimena no conseguía descifrar. Se preguntó si haría montañismo, pues le pegaba por su constitución física.

—Esto no puede influir en nuestro trabajo juntos —dijo Jimena nada más alejarse de él después de unos minutos.

—Ya somos adultos como para siquiera plantearnos estas cosas —contestó él yendo de nuevo a por su boca.

Jimena se dejó hacer y notó que él le agarraba el culo y bajaba hacia dentro, como si quisiera llegar hasta sus partes más íntimas. Contuvo las ganas de empotrarlo contra el pilar sobre el que se había apoyado hasta hacía unos minutos. Y disfrutó de sus besos, que eran húmedos y ardían como el fuego. Solo deseaba llevarlo hasta la cama más cercana y desnudarlo. Podía notar por su erección que él quería lo mismo. Se alejó de nuevo, respirando y mirándolo desde la distancia.

—No sé tú, pero yo dejaba el concierto para otro día —musitó ella sintiendo los labios hinchados.

—Si me lo dices así no creo que pueda pensármelo demasiado. Además, hemos escuchado la mitad —contestó él sumamente encendido a la par que la atravesaba con la mirada.

Finalmente, alcanzaron los chaquetones que habían dejado en uno de los taburetes de la barra y abandonaron sus botellines sobre ella. Conforme subían las escaleras, Gari le agarró de nuevo el culo y Jimena estuvo tentada de darse media vuelta y desnudarlo ahí mismo. Salieron de la sala despidiéndose del vigilante de seguridad y entre risas, llevados por la pasión y el deseo de consumar esa atracción que los acercaba tanto.

—Demasiado tiempo aguantando las ganas, ¿no? —susurró ella conforme subían hacia la zona de Plaza Nueva.

—Desde el puto día en el que te vi en un artículo de un periódico, Jimena. No sé cómo, pero sabía que tenía que conocerte. Y esa… atracción que tenemos… no sé ni cuándo empezó. Creo que al principio me lo negaba y me cerraba en banda a conocerte por miedo a que afectara al trabajo —

comentó él manteniendo las distancias.

—¿No eres tú el que dice que ya somos lo suficientemente adultos como para siquiera plantearnos esas cosas? —contestó ella antes de sacarle la lengua con una sonrisa.

—Eres mucho más agradable de lo que pareces a simple vista, Jimena —respondió con una sonrisa.

A Jimena ese comentario le caló más hondo de lo que aparentó. A pesar de que charlaron sobre el concierto, se alejaron de cualquier conversación que supusiera analizar lo que había ocurrido dentro de la sala y no dejó de pensar en el comentario de Gari. Sabía que se mostraba hermética y fría. Le había achacado eso mismo al criminólogo, pero ¿cómo de distinta se había mostrado ella? Ni siquiera abría la puerta para que alguien la conociera. Era algo que había trabajado en terapia y que estaba dispuesta a llevar a cabo en su vida.

Para el momento en el que se acercaban a Plaza Nueva, vio cómo Gari dudaba de hacia dónde dirigirse. Ella había dado por hecho que iban a su piso, pues ni siquiera sabía dónde vivía el criminólogo. Pararon sus pasos en la entrada de la plaza y se mantuvieron unos segundos en silencio. Hasta que ella dijo:

—¿Dónde vives?

—Aquí, en una de las bocacalles que bajan de Plaza Nueva —contestó él subiéndose la cremallera del chaquetón grisáceo deportivo que llevaba.

—¿En serio? Nunca me habías dicho que somos vecinos. —Ella se cruzó de brazos.

—Tampoco habías preguntado —respondió él con una sonrisa amistosa.

—¿Entonces me vas a invitar a subir? —Jimena se ruborizó al preguntarlo y se sintió como cuando era adolescente y se echaba un novio de clase por carta.

—Había pensado que podíamos ir a tu casa… —respondió él acercándose a ella y haciéndose de nuevo con su boca.

La periodista se dejó hacer unos minutos. Notaba que el calor que ambos emitían combatía el frío que arrasaba la ciudad. La boca de Gari le gustaba más de lo que quería reconocerse a sí misma y se preguntaba qué efectos podía tener

en otras partes de su cuerpo. Por eso, de pronto, interrumpió el contacto entre ellos, lo cogió de la mano y tiró de él en dirección al Realejo.

Esa parte del trayecto la hicieron a paso rápido, pero se paraban cada ciertos metros para volver a enrollarse contra cualquier pared que tuvieran cerca. Desataron la pasión, conectando con los niños que habían sido y que perdían el control ante cualquier persona que les gustara. Jimena sintió que su tanga de encaje no podía tragar más flujo y que iba a reventar si no metía a Gari en su cama.

Conforme subían en el ascensor y se enrollaban, Gari le quitó el chaquetón y el jersey, dejándola en sujetador y en vaqueros. Ella suspiró al notar sus manos en su cuerpo.

El último pensamiento que tuvo, nada más cruzar la puerta de su piso, fue que hacía años que no sentía tanta atracción por alguien.

Capítulo 43

Los labios de Leónidas la recibieron cálidos y carnosos. Fátima se ruborizó cuando él le acarició la espalda al despedirse. Después salió de la casa atándose el abrigo de paño canela. Tomó la calle Zenete hacia abajo, en dirección a las teterías granadinas. Le gustaba la ubicación donde vivían porque se encontraba cerca de todo, a pesar de estar en el Albaicín. Tuvo cuidado de no resbalarse en el adoquinado tradicional del barrio, pues aquella noche había llovido y la ciudad se había despertado húmeda. Pensó en Leónidas y en la conversación que habían mantenido la noche anterior, estaban cerca de saber si eran padres y Fátima debía cuidarse para no perder el bebé.

Pero, para la historiadora, la investigación era la motivación que la hacía levantarse cada mañana. El episodio que había sufrido hacía unos días en la facultad con el compañero de trabajo de Leónidas era lo que verdaderamente la estresaba y ponía en riesgo su embarazo. Por eso había decidido dedicarle todo el tiempo que pudiera al caso, la ayudaba a no pensar en su tesis doctoral ni en lo que supondría una vida entera como profesora universitaria rodeada de esos hombres que la despreciaban. Fuera como fuese, estaba motivada y decidida a darlo todo esos días. Además, se sentía optimista frente a la posibilidad de estar embarazada. Era lo más lógico y las probabilidades jugaban a su favor.

Conforme bajaba la calle de las teterías, se pasó una mano por el abdomen y sonrió. La luz vespertina también le bañó la cara y sintió ese abrazo cálido que le ofrecía la ciudad a pesar del frío que asolaba sus calles. Había quedado en verse con Gari Atxa en unos minutos junto a Plaza Nueva. Este había conseguido, por fin, una de las agujas de oro que tenía Lorenzo en el cuerpo. Fátima no quería saber cómo, pues se imaginaba que la policía no habría cedido si Gari hubiera preguntado.

Pero lo importante es que la tenían y ella iba a encargarse de saber dónde se había elaborado. Agradecía que Jimena le hubiera hecho ese encargo. Además, esos días la periodista iba de un lado a otro de la ciudad para sacar la información que la policía ya no les facilitaba.

Se adentró en la calle Elvira, que era paralela a la avenida principal de la ciudad, Gran Vía. Y caminó rápidamente hacia el final de la calle, donde la esperaba el criminólogo. Pudo verlo a lo lejos, apoyado contra un quiosco y con ojeras tan marcadas que se divisaban desde donde estaba Fátima. Esas ojeras le recordaron a la noche en la que había aparecido el cuerpo de Lorenzo Espinosa. Seguían sin rastro de una nueva pancarta y se sentían desolados ante la inmensa duda que eso planteaba entre los tres. ¿Acaso la teoría de los avisos no era correcta? ¿Quizá la temporalidad? ¿O era probable que se hubieran acabado los asesinatos? No tener respuesta era lo más difícil en esos momentos.

—Buenos días, Gari —lo saludó Fátima antes de darle dos besos.

—Eh, aquí tienes. —Le tendió una pequeña bolsa de plástico.

La historiadora se la acercó a los ojos y arqueó las cejas. La aguja era incluso más diminuta de lo que se había imaginado. Además, era muy fina y se notaba que había sido un trabajo preciso que habría desarrollado un joyero.

—¿Estás bien? —le preguntó antes de guardarse la bolsa en uno de los bolsillos interiores de su bolso.

—Claro, ¿por qué? —contestó él mientras se pasaba una mano por el pelo.

Fátima prefirió no contestar. Había algo raro en el criminólogo esa mañana. Se notaba que no había dormido demasiado. Quizá porque había trasnochado o porque no había pasado la noche solo. No necesitaba indagar sobre su vida personal. Se conformaba con la amistad que surgía entre ella y Jimena, y respetaba la privacidad de Gari. Así que negó con la cabeza y respondió:

—No, nada… Oye, al final, ¿las cámaras de seguridad? Porque me imagino que el ayuntamiento de Granada tendrá

cámaras —le preguntó.

Hacía unos días que no veía a Jimena y tampoco ninguno de los dos le había hablado de ese tema. Llevaba varias horas, desde que se había levantado, preguntándose si habría algo nuevo respecto a las imágenes que se hubiera podido captar aquella noche.

—Buah, lo siento, no te lo dije. A Jimena la llamé hace un día y medio, pero… nada, no hay imágenes. Las cámaras del ayuntamiento están dentro. El banco que hace esquina en la plaza, justo la cámara que tiene no pilla la zona donde se dejó el cuerpo. Parece mentira, pero es que nadie ha visto nada. No sé si es porque esa noche llovía a mares, pero se juntaron todas las condiciones para que el hijo de puta dejara el cadáver y se fuera de rositas —Gari transmitía que estaba molesto.

—En fin…, pues nada, voy a ver qué nos cuentan de esto. Ya os llamo luego si consigo alguna información importante. Tendré cuidado con la aguja, no te preocupes —se adelantó Fátima al ver que Gari mostraba preocupación en el rostro.

Tras despedirse del criminólogo, Fátima anduvo hasta llegar a Plaza Nueva. Después torció a la derecha para coger otra de las arterias de la ciudad. Se encontraba muy cerca de donde vivía Jimena, además de los lugares donde había aparecido el cuerpo de Julián Alcázar y el de Lorenzo Espinosa. Le parecía extraño que Estrella Ramírez estuviera tan lejos. Había llegado a la conexión de que las tres víctimas estaban alrededor del río Darro, pero eso seguía sin explicar el motivo de sus asesinatos.

Muchos granadinos desconocían que el río Darro estaba soterrado. Hacía dos siglos, Granada estaba dividida por su río. Se había tomado la decisión de embovedarlo y construir sobre él las carreteras que entonces pisaba Fátima por varios motivos. El Ayuntamiento, en sus diferentes etapas, siempre alegó que tenía que ver con una cuestión de salubridad. Los granadinos tiraban las aguas sucias y los restos al río desde sus ventanas, lo que hacía que fuera una fuente de enfermedades y miserias. Sin embargo, Fátima, que había leído mucho sobre el tema, también había encontrado especialistas que argumentaban cuestiones sociales. El río marcaba el centro de la ciudad y allí vivía la clase más humilde. Gracias a su

embovedado, muchas viviendas fueron destruidas y los que las habitaban, debido a su escasez económica, tuvieron que mudarse a otras zonas de la ciudad. Así el centro fue ocupado por la burguesía, y se limpió socialmente la zona del río Darro.

Fátima se consideraba una afortunada por ser una granadina que conocía la historia del centro de la ciudad. Había tenido que hacer un trabajo para el grado sobre el embovedado y era un tema que la apasionaba. Así que se había dado cuenta de que las tres víctimas estaban alrededor del río Darro. Pues justo donde estaban Lorenzo y Estrella se encontraba el embovedado. Sin embargo, seguía sin entender qué significaba eso. Si el motivo de los asesinatos era una cuestión medioambiental, como habían supuesto, ¿dónde estaba esa conexión con Lorenzo Espinosa? Hasta esos momentos no la habían encontrado.

Cuando estaba a la altura del ayuntamiento, su teléfono móvil empezó a sonar en el bolso y lo sacó: era su padre quien la llamaba.

—*Buenos días, Fátima, nos tienes abandonados. ¿Vas a venir a vernos?* —la voz de Pedro sonaba cansada.

—Hola, papá. Es que voy hasta arriba de trabajo, por eso no me he pasado por Monachil —respondió ella con dulzura.

—*¿Sabes ya algo del embarazo? Nos tienes en ascuas. Queremos saber si somos abuelos* —explicó.

Fátima no pudo evitar sonreír. Estaba segura de que ese bebé sería la solución para los problemas entre sus padres y Leónidas. Necesitaba que eso avanzara en su vida y que pudieran funcionar como una familia normal. Frenó sus pasos frente a Correos, un edificio majestuoso que mostraba el cambio que había sufrido Granada en los dos últimos siglos.

—Qué va, aún nada. En unos días. No te preocupes, que os llamaré. —Ella se rio y se pasó de nuevo una mano por el abdomen.

—*Y la investigación esa en la que estás, ¿cómo va? ¿Han detenido ya a alguien?*

A Fátima le sorprendió la pregunta.

—No puedo contarte nada, papá. Como te imaginas, es confidencial. Pero puedo tranquilizarte, avanzamos mucho. La

policía hace bien su trabajo.

Pedro Suárez guardó silencio unos segundos al otro lado de la línea. Fátima miró el teléfono para confirmar que seguía en la llamada. Seguidamente, escuchó cómo carraspeaba la voz al otro lado antes de añadir:

—*Pero… ¿no hay nadie detenido? ¿Algún sospechoso?*

—Papá, ya te he dicho que no puedo contarte nada. Déjalo —esta vez Fátima alzó un poco la voz, molesta por tanta insistencia.

—*Aunque sea un pequeño avance… Es por quedarme tranquilo, ¿sabes?*

—Mira, creo que es mejor que hablemos en otro momento. Pasa buena mañana, papá.

Finalmente, colgó la llamada y guardó el teléfono en el bolsillo donde lo tenía en el bolso. Echó a andar con un resoplido. Su padre, con la edad, cada vez estaba más terco. A veces se preguntaba si todo ese trauma de su juventud era lo que lo había hecho un hombre tan excéntrico. Cuando le daba por algo, no lo dejaba. Parecía que ese día se había levantado con ganas de saber más sobre el caso y Fátima no entendía por qué.

Decidió no darle más vueltas y cruzó las calles comerciales de Granada, directa como una flecha a la joyería que conocía. Había varias por la zona, pero sabía que esa era la que mejor trabajaba el oro. Además de haber hecho una búsqueda exhaustiva por internet, también había hablado con varias conocidas. Todas habían comprado allí sus anillos de compromiso o lo que le regalaban a sus parejas por Navidad. Por lo que había leído, era la joyería más antigua de Granada y trabajaba en ella la hija de su fundadora. Esa hija ya era una mujer prácticamente anciana que conocía el oro como la palma de su mano.

La tienda se escondía en una de las bocacalles de Mesones, la calle comercial principal de la ciudad. Estaba encajada junto a la entrada de un piso de varias plantas. Parecía casi como si hubieran aprovechado el hueco entre dos edificios. Empujó la puerta de entrada y descubrió que era muy pequeña, tanto que otra clienta no cabría a su lado dentro. Las paredes estaban

repletas de vitrinas con joyas de oro. Rápidamente detectó el lugar de las alianzas de boda y sonrió. Quizá algún día se casara con Leónidas, no lo descartaba. No había nadie al otro lado del mostrador, que estaba al fondo y rodeado de más vitrinas de cristal.

—Buenos días —dijo Fátima en voz alta.

—¡Voy! —contestaron al otro lado de la cortina que había tras el mostrador.

La historiadora se acercó y aguardó. Rápidamente apareció una mujer mayor, que debía tener cerca de setenta años. Era bajita y tenía un pelo rizado plateado precioso. Las arrugas le marcaban el rostro y se limpiaba las manos con un trapo viejo y sucio.

—Soy Fátima Suárez, he llamado esta mañana temprano para verme con usted —indicó sonriente.

—Oh, claro. Pasa, pasa. Vamos a mi taller. Ahí puedes enseñarme eso que me traes —contestó la mujer a la par que le pedía que pasara por el lado que quedaba libre junto al mostrador.

Nada más cruzar la cortina que escondía el taller de la mujer, Fátima sintió que un olor metálico le inundaba las fosas nasales. El taller era incluso más pequeño que la tienda y se notaba que aprovechaban bien el espacio. La mujer se sentó al otro lado de la mesa de hierro donde parecía haber estado trabajando. Tenía varios alicates encima y un par de máquinas que Fátima no reconoció, pero que se imaginó que eran necesarias para su labor. La historiadora se sentó frente a ella y sacó la bolsa de plástico de su bolso.

—Como le comenté esta mañana, no podemos tocarlo a no ser que llevemos guantes. Si no lo sacamos de la bolsa, mejor. Necesito que me diga si cree que esto es obra de un joyero y, de ser así, si puede ser suya —explicó tendiéndole la bolsa.

La mujer acercó una lámpara a la mesa y colocó la bolsa debajo, sobre una pequeña placa de madera. Apretó los ojos y se puso las gafas de ver que llevaba colgadas al cuello. Empezó a darle vueltas a la bolsa y a afirmar con la cabeza. Después apagó esa luz y miró de nuevo a Fátima.

—Sin duda, es trabajo de un joyero. Yo nunca he hecho

agujas, querida. Pero es un trabajo muy fino. No es fácil sacar un alfiler de este tamaño, tan fino y elegante. No creo que lo haya hecho cualquiera —le dijo antes de tenderle la bolsa de nuevo.

—¿Se le ocurre alguien en Granada? ¿Alguna joyería? —Fátima supuso que entre joyeros debían conocerse.

—Aquí no queda nadie, que yo sepa, con tanta experiencia. Por cercanía, te diría que Córdoba. Allí están los mejores joyeros de Andalucía. Te recomendaría ir allí directamente y preguntar. Hay grandes maestros del oro en esa ciudad —respondió la mujer antes de levantarse e indicarle a Fátima que hiciera lo mismo.

La historiadora le agradeció su ayuda y después salió de la tienda con más preguntas de las que tenía al entrar. Se apoyó contra la puerta del edificio que había al lado y buscó su teléfono móvil en el bolso. Llamó directamente a Jimena que la recibió preguntándole:

—*¿Alguna novedad?*

—Prepara el coche, que nos vamos a Córdoba.

Capítulo 44

Fátima escuchaba un documental que había encontrado en YouTube conforme subía hacia el *parking* de San Agustín, donde le había indicado Jimena que Gari tenía el coche y habían quedado en quince minutos. Ese documental tenía fama de explicar la orfebrería tradicional de Córdoba, así que se puso los auriculares nada más colgar la llamada con la periodista y se encaminó hacia arriba absorbiendo toda la información que podía.

Córdoba había sido una ciudad marcada por la tradición de la platería. Esta actividad comenzaría con la llegada de los primeros cargamentos de plata que provenían de Sudamérica, cinco siglos atrás. En todo el reino de España supuso un antes y un después que marcó una orfebrería que daría de comer a muchísimas familias. En Córdoba, específicamente, los orfebres se habían organizado en torno a un gremio que lideraría el trabajo de la plata, el oro y las piedras preciosas y ganaron cada vez más fama a lo largo de los siglos. Eso sí, el acceso a la profesión estaba restringido y se necesitaba la aprobación por parte del gremio. A Fátima la sorprendió escuchar en esos quince minutos del documental que había supuesto una herramienta de división social, pues había que tener un certificado de «limpieza de sangre», ni los judíos ni los árabes podían ser aprendices.

Por suerte, con el paso del tiempo y cerca del siglo XXI, el control de la cofradía religiosa sobre el gremio menguó hasta desaparecer. A pesar de eso, la judería de Córdoba seguía repleta de talleres artesanales de joyeros que heredaban esa tradición tan ancestral. A Fátima con esa información le bastaba para decidir que había que ir a esa ciudad en busca de respuestas. Especialmente porque era la cuarta ciudad europea más importante en el arte de la orfebrería, así que, si esas agujas habían sido confeccionadas cerca de Granada, podía ser

que fuera en Córdoba. Además, hacía tiempo que no visitaba el antiguo califato y echaba de menos el olor del azahar de sus calles.

Tuvo que cortar el documental de YouTube y quitarse los auriculares al llegar al *parking*, que estaba bajo el mercado de la ciudad y en pleno centro. Se sorprendió de que Gari tuviera coche y lo aparcara ahí. Aunque era consciente de que no sabía nada de su vida. Se adentró por el acceso que le había indicado este por el grupo de wasap y bajó las escaleras hasta la segunda planta bajo tierra. Al adentrarse en el *parking*, vio cómo él y Jimena hablaban, quizá demasiado cerca, junto a un coche.

—¡Hola! —exclamó Fátima en un intento de hacerse notar.

Al momento, ambos se separaron. La historiadora percibió que una conexión que era evidente entre ellos se rompía. Arqueó las cejas al llegar hasta ellos y sonrió incómoda. ¿Qué demonios estaba ocurriendo entre la periodista y el criminólogo? Una parte de Fátima era más curiosa de lo que le gustaba reconocer, y no se quedaba tranquila sin respuestas. Lo dejó pasar, pues sabía que Jimena era sumamente recelosa con su intimidad, lo había notado en las conversaciones más personales que habían mantenido.

—¿Tienes la aguja? —le pidió Gari antes de abrir el coche con el mando a distancia.

—Aquí tienes. —Se la tendió Fátima en respuesta.

Después ocupó uno de los asientos traseros para que Jimena se sentara delante junto a él. El coche de Gari era una tartana un tanto antigua, un Peugeot 206 de 2004. Por lo que veía, tenía cinco puertas y lo mantenía limpio por dentro. Por algún motivo, había esperado del vasco que tuviera un coche enorme y moderno. Pero iba dándose cuenta de que su compañero no había tenido nunca una nómina demasiado alta. Tampoco parecía un tipo que disfrutara de los viajes en coche y que se recreara haciendo turismo. Así que se imaginó que quizá no necesitaba un vehículo mucho mejor.

Durante el trayecto hasta Córdoba, que duró más de dos horas, hablaron de la investigación. Gari no tenía muchas novedades sobre Lorenzo Espinosa y Fátima ya había leído su

informe dos o tres veces, más allá de haber estado la noche en la que se lo había explicado a ambas. Se notaba que los tres sentían que estaban en un punto muerto. No paraban de recibir nueva información, pues con cada asesinato, el responsable iba dejando más pistas que podían seguir. Sin embargo, Jimena les contó que le había sido imposible rastrear una conexión entre Lorenzo y las constructoras, o sencillamente entre Lorenzo y el medioambiente. Gari insistía en que debía haberla y que tenían que profundizar más.

Más allá de eso, los tres estaban convencidos de que saber de dónde venían las agujas de oro podía ayudarlos a conocer más al asesino. Gari descartaba que las aspirinas fueran a dar respuestas aunque pudieran tener una conexión con la fauna y flora típica de la cuenca del río Darro. Aun así, él no creía que esa hipótesis tuviera la suficiente fuerza.

—¿Y Ramón Aguilar? Es que no me puedo explicar cómo estas cosas van tan lentas —se quejó Jimena antes de encenderse otro cigarro.

—No van lentas, es que una investigación policial tiene que ser pulcra y meticulosa. Todo pasa por un juez, eso te aseguro que hace que la policía no pueda campar a sus anchas. ¿Da seguridad y protege a los posibles sospechosos? Sí. ¿Ralentiza el proceso? También —argumentó Gari.

—Creo que Ramón Aguilar va a dar de qué hablar. Entre ser adventista, tener ese perfil moral sobre la pureza y el medioambiente, su coche, las imágenes de las cámaras… ¿Y si tenemos al asesino en las manos de la policía y no conseguimos verlo? —planteó Fátima mientras se mordía las uñas.

Era un tema con el que se comía la cabeza demasiados días.

—Es posible. Igual que es posible que no lo sea y que sigamos un camino sin salida —contestó Gari encogiéndose de hombros.

—A ti es que no te gusta posicionarte, vaya —añadió Jimena.

Siguieron profundizando en esa conversación cuando, por fin, se adentraron en Córdoba. A Fátima le gustaba la entrada que bordeaba la ciudad, que se encontraba en la depresión del Guadalquivir y a los pies de Sierra Morena. Era la tercera

ciudad más grande de Andalucía y no le faltaban pueblos en su cinturón. A la historiadora le resultaba una ciudad mágica, bañada también por una alta carga patrimonial y, a veces, olvidada en el ideario colectivo andaluz. Parecía que todo se lo llevaba Granada, a la que no le faltaban motivos, pero que tampoco debía competir con Córdoba.

Gari decidió aparcar en un *parking* que estaba justo debajo del casco histórico. Les iba a costar una pasta, pero los tres tenían que terminar lo que habían ido a hacer allí y volver a Granada cuanto antes.

—Como se nota la presencia de tantos pueblos a lo largo de los siglos por esta bella ciudad. Romanos, visigodos, musulmanes, judíos y cristianos… Qué locura. Además, se fundó dos siglos antes de Cristo —comentó Fátima conforme se adentraban en la judería, nada más salir del aparcamiento.

—La mezquita-catedral es espectacular, sin duda. Además, el vino blanco que me sirvieron con un trozo de tortilla al lado…, un gran recuerdo —comentó Jimena en su línea encendiéndose un cigarrillo.

El casco antiguo de Córdoba estaba dividido en dos partes diferenciadas: por un lado, la villa o antigua medina musulmana al oeste, y la Axerquía o barrio oriental. Esa división era herencia musulmana y se había mantenido con el paso de los siglos. La ciudad contaba con grandes monumentos que se podían visitar. Pero para Fátima, lo más impresionante era la judería y sus callejuelas repletas de magia. Tenía el típico trazado islámico, con dos calles transversales centrales y un laberinto de callejas que acababan a veces en adarves. La herencia sefardí estaba latente conforme se encaminaban hacia el corazón del barrio y notó cómo se instauraba un silencio entre los tres que contenían el aliento ante la belleza que los rodeaba.

Hasta que, de pronto, Jimena exclamó:

—¡Ahí hay una joyería!

Fátima decidió entrar con Gari, mientras la periodista fumaba fuera. Era la primera de varias que verían, pero albergaba la esperanza de que quizá pudieran tener una respuesta afirmativa y se acabara aquel *tour* improvisado

cordobés que llevaban a cabo. Fue la historiadora la que tomó el control y esperó a que terminaran de atender al turista que estaba frente al mostrador.

—Buenos días. Buscamos al joyero que hubiera elaborado… esta pieza —le indicó pidiéndole a Gari con la mirada que sacara la bolsa de plástico que contenía la aguja.

La mujer, que era joven, pero que se notaba por sus manos que trabajaba ella misma las piezas, negó con la cabeza.

—Aquí no hacemos agujas de oro. Probad en la paralela, hay varios talleres artesanales que sí trabajan oro. Nosotros solo hacemos plata y algunas alianzas de oro —contestó señalando hacia la paralela de la calle donde estaban.

—Gracias, que tengas buen día —le deseó Fátima antes de salir con Gari de la tienda.

Jimena arqueó las cejas en busca de una respuesta y los dos negaron con la cabeza. Se encaminaron hacia la paralela que les había indicado la mujer a paso rápido. La tensión en los tres era evidente y cortaba el ambiente. Deseaban obtener una respuesta en Córdoba, pero sabían que quizá se volverían con las manos vacías y sintiendo que estaban, de nuevo, en la casilla de salida.

En la calle paralela se encontraron con varias joyerías. En algunas decidieron que ni siquiera entrarían, pues se podía ver desde las vitrinas que no era un trabajo artesanal como el que buscaban. Algunas eran marcas internacionales que se habían establecido allí por la propia fama que tenía la ciudad. Otras, sencillamente, se notaba a simple vista que los artículos estaban importados desde el extranjero. Pero sí que entraron en dos pequeñas tiendas donde, de nuevo, abundaba la plata.

Las negativas cayeron sobre ellos como un jarro de agua fría y, al acabar la calle, fue Jimena la que dijo:

—Quizá nos hemos equivocado de sitio. Esas agujas se pudieron fabricar en cualquier parte. ¿Estamos seguros de que no se pueden comprar *online*? Es que como sea así me voy a sentir muy estúpida —comentó taconeando en el suelo.

—No creo que se compraran por internet, es un trabajo fino y preciso. Incluso el tamaño es el necesario para llevar a cabo su labor —argumentó Gari a la vez que negaba con la cabeza.

—Vamos a hacer un intento más. Voy a buscar qué joyeros no hemos visitado y nos pasamos, que, ya estando aquí, no nos cuesta nada —propuso Fátima recibiendo la aprobación casi instantánea de Jimena.

En internet descubrió que les quedaban tres talleres artesanales más que seguían con la tradición heredada de sus ancestros. Llegaron al primero, donde recibieron la negativa a la que empezaban a acostumbrarse.

Tuvieron que callejear para encontrar el segundo, que se escondía en un lugar húmedo y remoto de un callejón que no tenía salida. Conforme se acercaban, podían ver las luces del letrero antiguo titilar. Fátima se acercó a la vitrina exterior que colgaba junto a la puerta y pegó el rostro al cristal para estudiar lo que allí había expuesto.

—No me jodas —musitó Jimena a su lado.

—Gari, creo que lo tenemos —añadió Fátima, que se había girado para buscar al criminólogo.

Este se había apoyado contra la pared frente a la puerta y esperó a que añadiera más.

—Aquí hacen agujas de oro. Son más grandes que las nuestras, pero… yo también diría que tenemos un joyero que puede darnos respuestas —concluyó Jimena después de girarse con una sonrisa triunfal.

Capítulo 45

Jimena instó a Gari y a Fátima a que esperaran para entrar en la joyería. Mantuvo el rostro pegado a la vitrina de cristal admirando el trabajo que exponían. Esas agujas, que eran el doble de grandes de las que ellos traían, se parecían mucho. Quizá porque tenían el mismo acabado y se veían igual de punzantes. Sin embargo, el color de ese oro parecía mucho más brillante que el que había usado el asesino. Vio que, en general, en ese lugar trabajaban oro y eso le dio tranquilidad. Córdoba era famosa por la plata, no precisamente por el material que había usado el asesino.

—Necesito un cigarro antes de entrar —anunció antes de sacarlo de su bolso y encenderlo.

El humo bañó la vitrina, mientras se hacía un hueco por los recovecos, y empañó el cristal. Dejó una marca que se expandía hacia fuera. Jimena disfrutó de aquel sabor cálido que la destruía y sonrió. Esperaba que ese lugar tuviera respuestas, de no ser así, estarían incluso más perdidos. No podía ser casualidad que hicieran agujas de oro y no pudieran, al menos, darles algún detalle de esa pieza tan delicada que les llevaba.

—¿Os importa si hago una llamada? —preguntó Gari a su espalda.

Jimena se giró y se encontró con los ojos color miel de él que la estudiaban. Negó ligeramente con la cabeza y se sintió hipnotizada por sus labios, que le sonrieron sutilmente antes de alejarse hacia fuera del callejón sin salida. Volvió a girarse para mirar la vitrina y guardó silencio. Podía notar la presencia de Fátima a su derecha, casi custodiando la puerta. También sentía que esta se hacía preguntas que ninguno de los dos le había respondido.

La periodista recordó la noche que había pasado con Gari. A él se le notaban las ojeras y el cansancio acumulado. Quizá ella

estaba demasiado acostumbrada a dormir poco y por eso no se percibía desde fuera lo poco que lo había hecho. Porque sí, prácticamente no había tenido tiempo para soñar aquella noche. Gari y ella habían pasado más de tres horas desnudos conociéndose. Tras un polvo había venido otro y después… otro. Para cuando Jimena se daba por satisfecha, el criminólogo había vuelto a bajar a su entrepierna y no la había dejado conciliar el sueño. Hacía años que no tenía un sexo de tanta calidad; y mucho menos en una primera vez con alguien. Además, el criminólogo se había quedado a dormir y a Jimena no le había supuesto una debacle emocional. Más bien, lo había disfrutado.

Recordó la noche anterior mientras aparentaba estudiar las joyas que se exponían en la vitrina hasta que, de pronto, escuchó una notificación en su teléfono. Lo sacó de su bolso y vio que era un wasap de la presidenta de la asociación de bebés robados de Sevilla. Lo leyó rápidamente antes de guardar el móvil de nuevo. Le indicaba que ya tenían las muestras en Estados Unidos. Jimena afirmó con la cabeza todavía observando la vitrina. Estaba a pocas semanas de obtener respuesta sobre quién era o de dónde venía. Se preguntó cómo era posible que hubieran viajado tan rápido hasta Estados Unidos.

—¿Y si vamos entrando? —La voz de Fátima la sacó de su ensimismamiento.

Jimena se giró y la miró.

—No creo que a Gari le quede mucho. ¿Cómo estás, Fátima? ¿El tema del embarazo? —le preguntó Jimena mientras se apoyaba contra la vitrina y dejaba las joyas a su espalda.

—Bien, ya nerviosa, no te voy a engañar. Deseo saber los resultados. Siento que por la noche me cuesta conciliar el sueño, probablemente por los nervios —respondió Fátima acercándose a Jimena y pasándole un brazo por los hombros—. ¿Cómo estás tú con todo esto de que nos hayan sacado del caso?

—Estoy hecha de hierro, amiga. No me preocupa. No es la primera vez que me despiden —esto último lo dijo con una risotada.

Fátima sonrió a su lado. Jimena sabía que la historiadora era conocedora de su vida, pues había leído su libro. Así que debía saber que a Jimena la había despedido su jefe del *Granada Actual*, el periódico en el que trabajaba cuando investigaba los asesinatos de la Asesina de la Cruz. En esta investigación, volvía a ocurrir lo mismo.

—Bueno, ¿entramos? —Gari se adentró a paso rápido por el callejón y llegó hasta ambas, que aguardaban con una sonrisa.

—¿Quién te llama a estas horas? —Jimena lanzó la pregunta mientras arqueaba las cejas.

—Eso es asunto mío —la respuesta del criminólogo fue cortante y ella respondió afirmado con la cabeza y con una sonrisa soberbia.

Gari podía ser receloso de su intimidad, pero era innegable que aquella noche habían cruzado una fina línea que tenía difícil vuelta atrás. Por eso la periodista no decidió entrarle al juego. Si no quería hablar de su vida privada, lo respetaba. Solo esperaba que con el tiempo se abriera un poco más. En caso contrario, quizá ella tendría que plantearse no quedar de nuevo con él. No porque le molestara, sino porque había hecho avances en terapia que no podía tirar por la borda solo por verse con un hombre que reprodujera las conductas que ella misma había tenido cuatro años atrás.

Fue Fátima la que entró en el taller primero. Había un escalón alto que subir para poder empujar el portón de madera, que crujió bajo las manos de la historiadora. Al abrirse, descubrió un olor a taller viejo que se escondía dentro. Fátima entró y Jimena fue después, agachando la cabeza para no golpeársela contra el marco de la puerta, que era baja y pequeña. Tuvo cuidado de bajar los dos escalones que estaban al otro lado y no tropezarse.

Observó su alrededor fascinada mientras Gari se adentraba tras ella y cerraba el portón. No solo los techos y el suelo eran de madera, sino también el mostrador y el marco de las vitrinas que rellenaban los huecos de las paredes. A Jimena le gustó la sensación de ese lugar, pequeño y acogedor. Se notaba el paso de los años y que había sido un taller heredado por muchas generaciones sucesivas.

—Buenos días —la voz masculina de un hombre mayor que estaba al otro lado del mostrador interrumpió el silencio. Tenía un acento cordobés marcado y un rostro amigable.

—Buenos días. Buscamos un taller donde se pudiera realizar este trabajo —respondió Gari acercándose a él y tendiéndole la bolsa pequeña de plástico.

Fátima y Jimena se quedaron junto a la puerta observando la conversación. A Jimena la sola presencia de esa bolsa que contenía la aguja ya le resultaba molesta. Llevaban toda la mañana detrás de lo mismo y empezaba a impacientarse. No tenían tiempo como para perderlo. La falta de respuestas comenzaba a hacer mella en ella. El hecho de que no hubiera aparecido una pancarta también. Estaba de los nervios cada minuto que pasaba.

El hombre afirmó con la cabeza buscando algo bajo el mostrador. Después de unos segundos, sacó unas gafas de una funda. Eran de pasta negra y tenían un cristal lo suficientemente gordo como para que Jimena pudiera darse cuenta desde donde estaba. Alcanzó la bolsa entre los dedos y la alzó hacia una de las luces del techo. Apretó los ojos y negó con la cabeza.

—No he realizado este trabajo, no. —Le tendió la bolsa de vuelta a Gari.

—Bueno, pues ya está —concluyó el criminólogo antes de girarse y mirarlas a ambas.

—Un momento. —Jimena se acercó al mostrador—. He visto fuera que tenéis agujas de oro. ¿No hay otra persona que trabaje aquí? ¿No podría darnos, si no, alguna información sobre esta aguja? Venimos de parte de la policía de Granada.

El hombre arqueó las cejas sorprendido y respondió:

—Sí. En realidad, también me ayuda mi hija. Un momento… ¡Magda! —El hombre abrió la puerta que estaba detrás de él y se adentró.

Los tres escucharon cómo mantenía una conversación con su hija, que se quejaba de que estaba en mitad de un encargo que no podía abandonar en esos momentos. En cuanto él mencionó que eran policías, pues eso parecía haber entendido, esta indicó que saldría rápidamente. Jimena miró a los chicos y les

sonrió. Utilizar la palabra «policía», siempre surtía efecto. Mantuvo la cabeza erguida cuando ambos salieron del taller.

—Soy Magdalena, encantada. —Le tendió la mano repleta de manchas a Jimena. La periodista se la estrechó con una sonrisa mientras sentía que se le manchaban también los dedos.

—Hola, Magdalena. ¿Es posible que aquí hayáis llevado a cabo este trabajo? —le pidió a Gari con la mano que se acercara y le mostrara la aguja.

—Sí. Ese encargo lo hice yo. Papá, ¿te acuerdas? Eran cincuenta agujas —explicó.

Jimena sonrió triunfal. Quiso celebrar haber encontrado el taller, pero se contuvo. Sintió la adrenalina recorrerle las venas y se mordió el labio emocionada.

—Necesitamos que nos cuente todo lo que sabe —intervino Fátima con su tono cordial y educado habitual.

—Pasad, por favor. Si venís de la policía mejor que mantengamos esta conversación en el taller —les indicó Magda, subiendo la balda de madera que abría el mostrador.

Los tres se hicieron hueco junto al padre de Magdalena al otro lado del mostrador y pasaron por la puerta. El taller era grande, más de lo que esperaba Jimena. Tenía una ventana a un lado, que estaba abierta y daba al ojo de patio del edificio. El suelo era de madera laminada barata, a diferencia de la tienda, y tenía una luz en medio alargada de neón blanca que iluminaba con fuerza la sala. A un lado, tenía una mesa semiovalada repleta de estanterías y herramientas. Observó que al otro lado de la habitación había máquinas antiguas que daban la sensación de ser rudimentarias. El olor metálico y el calor de una fundición en proceso inundaban la estancia. Jimena inspiró y se colocó junto a Gari y Fátima alrededor de la mesa donde se sentó Magda.

—No podemos sacarla de la bolsa, eso sí —le indicó Gari al ver que la mujer la colocaba sobre un soporte de metal y le acercaba una lámpara y una lupa.

—Es un trabajo de alta precisión. Entró como un encargo urgente. Lo necesitaban para ya. Me indicaron que tenía tres días para realizarlo. Imaginaos, cincuenta agujas de este

calibre. Es un trabajo complicado —explicó ella al mismo tiempo que observaba la aguja desde cerca a través de la bolsa —. ¿Puedo preguntar qué hacen aquí, agentes?

—Es información confidencial —improvisó Jimena contenta con el hecho de que no les hubiera pedido pruebas de que venían de parte de la policía—. ¿Quién hizo este encargo?

La periodista tanteó en su bolso hasta llegar a la grabadora y la encendió sin sacarla. Prefería que no se les pasara por alto ni un solo detalle.

—Un hombre de unos cuarenta años pasó por aquí y me tendió un papel donde venía detallado lo que era necesario —relató ella.

—¿Tienes ese papel? —intervino Fátima emocionada.

—Sí…, un momento… —les pidió a la par que se levantaba y rebuscaba por los muebles que había en la estancia.

Jimena aguardó nerviosa. No podía creerse que estuvieran tan cerca del asesino. Por fin, en el mismo lugar. Eso solo había ocurrido cuando habían estado en el polígono.

—Ese hombre de cuarenta años, ¿cómo era? —le preguntó la periodista mientras la veía trastear entre los cajones de uno de los muebles.

—Tenía una pinta… Porque me pagó por adelantado, que si no…

—¿Parecía un indigente? —se adelantó Gari a Jimena con la pregunta.

—Sí, eso es… —contestó Magda antes de darse la vuelta y tenderles una carta doblada—, este es el encargo.

Fue Gari el que se hizo con el folio, pero se tomó unos segundos para ponerse guantes antes de cogerlo. La periodista se sorprendió de que siempre llevara guantes en su bandolera. Lo alzó ante los ojos de sus compañeras y vieron que estaba escrito a ordenador. El criminólogo lo guardó en una bolsa al vacío, que también sacó de la bandolera, y susurró:

—Ya lo miramos luego.

Jimena miró a Fátima afirmando con la cabeza. No había sido el asesino quien había estado ahí. Seguía jugando con sus secuaces, que eran personas sintecho. Probablemente otro adicto como Santiago, al que había conocido en la Policía

Nacional.

—¿Quién recogió el encargo? —le preguntó Jimena cuando vio que Magda se sentaba frente a la mesa de nuevo.

—Apareció un taxi, como se indicaba en la carta, a la hora y día que decía. En el asiento había alguien que no pude vislumbrar por los cristales tintados. Yo se lo di al taxista y se marchó rápido. No vi nada ni a nadie específicamente —relató ella encogiéndose de hombros.

—Pero aquí debe haber cámaras de seguridad, ¿no? —Jimena agradeció la pregunta del criminólogo.

—Qué va. Aquí hacemos artesanía. Sí, hay joyas de oro, pero no tantas. Mi padre está chapado a la antigua y no le gusta la tecnología. Así que, no. No tenemos nada que podamos mostraros —respondió ella.

Jimena empezó a dar vueltas a la sala mientras escuchaba de fondo la conversación que mantenían Gari y Fátima con Magdalena. Había algo que se le escapaba y no sabía qué era. Hasta que, de pronto, frenó sus pasos y miró a la orfebre. Frunció el ceño después de escuchar el adjetivo «fino» varias veces. Y preguntó, interrumpiendo la conversación:

—¿Por qué siempre dices que es un trabajo fino y delicado?

Entendía que Fátima lo hiciera, porque era una aguja pequeña. Pero le extrañó que para una orfebre como ella, le hubiera resultado una labor complicada, como había descrito.

—¡Ah! ¡Perdonad! ¿No os habéis dado cuenta? —volvió a sacar la lupa.

—¿De qué? —esta vez la voz de Jimena sonó cortante mientras se acercaba a Magda de nuevo.

—Cada aguja tiene una muesca en un sitio diferente. Seguramente tenga un mensaje grabado —concluyó Magda con una sonrisa.

Jimena fulminó a Gari con la mirada.

¿Esas putas agujas tenían un mensaje grabado y nadie se había dado cuenta?

Capítulo 46

En ese momento, por la cabeza de Jimena se pasaron decenas de pensamientos. ¿Cómo habían sido tan poco meticulosos? ¿Era posible que los forenses no hubieran descubierto que en las agujas había un mensaje inscrito? Su mente se transportó al caso anterior: a esos miedos, a esa falta de confianza hacia la policía. No quería que sus pensamientos intrusivos la dominaran. Lo que sentía era traición. Su racionalidad le indicaba que podía ser normal, que quién se iba a dar cuenta entre cincuenta agujas que se habían sacado del cuerpo de la víctima que si se ordenaban aparecía un mensaje. Jimena negó con la cabeza, no podía ser. Tuvo que controlar la respiración y fulminó con la mirada a Gari Atxa, que la recibió inclinando la cabeza e indicándole en silencio que se contuviera. Pero Jimena explotó exclamando:

—¡¿Hay un puto mensaje inscrito y no te has dado cuenta?!

Su voz retumbó en la habitación. Sintió que Magda y Fátima se encogían, se hacían más y más pequeñas hasta casi desaparecer. Gari levantó las manos en señal de paz y se acercó a ella lentamente diciendo:

—Jimena, piénsalo. Cincuenta agujas, ¿cómo se nos iba a pasar por la mente ordenarlas y encontrar un mensaje? Sí, habíamos visto que tenían muescas. Pero dábamos por hecho que eran parte del proceso de su creación.

—Gari, tienes un puto trabajo. Es analizar lo que hay y encontrar todo lo físico. Además de lanzar hipótesis, eso es todo —esta vez musitó las palabras con tono bajo.

—Lo sé. Pero ahora lo sabemos. Tenemos que irnos ya, ahora mismo. Necesito llegar a la policía y ponerme a trabajar. ¿Está en ese folio el mensaje? —esta vez se dirigió a Magda, que los observaba con la boca abierta.

—No. Solo había indicaciones de a cuántos milímetros debían hacerse las incisiones en las agujas. No llegué a

ordenarlo, pero supuse que sería para grabar algún nombre o algo así —contestó ella tendiéndoles de vuelta la bolsa de plástico.

—Bueno, pues muchas gracias por su tiempo, Magdalena. No le robamos más. Gracias por su colaboración —repitió Fátima, que tomó el control e instó a sus compañeros para que salieran del taller.

La periodista fue delante. Echaba humo por las orejas. Estaba sumamente enfadada. No podía creerse que se les hubiera pasado por alto un detalle tan importante como ese. Si Fátima no hubiera ido a esa joyería en Granada, que a su vez le había recomendado acercarse a Córdoba… Si no hubieran seguido buscando, sencillamente no sabrían que era posible que hubiera un mensaje. De hecho, Jimena estaba convencida de ello. Un psicópata no iba a tomarse la molestia de pedir que se hicieran incisiones específicas en cada aguja para nada. Negó con la cabeza y apretó la mandíbula, cuando estaba el otro lado del mostrador ante la atenta mirada del hombre que los había recibido.

—Vámonos, necesitamos saber qué dicen esas agujas. Espero que esto no te lleve tres días, Gari —siseó como una serpiente enfadada.

—Voy a ponerme en cuanto lleguemos. Necesitamos saber qué dicen las agujas. La policía también —añadió Gari molesto por el arranque de Jimena.

Esta se controló de nuevo. Sabía que Gari había añadido el comentario de la policía para molestarla incluso más. Le daba igual lo que supiera Curro López, solo quería que encontraran a ese asesino. Fuera ella o la policía, lo importante era cazarlo. Se sintió orgullosa de que hubieran sido ellos tres los que hubieran dado con el taller de orfebrería, pero también desamparada al darse cuenta de que detalles tan importantes como esos podían pasar desapercibidos.

Se despidieron de los orfebres y conforme salían por la puerta, Fátima se giró y dijo:

—Una última cosa, ¿de qué oro se sacaron las agujas?

Jimena se giró, ya bajo el marco de la puerta agachada y ante el escalón que daba a la calle. La mujer se sorprendió y

respondió:

—El mismo encargo ya venía con unos botes que contenían lascas de oro. Se me indicó que usara ese oro, que ningún otro bajo ningún concepto. Está en la carta que les he dado.

La periodista negó con la cabeza y después salió a la callejuela sin salida. Gari pasó ante ella tendiéndole la carta y Fátima se colocó a su lado. La historiadora, emocionada, añadió:

—Puede ser del río Darro, Jimena. ¿Por qué se tomaría la molestia de traer su propio oro?

—Gari, ¿tenemos a alguien que pueda analizar el oro y confirmar su procedencia? —le preguntó la periodista al criminólogo en un intento de hacer las paces por lo que acababa de ocurrir dentro del taller.

—No sé…, la verdad. Es información muy específica.

—Yo sí tengo gente. Puedo encargarme de dar con un historiador o arqueólogo de la Universidad de Granada que sea especialista en el oro de la ciudad. Debe haber más de uno —indicó Fátima.

—Bien, pues encárgate tú, por favor —contestó Jimena antes de echar a andar hacia la salida de la callejuela.

Recorrieron la judería en silencio. Jimena llevaba la carta doblada en el bolsillo de su abrigo de pluma falsa. Estaba decidida a abrirla y leerla en cuanto se subiera al coche. Mientras, la sentía palpitar junto al abdomen. Estaba enfadada por la ineptitud de Gari, pero comenzaba a racionalizarlo. No podía proyectar su mochila, sus miedos e inseguridades, en la investigación. Tampoco debía pagar los platos rotos con Gari, que ni siquiera la conocía cuatro años atrás cuando su vida se fue al garete. Debía mantener a la Jimena explosiva bajo control o le costaría la investigación y su propio equipo.

La judería dejó de resultarle tan mágica de vuelta al coche. Se notaba que los tres estaban tensos y deseosos de saber qué demonios decían esas agujas. ¿Lo había hecho así el psicópata creyendo que nadie se daría cuenta? Jimena no sabía si ese mensaje estaba hecho a propósito para encontrarse o no. De camino al coche solo pudo darle vueltas a esa pregunta. Podían dar con otra pista que los acercara más a él. En esos

momentos, cualquier cosa era lo suficientemente valiosa como para prestarle atención.

Bajaron las escaleras del aparcamiento todavía en silencio. Así se subieron al coche. Gari fue el que lo interrumpió para preguntarles si alguna quería conducir. Las dos negaron con la cabeza y ocuparon el mismo asiento que habían tomado al ir hacia Córdoba. Conforme salían del aparcamiento, la tensión podía cortarse con un cuchillo.

—Déjame unos guantes —le pidió a Gari.

—Ahí, a tu derecha tienes.

Jimena divisó una caja de cartón donde le había indicado Gari. Cogió un par, se los puso y le tendió otro a Fátima. Después, sacó la carta de la bolsa de plástico, la desdobló y la mantuvo abierta ante sus ojos y los de Fátima, que asomó la cabeza junto al asiento de la periodista.

—Está escrita a ordenador, letra Times New Roman, número doce. No parece utilizar ni márgenes ni un interlineado fuera de lo común. Creo que esto pudo ser redactado e impreso en cualquier sitio. El mensaje es corto y preciso, como decía Magdalena. Viene la fecha de entrega y que llegará un taxi, habla del oro que le entrega, que es imprescindible que se use… y poco más. —Suspiró la periodista tendiéndole la carta a Fátima.

—Le habla de usted, si os dais cuenta. Se dirige al orfebre con respeto y educación —explicó Fátima—. Y es castellano estándar. No hay ni una sola palabra dialectal. Tampoco faltas de ortografía.

—No, si va a resultar que el puto psicópata tiene educación y todo, vaya tela. —Jimena suspiró.

—Vamos a relajarnos. Esa carta se la voy a entregar a Curro. Le diré de dónde la hemos sacado, quizá así se replantee volver a contratarnos, ¿no? —razonó Gari sin apartar los ojos de la carretera.

—Si quieren, que nos reincorporen, y si no…, ellos sabrán. —Jimena se cruzó de brazos después de bajar la ventanilla y encenderse un cigarro.

—Una cosa… Es muy probable que sea oro del río Darro. Si lo confirmamos…, entiendo que nuestra hipótesis se

comprueba. Es que no sé qué más tenemos que hacer para que sea así —comentó la historiadora desde el asiento de atrás.

—Lo importante es dar con él, Fátima. Nuestra hipótesis puede ser cierta, pero… ¿de qué sirve eso si no lo cazamos? —contestó Jimena lo suficientemente borde como para que se instaurara otro silencio en el coche que llegó a ser incómodo.

La periodista agradeció ese descanso mental. Necesitaba llegar a su piso y poner en orden lo que había ocurrido esa mañana en Córdoba. También quería saber qué decían las agujas. Sentía que estaban muy cerca de dar con el asesino, pero que este era mucho más listo de lo que habían anticipado. El hecho de que otra persona indigente llevara a cabo un encargo volvía a demostrar que no pensaba mancharse las manos. Eso dificultaba llegar hasta él, sobre todo porque buscaba la manera de no ser identificado. Pero Jimena sentía que estaban cerca, solo necesitaban un último empujón y encajar las piezas.

Todo aquello era como un puzle complejo donde las piezas bailaban desordenadas. Tenían el gallipato, el sauce y el oro. También la localización del río Darro, las pancartas, los perfiles de las víctimas… Lo que fuera que faltase estaba ante sus ojos preparado para que lo viera. ¿Era el medioambiente? De ser así, ¿dónde encajaba Lorenzo? ¿Tenía la policía al asesino? ¿Era Ramón Aguilar?

De lo que estaba segura era de que el asesino no era tan listo como creía. Tenían la joyería donde había hecho las agujas. Solo era cuestión de tiempo que dieran con el taxista que lo llevó. No creía que la policía tardara en hacerlo.

Jimena sentía que estaban cerca de una nueva debacle, de un nuevo ataque. Pero también cerca de dar con él. A todos se les agotaba el tiempo, especialmente al asesino.

Capítulo 47

La sensación de hogar embriagaba a Fátima conforme las encinas bordeaban la serpenteante carretera que la llevaría a Monachil. Se aferró al volante, emocionada por poder pasar un rato con sus padres y desconectar de la investigación. El cielo se tornaba de un azul más oscuro a cada minuto que pasaba, se le había hecho demasiado tarde después de estar toda la mañana trabajando en la facultad. Aún se sentía extasiada por los descubrimientos que habían hecho en Córdoba el día anterior y ansiaba poder saber más sobre el oro. Por eso, aparcó el coche en la entrada del pueblo y marcó el teléfono móvil que brillaba en el correo electrónico que había recibido a la hora de comer.

La historiadora, como bien le había indicado a Jimena, había escrito a dos catedráticos de la facultad. Uno de ellos era experto en mineralogía y petrología, el otro, en estratigrafía y paleontología. Ambos le habían contestado en un mismo correo electrónico, en el que le facilitaba el teléfono de uno de ellos y le pedía que lo llamara directamente. Así que pulsó el botón verde que comenzaría la llamada y aguardó emocionada. Sacó de la guantera del coche un cuaderno que siempre llevaba para emergencias y un bolígrafo. En cuanto lo tuvo abierto, contestó al otro lado una voz diciendo:

—*Buenas tardes. ¿Quién es?*

—Buenas tardes, Fernando, soy Fátima. Gracias por atenderme, imagino que debes tener la agenda muy apretada con los exámenes del segundo cuatrimestre —comentó ella con dulzura.

—*Ya me decías en el correo que tú también eres compañera en historia, ¿no? Es raro que no nos hayamos cruzado* —contestó él con un suspiro al otro lado de la línea. Seguidamente, le pidió que esperara y pareció contestar a alguien que debía estar en su despacho.

Pero, en realidad, Fátima sí sabía quién era Fernando. No conocía a José, su compañero, que también intervenía en el *email,* pero a él sí. Fernando no podía acordarse de ella, pues había sido Fátima quien había acudido a uno de sus seminarios mientras estudiaba el grado. También tenía su despacho en el mismo pasillo que Leónidas, y, seguramente, se conocían. Lo único era que no estaba el grupo de amigos de Leónidas ni tampoco formaba parte de los departamentos en los que trabajaba Fátima. Lo recordaba como un hombre amable y educado.

—No quiero quitarte tiempo, Fernando. Agradezco que me atiendas esta llamada. Verás, me gustaría saber si es posible rastrear oro para saber, específicamente, que viene del Darro —le dijo Fátima antes de poner el altavoz y hacerse con el bolígrafo de nuevo.

—Bueno, para empezar, te resumo un poco el estado del oro en el Darro. El que sabe más es José, pero he aprendido mucho de él, como te imaginarás. No entiendo muy bien tu pregunta. El oro, en el río Darro, se encuentra como pequeñísimas laminillas de manera dispersa en el sedimento del río. De hecho, no es visible a simple vista —le explicó carraspeando la voz.

—¿Cómo se encuentra?

—El único modo de extraerlo es mediante bateo, una técnica que requiere cierta experiencia y que por el río discurra un cierto caudal de agua. Además, solo se encuentra en una zona muy concreta del río, justo el tramo que discurre entre el Hotel Reúma y Plaza Nueva.

Fátima corrió a apuntar el Hotel Reúma, también conocido como Casa de Muñecas. Ahí había aparecido la primera pancarta, además del cuerpo de Julián Alcázar a unos escasos metros. Llegaba un punto en el que ni siquiera le parecía descabellado que el asesino hubiera pasado años juntando lascas de oro del río Darro. Ya se esperaba cualquier cosa.

—Vale, entonces…, ¿podríamos saber si el oro que sea proviene del Darro? —repitió ella la pregunta de nuevo. Necesitaba tener una respuesta.

—Lamentablemente, la información que puedo proporcionarte no es concluyente. Además, dudo que en el estado de conocimiento

en el que se encuentra el oro de Granada, algún experto pueda garantizarte una respuesta afirmativa. Podríamos decir que, si ese oro es granadino sí o sí, entonces podría ser del Darro, puesto que es el único río cercano a Granada en el que hay cantidades suficientes como para, tras mucho trabajo, juntar una pequeña cantidad y hacer algo con ella. En el email *hablabas de unas agujas, ¿no?* —le preguntó esta vez Fernando.

—Sí. Pero de nuevo, si yo te entrego ese oro, ¿podrías determinarme si es del Darro? —A Fátima no le quedaba clara la respuesta.

—Puedo decirte que ahora mismo colaboro con un grupo de aficionados que se dedican a batear las arenas de los ríos que drenan Sierra Nevada y contienen oro. Trabajamos en identificar la composición química de esos restos de oro y la naturaleza de las inclusiones minerales que contienen. Eso nos ayudará a establecer cuáles son las rocas de la Sierra que sirven como fuente de oro para los concentrados de estos ríos. De momento, solo tenemos resultados preliminares. Podría decirte que, por ejemplo, el oro del río Darro y el de Monachil son puros y parecen idénticos.

La explicación de Fernando se le hacía casi imposible de entender. Se dio cuenta de que todo ese tema era mucho más complejo de lo que había previsto. Una parte de Fátima quería creer que podía ser tan simple como analizar las agujas y dar por hecho que provenían del río Darro por unos componentes concretos. Pero comenzaba a entender que no era así y que difícilmente podrían tener una respuesta contundente.

—¿Pero sí hay oro en la provincia que se pueda decir de donde viene sin duda? —planteó ella por descartar ideas.

—Sí. Por ejemplo, en muchas pepitas que hemos analizado de la zona de la cabecera del río Genil, por el Charcón, encontramos algunos restos que indicarían carbonatos de Fe y sulfuros de Fe, es decir, hierro… En fin, es complicado. Pero ya te garantizo que si lo que tienes es oro puro, no podríamos ubicarlo en el río Darro a ciencia cierta. Siento no poder darte una información más útil —se disculpó Fernando.

—No, no. Ni muchísimo menos. Gracias por atenderme y por tu amabilidad. Es una información muy útil, créeme —le garantizó Fátima al otro lado de la línea de teléfono.

Seguidamente se despidió de Fernando y suspiró con fuerza. A Jimena no le iba a gustar esa respuesta, pero no iban a poder garantizar la procedencia del oro. Podía quedarse con lo simbólico; si bien no tenía por qué proceder del Darro, sí que parecía querer indicarse de esa manera. El asesino había usado oro por un motivo y Fátima estaba convencida que era por el río Darro. Si ya las agujas de oro se habían fabricado con lascas que provinieran del Darro en sí mismo o no, no era lo más importante. Lo que estaba claro era que se había usado oro y que ese oro podía proceder del río. Se quedaba con esa idea.

Volvió a arrancar el coche tras guardar el cuaderno en su bolso y se dirigió a la finca de sus padres. Bajó la calle que daba al campo y vio que su madre había dejado la cancela abierta para su llegada. Sonrió mientras intentaba apartar la idea del oro de su cabeza. Tenía que tomarse ese rato con sus padres para desconectar. No quería darle vueltas a lo mismo todo el día. Ya cuando llegara a su casa esa noche, escribiría un informe sobre el oro y se lo mandaría a sus compañeros.

Aparcó el coche al fondo del patio delantero de la casa de sus padres, justo delante del corral de las gallinas y de la habitación donde criaban conejos. Se bajó del coche y se ajustó el abrigo de paño canela y miró el reloj de su abuela. Eran las seis de la tarde. Podía quedarse unas dos horas con sus padres. No los vio por ninguna parte y ya la noche había engullido la finca, así que era imposible que su padre estuviera trabajando la tierra. Lo que sí que vislumbró fue la luz del salón-cocina encendida y llamó a la puerta con los nudillos.

—¡Fátima! ¡Cariño! —exclamó su madre feliz mientras la abrazaba bajo el umbral de la puerta.

Alejandra iba ataviada con un jersey de punto colorido que se habría tejido ella misma y llevaba el pelo plateado recogido en un moño bajo. Tenía unas ojeras marcadas que no le gustaron nada a Fátima y tiró de ella para que entrara en la vivienda.

—Ay, qué bien se está aquí dentro con la candela —musitó Fátima al deshacerse del abrigo y correr a acercarse al fuego que tenían encendido sus padres.

—Nada como el invierno en esta casa, ya lo sabes —repuso su madre con una sonrisa—. ¿Quieres un café? ¿Un té?

—¿Infusión de manzanilla? Tengo el estómago un poco revuelto —contestó Fátima antes de sentarse en un sillón frente al fuego.

—Claro, cariño. ¿Cómo estás? Te veo agotada. Tienes que cuidarte ahora que seguramente estás embarazada —le recomendó su madre poniendo agua a calentar en un cazo en el hornillo de gas de la cocina.

Sus padres no tenían microondas. Al igual que tampoco horno. Siempre habían querido vivir la vida rural a la que estaban acostumbrados. Durante su adolescencia, muchas veces había discutido con ellos porque tenían un discurso que iba en contra de muchos avances tecnológicos que para Fátima eran más que necesarios y le facilitaban la vida. Al final, nada más irse a estudiar a Granada y alquilar un piso barato, había desarrollado ese modo de vida en el que ella sí que creía. Gracias a las becas que le habían facilitado la posibilidad de estudiar, no había tenido que ir y venir de la casa de sus padres a la universidad. Podría haberlo hecho, pues le habría supuesto poco más de una hora de desplazamiento. Pero, justamente, necesitaba alejarse de sus padres para encontrarse a sí misma.

—Yo estoy muy bien. ¿Dónde está papá? No ha salido a saludar —comentó Fátima cuando vio que su madre se sentaba a su lado en otro butacón frente al fuego.

—Tu padre… está malo. Está enfermo en cama desde hace unos días —contestó ella con voz queda.

—Quiero verlo. —Fátima se levantó.

Su madre se levantó a la par con ella y negó con la cabeza.

—No, no. Seguramente es contagioso y en tu estado es mejor evitarlo…

—Venga, mamá. Si está con otra crisis depresiva puedes decírmelo. Quiero verlo —insistió ella echando a andar hacia el otro lado del salón que conectaba con el pasillo donde se encontraban las habitaciones.

Su madre la siguió y le cortó el paso diciendo:

—Fátima, tu padre me ha pedido que no entres. No se

encuentra bien. No creo que sea necesario que lo tenga que repetir —esta vez sonaba enfadada.

La historiadora resopló y después salió al patio delantero de la casa. El aire frío le cortó el cuerpo y echó de menos el abrigo que había dejado en el salón. Escuchó que su madre trasteaba dentro y después la vio salir con la infusión en la mano. Suspiró y la alcanzó con una sonrisa de agradecimiento. Estaba harta de esas situaciones en su casa. Entendía las etapas depresivas de su padre, pero también deseaba poder tener una relación normal con él, como tenían los hijos con sus padres. Parecía que solo podía relacionarse con él una serie de meses al año.

—No entiendo, mamá. Me llamó ayer por la mañana para preguntarme por el embarazo y demás… Es que no sé cómo le dan estos brotes —musitó antes de probar la infusión que calentaba sus manos.

—Cariño, es complicado. Ya te conté un poco la historia de tu padre y de dónde viene. Es mejor darle espacio cuando necesita desaparecer. Yo lo he intentado todo con él —contestó Alejandra antes de volver a entrar al salón y salir, de nuevo, con el abrigo de Fátima—. Ya sabes que lo de su padre es un tema que le acompaña todavía hoy…

—¿En qué año murió mi abuelo, mamá? —preguntó ella mientras se ponía el abrigo después de dejar la taza sobre la repisa de la ventana del salón.

—No lo sé con exactitud, pero Pedro era muy joven. Ya sabes que él fue quien lo encontró… Nunca volvió a ser el mismo. En el momento en el que yo lo conocí, estaba muy afectado por esto —le explicó su madre mientras le devolvía la taza en cuanto tuvo el abrigo bien puesto.

—Me comentaste que murió ahogado, ¿cierto?

—Así fue, cariño. Una historia muy triste —respondió Alejandra agachando la cabeza.

—¿Dónde murió ahogado? Imagino que en Granada, por eso papá nunca quiere ir —razonó Fátima en voz alta.

—En el río Darro, Fátima. Murió ahogado en el río Darro…

De nuevo el río Darro asociado a la muerte. La historiadora sintió que se le paraba el corazón y la taza cayó al suelo,

haciéndose añicos. Absorta, dejó que la infusión mojara sus botas negras de polipiel.

Capítulo 48

El sonido hipnotizante de la lavadora de Carmina sonaba de fondo mientras Jimena trabajaba sentada en el que había sido su antiguo escritorio y que, para entonces, ya era el lugar donde su hermana mayor se sentaba a coser. Tenía a Hugo, que dormía la siesta a su lado, tirado en el sofá y con la televisión de fondo. Nunca le había gustado que Carmina le dejara ver tantas películas, pero al final era el hijo de su hermana y no el suyo. Además, esas historias católicas la ponían de los nervios. Aun así, trabajaba tranquila en aquel piso que había sido su hogar durante cuatro años.

Ese día, Jimena se había encargado de recoger a Hugo del colegio y darle de comer, además de pasar la tarde cuidándolo. Carmina le había pedido el favor porque tenía una cita con Miguel Alcázar. La cosa iba en serio y para delante. Por lo visto, la policía dejaba tranquilo al novio de su hermana. Se imaginó que ya tendrían suficiente con investigar a Ramón Aguilar, que parecía el sospechoso número uno que se llevaba toda la atención de los investigadores. Jimena seguía sin aprobar la relación de su hermana con Miguel, sobre todo, porque este le caía terriblemente mal. Aun así, no se lo comunicaba. Lo que verdaderamente deseaba era que Carmina fuera feliz y pudiera formar esa familia con la que siempre había soñado tanto.

Levantó la cabeza del escritorio y, tras echarle un ojo a Hugo, observó la fotografía de los tres que estaba enmarcada en el salón. Su sobrino apenas tenía un año y las dos hermanas sonreían ante la cámara. Vio un reflejo de sí misma que casi no podía reconocer, tremendamente delgada y con un pozo de tristeza en los ojos. Agradecía la terapia que había recibido y cómo le había salvado la vida. Carmina tampoco estaba muy bien en esa fotografía, el primer año de vida de Hugo había sido difícil para ella. Pero esa era su familia, desestructurada y

descompuesta y, a pesar de eso, feliz y unida. Sonrió y volvió a centrar la vista en el ordenador.

Le dio vueltas a la desaparición del mapa del río. Esa mañana se había levantado buscándolo, pues lo había impreso hacía unos días cuando Fátima había insistido tanto sobre ello, y no había conseguido encontrarlo. Eso, sumado al informe que hacía semanas que tampoco había encontrado, le hacía plantearse si perdía la cabeza o si, verdaderamente, alguien robaba cosas de su casa. Fuera como fuese, se había marchado a recoger a Hugo con la duda sembrada en la cabeza. Tuvo que volver a imprimir el mapa con Hugo a su lado antes de subir a preparar la comida al piso de su hermana.

Había empezado también a trabajar en el libro sobre los crímenes. Se resolviera como se resolviera, tenía que empezar a redactar. Tras firmar el contrato con una importante editorial española, debía entregar avances. Aunque no sabía cuál sería el resultado de la investigación, si es que acaso lo había, podía ir adelantándose a desarrollar el trabajo que hacían. De hecho, esa tarde había redactado la visita a Córdoba. A Jimena no le gustaba escribir en un orden temporal, era desordenada hasta para trabajar. Se dejaba llevar por la pasión que sentía en cada momento. La visita a Córdoba de hacía tres días había supuesto un cúmulo de emociones fascinante que quería volcar en el libro antes de que ocurriera otra cosa que pusiera su cabeza en otro lugar diferente.

Su teléfono empezó a sonar encima de la mesa de manera atronadora y eso hizo que Hugo se quejara y se despertara de la siesta. Entre los lamentos de su sobrino, descolgó la llamada y se encontró con una Fátima cansada que dijo:

—Hola, Jimena. Siento haber estado desconectada. Es que llevo dos días un poco cansada y dándole demasiadas vueltas a todo.

La periodista se sorprendió y entendió por qué había sido tan difícil dar con Fátima esos días. Era cierto que había estado desconectada y la apenó escuchar su voz.

—¿Qué te ocurre? ¿Cómo estás con el tema del embarazo? ¿Puede ser eso, quizá las hormonas? —preguntó ella con cuidado para no molestar más a Hugo.

—No sé…, no creo. Estoy de los nervios, en tres o cuatro días

me hacen el test de embarazo —respondió esta con voz queda.

Antes de que Jimena pudiera contestar, Hugo se levantó del sofá y se acercó a ella alzando las manos y tocándole las rodillas.

—¡Tita! ¡Tita! ¿Mamá no ha vuelto? —preguntó con su voz aguda mientras la miraba fijamente con esos ojos oscuros que tanto le recordaban a los de su padre.

—Un momento, Fátima —le pidió—. Hugo, mamá está a punto de llegar. ¿Puedes sentarte a ver la película? Estoy en una llamada importante.

—Vale. Pero tengo hambre —declaró antes de darle la espalda y volver hacia el sofá.

—Perdona, Fátima. ¿Dónde estás? De verdad, ¿qué te ocurre? —preguntó cuando vio que Hugo se sentaba de nuevo y le prestaba atención al televisor.

Escuchó cómo suspiraba la historiadora al otro lado antes de responder:

—Verás… Este caso se convierte en personal, demasiado. En mi familia hay algo extraño con el Darro y no sé… —Fátima se echó a llorar.

Eso hizo que a Jimena se le encogiera el corazón. Por un lado, lo que acababa de decir de su familia y el río Darro la transportaba al pasado. Por otro, la entristecía escuchar tan destruida a su compañera de investigación.

—Escúchame, respira. Podemos hablar de todo esto pasado mañana, ¿te parece? Hoy voy muy liada y me da a mí que mañana más de lo mismo. Tengo varias entrevistas con familiares de las víctimas y me gustaría acercarme de nuevo a Córdoba para cerrar un par de cosas con los orfebres… —explicó Jimena exponiendo su calendario—. Pero, si lo necesitas, nos vemos mañana mismo.

—No, no… Me parece bien. Mañana he quedado para cenar y tengo mucho trabajo en la universidad. Y… gracias. —Fátima calmó el tono de voz, lo que denotaba que estaba mejor.

—Estoy aquí para eso. Empatizo contigo más de lo que crees. Pero no te adelantes ni le des demasiadas vueltas. Espérate a que lo hablemos, ¿vale? —le pidió Jimena.

Finalmente, se despidieron y volvió al ordenador todavía

sorprendida por la conversación que había tenido con Fátima. No sabía a qué se había referido exactamente con la conexión entre su familia y el Darro, pero tampoco pensaba que fuera el momento de profundizar. Cuando la viera en persona, la dejaría desahogarse e intentaría ayudarla para descubrir si eso era, realmente, una conexión más allá de lo evidente con el río. Seguramente no tuviera nada que ver con los crímenes, le parecía absurdo que sus padres pudieran estar vinculados.

Al rato de trabajar en el libro, llegó Carmina inundando la casa con sonrisas e historias que le habían ocurrido ese mismo día con Miguel. Jimena la escuchó relatar cada minuto que había pasado con él mientras observaba cómo danzaba alegre por el salón. Se sintió embriagada por la alegría de su hermana y comenzó a pensar que quizá no debía estar tan en contra de la relación que tenía con Alcázar. Hugo le preguntó por la hija de este y Carmina se sentó junto a él para contarle las novedades sobre ella. Al ritmo al que iban, Jimena se imaginaba que su hermana se casaría y se mudaría con él en poco tiempo.

Para cuando eran las ocho, salió del piso de su hermana con el ordenador en la mochila y de camino a la zona de la facultad de Derecho, donde había quedado con Gari para cenar. Habían decidido conocerse más allá del encuentro sexual que tuvieron hacía unos días a raíz del concierto de *jazz*. Jimena no sabía cómo se sentía con eso, pues llevaba tiempo sin mostrar interés por alguien más allá de un polvo esporádico. A la vez, le apetecía conocer a Gari. Había algo en él que era atrayente para ella, casi como si hubieran estado destinados a conocerse. Y cualquiera que hubiera visto a Jimena más de una hora sabría que ella no creía en el destino. Sin embargo, con el criminólogo, algo le decía que profundizara más.

No se había parado siquiera a ducharse y cambiarse. Iba con la falda de pana marrón y las mismas medias que se había calzado esa mañana. Al menos, el jersey negro fino le quedaba como un guante, se ajustaba a sus curvas y el chaquetón disimulaba las arrugas del jersey. Se pasó los dedos por el pelo conforme caminaba, intentando ponerlos en orden. El cabello

castaño le llegaba casi por el pecho y se ondulaba de maneras extrañas dependiendo del día y la temperatura. De todos modos, a Jimena tampoco le preocupaba demasiado cómo se la viera desde fuera. Si Gari mostraba interés en ella, era por algo. Sabía que desprendía una energía sexual que atraía a los hombres que la rodeaban y eso le bastaba para hacerse notar en un espacio y enrollarse con el que más le gustara.

No tardó en divisar a Gari sentado en la terraza de un bar. Hacía frío, pues se adentraban en marzo y todavía costaba trabajo que la temperatura subiera en Granada. Pero habían elegido una terraza que tenía calefactores eléctricos fuera para que él no sufriera mientras ella se fumaba un cigarro tras otro.

Esto último no tardó en ocurrir, pues el encuentro era extraño desde el principio. Se habían saludado con dos besos y el criminólogo se mostraba sumamente sonriente. A Jimena le extrañaba, la última vez que se habían visto había sido en Córdoba y ella no había sido muy agradable. Eso sí, acordaron no hablar del caso esa noche. Él ya la había informado esa tarde de que seguían buscando el orden para las agujas y que esperaba poder tener una respuesta pronto. El otro forense intentaba encontrar el mensaje, si es que acaso había uno.

Así que sí, Jimena no paraba de fumar e iba por la segunda copa de vino blanco mientras le hablaba a Gari de su día a día más allá de la investigación. No quería contarle cómo había sido su vida antes del caso de la Asesina de la Cruz, así que se centró en hablar de los últimos cuatro años y su relación con Carmina y Hugo. Le parecía extraño hablar con Gari como si no trabajaran juntos en la investigación y existiera tensiones entre ellos en el trabajo.

—¿Y a ti qué te trajo a Granada? —le preguntó ella intentando cambiar de tema. Ya estaba cansada de hablar de sí misma.

—Pues es una buena pregunta…, la verdad. —Soltó una risotada antes de darle un trago a su cerveza. Jimena nunca lo había visto tan alegre, le resultaba hasta incómodo—. Podría decirse que fue el amor. Yo trabajaba en una comisión ciudadana antisida de Vizcaya. Digamos que poco tenía que ver con mi especialidad, pero…, en fin, le daba jeringuillas

nuevas a los adictos a cambio de otras usadas y los atendía cuando lo necesitaban; así, como un resumen mal hecho.

—Eso vi en tu perfil laboral —confesó Jimena con una sonrisa por primera vez en la noche.

Le gustaba escuchar a Gari y, por primera vez, lo estaba conociendo de verdad. Él nunca se había abierto con ella. Como ella tampoco había hecho con él.

—Y conocí a Elena, una granadina que terminaba sus estudios ahí en Bilbo. Durante un tiempo estuvimos juntos en el País Vasco, pero tuvo que volver porque su amá enfermó y necesitaba estar con ella aquí. Al final, me vine detrás locamente enamorado. Y así llegué a Granada… La cosa… no terminó de funcionar —confesó él con una sonrisa melancólica.

No se imaginaba a Gari Atxa en una relación. Lo tenía tan encasillado en el trabajo que desarrollaba que nunca se había planteado cómo era su vida fuera de él. Pero disfrutó conocer un poco más de él y preguntó:

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Nueve años —respondió él después de pedirle otra cerveza al camarero.

—¡Madre mía! Muchísimo tiempo —exclamó Jimena verdaderamente sorprendida.

—Ya…, además sé que tú no eres el tipo de persona que tiene relaciones de pareja… No te pega tampoco. —Gari se rio.

Jimena se rio con él, pero pensó en lo que había dicho. Mientras estudiaba en la Universidad en Sevilla había tenido un par de novios fugaces de esos que le duraban un par de telediarios porque no tenía ganas de aguantarlos al no venir educados de sus casas. Pero en esos momentos, tras la terapia y superar su miedo al compromiso, estaba preparada para enamorarse y estabilizar su vida.

—No te voy a negar que no sea cierto…, pero tampoco que he cambiado y ahora busco otras cosas —anunció hasta nerviosa por reconocerse tan emocional.

—Me gusta la nueva Jimena —le dijo Gari con una sonrisa —. Aunque creo que somos peligrosos juntos.

—Después de esa noche que pasamos en mi cama…, ya te digo que lo somos —contestó ella con una risa que le salió

natural y la ayudó a dejar de sentirse incómoda en la cita.

Al final, cuando habían cenado y bebido demasiado, pagaron la cuenta y se marcharon en dirección al piso de Jimena. Lo que esta deseaba era que el criminólogo la desnudara y la hiciera olvidar, por una noche, quiénes eran y de qué se conocían realmente.

Capítulo 49

Leónidas tecleaba en su ordenador en la mesa de trabajo que solía utilizar Fátima. Ella, sentada en el sofá, se terminaba el descafeinado que se había preparado para trabajar sobre la investigación. Ante ella, tenía abierta la carpeta con toda la información que habían recabado. Había sido el propio Leónidas el que le había recomendado que almacenara bien los documentos para que no se perdieran. Deseó pedirle ayuda y que se sentara con ella a estudiar las posibilidades que se le planteaban, pero prefirió dejarlo trabajar en el artículo que escribía y no involucrarlo más. Había sido una gran ayuda esas semanas, pues se había puesto con ella a trabajar varias veces. De hecho, había sido él quien le había sacado varios libros sobre los manantiales de Sierra Nevada que reposaban en la mesa del salón. Fátima todavía no había tenido tiempo de ponerse con ellos, quizá por miedo a encontrar algo que pudiera cambiar el rumbo de la investigación.

Alcanzó su teléfono y vio un wasap de su padre.

Cariño, ¿tienes ya los resultados del embarazo? Ya me encuentro mejor.

Tampoco tenía cabeza como para ponerse con los manantiales de Sierra Nevada. No paraba de darle vueltas a la información que le había dado su madre sobre el lugar donde había fallecido ahogado su abuelo. Quizá era la propia sugestión por el caso, pero, fuera como fuese, Fátima no se encontraba bien con lo que le había contado su madre. Ese mensaje de Pedro solo era un recordatorio de que algo estaba mal en su familia. Sentía un agujero negro en el estómago que le indicaba que no debía seguir escarbando en la historia de su padre. Ese agujero negro era una mezcla de miedo y expectación. Prefería no pensarlo demasiado. Así que alzó la mirada del sofá, sin contestarle a su padre, y observó a Leónidas.

—Estás muy guapo ahí tan concentrado —musitó ella antes de levantarse del sofá e ir hacia su mejilla para darle un beso.

—Anda que tú, con lo arreglada que te has puesto para esta noche —contestó Leónidas agarrándola por la cintura y acercando la cara a sus pechos—. Qué bien hueles siempre, Fátima.

Ella se rio y después lo besó en los labios. Pasó los dedos por el pelo canoso de Leónidas y observó sus ojos azules, del color del mar embravecido. Habían sido sus ojos lo primero que la había cautivado nada más conocerlo.

—Es que he quedado con Claudia y Leticia, que han venido de visita el fin de semana, ya sabes. Tengo que ponerme presentable después de un año sin verlas. —Se rio en respuesta antes de alejarse de él y alcanzar su bolso, que estaba colgado en el perchero junto a la puerta—. ¿Me esperas despierto? No creo que tarde mucho en volver.

—Cariño, mañana tengo una conferencia temprano en Sevilla, no creo que pueda esperarte despierto. ¿Me harías un favor? Si se hace muy tarde vete al hotel de las chicas, ¿vale? Así me duermo más tranquilo —le contestó él con una mirada de pena.

—Vale. Sí, quizá las chicas quieren que tomemos una copa y, aunque yo no beba, para una vez que vienen… —Se volvió a acercar a Leónidas de nuevo—. Pues dame otro beso entonces. Que te veo en tres días, cuando vuelvas. Y dos días después… ¡sabremos si somos padres!

—Lo somos, cariño. Lo sé. Confío en ello —replicó él con una sonrisa mientras pasaba una mano por su vientre.

Finalmente, se despidieron con un beso incluso más largo y cálido. Fátima salió de la casa, cerró con fuerza la puerta y abrió un paraguas oscuro. No dejó de sonreír conforme bajaba la calle que la llevaría al centro de la ciudad. Esa noche había quedado para cenar con Claudia y Leticia, sus dos mejores amigas de la universidad. Las tres habían sido un equipo imparable hasta que ellas dos se enrollaron y se hicieron pareja. Rápidamente, se mudaron a Londres porque Claudia había encontrado allí trabajo. Casi diez años después, seguían juntas y amándose como el primer día. Para Fátima, la partida

de sus dos mejores amigas había sido un golpe duro y se había quedado con ese círculo académico que le gustaba tan poco. Sin embargo, estaba feliz por ellas. Habían sido dos amigas que habían terminado enamorándose locamente.

No le pareció mala idea la de Leónidas. Le apetecía dormir con las chicas y pasar así la noche con ellas. La ayudaría a desconectar de la investigación y volver a sentirse la chica joven que soñaba con ser profesora de universidad. Había compartido ese sueño siempre con Claudia y Leticia, sus eternas compañeras de aventuras. Para Fátima, que le concedieran la beca Fullbright para estudiar el máster en Nueva York, implicaba pasar un año en Londres. Y ese fue uno de los mejores años de su vida, pues vivió con sus dos mejores amigas y conectó con ellas incluso más. La dinámica había sido muy diferente a cuando habían convivido como estudiantes en la facultad, pues entonces ya Claudia y Leticia eran pareja y eso hacía que se relacionaran de manera más íntima. Pero acogieron a Fátima en Londres como si fuera Granada y se convirtieron en su familia.

Esa tarde había empezado a llover con fuerza y Fátima se había calzado sus botas de caña alta marrones, que la protegían mejor del agua. Aun así, la lluvia arreciaba con violencia y eso hizo que, conforme llegaba al centro, ya tuviera los pantalones de satén negros mojados. El viento nunca era una buena combinación con las tormentas granadinas. Había reservado una mesa en un restaurante en Plaza Nueva que tenía calefacción y era conocido por su buena comida, así que tampoco se preocupó demasiado por estar mojada.

Se adentró en la plaza directa hacia el restaurante. Las luces encendidas bañaban la entrada y pudo divisar desde la puerta el pelo rojizo de Claudia recogido en un moño. Sus ojos conectaron con los de Leticia, que se levantó al momento gritando su nombre y corriendo a recibirla. Fátima cerró el paraguas y se fundió en un abrazo cálido con Leticia, que la apretó con fuerza.

—¡Madre mía! ¡Un año sin verte! Es que me parece inconcebible, mi niña —le dijo con su marcado acento canario.

—Ya os vale, que me tenéis abandonada —intervino Fátima

todavía en los brazos de su mejor amiga.

—Venga, vente. Claudia desea verte. Lleva todo el viaje en avión hablando de ti y planeando la noche. ¡Lo vamos a pasar genial! —exclamó Leticia a la par que cogía a Fátima de la mano y la llevaba hasta la mesa.

Claudia la recibió con la misma emoción que Leticia. Fátima pudo ver en sus ojos verdes que estaba realmente feliz de encontrarse con ella. Se sentó en la mesa sin dejar de sonreír y pensó que era justo lo que necesitaba esa noche para desconectar de la vorágine de la investigación. Se dio cuenta de que Leticia se había cortado el pelo oscuro, prácticamente se lo había rapado. También había ganado algo de peso ese año, lo que hacía que su constitución corpulenta estuviera más marcada. Las veía geniales, brillaban felices y contentas con sus vidas. Solo la energía que le transmitían era suficiente para que Fátima se sintiera una afortunada por tenerlas en su vida.

—… y además vamos a comprarnos un piso en un suburbio de Londres —hablaba Claudia después de que el camarero tomara nota de las bebidas.

En menos de diez minutos, la pusieron al día de cómo les iba. Fátima escuchaba emocionada y procesaba cada dato nuevo que la acercaba más a esa realidad de sus amigas que ya le resultaba tan lejana.

—¿Te acuerdas cuando Fátima juró que no sería madre nunca y no viviría jamás en un barrio residencial para familias? —preguntó Leticia riéndose y provocando que la historiadora rompiera a reír también.

—Y ahora, mírame, bebiendo vino sin alcohol por un posible embarazo y viviendo con mi pareja en su casa. Es que hasta me planteo cómo vamos a vivir en esa casa en el momento en el que venga el bebé. Necesitamos…

—¡Una casa en un suburbio! —la interrumpió Leticia haciendo que las tres volvieran a reír.

El camarero volvió y las tres pidieron la cena. Fátima necesitaba algo verde, así que se decantó por unas alcachofas con jamón. Las chicas, que eran vegetarianas, rebuscaron en la carta para encontrar la única opción que tenían y que no les desagradaba en absoluto. El camarero desapareció

rápidamente y Fátima escuchó cómo había cambiado la vida de Claudia y Leticia en apenas un año.

En poco tiempo, notó que su ropa ya estaba seca. Pero también vio, a través de las ventanas, que la lluvia arreciaba incluso con más fuerza. Esa noche lo iban a pasar genial y estaba convencida de que las chicas la llevarían de bar en bar. Sin embargo, acabarían empapadas y ya se veía en el hotel dándose una ducha antes de ir a dormir. Eso le recordaba a los viejos tiempos que había vivido con sus amigas en Londres, donde que lloviera era lo normal y no mojarse casi un milagro que ocurría pocos días al año.

—¿Y tú? ¿Cómo te va con Leónidas? Por lo que nos has contado por WhatsApp sabemos que muy bien, si estáis en el segundo intento del *in vitro* —comentó Claudia cogiéndola de la mano por encima de la mesa.

—Estoy muy feliz con él. Siento que… que me da mi lugar, ¿sabéis? Y ya hemos hablado mucho las tres de lo que supone tener una relación con un hombre con el que tienes la diferencia de edad que tenemos nosotros. Leónidas es superconsciente también, lo que ayuda a que detectemos situaciones donde él pueda ser paternalista conmigo y demás… —expuso Fátima con ternura mientras pensaba en el hombre de su vida.

—Es genial. Ya sabes que a nosotras nos parece un hombre estupendo. Cuando vinisteis a Londres de visita hace un año y medio… ¡Qué risa! —dijo Claudia.

—Es que… ¡es un señor! —añadió Leticia y las tres volvieron a reír de nuevo.

Eso era lo que más le gustaba de Leticia y Claudia, podían hablar de cualquier cosa sin juzgar y darle una vuelta a la situación para tomársela de manera cómica. Sin duda, ese viaje a Londres con Leónidas había sido todo un espectáculo. Primero, porque Fátima había decidido acompañarlo a una conferencia que tenía allí en la universidad, y, segundo, porque Leónidas había aceptado quedarse más días y conocer a sus amigas, lo que había provocado múltiples situaciones donde las diferencias generacionales eran evidentes. A pesar de eso, los cuatro habían disfrutado de esa experiencia londinense y

eso había unido incluso más a Fátima y Leónidas.

Cuando comenzaban a probar la comida, Fátima sintió un pinchazo en el abdomen que le parecía indicar que tenía que ir al baño a desahogar la vejiga. Se disculpó con las chicas, alcanzando su bolso para ver si tenía algún mensaje en el móvil, y recorrió el pasillo del restaurante que se comunicaba con los servicios. Dentro, miró la pantalla del teléfono y vio que había otro mensaje de su padre: de nuevo le preguntaba si tenía el resultado del embarazo. Frunció el ceño extrañada y guardó el teléfono de vuelta en el bolso.

Después se encerró en uno de los habitáculos del baño, que tenía el suelo de mármol blanco y las puertas de un gris moderno. Le gustaba el diseño del sitio. Se sentó en el váter, se bajó los pantalones y desahogó tranquilamente la vejiga. Eso le produjo otro pinchazo que le extrañó e hizo que se tuviera que apoyar sobre un lado del cuerpo contra la pared. No era demasiado doloroso, pero sí bastante molesto.

Alcanzó el papel higiénico que estaba colgado a su lado y se limpió. Sacó el papel de su interior y lo alzó ante los ojos. Lo que vio la dejó en completo estado de *shock*.

El papel brillaba de color rojo escarlata ante sus ojos.

Lo soltó y vio que caía y manchaba de sangre el suelo.

Después gritó con tanta fuerza que pareció que el restaurante se vendría abajo y la engulliría.

Capítulo 50

La vorágine de emociones que se desató en el interior de Fátima fue completamente incapacitante y arrolladora. Se vio a sí misma sentada en ese cubículo de suelo de mármol, sobre un váter por el que habían pasado cientos de mujeres, abierta de piernas y observando sus bragas de algodón blancas manchadas de sangre color escarlata. No había sido consciente de haber estado manchada mientras se sentaba, quizá había sido su cerebro que intentaba protegerla de ese momento. En el suelo brillaba esa mancha rojiza, junto al papel higiénico que se deshacía con sus fluidos. Las lágrimas le empezaron a caer mientras se quedaba paralizada. Sentía que las piernas le fallaban y no la dejaban levantarse. Miró hacia la pequeña papelera metálica que se encontraba en una esquina del habitáculo y notó que se mojaba con sus propias lágrimas y que se le aceleraba el corazón.

No supo cuánto tiempo tardó en levantarse y volver a vestirse y no le importó que los pantalones de satén negro se mancharan de la sangre que embadurnaba su ropa interior. Tampoco fue capaz de recoger el papel del suelo ni tirar de la cadena. Sus piernas se movieron solas, corrió al espejo del baño, donde por suerte no había nadie. Allí se lavó las manos una y otra vez. Se las frotó con tanta fuerza que temió arrancarse la piel. Después se mojó la cara en un intento de controlar el llanto y miró su reflejo, que le devolvió una mirada de dolor y completo desconcierto. Estaba pálida, llevaba el pelo suelto y desordenado y tuvo que apartar los ojos del espejo. No se reconocía a sí misma. No era capaz de procesar lo que ocurría. Sencillamente, no estaba preparada.

Salió del baño, arrollando con la puerta. Y, al acabar el pasillo, vislumbró a sus amigas riéndose entre copas de vino. Inspiró con fuerza y salió directa por la puerta del restaurante. No tenía siquiera un aborto, le había bajado la regla. Esa

sangre que siempre le había comunicado que algún día sería madre, que podía crecer vida en su interior, era la misma que le anunciaba que, de nuevo, había fallado. Era infértil, como parecía haberlo sido su madre. Estaba maldita y su cuerpo era una cárcel de la que no podía escapar.

Se adentró en Plaza Nueva y dejó que la lluvia, fría, la mojara. Sintió cómo la golpeaba con violencia y cómo su ropa se empapaba en cuestión de segundos. La camisa de flores se le pegaba a la piel y comenzaba a pesar, aunque fuera de gasa. Los pantalones de satén eran un trozo de tela que caía hacia abajo y solo se sostenía por el botón que tanto le había apretado el estómago desde que se los había puesto esa tarde. Las lágrimas le caían sin control, le temblaban las piernas y los labios. Comenzó a deambular sin rumbo, incapaz de controlar la situación en la que estaba.

¿Por qué ella? Se lo repetía una y otra vez conforme entraba en la Carrera del Darro, pisando su adoquinado irregular de piedras y sintiendo cómo se le torcían los tobillos por la falta de fuerza. No merecía esa desgracia después del tiempo y el dinero invertido en tratamientos de fertilidad. Especialmente, tras tanta ilusión y tanta fuerza puesta para quedarse embarazada. A su alrededor, llevaba meses solo viendo mujeres embarazadas y parejas con hijos. Ataba a Leónidas a una vida sin hijos, a un sueño roto y hecho añicos. Toda su vida con el deseo de ser madre joven para hipotecarse con el único pronóstico de confirmar que era inútil e infértil.

Se apoyó contra el muro de piedra que protegía la calle del río Darro y se dejó hacer por la lluvia y el frío. No sentía nada, tan solo un inmenso vacío que nacía en su interior y desembocaba en un sangrado entre sus piernas. Ya ni siquiera sentía los pinchazos en el abdomen, que no habían sido más que el anuncio de que su menstruación llamaba a la puerta. Vio varios transeúntes con paraguas pararse cerca de ella y decidir no acercarse al verla tan sumamente afectada. Apretó los puños y golpeó el muro de piedra. Enseguida le brotó sangre de los nudillos, pero ese dolor no era suficiente para tapar lo que sentía en su interior.

Decidió levantarse y avanzar un poco más. Necesitaba

moverse, olvidarse de lo que le ocurría. Estaba en completo estado de *shock*. Pero Fátima jamás había estado así, nunca había habido nada en su vida que la transportara a una emoción como esa. La de ser una mujer infértil cuyo sueño de vida se había hecho añicos ante sus ojos. No había más oportunidades. De por sí, ya era improbable que pudiera quedarse embarazada. Si tras un segundo intento no había funcionado…, no tenía más. Nada más. Se había acabado para ella. Su cuerpo jamás le daría lo que más deseaba y que tan común y fácil era para la mayor parte de las mujeres. Había roto con el mito de que otras se quedaran embarazadas en cuestión de dos meses; pero también con la ilusión de que una persona infértil como ella pudiera conseguirlo estimulándose e hipotecando su vida.

Sin ser consciente, giró hacia la izquierda y se situó en uno de los puentes que cruzaban el río. Allí se sintió lo suficientemente sola como para poder gritar. Lo hizo con todas sus fuerzas, desgarrando sus entrañas y sacando lo que llevaba dentro. Gritó y golpeó de nuevo el muro del puente, hasta dejarse caer contra el suelo empapado y hacerse un guiñapo que solo gemía y temblaba. La ansiedad le recorría las venas y provocaba que no pudiera controlar la respiración ni el pulso acelerado del corazón. Sentía las manos heladas, como si casi no fueran suyas. Deseó que ese frío la matara, la dejara sin tener que buscar una respuesta a esa pregunta sobre por qué le había tocado a ella ese calvario.

¿Cómo iba a decirle a Leónidas que no necesitaban hacerle un análisis de sangre en la clínica? Siquiera un test de embarazo. No encontraba la manera de hilar las palabras, enfrentarse a él y comunicarle que habían agotado todas las balas. Después de tantos meses intentándolo de manera natural, para descubrir que era imposible y acabar en la clínica de fertilidad. Tras una ronda dolorosa y destructiva de *in vitro*. Todas esas inyecciones que su cuerpo había soportado. La primera negativa había sido dura, le había causado meses de tristeza y de sentir un pozo de vacío en su interior. ¿Pero esa segunda? ¿Esa manera de descubrir que estaba menstruando? No estaba segura de si podría sobrevivir a eso.

Mientras las lágrimas bañaban sus ojos, que ya estaban hinchados y cansados de tanto llorar, se levantó y se apoyó con las manos sobre el filo del puente. Observó el río Darro discurrir hacia abajo y gritó de nuevo, ya prácticamente sin voz. Golpeó con los pies el muro del puente hasta sentir que se hacía pedazos. Y gritó y gritó. Bajo la tormenta, esos gritos se los llevó el viento, y se sintió más sola que nunca. No quería tener que enfrentarse a ese dolor ni en ese momento ni nunca. Ni siquiera a Leónidas. No podía decirle a su entorno que no estaba embrazada, ver las reacciones de pena de su familia. Sacó el teléfono y observó la pantalla, que en cuestión de segundos se mojó. No se veía capacitada para llamar a Leónidas en ese momento, ni siquiera era capaz de apartarse de la lluvia que la empapaba y controlar su ansiedad. Solo deseaba castigarse, castigar a ese cuerpo que le negaba aquello que más ansiaba.

Cuando toda la vida de una mujer como Fátima había estado marcada por el sueño de ser madre de manera natural, vivir los procesos biológicos que se entrelazaban en un momento como ese, y se le arrebataba de las manos en una fracción de segundo, todo perdía sentido. La historiadora había tenido que aceptar pasar por una clínica para quedarse embarazada mediante inyecciones y procesos químicos que se alejaban de lo natural. De por sí, eso había sido muy difícil para ella, a pesar de que su entorno banalizara su frustración, puesto que nadie entendía por qué era difícil aceptar que no podía concebir desatando la pasión con su pareja. La idea de que su hijo fuera concebido en un laboratorio, ya la ponía enferma y le había supuesto un duelo personal. Pero perder esa oportunidad, entender que no podría ser madre de manera biológica nunca… Eso no sabía si podría procesarlo jamás.

Alzó la vista, al fin, y la dejó vagar a su alrededor. Se fijó en el puente en el que estaba. Era el puente Cabrera, que unía la Carrera del Darro con el barrio de la Almozara. Era uno de los pocos que quedaban en pie. Ese pensamiento se cruzó por la mente de Fátima durante unos segundos, los suficientes como para que, de pronto, no sintiera que vivía esa debacle emocional en su vida. Se sintió fuera de su cuerpo, como un

extraño que analiza el entorno y descubre algo que había pasado desapercibido ante sus ojos.

Dio unos pasos para situarse en el centro del puente y se giró de nuevo hacia el río Darro, con la mirada hacia arriba, desde donde bajaba el caudal violentamente por la lluvia que arreciaba con fuerza. Los puentes del río Darro. ¿Cómo se le habían pasado por alto? Catorce puentes originales, de los que tan solo se conservaban cinco. Los puentes habían sido destruidos a lo largo del paso del tiempo a raíz, especialmente, de las obras que embovedarían el Darro y lo soterrarían bajo tierra. Esos catorce puentes eran nueve de la etapa andalusí y cinco de la cristiana. Catorce puentes que habían formado parte de la pureza del patrimonio de la zona, que habían ayudado a que los habitantes de Granada pudieran cruzar la ciudad de un lado a otro, puesto que había estado dividida en dos mitades marcadas por el Darro.

Catorce días entre los cadáveres; también catorce días entre las pancartas. El río Darro no tenía sentido si no se contextualizaba con sus puentes y el embovedado.

Fue ese descubrimiento el que hizo que buscara de nuevo su teléfono móvil casi a ciegas, puesto que no conseguía ver demasiado bajo la lluvia y debido a las lágrimas que, todavía, anegaban sus ojos. Sentía el pulso igual de acelerado, incluso el mismo dolor recorriéndole las entrañas. Pero estaba distraída con ese descubrimiento en ese momento tan álgido de su vida. No podía ser casualidad, estaba totalmente convencida. Si se equivocaba, al menos eso habría servido como un salvavidas en esos instantes en los que solo deseaba morirse.

Alcanzó el móvil empapado y consiguió hacer funcionar la pantalla táctil. Buscó a Jimena en la agenda, en un impulso descontrolado que parecía un instinto natural para pedir ayuda. Pulsó el botón para llamar y aguardó mientras ponía la llamada en altavoz. Intentó calmar el llanto con varias bocanadas grandes de aire, pero volvía a descomponerse y a sentir que las piernas le fallaban de nuevo.

De pronto, de la nada, sintió que alguien la agarraba por la espalda. No supo cómo reaccionar, pues le temblaban las

piernas y seguía llorando. No tuvo ocasión de verle la cara. La giró con violencia y se encontró con un guante negro que pasaba un trapo por delante de sus ojos. Le escoció lo suficiente como para cerrarlos y, totalmente desorientada, sintió que iba a parar a su boca y nariz. Intentando respirar como fuera, inspiró inconscientemente el olor y sintió que se le cerraban los ojos.

Entonces fue consciente de lo que ocurría. Aunque quiso pelear o gritar, su cuerpo no respondió. Los ojos se le cerraban demasiado rápido y no conseguía distinguir a la persona que estaba frente a ella. Solo sentía la lluvia fría mojándole la piel y las piernas temblar por el vacío que se le había metido dentro.

Su teléfono móvil cayó al suelo mientras se escuchaba la voz de Jimena diciendo:

—*Fátima, dime.*

Pero Fátima se desplomó hacia delante. Cayó en los brazos de su atacante y, al fin, se cumplió su sueño de dormir y olvidar lo que había ocurrido aquella terrible noche.

Parte 4

Década de 1970

Se había sentido demasiados años un presidiario en su propio hogar. Aquellas paredes lo asfixiaban y lo enclaustraban en ese lugar oscuro y lúgubre. Tanto como su propia alma marchita, que había perdido su luz después de tanto tiempo sin poder ser libre. Ya nada lo llenaba, ni siquiera la mujer de pelo rubio que lo había salvado de su existencia hacía años. Ni tampoco las vistas a la llanura desde la gran casa que había construido con sus propias manos. No se contentaba con los fines de semana de vacaciones en el pueblo de ella, rodeado de su familia, que intentaba arroparlo y darle calor. No había ni un solo estímulo de su realidad que pudiera darle el suficiente calor como para que se sintiera vivo.

Aquella mujer se había convertido en su saco de boxeo. Con ella descargaba su rabia, a través de golpes que la dejaban marchita y apenada. Ella aguantaba, le gritaba que parara y que dejara de golpearla. Pero no podía hacerlo, necesitaba descargar su rabia. Además, era una puta. Siempre lo había sido. Le gustaba provocar a los vecinos, se contoneaba por el pueblo, se dejaba ver y sentía las miradas lascivas de los hombres que los rodeaban. Era suya, pero no actuaba como si lo fuera. No estaba dispuesto a compartir a la mujer de cabello rubio que le había salvado la vida, así que hizo lo único que pudo: domarla. Para domarla utilizó los recursos que tenía. Primero, la ató para siempre a él mediante la sangre. Segundo, le prohibió trabajar, a pesar de que cada vez estaba más de moda que las mujeres trabajaran. Y, tercero, utilizó todos los medios psicológicos y físicos que tenía para domarla.

Una noche, no midió la fuerza. Tuvieron que llamar a un médico, pues ella no podía andar por una de las caídas provocada por sus golpes. Ahí se asustó. Se dio cuenta de que era ese monstruo que sus tíos habían criado. Se le había ido de las manos. Si tanto la quería, ¿por qué le hacía daño? Estuvo a punto de tirarse del tejado de la iglesia del pueblo. Pero se contuvo. No

porque quisiera vivir, ni tampoco porque pensara que ella viviría peor sin él, sino porque tenía un plan que llevar a cabo y hasta no hacerlo, no podría descansar.

Así que ahí estaba. Subiéndose al autobús tras escucharlo a él. Porque él sabía cómo retroalimentar también al monstruo. Por eso había descargado su rabia no solo con su mujer, sino también con aquel demonio que dormía bajo su techo. Ese demonio lo había ayudado a perfeccionar el plan, incluso lo había empujado a llevarlo a cabo cuanto antes.

Se giró ante la puerta del autobús, se despidió del pueblo y de ese infierno que, durante años, había tenido que considerar su hogar. Y se subió mostrando el billete, en dirección a Granada.

Capítulo 51

2021

La alarma del teléfono móvil de Jimena sonó de manera estridente bañando la estancia y haciendo que se incorporara en tensión. Masculló en voz baja y maldijo no haberle bajado el volumen antes de dormir. Siempre se olvidaba del mal humor que le contagiaba despertarse de esa manera tan desagradable. Tanteó la mesita de noche hasta que dio con el móvil y después apagó la alarma con un quejido lastimero. A su lado, Gari Atxa se giró desnudo bajo las sábanas y le plantó un beso inocente en la mejilla. Jimena se apartó de manera inconsciente y, tras hacerlo, se volvió a acercar para dejarse hacer. Trabajaba su miedo al compromiso y su falta de apego emocional hacia los hombres.

—Buenos días, Jimena —musitó él posando las manos sobre las caderas de ella e intentando bajar hacia su entrepierna entre las sábanas.

La periodista lo paró con las manos y no tuvo que añadir en voz alta que no le apetecía una nueva sesión de sexo matutino. Tenían muchas cosas que hacer ese día. Así que salió de la cama, también desnuda, y subió un poco la persiana del dormitorio para que les entrara la suficiente luz como para poder vestirse. Encontró los vaqueros de la noche anterior en el suelo, junto a su jersey color malva de algodón. Se vistió rápidamente y, mientras Gari hacía lo mismo, se encerró en el cuarto de baño.

Bajo la luz artificial del espejo, se lavó la cara y los dientes. Observó su reflejo, que le devolvía una Jimena con ojos hinchados de tanto dormir y mejillas encendidas del arranque que acababa de tener el criminólogo en la cama. Como siempre, cada vez que se miraba, sentía ese vacío en el fondo

del corazón que la instaba a descubrir de dónde venían sus ojos rasgados y sus pómulos marcados. Cada vez que se miraba en un espejo pensaba en su madre biológica y en cómo ella misma tenía que reconocerse como un bebé robado. Apartó la mirada del espejo y se sentó en el váter para vaciar la vejiga. Cuando hubo acabado, se situó frente a la puerta del baño y tomó una bocanada de aire.

Todavía era extraño acostarse por las noches con Gari e intimar con él, y durante el día actuar como si solo fueran compañeros de investigación que, además, se tensaban en muchas de las conversaciones. Sentía que había dos Jimenas, la que durante el día trabajaba junto al criminólogo y no lo soportaba y la que por las noches intimaba con él y tenía miedo de que le gustara más allá de la cama. Lo que había ocurrido la noche anterior, cuando este le había hecho el amor con dulzura y le había recalcado lo mucho que le gustaba.

—¿Café? —le preguntó Gari desde el pasillo en cuanto ella abrió la puerta del cuarto de baño.

—Sí, gracias. No desayuno nada más, pero tienes algunas magdalenas en el cajón que hay encima del horno —le indicó Jimena en el salón, donde ya abría las ventanas.

El frío de la mañana granadina inundó la estancia y provocó que un escalofrío le recorriera la columna vertebral. Jimena alcanzó una chaqueta de punto que colgaba junto a la puerta y después se sentó en el escritorio a revisar los documentos de la investigación mientras Gari terminaba de preparar el desayuno.

—¿Qué tal si desayunamos y luego nos ponemos a trabajar? —propuso él a la vez que se acercaba al escritorio con una taza de café en la mano que le tendió a Jimena.

—Entiendo que vas a irte a la jefatura superior a trabajar en las agujas, ¿no? —preguntó ella mientras se levantaba para ir a la barra americana que dividía el espacio de la cocina del salón.

Allí alcanzó la cajetilla de Marlboro y se encendió un cigarrillo antes de probar el café, que estaba caliente y le pedía a gritos que esperara para beberlo.

—Sí. Estamos un poco atascados, no voy a negártelo. Son

cincuenta agujas, probamos todas las combinaciones posibles. Supongo que tan pronto como unas cuantas cobren sentido, podremos dar con el mensaje —explicó.

Se sentó en el sofá y le pidió a Jimena que hiciera lo mismo. La periodista negó con la cabeza y se quedó de pie junto a la barra americana de madera. Desde ahí observó a Gari, que estaba sentado apoyado sobre las rodillas y revisaba su teléfono móvil. Vestía una camisa gris de algodón suelta, pues no le gustaba la ropa ajustada. Y tenía una barba incipiente que indicaba que llevaba varios días sin afeitarse. No sabía por qué, pero ese hombre le atraía de maneras estratosféricas, era entrar en contacto con él y su cuerpo reaccionaba. Le gustaba también su mente y, en esos momentos en los que ya sabía más sobre su vida y la proyección para el futuro que tenía, le gustaba incluso más. No podía evitar pensar en él durante el día y en cómo su boca se abría paso por su cuerpo por las noches.

—¿Y si no hay un mensaje? —preguntó ella mordiéndose el labio para poder aterrizar de nuevo en la conversación.

—Jimena, el perfil psicopático que tenemos es bastante claro. Dudo que se preocupara de marcar las agujas si no quería hacer llegar un mensaje al mundo. Además, todo este tiempo que tardamos en resolverlo también le hace ganar terreno —contestó él sin levantar la vista del teléfono—. Un momento, me entra una llamada.

Gari se levantó con la taza de café en la mano y se encerró en el cuarto de baño. Jimena decidió que llamaría a Fátima para ver a qué hora iban a quedar ese día. Sin embargo, en cuestión de un minuto le saltó el contestador de la historiadora. Frunció el ceño y le mandó un wasap. La noche anterior la había llamado, pero Jimena descolgó la llamada y no escuchó nada. Al final, al ver que no hablaba, colgó extrañada. Seguramente la había llamado sin querer, especialmente si llevaba el móvil en el bolsillo trasero del pantalón.

Le mandó un wasap que, poco después, le llegó. Pero no recibió la señal de que lo hubiera leído a través del marcador azul, así que apartó el teléfono, fumó y miró hacia el mural de

la investigación que tenía al fondo del salón. Probaría a hablar con Fátima más tarde, cuando esta estuviera disponible. Ya eran las nueve de la mañana, así que era posible que se encontrara en una clase en la facultad.

—¡Jimena! —la llamó Gari.

El criminólogo salió del baño y llegó al salón a la carrera y con cara de preocupación.

—¿Qué ocurre? —Arqueó las cejas.

—Ha aparecido una nueva pancarta. El asesino ha vuelto a las andadas —contestó el criminólogo al tiempo que alcanzaba su chaqueta de cuero, que reposaba sobre uno de los brazos del sofá.

—¡¿Cómo?! —exclamó Jimena dejando la taza de café en la barra americana.

—Lo que oyes. Tengo que irme directo hacia allí, me reclaman. ¿Vienes o qué? —le dijo ya desde la puerta del piso.

La periodista le pidió un minuto para preparar su bolso. Alcanzó la grabadora y el bloc de notas sin procesar lo que acababa de escuchar. El asesino, que había roto con lo que parecía su rutina temporal, de pronto dejaba una nueva pancarta en la ciudad. Jimena, que ya no trabajaba para la policía, necesitaba saber más y contar con esa información. Agradeció haber mantenido a Gari en el equipo y que trabajara también con ella y con Fátima. Esto último la hizo pensar en la historiadora y le mandó otro wasap para avisarla de lo ocurrido. De nuevo, no obtuvo la notificación de que lo leyera, ni ese ni el anterior.

—Venga, ya estoy. Vámonos. ¿Quién te ha llamado? ¿Qué te han contado? —preguntó Jimena conforme cogían el ascensor y bajaban a la planta cero del edificio.

—Me ha llamado un compañero de Homicidios, me dicen que me necesitan allí para que realicemos las pruebas preliminares de la pancarta. Han notificado su aparición hace tres horas y esperan al juez para poder bajarla. Esto lo cambia todo, Jimena. Si estamos en lo cierto, es el aviso de que la próxima víctima está en camino y…

—Tardará catorce días en aparecer —lo interrumpió Jimena para concluir con lo que iba a decir.

El trayecto lo recorrieron en silencio. Gari estuvo al teléfono la mayor parte del tiempo y Jimena se dejó hacer, sin querer preguntar hacia dónde se dirigían. Podía hacerse una idea, pues nada más salir de su barrio tomaron la avenida central, llamada Reyes Católicos, que bajaba hacia el centro neurálgico de la ciudad. Reyes Católicos era una calle bastante moderna que había surgido como resultado de los trabajos de embovedamiento del río Darro. Era una de las zonas más bulliciosas y elegantes de la ciudad, rodeada de edificios que mezclaban lo renacentista con lo modernista. A Jimena le gustaba coger esa calle y observar sus pisos de colores que brillaban frente al ayuntamiento, u oler las castañas asadas que solían venderse en alguna de sus esquinas. Le traía recuerdos de su infancia, pues era una granadina privilegiada que se había criado en pleno centro de la ciudad.

Seguir a Gari sin tomar el control también era un ejercicio para ella de confianza y de dejarse llevar. No estaba acostumbrada a ser la persona a la sombra a quien se le aportara la información bajo la mesa. Desde hacía cuatro años se había ganado un nombre que poco tenía que envidiar a los grandes periodistas de España, y en esos momentos hacía un trabajo de humildad que tampoco le venía nada mal. El criminólogo caminaba rápido, todavía con las legañas pegadas a los ojos y con los zapatos de deporte que se había calzado la noche anterior para ir a su casa. Pero Jimena sabía que le importaba bien poco su imagen y lo que transmitiera a los demás. Solía priorizar la comodidad y la seguridad en su trabajo. Por eso, muchos días, aparecía en ropa deportiva y con cara de pocos amigos.

—Es en Correos —dijo de pronto Gari mirando a Jimena a los ojos.

—No jodas, ¿está colgada de la fachada? —preguntó ella sorprendida—. Cada vez actúa en zonas más céntricas, ¿cómo se arriesga tanto?

—Bueno, ya sabemos que no las cuelga él. Me imagino que hicieron falta varias personas sintecho para subirla a la fachada del edificio. No sé a qué altura está. Y, de todos modos, si encontramos imágenes, que seguro que las hay,

aparecerán varios indigentes. Cumple con su *modus operandi* —aclaró Gari mientras echaba a andar de nuevo.

Pasaron junto al ayuntamiento y Jimena bordeó la acera inconscientemente para no pisar la zona donde había estado el cuerpo de Lorenzo Espinosa.

—¿Cómo trajo aquí el cuerpo de Lorenzo? —le dijo a Gari conforme dejaban atrás la zona del ayuntamiento.

—La policía cree que se mueve en coche. Esta zona está vigilada por cámaras, pero puede tener un vehículo que pueda circular. De ser así, tendríamos una lista inmensa de personas así que tampoco podemos contar con ello. Aparcaría, dejaría el cuerpo y se iría. Además, los cuerpos no presentaban arañazos ni signos de que hubieran sido transportados a la intemperie. Tampoco podría hacerlo, pues lo habrían visto —razonó él gesticulando de manera exagerada.

—¿Y si no lo hiciera solo? Podría tener ayuda de alguien… —planteó Jimena.

—Es posible. No lo sabemos a ciencia cierta. Podría haberlo hecho solo, pero con alguien más hubiera sido más fácil. Quizá estamos ante dos asesinos —expuso Gari.

De pronto, la conversación se cortó. Desembocaron en la zona donde estaba el edificio de Correos y los dos guardaron silencio ante la imagen que tenían delante. Estaban en Puerta Real, que había sido, también, construida sobre el río Darro. Esa zona había sido el centro de la cultura de la ciudad, con edificios simbólicos como el Café Suizo, por el que Jimena se había dado a conocer como periodista a través de un artículo sobre él; el Hotel Victoria, que contaba con una bóveda de pizarra en escamas y elementos de decoración clásicos, y el edificio de Correos.

El edificio de Correos había sido construido en 1940 con piedra gris e integraba en sus bajos una calle porticada que se adentraba en la zona de Ganivet. Su construcción formó parte del proyecto de remodelación del barrio de la Manigua, que finalmente se demolió para proyectar una zona moderna en la ciudad que se asemejara a la Rue Rivoli de París. Eso había supuesto la construcción de algunos de los edificios más emblemáticos de Granada como el Teatro Isabel la Católica. El

edificio de Correos no solo era una obra de alto carácter patrimonial, sino que servía como base para la empresa pública que transportaba los paquetes de los granadinos. Tenía una belleza majestuosa y bañaba de luz la zona de la ciudad en la que se encontraba.

Jimena observaba el edificio boquiabierta. La pancarta estaba colgada del segundo piso, por lo que no estaba demasiado arriba. La policía había acordonado la entrada al edificio y la plazoleta donde se encontraba. Los transeúntes pasaban por delante, hacían fotos y comentaban la jugada del asesino. Ya no quedaba granadino en la ciudad que no conociera la conexión de las pancartas con los asesinatos, pues la prensa se había hecho eco. Debía ser difícil para la policía controlarlo, ya que se situaban en espacios públicos muy a la vista de los ciudadanos. La periodista sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo mientras observaba la pancarta, pintada a mano con pintura rojo escarlata.

—Acaban de decirme que esta mañana encontraron a dos hombres dentro del edificio. Debieron colarse ayer y habrán pasado la noche dentro para colgar la pancarta. Son indigentes, confirmado —le indicó Gari acercándose a ella de nuevo.

Se había alejado hacía unos minutos para hablar con la policía forense. Jimena agradeció que volviera hacia donde ella estaba para comunicárselo. No vio a Curro López alrededor y prefirió quedarse apartada del cordón policial para no tener que hablar con ninguno de los nacionales.

—El mensaje es en el tono habitual —comentó Jimena a la par que sacaba el teléfono y hacía una foto a la pancarta.

—No suena nada bien —añadió Gari.

—«Solo el agua mueve montañas. El suelo tiembla con su poder» —recitó Jimena en voz alta; aquellas palabras hacían mella en sus entrañas.

Capítulo 52

El humo del Marlboro que se consumía en los labios de Jimena bañaba el salón y se hacía con los cristales del ventanal que tenía frente al escritorio. El cenicero estaba a rebosar y pedía una limpieza urgente. Había cenizas por todos lados, puesto que llevaba toda la noche en vela fumando. No consiguió conciliar el sueño, a pesar de ingerir una caja entera de pastillas naturales de valeriana para dormir. Al final, acabó en el salón, agazapada sobre el escritorio, con un cigarrillo entre los labios intentando resolver el galimatías de la pancarta que habían descubierto esa misma mañana. A esas horas, cerca de medio día, seguía en la misma posición, frente a la fotografía que había tomado de la pancarta. Se preguntaba por qué el asesino había elegido usar pintura de color rojo escarlata, que imitaba la sangre, pero sin ser sangre en sí misma. La letra era uniforme, estaba escrita en letras mayúsculas y con una línea bien perfilada. Entre eso y la carta que habían visto a raíz de estar en la joyería de Córdoba, sin duda el perfil se acercaba al que había detallado Fátima.

Pensar en Fátima hizo que se acordara de que seguía sin contestarle los mensajes. De hecho, esa mañana le había mandado otro wasap, pero este ni siquiera lo había recibido. Cada vez que la llamaba, le saltaba el contestador. Puesto que el día en el que le habían practicado la punción ovárica había desaparecido, Jimena daba por hecho que quizá estaba desaparecida de nuevo porque los resultados del embarazo no eran los esperados. La apenaba pensar que la historiadora no se hubiera quedado embarazada y empatizaba con el dolor que debía sentir. Por eso había decidido dejarle espacio, que llamara cuando estuviera preparada para hablar.

Aquella mañana también había tenido tiempo para hablar con Lucía Cañales, la presidenta de la asociación de bebés robados de Sevilla. Habían charlado distendidamente durante

media hora y Jimena se había desahogado con ella. La periodista había sido quien iniciara esa llamada para saber si tenían algún tipo de respuesta sobre sus pruebas de ADN. Todavía no, lo que hacía que se pusiera incluso más nerviosa. Con Lucía se había abierto y le había hablado de la nula relación que mantenía con sus padres, pues Jimena jamás sería capaz de perdonarlos. Lucía había sido un apoyo moral durante esos treinta minutos y, en parte, había calmado la ansiedad que la devoraba por dentro al pensar en su situación vital. En esos momentos, en los que por fin había dado el paso para encontrar a su madre, necesitaba tener una figura de referencia en quien confiar. Esa era Lucía, que buscaba a su hija incansablemente y sintonizaba con su dolor y la tremenda pérdida que la comía por dentro.

En mitad de la vorágine de pensamientos que la desbordaban mientras fumaba compulsivamente, su teléfono empezó a sonar de manera estridente. Se levantó con prisa y alcanzó el móvil, que estaba sobre la mesa baja frente al sofá. Era Gari.

—*Jimena, han encontrado al taxista de Córdoba. Lo van a interrogar. Vente* —le dijo de manera breve y concisa.

—No puedo, Gari, no van a aceptar que esté presente. Ya no trabajo para ellos, ¿recuerdas? —contestó Jimena molesta.

Claro que quería estar presente en ese interrogatorio. Pero tampoco era imprescindible que estuviera, ya que el criminólogo le reportaría la información que le llegara.

—*Inténtalo, al menos. A veces no te reconozco con tanta desidia* —esto último lo dijo con un tono sarcástico y buscando encenderla.

Jimena no dudaba de sus intenciones y tampoco de que sus palabras surtirían efecto en ella. Nada más colgar la llamada, alcanzó su bolso y su casco y salió del piso velozmente. Debía intentarlo, tener una conversación cara a cara con Curro López. Ella no era una pieza indispensable para la investigación, pero había demostrado estar por delante de la policía. Sus hipótesis estaban más cerca del asesino que las que habían planteado ellos en un principio. Tenían que dejarla escuchar aunque fuera por las miserias que habían compartido

mientras investigó bajo la tutela de Curro.

Con esa gracia y seguridad, se montó en su Honda PS y arrancó para salir de la calle Molinos en dirección a la Jefatura Superior de Policía Nacional de Granada. Recorrió las avenidas apretando el puño para que la moto fuera más rápido, por lo que debió sortear autobuses y turismos que se interponían en su camino. Le gustaba la adrenalina al subirse a su motocicleta, el sonido que expulsaba al acelerar y cómo frenaba con cierta delicadeza cuando ella lo indicaba. También le gustaba el aire frío en el rostro, que le cortaba las mejillas, y cómo los guantes no eran suficiente protección para ese hielo que le recorría las manos.

Aparcó en una de las calles paralelas a la Palmita y se bajó de la motocicleta. Se subió la cremallera de los vaqueros y se ajustó el botón. Pensó en la idea de dar de baja esos pantalones, que le quedaban demasiado estrechos. Llevaba semanas sin hacer deporte y comenzaba a notárselo en el cuerpo, que le pedía a gritos que volviera. En su mente ordenó la lista de prioridades a llevar a cabo al terminar esa investigación: dejar de fumar, hacer deporte y llamar a su terapeuta. Cada mes se alargaba más. Solo esperaba que el caso no se alargara también mucho más tiempo. Llevaba el libro bastante avanzado y deseaba que cazaran al asesino cuanto antes. Ya no le importaba si lo hacía ella misma o la propia policía, que tenía más medios y papeletas para conseguirlo, solo quería volver a dormir tranquila por las noches.

Subió la rampa que llegaba hasta las puertas de entrada de la jefatura. Allí pasó su bolso por el detector de metales y se acercó al mostrador, donde un policía al que no conocía la miraba esperando a que le comunicara qué hacía allí. Jimena le dijo que venía a ver a Curro López, de Homicidios. No se le olvidó añadir que había trabajado para él y que necesitaba verlo cuanto antes. El policía, con una alegría dicharachera que dejó confusa a Jimena, alcanzó el teléfono y pasó el mensaje a la sección de Curro. Le pidió también que aguardara, así que Jimena se hizo a un lado y se colocó junto a la puerta por la que saldría el investigador a cargo del caso.

—Pero bueno, ¡dichosos sean los ojos! —la voz de Curro se abrió paso nada más cruzar las puertas.

Sus gafas de pasta negra no habían cambiado, pero Jimena se preguntó si había perdido pelo a causa del estrés que le ocasionaba esa investigación. Iba vestido de paisano, como solía ser común en él. Se quedó frente a ella con una sonrisa socarrona.

—Me ha dicho un pajarito que tenéis al taxista de Córdoba. Creo que me debes estar presente en ese interrogatorio. De no ser por mi excursión a visitar al orfebre no estaríamos aquí ahora —contestó ella antes de cruzarse de brazos y dejar el peso del cuerpo en una de las piernas. Alzó también la barbilla para mostrar seguridad. Sabía que con Curro López no se podían utilizar medias tintas.

—Ya veo que te crees digna de cualquier espacio, eh. Gracias por esa información. Aunque no sé si debería dártelas, porque es tu obligación ciudadana colaborar con la policía. Ya que trabajas por tu cuenta, qué mínimo que hacernos llegar lo que descubres —contestó él alzando también la barbilla y sacando pecho.

—Curro, me lo debes. No te pido grandes favores. No te supone nada darme una tarjetita de esas de visitante y hacerme pasar. Eres tú quien manda aquí —Jimena había decidido rebajar el tono e intentar rogarle a ver si cambiaba de opinión.

—Ya me gustaría ser quien mandara. Está bien. Entrarás al otro lado del espejo, como la última vez. Vamos. Ya está la abogada de oficio, y el taxista quiere declarar aquí y seguir con su trabajo —le informó antes de ir al mostrador y sacarle una tarjeta de visitante.

Jimena se la colgó del bolsillo que tenía su camisa negra de botones y se desprendió del abrigo negro que llevaba. Se adentraron en silencio en el pasillo y pasaron por delante de la cafetería, donde Curro saludó a varios compañeros. Jimena prefirió no mirar por no encontrarse con miradas de resquemor de quien pudiera identificarla. Se le habían quedado grabadas en la mente las palabras de Curro cuando había dicho que le gustaría ser quien estuviera al mando. Eso la hacía plantearse por qué la había echado del caso, si acaso había sido una

decisión de sus superiores como había supuesto Fátima.

Se adentraron en el habitáculo que había tras el espejo y, para sorpresa de Jimena, Gari no estaba allí. Se imaginó que, como ya no colaboraba con ella, su trabajo se limitaba a lo que tenía que ver con lo forense. Seguiría encerrado intentando sacar el mensaje de las agujas.

—¿Me pondrías un café? —le preguntó a Curro.

Este la miró sorprendido y con cara de pocos amigos. Pero aceptó y le sacó un café de la máquina que había en el pasillo. Una vez sola, Jimena se sentó en la mesa que había frente al cristal y aguardó. Observó al hombre que había dentro, debía tener unos cincuenta años y estaba acompañado de una abogada de oficio que iba bien vestida y parecía tener ganas de acabar con eso cuanto antes.

Mientras Curro entraba en el habitáculo con el café y se lo tendía, Lorena se adentraba uniformada en la sala de interrogatorios y saludaba amablemente al taxista y la abogada. Tomó asiento frente a ellos y dijo:

—Buenos días, José Francisco. Quiero que sepa que está aquí en calidad de testigo, pero como indica la ley, tiene derecho a una abogada de oficio. Solo necesitamos que nos hable un poco sobre un trayecto que realizó hace unas semanas. Sabemos que usted no está relacionado con los asesinatos. Solo se ha visto envuelto de manera involuntaria.

Aquellas palabras parecieron surtir efecto en José Francisco, que dejó de mover las piernas nervioso y suspiró para sacarse las emociones que había conseguido contener.

—Muy bien, comisaria. Por lo que me ha comentado fuera, le gustaría que José Francisco le hablara del trayecto que realizó el veintiocho de enero a Córdoba, ¿es cierto? —planteó la abogada.

Jimena arqueó las cejas y anotó esa información. Eso significaba que, mientras el asesino estaba a punto de dejar el segundo cadáver, todavía no tenía las agujas preparadas para la tercera víctima. Le pareció interesante, puesto que demostraba que, aunque lo tuviera todo planeado, quizá no hubiera atado todos los cabos antes de comenzar a ejecutar su plan.

—Sí, así es. ¿Podría decirme a quién llevó? ¿Recuerda cómo era? ¿De qué hablaron? —planteó Lorena.

—Sí, por supuesto. Espero que lo cojáis, porque menuda carnicería está haciendo… Mis clientes siempre hablan en el taxi del asesino —empezó a hablar el taxista. Tenía una voz sumamente grave—. Era un hombre, blanco. Debía tener entre treinta y cincuenta años por su voz. Lo recuerdo bien porque no suelen entrar carreras tan largas…; imagínese, ir y volver de Córdoba. No pude verle los rasgos porque llevaba un gorro, gafas de sol, guantes y una bufanda negra. En realidad, iba entero vestido de negro. Me daba muy mala espina. ¡Y pensar que llevé a un asesino en mi coche! —exclamó alzando las manos.

Aquella respuesta no sentó bien a ninguno de los presentes. Se notaba que aguardaban algún detalle que pudiera ayudarlos a identificar al asesino. Jimena sabía que la esperanza, en aquellos casos, nunca se perdía.

—Por lo que hemos podido comprobar, no hubo ninguna transacción ese día con tarjeta por un importe que pudiera corresponder a un trayecto tan largo como ese. Supongo que pagó en efectivo, ¿no? —preguntó Lorena.

—Así es. Además, también recuerdo que fue generoso, porque me dejó treinta euros de propina. ¡Treinta! Una salvajada.

—¿De qué hablaron? ¿Alguna conversación que pueda recordar y recrearme? —preguntó Lorena, sin dejar espacio a que el taxista pensara.

—Nada. Me dio los buenos días, la dirección de una joyería de Córdoba donde quería que lo dejara en la ciudad y las gracias al bajarse. Al menos fue educado, mucha gente ni te agradece el trayecto. Me quedé intrigado por su aspecto y recuerdo que pensé que debía ser un hombre adulto por la voz —expuso el taxista.

—¿Dónde lo recogió y dónde lo dejó de vuelta? ¿En lugares diferentes?

—En la parada de taxis de Plaza Nueva. Hizo cola, llegó hasta mi taxi y lo volví a dejar allí.

Lorena le lanzó preguntas que a Jimena le hicieron

desconectar. Le dio vueltas, frente al cuaderno, al hecho de que el asesino se subiera y bajara en Plaza Nueva. Era un buen lugar para pasar desapercibido. Podía vivir en cualquier zona de la provincia y así guardarse las espaldas por si la policía llegaba hasta el taxista. Además, quedaba cerca de todos sus escenarios de acción. Parecía que tenía cierta predilección por esa área de la ciudad. Por supuesto que iba irreconocible. No había pasado por alto tampoco el detalle de que había sido educado. Alguien que tenía ese método tan bien elaborado no parecía una persona perteneciente a un estrato social bajo. Aunque no podía aferrarse a esa idea, recordaba lo mucho que había sorprendido a todos la Asesina de la Cruz cuatro años atrás.

—Veo que ya no estás disfrutando del *show* —Curro interrumpió sus pensamientos y Jimena se levantó al momento cerrando el bloc de notas y guardándolo en su bolso.

—Gracias por dejarme pasar. ¿Cómo vas con la investigación? —le preguntó apoyándose contra el marco de la mesa donde había estado sentada minutos atrás.

—Bien, muy bien, Jimena. Gracias por preguntar —contestó con otra de sus sonrisas socarronas.

—Entiendo que Miguel Alcázar está descartado y que Ramón Aguilar sigue detenido, ¿no? Se nota que tenéis vuestros métodos para saltaros la ley. —Reprodujo la sonrisa que se le borraba del rostro a Curro.

—Hacemos nuestro trabajo por garantizar la seguridad de la ciudadanía, Jimena. Creo que no sabes mucho de eso. Y respecto a tu comentario, puedes estar tranquila. Tu cuñado es agua pasada. Resulta que amenazaba a su hermano, Julián Alcázar, porque estaba alcoholizado y cada vez que iba a los restaurantes se bebía hasta el agua de las flores. En fin, en todas las familias se cuecen habas. Ahora, si me lo permites, quiero hacer ese trabajo que tan poco te gusta —comentó invitándola a salir.

Jimena afirmó con la cabeza y suspiró antes de incorporarse y dirigirse a la puerta de salida del habitáculo. Fue consciente de que Curro acababa de pasarle información, de manera más que clara y concisa. Por eso, antes de echar a andar y

marcharse, se giró y dijo:

—¿Querías que estuviera fuera del caso o te presionaron tus superiores por resquemores del pasado?

Curro no contestó, pero la mirada que le devolvió fue suficiente para que Jimena confirmara sus teorías y se marchara de allí con una idea clara: nunca sería bienvenida en la Jefatura Superior de Policía Nacional de Granada. No bastaba con que ella fuera una de las víctimas del entramado de la Asesina de la Cruz, sino que además algunos nacionales la odiaban por haber expuesto a los que habían estado envueltos.

En cuanto a la justicia, literal o poética, aquel país era un circo repleto de payasos.

Capítulo 53

Aquella mañana se alargaba más de lo que a Jimena le habría gustado. La poca información con la que contaba el taxista la había dejado en un lugar desde el que era difícil avanzar. No había pasado por alto el detalle de que el asesino se subiera y bajara en Plaza Nueva. No tenía por qué significar que viviera en la zona; ni siquiera en la ciudad. Pero sí que parecía indicar que estaba más que preparado para lo que hacía y se guardaba bien las espaldas. Imaginó que la policía habría cotejado las imágenes que hubiera de la zona aquel día, sin conseguir una clara respuesta. Así que, de alguna manera, encontrar al taxista no resolvía nada.

No conseguía establecer la conexión tampoco entre el medioambiente y Lorenzo Espinosa. Si bien las dos primeras víctimas estaban vinculadas a una constructora, lo que le facilitaba la labor, en el caso del joven era imposible encontrar rastro de algo que denotara cualquier detalle similar que lo pudiera conectar con una constructora. Por lo que había visto, el hotel estaba en regla y no tenía ninguna denuncia relacionada con el medioambiente. Parecía que tenía un negocio limpio, que funcionaba bien, pagaba correctamente a sus trabajadores y poco tenía que envidiar a las empresas que intentaban estar al día éticamente. Así que se sentía en una casilla de la que era imposible salir.

Jimena había profundizado aún más en el río Darro. Sabía que este discurría por debajo del centro de la ciudad, exactamente por los puntos donde habían aparecido las tres víctimas. Había leído sobre el embovedado que se había construido a lo largo de muchísimos años. Ese embovedado había tenido lugar por la preocupación del Ayuntamiento respecto al foco insalubre y de malos olores que era el río en aquella etapa. Jimena sabía bien que también era una cuestión de modernización de la ciudad y un reclamo de la burguesía

que necesitaba ocupar esa zona de la ciudad que pertenecía a familias humildes. Así que el embovedado del río había resuelto dos problemas: la insalubridad de la zona y la expropiación a la clase trabajadora de sus casas en el centro de la ciudad.

La periodista había leído que en 1836 se había realizado el primer proyecto para cubrir el río en una zona del centro, pero no fue hasta dos décadas después cuando se llevaron a cabo las primeras obras. Por lo que había visto, el río se había planificado por tramos, lo que alargaría las obras hasta 1938 en plena Guerra Civil. De hecho, esa mañana había salido a desayunar y se había acercado al ayuntamiento porque allí se erigía una placa que indicaba la celebración de la clausura de las obras del primer tramo del río Darro en 1884.

No le cabía la menor duda de que el lugar donde estaban los cuerpos no era casual, y mucho menos que se situaran justo por encima del embovedado del Darro. Eso la llevaba al gallipato, al sauce y al oro. Eran elementos de la Cuenca del río Darro. Sin embargo, ¿qué significaba la cuarta pancarta? No parecía hablar de un elemento concreto más allá del agua, pero eso no tenía sentido. Sí, el río tenía agua, pero… ¿no era demasiado evidente?

Se le había hecho casi la hora de comer cuando necesitó hablar con Fátima. Llevaba cinco días sin saber nada de ella y empezaba a preocuparse de verdad. Intentó llamarla, pues necesitaba que se sentaran a hablar del río Darro y del embovedado. Fátima era quien más podía saber sobre ese tema y empezaba a extrañar sus conocimientos. Además de que llegaba un momento en el que la preocupación hacía mella en Jimena. La historiadora nunca había desaparecido tanto tiempo y, mucho menos, sin dar señales de vida. La llamada la llevó, de nuevo, al contestador y lanzó el cigarro que tenía entre los dedos hacia el cenicero y exclamó:

—¡Joder!

Ante su reacción, se vio obligada a levantarse y vestirse. Decidió que era el momento de ir a la casa de Fátima y encontrarla. Si estaba en un pozo de tristeza por no ser madre, deseaba acompañarla; y si, por el contrario, se encontraba

celebrando su embarazo con Leónidas, también. Y de paso, comprobar que estaba bien.

Mientras se vestía, pensó en que si Fátima no se encontraba en su casa probablemente sí estaría Leónidas porque era la hora de comer. Y al menos este podría tranquilizarla y darle una respuesta de cómo se encontraba su compañera. Además, empezaba a mosquearse porque Fátima se tomara cinco días libres y desapareciera de su vida. Tampoco le hubiera costado mucho trabajo mandarle un wasap y tranquilizarla. Le había mandado, al menos, diez mensajes en horas y días diferentes. Llevaba cuatro días sin recibirlos. ¿Y si había cambiado de móvil? O quizá lo tenía apagado y por eso no respondía.

Movida por esa sensación de vacío y por las dudas que la asaltaban, Jimena salió del piso en la calle Molinos y decidió acercarse a la calle Zenete a pie. Vivía a unos minutos de la casa de Fátima y prefería andar y que le diera el aire. Últimamente estaba de los nervios, pues por las noches dormía con Gari y lo conocía de manera íntima; y, por el día, discutía con él porque seguía sin encontrar el mensaje en las agujas de oro. Pasaba el tiempo y el asesino había colgado una pancarta, lo que parecía indicar que en cualquier momento atacaría y pasaría a la acción. Eso la consumía y hacía que, por las noches, mientras Gari roncaba, se recreara en su mente y le costara conciliar el sueño. Además, no dejaba de fumar y apenas ingería un plato caliente. Los sándwiches envasados se habían convertido en sus mejores amigos. Por suerte, prácticamente no había bebido y mantenía su alcoholismo bajo control.

Mientras subía la calle Caldererías, se fijó en la horda de turistas que se encaminaban hacia el Albaicín. Granada en marzo se convertía en un campo de batalla donde hacerse espacio entre grupos y fotografías era casi misión imposible. Jimena bufó unas cuantas veces, cansada de pedir permiso para hacerse paso. Sabía que debía mantener los nervios bajo control porque si no, le jugarían una mala pasada. Estaba demasiado ansiosa por ver a Fátima y saber de una vez por todas qué demonios le pasaba.

Se adentró en la calle Zenete, con cuidado de no meter los

botines de tacón entre el adoquinado. Murmuró varias veces seguidas y decidió fumarse un cigarro antes de llegar a la casa de la historiadora. Pronto, se encontró frente a la puerta de madera maciza con inscripciones en árabe. Solo esa puerta ya era una reliquia del Albaicín y conocía la afición de la pareja en esos pequeños detalles.

Mientras llamaba al timbre taconeaba en el suelo y apuraba el Marlboro. A los pocos segundos escuchó unos pasos que bajaban las escaleras de madera. Espero que fuera Fátima quien le abriera. Sin embargo, se encontró con un Leónidas ojeroso que mucho tenía que envidiarle al que había visto semanas atrás por primera vez al visitar a Fátima. Iba vestido con un jersey de punto color tierra y sus ojos azules destacaban por las marcadas ojeras. Él la miró pálido y dijo:

—Por favor, dime que Fátima está contigo. —De repente, la abrazó emocionado y descansó la cabeza en el hombro de Jimena.

La periodista se separó al momento al sentir que el corazón se le aceleraba. Aquello no era lo que esperaba. ¿Cómo que si Fátima estaba con ella? Se quedó unos segundos paralizada y observó a Leónidas, que empezaba a acumular lágrimas en los ojos.

—¿Qué me estás contando? ¿Cómo que no está aquí? ¡Leónidas, tendrías que haber llamado a la policía! ¡Hace cinco días que no sé nada de ella! —Jimena empezó a alterarse. Le temblaban las manos de la ansiedad que le subía por el estómago y sentía una ira inmensa que deseaba pagar contra la pareja de Fátima.

Si la historiadora verdaderamente estaba desaparecida… Jimena no era capaz de terminar esa frase en su mente. No podía ser cierto. No podía estar pasando lo que creía.

—Un momento. Yo… yo llegué hace dos días, Jimena. Estaba en una conferencia en Sevilla. Fátima… salió a cenar con unas amigas y se iba a quedar a dormir con ellas. Pensé que estaría con sus padres y… —empezó a explicar él mientras las lágrimas se abrían paso por sus mejillas.

—¿Has llamado a sus padres? —exigió saber Jimena, que puso una mano contra la puerta y se quedó más cerca de él.

—Hace una hora. No tenemos buena relación, pero lo he hecho ya extrañado. No está allí. Así que pensé que estos dos días habría estado contigo trabajando en el caso. Ella… mantiene todo muy en secreto —dijo él. Estaba agobiado y se pasaba las manos por la cabeza.

—No me jodas… No me jodas… Madre mía. ¿Acaso no habláis todos los días? —quiso saber Jimena mientras taconeaba en el suelo y se encendía un cigarro.

—No. No somos ese tipo de parejas. Cuando yo me voy, Fátima me deja espacio. Y viceversa. No es raro que estemos dos días sin hablar. Pero hoy teníamos que ir a la clínica de fertilidad para ver si está… embarazada —musitó Leónidas perdiendo la voz.

Jimena se apartó de él y alcanzó el teléfono móvil. Sentía el pulso acelerado, casi como si el corazón se le fuera a salir por la boca. Consiguió buscar a Curro López en la agenda del teléfono. El inspector no tardó en descolgar la llamada y la periodista vomitó todo lo que acababa de ocurrir en menos de un minuto. Tuvo que controlar la respiración y las lágrimas que amenazaban por caer también. Todo lo hizo ante la atenta mirada de Leónidas, que había acabado llorando desconsolado en el suelo, con la espalda contra la puerta de la vivienda.

—Jimena, Ramón Aguilar está detenido. Si Fátima Suárez ha desaparecido y está vinculado a los asesinatos… No pudo ser él. Además, no tenemos la certeza de que haya desaparecido — contestó él evidentemente preocupado por su tono de voz.

A Jimena se le vino el corazón al suelo. Si a Fátima la había secuestrado el asesino, este no podía ser Ramón Aguilar.

—No va a desaparecer porque sí, no me jodas, Curro. Fátima no está ni en su casa, ni en la de sus padres, ni conmigo. Tiene el teléfono desconectado desde hace cuatro días. Y… hace cinco noches me llamó de noche, era tarde, justo en el momento en el que la tormenta arreciaba con fuerza. No dijo nada y solo escuché la lluvia de fondo. Colgué porque supuse que se habría equivocado. Y si… ¿y si estaba pidiendo auxilio?

Jimena escuchó cómo Leónidas profería un quejido lastimero desde el suelo donde estaba llorando. Se había

olvidado de que él estaba presente. Quiso haber formulado lo que había dicho de otra manera, pero no encontraba otras palabras para transmitirle a Curro la preocupación que sentía.

—Ahora mismo voy a dar la orden de búsqueda de Fátima y a poner una unidad para encontrarla. Es posible que esté vinculada a los asesinatos sin estarlo.

¿Por qué querría el asesino matar a Fátima si solo era una historiadora que colaboraba con ella? ¿No tendría más sentido ir a por Curro, Lorena o, incluso, ella misma?

Todo aquello se estaba convirtiendo en una locura que perdía el sentido. ¿Dónde quedaba su teoría medioambientalista que tan férreamente había defendido? No conseguía encontrar una conexión entre esa línea de investigación y Fátima. Había peleado tanto por esa idea que, de pronto, se quedaba sin respuestas y sin saber hacia dónde ir.

—Por favor, mantenme informada —masculló molesta por sus pensamientos.

Después colgó la llamada y se agachó junto a Leónidas. Comenzó a llorar a su lado. Sentía un vacío enorme y no podía imaginarse a Fátima en manos del asesino. Ni siquiera que estuviera desaparecida. ¿Seguiría con vida? ¿Dónde se encontraba? No se merecía lo que fuera a ocurrirle.

—No puedo perderla…, Jimena. No puedo. Es el amor de mi vida. Tendría… tendría que haber llamado a la policía nada más llegar a casa. Yo… yo no sabía… —Leónidas tartamudeaba al hablar y se entrecortaba por las lágrimas—. Es muy probable que esté embarazada… Yo… yo no puedo perderla.

—La vamos a encontrar, Leónidas. Te lo prometo.

Y se lo prometió a sí misma. Porque no podía dejar que Fátima perdiera la vida por su culpa, por involucrarla en la investigación, por no haberse extrañado aquella noche de la llamada que había recibido.

Jimena se levantó y decidió que lo que necesitaba era una botella de vino y otra cajetilla de Marlboro. No iba a poder sobrevivir a ese día de no ser así.

Capítulo 54

El *parking* de San Agustín se encontraba bajo el mercado de abastos de Granada. El mercado había cambiado a lo largo de las décadas para quedar reducido a un espacio donde todavía se podían adquirir alimentos, pero que solía ser el centro social donde los granadinos se reunían a beber vino y comer marisco. Jimena pasó por delante de las terrazas con un vacío enorme en el fondo del alma. No había superado todavía el encuentro que había tenido con Leónidas en su casa hacía una hora escasa. Él se había quedado traspuesto de puro cansancio, tras pretender acercarse a la policía y formar parte de la unidad que iba a buscar a Fátima. Jimena había tenido que tranquilizarlo y exigirle que se quedara en casa, que era la única manera en la que iba a ayudar. Lo último que necesitaba la policía era perder tiempo calmándolo. Finalmente, había aceptado. No quería imaginarse lo duro que debía ser quedarse entre cuatro paredes a la espera de una respuesta, pero en esos momentos era lo mejor que podía hacer Leónidas.

Bajó las escaleras del *parking* todavía sintiendo que el corazón se le saldría por la boca. No estaba preparada para procesar que Fátima estuviera desaparecida y, probablemente, en las manos del asesino. No encontraba ningún otro motivo por el que la historiadora hubiera podido desaparecer. Sería demasiada casualidad que alguien como Fátima, que no frecuentaba la noche ni se exponía a situaciones de riesgo, hubiera sido secuestrada por un motivo diferente. Jimena, quizá por su pasado, veía claro el motivo por el que estaba desaparecida. No pensaba dormir hasta que consiguieran encontrarla o, al menos, hasta que su cuerpo cayera rendido. Iba a luchar contra reloj por encontrarla, y que no fuera hecha un guiñapo sin vida encima del río Darro.

Se adentró en el aparcamiento subterráneo con un cigarro en la mano y divisó a Gari apoyado contra su coche. Tenía

mucho mejor cara de lo que esperaba Jimena y se sintió decepcionada por no encontrarlo tan hecho polvo como ella misma estaba. Era consciente de que el criminólogo y Fátima no tenían una relación estrecha, pero nada más llamarlo al dejar a Leónidas en su casa, se había sorprendido y le había propuesto visitar a los padres de Fátima en busca de respuestas. Así que habían quedado en el *parking* para salir juntos con el coche de Gari. Jimena no estaba en condiciones de conducir, tenía los nervios y la ansiedad a flor de piel.

—Jimena, joder… —murmuró mientras la acogía entre sus brazos y la abrazaba con fuerza.

—Vamos, no hay tiempo que perder —respondió ella, que se separó de Gari y se subió al asiento del copiloto.

Conforme salían de la oscuridad del aparcamiento, Jimena revisó su teléfono móvil. Llevaba haciéndolo desde que llamó a Curro López hacía más de una hora. Aguardaba noticias. Era demasiado pronto para que pudieran anunciarle que habían encontrado a Fátima, pero Jimena se aferraba a la idea de que la policía lo hiciera. No sabía si contaba con las fuerzas necesarias como para ser quien diera con el paradero del asesino y la historiadora.

—La pancarta no tiene rastros de ADN, como era esperable. Se utilizó la misma pintura que… —Gari comenzó a hablar nada más salir del *parking*, cuando la luz natural bañó el coche y se encontraron con el ajetreo del centro granadino.

—Parece que no te duele, Gari. Es como si te diera igual que nuestra compañera, quizá por investigar, haya sido secuestrada por el asesino —Jimena escupió con desprecio las palabras con las que lo interrumpió—. ¿Es que no te das cuenta de que, si se confirma esa teoría, podría habernos pasado a uno de nosotros?

Ver la indiferencia de Gari, que era capaz de cambiar de tema y seguir con la investigación como si nada, la ponía incluso más de los nervios. Había conocido una parte de él que se mostraba emocional y sensible, ¿por qué la ocultaba durante el día?

—Jimena…, claro que me da pena que Fátima esté desaparecida. No podemos dar por hecho que haya sido el

asesino. Hace una hora y media que sabes de su desaparición. No saquemos conclusiones precipitadas —se defendió él manteniendo la calma y bajando el volumen de la radio.

La periodista apretó la mandíbula y giró la cabeza para mirar Gran Vía por la ventana. Se tomó unos segundos para calmarse y respondió:

—¿Conclusiones precipitadas? Dime tú, que eres el perfilador criminal, dónde coño está Fátima. Es una mujer que siempre cumplía con su rutina, que tenía dos espacios seguros en los que se cobijaba: la casa de sus padres y la suya propia. Nadie sabe nada de ella desde hace cinco noches que salió a cenar con unas amigas que relatan que se marchó sin avisar y nunca volvió al restaurante. No le llegan los mensajes, su teléfono está apagado. Y, para colmo, investigaba a un asesino en serie. ¿Son conclusiones precipitadas? ¡Vamos, no me jodas! —lo último lo dijo como una exclamación y con una subida de tono.

—Creo que no estás en condiciones ahora mismo de mantener esta conversación. Precisamente, si me ves distante es porque es necesario mantener la cabeza fría para actuar en situaciones como esta. Olvida que Fátima es tu amiga y lo que sabes de ella. Piensa que es una posible víctima del asesino que ha sido secuestrada. Y trabaja desde ahí. No desde el estómago, desde la cabeza.

Las palabras que acababa de pronunciar Gari hicieron mella en Jimena, que se sintió pequeña en el asiento del copiloto. Bajó la cabeza y miró la pantalla apagada de su teléfono móvil. No quería volver a ser la Jimena que apagaba sus emociones, que cazaba como una gata montesa. Sus emociones la hacían mantenerse en pie, encontrar un motivo por el que luchar contra viento y marea para llegar hasta el asesino.

Así que se mantuvo en silencio el resto del trayecto a Monachil, que era corto y serpenteante. Leónidas le había facilitado la dirección de los padres de Fátima y había avisado a Alejandra, su madre, de que le harían una visita. Jimena se mentalizaba de la debacle emocional que iba a suponer enfrentarse a los padres de la historiadora, que estarían destrozados y necesitarían respuestas. No quería ser una

persona desalmada, como le exigía Gari. Prefería actuar guiada por el corazón, por esos instintos que la habían hecho encontrar a la Asesina de la Cruz. Si había sobrevivido a la pérdida del hombre del que se había enamorado, sus padres y su propia identidad como ser humano, podría sobrevivir a eso.

Bajó la ventanilla del coche cuando llegaron al pueblo y se encendió un cigarro sin pedirle permiso a Gari. Él no fumaba, por lo que le lanzó una mirada de desaprobación. Pero le dio igual, fumó y expulsó el aire por la ventanilla. Si no fumaba, la ansiedad se la comería viva y terminaría explotando y bajándose de ese coche. Prefería darle nicotina al cuerpo y saborear ese cigarro amargo que le quemaba los pulmones y le rascaba la garganta.

—Es aquí —anunció Gari conforme bajaban una carretera de tierra que daba a la llanura del valle en el que estaba sumido Monachil.

Ante ellos había una verja de hierro gris abierta y una mujer que aguardaba a un lado, hecha un trapo de tanto llorar. Jimena observó sus facciones, tan parecidas a las de Fátima, y su mirada que denotaba miedo. No podía imaginarse lo terriblemente doloroso que debía ser recibir una llamada de la policía con la notificación de la desaparición de una hija. Por eso mismo, se tomó unos segundos para bajar del coche después de que Gari aparcara frente a lo que parecía un corral de gallinas.

Nada más poner un pie en el suelo arenoso, Jimena echó un vistazo a su alrededor. Fátima le había hablado brevemente de su infancia y de aquella finca, pero no se la había imaginado así. La casa de la familia de Fátima era pequeña y rectangular y, a simple vista, no parecía tener demasiado fondo. Enfrente de la misma estaba el patio, que contaba con una mesa de hierro pintada de verde, bajo una parra enorme que le daba sombra. Escuchaba a las gallinas desde donde estaba y podía ver el terreno repleto de árboles frutales y una cosecha que debía ser fruto del trabajo de Pedro Suárez, el padre de Fátima.

Gari la miró, esperaba a que tomara el control de la situación. Jimena tomó una bocanada de aire y después echó a andar hacia Alejandra, que los esperaba en la verja de entrada,

llorando desconsolada. Se fijó en que llevaba un jersey de colores que parecía tejido a mano y el pelo plateado recogido en una coleta baja. Tenía el pelo corto, por encima de los hombros. Una galaxia de arrugas le marcaba las facciones, quizá aparentaba más edad de la que debía tener. Eso, o había tenido a Fátima bastante mayor.

—Alejandra, soy Jimena Cruz. Él es Gari Atxa, criminólogo y agente activo en la investigación. Sentimos mucho su dolor. Estamos… todos en *shock* —musitó Jimena nada más llegar a ella y tenderle la mano.

Alejandra rechazó el gesto y directamente abrazó a Jimena. Temblaba por las lágrimas que le caían y tenía la respiración acelerada. La periodista la abrazó con fuerza, inspirando su olor. Le recordaba al de Fátima. Sintió que otra parte de ella se hacía añicos por dentro mientras sostenía a la madre de su amiga.

—La vamos a encontrar, no se preocupe —le garantizó Gari cuando se separó de Jimena.

—Mi… mi niña. No puede ser. No…, yo… yo sabía que no debía mezclarse en esta… locura —la mujer hipaba conforme hablaba—. Pasad…

Tras hacerles esa petición, se agachó y empujó la verja mientras sostenía el enganche del suelo. Después cerró las puertas de entrada a la finca y, todavía llorando de manera desconsolada, abrió la puerta de la vivienda y los invitó a pasar.

Jimena se adentró en aquel salón rústico incluso más sorprendida. No se imaginaba la infancia de Fátima en esa casa. Quizá porque la suponía en un hogar más urbanita, que estuviera en su línea. Sin embargo, se daba cuenta de que los padres de su amiga eran más humildes de lo que esta le había hecho saber a lo largo del tiempo. Alejandra tenía el fuego encendido y se acercaron a la candela después de desprenderse de sus abrigos. Gari fue el primero en ir hacia allí para calentarse las manos. Miró a Jimena y la invitó sin palabras a hacer lo mismo.

—¿Dónde está Pedro? —quiso saber Jimena al notar que su cuerpo entraba en calor y que Alejandra se había calmado un

poco.

—Ha… ha desaparecido también. Yo… yo no entiendo nada. —Esa pregunta provocó que volviera a llorar con fuerza.

La periodista se quedó paralizada. ¿Cómo que había desaparecido? No era posible que ambos fueran secuestrados. No tenía ningún sentido.

—¿Cuándo? ¿A qué se refiere con desaparecido? —preguntó Gari sacando su alma de criminólogo.

—Llevaba muchos días… enfermo. Mi marido padece una depresión crónica que… que le obliga a encerrarse en la habitación. No lo he visto en días. Los días que se encierra…, duermo en la antigua habitación de Fátima. He ido a buscarlo hace una hora, cuando llamó la policía, y no estaba… Él nunca sale de casa sin mí y… no sé cuánto tiempo lleva desaparecido —explicó sin ser capaz de hilar bien las palabras.

Jimena le pidió permiso para comprobar lo que decía y, seguida de Gari, se adentró en el pasillo que salía del salón. Todas las puertas estaban abiertas, menos una. Vieron un baño pequeño, un dormitorio que imaginaron que sería de Fátima por la decoración y una habitación desordenada repleta de retales de tela y dos máquinas de coser. Al fondo del pasillo estaba la puerta cerrada, parecía el dormitorio de la pareja. Ambos se miraron y fue Gari el que abrió la puerta.

—Me cago en la puta —masculló Jimena al confirmar lo que Alejandra ya les había indicado: que Pedro estaba desaparecido.

El dormitorio contaba con una cama de matrimonio de madera con dosel. Las sábanas estaban revueltas y no había rastro de Pedro Suárez.

—La ventana está abierta —indicó Gari señalando hacia ella.

Ambos se asomaron rápidamente.

—Es una planta baja, tuvo que salir por aquí. Gari, Fátima me dijo que había descubierto algo que vinculaba a su familia con el río Darro —expuso Jimena agobiada antes de sentarse sobre la cama deshecha.

—Pero este hombre le diría a su mujer que se marchaba, ¿no? Las personas no desaparecen porque sí —razonó él

mientras paseaba por el dormitorio.

—¿Y si no quería que se supiera que había desaparecido? Piénsalo, es una hipótesis un tanto alocada, pero… se encierra aquí cada vez que tiene una recaída depresiva y construye esa narrativa durante años. Cuando llega el momento…, desaparece y nadie se entera —contestó ella negando con la cabeza. No podía aceptar las ideas que la acechaban.

—Es una locura, sí. Pero si siguiéramos esa hipótesis… ¿Me dirías que es posible que sea el padre de Fátima? —preguntó Gari a la vez que arqueaba las cejas y decía en voz alta aquello que rondaba en la cabeza de Jimena.

—No lo sé. Te digo que su padre lleva días, no se sabe cuántos, sin estar aquí. Y que Fátima desapareció hace cinco noches —contestó la periodista con voz queda.

Gari sacó su teléfono móvil del bolsillo del pantalón vaquero. Se sentó al lado de Jimena y la cogió de la mano. Ella suspiró y aceptó el gesto, pero sintió que, en cualquier momento, explotaría. Gari aguardó a su lado a que descolgaran la llamada y, cuando lo hicieron, dijo:

—Hay que encontrar a Pedro Suárez.

Capítulo 55

El olor a madera fue lo primero que identificó al empezar a parpadear lentamente. Sintió que una luz intensa se abría paso por sus ojos y la cegaba por momentos. Su visión era borrosa, tanto que no era capaz de enfocar la mirada e identificar en el lugar en el que estaba. Tenía mucho frío y le dolía la cabeza horrores. Sentía latigazos que le bajaban desde la sien hasta las cervicales. Intentó balbucir algo, pero tenía los labios sumamente cuarteados y secos. Le pesaba el cuerpo demasiado, tenía la boca seca y necesitaba agua. Esa luz… era terrible. Parpadeó varias veces e intentó identificar el lugar en el que estaba. La cabeza se le caía hacia delante y le resultaba difícil erguir el cuello.

De pronto, una serie de imágenes se sucedieron en su mente. La noche lluviosa en el puente y el trapo que había olido, inhaló algún producto que la había hecho desfallecer y desmayarse. No sabía cuántos días habían pasado, pues se encontraba drogada la mayor parte del tiempo. Recordó los pasos de alguien a quien no pudo ver la cara y la sopa caliente que le había hecho ingerir. ¿Cuántos días habían pasado desde la última vez que había comido? ¿La habían alimentado más de una vez o una sola?

Tenía mucho frío. Cuando sus ojos se acomodaron a la luz que bañaba la estancia, pudo ver el suelo de barro cocido sobre el que estaba sentada. Llevaba los pantalones negros de satén hechos un trapo, ya secos por los días que llevaría allí tirada. No tenía zapatos, ni calcetines. Tocaba el suelo directamente con los pies, por lo que entendió de dónde venía ese frío tan intenso que sentía. En la estancia no había calefacción y parecía que se encontraba en medio del campo. La habitación era rústica, contaba con elementos que la hicieron recordar la vivienda donde se había criado con su familia. Las paredes, pintadas con cal blanca y de muros de piedra antiguos, estaban

decoradas con herramientas rudimentarias. Identificó hoces, palas, hachas y azadas. Le recordó, de nuevo, a su infancia en la finca de sus padres.

Había una única ventana, que era grande y tenía las cortinas descorridas. Por ella, pudo ver que el cielo era turquesa y no tenía nubes. No llegaba a ver más, pues debía estar situada en la segunda planta. La luz que le bañaba la cara era terrorífica y la obligaba a parpadear demasiadas veces seguidas. Los párpados también le pesaban, se preguntó si los tendría hinchados de tanto dormir.

Intentó moverse y el cuello la tiró para atrás. Eso hizo que la invadiera un miedo atroz y que tomara consciencia de que había sido secuestrada. ¿Era el asesino al que estaban persiguiendo? Quiso alzar las manos para llevárselas al cuello y no fue capaz. Al bajar la vista, descubrió que estaba atada al suelo por unas cadenas de acero inoxidable. El peso de la argolla que la ataba contra la pared por el cuello empezó a oprimirla y pataleó en un intento de liberarse. Tenía los pies libres. ¿Pero de qué le servía si apenas podía mantener erguida la cabeza y ni levantarse por la cadena del cuello?

Quiso llorar de la ansiedad que empezó a recorrerle el cuerpo, pero no le quedaban lágrimas. Estaba demasiado deshidratada. Se imaginó cómo debía ser la imagen que diera desde fuera, con la piel de color ceniza y desnutrida. No dejaba de preguntarse cuántos días habrían pasado. Sentía el cuerpo húmedo, a pesar de estar seca. Intentó contonearse en el suelo y se movió unos milímetros, lo justo que le permitían las cadenas. No conseguía bajar la cabeza lo suficiente como para mirar al suelo, pero al desplazarse sintió una humedad entre las piernas.

Horrorizada, intentó gritar, pero no le salió la voz. Era su propia menstruación, que seguía acumulada entre sus piernas, lo que hacía que estuviera tan húmeda y sintiera incluso más frío. Eso le recordó al bebé que no había sido capaz de concebir en su vientre. Y a la vez pensó en Leónidas. ¿Cómo se sentiría él sin saber dónde estaba? Ni siquiera se imaginaba no poder decirle ella misma que no estaba embarazada. Quizá la daba por secuestrada y, además, embarazada. Deseó poder

llorar por ella, por Leónidas y por el hijo que nunca tendrían.

De pronto, ese dolor por no poder ser madre dejó de tener sentido. Se jugaba su propia vida, estaba secuestrada y encadenada al suelo y la pared, quizá no volvería a ver los ojos de Leónidas por las noches ni a saborear el café de la mañana. Ya no se trataba de no ser madre, de sentirse infértil e inútil, de que le hubieran arrebatado lo que más deseaba…, porque en esos momentos lo que más deseaba era vivir. Salir con vida de ese secuestro y que cazaran al asesino que se había hecho con ella. Porque, ¿quién iba a secuestrarla si no?

Lo que más la mataba durante esos primeros minutos de consciencia era no saber cuánto tiempo llevaba desaparecida. ¿Habría aparecido una nueva pancarta que llevaba su nombre codificado? ¿Sabrían Leónidas, su familia y Jimena que estaba desaparecida? Si era el asesino quien la tenía, entonces veía difícil que la salvaran. No habían sido capaces de dar con él durante dos meses, ¿cómo iban a hacerlo ahora?

Todo su cuerpo temblaba conforme alzó la vista y decidió analizar el espacio. También la ansiedad rugía en su estómago al darse cuenta de que se había meado encima durante esos días. Ese olor putrefacto era ella, su propio cuerpo que pedía auxilio. Agradeció que no le salieran lágrimas por miedo a no poder parar de llorar. Barrió la estancia lentamente, intentando descifrar dónde se podía encontrar. Aunque Fátima sabía que no estaba preparada para ese tipo de trabajo. No era más que una historiadora. ¿Por qué se había hecho con ella? No cumplía el perfil de las víctimas. ¿Era por formar parte de la investigación y quería mandar un aviso a la policía?

Mientras miraba a su alrededor descubrió una vitrina de cristal en la pared derecha, justo encima de un barreño de madera que estaba impoluto y tenía la capacidad suficiente como para bañar a un niño pequeño. El barreño parecía estar vacío desde donde se encontraba y no daba la sensación de formar parte del mobiliario original de la vivienda. Frenó la mirada sobre la vitrina de cristal, que se asemejaba a aquellas que había visto en las joyerías de Córdoba. Había tres objetos colgados y expuestos, sin cristal exterior que los protegiera, pues la puerta estaba abierta.

Guiñó los ojos haciendo un esfuerzo por identificar lo que veía. La vitrina era nueva, no era original del lugar en el que estaba. Consiguió identificar el primer objeto, que era pequeño. Consistía en un par de gemelos con algo inscrito… Fátima apretó incluso más los ojos y consiguió leer una «A» mayúscula que le heló la sangre. Recordó haber leído en un informe que la viuda de Julián Alcázar había notificado que esos gemelos no se encontraban en su vivienda ni tampoco entre las pertenencias de la víctima que le habían entregado.

La paralizó tomar consciencia de ese detalle. No quería saber qué eran los otros dos elementos, pero no se veía preparada para apartar la mirada. Pasó la vista al segundo y era un colgante con una «R». Debía ser de Ramírez, el apellido de Estrella, la segunda víctima. El tercer objeto era inidentificable desde donde se encontraba sentada. Era demasiado pequeño y brillaba con los rayos del sol. Podía ser un pendiente o…, no tenía ni idea. Así que apartó la mirada, repugnada. Eran los premios del psicópata.

Se preguntó qué tomaría de ella. ¿Quizá el reloj de pulsera de su abuela que la acompañaba a todas partes? Maldijo el momento en el que había salido del restaurante donde estaba con sus amigas en mitad de un brote de ansiedad debido a descubrir que no se había quedado embarazada. Todo eso ya era demasiado lejano. Quería pelear por su vida, recomponerse y aceptar que nunca sería madre. Estaba capacitada para ello y lo sabía entonces, encadenada a una pared por el cuello y al suelo de barro cocido por las manos.

Entonces un pensamiento fugaz se cruzó por su mente. Los puentes. Había descubierto la conexión entre las víctimas y el lugar donde aparecían, además de la temporalidad entre cuerpos y pancartas. Catorce días por catorce puentes originales que habían cruzado el río Darro. Si lo pensaba fríamente…, donde habían aparecido los cuerpos había un puente originalmente… ¡Y no podía decírselo a Jimena! Tiró y tiró de las cadenas que la ataban al suelo e intentó gritar de nuevo, se quedó vacía y se demostró a sí misma que no le quedaba voz.

Temía tanto por su vida que cerró los ojos. Solo deseaba

volver a dormirse, caer en un trance que la alejara de aquel infierno en el que se encontraba. Escuchó unos pasos en la planta de abajo y ahogó un grito gracias a su afonía. No estaba preparada para enfrentarse al asesino, para tener delante de sí al psicópata que la había encadenado como a un perro en esa habitación.

Al cabo de un tiempo, no supo si horas, cayó dormida y olvidó, por un rato, aquella locura en la que estaba inmersa.

Capítulo 56

La calle de la Palmita se había convertido en la segunda residencia de Jimena, que había pasado demasiados días transitándola entre noticias decepcionantes. De nuevo, aparcaba la moto en la paralela, guardaba el casco bajo el asiento y echaba a andar hacia la Jefatura Superior de Policía Nacional. Se sorprendía porque, a pesar de estar fuera del caso, seguía visitando aquel edificio donde tenía nítidos recuerdos de días oscuros de su vida. Gari la había llamado para decirle que, por fin, habían descodificado el mensaje de las agujas. Jimena no quería esperar a que él saliera del trabajo así que habían decidido verse directamente allí para que lo viera en directo. El criminólogo no se lo había notificado a Curro, pero sí a su compañero, que aceptó que la periodista entrara como visitante y colaboradora.

Conforme subía la rampa que llegaba a la puerta del edificio, vio dos figuras a lo lejos que hicieron que se quedara paralizada. Una mujer de cabello rubio, debido a los tintes que usaba desde hacía más de treinta años, ataviada con un abrigo de pelo negro y con unos tacones de piel de serpiente, estaba cogida de la mano de un hombre que Jimena sabía perfectamente que le sacaba cinco años de edad. Él parecía mucho mayor, como si hubiera envejecido en esos cuatro años las décadas que le quedaran de vida. Además, estaba encogido y había desarrollado una curvatura en la espalda hacia delante que denotaba el estrés al que se había visto expuesto en aquel tiempo.

Eran sus padres. Tan nítidos y vívidos como los recordaba. Su madre conversaba entre risas con un policía nacional que debía tener su edad y, por lo que parecía, con el que llevaba años de amistad a la espalda. Gesticulaba de aquella manera tan horrible que recordaba Jimena desde su infancia, como si la soberbia que llevaba dentro se pudiera transmitir mediante

gestos. Su padre estaba encorvado a su lado, en esa posición de sumiso que tanto le caracterizaba. Su madre, además, llevaba el pelo más corto que la última vez que la había visto y casi parecía más joven a pesar de las desgracias que habían acontecido en su vida en los últimos tiempos.

Jimena, por su parte, se quedó totalmente paralizada. Llevaba cuatro años sin verlos, desde que se cerrara el caso anterior.

No sabía qué hacer. Sentía la necesidad de huir y no tener que cruzarse con ellos. Pero las piernas no le respondían. Y para cuando quiso moverse, sus padres comenzaron a bajar la rampa y cruzó la mirada con su madre. En una fracción de segundo, supo lo que pensaba de ella. La miraba con ira y rencor. También desde ese lugar de superioridad moral que tanto la definía. Conforme salvaban la distancia que los separaba de ella, Jimena se apoyó contra la barandilla de la rampa y vio cómo a su padre le cambiaba la cara nada más verla. Pudo leer ilusión, pena y añoranza. Los tenía tan cerca que quería huir. No podía enfrentarse a ellos. Solo con verlos se le removía todo aquello que había trabajado en terapia y tanto le había costado asumir. Sus padres, sus figuras de referencia, con quienes nunca cuadró, pero que no dejaban de ser su espacio seguro, ya no lo eran. Tenía que asumir de dónde venía y el papel que habían jugado ellos en esa historia. Pero ¿cómo una hija iba a ser capaz de rechazar a quienes la habían criado?

—Jimenita… —murmuró su padre a solo unos metros de ella.

La periodista podía olerlos. Reconoció la colonia de su padre, dulce y frutal. El corazón se le empezó a acelerar y las piernas seguían sin responderle. Toda ella era incapaz de encontrar una salida a la situación a la que estaba expuesta. Su madre le dio la espalda, mostrándole así su odio más profundo. Además, se dirigió a su padre diciendo:

—¡Déjala! ¡¿Qué haces?! ¡Esa mujer está muerta para nosotros! —gritaba a pleno pulmón, como si quisiera dejar claro al mundo lo que pensaba de aquella niña que había criado, pero que nunca había sentido suya.

—Marta, por favor… No la hemos visto en cuatro años y… —comenzó a decir su padre.

—¡Nos vamos de aquí ahora mismo! —volvió a gritar ella.

Seguidamente lo cogió de la mano y tiró de él. La periodista vio cómo pasaban ante sus ojos, a escasos centímetros. No fue capaz de seguirlos con la mirada y siguió en *shock* apoyada contra la barandilla. Su cerebro no podía procesar la situación que acababa de vivir. En el fondo, se le partía el alma al ver a su padre. Él también había aceptado jugar al entramado de las niñas, pero Jimena siempre lo había visto como una marioneta que su madre dirigía a su gusto. La conversación que acababan de mantener delante de ella se lo demostraba. Pero no podía reaccionar, ni siquiera moverse de donde estaba.

Escuchó que alguien la llamaba desde la entrada de la jefatura. Sin embargo, su cerebro empezó a reproducir imágenes de su infancia y a analizar cómo habían sido sus padres con ella toda la vida. Nunca la habían tratado como a su hermana mayor, que sí que era hija biológica. Siempre había sido la oveja negra de la familia. A pesar de que había recibido la misma educación que su hermana, sus instintos la habían hecho ser diferente a Carmina. Incluso a ella la sorprendía, porque era una persona sumamente noble y leal, a diferencia de sus padres, teniendo en cuenta que seguía la misma base ideológica que ellos. Eso le demostraba que los seres humanos no solo crecían en función de su proceso de socialización, sino que debía haber algo intrínseco que los ayudara a definirse y a romper con la educación que habían recibido.

—¡Jimena! ¿Me escuchas?

De pronto, Gari estaba frente a ella y la zarandeaba. Se sorprendió y movió bruscamente la cabeza sin entender qué ocurría. No sabía qué hacía allí el criminólogo ni cuánto tiempo había estado llamándola. Se separó del muro donde estaba y lo miró y sintió que se le emborronaba la visión. Las lágrimas no tardaron en deslizarse por sus mejillas y Gari la acercó a él para abrazarla y preguntarle qué ocurría. Pero Jimena no fue capaz de responder. Decidió llorar por la niña que había perdido a sus padres y no sabía si alguna vez

encontraría a su madre. Por esa familia desestructurada a causa del poder y la violencia ejercida hacia menores. Lloró también porque llevaba sin hacerlo un año, desde que sintió que había agotado las lágrimas que tenía por su historia familiar.

Gari la cogió de la mano y la guio rampa arriba. Mientras lo hacía, Jimena movió las piernas de manera automática y volvió a sumirse en un trance en el que no dejó de pensar en sus padres y su hermana Carmina. No procesaba todavía lo que acababa de ocurrir en aquella rampa. Nunca se había preguntado cómo iba a ser el encuentro con sus padres que, tarde o temprano, ocurriría. Había preferido obviar esa posibilidad y ese pensamiento y sumirse en otros que la habían ayudado a superar ser conocedora de su propia historia. Hasta ese justo momento, en el que se los había encontrado de frente y no había podido huir de la situación.

Aceptó la tarjeta de visitante, se la metió en un bolsillo del chaquetón y siguió a Gari hacia una oficina que estaba vacía. Allí le pidió que se sentara y ella lo hizo, mirando hacia la nada y sin escuchar las palabras del criminólogo. Hasta que este le trajo un vaso de agua y el líquido en la garganta hizo que despertara del trance en el que estaba. Ya tampoco lloraba, sencillamente se acunaba a sí misma en la silla y se abrazaba las piernas que tenía subidas a ella.

—¿Quieres contarme qué te ha pasado? —le preguntó él mientras se sentaba a su lado y la cogía de las manos.

—Me acabo de cruzar con mis padres en la entrada de la policía —musitó Jimena por fin.

—¿Qué? —preguntó Gari sorprendido.

Jimena sabía que no tenía que contarle nada, pues él había leído su libro *Las mujeres que ofrecieron su vida a Dios* y conocía de sobra, por eso mismo, la historia que tenía con sus padres. Agradecía no tener que hacerlo, solo lo había explicado una vez en voz alta, y había sido a su terapeuta como parte de la terapia. Jimena nunca supo si ella leyó su libro, pero sí que conoció lo sanador que había sido para ella decirlo en voz alta por primera vez en la vida. Había escrito ese libro mientras se recuperaba en el hospital, justo al resolver el caso; no

recordaba mucho de aquella época. Probablemente porque el cerebro la protegía del dolor en aquellos momentos en los que el cuerpo también estaba débil. Pero al hablarlo con su terapeuta, había abierto un camino de sanación que necesitaba.

—No…, no he sabido qué hacer. Era la primera vez que los tenía tan cerca y no hemos podido evitar interactuar. Bueno, lo han hecho ellos… —No sabía muy bien cómo articular lo que había ocurrido en esa rampa.

—¿Cómo puedo ayudarte? ¿Qué necesitas ahora?

Jimena miró sus ojos color miel, que aquel día brillaban de manera diferente. Agradeció tener a una persona de confianza a su lado después del episodio que acababa de ocurrir. Pero no quería profundizar más, ya lo haría cuando estuviera sola y el cerebro se lo permitiera. Así que apretó las manos del criminólogo y respondió:

—Quiero que encontremos a Fátima. Enséñame esas agujas. Necesito saber qué mensaje contienen.

—No es lo que esperas. Prefiero que lo veas —le indicó él levantándose y tirando de ella para que hiciera lo mismo.

—¿Qué más ha ocurrido desde anoche? ¿Alguna novedad? —preguntó conforme salían de la oficina.

Gari la guio por los pasillos y evitó pasar por delante de la cafetería interna del edificio. Jimena sabía que se jugaba el puesto al invitarla a entrar en el laboratorio en el que trabajaba, así que lo siguió a paso rápido y se adentraron en otra habitación.

Esta tenía las paredes pintadas de blanco y un suelo diferente al resto del edificio, de un color gris que parecía indicar que allí se analizaban pruebas. Había varias mesas de trabajo de madera laminada, pintadas de un blanco lavado. Jimena barrió la estancia con la mirada y no encontró nada relevante, más allá de una zona donde parecían estar las agujas sobre un soporte metálico y bajo una lupa grande. Gari le tendió un par de guantes y dijo:

—No toques las agujas ni nada, si puedes. Sígueme. Respecto a tu pregunta, han emitido una orden de busca y captura contra Pedro Suárez. Han entrevistado a Alejandra, no

tiene coartada para las noches de los asesinatos. Ramón Aguilar está libre, no pudo secuestrar a Fátima si estaba detenido. La policía está convencida de que la próxima víctima es Fátima, Jimena.

Esas palabras fueron un jarro de agua fría para la periodista, que miró a Gari incluso más destrozada de lo que ya estaba. Era algo que ella ya creía, pero saber que la policía lo confirmaba le daba una dimensión incluso más grande.

—Me estás diciendo que creen que… —Jimena no podía procesar la idea de que Fátima pudiera ser asesinada por su propio padre— es… ¿él?

—Han detectado varias llamadas realizadas desde el teléfono de Pedro a Fátima esa noche. También mensajes donde insistía en saber si estaba embarazada —contestó él antes de pasarse una mano por el pelo que llevaba despeinado.

—El abuelo de Fátima murió ahogado en el río Darro y lo encontró Pedro Suárez. Imagínate, de joven, ver a tu padre ahogado en un río —añadió ella.

—También tengo que decirte que han encontrado una construcción en el terreno que estaba cerrada y a la que accedía él. Hay mapas del río Darro y su embovedado, además de semillas y artilugios para el campo.

—Joder, joder, joder… No puede ser. Lo hemos tenido al lado todo el tiempo y no lo sabíamos, ¿cómo puede ser? —preguntó Jimena.

Si Pedro Suárez fuera el asesino, ¿dónde tendría a Fátima? No necesitaba preguntarle a Gari, porque se imaginaba que la policía ya debía estar siguiéndole el rastro y rebuscando hasta debajo de la tierra para encontrarlo. No había una explicación posible para el hecho de que guardara planos del río y el embovedado. Lo único que provocaban esas pruebas eran incluso más sospechas sobre él. Eso sumado a que estaba desaparecido…

—Quedan nueve días, Gari. Si cumple con su periodicidad. Sea Pedro o no…, tenemos que terminar de establecer sus motivos. Quizá eso nos ayude a dar con Fátima. Enséñame esas agujas —le pidió Jimena.

—Acércate a la lupa y dime lo que ves.

Jimena hizo caso a sus palabras y se acercó a la mesa. Desde ahí observó las agujas, que estaban colocadas en dos filas, una paralela a otra. Había veinticinco en cada línea que formaban. Brillaban bajo el foco que encendió Gari.

Tomó una bocanada de aire y bajó la mirada hacia la lupa.

—1781 —leyó en voz alta, sorprendida por lo evidente que era el mensaje que estaba grabado.

Capítulo 57

Jimena Cruz volvió a pasar una de sus malas noches, como si se viera envuelta en una racha de la que difícilmente podría salir sin ayuda. Desde el sofá observaba las dos botellas de vino blanco vacías sobre la mesa baja de madera. Tenía un dolor de cabeza terrible, de esos que le laceraban el cerebro y la hacían sentir como si una apisonadora la hubiera aplastado sin compasión. La copa, vacía y con restos de vino, también descansaba junto al cenicero que estaba a rebosar de colillas. Se maldijo a sí misma por caer tan rápidamente en la que había sido su mayor adicción. Sabía que estaba a tiempo de frenarla y por eso mismo no había salido a una tienda de desavíos a hacerse con otra botella más. La noche anterior no había podido contener la rabia y el dolor que sentía, y había decidido autodestruirse para no tener que pensar ni apiadarse de su propia situación. Había sido más fácil descorchar la primera botella y escuchar *jazz* mientras el vino se abría paso por su garganta.

Acababa de hacer su desayuno autodestructivo que la transportaba a los recuerdos más oscuros de su vida. Un ibuprofeno y un cigarro. El humo ya le rascaba la garganta, que le pedía a gritos que apartara ese veneno de su cuerpo. La periodista no estaba dispuesta a quedarse encerrada en casa y a dejar que Fátima muriera a manos del asesino, y, por eso mismo, había pedido cita en el archivo la tarde anterior dejando anotado lo que quería revisar. Todos los documentos que fueran del año 1781. Necesitaba comprobar qué quería decir el asesino con esa fecha y sentía que eso la acercaría más a él. Sin embargo, la tarde anterior, tras cerrar la cita en el archivo, se había tirado en el sofá a beber y beber. No había podido evitar hacerlo, sin dejar de darle vueltas al encuentro que había tenido con sus padres en la Jefatura Superior de Policía Nacional de Granada.

Gari la había llamado varias veces al teléfono y ella había decidido no contestar. Se sentía más cómoda sola, se retorcía en su propia pena y se ahogaba con el vino blanco que la mataba poco a poco. En mitad de la ebriedad, se había echado a llorar mientras veía las fotografías que todavía guardaba de cuando era una niña. La peor había sido una en la que aparecía junto a Carmina y sus padres sonriente frente a la escuela Virgen del Carmen, el centro de todos los males que habían hecho que su vida diera un giro de ciento ochenta grados. No era capaz de entender cómo sus padres seguían con su vida como si nada hubiera ocurrido.

Por eso había perdido la cabeza la noche anterior. Jimena lo sabía. Mientras se levantaba del sofá, intentando aguantar ese dolor de cabeza que la atravesaba, se prometía a sí misma que no volvería a caer en ese bucle del que le costaba salir cuando entraba. Alcanzó las botellas vacías y las dejó en un lado de la encimera de la cocina, donde guardaba todo el vidrio para después reciclarlo. Se lo llevaría en cuanto saliera de casa, pues tenerlo ante los ojos tampoco la ayudaba como recordatorio de sus conductas autodestructivas. La noche anterior había llamado a su terapeuta y ella había intentado calmarla, consciente de que era difícil a distancia y con una Jimena que comenzaba a notar los estragos del alcohol. Habían quedado en que volvería a ir a terapia en cuanto acabara la investigación y Jimena esperaba que no tardara demasiado en llegar ese momento.

Se dio una ducha rápida y sintió que el agua templada la ayudaba a calmar la resaca. No solo sirvió para que se desprendiera de ese olor nauseabundo que le dejaban las horas bebiendo vino, sino también para ayudar al lacerante dolor de cabeza que tenía. Al salir del agua, se sentía nueva y con una energía renovada para comenzar el día. Se vistió con ropa cómoda y suelta y se miró en el espejo en un intento de decidir qué hacer con el pelo. Se lo tendría que haber lavado, pero sentía una pereza enorme solo con pensarlo. Se lo recogió en una coleta alta que hacía que las puntas le tocaran los lóbulos de las orejas, y después alcanzó su bolso.

No se olvidó de las botellas de vino vacías y salió de su

apartamento con la cabeza alta. Tenía que encerrarse en el archivo a trabajar. Eran casi las nueve y media y no había tiempo que perder. Debía descubrir qué significaba ese 1781, qué había ocurrido ese año en Granada para que el asesino necesitara dejarlo grabado en unas agujas. La noche anterior tampoco había dejado de darle vueltas a la posibilidad de que fuera el padre de Fátima quien hubiera perpetrado los asesinatos. Muchas dudas la abordaban al pensarlo. Sí, Pedro Suárez estaba desaparecido, había encontrado a su padre ahogado en el río Darro cuando era joven y tenía planos del río Darro en su campo. ¿Pero cómo tenía medios económicos para llevar a cabo esos asesinatos? El asesino no parecía venir de un estrato social humilde, solo las agujas de oro ya costaban un dineral. Sumado, por supuesto, a los trayectos en taxi, a la colaboración de los sintecho que vivían en Gran Vía… A Jimena no le encajaba que un hombre como él fuera el cabecilla de ese entramado.

Conforme salía del Realejo y se adentraba en Plaza Nueva, Jimena tampoco podía entender cómo un padre que adoraba a su hija iba a secuestrarla y asesinarla. ¿En qué casos podían los padres asesinar a sus propios hijos? Se imaginaba que necesitaban estar sumamente locos o haberlos maltratado durante un tiempo. Fátima siempre le había descrito como buena la relación con sus padres. Había algo que a ella no le encajaba y no sabía qué era. Quizá por eso buscaba el motivo de los asesinatos, que pudieran confirmar que el asesino fuera Pedro Suárez o… descartarlo.

Su teléfono móvil comenzó a sonar conforme subía la Carrera del Darro y observaba el río. Frenó sus pasos a medio camino del archivo y rebuscó en su bolso. Al alcanzarlo vio el nombre de Leónidas brillar en la pantalla y chasqueó la lengua antes de responder la llamada. Lo último que le apetecía era tener que lidiar con la pareja de Fátima que, como era esperable, estaría de los nervios.

—*Buenos días, Jimena, ¿hay alguna novedad? Estoy… estoy de los nervios. No he parado de recabar información histórica de la zona del centro para… para la policía. No sé qué más hacer. Me siento… inútil* —hablaba con un hilo de voz y Jimena entendió

por su tono que apenas habría descansado aquella noche tampoco.

—Leónidas, tranquilo. En cuanto tenga algo te llamaré. Lo mejor que puedes hacer ahora es descansar y esperar. Deja que encontremos a Fátima y a vuestro hijo. Lo vamos a hacer, te lo prometo —repitió Jimena esas palabras por décima vez en lo que llevaban de semana.

Leónidas la llamaba una media de tres veces al día. Estaba totalmente desquiciado y sabía que también llamaba a Gari y a Curro López. Debía guardar el teléfono del investigador a cargo del caso del día en el que él lo llamó para proponerle trabajar con Jimena. Tenía frito a todo el mundo en menos de tres días. Jimena empatizaba con su dolor y podía entender el estado desesperación en el que se encontraba. Pero también sabía que, si no los dejaba trabajar, entorpecería el trabajo de todos.

—Le he pasado a Gari todo. También a Curro. Yo…, yo he visto una cosa sobre los manantiales y Lorenzo Espinosa. Espero que…, que sea de ayuda.

Jimena frenó sus pasos de nuevo y frunció el ceño.

—¿Qué has visto? —Jimena ya sentía cómo se le aceleraba el corazón.

Ella no había sido capaz de encontrar la conexión entre Lorenzo y el medioambiente.

—Que tenía unas excursiones organizadas desde…, desde el hotel a los manantiales. Era una ruta temática y había recibido quejas de que movilizaban demasiadas personas a la zona y esto ponía en riesgo el ecosistema. Me pareció… importante. Recuerdo lo último que me comentó Fátima sobre la investigación e imaginé que seguías la línea medioambientalista. Creo… creo que eso te puede valer.

—Un momento, Leónidas. ¿Y Fátima? ¿Qué conexión tiene con el medioambiente?

Hasta ese momento había estado cegada por la investigación y la culpa que se la comía por dentro, convencida de que Fátima había sido secuestrada por ser activa en el caso y que era una especie de aviso o castigo para el resto. De alguna manera, había proyectado su pasado. Pero no se había planteado de verdad si era posible que Fátima fuera una

víctima que cumpliera el perfil que buscaba el asesino.

—*No he parado de pensar en ello todos estos días y… ¿sabes qué? Creo que la historia de su abuelo es el motivo. Se ahogó en el Darro, eso me comentaste. Entiendo que esa es su conexión. No…, no sé* —contestó agobiado.

—Está bien. Trabajaré en ello. Necesito que me dejes un poco de espacio, ¿sí? En cuanto sepa algo te llamaré. Y gracias por lo de Lorenzo, me es de gran ayuda.

Seguidamente, Jimena colgó la llamada cuando vio que se encontraba frente a la puerta del Carmen de los Córdova, el lugar donde se encontraba el archivo municipal de Granada. Se adentró por las puertas que la recibieron abiertas y cruzó el jardín de entrada que caracterizaba aquel Carmen. Pasó por el camino enfilado de árboles que desembocaba en el pequeño palacio, que había sido reconstruido cuando se movió el carmen de lugar. El vigilante de seguridad la saludó con una sonrisa, sabía quién era y no tenía necesidad de preguntarle hacia dónde se dirigía. Jimena contestó con un gesto de saludo. Poco después llegaba al patio de planta cuadrada donde se encontraban las escaleras que daban al archivo.

Se encendió un cigarro conforme subía dándole vueltas a lo que le había dicho Leónidas. Por fin alguien daba con la conexión entre Lorenzo y el medioambiente. ¿Por qué sentía que con Fátima no encontraría esa conexión? Se mordió el labio conforme se terminaba el cigarro en la puerta del archivo. ¿Y si estaban obcecados en seguir una hipótesis que era errónea? No veía la manera de cuadrar a Fátima con la idea de que hubiera perpetrado algún acto contra el medioambiente. Tenían el hecho de que su abuelo hubiera muerto ahogado en el Darro y eso la vinculaba al lugar que parecía la conexión entre las víctimas. Pero no algo que pudiera motivar a un asesino que siguiera una idea moral de protección del medioambiente.

Se adentró en el archivo con todas esas dudas todavía en la cabeza y saludó a la funcionaria con un tono seco y cortante. Ella también sabía quién era, estaba más que acostumbrada a verla por allí. Era una mujer agradable y dulce. Le sacó el primer documento que había pedido. No parecía interesante,

era una licencia de obra para una vivienda de 1781. Pasó al segundo, que tampoco contaba nada relevante. Una carta del alcalde de la época a la ciudadanía que inauguraba las fiestas anuales de la ciudad.

Le dedicó dos horas a desengranar documentos que no parecían decirle nada. Hasta que uno de ellos captó su atención. Era el primer proyecto de embovedado del río Darro. Guiñó los ojos en un intento de descifrar la caligrafía que tenía delante. Había algo que no conseguía entender y sus instintos le decían que era importante.

—Disculpe, ¿podría ayudarme con esto? —le pidió a la funcionaria, que revisaba documentos en su mesa junto a la entrada.

—Por supuesto. Déjame un momento, que me ponga las gafas —le pidió buscándolas entre los cajones de su mesa.

Jimena agradeció tener todo el archivo para ella. Últimamente parecía que recibía menos visitas. Se alejó del documento, se quitó los guantes que llevaba y se fijó en que la funcionaria se dirigía con sus gafas a ella. Se puso otro par de guantes y acercó los ojos al documento sobre el que había estado trabajando la periodista. Era grueso y tenía una caligrafía complicada. Era un proyecto para el embovedado bastante pobre, pero que, especialmente, contaba con cartas de arquitectos y especialistas que abogaban por embovedar el río.

—Es que no consigo descifrar esas dos palabras. Dice: «Es de suma importancia tener en cuenta los…» y después sigue. ¿Los qué? —preguntó Jimena.

La funcionaria acercó los documentos a la luz.

—Si no me equivoco dice «… los catorce puentes». ¿Tendría sentido en conjunto con lo que has leído?

La mirada de la funcionaria, que se incorporó, la atravesó. Jimena suspiró mientras hacía una mueca con la cara. No se lo podía creer. ¡Claro que tenía sentido! Había tenido los puentes del río Darro delante y nunca les había prestado atención.

—No me jodas. Los puentes del puto Darro. Dime que tienes documentos que puedas enseñarme sobre esto —le pidió bajando la voz y controlando las emociones que sentía.

—Tendrías que buscarlos por la web y después solicitar

que… —empezó a explicarle la funcionaria.

—No tengo tiempo para eso —la interrumpió Jimena—. Necesito ahora los planos del río Darro. Necesito saber dónde estaban esos catorce puentes y qué ocurrió con ellos. Proyectos, cartografías, cartas y comunicaciones oficiales del Ayuntamiento. Todo desde 1781 hasta que finalizó el embovedado. Por favor, Ana. Esto es cuestión de vida o muerte literalmente. —Era la primera vez que la llamaba por su nombre. Utilizó esa cercanía que tenían en un intento de ganarse a la funcionaria.

—Vale, voy a llamar a mi compañero. Tranquila. Lo buscamos ahora mismo —le dijo con una sonrisa.

Jimena suspiró mientras observaba el documento que tenía abierto. ¿Cómo habían pasado por alto los catorce puentes del río Darro? Cuando el asesino había inscrito en las agujas «1781» lo había hecho porque ahí habían empezado las primeras menciones a embovedar el Darro y… derrumbar los puentes. Lo vio tan claro que no pudo evitar sonreír. Estaba cerca. Solo necesitaba comprender dónde habían estado esos puentes, en qué año se habían derrumbado y por qué algunos seguían en pie.

Aquello era mucho más complejo de lo que parecía a simple vista y empezaba a darse cuenta. ¿Y si, ciertamente, la teoría medioambientalista no tenía ningún sentido?

Capítulo 58

El *jazz* que inundaba el piso de Jimena sonaba muy alto por el altavoz que había dejado sobre la barra americana que separaba la cocina del salón. Se había sentado en el suelo, tras pasar por una imprenta para tener en papel los planos del embovedado, junto a mapas de la ciudad desde el siglo XVII hasta la fecha. Delante de ella se encontraban los mapas, colocados en orden cronológico, y también los planos del embovedado del río Darro. Estaba dispuesta a descifrar esa locura y ya tenía en mente cómo hacerlo. Sentía el parqué templado contra las piernas, que estaban cruzadas. Tenía a su lado el cenicero, a rebosar de colillas y con un Marlboro encendido y a la espera de que le diera una nueva calada.

En el archivo le habían sacado dos cartografías de las que tenía delante, además de unos cuantos documentos que mencionaban los catorce puentes de la ciudad. Ana, la funcionaria, le había recomendado que buscara en el Instituto de Estadística y Cartografía de Andalucía, donde podía encontrar la colección de láminas cartográficas de Granada. De allí había sacado el resto que descansaban ante ella. Cuanto más antiguo era el mapa, más rudimentario y con dibujos en perspectiva de los edificios. Le fascinaba observar la evolución de la ciudad, que se abría ante sus ojos como un abanico.

—Voy a encontrar a este hijo de puta —murmuró antes de darle otra calada al cigarro y apartar el cenicero para colocarse como una gata a cuatro patas para empezar a estudiar los planos.

Sus instintos le decían que tenía que dibujar los puentes sobre los mapas. En algunos se podían intuir y estaban marcados. En el mapa del siglo XVII pudo subrayar todos los puentes, que estaban dibujados desde el Paseo de los Tristes hasta la desembocadura del Darro, en lo que el mapa llamaba «Carrera del Genil», justo alrededor de donde había aparecido

el cuerpo de Estrella Ramírez. Estaban marcados como pequeños arcos, tuvo que fijar muy bien la vista para no perderse ni uno. Aun así, no confiaba en la precisión que pudiera tener aquella cartografía así que cuando terminó y vio en perspectiva la evolución de los mapas, alcanzó su ordenador portátil y lo bajó al suelo con ella. Lo colocó sobre las piernas, que tenía cruzadas y empezó a teclear en el buscador para encontrar toda la información histórica que pudiera.

Al cabo de media hora ya tenía una idea bastante clara de dónde se situaba cada puente. Sonrió satisfecha al darse cuenta de que el cadáver de Julián Alcázar había aparecido justo a los pies del puente de las Chirimías, también llamado Qantarat Inb-Raxiq o puente de Raxiq. Este seguía en pie y era un puente de la época musulmana. Se renombró en época cristiana como de las Chirimías por los instrumentos de viento que se tocaban desde los balcones de la casa que allí había habido, o del Monte de Piedad porque originalmente a su margen derecho se había situado el primer Monte de Piedad de Granada. A su alrededor tenía la iglesia de San Pedro y San Pablo, que Jimena bien recordaba por el momento en el que había aparecido Julián Alcázar.

Tras descubrir que el cuerpo de Julián no había sido dejado al azar al margen del río, fue directa a estudiar el lugar donde había aparecido Estrella Ramírez. No pudo evitar cantar victoria al ver que tampoco había sido casual. La segunda víctima estaba justo a los pies del lugar donde técnicamente se había erigido el puente de Castañedas. Este había sido construido en el siglo XVII para comunicar la zona de Campillo con el barrio de San Antón. Al tener el río por medio, partía en dos mitades el centro de la ciudad y no permitía el acceso fácil y libre entre esos dos barrios. El puente había estado situado en la conocida Acera del Casino y Jimena suspiró al ver que en esos momentos existía la calle Puente de Castañeda, cuyo nombre hacía referencia a dicho puente. No sabía cómo todos esos detalles se le habían pasado por alto. Ese puente, que había desaparecido en 1854 a raíz del tramo del embovedado del río que se había efectuado en ese año, se describía en fuentes históricas como vistoso, puesto que contaba con un

arco de medio punto, con dovelas y pretil de piedra labrada. Al ver su ubicación exacta, supo que Estrella Ramírez había estado a sus pies. No se lo podía creer.

No necesitaba comprobar la ubicación de Lorenzo Espinosa, pero lo hizo por quedarse tranquila. Había aparecido a los márgenes de la plaza del Carmen, lo que ya le había parecido sospechoso. Prácticamente estaba en la carretera, al borde de la acera. A Jimena le había extrañado que no lo hubiesen dejado en el centro de la plaza, o a las puertas del ayuntamiento. Ante sus ojos tenía la respuesta, Lorenzo descansaba en el lugar donde comenzaba o terminaba otro de los puentes que ya no existían. El de Qantarat Al-Qarraqim o al-Gharrazín. También conocido como Puente de la Gallinería, de San Francisco y de los Sastres y de los Zapateros. Este tampoco existía, pues había sido derrumbado para el tramo del embovedado del río Darro de la zona del ayuntamiento que había levantado la gran avenida de los Reyes Católicos de Granada. Era un puente que comunicaba el barrio del Realejo con la calle Zacatín, justo el entorno donde se habían establecido los gremios artesanos. Además, estaba cerca el baño de Qarraqim, de ahí su nombre en árabe, y en el margen opuesto tenía la Gallinería, que había sido la Casa de la Justicia del Reino de Granada.

Jimena observaba los mapas donde había marcado cada detalle y sonrió orgullosa. La teoría medioambientalista podía tener sentido o no, pero lo que tenía claro era que los catorce días entre las víctimas y las pancartas eran por los catorce puentes. Al igual que el lugar donde aparecían los cuerpos. Y, por otro lado, los elementos con los que se asesinaba estaban vinculados al río Darro. No le quedaban dudas de la conexión entre el río y los puentes. Pero ¿a dónde la llevaba eso?

Recogió los mapas del suelo y los dejó sobre su escritorio. Se sentía embriagada por todo lo que había descubierto y había quedado con Gari para cenar en media hora. Se daría una ducha y después saldría para allá. Tenía mucho que contarle. ¡Había establecido otra conexión más! No terminaba de creérselo, a pesar de tenerlo ante los ojos. No había conseguido descifrar hacia dónde llevaba ese descubrimiento en la

investigación, pero sabía que los acercaba aún más al asesino. Se preguntaba si sería Pedro Suárez o no. Fuera lo que fuese…, necesitaba sentarse a indagar más sobre el río Darro.

Se dio una ducha rápida, que culminó con unos minutos que se tomó para secarse el pelo y echarse una crema hidratante. Esa noche Gari y ella no tenían una cita, pues debían trabajar. Pero, aun así, últimamente sentía la necesidad de impresionar al criminólogo. Le gustaba mucho pasar las noches con él y durante el día extrañaba el calor de su cuerpo. Siguiendo esa idea de impresionarlo, se puso un vestido negro de manga larga que utilizaba para ocasiones especiales y se calzó unas botas de caña alta con algo de tacón. Salió de casa después de doblar los mapas y meterlos en su bolso, que no era demasiado grande. Lo apretó contra ella mientras bajaba las escaleras, necesitaba que esos mapas no desaparecieran de su vista. Por eso le gustaba pasar sus notas al ordenador, para el caso de que perdiera los papeles originales donde había escrito aquello que tanto trabajo le había supuesto.

Se adentró en Plaza Nueva a paso rápido y se dirigió al bar donde habían quedado Gari y ella. Él ya le había avisado de que se encontraba allí, tomándose la primera cerveza. Vio que no estaba en la terraza y suspiró. Decidió encenderse un último cigarro antes de entrar. Se tomó los minutos que tardó en fumárselo para poner en orden sus pensamientos. Tenía que comunicarle a Gari la nueva conexión que tenía en el caso. No era ni mucho menos nimia y podía darle un giro a la investigación. Le parecía más que relevante que la ubicación de cada cuerpo marcara un puente del río Darro.

—Buenas noches, Jimena. Ya veo que te hace falta una mesa fuera —la voz de Gari la sorprendió por la espalda.

Parecía que él también jugaba al juego de impresionarla. Llevaba unos vaqueros negros que se le ajustaban y le marcaban todo lo que Jimena necesitaba ver. La camisa de cuadros abierta no era de su estilo, pero se notaba que se había esforzado por parecer que se había tomado tiempo para arreglarse. Además, se había afeitado, pero se había dejado el bigote.

—Resulta que mi cita ha decidido sentarse dentro —

contestó ella. Luego le dio una última calada al cigarro y entró detrás de Gari en el bar.

—¿Eso soy? ¿Tu cita? —imitó el tono de Jimena con una sonrisa.

—Gari, vamos a dejarnos de juegos. No tenemos tiempo que perder. Tengo cosas que contarte. Pero antes, ¿sabemos algo de Fátima o su padre? —preguntó nada más sentarse y deshacerse del chaquetón negro de pluma falsa.

Gari llamó al camarero antes de responder y pidió otra cerveza para él. Jimena, que todavía notaba los estragos de la noche anterior, quiso un vino sin alcohol. El criminólogo no dijo nada y Jimena se imaginó que sus ojeras indicaban la noche que había pasado. Además, después de horas sin parar de trabajar, sentía que la cabeza le explotaría en cualquier momento.

—Respecto a eso…, han encontrado a Pedro Suárez hace una hora, Jimena. Estaba en la zona de la sierra de Alfacar. Iba en coche y no me han contado más. Lo están interrogando ahora mismo. Según me ha escrito un compañero, quiere declarar ante un juez —explicó Gari cruzando las manos sobre la mesa.

Jimena abrió los ojos sorprendida. ¿Era posible que ya tuvieran al padre de Fátima y que todo aquello se fuera a acabar? Había algo en su interior que le negaba esa posibilidad.

—Me tendrías que haber llamado —rechistó.

—Iba a verte una hora después. No iba a cambiar nada que lo supieras antes o después. Ya lo sabes, es lo importante —contestó él cortante antes de darle un trago a la cerveza que acababan de servirle.

—No puede ser él, Gari. No es un hombre con estudios ni con medios económicos. No sé por qué, pero es que… no puede ser él. No lo creo —añadió ella aceptando la respuesta que acababa de darle su compañero.

—Voy a darte la razón. Para mí, no cumple el perfil. Pero que a simple vista no lo cumpla no significa que no sea él. ¿Qué has descubierto? —exigió saber en un tono que tampoco le gustó a Jimena.

Entre el ruido propio del interior de un bar en invierno, y el tono soberbio que utilizaba Gari cada vez que hablaban de trabajo, sentía que verdaderamente en cualquier momento le explotaría la cabeza. No sabía cuánto tiempo más podía aguantar despierta y lo que deseaba era irse a dormir, echar unas cinco horas de sueño y levantarse para continuar con su trabajo. Tenían que encontrar a Fátima, aquello ya era una pura carrera contrarreloj.

—No me ha dado tiempo a encontrar más, pero lo que voy a contarte es muy fuerte. En el río Darro llegó a haber catorce puentes, ¿vale? Básicamente, como sabes, el río está ahora embovedado bajo el suelo. Para llevar a cabo el embovedado, que se hizo por tramos y a lo largo de más de un siglo, se tuvieron que derrumbar muchos de los puentes para que surgieran calles como la de Reyes Católicos, donde apareció Lorenzo Espinosa. Esto es algo que muchos granadinos ni siquiera saben, el hecho de que el río esté embovedado. Mucho menos que hubiera catorce puentes por los que se pudiera cruzar la ciudad de lado a lado. Pues bien, no es casual el lugar donde aparecen las víctimas…

Jimena le relató Gari todo lo que había descubierto ese día a raíz de buscar la fecha que venía marcada en las agujas que habían aparecido en el cuerpo de Lorenzo Espinosa. Gari la escuchó atento, tomó notas e hizo muecas con el rostro que indicaban que estaba sorprendido. Lo entendía, ni siquiera ella misma llegaba a creerse la profundidad que tenía aquel caso. Lo que parecía a simple vista un asesinato con un gallipato, que poco tenía ya de simple, se convertía en un caso en serie con bases históricas y patrimoniales.

—Joder. Esto que me cuentas lo cambia todo. ¿Cuál es la intención del asesino? ¿Una reivindicación patrimonial? No tiene mucho sentido, ¿no? —planteó Gari en voz alta—. A no ser que… nos hayamos obsesionados con encontrar una conexión medioambiental porque las dos víctimas la tenían a simple vista. Pero y si… ¿y si hay algo más?

La periodista sacó de su bolso los mapas y el plano del embovedado del río. Los dejó sobre la mesa y recordó aquel plano que había tenido del río y que había desaparecido de su

casa. No lo había vuelto a imprimir, pero tampoco era relevante en aquellos momentos. Después sacó su bloc de notas y empezó a repasar todo lo que había escrito desde que empezara a trabajar en la investigación.

—Mira…, aquí. Con Julián Alcázar, yo redacté unas notas que mencionaban la herencia del restaurante. ¡Gari! ¡El restaurante está en Plaza Nueva! Sobre el río Darro. Y… ¡el hotel de Lorenzo Espinosa está al lado de donde apareció Estrella! También al lado del río Darro. En su momento, con Fátima, hablamos de que las víctimas habían sido herederos de grandes fortunas. Es algo que cuadra con las tres víctimas que tenemos. Piénsalo —dijo ella levantándose de la emoción. Sentía que su cerebro funcionaba a la velocidad de la luz.

—¿Y Estrella Ramírez? —preguntó él.

—Fátima nos mandó un documento donde se hablaba de la empresa de Estrella. Había sido expropiada por los franquistas a una familia que fue afín a la República. Así la adquirió la familia de Estrella. Esa constructora…, déjame que lo busque. No lo recuerdo bien.

Jimena se levantó y salió fuera a encenderse otro cigarro. Mientras fumaba rebuscó en su correo electrónico hasta que dio con el informe de Fátima. Con dedos temblorosos, lo abrió y lo estudió en silencio.

—¿Y bien? —Gari asomó la cabeza.

—Joder…, aquí está —contestó Jimena con el cigarro entre los labios—. La constructora de Estrella Ramírez llevó a cabo el tramo del puente de Castañedas hasta el río Genil, el último del embovedado. Se beneficiaron del embovedado. ¡Eso es! ¡Se beneficiaron! —exclamó incluso más emocionada.

—¿Y las otras dos víctimas?

—Tendremos que comprobar esta idea, pero… el hotel de Lorenzo y el primer restaurante Las Rocas de la familia de Julián Alcázar tuvieron que beneficiarse del embovedado. Se construye lo nuevo, se derriban los hogares de la gente humilde que lo pierde todo y… ¡bum! Una familia monta un restaurante y se enriquece. O un hotel. Todo esto son suposiciones y hay que contrastarlo, pero ¿tiene sentido?

Jimena sintió que en esos momentos se quedaba vacía.

Había dado tanto que pensar a su cerebro que se había quedado extasiada. Miró a Gari en busca de respuestas; este estaba apoyado contra la puerta observándola en silencio. Hasta que dijo:

—Tener…, como tener…, tiene sentido. Aunque echa abajo la teoría con la que hemos trabajado todo este tiempo. ¿Y Fátima? Hasta donde sabemos no es heredera de nada y su familia vive en Monachil —razonó Gari.

—Pero su abuelo se ahogó en el Darro. Eso significa que vivían en la ciudad, ¿no? No lo sabemos. Puede ser que Fátima ni siquiera cuadre con el perfil de víctima. O que haya sido secuestrada para mandarnos un aviso. Sin embargo, todo lo que acabamos de hablar tiene sentido. Mañana…, mañana voy a comprobarlo. Si es así, tenemos que avisar a Curro porque tendríamos los motivos del asesino. Ajusticiar a quienes se beneficiaron del embovedado —concluyó Jimena antes de ver pasar a la camarera por delante de la puerta y pedirle la cuenta.

—¿Y por qué ajusticiarlos? ¿Qué sentido tiene eso? —preguntó Gari.

—Mira…, no lo sé. Estoy muy agotada. No doy para más —confesó Jimena—. Voy a por el chaquetón, necesito descansar.

—¿Y si descansas conmigo? —propuso Gari cogiéndola por la cintura.

Durante unos segundos, Jimena se quedó fría sin saber cómo reaccionar. Después entró en el bar y dejó fuera a Gari. Se preguntó si pasaría la noche con él o no.

Al salir, después de pagar la cuenta, todavía no lo había decidido.

Capítulo 59

Jimena abrió los ojos lentamente. Le pesaban los párpados y el cuerpo le dolía, como si le pidiera a gritos que se quedara en la cama. Inspiró el olor que la embriagaba y se dio cuenta de que era Gari, que descansaba a su lado en la cama. No pudo evitar sonreír y después se incorporó lentamente. A ciegas, tanteó la mesita de noche que había a su derecha. Llegó hasta su teléfono móvil, que alcanzó con dos dedos. Al encender la pantalla vio que eran las ocho y media de la mañana. Muy temprano. Podía volver a dormir y despertarse en una hora, darle a su cuerpo más descanso. Pero había dormido lo suficiente como para ponerse en marcha. La vida de Fátima seguía en juego y, después de todo lo que había descubierto el día anterior…, no podía quedarse en la cama y de brazos cruzados.

Se preguntó si debía despertar a Gari, sobre todo porque estaba, por primera vez, en su casa. Decidió no hacerlo. No recordaba prácticamente nada de la noche anterior. Estaba tan cansada, que había pasado sin prestar atención por el piso de Gari a oscuras y se habían ido directos a la cama. Algo no le había cuadrado, quizá el eco que escuchaba conforme caminaba por los suelos de gres y sus tacones resonaban por toda la planta. Jimena ni siquiera recordaba que él hubiera encendido la luz al adentrarse en el dormitorio. Así que iba de nuevas, se levantó de la cama y tanteó el suelo con ayuda de la linterna del móvil para encontrar su ropa. Estaba desperdigada a su alrededor. Consiguió ponerse el tanga de encaje negro y el sujetador sin aro que solía llevar para estar cómoda. El vestido estaba hecho un trapo en el suelo, junto a sus medias y sus botas de caña alta. Cuando estuvo completamente vestida, echó una última mirada a Gari y comprobó que seguía dormido. Cada ciertos minutos soltaba un ronquido suave y la periodista ya sabía que caía en un sueño profundo al dormir.

Así que salió del dormitorio silenciosamente.

Al salir al pasillo tuvo que cerrar los ojos por la luz intensa que la golpeó. Parpadeó lentamente varias veces para acostumbrarse a la luz matutina que llevaría poco tiempo brillando en el exterior. Se dio cuenta de que provenía de dos ventanales que había al final del pasillo, al fondo de lo que sería el salón con el recibidor integrado. Divisó dos puertas cerradas en el pasillo y como no podía contener la vejiga, decidió encontrar el baño antes de marcharse. No se sentía cómoda al invadir el hogar de nadie, así que en cuanto encontrara el váter se marcharía. Ya le dejaría un mensaje a Gari para cuando se despertara. Caminó con cuidado sobre el suelo, que era de un gres negro y marrón. Y conforme lo hacía estudió el pasillo, que tenía paredes de gotelé pintadas de blanco. Las puertas eran de una madera laminada vieja y entendió que ese piso debía ser barato y de alquiler.

Nada más abrir la primera puerta, olvidó la promesa de no invadir la privacidad de otra persona y se encontró de lleno con el cuarto de baño. Cantó victoria antes de encender la luz y se encerró dentro. Fue directa al váter, que era de un gris claro que denotaba que tenía tiempo. Ya sentada, observó a su alrededor. El baño estaba vacío. En el lavamanos no había ni una sola pertenencia personal. Frunció el ceño y tras no encontrar papel higiénico para limpiarse, se levantó y fue directa a lavarse la cara. Abrió los primeros cajones del mueble buscando papel y tampoco lo encontró, de hecho, no encontró nada: estaban vacíos. Ante esa sensación de sorpresa, abrió el otro mueble que tenía el baño. No había absolutamente nada. Ni siquiera una toalla colgada junto a la ducha. La invadió un sentimiento extraño y salió directa a la siguiente puerta del pasillo.

Jimena Cruz abrió la segunda puerta y se quedó pasmada. La persiana de la ventana que parecía dar a un ojo de patio estaba subida. Eso hacía que la estancia estuviera iluminada de manera natural. Y no encontró más que esa luminosidad, pues la habitación estaba vacía. Literalmente vacía. El suelo de gres, con ese gotelé blanco mal pintado, parecía pedir compañía. Se cruzó de brazos, incluso más mosqueada y salió directa hacia

el salón. No entendía absolutamente nada y no sabía si esa sensación formaba parte del desconcierto porque Gari nunca hubiera ido con ella a su piso hasta ese momento. ¿Era por eso, porque estaba vacío y le daba vergüenza reconocerlo?

Por la mente de la periodista se pasaron diferentes posibilidades cuando llegó al salón y se encontró una estancia vacía, excepto por un sofá, una mesa baja y un mueble enorme de madera que parecía estar repleto de vajillas que no tenían pinta de ser del criminólogo. En mitad del salón, observó a su alrededor completamente perpleja. Esa casa no parecía un hogar, ni siquiera un sitio donde habitara un ser humano. Estaba carente de vida. No había objetos personales por ninguna parte. Ni un ordenador, ni un libro, ni un mísero cuaderno. No entendía nada y, por un momento, quiso despertarse del sueño que parecía tener.

Una puerta abierta a la izquierda del salón parecía pedirle que pasara. Debía ser la cocina. Jimena fue directa y encendió la luz. Era interior. No pudo contener una carcajada, todavía alucinaba con lo que pasaba. La cocina era antigua y contaba con una vieja hornilla de gas para cocinar que parecía no haber sido usada en años. Fue directa a abrir todos los muebles y no encontró más que viejas sartenes y ollas. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? Al abrir el frigorífico vio una cerveza que parecía reírse de ella. Lo cerró con demasiada fuerza; se sentía frustrada. No conseguía dar con una explicación lógica para esa situación.

Salió de la cocina tomando varias bocanadas de aire. No estaba dispuesta a irse sin abrir los cajones del mueble enorme de madera del salón. Con eso se marcharía a casa, y cuando Gari se despertara, le pediría explicaciones. Le parecía rarísimo que viviera en una casa sin pertenencias personales, sin prácticamente muebles ni comida. ¿Dónde hacía vida ese hombre? ¿Quién era? Esa última pregunta nunca se la había planteado de verdad. Sabía pocas cosas de su vida y desconocía cómo era en su día a día. Por no conocer, ni siquiera había conocido *su casa* hasta ese momento. Si es que a ese antro vacío y viejo se le podía llamar casa.

Abrió el primer cajón del mueble y se encontró con más

vajilla, además de la que estaba expuesta en la zona de la vitrina. Lo cerró con delicadeza, lo último que le apetecía era que Gari se levantara y la encontrara rebuscando. Ya le daría explicaciones por teléfono, que en persona en esos momentos tampoco le apetecía. Sabía que quedaría como una psicótica en cuanto le preguntara, pero ¿qué esperaba de ella? La llevaba a su casa por primera vez, tras muchas negativas. Y se levantaba y se encontraba un piso vacío donde lo único que había de Gari Atxa era su propio cuerpo. Suspiró y decidió ir a por el segundo cajón.

También estaba vacío. Así repitió la acción un par de veces. Observó los dos que le quedaban y puso los ojos en blanco. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Libros? ¿Fotos de él de niño? Respiró de nuevo para mantener los nervios bajo control. Podía ir en ese mismo momento a la cama y despertarlo, preguntarle qué le pasaba y cuál era su vida. Pero decidió ir a por el siguiente cajón. Y cuando vio lo que vio, se quedó de piedra.

Era un mazo de documentos. Los sacó lentamente. Podía ver a simple vista el que había justo arriba. Se mordió el labio inferior y dejó los documentos sobre el sofá. Y, de pie, se acercó el primero a los ojos. No podía ser. Negó con la cabeza. Era el mismo mapa que había perdido, ese que le había mandado Fátima hacía muchísimo tiempo. Y estaba pintado, él había marcado los mismos puentes como había hecho ella la noche anterior. Negó con la cabeza sin entender qué ocurría. Fue a por el siguiente documento y vio que era el informe que le había desaparecido del escritorio. No podía creérselo. Los demás eran más mapas de la ciudad, planos del embovedado del río Darro y cartografías sobre los manantiales de Sierra Nevada.

Jimena dejó caer los papeles sobre el sofá; sentía que se mareaba. Su corazón se aceleró y negó con la cabeza, como si quisiera salir de un bucle en el que ni siquiera sabía cómo había entrado. No podía ser. ¿Por qué Gari tenía todo eso? Le había contado lo que había descubierto la noche anterior, era imposible que fuera posterior porque habían dormido juntos. Si él hubiera barajado la misma teoría, ¿por qué no se lo había

dicho hacía solo unas horas conforme Jimena le contaba lo que sabía? Ni siquiera tenía sentido que no se lo hubiera comunicado en el momento en el que él mismo lo había descubierto.

Los papeles volaron alrededor del sofá y la periodista comenzó a andar hacia atrás todavía en estado de negación. No podía aceptar lo que tenía ante los ojos. ¿Dónde había estado Gari la noche de los asesinatos? Porque la única vez que lo había tenido cerca había sido con Lorenzo Espinosa. Pero él mismo había dicho que el asesino podía trabajar con alguien más. ¿Era posible que él fuera parte de aquella locura? Jimena ya ni siquiera se fiaba de su propia sombra después de lo que le había ocurrido hacía cuatro años.

Se golpeó sin querer contra la puerta de la cocina y no pudo evitar proferir un grito, que ahogó con las manos a la espera de no haberlo despertado. Sentía miedo, le temblaban las manos y las piernas. Los ojos amenazaban con empezar a llorar y el corazón comenzó a latirle muy rápido. Gari había estado a su alrededor todo el tiempo, nunca le había hablado de sí mismo y si… ¿y si era él? ¿Y si el asesino no dejaba tampoco los cuerpos? Recordó varias ocasiones en las que lo había visto muy cansado sin explicación. ¿Era posible que tuviera una doble vida donde jugara a ser criminólogo y, al mismo tiempo, colaborara con un asesino?

Nada tenía sentido. La cabeza le daba vueltas y sentía que se desmayaría en cualquier momento. Intentó controlar la respiración y dominar las piernas, que no querían responder. Consiguió que la condujeran, poco a poco, en dirección a la salida de ese piso vacío. No quiso pensar en las noches que había pasado con el criminólogo, que no solo parecía más que sospechoso, sino que, además, vivía en esa casa que no parecía habitada. Se sintió enferma pensando que fuera posible que solo la utilizara de coartada. Estaba en Plaza Nueva y allí se había subido y bajado el asesino del taxi.

Llegó hasta la puerta de madera contrachapada y apoyó la cabeza sobre ella; sintió que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Jimena no estaba preparada para otro golpe más. Despegó la cabeza de la puerta y la abrió. Ante ella se abría un

corto pasillo que le indicaba que estaba en un bajo. Suspiró y echó a andar.

Anduvo tan rápido que pronto corría hacia su piso en la calle Molinos mientras las lágrimas le empapaban el chaquetón.

¿Era posible que Gari no fuera quien parecía?

Capítulo 60

Jimena Cruz se adentró en su piso en la calle Molinos entre jadeos y sin aire en los pulmones. Echó la llave en la puerta y dejó caer el cuerpo con la espalda junto a la pared que tenía al lado. En el suelo, entre llantos, intentaba encontrar una explicación lógica a lo que acababa de vivir. No lloraba como había hecho al ver a sus padres en la Jefatura Superior de Policía Nacional de Granada; ni siquiera como cuando había descubierto que Fátima estaba desaparecida. Lloraba de otra manera, mucho más suave, acompañando la pena con una decepción terrible y un miedo atroz. Quería razonar lo que había ocurrido, mirarlo desde una perspectiva distinta. Pero sus propios instintos le habían indicado que no podía ser el padre de Fátima y había encontrado en el piso de Gari motivos lo suficientemente contundentes como para sospechar de él.

Se encendió un cigarro y comenzó a bañar el parqué del suelo con la ceniza que, poco a poco, se desprendía. Inundó sus pulmones, pero se negó a beber vino. Si Gari formaba parte de los asesinatos, encontraría más pruebas y lo metería entre rejas. No podía tomarse todo aquello como algo personal, porque no lo era. Ni siquiera quería catalogarlo como un asesino, pues solo había encontrado mapas y motivos extraños que la hacían plantearse que ocultaba algo. ¿Ocultaba ser el asesino? Podía ser. Su mente irracional le gritaba que así era, que se alejara de él para estar a salvo y que se lo comunicara a la policía.

Conforme se levantaba del suelo, cuando ya no lloraba, pensó en que la Jimena que había resuelto su primer caso cuatro años atrás habría entregado a Gari a la policía sin pensárselo dos veces. Pero la Jimena con la que convivía en esos momentos ya no era así. Ya no se dejaba guiar por impulsos psicóticos sin buscar motivos y pruebas. A pesar de que empezaba a creer que Gari podía estar involucrado en los

asesinatos, necesitaba pruebas y confrontarlo. Con esa seguridad, se adentró en la cocina y se preparó un café. Le esperaba un día largo si quería dar con una respuesta antes de que el criminólogo la buscara. Descubriría que Jimena lo sabía en cuanto viera los papeles esparcidos por su salón. No quería darle espacio para elaborar respuestas así que no tenía tiempo que perder.

Se sentó en el escritorio y decidió que era hora de llamar a Curro López. No le debía respuestas, pero Jimena las necesitaba. ¿Y si la información que le pasaba Gari ni siquiera era verídica? No podía ya fiarse de lo que le había contado la noche anterior, de nada que le hubiera dicho desde que había estado fuera del caso. Por eso buscó al investigador a cargo de los crímenes en la agenda del móvil y marcó el teléfono para que llamara. Aguardó, deseosa de que descolgara. Sorprendentemente, lo hizo, aunque la saludó con un tono poco amistoso que estaba en su línea.

—Buenos días a ti también, Curro. Gracias por responder. Necesito hablar contigo del caso —la voz de Jimena denotaba un evidente nerviosismo, a pesar de que intentaba corregirlo para que Curro no lo supiera.

Pero este se había dado cuenta y por eso respondió:

—Buscamos a Fátima día y noche, te lo aseguro. Mantén la calma, Jimena.

—Lo sé. Necesito que hablemos de Pedro Suárez —anunció Jimena. Luego le dio un trago al café y se puso a trastear en el escritorio para sacar un Marlboro de su cajetilla.

—Estás fuera de la investigación, no podemos hablar de esto. Por Dios, no me hagas repetírtelo cada vez que te despiertas con ganas de vendernos a la prensa —las últimas palabras las escupió molesto.

—Curro…, por favor. No es para la prensa. Es porque necesito respuestas para quedarme tranquila. Sé que tenéis a Pedro y que va a declarar hoy ante un juez. ¿A qué hora? ¿Qué ha dicho? Ayúdame como hiciste la última vez. Si no trabajamos juntos es porque tus jefes no quieren. Dame esa información por los viejos tiempos —rogó Jimena mientras fumaba de manera compulsiva.

Lo último que le apetecía era ponerse de rodillas ante Curro y rogarle que la ayudara. Pero verdaderamente lo necesitaba. Porque dependiendo de lo que ocurriera con Pedro, podría tranquilizar sus pensamientos sobre Gari. O no hacerlo y verse envuelta en un bucle del que iba a ser difícil salir.

—*Uf…, Jimena, mira que eres cabezona.* —Suspiró Curro al otro lado de la línea—. *Al final declaró anoche aquí, cambió de opinión. Tiene coartada, Jimena. Te lo aseguro. No cabe duda de que no puede ser él. La noche en la que apareció Estrella Ramírez estuvo en casa de un amigo. Cenó y durmió allí. Y ese amigo suyo cuenta con cámaras, porque tiene perros de esos de caza que valen un pastizal. Así que se ha salvado el culo rápido. No es él.*

Sus palabras fueron tan contundentes que Jimena dejó de dar la calada al cigarro que tenía entre los labios. Hasta se le cayó al escritorio, lo manchó todo de cenizas y empezó a quemar un documento. Apartó el cigarro rápidamente y lo apagó en el cenicero, todavía sin palabras y sin saber qué decir.

—No puede ser. Tenía mapas escondidos del río, ¿no? —fue lo único que consiguió articular.

—*El hombre estaba obsesionado con el tema por la pérdida de su padre. Esos mapas tienen más de veinte años y no los ha sacado de ahí desde que los compró. Está chalado.*

—¿Ahora qué? —preguntó con voz queda.

—*Ahora me gustaría que te pusieras a trabajar de una puta vez y que me llames para darme un nombre. Aquí no descansamos, Cruz. No descanses tú tampoco.*

Tras decir esto último, Curro colgó la llamada. Jimena miró el teléfono sin saber qué pensar o qué decir. Curro acababa de incitarla a que siguiera trabajando en el caso, incluso parecía haber dejado caer la idea de que estaba demasiado parada. Tenía razón, ¿dónde estaba esa Jimena Cruz que no dormía hasta dar con respuestas? Había comenzado a olvidarse a sí misma desde que se empezó a ver con Gari. ¿Y si eso era parte de su plan? Su mente no dejaba de teorizar motivos por los que el criminólogo parecía sospechoso.

Por eso mismo, apartó el café, ordenó los documentos que tenía sobre el escritorio y encendió el ordenador de sobremesa.

Era el momento de ponerse a trabajar de verdad. Alcanzó su bloc de notas, que seguía dentro del bolso con el que había vuelto hacía media hora. Revisó las notas que había registrado durante toda la investigación. Tenía las piezas ante los ojos y solo debía ordenarlas. Había llegado hasta los puentes y el río Darro. Tenía a Gari como posible sospechoso por sus conductas fuera de lo normal. Especialmente, porque supiera lo de los puentes y no se lo hubiera contado. También por robarle papeles de su oficina. Y por ese piso vacío, que parecía hecho para esconder a los peores criminales.

Pedro Suárez estaba limpio. A pesar de que daba el perfil, lo estaba. Se fiaba de Curro si le garantizaba que era imposible. Lo que el inspector más deseaba era encontrar al asesino y colgarle de una vez el sambenito. Así se olvidaba y cerraba el caso. Si había tenido que soltar a Pedro era porque no le quedaba otra. Al igual que a Ramón Aguilar. Eso los situaba en la casilla de salida. Ya tendría tiempo de descubrir por qué Pedro Suárez guardaba esos mapas del río o dónde había estado todos esos días desaparecido. Lo que importaba, en esos momentos, era dar con el verdadero asesino del caso.

El propio Gari lo había definido como un psicópata de un estrato social medio-alto, con estudios y medios económicos. Los psicópatas, como bien había leído Jimena, eran personas que imitaban las emociones, pero que a la larga podían mostrar carencias emocionales. La periodista se preguntaba si Gari era uno, si acaso se había hecho criminólogo para poder estar más cerca de la policía en el momento que llevara a cabo su plan. Negó con la cabeza, no podía ser que se hubiera acostado y hubiera dormido con el asesino. ¿Había sido capaz de engañarla de esa manera? Lo cierto era que Gari siempre había sido frío y calculador. No mostraba dolor al hablar de la desaparición de Fátima y discutían cuando trabajaban porque le gustaba ser quien llevara la razón y tuviera la voz cantante. ¿Y si era un narcisista con rasgos psicopáticos? Cuanto más lo pensaba, más motivos podía encontrar para sentir que Gari era sospechoso.

Con otro café en vena, decidió que empezaría a trabajar en busca de toda la información del criminólogo que pudiera

encontrar en internet. Releyendo su currículum, recordó que había sido él quien había sembrado en ella la semilla para que luego pidiera un equipo y contara con su presencia en él. Chasqueó la lengua, si eso había estado planeado desde el principio, le había salido perfecta la jugada. En su currículum no encontró nada que no encajara con la vida que él mismo le había relatado hacía unos días. Fuera verdad o mentira, las versiones cuadraban con lo que tenía colgado en internet para buscar trabajo.

En sus redes sociales no encontró demasiado. No dio con ningún perfil en la mayor parte de las plataformas que pareciera pertenecer al criminólogo. En Facebook tenía una cuenta privada a la que Jimena no pudo acceder. Suspiró y deseó encenderse otro cigarro, pero fue capaz de apartarlo. Hizo acopio de todas sus fuerzas y venció a la tentación que la llamaba desde la cajetilla de cartón. Se preguntó si la historia que le había contado sobre su expareja era cierta. Técnicamente ella había sido el motivo por el que se había mudado a la ciudad. ¿Y si era mentira? No podía averiguarlo en internet, así que apartó los ojos de la pantalla y se levantó para dar vueltas y pensar.

Había repasado también los artículos que había escrito Gari a lo largo de los años sobre la psicopatía. Era un experto, no le cabía duda. ¿Era un experto porque se miraba en el espejo y se estudiaba? No quería pensar de esa manera, pues los motivos que la habían llevado a sospechar de él podían estar condicionados por el estrés al que había estado sometida en las últimas semanas. Aun así, necesitaba dar con el maldito asesino. Para eso debía tener sus motivaciones. Había sido el propio Gari el que le había planteado qué más motivaciones podía tener el asesino además de los puentes. No era lo suficientemente sólido. Jimena sabía que le faltaba un detonante, un verdadero motivo que pudiera llevar a alguien a asesinar de esas maneras.

Por eso volvió a su escritorio y, esta vez sucumbió, se encendió otro cigarro. Era el momento de indagar más aún sobre el embovedado del Darro y los puentes. Tenía que cuadrar también las empresas de las víctimas, si

verdaderamente se habían beneficiado o no del río Darro. Empezó por esto último, descubriendo que en internet apenas podía encontrar información. Pero le saltó una alarma en uno de los artículos que leía sobre el crecimiento de la ciudad a raíz de embovedado. Ese artículo mencionaba «el reventón», que Jimena desconocía, pero sonaba a detonante importante en el curso histórico del embovedado.

Buscó las palabras «reventón Granada» en el buscador y aguardó expectante ante la pantalla del ordenador. De pronto, decenas de artículos se mostraron ante sus ojos y se levantó mientras se tapaba la boca con una mano para ahogar el grito de emoción que le subía por la garganta. ¿Cómo no había leído sobre el reventón de Granada? Se le había pasado por alto cuando era el evento más importante que había afectado a la ciudadanía tras el embovedado del río. Por lo que veía, había habido dos reventones diferentes, pero uno de ellos había tenido consecuencias letales.

El doce de septiembre de 1951 a las siete de la tarde explotó el suelo en el centro de la ciudad, junto al edificio de Correos, en lo que se conocía como Puerta Real. Esta explosión ocurrió por una tormenta que arreciaba sobre la ciudad desde las cinco de la tarde, no solo con lluvia, sino también con granizo. Esto hizo que el caudal del río Darro creciera llegando a su máxima capacidad a las siete de la tarde. Pronto, debido a la acumulación de agua y sedimentos, además del arrastre de aire que se generaba en el interior del embovedado, las conducciones de agua se entorpecieron bajo tierra. Así, primero se inundaron los sótanos de las viviendas que estaban situadas en la calle Reyes Católicos que tenían desagüe al río. Seguidamente, sobre las siete y diez de la tarde, empezó a salir aire y agua en el centro de Puerta Real hasta que el pavimento onduló y reventó la bóveda que contenía el río Darro.

Jimena abrió los ojos sorprendida al ver las fotografías que acompañaban a esos artículos. Podía verse el suelo completamente destrozado y los restos de pavimento por todas partes. Leyó que las aguas llegaron a alcanzar tres metros de altura y que, tras la violenta explosión, se relajó la presión y salió agua por el agujero del suelo durante quince minutos. Por

lo que razonaban los expertos, era lógico que la rotura hubiera ocurrido en esa zona pues era el lugar donde la bóveda de piedra era más baja y donde menos relleno tenía, además de estar ya resentida por una pequeña rotura que había sufrido con anterioridad.

La siguiente noticia que abrió hablaba de las nefastas consecuencias que se habían ocasionado por el reventón. Ya no solo económicamente, pues la nueva bóveda costó más de doscientas cuarenta y una mil pesetas, sino todos los arreglos que el ayuntamiento tuvo que cubrir debido a que las acequias, caminos y calles estuvieron desbordados durante días a causa de los escombros arrastrados por el agua. Había otra fotografía donde se veía a un grupo de ciudadanos alrededor del agujero que se había hecho en el suelo, que debía tener más de diez metros de longitud y anchura.

Jimena se abrazo el cuerpo al leer que una de las consecuencias fue leer que un bar famoso de la zona se había venido abajo a causa de la violencia con la que había temblado el suelo segundos antes de que ocurriera el reventón. En ese bar había perdido la vida una pareja, que eran los dueños del negocio, y dos clientes, que eran dos niños menores de edad que habían acudido a comer con sus padres. El resto de los comensales habían sobrevivido, pero algunos quedaron con secuelas. Jimena observó la fotografía de lo que antes había sido ese bar y suspiró afligida. No podía creerse que algo así hubiera ocurrido en la ciudad y que no lo supiera.

Ese podía ser el motivo. ¿Y si el asesino era una persona vinculada a alguna de las víctimas del reventón? El reventón era causa del embovedado, que a su vez había destrozado también los puentes de la ciudad. Jimena se levantó con la adrenalina galopando por las venas. ¿Y si eso era todo? De ser así, tenía un motivo claro y solo debía indagar para ver quiénes habían sido las víctimas. Merecía la pena, al menos, intentarlo.

Se le vino a la mente la frase de la cuarta pancarta, la que parecía estar hecha a medida para Fátima. «Solo el agua mueve montañas. El suelo tiembla con su poder». A Jimena le pareció evidente que podía hacer referencia al reventón. Además,

había aparecido en el edificio de Correos, justo enfrente del lugar donde ocurrió el reventón de 1951.

Cuando iba a coger el teléfono para llamar a Curro López, el timbre de su piso la sorprendió y se acercó a la puerta lentamente. Había sonado, directamente, arriba. Así que quien fuera había subido sin llamar desde el exterior. Acercó los ojos a la mirilla y sintió como se le helaba la sangre.

Ahí lo tenía.

Gari Atxa aguardaba nervioso al otro lado de la puerta.

Capítulo 61

Fátima Suárez volvió a abrir los ojos en aquel lugar en el que no sabía cuántas horas ni días había pasado. Ya no era capaz de diferenciar entre sus sueños y la realidad, pues pasaba la mayor parte de las horas dormitando. Sabía que su secuestrador le administraba algo para dormirla, no era normal que pasara tantísimas horas inconsciente. Si se despertaba, no aguantaba más de una hora antes de volver a caer rendida y se sentía en mitad de un trance. La cabeza se le caía sola y notaba el cuello machacado por la cadena que la mantenía rígida contra la pared. También le dolían las muñecas y los dedos parecían habérsele agarrotado. Había probado a subir y bajar las piernas, por ayudar a que la circulación siguiera su camino. Le daba miedo que todo el tiempo que pasaba en aquel lugar prácticamente inmóvil tuviera efectos en su cuerpo a largo plazo.

En sus sueños, la visitaban sus padres y Leónidas. Prefería estar inconsciente por eso mismo, pues cada vez que despertaba se daba cuenta de la pesadilla en la que estaba envuelta y de la que difícilmente podría escapar. No había visto a su secuestrador, más allá de escucharlo un par de veces a lo lejos. Recordaba que la había alimentado, pero estaba tan drogada que no había podido abrir los ojos. Le daba pan y sopa, lo sabía por el sabor y la textura. Si conseguía salir de aquello con vida, no volvería a probar una sopa en su vida. Tampoco malgastaría ni un solo día más lamentándose por su trabajo en la universidad. Solo deseaba cruzar las puertas de la facultad y tener que saludar de mala gana a sus compañeros.

Ese era uno de los pocos ejercicios que hacía cuando estaba despierta, cerraba los ojos y recreaba un día cualquiera en su vida. El olor del desayuno filtrándose desde la planta baja y la voz grave de Leónidas cantando para alegrarle el día, la cara de sus alumnos cuando les mandaba un ensayo o las visitas a

sus padres los fines de semana en Monachil. A veces, se veía a sí misma caminando por los pasillos de la facultad con su carpeta de exámenes y su ordenador a cuestas. También se visualizaba en la mesa que siempre ocupaba en la biblioteca, tecleando hasta altas horas de la tarde antes de volver a su hogar. Esas horas que pasaba despierta también le servían para procesar que nunca sería madre de manera biológica y había empezado a soñar con serlo mediante adopción.

Sin duda, el cerebro de Fátima había encontrado mecanismos para protegerla de la situación en la que estaba. La ayudaba a evadirse de lo que vivía y le recordaba los motivos por los que debía seguir viva y no caer en las fauces del asesino. Porque esas horas que había estado despierta también la habían ayudado a aceptar que se enfrentaría al asesino al que perseguían. No solo por sus trofeos, que brillaban frente a ella y le recordaban, cada día, donde se encontraba, sino también porque no había ningún otro motivo para que hubiera sido secuestraba. Se había preguntado si la había cazado por formar parte de la investigación o porque, simplemente, ya la tenía en su lista. Fuera como fuese, necesitaba sobrevivir a esa locura. Se imaginaba que, a esas alturas, ya Leónidas habría dado la voz de alarma y Jimena la buscaría junto a la policía. Solo esperaba que llegaran a tiempo.

Movió ligeramente la cabeza e inspiró ese olor desagradable que la rodeaba. Era su cuerpo y no quería pensar en la cantidad de fluidos que se acumulaban en sus pantalones de satén negros. Había dejado de menstruar, por lo que, como mínimo, llevaba cinco días secuestradas. Pero tampoco recordaba bien qué día había dejado de sangrar así que había perdido la cuenta de los días que llevaba allí. Le daba miedo, pues cada día que pasaba se acercaba más al límite de los catorce, que parecía ser la temporalidad que seguía el asesino.

El miedo era otro de los sentimientos que la acechaba desde que se despertara por primera vez en esa casa rural. Nunca se había enfrentado al miedo de esa manera. Al miedo real, al que la avisaba de que su vida podía estar a punto de terminarse. Ya no le quedaban lágrimas para llorar y había gritado tanto que

se había quedado afónica. Lo único que podía hacer era aferrarse a la esperanza de que la encontraran o, al menos, de no tener una muerte tan dolorosa como había sido la del resto de las víctimas. Especialmente la de Julián Alcázar. Además, el miedo la advertía de que ese barreño de madera, inmaculado y que brillaba frente a ella, tendría algo que ver con su futura muerte. Algo en su interior se lo decía, que ese objeto estaba pensado y hecho solo para ella. Cada vez que lo miraba, sentía arcadas subirle por la garganta. Pero contenía el vómito, porque era lo último que necesitaba su cuerpo.

Se preguntó si habría habido pancarta para ella y cuál era. ¿Qué habría escrito el asesino que pudiera ayudarla a entender cómo iba a matarla y por qué la había elegido a ella? Se imaginaba a Jimena adentrándose en el lugar público que fuera, avistando la pancarta y preguntándose a quién haría referencia y cómo. Quería gritar de la frustración que le había acarreado no poder hablar con ella y contarle lo que había descubierto de los catorce puentes. ¿Habría llegado ya hasta esa conclusión? Esperaba que sí, pues necesitaba que averiguara quién era el asesino y cuáles sus motivos para dar con ella. Si hubiera sido religiosa, habría rezado cada minuto que estaba despierta.

Volvió a rugirle el estómago y apretó los ojos. Tenía que aguantar. Ya no le quedaba otra más que pedirle a su cuerpo que diera todo lo que tenía para sobrevivir a esa situación. No volvería a preocuparse por tonterías, si llegaba a salir de aquella estancia de techos de madera y suelos de barro cocido. Sabía que, tras esa experiencia, no volvería a ser la misma y vería la vida de una manera diferente.

Tenía tanta sed que los labios se le habían quebrado del todo y ya eran una masa cuarteada y dolorosa. Apenas podía mover la boca y sentía la lengua como un trapo. Añoraba un vaso de agua. Sabía que el asesino tendría que haberle dado agua o, a esas alturas, se habría deshidratado. Pero debía ser en pocas y justas cantidades. El pelo, además, se veía quebradizo desde donde estaba y hasta donde le llegaba la vista. La piel de los brazos, que estaba descubierta, parecía la de una serpiente. Se notaba que no estaba bien hidratada y lo

sentía también por el dolor de cabeza que la laceraba.

De pronto, escuchó abrirse una puerta en la planta baja. Se imaginó que sería la principal de la vivienda. Siguió con el oído los pasos que se arrastraban en el suelo de abajo y tomó una bocanada de aire. El cuerpo empezó a temblarle, siempre le pasaba cuando notaba la presencia de su secuestrador cerca. Sintió que el frío la atacaba de nuevo y debía tener fiebre la mayor parte del tiempo por los escalofríos que la recorrían hasta dormida. No le extrañaba, era marzo y estaba con unos pantalones finos y una camisa, sentada en el suelo, empapada de sus propias heces, orines y menstruación. Además de haber llegado a esa casa completamente mojada de la lluvia que la había calado la noche que el asesino se había hecho con ella.

También se había torturado muchísimo por eso. ¿Cómo había salido del bar de esa manera? ¿Si se hubiera quedado dentro habría estado a salvo? Algo le decía que, si la había secuestrado, lo tenía planeado, y que quizá la había acechado todo el día, esperando al momento de hacerse con ella. Aun así, no había dejado de fustigarse por haber tenido esa reacción cuando le había bajado la regla. Sentía un vacío terrible y un dolor inmenso por no poder ser madre. Sin embargo, en esos momentos en los que era su vida la que estaba en juego, ya no era como antes. Otra cosa había cobrado más sentido, mantenerse con vida.

Escuchó los pasos del secuestrador mientras subía las escaleras que lo conducían a la planta donde estaba ella. Tembló con más fuerza y tiró de las cadenas provocándose tanto dolor en las manos que emitió un quejido lastimero que quedó ahogado por su falta de voz. Los ojos se le cargaron de lágrimas, las que pensaba que no le quedaban, y los cerró con fuerza mientras sentía que se acercaba a la estancia donde estaba. No quería verlo, no estaba preparada para el final. ¿Si abría la puerta y le veía el rostro significaba que era el momento de morir?

La puerta comenzó a abrirse lentamente. Fátima apretó los ojos con más fuerza y también se mordió los labios de la tensión que sentía en el cuerpo. Escuchó las pisadas del secuestrador y su respiración pausada y poco a poco abrió los

ojos.

Lo primero que vio fueron unas botas de montaña negras. Subió los ojos hasta unas piernas que parecían fuertes y preparadas para el campo. No quería terminar de mirar, pero los ojos se le movieron solos y acabaron frente a los de su secuestrador.

Esos ojos…

—¡No! —susurró afónica sin entender lo que ocurría.

Esos ojos azules como el mar embravecido que tan bien conocía. Los ojos que la habían acompañado durante cuatro años, que la habían visto reír, llorar, enamorarse y perder la esperanza por su propio cuerpo.

Las lágrimas le comenzaron a caer sin que pudiera procesar lo que estaba viendo, la imagen que estaba ante ella.

—Sí, cariño, sí —contestó con un tono de voz que Fátima era incapaz de procesar.

—Eres… Eres un monstruo… No… Yo te amo… Te lo he dado todo. Podría… llevar a tu hijo dentro —decía con voz entrecortada mientras sentía cómo su corazón se aceleraba hasta el punto de querer salir de su pecho.

—¡Cállate! —le gritó con tanta agresividad que Fátima sintió que se meaba encima al momento. Se sintió avergonzada, pero el miedo y el estado de *shock* en el que había entrado no le permitieron reaccionar—. Ahora es mi momento de contar la verdad.

Leónidas alcanzó una silla de mimbre que descansaba junto a las cadenas de Fátima y se sentó frente a ella, con la cabeza erguida y la barbilla en alto. Cruzó una pierna sobre otra y le sonrió de una manera macabra que hizo que ella sintiera que la tierra se resquebrajaba a sus pies y estaba al borde de una caída sin final.

Capítulo 62

Jimena estudió durante unos segundos a Gari a través de la mirilla de la puerta. Se había tomado un buen rato en ir a visitarla, era ya media tarde. Se le había ido el día mientras investigaba sobre el embovedado y el reventón de 1951. Sentía una mezcla de adrenalina, por lo que acababa de descubrir, y también de rabia, por tener que enfrentarse al criminólogo. ¿Y si en un ataque de rabia la asesinaba por haberlo descubierto? Por ese razonamiento tardó tanto en abrir la puerta; necesitaba calmar sus pensamientos intrusivos y a la Jimena que, llevada a un punto álgido de tensión, reventaba de manera psicótica. Necesitaba racionalizar las ideas que corrían de un lado a otro por su mente y no dejarse llevar por lo que hubiera visto sospechoso en su compañero.

Tras calmar los nervios y sentir que la adrenalina bajaba, giró la llave dos veces para quitar el seguro de la puerta y posó las manos sobre el tirador. Tomó una bocanada grande de aire y después tiró de la puerta hacia ella, dejando que quedara completamente abierta. Se movió y se quedó frente a Gari, que la miraba con una mezcla de intranquilidad y expectación en los ojos. Fue Jimena la que dijo:

—No me vas a negar que eres más que sospechoso.

La voz no le tembló al hacerlo, de hecho, sonó con demasiada seguridad y prepotencia. Su postura corporal transmitía lo mismo, con el cuello erguido y la cabeza en alto. Además, estaba en tensión, como se podía ver en sus piernas, bajo la bata de satén negra que llevaba. Ni siquiera recordaba en qué momento se había cambiado de ropa, pero lo había hecho. Pensó, fugazmente, que si moría así vestida al menos sería algo que la representaba.

—¿Podemos hablar tranquilos? No entiendo qué es lo que ocurre ahora mismo —contestó él, que se había cruzado de brazos y mostraba un lado sensible que pocas veces había visto

Jimena.

—Está bien. Pasa y siéntate ahí en el sofá —le indicó. Se hizo a un lado y cerró la puerta tras él—. Ahora dime, ¿por qué cojones vives en una casa vacía como haría cualquier asesino que está preparado para desaparecer sin dejar rastro? Un piso carente de vida. Tú no vives ahí, no me jodas.

Jimena se situó de pie frente a él, lo suficientemente cerca de la puerta por si la situación daba un giro de ciento ochenta grados y se veía obligada a correr. Después de las decepciones y sorpresas que la habían asediado en la vida, estaba preparada para cualquier cosa.

—Esta investigación te afecta demasiado, Jimena. ¿Qué pregunta es esa? No me puedo creer que tengamos esta conversación —respondió él. Parecía incómodo y se recolocó en el sofá para cruzar las piernas.

—Que por qué vives en esa casa vacía —repitió ella con un tono soberbio y amenazador que hasta la sorprendió a sí misma.

Gari arqueó las cejas y, tras resoplar, respondió:

—Mi vida privada no es de tu incumbencia. Por estas preguntas no quería que subieras. Precisamente por esto.

—Esa respuesta de mierda te hace más sospechoso, ¡no me jodas! —exclamó la periodista, que ya se estaba encendiendo un cigarro y se mantenía aún cerca de la puerta—. ¿Quién era tu familia, Gari? ¿Le afectó el reventón de 1951 y le hizo perder todo lo que tenía? Creo que lo he descubierto todo, ayúdame a entenderlo.

Esto último sonó casi como una plegaria. Jimena estaba harta de pelear contra viento y marea y solo deseaba encontrar a Fátima y acabar con esa locura. Si Gari formaba parte de los asesinatos, que se lo dijera de una vez y acabaran con ese sinsentido. Su cuerpo y su mente no podían soportar un día más en esa investigación.

—Se te está yendo la chota, Jimena. ¿Qué reventón? ¿De qué demonios me estás hablando? ¡Si soy vasco! ¡Mi familia está en Euskadi! —respondió esta vez a la par que levantaba el tono de voz.

—La motivación del asesino es que el embovedado del río

Darro lo afectó de alguna manera. La gente humilde que vivía junto al río, una zona insalubre y apestosa, tuvo que dejar sus casas. Esa zona fue ocupada por la burguesía granadina con cada tramo que avanzaba el proyecto del embovedado del río. Todo iba genial. Muchas familias se beneficiaron, probablemente las de las tres víctimas que tenemos también. Y, claro…, ocurrió el reventón de 1951, que derrumbó un bar y acabó con la vida de cuatro personas. ¿Y si nuestro asesino era familiar de alguna de las víctimas? ¿Y si por eso se toma la justicia por su mano para vengar lo que le ocurrió a su estirpe? Por eso asesina a quienes, aún hoy, se benefician del embovedado del río. Es una puta locura, ¡una puta locura, Gari! —Jimena cambió de postura, se agachó y quedó apoyada sobre sus rodillas flexionadas—. Así que dime, ¿dónde entras tú en todo esto?

Gari se quedó en silencio unos segundos, observaba a Jimena completamente sorprendido. Esta no sabía si formaba parte del teatro o si, realmente, a ella se le estaba yendo la cabeza y la situación se iba de madre por minutos.

—Es una teoría sólida la que dices. Pero un psicópata necesita un detonante para asesinar. Si hubiera sido una persona afectada por el reventón de 1951, ahora sería mayor y su cuerpo no le permitiría cometer las atrocidades de nuestro asesino. No encaja, Jimena. Además, las viejas glorias del pasado no parecen motivaciones suficientes.

Jimena sintió cómo le subía el calor por las extremidades y cómo se le encendía el rostro. Con cada respuesta que recibía, se enfadaba más y más. Por eso se levantó y gritó:

—¡Dime la verdad, joder, Gari! Robaste mis papeles, nunca hablas de tu puta vida, te dio igual que Fátima fuera secuestrada y… y vives en ese puto piso que no has habitado jamás. Si no eres tú, ¡entonces dame los motivos para todas esas mierdas! ¡Ayúdame a creerte, coño!

Él se quedó pasmado y, seguidamente, se levantó despacio. Jimena observó cómo se acercaba a la puerta. Se pegó contra la pared, en un acto reflejo que demostraba que, en el fondo, tenía miedo de Gari. Ante ese acto, el criminólogo alzó las manos al aire y respondió:

—No soy yo, Jimena. Estoy aquí para ayudarte. Es una pena que no confíes en mí porque, más allá del trabajo, me gustas de verdad. Pero de verdad de verdad. No te haces una idea, Jimena. Así que llámame cuando se te pase este bucle en el que estás. O no lo hagas. Es tu puta decisión.

Las últimas palabras sonaron cargadas de rabia y Jimena vio que abría la puerta y se marchaba. Escuchó sus pasos resonar en las escaleras y quiso ir tras él, pero su cuerpo se lo impedía. No se fiaba de Gari, por mucho que este le dijera. Quizá proyectaba su mochila, con la que cargaba desde hacía años. Pero tampoco él le había dado respuestas que pudieran ayudarla a comprenderlo y justificarlo. Sencillamente, le había pedido que hiciera un acto de fe cuando no le daba nada a cambio.

Se apoyó contra la puerta y suspiró. Su cerebro solo podía pensar en Fátima, que, además de secuestrada, posiblemente estaba embarazada. No le quedaban casi días para encontrarla. Si su padre no era el asesino y tampoco lo era Ramón Aguilar, ¿qué le quedaba? No sabía ni siquiera dónde empezar a buscar. Necesitaba respuestas cuanto antes y Gari no parecía querer colaborar en que las consiguiera.

Resoplando, se encendió otro cigarro y se sentó de vuelta al escritorio. Todavía tenía por leer un par de artículos del reventón de 1951. Le costó conectar con la lectura, pues todavía le temblaban las piernas y las manos de la tensión a la que se había visto expuesta discutiendo con Gari. Su mente solo deseaba creerlo, poder confiar en él y sentir que no se había abierto ante alguien que la traicionaba y no se lo merecía.

De pronto, al final del artículo que no había podido terminar de leer por la interrupción de Gari, vio algo que la dejó pasmada. Se quedó tan sorprendida que tuvo que levantarse y alejarse del ordenador. Se colocó una mano sobre la frente sin creer lo que veían sus ojos. Desde la lejanía y todavía fumando, releyó aquellas líneas que le habían paralizado el corazón.

Lo había tenido delante todo ese tiempo, a pocas líneas del artículo donde se había quedado cuando llegó el criminólogo.

Había sido capaz de montar todo ese circo para nada, había atacado a su compañero, al hombre que se había hecho con su corazón tras años de otros intentándolo. Y todo para nada, pues la respuesta a todas sus dudas brillaba en la pantalla del ordenador.

El artículo que hablaba de las consecuencias del reventón de 1951 daba el nombre de la familia que había sido sepultada bajo el bar. Eran, además, los dueños. De las cuatro víctimas, los adultos eran un matrimonio con un hijo que se había quedado huérfano. Ese niño, cuyo nombre no aparecía, sí que debía tener el apellido de su padre: Tejada.

El puto apellido Tejada la saludaba desde su ordenador y provocaba que Jimena sintiera un infarto que la paralizaba por momentos.

Leónidas Tejada debía ser el hijo de aquel niño huérfano.

El hijo de puta que había secuestrado a su propia novia que estaba embarazada. El hijo de puta al que había abrazado y había creído cuando le decía que acababa de llegar de una conferencia y había dado por hecho que Fátima estaba con ella. ¿Cómo había sido tan necia?

Jimena chilló. Y lo hizo tan fuerte que sintió cómo retumbaba la tierra a sus pies.

Capítulo 63

Jimena entró en un bucle del que le costó salir durante más de una hora. Empezó a dar vueltas por el salón, fumando de manera compulsiva y sintiendo que la rabia le recorría las venas. En esa hora fue capaz de llorar, gritar y desear tirarse por la ventana del salón. Se sentía también eufórica por haber llegado hasta el apellido de Leónidas y ser consciente de lo que significaba. Las respuestas siempre habían estado ahí, al alcance de un par de artículos de internet. No había sido fácil llegar hasta el reventón de 1951 y Leónidas había sabido jugar con ellos a través de su ritual. Se había dado cuenta de lo cerca que lo tenían siempre, atento a cómo avanzaba la investigación y a cada paso que daban. Dormía junto a Fátima cada noche y podría haberse hecho con ella en cualquier momento. ¿Por qué esperar a que estuviera embarazada? ¿Por qué ella? Jimena no era capaz de colocar esa pieza del puzle, pero no le cabían dudas de que era él quien tenía a Fátima secuestrada en alguna parte.

Jugaban con ventaja, pues Leónidas desconocía que habían llegado hasta él. Probablemente estuviera en la universidad o en su casa esperando esas falsas noticias sobre Fátima. Él debía saber dónde estaba. Jimena no tenía pruebas contra él, pero tampoco le cabían dudas. Su apellido estaba ahí, brillaba todavía en la pantalla de su ordenador. No era posible que fuera otra persona, demasiadas conexiones entre él y el caso. Además, recordaba que viajaba mucho por trabajo. ¿Y si esos viajes eran una fachada? Fátima nunca habría comprobado si era cierto, pues, ¿quién iba a dudar de un catedrático con la estela curricular que tenía Tejada? Necesitaba hacer ciertas comprobaciones, pero antes debía ir a por Gari.

Durante esa hora, en la que no dejó de fumar ni de andar alrededor del salón, pensó en él una y otra vez. Lo había tachado de asesino, dando a entender que formaba parte de

aquella locura, sin pruebas. Sus actitudes habían sido sospechosas y necesitaba una explicación, pero no podía dejar las cosas estar. ¿Y si ocurría todo como en su pasado? Ese pensamiento, que le rondaba por la cabeza, hacía que le subiera la ansiedad y que se quedara paralizada. Tenía miedo de que su vida volviera a repetirse. Quería ir tras él y hablar, comprobar que estaba bien, pero la ansiedad hacía mella en ella y no era capaz de salir del piso por el miedo a que Gari no siguiera con vida.

Consiguió vestirse, mientras los pulmones le pedían una tregua de tanto tabaco, y decidió que la llamada a Curro López podía esperar una hora. Necesitaba comprobar que Gari estaba bien. Las lágrimas le volvieron a caer mientras salía por la puerta del piso, movida por el miedo y la incertidumbre. Hacía de tripas corazón para sacar fuerzas y dominar la ansiedad que se hacía con su cuerpo con cada paso que daba.

Conforme cruzaba la calle Molinos, sentía que desfallecería en cualquier momento. Sus miedos, conectados a un pasado al que no deseaba volver a transportarse, se hacían cada vez más grandes mientras salvaba la distancia que la separaba de Gari. ¿Y si no estaba en casa? ¿Y si él mismo encontraba el apellido de Leónidas e iba a buscarlo solo? No podía perder al criminólogo por sus arranques, por sus proyecciones. En terapia había aprendido a dejar el orgullo a un lado, además de a dominar sus miedos.

Caminaba a paso rápido mientras sentía la lluvia fina que caía. Hacía un año que en Granada prácticamente no llovía y se notaba que los granadinos apreciaban aquella pequeña tregua que les daba el tiempo. Por eso Jimena no había cogido un paraguas, quería que la lluvia la mojara poco a poco y le recordara que seguía viva. A pesar de eso, arrastraba el miedo atroz que la recorría al pensar en Gari y la posibilidad de que le ocurriera algo. No podía perderlo, no al menos sin tener la oportunidad de disculparse y escuchar sus argumentos. Porque debía tener motivos para parecer sospechoso, ¿no? Si no era así, entonces…, ¿qué significaba, que trabajaba con Leónidas? ¿Y si ni siquiera Leónidas era el asesino? Todas esas dudas que la asaltaban hacían que, cuanto más se acercaba al piso de

Gari, más llorara y más ansiedad se le acumulara en el estómago.

Frente a su portal, dejó los dedos a pocos centímetros del timbre. Tenía miedo de llamar y que no se encontrara dentro de la vivienda. Se planteaba que hubiera sido asesinado, o que verdaderamente estuviera implicado y hubiera huido. Cualquiera de las dos cosas la matarían por dentro. Había escuchado a Gari con claridad cuando este le había dicho hacía un rato que ella le gustaba de verdad. Porque a Jimena, por mucho que le costara reconocerlo, también le gustaba Gari y sentía por él algo más que una atracción física inevitable. Quería conocerlo más, saber cuál era su historia. Pero haber visto su piso vacío, encontrar los documentos que le faltaban y saber que él ya seguía la hipótesis de los puentes y no se lo había dicho, había sido demasiado. Había roto con la magia que existía entre ambos y había creado un abismo entre los dos que parecía insalvable.

Antes de que pudiera llamar al timbre, un vecino salió por el portal y le ofreció a Jimena pasar mientras aguantaba la puerta. Aceptó con un gesto y sin pronunciar palabra. El vecino debía ser consciente de en qué estado se encontraba, porque las lágrimas le bañaban el rostro y le mojaban el jersey canela que se había puesto antes de salir. Ni siquiera se había peinado, debía llevar el pelo hecho una maraña. Y el maquillaje con el que había llegado a su casa esa mañana estaría corrido alrededor de los ojos. Así que agachó la cabeza y pasó por la puerta ante la atenta mirada del vecino.

Dentro del edificio, corrió hacia el portal de Gari. Como era un bajo, no tuvo que recorrer demasiados metros para estar ante su puerta.

—¡Gari! ¡¡Gari!! —gritó mientras aporreaba la puerta con violencia.

Conforme pasaban los segundos, Jimena sintió que el corazón se le salía por la boca. Sus miedos volvieron amenazadores y con más fuerza que nunca. Siguió aporreando la puerta y sin dejar de llorar. No podía pensar con claridad, solo quería tenerlo ante ella, sano y salvo, con explicaciones que justificaran lo que esta había descubierto y explicándole

que nada había cambiado entre ellos.

—Madre mía, Jimena. —La puerta se abrió y Gari apareció ante ella, vestido de la misma manera en la que había estado en su casa y con un gesto de sorpresa pintado en el rostro.

—Estás bien, estás bien… —murmuró Jimena antes de abalanzarse sobre él.

Gari la acogió en sus brazos y la abrazó con fuerza. Jimena lloró aferrada a su pecho y disculpándose en bucle, como si no pudiera salir del estado en el que se encontraba. Inspiraba su olor y notaba su corazón latir, lo que la tranquilizaba y la alejaba de aquellos recuerdos oscuros. Había estado a punto de echar a Gari de su vida, sin darle espacio para que hablaran de manera madura.

Al alejarse de él, sintió que la miraba sin entender qué ocurría. Jimena dejó poco a poco de llorar, estudiando sus ojos de color miel y su rostro de sorpresa. Pronto, Gari cambió el gesto y mostró preocupación diciendo:

—Estoy bien, Jimena. Mírame, estoy bien. Respira, por favor.

La periodista siguió su consejo y tomó una bocanada de aire. Gari la cogió de la mano, tiró de ella e hizo que pasara al interior de aquella vivienda sin vida que no parecía estar habitada. Jimena estudió el salón, que seguía exactamente igual que aquella mañana. Los mapas ya no estaban en el suelo, sino sobre la mesa que había junto al sofá. El criminólogo le pidió que se sentara y le trajo un vaso de agua, que no tardó en estar vacío en la mesa con los mapas que habían desatado la locura en Jimena.

—Lo siento… Yo… Sabes que perdí a alguien muy importante para mí. Nunca le dejé espacio para explicarse. Eso no se cuenta en el libro, pero todo fue un lío de pronto y lo perdí. Pensé…, no sé ni lo que pensaba —confesó con hilo de voz. Su respiración se calmaba y el corazón volvía a latir con normalidad.

—Yo estoy bien, ¿vale? Estate tranquila. Mira…, comprendo tu reacción y podemos hablar tranquilamente de todo lo que has visto aquí y ha encendido tus alarmas. Lo entiendo, también hubiera encendido las mías, la verdad. ¿Por qué has

venido ahora? —le preguntó. Se había sentado a su lado y la cogía de la mano.

—He descubierto la verdad, Gari —anunció Jimena, que esperaba una respuesta por parte de Gari. No iba a decirle lo que sabía sin antes comprobar si verdaderamente podía estar implicado.

—¿Qué has descubierto? Por Dios, Jimena, que Fátima está desaparecida. Dime qué sabes y avanzamos, en serio —le rogó él con voz queda. Se notaba cansado por el día que llevaban.

—Es Leónidas —anunció Jimena.

A Gari le cambió el rostro y reaccionó levantándose de un brinco y llevándose las manos a la cabeza.

—¿Cómo? —preguntó con una mueca.

Parecía tan sorprendido como lo había estado ella misma.

—He descubierto que el hombre que murió en el reventón, junto a su pareja, se apellidaba Tejada. No puede ser una casualidad. Dime que tú también lo piensas —le rogó Jimena. Necesitaba encontrar un aliado.

—Joder, Jimena. Yo tampoco creo en las casualidades. Hay que llamar a Curro, ya. Pero ya —añadió y se sentó de nuevo a su lado.

—Antes necesito que me expliques si tú tienes algo que ocultar. Los mapas, este piso, el informe que me faltaba… —musitó Jimena desolada.

Ansiaba una respuesta. La Jimena Cruz que existía después de la terapia dejaba espacio para recibir argumentos y escuchar. Había ido allí, se había tragado su orgullo y estaba dispuesta a escuchar a Gari. Pero no podía llamar a Curro hasta que el criminólogo le respondiera por ese miedo subyacente que tenía a que estuviera implicado de alguna manera en los asesinatos.

—Está bien. Te lo contaré todo y después llamaremos a Curro. —Gari tomó una bocanada de aire antes de seguir hablando—: Antes de conocerte en persona aquella noche en la que apareció el cuerpo de Julián Alcázar, reconecté con Elena, mi exnovia. Llevábamos seis meses juntos cuando nos conocimos tú y yo. Mudé todas mis cosas a su casa y volví a vivir con ella. Pero mantuve este piso para dejarnos espacio,

solía venir aquí a trabajar o a echarme la siesta muchos días.

—¿Estabas con ella el día que nos enrollamos? —preguntó Jimena sorprendida y decepcionada.

Miraba a Gari a los ojos sin entender cómo podía estar con otra mujer y serle infiel con ella. Jimena nunca había sido un ejemplo que seguir tampoco, pero no le gustaba meterse en relaciones ajenas y no podía entender cómo el criminólogo podía llevar una doble vida con tanta facilidad. Aunque admitía que lo que le contaba tenía sentido y le daba una explicación a ese piso vacío y falto de vida.

—Eso intento explicarte… Me di cuenta de que nuestra relación estaba muerta y volvimos rápidamente a la rutina que provocó nuestra ruptura. Dejé a Elena la noche después de que nos enrolláramos en el concierto de *jazz*. Pero la locura de la investigación no me ha dejado tiempo para traer de vuelta mis cosas. Además…, tú y yo pasamos las noches juntos y eso tampoco me deja mucho espacio, honestamente. Estos días he ido a casa de Elena a ducharme y a cambiarme de ropa porque ella se ha ido tres meses fuera por trabajo. La noche…, la noche en la que desapareció Fátima discutí con ella por teléfono hasta las tres de la madrugada, por eso llegué tan tarde a tu casa. Le dije que estaba conociendo a alguien porque me llamó para pedirme que lo intentáramos de nuevo, que se volvería de Francia si le decía que sí y… No sé, Jimena. Tendría que habértelo contado desde el principio —explicó él nervioso apretándose las manos.

Jimena lo estudió en silencio. Que Gari fuera tan reservado con su vida privada había sido lo que los había llevado hasta ahí. Recordaba la tarde en la que le había hablado de Elena, sin mencionar que habían vuelto y seguían juntos hasta casi ese momento. La enfadaba que hubiera complicado tanto las cosas y le hacía darse cuenta de que Gari no podía estar preparado para conocerla más allá de la cama.

—¿Por qué sabías lo de los puentes y no me lo dijiste? ¿Y el informe y el mapa que te llevaste de mi casa? —preguntó ella para explorar esa honestidad que parecía mostrar por fin Gari.

—Joder, lo siento. —A Gari le cambió de nuevo el gesto, esta vez mostraba arrepentimiento—. He sido un gilipollas,

Jimena. En el fondo, quería descubrir quién era el asesino. Quería ser quien lo consiguiera. Siempre he tenido un problema con el orgullo y, como tú…, como tú me gustabas tanto…, quería sorprenderte. He investigado en paralelo todo este tiempo y quería darte los resultados cuando los tuviera. Vi el mapa y el informe y me los llevé. Pensaba devolvértelos, pero me di cuenta de que ahí podía estar una clave. A raíz de la desaparición de Fátima, empecé a obsesionarme con ese puto mapa porque nos lo había mandado ella. Y…, no sé, llegué hasta el embovedado y los puentes. No sabía que los cuerpos estaban ahí hasta que tú lo dijiste, no conecté todo eso… Me siento avergonzado y sé que he quedado como un imbécil.

La periodista afirmó con la cabeza. Entendía sus explicaciones y le cuadraban, por lo que no necesitaba indagar más. Pero un sentimiento de decepción la asolaba ante esa situación. En su mente, muy en el fondo, había idealizado a Gari y se había montado la película de que podían tener algo juntos. Había visto en el criminólogo, una madurez y un estilo de vida que cuadraba con el suyo. En esos momentos, se daba cuenta de que solo había sido su mente jugando a un juego solitario donde proyectaba en Gari lo que deseaba ver, no lo que había.

—Está bien. Creo que todo hubiera sido más fácil si hubieras sido honesto conmigo desde el principio —contestó ella mientras se encendía un cigarro y se acercaba al ventanal del salón. Al correr las cortinas, vio que daba a un patio interior en el que entraba mucha luz.

—Lo sé. He sido idiota. ¿Podríamos empezar de nuevo? Tú me gustas mucho, Jimena. De verdad. —Se levantó y se acercó a ella.

—Creo que ahora es el momento de centrarse en Fátima, Gari. De todos modos, necesitas tiempo para superar la relación con tu ex. Y yo para volver a confiar en ti y desear conocerte. Honestamente, ahora mismo quiero que nos relacionemos como amigos y compañeros de trabajo —contestó ella con sinceridad.

Y era cierto, pues Jimena había aprendido a valorarse a sí

misma y a saber que se merecía estar con una persona que fuera honesta con ella. Le costaba abrirse a otra persona y lo había hecho con Gari, quizá había pecado de ingenua sin conocerlo. No podía negar que, en parte, él la había decepcionado. Se había comportado como un niño, intentando impresionarla y rizando aún más el rizo de la investigación. Además, no había sido sincero con ella cuando seguía con Elena y ellos tensionaban la relación que tenían por esa atracción inevitable.

Quería elegirse a sí misma y darse lo que se merecía. Por eso no estaba dispuesta a enrollarse con él de nuevo. Al menos, por el momento.

—Está bien. Tómate el tiempo que necesites, no quiero perderte —añadió él—. Ahora, llamemos a Curro López.

Jimena afirmó con la cabeza y fue hacia su bolso. Sacó el teléfono móvil y buscó en la agenda el contacto del investigador a cargo del caso. Pulsó para llamar y aguardó. No respondió, así que repitió de nuevo la llamada. Esta vez sí que descolgó diciendo:

—*Otra vez tú. Dime que tienes algo para darme* —casi sonaba como un ruego.

—Curro, tienes que dar una orden de busca y captura contra Leónidas Tejada. Es el asesino. Es él.

Capítulo 64

—Un momento, por favor —le pidió la administrativa, que llevaba unas gafas con borde metálico plateadas y el pelo rubio recogido en una coleta baja.

Jimena aguardó taconeando en el suelo y sudando por el agobio. En el edificio donde se encontraba el registro de la propiedad de Granada habían decidido poner la calefacción a toda pastilla, y entre eso y el nerviosismo que desbordaba a Jimena, sentía que se desmayaría en cualquier momento. No había sido fácil convencer a la administrativa de que la ayudara. Curro López no había vuelto a llamarla y Gari le había garantizado que no había ninguna propiedad a nombre de Leónidas Tejada más allá de su casa en el Albaicín. Sin embargo, necesitaba comprobarlo por sí misma para ser capaz de quedarse tranquila.

Por eso se había presentado allí a primera hora de la mañana. Tenían al asesino del caso con motivos y, para entonces, también pruebas. Leónidas había desaparecido de la ciudad, nadie lo había visto en días. La policía había comprobado que la noche de la desaparición de Fátima no había estado en Sevilla, ni siquiera al día siguiente. De hecho, la mitad de las conferencias que recordaba Jimena ni siquiera eran ciertas. El rectorado de la universidad lo había echado en falta días señalados en los que no había acudido a trabajar, y esos días cuadraban con fechas cercanas o posteriores a la aparición de las víctimas del caso. Ya nadie dudaba de que fuera el responsable de los asesinatos. Lo que la periodista se preguntaba era cómo había podido engañar a Fátima, la mujer con la que dormía por las noches.

—¿Y bien? —le preguntó a la administrativa en cuanto estuvo de vuelta.

—No tenemos ninguna vivienda registrada bajo ese nombre, más allá de la que ya conocen. Por favor, no puede contar que

le he dado esta información. Es ilegal lo que acabamos de hacer y me jugaría el puesto de trabajo —le rogó la mujer, que volvía a sentarse en su asiento frente a ella.

—No se preocupe, esto queda entre nosotras. Muchísimas gracias por su ayuda —concluyó Jimena la conversación antes de levantarse y marcharse.

Conforme salía del edificio pensó en la ayuda que acababa de recibir de la administrativa de turno que le había tocado en el registro. Tras camelársela, le había contado quién era y lo que hacía, había recibido un gesto de sorpresa por su parte, pues había leído su libro y era una férrea seguidora suya. De ahí, probablemente, que hubiera accedido a buscarle esa información de manera ilegítima. Jimena estaba agradecida por el gesto, pues al menos había descartado también esa posibilidad. Que no hubiera ninguna vivienda a nombre de Leónidas complicaba mucho las cosas. Podía estar en cualquier parte. Pero sabía que no podía ser tan fácil, que en mitad de la ciudad retener a una víctima secuestrada era peligroso para él. Si las víctimas estaban bajo secuestro durante días vivas, podrían gritar y cualquier vecino las escucharía.

Así que tanto ella como Gari habían llegado a la conclusión de que Leónidas debía actuar en alguna propiedad que tuviera fuera de Granada. El campo era lo que más cuadraba con ese tipo de *modus operandi*. Pero no encontrar nada a su nombre enlentecía la búsqueda y hacía que tuvieran que encontrar otra manera de dar con él. Debía, entonces, haber arrendado algo. Si el contrato no era legal y se hacía bajo la mesa, que era lo más común en Andalucía, tampoco quedaría un registro oficial. Jimena sabía que la policía también había resuelto esa duda y la respuesta era negativa. Comprobando lo del registro, no quería hacer lo mismo con el alquiler. Le quedaba claro que la policía iba por delante, como debía ser, y que no dejaban cabo sin atar en esos momentos.

Mientras cruzaba Gran Vía, reconoció al otro lado de la acera una cabellera rubia bien peinada. También esos ojos azules que conocía tan bien. Carmina iba acompañada de su sobrino que se reía y removía nervioso junto a su madre. Su hermana mayor no tardó en verla y en llamarla por su nombre

mediante gritos. Jimena la saludó con una sonrisa y decidió pararse un momento para verlos. Cruzó la avenida por mitad de la carretera al comprobar que no había coches circulando y vio que Hugo se abalanzaba hacia ella en cuanto estaba en la acera a escasos metros.

—¡Tita Jimena! ¡¡Cuánto tiempo sin verte!! —exclamó el niño mientras se abrazaba a sus piernas.

—Es que tengo mucho trabajo últimamente, Hugo. ¿Qué te parece si vamos a hacer una excursión en cuanto termine lo que estoy haciendo? Yo creo que la semana que viene podré —le contestó la periodista agachándose para quedarse a su altura.

—Vale. Mamá dice que eres una superheroína que salva el mundo —contestó él con una sonrisa que dejaba ver los dientes de leche que brillaban bajo el sol matutino.

—Es que tu madre y yo, las dos, tenemos poderes y la misión de salvar el mundo, sí —añadió Jimena con una sonrisa antes de depositar un beso en la sien de Hugo y volver a levantarse—. Carmina, ¿cómo estáis?

—Mejor que tú, eso seguro —contestó ella con un abrazo.

—La investigación ha tomado un giro complicado y estamos ya cerca del final, o eso creo —respondió Jimena cogiendo a Hugo de la mano—. ¿Dónde vais?

—A clase, que hoy entro a segunda hora y hemos decidido ir un poco más tarde.

—Venga, vamos juntos que yo voy para Plaza Nueva —propuso Jimena a la par que echaba a andar con su sobrino cogido de la mano.

Una de las cosas que más extrañaba desde que comenzara la investigación era pasar tiempo con Carmina y Hugo. Eran su única familia, lo que le quedaba en el mundo. Era cierto que al principio había disfrutado del espacio y la independencia que había ganado, pero también que, en su mente, se imaginaba retomando los fines de semana en familia y dedicándole tiempo a Hugo mientras crecía. No quería perderse nada de él. Jimena no deseaba ser madre, ni siquiera se lo planteaba, y siempre había estado en contra de esa idea; pero sentía que el rol de tía le venía como un guante y le recordaba los motivos

por los que le gustaba estar viva. Ver a su sobrino crecer y ayudar a su hermana a educarlo había sido de los mejores regalos que había recibido nunca. Por eso no le gustaba decepcionar a Carmina, y mucho menos no ser un ejemplo que seguir para su sobrino. En el fondo, había sido uno de los motores para dejar la bebida y no recaer en ella durante la investigación.

—Te veo mucho mejor, aunque tienes cara de haber dormido poco —terció su hermana, antes de coger a Hugo de la otra mano y dejarlo entre ambas.

—Estoy mejor, créeme. Aunque… el otro día vi a nuestros padres —susurró Jimena para evitar que el niño la escuchara.

A Carmina le cambió la cara, se puso pálida y dijo sorprendida:

—¿Qué? ¿Y qué pasó?

—Nada. Marta montó un espectáculo y le pidió a papá que se alejara de mí. No interactuamos. Pero eso… me destrozó, Carmina. Me trajo recuerdos a los que no quiero volver —confesó Jimena, que sentía cómo la pena por su propia historia la desbordaba de nuevo.

—Me ha llamado un par de veces, ya lo sabes. Quiere saber cómo está Hugo y conocerlo. Pero no va a pasar, Jimena. Nunca podré olvidar lo que te hicieron. Lo que nos hicieron a ambas. Es terrible y… no quiero que mi hijo tenga ese modelo para seguir —contestó Carmina alzando la barbilla y apretando con fuerza la mano de Hugo.

A Jimena jamás se le olvidaría cómo Carmina había estado de su lado en todo el conflicto familiar. Ya antes de lo ocurrido estaban unidas, pero aquello las había unido incluso más. Su hermana, a pesar de ser quien sí que tenía una buena relación con sus padres, además de compartir la base ideológica con ellos, había tachado de deleznable lo que habían hecho con Jimena y el papel que habían desempeñado en el pasado. Jimena se lo agradecería de por vida. Era lo esperable en cualquier ser humano noble, pero viniendo de Carmina y suponiendo lo que supuso para ella, fue un acto que demostró su humanidad y su nobleza. Estaba orgullosa de su hermana mayor y el papel que había jugado con su familia. Jamás

intentó mediar y los sacó de manera inmediata de su vida a pesar de estar embarazada, sola y con una única hermana que había quedado destrozada y necesitaba horas y horas de terapia para recomponerse.

—Cambiemos de tema. Cuéntame cómo estás tú y cómo está Miguel —le pidió Jimena mientras subían hacia la calle Elvira, la paralela a Gran Vía que desembocaba en Plaza Nueva, al lado de la casa de Gari, que era hacia dónde se dirigía la periodista.

Hacía un esfuerzo por integrar a Miguel Alcázar en su mente junto a su hermana. Había entendido que no era ella quien elegía a Miguel, sino Carmina, y que debía respetar esa decisión. No era su elección favorita, pero, al fin y al cabo, lo que quería era que su hermana fuera feliz y construyera esa familia que tanto añoraba.

—Estamos genial, Jimena. Los fines de semana los pasamos juntos. Los días que él tiene a la niña, la juntamos con Hugo y los dos disfrutan muchísimo. Se llevan genial. Él es… todo un caballero. No sé, siento que nos complementamos genial. Además, ¡le doy clase a su hija en el colegio! Ya sabes que tengo pocas horas porque ahora soy la directora religiosa del centro, pero elegí a los más pequeños para estar también con Hugo. Es una pasada lo que vivo. No esperaba encontrar un hombre… como Miguel —dijo ella animada y pasándose una mano por el pelo rubio que brillaba bajo el sol.

—Suena todo estupendo, Carmina. Me alegro mucho por ti —contestó Jimena con una sonrisa.

Al llegar al final de la calle Elvira, frente a un restaurante turco que ya desprendía un olor que despertaba el hambre en Jimena, se despidieron con un abrazo. La periodista sostuvo a su hermana en brazos durante unos largos segundos, sin querer soltarla. Carmina le pidió que le prometiera que se iba a cuidar y ella lo hizo sin dudarlo. Quería terminar la investigación para volver a casa. Y esa casa eran Carmina y Hugo. Después se despidió de Hugo con una ancha sonrisa en el rostro y vio cómo se alejaban, plaza arriba, en dirección al colegio Virgen del Carmen. Nunca entendería cómo su hermana se había quedado allí, a pesar de creer férreamente en el cambio. Aun

así, tampoco entendería jamás cómo la había defendido a ella, que ni siquiera era su hermana de sangre. Sin embargo, así era Carmina. Creía en el buen hacer y el perdón, además de tener una fe fuerte que la hacía avanzar en la vida creyendo en un mundo mejor.

Al ver que ambos desaparecían de camino a la Carrera del Darro, Jimena se encendió un cigarro y volvió a valorar la situación en la que estaba. Abrió su teléfono y se encontró un wasap de Gari que decía:

Ven para mi casa directa en cuanto acabes. Tengo noticias.

Se fumó el cigarro ahí clavada y observó el movimiento que tenía Plaza Nueva a esa hora temprana. Los restaurantes ya abrían, calentaban sus fogones y comenzaban a prepararse para el día. Observó Las Rocas, que, además, era el original. Estaba en la acera que quedaba frente a la plaza. Ya los camareros preparaban las mesas exteriores, que eran pocas, y las interiores. Ese restaurante había sido el comienzo de todo, incluso de su desconfianza hacia el nuevo novio de Carmina.

Mirarlo la volvió a transportar a la investigación. Quedaban dos días para que apareciera Fátima sin vida en algún lugar del río Darro. Si Leónidas cumplía con su periodicidad, que era lo esperado, no tenían mucho tiempo. Estaba frustrada porque sabía que estaban cerca, pero a la vez demasiado lejos de encontrarlo. La policía había establecido un plan para cercar los puntos donde pudiera aparecer la historiadora. Eso a Jimena no le servía de nada. Sí, podían cazar a Leónidas dejando el cuerpo, pero Fátima ya estaría muerta. Tenían que encontrarla en menos de cuarenta y ocho horas sana y salva. Estaba desesperada, tras la negativa del registro se le agotaban las ideas para dar con él. Sabía que la policía trabajaba en paralelo, habían hecho un despliegue de todas las herramientas con las que contaban. Si ellos no daban con Tejada, entonces estaban perdidos y la posibilidad de dar con Fátima se esfumaba.

Apagó el cigarrillo con la punta de sus botines de tacón y se encaminó hacia la casa de Gari. Los sentimientos que sentía hacia el criminólogo parecían haberse esfumado en aquellos días de locura donde la investigación no avanzaba. Desde que

había descubierto que le había mentido y le había sido infiel a su exnovia con ella, algo parecía haberse roto entre ambos. Jimena necesitaba tiempo para decidir si aquel hombre merecía la pena y hasta que no terminaran la investigación no pensaría en ello. Lo que sí que tenía claro era que ella se merecía a un hombre que fuera honesto y la quisiera bien. Una lucha de ego y orgullo no formaba parte de su visión del amor sano, y por eso también había hecho mella en ella que Gari investigara a sus espaldas solo para sorprenderla.

Llamó al timbre de la vivienda del criminólogo y aguardó. Empujó la puerta cuando este respondió por el telefonillo y se adentró en el pasillo donde se encontraban los bajos del edificio. Al estar ante su puerta, llamó con los nudillos y esperó.

—¡Menos mal que estás aquí! He estado a punto de llamarte para ver cuánto te quedaba —le dijo Gari nada más abrir la puerta y recibirla con unas marcadas ojeras.

Ella tenía las mismas ojeras. Habían pasado la noche estudiando la manera de dar con Leónidas.

—¿Qué pasa? Vengo del registro, confirmamos que no hay nada —añadió la periodista antes de pasar hacia el interior del piso. Se quedó de pie, junto a la mesa de madera y observó ese suelo de gres que poco favor le hacía a la vivienda.

—Me acaba de llegar esto, es muy importante —le explicó a la vez que le tendía dos fotografías impresas a tamaño folio.

Jimena abrió los ojos sorprendida y exclamó:

—¡¿Dónde?! ¡¡Vamos ahora mismo!!

Las fotografías estaban tomadas de lejos por una cámara de seguridad de una gasolinera. En la primera se veía a un hombre de espaldas con camisa y unos pantalones vaqueros sueltos. No se podía saber quién era, siquiera intuirlo si no lo conocías demasiado. Sin embargo, la segunda fotografía mostraba al mismo hombre más cerca de la cámara y de frente. Jimena sabía que, si estuviera tomada a color, podría ver unos ojos azules oscuros. Era Leónidas Tejada y no cabía duda de ello.

—En una gasolinera muy cerca de Baza, a escasos kilómetros. La policía está de camino y la de la zona está

avisada. Me ha llamado un compañero hace un rato y me las ha mandado. Me requieren como criminólogo cuanto antes. Están convencidos de que debe estar por allí —explicó Gari con una sonrisa y cierta esperanza en la mirada.

—¿Y qué piensas tú? —quiso saber Jimena dirigiéndose a la puerta.

—Mira los zapatos que lleva. Son de montaña. Creo que no nos equivocábamos al teorizar que tiene a Fátima en mitad del campo, Jimena. Tampoco debe andar muy lejos de Baza. Esa imagen se tomó hace dos días. Seguramente iba y venía a la ciudad para no levantar sospechas. Utiliza el vehículo a su nombre, así que rastreando las cámaras de tráfico se le pierde después de la gasolinera, incluso más cerca de Baza.

La periodista tomó una bocanada de aire y afirmó con la cabeza antes de decir:

—Vamos a coger a ese hijo de puta y a traer a Fátima de vuelta a casa.

Capítulo 65

El paraje natural que rodeaba la autopista cambiaba rápidamente cuanto más se acercaban a Baza, el municipio al que se dirigían. Gari había introducido en el GPS del coche las coordenadas de la gasolinera donde había sido visto por última vez Leónidas Tejada. Conducía a una velocidad por encima del límite y en silencio, mientras Jimena revisaba su teléfono móvil y fumaba como una descosida en el asiento del copiloto. Llevaban una hora en el coche y les quedaba poco para llegar a la gasolinera. Jimena repasaba la prensa granadina para comprobar si había habido alguna filtración. No, por el momento, lo que la hacía entender que la policía se tomaba con máximo secretismo la situación. Era lógico por el alto riesgo de fuga que se corría si Leónidas se enteraba de que iban a por él. De hecho, según le había dado a entender Gari, Curro le había pedido discreción al rectorado de la Universidad de Granada. No habían entrevistado ni siquiera a los compañeros de trabajo de Leónidas por miedo a que esa información llegara hasta él.

La periodista apartó la mirada del móvil y observó el paisaje que los rodeaba. Baza estaba enmarcada dentro del parque natural Sierra de Baza, que comenzaban a divisar en el horizonte. Habían pasado por el parque neolítico de Gorafe, que mostraba unas montañas desnudas y repletas de yacimientos arqueológicos. En esos momentos, el paisaje había sido remplazado por bosques de galería que estaban repletos de extensiones de pinar de reforestación. Había sotos y riberas que denotaban la abundante presencia de agua en la zona. Entre los árboles que los rodeaban, al otro lado de la autopista, Jimena identificó álamos y sauces. Estos últimos le hicieron pensar en las aspirinas que se habían utilizado con Estrella Ramírez y en el trabajo que les había supuesto llegar hasta esa conclusión.

No podía creer que, tras meses de trabajo, por fin estuvieran tras el asesino. Aunque eso hubiera supuesto el secuestro de Fátima, que los había empujado a trabajar con más celeridad y dedicación que nunca. Miró a Gari de reojo y no pudo evitar sonreír. Si le hubieran dicho, hacía un año, que tendría una amiga como Fátima y un posible amante como Gari…, no se lo hubiera creído. Mirando hacia atrás en el tiempo, se daba cuenta de que había construido un vínculo muy fuerte con sus compañeros y que eso le había dado fuerza para llegar hasta donde estaban. Ya no le importaba si la investigación la resolvía ella misma, solo deseaba que dieran con Leónidas y Fátima cuanto antes. Le costaba reconocerlo, pero Curro había reaccionado bien a la información que ella misma le había dado sobre Leónidas. También le sorprendía, pues durante las semanas que sí que trabajó directamente con la policía, no la tomaban tan en serio.

—Es ahí. —Gari señaló con el dedo una gasolinera un tanto destartalada que había al margen de la carretera.

Jimena vio que pertenecía a una reconocida cadena de carburantes. Y también que al cartel luminoso le hacía falta una limpieza. Mientras el coche se desviaba y se acercaban, observó que había tres puestos de suministro y una tienda pequeña. Agradeció que las gasolineras tuvieran videovigilancia porque, quizá, de no ser por eso no habrían llegado a tiempo a Baza. Ni siquiera tenían la certeza de que el catedrático estuviera allí con Fátima; pero sí que contaban con esa pista que seguir. No podía andar demasiado lejos si iba y venía, o al menos lo había hecho hasta la fecha, y tampoco si pensaba traer a Fátima muerta hasta Granada para seguir con su plan.

—Vamos a dar una vuelta —le propuso la periodista.

—Dale, voy a llamar a Lorena a ver si ya tienen algo en Baza —le contestó él indicándole con la mirada que saliera.

La periodista se bajó del coche y notó cómo se le activaban las piernas en cuanto sus botines de tacón tocaron el suelo. Inspiró con fuerza y sintió el olor a sierra que la rodeaba. La temperatura también era más baja que la que tenían en Granada al salir, así que se aferró al chaquetón negro de pluma

falsa y se subió la cremallera hasta el cuello. Después echó a andar mientras observaba cada detalle de la gasolinera. Tenía los baños por fuera del edificio central y las calles de suministros estaban vacías a esas horas de la mañana. No parecía una gasolinera que contara con demasiadas visitas diarias. Se preguntó si sería rentable y su instinto de periodista la instó a entrar en el interior.

Así que siguió ese instinto y cruzó las puertas automáticas que daban paso a la tienda. Allí la saludó un trabajador solitario que devoraba un bocadillo. Se imaginó que sería su merienda de media mañana. Jimena se paseó por los pasillos de la pequeña tienda y alcanzó un paquete de galletas. Después se dirigió a la caja y lo dejó ante los atentos ojos del trabajador.

—Con tarjeta, por favor —le dijo al ver que pasaba el artículo por el lector de código de barras—. Una pregunta…, ¿recuerda usted a este hombre?

Tanteó su bolso y sacó las dos fotografías de la cámara de seguridad que le había dado Gari esa misma mañana. El hombre, que era joven y parecía que se enfrentaba a su primer trabajo, alcanzó los dos portafolios transparentes y echó una ojeada rápida a las fotografías, que estaban impresas en papel y con no mucha calidad.

—Mi jefe hablaba de este hoy, por lo visto ha estado por aquí la policía —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Estabas tú aquí cuando vino? —insistió Jimena.

—No, ni idea de quién estaba. ¿Tú quién eres? ¿Policía también? —preguntó el chico mostrando interés, al fin, por la conversación.

Jimena se dio cuenta de que allí no había nada que hacer, así que recogió los portafolios y los guardó de nuevo en su bolso junto al paquete de galletas. Antes de girarse y marcharse dijo:

—Algo así, sí.

Salió de la tienda destartalada y se metió en el coche, donde Gari la miraba expectante. Sintió esa atracción inevitable que existía entre ellos, como si un imán tirara de ella hacia el criminólogo. Pero contuvo sus instintos más primarios y

preguntó:

—¿Qué? ¿Alguna novedad?

—Ha quedado en llamarme. Parece que tienen algo, pero están decidiendo si nos mandan allí o no. A mí y a mis compañeros forenses —aclaró, por si no quedaba claro.

La periodista sabía qué papel híbrido jugaba aquellos días. Por un lado, no era policía, ni ya tampoco parte del caso. Por otro, Curro aún confiaba en ella y esperaba que llegara a más que sus propios compañeros. Quizá porque Jimena no dependía de un horario ni un sueldo. Su motivación, llegados a esos momentos, era puramente personal. Necesitaba encontrar a Fátima. Y, tras hacerlo, escribir ese libro que había firmado.

—¿Por qué la habrá cogido a ella, Gari? Por más vueltas que le doy, no llego a una respuesta. Intento entender a Leónidas para entrar en su mente y visualizar dónde pueden estar —razonó Jimena, que ya se encendía un cigarro y bajaba la ventanilla del copiloto.

—No lo sé, Jimena. Nos falta un detonante que hiciera que Leónidas llevara a cabo ese plan que tenía tan bien establecido. Tenemos que pensar que hay algo que lo activó. ¿Por qué ahora? ¿Por qué no llevar su plan a cabo antes o después? Tengo que sentarme con Lorena y estudiar su historial familiar, su pasado y sus próximos movimientos. Porque sabemos que conoció a Fátima hace cuatro años, así que no puede ser el detonante. Hay algo que lo ha empujado a asesinar este mes de enero —explicó Gari mirándola con cierto deseo.

Jimena también correspondía a esa mirada, pues cada vez que el criminólogo hacía un despliegue de sus conocimientos, ella sentía que se le calentaba la sangre.

—Eligió dejar el primer cuerpo justo en el cuarto aniversario del primer asesinato de la Asesina de la Cruz. Y dejó el cuerpo al lado de una iglesia y una cruz, no era casualidad —apuntó Jimena.

—¡¡Perdona!! ¡Aquí no se puede fumar! —la voz alarmada del chico que trabajaba en la tienda de la gasolinera los pilló de improvisto y ambos reaccionaron con un salto dentro del coche.

—Joder, madre mía. Ahora nos movemos —contestó Jimena

con la cabeza fuera de la ventanilla.

—Eso es cierto. Jugó al despiste, Jimena. Sabemos que tenía que dejar el cuerpo junto al puente de las Chirimías. Pero no justamente como lo hizo, con la cabeza hacia la iglesia y los pies hacia la cruz. Lo hizo a propósito —comentó Gari mientras arrancaba el coche y lo alejaba de los dispensadores de la gasolinera.

—Funcionó su puto plan, la policía cayó como una mosca. Era tan evidente que ocurriría que…

Las palabras de Jimena se vieron interrumpidas por el teléfono de Gari que empezó a sonar de manera estridente sobre el salpicadero del coche. Este le mostró la pantalla, donde brillaba el nombre de Lorena. Respondió con un saludo educado y afirmó con la cabeza mientras miraba a Jimena y ella notaba que se le encendían los ojos.

—… Estupendo, ahí nos vemos. Estoy de camino.

Cuando colgó la llamada, Jimena exclamó:

—¡¿Y bien?!

—Tienen una casa. Es propiedad de un primo de Leónidas Tejada y está en el pueblo, en un barrio un tanto apartado. No es rural, pero según tienen entendido, ha estado deshabitada durante años —enunció él con una sonrisa.

—¡¡Pues arranca, que vamos a por Fátima!! —exclamó Jimena emocionada.

El camino hacia Baza se les hizo eterno. Habían dejado de conversar, para volver a un silencio monótono que se instauraba entre ambos como un muro. Jimena no podía dejar de pensar en Fátima y se emocionaba solo de pensar que pudieran encontrarla ese mismo día. Gari, por su parte, parecía pensar en lo mismo y visualizar la manera en la que se adentrarían en la vivienda. La periodista sabía que no sería una maniobra fácil. Si Fátima estaba dentro de esa casa, entonces era probable que Leónidas estuviera con ella y aguardara a la policía atrincherado en la vivienda. O quizá lo pillaban por sorpresa y era coser y cantar.

Jimena solo se había encontrado en una situación de riesgo físico previamente, justo el día en el que había terminado la investigación anterior. No sabía cómo sería el encuentro con

Leónidas, pero algo le decía que no demasiado agradable. Cada vez que recordaba los dos encuentros que había tenido con él, se le removían las tripas. Y pensar que había tenido tan cerca al asesino y que Fátima había compartido cama con él cada noche… Le daban ganas de vomitar.

Se adentraron en Baza y a Jimena la sorprendieron sus avenidas y la vida activa de sus calles. No sabía por qué nunca había estado allí, pero le resultaba una ciudad acogedora a simple vista, que invitaba a quedarse. Era el municipio más extenso de la provincia de Granada y contaba con yacimientos arqueológicos y monumentos de gran valor histórico y cultural, como la ciudad iberorromana de Basti o sus dos necrópolis. A Jimena le agradaron sus bulevares con frondosos árboles y paseos repletos de familias a mediodía.

Gari apretó el acelerador y Jimena vio en el GPS que estaban a unos minutos de la vivienda que había encontrado la policía. Pronto, se adentraron en la calle y vio varios coches de policía alrededor de una casa que se encontraba a lo lejos.

—¿Esto te parece sutil? Si no está aquí, se va a enterar de que estamos tras él —murmuró Jimena encendiéndose un Marlboro.

—Hasta donde sé, ni tú ni yo somos policías —contestó Gari en ese tono soberbio que tanto enfadaba a Jimena.

Esta puso los ojos en blanco y se bajó del coche rápidamente en cuanto aparcaron a unos metros del último coche de policía nacional que había. Echaron a andar rápidamente y Gari se adelantó. Jimena observó a su alrededor, expectante. No parecía que hubiera ninguna actividad especial en la calle, de hecho, la policía caminaba a sus anchas y sin mostrar signos de que hubiera algún tipo de peligro. Sintió que la adrenalina comenzaba a bajar por su sangre a la misma velocidad que lo hacía la llama de esperanza que había sentido en la gasolinera tras la llamada de Lorena González.

Gari volvió rápidamente hacia ella diciendo:

—Nada. Aquí no hay nada.

Capítulo 66

Fátima empezó a pestañear lentamente y sintió que la luz se abría paso por sus ojos. Un ruido metálico era lo que la sacaba de sus sueños. La cabeza le pasaba tanto como recordaba y no sabía cuántos días había estado dormida. Recordaba haber abierto los ojos un par de veces y sentir el olor de Leónidas embriagándola antes de que le inyectara algo que hacía que volviera a dormirse. Terminó de abrir los ojos y se encontró con él. Ese hombre al que le había regalado no solo su amor, sino también la vida que le quedaba y los sueños que deseaba cumplir a su lado. Recorrió lentamente con la mirada el rostro de Leónidas. Sus ojos azules, del color del mar embravecido, la estudiaban con cierta sorna. Se había afeitado hacía pocas horas, lo sabía porque comenzaba a crecerle una barba incipiente. Fátima cerró los ojos de nuevo, deseaba dormir.

Se vio interrumpida por ese ruido metálico que provocó que volviera a mirar a Leónidas sin saber qué decir. Él movía dos bultos redondos de metal y los chocaba entre sí. En cuanto consiguió enfocar la mirada, se encontró con que eran dos pelotas de petanca. No las reconoció, por lo que se imaginó que debía haberlas tomado del lugar en el que se encontraban. Por primera vez en toda su vida sintió miedo al lado del hombre al que tanto amaba. Las lágrimas le comenzaron a caer, lo que la sorprendió por su nivel de deshidratación. Apretó los labios y sintió que le tiraban por lo secos que estaban. Él sonrió de nuevo, de esa manera macabra que hacía que Fátima deseara desaparecer.

—Te desmayaste el otro día. Pensé que sería mejor que tuviéramos esta conversación cuando estuvieras en condiciones, Fátima —pronunció su nombre con un tono que hizo que la historiadora se retorciera. Eso provocó que notara la cadena del cuello tirando de ella hacia atrás—. Mejor que no te muevas o te harás más daño.

—¿Cómo has podido hacerme esto? Leónidas…, yo te he amado con toda mi alma… Yo te amo —susurró ella con las lágrimas recorriéndole las mejillas.

Leónidas soltó una risotada y se levantó de la silla de mimbre donde estaba. Se acercó a ella y le alcanzó la cara con los dedos. Eso hizo que cerrara los ojos con fuerza. Su cerebro disociaba lo que vivía. No podía procesar que el hombre al que amaba fuera el mismo que le provocaba tantísimo terror. Ni siquiera era capaz de reconocerlo. Rebuscaba en sus recuerdos y no encontraba nada que pudiera indicarle que tenía a un psicópata por pareja. Le era imposible creer lo que le ocurría.

—Solo he sido lo que deseabas ver, Fátima. Tú eres mi instrumento para cumplir con la misión que me ha sido asignada en la vida —respondió, todavía agarrándola de la cara y a muy pocos centímetros de ella—. Mírate, das asco. Ni te reconozco. Aunque tienes aquello que mereces.

La soltó por fin y cuando Fátima supo que se había alejado de ella, abrió los ojos y lo observó en silencio. El tono de desprecio que utilizaba contra ella la paralizaba, la hacía desconectar, de nuevo, de lo que vivía. No era posible que Leónidas fuera el asesino, ni que le hablara de esa manera. Sencillamente, no era posible.

—¿Por qué? —fue lo único que consiguió articular.

Él se rio de nuevo mientras se recostaba sobre la silla de mimbre. Esta vez la giró y se acomodó contra el respaldo frente a ella. Situó los pies a solo unos centímetros de los de Fátima y ella se preguntó si sería posible tirarlo al suelo desde donde estaba. Desechó la idea al momento, lo único que no tenía encadenado eran los pies. En el hipotético caso de que pudiera tumbarlo y con las piernas dejarlo inconsciente, ¿qué haría después? Ella seguiría encadenada a la pared por el cuello y al suelo por las muñecas. Ni siquiera tenía fuerza en las piernas, ni técnica, como para tumbarlo.

—No me conoces y por eso no lo entiendes. Todo se remonta a mi infancia, Fátima. Tuve la mala suerte de nacer en el seno de una familia que no estaba en sus cabales. Mi padre, que en parte siempre será el motivo por el que he elegido mi camino, fue víctima de las malas decisiones del Ayuntamiento

de Granada —empezó a relatar con una mirada fría que Fátima era incapaz de procesar—. Me arrebataron mi infancia y mi vida, por culpa de esos cambios que defendían una mejora para Granada, yo perdí lo que todo niño tenía. Mi padre era un maltratador, pero no solo con mi madre, sino también conmigo.

El silencio que marcó Leónidas hizo que Fátima bajara la vista al suelo. Sentía que se mareaba por momentos y que a su cerebro le costaba seguir aquella conversación. Necesitaba entender los motivos que habían llevado a Leónidas a cometer semejantes atrocidades. Sin embargo, no conseguía unir la imagen que tenía ante ella a la de ese hombre del que se había enamorado.

—Los traumas del pasado no te hacen un psicópata… No puedo creer lo que está pasando… Yo te amo, Leónidas. Amo a un monstruo. Ahora te odio y me repugnas, pero…, pero en el fondo sangro porque te quiero —consiguió articular Fátima. Sus palabras se entrecortaban cuando intentaba respirar. Sentía que una angustia inmensa le cerraba la tráquea.

—Me amas porque quise que me amaras y fue fácil conseguirlo —le respondió él con una sonrisa que le revolvió el estómago a Fátima—. Mi familia tenía un bar, pequeño y modesto, pero era lo suficiente como para vivir bien. En 1951 ocurrió el reventón de Granada, ¿lo conoces? —Fátima negó con la cabeza. Imaginó que debía tener algo que ver con el río Darro y que, si no la hubiera secuestrado, habría llegado hasta ese evento—. Eres más ignorante de lo que muestras, se te da bien parecer una mujer inteligente. —Esas palabras la mataron —. En resumen, el embovedado del Darro, que ya conoces, estaba tocado por la zona de Puerta Real. Un día que llovió demasiado, reventó en esa zona y eso provocó que el bar de mi familia se desplomara. Mis abuelos murieron en el acto.

Fátima empezaba a hilar lo que le contaba Leónidas con la información que manejaba del caso. Eso explicaba su absoluta obsesión con el río Darro, su embovedado y sus puentes. No entendía cómo podía haberlo llevado a asesinar, pero sí cómo se conectaba con los asesinatos. Por eso preguntó:

—¿Por qué te afecta tanto si tú ni siquiera habías nacido?

—Fati, Fati, Fati… —Leónidas jamás la había llamado así y le sonó terrible esa abreviatura de su nombre en sus labios—. Déjame terminar. Mi padre era un niño por aquel entonces y sobrevivió al reventón porque, cuando ocurrió, jugaba en la calle. A raíz de perder a sus padres, tuvo que mudarse con sus tíos al norte. Estos lo odiaban porque era una carga. Ese odio le arrebató la infancia y la adolescencia. Creció y se casó, y el día en el que nací se volvió loco. Empezó a maltratarnos y cuando terminaban sus palizas, se tiraba en el suelo a llorar y gritar que el río Darro le había arrebatado la vida que podía haber tenido. Yo odiaba a mi padre, pero entendía su dolor.

—Eso no te hace un psicópata, Leónidas. Tú…, tú lo eres — decirlo en voz alta, de nuevo, provocó una segunda ronda de lágrimas.

—De niño descubrí que tenía una capacidad especial para conseguir que la gente hiciera lo que yo quisiera. La primera vez que infligí dolor tenía cinco años. Desangré a una gallina de un vecino. Sentí… tanto poder, Fátima, no te imaginas. — Sus ojos mostraban una locura que la historiadora nunca pensó que podría ver en la mirada de Leónidas—. Así que practiqué con los animales. Y seguí manipulando a mi antojo. Hasta que descubrí que mi padre era el ser humano más fácil de manipular del mundo. Vi cómo trazaba un plan con mi ayuda para conseguir su venganza. Pero era un cobarde, no lo terminó. Así que decidí que yo sí que lo terminaría, y lo haría mejor que él. Me he pasado toda la vida perfeccionándolo.

Leónidas pareció haber terminado su discurso y se levantó de la silla de nuevo. Fátima se apretujó contra la pared, hasta que se dio cuenta de que él comenzaba a dar vueltas en círculo alrededor de la estancia. Eso hizo que se relajara y respirara más tranquila. Por primera vez, vio en Leónidas a un hombre que tenía quince años más que ella. Vio a un hombre adulto, maduro, que había recorrido una vida que ella desconocía. Pues, además, todo lo que sabía de Leónidas estaba construido sobre una mentira que él había tejido a su gusto. Se sintió estúpida. Sus padres nunca habían tenido una buena sensación al estar a su lado, y ella lo había defendido a capa y espada. No se trataba de su diferencia de edad, en esos momentos

entendía que sus padres intuían algo mucho más allá de la mera cifra que los separaba.

—¿Por qué esas víctimas? Sé… lo de los catorce puentes y los catorce días. Sé que los elementos… hacen referencia al río Darro. Pero ¿por qué ellos? —quiso saber, mientras se atragantaba con sus propias palabras.

—Eres una inútil, Fátima. A estas alturas tendríais que saberlo todo, no me jodas —contestó impulsivo mientras se giraba y volvía a acercarse a la silla de mimbre—. Esas víctimas eran las personas herederas de los negocios que hicieron grandes fortunas gracias al embovedado del río Darro. Ese maldito embovedado… —apretó los puños con fuerza mientras se sentaba, de nuevo, frente a ella— destruyó a familias humildes, las obligó a marcharse a la periferia de la ciudad. Destruyó a mi familia, desde la base…, la herencia patrimonial de los puentes de esta ciudad. ¡Imagina! Una Granada bañada por sus ríos, dividida en dos mitades… y reducida a la porquería que ha llegado a nuestros días.

Fátima empezó a preguntarse si, verdaderamente, era estúpida. Había tenido ante los ojos un caso que mostraba un nivel de conocimiento patrimonial bastante alto. Y a su lado tenía al mayor experto en patrimonio andalusí de Granada. ¿Cómo ni siquiera se había planteado que alguien con el nivel intelectual de Leónidas podía ser el asesino?

—¿Por qué…, por qué yo? —preguntó finalmente.

Ansiaba tener esa respuesta. Se preguntaba qué vinculación podía tener ella con las motivaciones del asesino desde que la secuestró. No podía esperar más, su mente no la dejaría descansar hasta que supiera la verdad. ¿Había sido capaz Leónidas de secuestrarla y la asesinaría solo por ser parte de la investigación? No cuadraba con lo que veía. Pero es que ni siquiera le cuadraba que él fuera el asesino. Él ni siquiera sabía que no estaba embarazada.

Se le empezaba a nublar la vista por momentos y tuvo que apretar los ojos para no desmayarse de nuevo. Leónidas la miraba divertido, en silencio. Fátima no podía creer lo que veía. Disfrutaba con su sufrimiento. Como si regocijarse en el dolor que sentía ella formara parte de la felicidad que él sentía.

Lo que ocurría le resultaba surrealista, casi como si fuera a despertarse de esa pesadilla en cualquier momento.

Por fin, él reacomodó las piernas, la miró y, con un tono demasiado agresivo, respondió:

—Cariño, eres la heredera de la puta empresa turística que triunfó gracias al reventón de 1951. ¿Y sabes qué es lo mejor? Que está justo en el lugar donde había estado el bar de mis abuelos. Eres tan ignorante, Fátima, que ni siquiera sabes de dónde vienes.

Capítulo 67

La mañana había comenzado a alargarse en aquel hostal de mala muerte donde Jimena y Gari habían tenido que compartir una cama con un colchón revenido por el paso del tiempo y que, a simple vista, parecía haber pasado hasta por una plaga de chinches. Contaban con una mesa pequeña de trabajo y habían desayunado uno frente a otro, con sus ordenadores portátiles encendidos. No habían parado de trabajar en las seis horas que llevaban despiertos. Tampoco habían dormido mucho, pues Gari se había reunido con sus compañeros hasta altas horas de la madrugada mientras Jimena se fumaba unos cigarrillos en la cama y no abandonaba los documentos de la investigación. Al final, entre una cosa y otra, las tres horas de sueño se las habían ganado. Llevaban despiertos desde las seis de la madrugada, dando tumbos de un lado a otro por aquel cuartucho que olía a moho y a esa humedad que se incrustaba en las esquinas de las paredes.

Jimena estaba contenta, se sentía animada aquella mañana que comenzaba a parecer ya más tarde que otra cosa. En las horas que habían trabajado, habían conseguido terminar de perfilar a Leónidas. El equipo de criminología de la unidad de Granada tampoco había pegado ojo, y le habían mandado a las siete de la mañana un informe a Gari donde venía detallado el historial familiar de Leónidas. Con ese informe y un poco del ingenio de Jimena, habían llegado al detonante que debía haber encendido a Leónidas. Descubrieron que su padre había fallecido un año atrás, justo el mismo día en el que comenzaron los asesinatos. No podían deducir qué tipo de relación tenía Leónidas con su padre, pero no cabía duda de que ese debía ser el detonante. Sobre todo, porque había elegido el primer aniversario de su muerte. Y ese aniversario coincidía también con el asesinato de la primera víctima de la Asesina de la Cruz. Casi parecía que la casualidad lo había

ayudado a elaborar aquella primera puesta en escena que confundiera a la policía.

—Voy a ponerme ahora con su madre, un compañero acaba de pasarnos algo. Ahora te cuento —comentó Gari mientras Jimena tecleaba en su ordenador.

Necesitaban dar con el lugar donde tuviera Leónidas a Fátima. La policía inspeccionaba la zona. Podía ser que estuviera a cientos de kilómetros, pero si lo habían visto en una gasolinera a la salida de Baza, algo les decía que no debía andar lejos. La vivienda que habían encontrado estaba vacía y tampoco mostraba signos de que hubiera estado habitada hacía poco tiempo. Gari, como sus compañeros, estaba convencido de que Leónidas tenía que haber alquilado una finca rústica por la zona donde se encontraban. Alquilado sin contrato oficial, donde el dueño ni siquiera tendría que haberle visto el rostro…; era lo más fácil para no dejar pistas. Especialmente, si esa finca estaba perdida entre las montañas que rodeaban Baza. No sería fácil encontrarlo y eso era lo que buscaría cualquier asesino.

De pronto, mientras Jimena observaba Google Maps en el ordenador y estudiaba las construcciones que rodeaban Baza en el entorno rural, sonó su teléfono móvil. Estaba encima de la mesa y la vibración provocó que Gari se sobresaltara y tirara el café al suelo. Jimena no pudo contener una risa que el criminólogo recibió con cara de pocos amigos. Su gesto, incluso más molesto, hizo que ella se riera más. Tuvo que contenerse para descolgar el teléfono. Vio que era un número muy largo, que no reconocía como español, y con un prefijo que no le sonaba. Frunció el ceño y dijo:

—Buenos días, Jimena Cruz. ¿Con quién hablo? —Casi se vio a sí misma como una teleoperadora. Había aprendido a recibir llamadas desconocidas de esa manera, pues muchas veces eran ofertas de trabajo relacionadas con el periodismo.

—*Hola, la llamamos desde la clínica Gens de Atlanta, en Estados Unidos* —el acento de la mujer que le hablaba era de Latinoamérica, aunque no sabía identificar exactamente de qué zona.

Le tuvo que cambiar el rostro de manera radical, lo que

provocó que Gari la mirara extrañado y le hiciera un gesto con una mano para darle a entender que quería saber lo que ocurría. Jimena se levantó en respuesta, y se encerró en el baño de la habitación. Era un habitáculo muy pequeño, que olía también a humedad y a la poca limpieza que le habían hecho a lo largo de los años.

—¿Es por los resultados? —preguntó inquieta. Se apoyaba en el lavabo dejando todo el peso del cuerpo sobre las manos y se miraba en el espejo. Se colocó el teléfono móvil entre la cabeza y el hombro izquierdo y se dispuso a escuchar lo que tuvieran que decirle.

—*Sí. Aunque se los enviaremos por escrito a la dirección que facilitó, si lo desea, puedo dárselos ahora mismo por teléfono* —le dijo la mujer.

Jimena se tomó unos segundos para responder mientras estudiaba sus facciones. Sentía el corazón latir muy rápido y era el peor momento para recibir esa llamada. Sus ojos oscuros le devolvieron una mirada temerosa. No quería tener miedo de la negativa que podían darle y estaba más que preparada para ello. Haber hablado con Lucía Cañales, la presidenta de la asociación de bebés robados de Sevilla, la había ayudado a procesar que era altamente probable que no hubiera resultados concluyentes. Sin embargo, había dedicado tanto tiempo a tomar la decisión de dar un paso adelante… que no quería que el proceso acabara en una simple llamada de teléfono.

Pero no podía aguardar más. Tenía la respuesta a tiro de una simple palabra. Necesitaba saberlo y centrarse, de nuevo, en encontrar a Fátima. Así que tomó una bocanada de aire, todavía estudiando su imagen en el espejo, y respondió:

—Ahora, por teléfono, por favor.

—*Está bien. No hemos obtenido* match *genético con ninguna persona que tuviéramos en nuestra base de datos.* —Esas palabras confirmaron lo que Jimena ya sospechaba y tuvo que sentarse sobre la taza del váter para procesar la información—. *Sin embargo, esto no significa que en cualquier momento no recibamos una muestra de ADN que coincida con la suya…*

La trabajadora de la clínica hablaba mientras Jimena procesaba lo que acababa de decirle. No estaba dispuesta a

hundirse por no tener una respuesta afirmativa, pero tampoco a obsesionarse con encontrar a su madre. Trabajaría con la asociación, ayudaría mediante la cobertura mediática que podía darles, y, en el fondo, no dejaría de creer nunca en la posibilidad de dar con su madre. Solo era cuestión de tiempo y un golpe de suerte. Podía investigar en profundidad a las niñas que estuvieron en la Escuela Hogar por las fechas en las que ella nació, intentar dar con las supervivientes que se hicieran monjas de clausura para superar el trauma y el dolor. Tenía todo el tiempo del mundo. Si bien esos últimos cuatro años no había movido ficha porque necesitaba recomponerse a sí misma, la Jimena que la miraba desde el espejo era otra. Otra mucho más fuerte, preparada para luchar y encontrar a su madre en un intento de hacer las paces con sus orígenes.

Se despidió de la mujer con la que hablaba por teléfono, que quedó en mandarle por carta los resultados. Después, abrió la puerta del baño y miró a Gari, que estaba levantado y apoyado contra una de las paredes de la habitación. Solo con verle la cara, supo qué había ocurrido. Seguidamente, se acercó a ella y la abrazó diciendo:

—Vas a encontrarla, ya lo verás. Estoy seguro. No pasa nada, es muy difícil a la primera tener resultados positivos.

—Lo sé. Solo deseo poder dar con ella algún día —confesó Jimena con un hilo de voz y pegada a su pecho—. Ahora vamos a trabajar, esto no puede paralizarnos. Tenemos que dar con Fátima.

—Claro que sí, ven. He leído sobre Leónidas y su madre —le indicó Gari pidiéndole que volviera a su asiento.

Jimena lo hizo casi de forma automática. Le llevaría un tiempo aceptar que la prueba de ADN no había dado resultados concluyentes, pero en esos momentos debía centrar su atención en Fátima. Necesitaba encontrar a su amiga con vida y corrían una carrera contrarreloj. No estaba dispuesta a dejarla morir en brazos del hombre que la había engañado y la había hecho creer que la amaba. Después, estaría a su lado para que se recompusiera, como Carmina había estado con ella mientras Jimena aceptaba su propia historia. Nadie mejor que ella podía acompañar a Fátima en ese camino. La encontraría con vida y

le recordaría por qué merecía la pena vivir, a pesar del dolor que debía sentir en esos instantes.

—¿Qué has leído? —le preguntó a su compañero tras darle un sorbo al tercer café que llevaba esa mañana. Intentó fingir que todo estaba bien, porque así debía de ser. A pesar de haberse roto la ilusión de encontrar a su madre mediante una prueba genética.

—Su madre falleció hace unos años en un psiquiátrico cerca de Zamora. Por lo visto, llevaba interna muchos años por depresión maníaca. Fue un ingreso voluntario. Jimena, era víctima de malos tratos por parte del padre de Leónidas. Hemos conseguido los informes del centro psiquiátrico y… terrible, no te voy a engañar —comentó él girando la pantalla y mostrándole los documentos escaneados del centro.

Desde donde estaba, ella no conseguía leer nada, pero afirmó con la cabeza añadiendo:

—Así que el padre de Leónidas era un pieza. Maltrataba a la madre, seguramente a él también. Se crio en un ambiente de violencia por un padre abusador.

—Eso es. Además, puede explicar su narcisismo extremo. Solo hay que ver su carrera laboral para darte cuenta de la necesidad que tenía de ser el mejor. De hecho, es el mejor catedrático sobre herencia andalusí que existe. Todo un experto, con un currículum admirable a su edad. Ves todo lo que ha hecho y te preguntas cómo ha sacado tiempo si tiene cuarenta y seis años —explicó Gari mientras se giraba de nuevo el ordenador hacia él—. Jimena, probablemente Fátima no ha sido sino un premio más para él. Es un hombre bastante más mayor que ella, que es una mujer inteligente y bonita. Imagínate lo bien que le habrá venido a su ego pasearse de la mano con ella por la facultad.

Ella afirmó con la cabeza y empezó a darle vueltas a algunos detalles que se le escapaban. Por eso preguntó:

—¿Cómo ha podido pensar en asesinarla si era posible que estuviera embarazada?

—Justo eso discutíamos anoche mis compañeros y yo. Llegamos a la conclusión de que Fátima debía estar en su lista previamente. Quizá tenga alguna conexión con el Darro…

—Lo sabríamos ya. ¿Lo ha buscado la policía? —lo interrumpió Jimena antes de encenderse un cigarrillo. Se sorprendió a sí misma por no haber fumado nada más salir del cuarto de baño.

Él negó con la cabeza y se levantó de la mesa para ir hacia la repisa donde habían dejado las galletas que había comprado Jimena la noche anterior. Se metió una en la boca y contestó comiendo:

—La policía no sigue la línea de las herencias ahora mismo, Jimena. Su prioridad es encontrar a Fátima. Los motivos quedan en un segundo plano hasta que veamos si podemos rescatarla con vida.

—La vamos a rescatar, no es una posibilidad —lo corrigió ella con un tono soberbio y molesto. No estaba dispuesta a barajar la idea de que Fátima apareciera sin vida. Tenían que encontrarla, fuera como fuese.

—La cuestión es que sabemos que dejó de asesinar durante unas semanas que descuadraban su periodicidad, ¿no? La conclusión a la que llegamos anoche, teniendo en cuenta el día en el que desapareció Fátima, que coincide más o menos con cuando debía tener los resultados…, es que no esté embarazada.

Jimena no pudo contener un grito ahogado ante ese dato. Si Fátima no estaba embarazada, tendría que estar devastada. No se la imaginaba, además, secuestrada por su propia pareja y descubriendo que fuera el asesino.

—Entonces me dices que Leónidas esperó a saber si estaba embarazada o no para seguir adelante con su plan. Por eso ese desfase en la periodicidad de los asesinatos. ¿Y por qué? Si es un psicópata, técnicamente, no debe empatizar con perder a su propio hijo.

—Efectivamente. Lo hace por un mero hecho de narcisismo y egolatría. Su hijo sería otro premio más que mostrar al mundo, y mucho más si proviene de una madre que es más joven que él. Fátima está a punto de ser asesinada porque no está embarazada. Es probable que hubiera esperado a que el bebé naciera para matarla —concluyó Gari sentándose de nuevo frente a ella.

—Tenemos que encontrar el sitio. Mira, estaba mirando Google Maps. Voy a trazar un círculo alrededor de Baza en las zonas que tienen fincas. Tenemos que ir una por una, Gari. No podemos quedarnos aquí de brazos cruzados mientras la policía recorre kilómetros y kilómetros a la redonda —propuso Jimena.

—Está bien, a ver —le pidió mientras se levantaba y se colocaba a su lado.

Gari se agachó junto a ella y Jimena inspiró su olor. Se preguntó si algún día cesaría esa atracción que sentían, o si acaso acabarían juntos. Después volvió a la realidad y comenzó a trazar un círculo con el ordenador, alrededor de Baza y las fincas que había localizado a menos de cincuenta kilómetros. Cuando terminó, descargó la imagen en el teléfono y se la mandó al criminólogo.

—Es un poco rudimentario, pero creo que puede valer.

—Déjame que llame a Curro López y lo comente con él.

Esa llamada tuvo lugar rápidamente y Gari quedó a la espera de una respuesta. Jimena aprovechó ese tiempo para contarle que había hecho algo similar en su caso anterior y que había funcionado. Gari convino que era algo que la policía seguramente ya había hecho y que era una buena técnica para delimitar la búsqueda. Si se dividían las fincas, podían barrer toda la zona en un día y saber si Fátima estaba secuestrada cerca.

Durante una hora volvieron a trabajar por su cuenta. Jimena investigó todas sus notas y la información que ya tenían recopilada, mientras que Gari se centraba en avanzar en perfilar, incluso más, a Leónidas Tejada.

El teléfono sonó de pronto y Jimena le pidió que pusiera el altavoz.

Curro confirmó que la policía delimitaba también la zona de búsqueda y que ya tenían la lista de las fincas rústicas que se situaban cerca de Baza. Le estaba mandando la lista a Gari por correo electrónico. No hizo falta que preguntara por Jimena, pues acabó la llamada diciendo:

—Os dejo ese trabajo a vosotros, yo voy a buscar en los pueblos de alrededor con otra unidad. Os mando apoyo policial. Por cierto,

Cruz, es hora de cazar a ese hijo de puta.

Capítulo 68

Fátima se quedó paralizada y sin palabras. No entendía lo que acababa de decirle Leónidas. Allí tenía que haber un error. Ella no era heredera de nada, de hecho, sus padres no iban a dejarle más que el trozo de tierra que tenían junto a su pequeña casa construida en la finca. Miró a Leónidas mostrando la sorpresa que sentía, pero no era capaz de descifrar lo que le transmitía la mirada de este. No, tenía que haber un error. Leónidas la había secuestrado por error. Ella no debía estar allí. No tendría que haber descubierto que su pareja era el asesino de esa manera. Se imaginaba el día en el que lo arrestaran, quizá ella estuviera en clase y no se enterara hasta salir. Se desmayaría, porque nunca podría haber esperado de él aquella locura. Pero, al menos, no la habría vivido en primera persona. Todo lo que ocurría la hacía ser consciente de lo lejos que estaba dispuesto a llegar Leónidas por cumplir su plan. Era capaz de asesinarla a ella, la mujer con la que había compartido sus últimos cuatro años de vida.

—¿Qué…, qué empresa turística? Mi familia no tiene ninguna empresa. Eso ya lo sabes —comentó ella con ánimos renovados; las fuerzas le volvían al cuerpo.

—¿Acaso sabes por qué tu padre nunca va a Granada?

Fátima le sostuvo la mirada a Leónidas. Nunca se habían mirado de aquella manera desafiante. Pero solo de escuchar que mencionaba a su padre en la conversación, sentía que la culpa la embargaba. Había sido capaz de sospechar de él. Por la historia de la muerte de su abuelo, por sus arranques depresivos, por su negativa a visitar la ciudad e incluso por su insistencia en saber de ella cuando creía estar embarazada. Se sentía estúpida y conectaba con la Jimena que había leído en su libro y que había sospechado de su entorno sin pruebas. Comenzaba a entender lo que suponía perderlo todo de un día para otro.

Había perdido al hijo que nunca tuvo. Y también al hombre con el que deseaba compartir toda su vida. Si acaso salía viva de aquella situación, ¿cómo iba a recomponerse?

—Sé que mi abuelo murió ahogado en el río Darro y que mi padre lo encontró. Imagino…, imagino que eso lo traumatizó de por vida —contestó la historiadora mientras hacía un esfuerzo. Le picaba demasiado la garganta al hablar y tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para comunicarse.

Leónidas respondió con otra de sus carcajadas socarronas y la miró con decepción.

—Años después de que el bar de mi familia se derrumbara, tus abuelos trasladaron la empresa turística a caballo que tenían al solar que había sido de mi familia. Lo trasladaron allí porque ya no tenían caballos, sino autobuses, y era un buen punto de venta.

—Eso es imposible. Ni mis padres ni yo recibimos beneficios de eso que dices… —La historiadora negaba con la cabeza conforme hablaba.

—Mi padre, ese gran mártir que nos maltrataba, fue a Granada en los ochenta. Un día cogió un autobús y se plantó en la ciudad. Imagínate, con su plan maestro. Él asesinó a tu abuelo por haberse beneficiado de las desgracias que había sufrido su familia. Lo ahogó en el río y lo dejó allí, con la buena suerte de que cuando lo encontraron lo catalogaron como un accidente involuntario. La policía creyó que se había ahogado.

—¿Qué estás… diciendo? —murmuró Fátima sintiendo cómo la ahogaba la cadena del cuello.

Sintió que la ansiedad comenzaba a subirle por el cuerpo. Por un momento se había sentido en casa. Si cerraba los ojos, podía sentir el cuerpo de Leónidas a su lado en el sofá. Se podía transportar a aquellos momentos en los que su vida parecía otra más. Pero las cadenas que la tenían contra la pared se le hacían demasiado pesadas conforme pasaban los minutos. También su cuerpo entró de pronto en calor. Le sudaban las palmas de las manos y el corazón se le había acelerado. Necesitaba salir de allí, le faltaba el aire.

Empezó a subir y bajar el pecho ahogada. No podía creer

que Leónidas supiera la historia de su familia mejor que ella misma y jamás se la hubiera contado. No podía creer nada de lo que ocurría. Casi como si viera una película a la que ella no pertenecía. Se veía a sí misma, desde fuera, tirada en el suelo con ese olor nauseabundo e insoportable. Debía tener sudor perlándole la frente, debido a la fiebre que no parecía remitir.

—Lo que escuchas, Fátima. Mi padre ahogó a tu abuelo —anunció él con una sonrisa en los labios—. Pero era un cobarde. Se sintió culpable y volvió a casa con el rabo entre las piernas. Pasó el resto de sus días sumido en una depresión por haberlo asesinado.

—Mi padre nunca venía a Granada por haber encontrado a su padre en el río… —concluyó la historiadora antes de bajar la mirada al suelo.

Aquello que vivía le aclaraba las dudas que tenía respecto al trauma de su padre. Explicaba sus etapas depresivas y que pasara días sin salir del dormitorio. Desde que tenía memoria, su padre recaía en esos encierros voluntarios donde desconectaba del mundo exterior.

—Y yo he decidido cumplir el plan de mi padre. Todos los herederos serán asesinados. Pon, por ejemplo, a Estrella Ramírez. Heredó una constructora que dirigió el último tramo del embovedado del Darro. ¿Sabes cuantísimo dinero tenía esa mujer gracias a las miserias ajenas? —Lo planteó con las cejas arqueadas, incluso parecía mostrar cierta cordura.

—Además, expropiaron a una familia republicana para cedérselo a otra afín al franquismo. Pero eso no justifica que los hayas asesinado. ¿Qué responsabilidad tiene Estrella Ramírez de que su familia tenga esa historia? Han pasado casi cien años desde las últimas obras que acabaron el embovedado, Leónidas. Pon a Lorenzo Espinosa, ¿qué culpa tenía ese chico? Sus padres dirigían ese hotel que, sí, se beneficiaría del embovedado del Darro, pero ¿y él? Su familia murió, lo heredó y lo gestionaba. Nada de esto tiene sentido —esas últimas palabras las escupió con rabia.

Porque no lo tenía. Él tampoco llevaba la razón en su intento de ajusticiar. ¿A quién estaba ajusticiando? Granada había llevado a cabo esa reforma en la ciudad, por los motivos

que fueran; pero ¿qué responsabilidad tenía una persona en 2021 de las decisiones que habían tomado sus antepasados? La moral de Leónidas no tenía ni pies ni cabeza.

—¿Quién eres tú para decirme a mí lo que tiene sentido o no? ¡Eh, Fátima! —lo último lo dijo levantándose y golpeando la silla de mimbre, que fue a parar al lado de ella. Eso hizo que apretara las rodillas contra el cuerpo y que cerrara los ojos. Nunca había visto así a Leónidas, no podía soportar la imagen que tenía ante sí—. Por no hablar de ti… Tu tío heredó la empresa de tu familia. Tu padre no quería tener nada que ver con ella a raíz de la muerte de tu abuelo. Y como tu tío no tiene herederos… —dejó caer las palabras, la miró, de pie, frente a ella y esperó a que completara la frase.

—Pasará a mí… Pero ¿por qué yo? ¿Por qué no él? No tiene sentido…

—Porque tu tío tiene un cáncer terminal, Fátima. No merece la pena. Si te mato a ti, tu padre no querrá esa puta empresa maldita —concluyó él.

Fátima volvió a romper a llorar. Escuchar de sus labios la palabra «matar» la hacía temblar de miedo. Por un momento, se había olvidado de que ese era su destino. Había estado tan ocupada en procesar que Leónidas fuera el asesino que prácticamente había olvidado qué hacía ella allí encadenada.

—No me mates, Leónidas…, por favor… —rogaba ella con voz queda—. No lo hagas… Dios…, ¿por qué estabas conmigo? ¿Era tu plan desde el principio?

—Eres estúpida, Fátima, en serio. Pedí dirigir tu tesis para tenerte cerca. Nunca pensé que te involucrarías tanto ni tan rápido en la maldita investigación porque necesitaba que no estuvieras alerta. Mis viajes de trabajo ¡eran mentira! ¿Cómo no se te ocurrió comprobarlo?

La historiadora lo miraba sin creer lo que escuchaba. ¿En qué momento iba a comprobar si su pareja, la persona en la que más confiaba del mundo, era un psicópata que mentía sobre su horario laboral? Le sonaba todo tan ridículo y lejano que ni siquiera sabía qué decir. Era estúpida, quizá. Pero, sobre todo, la había engañado un hombre. No era la primera mujer, ni sería la última.

—¿Cómo podías asesinar? Excepto la noche de Lorenzo Espinosa, tanto la de Estrella Ramírez como la de Julián Alcázar, yo dormía a tu lado —razonó Fátima sin entender nada—. ¿Te ayuda alguien?

Porque la teoría de que el asesino contara con ayuda no era nueva. Aunque hasta ese momento solo había visto a Leónidas y no podía imaginarse a una segunda persona acompañándolo en toda aquella locura.

—Te drogaba, Fátima. Estabas tan drogada que ni siquiera te enterabas las noches que me marchaba y volvía a la cama. —Su sonrisa volvía a ser macabra.

Esa respuesta hizo que se acordara de la noche en la que había aparecido la segunda víctima. La había despertado Leónidas quejándose por su alarma. Y a ella le había costado mucho tiempo recobrar consciencia, pero lo achacó a su proceso de *in vitro*.

—¿Por qué no me secuestraste nada más aparecer Lorenzo Espinosa? Tienes una evidente periodicidad de catorce días. No tiene sentido —razonó ella en voz alta.

—Porque podías estar embarazada. De haber sido así, habría esperado a que mi hijo naciese. Jamás mataría a un bebé que fuera mío y al que podría haber enseñado, como mi padre, inconscientemente, me enseñó a mí.

Fátima sintió una arcada subirle por la garganta y no pudo contenerla, como había hecho antes. El líquido caliente se precipitó fuera de su boca y dio a parar a los pies de Leónidas, que la miraba con un gesto de asco y desprecio. Era bilis. No debía tener nada más en el estómago. Solo de pensar en haber tenido un hijo con el monstruo que tenía delante… ¡Y cómo hablaba de ese hijo! Como si fuera una marioneta a la que podía guiar para que fuera como él. No quería ni pensar qué habría sido de ese niño si se hubiera quedado embarazada. Y, por primera vez, dio gracias a la vida por haberle arrebatado la posibilidad de ser madre.

—¿Por qué?… ¿Por qué hacer todo ese proceso de ser padres si tú no me amabas? Si yo para ti solo era un peón más de tu plan y ese juego retorcido en el que te metiste…

—No has entendido nada, Fátima. Nunca se trató de amor,

sino de ser el mejor. —Se rio de nuevo.

Ella no entendió ese argumento. Se quedó en silencio e intentó darle sentido a lo que acababa de decirle. Le pareció tan sumamente retorcido que necesitó cerrar los ojos y visualizar algún momento de felicidad de su vida para alejarse de allí. Pero le venían a la mente demasiados recuerdos con Leónidas. Recuerdos que ya entonces carecían de sentido y que empezaban a tomar la forma de la mentira que él había construido.

Por fin, tenía toda la información sobre el asesino. No comprendía, realmente, cómo Leónidas había sido capaz de asesinar movido por su sentido particular de la justicia. Pero había leído sobre psicopatía a través de las palabras de Gari Atxa. Y eso era el hombre del que se había enamorado, un psicópata narcisista, movido por su sentido de la moral y su necesidad de justicia. No era más que eso. Estaba enfermo. Y había jugado con ella como si fuera una muñeca.

—Me das tanto asco que…

Pero Leónidas interrumpió sus palabras, la mandó callar y propinó un pisotón en el suelo que hizo que todo retumbara. También provocó que Fátima volviera a temblar inconscientemente. Alcanzó su teléfono móvil, que tenía en un bolsillo del pantalón y sonrió de manera macabra.

—Un momento…, creo que vamos a tener visita y voy a ponerme mis mejores galas para recibir a tus amigos. ¿Recuerdas cuando les abrí la puerta de casa? Tendría que haberlos matado entonces.

La sonrisa que le lanzó hizo que Fátima temiera por la vida de Jimena y Gari. Si de verdad estaban allí, más les valía correr sin mirar atrás.

Capítulo 69

—Cuidado —susurró Gari a su lado.

Estaban agazapados detrás del coche de Gari, veían cómo tres policías nacionales rodeaban la puerta de la vivienda en la que se encontraban. Uno de ellos dio la orden mediante un gesto y los otros dos se situaron cada uno a un lado de la puerta y llamaron al mismo tiempo con los nudillos. Aguardaron con la espalda contra el muro de la casa y uno de ellos apuntaba de perfil hacia la entrada. Jimena contuvo el aliento, como había hecho ya cinco veces anteriores a lo largo del día. Asomó un poco más la cabeza y sintió que Gari tiraba de ella hacia el suelo. Escucharon la puerta abrirse y se hizo un silencio que duró unos segundos. Durante ese tiempo, por la mente de Jimena pasaron muchas imágenes. Cualquier cosa podía salir mal en una fracción de segundo.

—¡Oh! ¡No dispare! —una voz femenina que Jimena no reconoció gritó nada más abrir la puerta.

—Nada, aquí tampoco —convino Gari, que ya se levantaba y le tendía una mano a Jimena para que hiciera lo mismo.

La periodista se levantó con su ayuda y observó la imagen que tenía delante. Estaban ante un caserío que tenía las verjas de entrada abiertas. Se habían adentrado silenciosamente, mientras la noche caía a sus espaldas y se avecinaba un intento fallido más. La casa era grande, tenía tres plantas y se podía ver una piscina a lo lejos, justo a un lado de ella. Algo le había dicho a Jimena que allí no encontrarían nada y no se había equivocado. Esa casa era demasiado grande y estaba a la vista desde la carretera principal.

Observó cómo los nacionales se disculpaban con la mujer y entablaban una conversación con ella para pedirle que no corriera la voz. Le indicaron que estaban en medio de una operación especial y que debían revisar todas las fincas rústicas de la zona. Después, se acercaron a ellos y les indicaron que

debían seguir trabajando. Jimena afirmó con la cabeza mientras le devolvía la mirada a uno de ellos, que era un policía nacional que había visto varias veces en la Jefatura Superior de Granada. Había sido el más amable de todos con ella. De hecho, cuando llegaron al hostal para recogerlos, los otros dos ni siquiera le habían dedicado un saludo a la periodista. Tampoco ella lo había hecho, centrada en empezar a buscar cuanto antes.

—Solo nos quedan tres y ya es de noche, Gari —advirtió Jimena después de sentarse en el asiento del copiloto.

—Tenemos tiempo aún. Si es de noche, mucho mejor. No nos verá llegar si apagamos las luces —contestó él antes de arrancar el coche y seguir a los nacionales, que eran quienes abrían camino y marcaban la ruta.

—Estamos a más de treinta kilómetros de Baza hacia el norte. Cuanto más nos alejamos, menos posibilidades tenemos de encontrarlos —dijo ella mientras se encendía un Marlboro.

—Creo que no, todo lo contrario. La próxima finca a la que vamos está a diecisiete kilómetros de la autovía, me da a mí que está lo suficientemente escondida como para ser una buena base para un asesino en serie.

Jimena pensó en silencio en lo que acababa de decir. ¿Sería posible que esa noche encontraran a Fátima? ¿Estaría, acaso, con vida? Conforme había pasado el día, y la policía se adentraba en fincas vacías o recibía gestos de sorpresa de sus dueños, la esperanza de la periodista de encontrar a Fátima había menguado. Se daba cuenta de la dificultad que podía suponer encontrar a alguien que no deseaba ser encontrado. Tampoco habían tenido noticias positivas de Curro López o Lorena González, más allá de unas cuantas negativas. Habían barrido todos los pueblos de alrededor y se iban a sumar a la búsqueda nocturna por caseríos. Acababan de llamar a Gari, unos minutos antes de llegar a la última finca, y le habían dicho que se dirigían hacia la siguiente. Seguramente, llegarían poco después de ellos, pero ahí se unirían para verificar las últimas que quedaban.

No quería perder la esperanza, aun así, de encontrar a Fátima tarde o temprano. Si no se encontraba allí, entonces

tendrían que rehacer sus pasos y buscar otra alternativa. Sin embargo, se preguntaba por qué entonces Leónidas había repostado en esa gasolinera. Había sido el último movimiento registrado en su tarjeta bancaria y desde ahí se le perdía la pista. Las cámaras de tráfico de las carreteras tampoco lo habían vuelto a ver. Eso significaba que tenía que estar por el entorno en el que se encontraban. Y Jimena estaba dispuesta a remover cielo y tierra, aunque no durmiera durante días, para dar con él. No podía permitir que Fátima muriera en sus manos y encontrarla sobre el río Darro, en algún lugar donde hubiera habido un puente.

—Este hombre viajaba mucho por trabajo, ¿no? Debe estar más que acostumbrado a conducir. Incluso puede ser que tuviera su escondite preparado desde hacía años y aprovechara esos viajes para acondicionarlo —dijo, de pronto, Jimena.

Giró la cabeza y miró a Gari, que iba concentrado en la carretera. Acababa de tomar una salida que parecía dirigirse a las profundidades de la montaña.

—Es increíble cómo fue capaz de engañarnos a todos, incluso a Fátima. Estos meses no ha viajado por conferencias, ninguna era cierta. Se lo montó bien. Su trabajo es una buena coartada si nadie la coteja. Ha sido capaz de pasar desapercibido —contestó Gari.

—Me siento estúpida por no haberlo pensado. ¿Crees que ha podido tener ayuda? —añadió Jimena.

Esa pregunta le rondaba la cabeza. Desde que desconfió del criminólogo, parecía que esa semilla que se había sembrado en su mente nunca desaparecería. No era fácil dejar tres cuerpos en el centro de Granada solo, ¿cómo lo hacía?

—Por poder…, puede. Sin embargo, analizando su historia y lo que parecen sus motivaciones, es poco probable. Es un caso personal, Jimena. Esta es su justicia y su manera de denunciar al mundo lo que cree inmoral e incorrecto. No tengo claro que cuente con ayuda —anunció él con voz queda.

Jimena vio que Gari empezaba a cansarse. Se habían turnado para conducir, pero las pocas horas de sueño comenzaban a hacer mella en él. Ella, sin embargo, estaba más que acostumbrada a dormir poco. El tabaco era un vicio que la

ayudaba a mantenerse despierta y activa. Probablemente, tenían el mismo efecto sobre ella sus ansias por dar con Fátima y acabar con aquella locura de una vez por todas.

—¿Cómo dejaba los cuerpos? Me parece surrealista que nadie lo viera por el centro.

—Tuvo que usar un coche y se desplazaría ciertos metros a pie. De alguna manera, consiguió dejarlos sin que nadie lo viera. Piensa que iba de noche, en invierno, de madrugada. La noche de Lorenzo Espinosa, además, caía una tromba de agua terrorífica. Y el único lugar donde no pudo acceder con coche directamente fue donde dejó a Julián Alcázar. Pero aparcó al lado y bajó hacia el río, donde difícilmente podrían verlo. Debía cargar el cuerpo a hombros y es un hombre alto y grande —explicó Gari antes de bajar la ventanilla y frenar un poco el vehículo.

Uno de los nacionales se bajó del coche que iba por delante de ellos y se acercó a la ventana del conductor. Les indicó que estaban a un kilómetro y que era el momento de apagar las luces de los coches. Además de eso, deberían conducir lento para evitar hacer demasiado ruido. Gari afirmó con la cabeza y, después, volvió a subir su ventanilla.

En el momento en el que el nacional se hubo subido, retomaron la marcha. Jimena apagó también el cigarro y no supo qué más decir. Volvía a sentir los nervios retorciéndose en el estómago por la expectación de lo que pudiera ocurrir. El camino pronto pasó a ser de grava y fue consciente de la dificultad que debía suponer conducir sin luz por esa zona. Gari iba más que concentrado, seguía los movimientos del coche de la policía nacional. Llevaban un vehículo normal, como si fueran de paisanos. Dos iban uniformados, otro no. Este último había sido el que había llamado a ciertas viviendas donde se podía ver actividad que indicaba que allí no podían estar Leónidas y Fátima.

Giraron a la izquierda y subieron una pendiente muy inclinada. Gari le indicó con la mirada que la finca debía estar al otro lado y Jimena contuvo la respiración. Al fin, la vieron. No se veía una vivienda desde donde estaban, pero sí que no tenía una puerta de entrada y había un camino, más ancho que

los demás, delimitado por olivos. La periodista afirmó con la cabeza, ante la mirada de Gari, que arqueaba una ceja. La policía avanzó lentamente. Tomaron el camino sinuoso que se adentraba en la finca y Jimena se imaginó que debía tener una construcción pequeña, pues allí no parecía vivir nadie si no contaba con una verja de entrada. Aquel terreno debían usarlo para los olivos.

—Ahí está —musitó ella señalando a la derecha del camino.

Efectivamente, había una construcción pequeña. Pero lo suficientemente grande como para contar con un par de habitaciones. Tenía dos plantas y, bajo la luz de la luna, se podía intuir que estaba encalada. Los techos eran de madera y parecían antiguos. No había ningún coche a la vista alrededor de la vivienda. Se acercaron, pero no demasiado. Tampoco había ninguna luz encendida.

Cuando Gari apagó el motor del coche, Jimena se bajó y sintió un escalofrío recorrerle la médula. Aquel sitio daba muy mala espina. Estaba sumido en un completo silencio, solo se escuchaba el movimiento de la fauna que habitaba entre los olivos. El viento mecía las ramas de los árboles, y sonaba a lo lejos la vida del pueblo. Notó la arena bajo sus botines de tacón y tomó una bocanada de aire. Seguidamente, observó a los tres policías nacionales bajarse también de su vehículo. Comenzaron a andar a hurtadillas y rodearon de nuevo la puerta de la vivienda.

Uno de ellos se quedó apostado detrás del coche, apuntando a la puerta. Gari se situó a su lado y le pidió que se agachara, pero Jimena no fue capaz de responder. Observó las ventanas que daban hacia donde estaban: tenían unas cortinas descorridas que volaban de vez en cuando hacia fuera, pues las ventanas estaban abiertas. Por la poca luz que había, no podía determinar cómo era el interior de la vivienda, pero sí que se fijó en el techo de madera de la segunda planta que se veía desde fuera. Algo le decía que ese sitio era demasiado tenebroso. Quizá era la energía que desprendía o que estaba sugestionada después de un día de negativas.

El policía más joven, al que Jimena recordaba y con quien podía entablar una conversación agradable, fue el que llamó a

la puerta antes de volver a apostarse contra el muro junto al marco de ella. Su compañero y él estaban de frente, con el arma levantada y en posición. Aguardaron unos segundos en los que la periodista no pudo quitar la mirada de las ventanas de arriba. Esas cortinas, que se movían al ritmo que marcaba el viento, le daban mala espina. Se mordió el labio, nerviosa. Aguardaron unos minutos hasta que el que estaba apostado detrás del coche, dio la orden de que derribaran la puerta. Alcanzó la herramienta que llevaban en el coche y se acercó a sus compañeros y los ayudó a colocarla para echarla abajo.

Tardaron escasos segundos en echar la puerta abajo. Mientras caía hacia atrás, Jimena ahogó un grito al ver el brillo de la culata de una pistola. Quiso decir algo, pero se sintió paralizada. Los disparos comenzaron a llover desde el interior de la vivienda y sintió cómo Gari se abalanzaba sobre ella y la tiraba al suelo, detrás del coche. Bajo el calor de su cuerpo, las piernas empezaron a temblarle y fue consciente de lo que ocurría. Leónidas Tejada estaba en el interior de esa casa e iba a oponer resistencia. Gari la miró, desde arriba, todavía tapándola con el cuerpo, a pesar de que el coche les servía como escudo. Vio que él también tenía miedo y miró sus ojos color miel para relajarse. La ansiedad comenzaba a despertarse en su interior y no sabía qué debía hacer en una situación como esa.

Los disparos fueron en ambas direcciones durante unos segundos que a Jimena se le hicieron eternos. Saber que estaba tan cerca de un asesino sanguinario que no temía a las consecuencias, le hacía incluso tener más miedo. Y solo de pensar que Fátima estaba ahí dentro, quizá sin vida, se mareaba. Gari le puso una mano en el corazón y afirmó lentamente con la cabeza, en un intento de tranquilizarla. Ella sentía la grava y la arenilla contra la espalda que le humedecía la ropa porque hacía mucho frío en el exterior. No llevaban, tampoco, chaquetón. El impulso del momento los había hecho salir del coche a la expectativa de ver si aquella finca era la respuesta.

Y lo era. Jimena quería estar contenta, pero no era capaz. La situación era límite, pues Leónidas iba armado y estaba

dispuesto a acabar con todos. No se había imaginado ese momento así, más bien mucho más fácil y fluido. Pero no sabía en qué pensaba, se enfrentaban a un asesino en serie.

—¡¿Estáis bien?! —gritó uno de los nacionales, que parecía haberse escondido detrás del coche que traían.

—¡Aquí bien, los dos! —gritó Gari en respuesta también, todavía encima de ella.

—¡Gutiérrez abatido, está herido! ¡Estamos ambos a cubierto! —indicó el policía nacional joven, lo que hizo que Jimena despertase del trance en el que estaba.

Se quitó las manos de las orejas, que se había tapado de manera instintiva. Fue consciente de lo cerca que podía haber estado de recibir un disparo y respiró. Miró a Gari, que se quitó de donde estaba y le dejó espacio para que se incorporara. Jimena se movió para quedarse en cuclillas, contra el chasis del coche. Él la cogió de la mano y susurró:

—Está aquí, Jimena. Los tenemos.

La periodista no tuvo tiempo de contestar, pues escuchó al policía que tenían más cerca pedir refuerzos por el *walkie*. Se quedaron donde estaban durante varios minutos, escucharon el silencio de la noche y esperaron a que ocurriera algo. Jimena no sabía cómo se procedía en esas situaciones, pero confió en la policía. Eran pocos y no debían exponerse al exterior. Leónidas podía estar apostado en cualquier ventana, a la espera de que alguien se moviera para disparar. Durante unos minutos solo escucharon el crujido de las escaleras de la vivienda, sin saber si subía o bajaba. Jimena se centró en el movimiento de las ramas de los olivos para aferrarse a algo que la ayudara a controlar su miedo. Gari no soltó su mano en ningún momento.

Pronto llegaron los refuerzos. Seis coches de policía con las luces encendidas se adentraron en la finca y rodearon la vivienda por todas partes. Jimena contuvo, todavía, el aliento. Al principio, nadie salió de ninguno de los coches. Hasta que todos lo hicieron a la vez y pudo ver desde donde estaba que cuatro agentes salían de uno de los vehículos y apuntaban a las ventanas del lado este donde se situaban. Tragó saliva sorprendida al ver una operación en directo.

—Cruz, me alegra verte. Tienes mala cara, cariño. Venga, que vamos a cogerlo de una puta vez —la voz de Curro la sorprendió. Se situó frente a ella y se agachó a su lado.

Por una vez en la vida, Jimena Cruz estaba feliz de ver al investigador a cargo del caso. Y no pudo reprimir una sonrisa. Después, cogió su mano y se levantó. Al hacerlo, vio cómo diez policías ya se adentraban en la vivienda siguiendo la operación especial que debían haber marcado mientras llegaban y recibían las noticias.

Capítulo 70

A Fátima le pitaban los oídos de los disparos que habían tenido lugar hacía unos minutos, aunque no sabía cuándo. Se le nublaba la vista de la ansiedad que le recorría el cuerpo. Su cerebro tampoco era capaz de procesar lo que ocurría. Se había hecho de noche, lo sabía porque las ventanas estaban abiertas y dejaban pasar un frío gélido que se abría paso por sus huesos. El suelo estaba demasiado frío también y le temblaba el cuerpo. Tenía la boca abierta; era incapaz de cerrarla porque los músculos no le respondían. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que Leónidas se sentara frente a ella con el teléfono móvil hasta que llegara la policía? Había visto cómo anochecía a las espaldas del hombre al que había considerado el amor de su vida. Apretó los ojos e intentó concentrarse en lo que pasaba..

Alguien había avisado a Leónidas de que la policía estaba cerca. ¿Quizá un conocido al que había puesto sobre aviso sin contarle lo que hacía en ese cortijo? No lo tenía claro. Lo que sí quedaba evidenciado era que trabajaba solo. Pero se las había arreglado para pasar desapercibido y para contar con ayuda externa que ni siquiera era consciente del entramado en el que participaba. Siempre había admirado a Leónidas por su inteligencia, era un hombre sumamente capaz de llegar a un lugar como en el que estaban. Sin embargo, ¿un asesino? En la soledad que le brindaron los minutos que pasaron desde que tuvieron lugar los disparos, siguió sin ser capaz de entender cómo el hombre con el que deseaba vivir el resto de sus días era el psicópata tras el que estaban.

No supo en qué momento comenzó a llorar. Pensó en Leónidas y en la posibilidad de que lo hubieran abatido. Los disparos habían cesado, pero nadie había subido a por ella. Si estaba muerto, había perdido al hombre de su vida. Si estaba vivo, también. Sencillamente, Leónidas no era lo que ella había

creído. Se sintió estúpida por haber caído en sus redes, incapaz de cuadrar sus recuerdos con la imagen que tenía de él, por lo que acababa de descubrir esos días. Deseó despertarse de aquella pesadilla, que era demasiado real. Nunca pensó que tuviera que enfrentarse a algo como aquello, ¿quién merecía descubrir que el hombre de sus sueños era un psicópata sanguinario? Estaba dispuesto incluso a asesinarla a ella, pues Fátima no había significado nada para él más allá de una ficha en su juego retorcido.

También lloraba por su vida. No quería morir, era demasiado joven. Estaba dispuesta a recomponerse, como fuera. Superaría el dolor que le había causado Leónidas y haría todo lo posible por volver a ser la Fátima que había sido hasta que fue secuestrada. Lloraba por su hijo, que nunca existiría, y por ese plan de vida que había construido junto al hombre que estaba a punto de asesinarla. Lloraba por el resto de las víctimas. Se sintió culpable por haber compartido lecho con el asesino y no haberlo descubierto a tiempo. ¿Hasta qué punto podría ella haber frenado esa locura de haber estado más atenta? Sabía que no volvería a confiar en nadie hasta el fin de sus días.

Escuchó unos pasos lentos y silenciosos que subían las escaleras y contuvo el aliento. No fue capaz de moverse, paralizada por lo que estaba pasando. Solo deseaba desmayarse de nuevo, no tener que ver el final de lo que estaba a punto de ocurrir. Si Leónidas iba a matarla, al menos que fuera entre sueños y no le supusiera dolor; y si Leónidas estaba muerto o iba a ser abatido ante sus ojos, prefería no verlo. Quería acabar con lo que estaba ocurriendo cuanto antes, pero ni su cuerpo respondía, ni tampoco tenía posibilidades de actuar si estaba encadenada al suelo y a la pared. Por eso mantuvo los ojos abiertos, tanto como pudo, y miró en dirección a la puerta de la estancia.

Lloró con más fuerza al divisar a Leónidas entrar con una pistola en la mano. Tenía una mirada que jamás había visto, con una mezcla de ira y rabia. Barrió la habitación con los ojos y después cerró la puerta tras él. Finalmente, la miró. Fátima negó con la cabeza, lo que hizo que sintiera las cadenas que la

tenían sujeta a la pared. Y las lágrimas se convirtieron en un llanto que le ahogaba el pecho y no le permitía respirar. Leónidas la miró de aquella manera macabra que la paralizaba y la hacía desear estar muerta. No podría vivir el resto de sus días con el recuerdo de esa mirada, la perseguiría en sus peores pesadillas.

—Es una pena, Fátima. Tenemos que acabar con esto. No vamos a cumplir la fecha. Tengo el coche listo, solo tenemos unos segundos —comentó él nervioso.

La historiadora comenzó a chillar y a removerse. Tiraba de las cadenas y notaba que la asfixiaban. Gritaba y se dejaba la voz que no había tenido en días, pero que en aquel momento resurgía como último intento de supervivencia. Se removió tanto que notó el suelo temblar bajo los pies. Estaba en mitad de un ataque de pánico, por lo que no sintió que se le desgarraban las muñecas con heridas por las que comenzaba a sangrar. Lo único que sentía era la falta de aire en los pulmones y el cuello rígido contra la pared. Gritaba negando con la cabeza y golpeando el suelo con las piernas. Se movía tan rápido, que Leónidas se quedó a escasos metros de ella.

—¡Por favor! ¡¡Ayuda!! ¡¡Leónidas, no!! —gritó y se negó a aceptar que estuviera a punto de morir.

No sabía cómo estaba la situación fuera, ni siquiera si había suficiente policía como para que Leónidas no pudiera salir. Lo que sí que sabía, en mitad del trance en el que se encontraba, era que actuaba por un impulso. Lo notaba por su evidente nerviosismo y porque, en una situación como esa, ni siquiera él debía saber cómo actuar. Se negaba a morir en los minutos que tardara la policía en llegar hasta ella. No podía ser que se quedara tan cerca de que la salvaran.

—¡Cállate! Al menos muere con la dignidad que no has tenido hasta ahora, Fátima. Esperaba más de ti —Leónidas escupió las palabras con asco.

Seguidamente, ella vio cómo iba hacia el barreño de madera y sintió que le fallaban las fuerzas. Ese barreño, que llevaba a su lado todo ese tiempo, era para ella. Negó de nuevo con la cabeza, esta vez en silencio. Su respiración era demasiado acelerada y su corazón estaba desbocado. No quería morir así.

—Por favor…, Leónidas. Yo te he amado. Te he dado todo… lo que tenía. No me hagas esto, por favor… —rogó con una voz queda que se le entrecortaba por la respiración acelerada y por las lágrimas que empezaban a obstaculizarle la visión.

—Vas a morir en agua pura de manantial. Te he dejado la mejor parte, eres quien la merece. Tu familia se enriqueció gracias a la muerte de la mía. Es tu turno, Fátima, de pagar por sus pecados. Tranquila, te irás en paz —comentó mientras empujaba el barreño para acercarlo hasta donde estaba ella.

Fátima se dio cuenta de que no estaba vacío, como hacía días. Estaba a rebosar de un líquido que no conseguía ver desde donde estaba. Hasta que lo tuvo a solo unos centímetros y chilló de nuevo. Negó con la cabeza y susurró pidiendo clemencia. Era agua, transparente y limpia, como le había indicado Leónidas. No quería morir ahogada, no deseaba sentir el agua quemándole los pulmones.

Leónidas se movió y acercó las manos a su cuello. Fátima tembló con más fuerza y apretó los ojos para pedirle a Dios, en quien no creía, que la salvara de lo que iba a pasarle. O al menos, que la ayudara a desmayarse para no sufrir. Sintió la calidez de Leónidas en el cuello y volvió a ahogarse entre lágrimas. Las mismas manos que tantas veces la habían cuidado, que le habían dado placer y la habían mecido cuando más lo necesitaba intentaban ahogarla. Inspiró su olor, recordó lo que habían vivido e intentó entender que fuera todo mentira.

—Por favor, por favor, por favor… —suplicó mientras la cadena que la ataba a la pared se soltaba.

Eso provocó que su cabeza cayera hacia delante, pero Leónidas la sostuvo y la irguió de nuevo. Quiso moverse, pero no le respondió el cuerpo. Además, seguía atada al suelo por las muñecas. No le quedaban fuerzas para golpear a Leónidas con las piernas, a pesar de que su instinto de supervivencia la instaba a ello.

—Es el momento —anunció él—. Fátima Suárez, pagarás por los errores de tus antepasados. Haremos justicia juntos; cederás tu vida a cambio de mi libertad.

Seguidamente, la cogió por el cuello y la empujó

rápidamente hacia el barreño de agua. Fátima vio el fondo de madera del barreño antes de sentir que se introducía dentro del agua. Estaba fría y provocó que su cuerpo entrara, todavía más, en estado de *shock*. Sentía la presión que ejercía Leónidas desde arriba, mientras le inmovilizaba el cuello para que no pudiera salir. Durante los primeros segundos contuvo la respiración inconscientemente, pero no tardó en intentar respirar y comenzar a tragar agua. Demasiado pronto le quemó los pulmones. Su cuerpo empezó a moverse solo, intentaba impulsarla hacia arriba. Ejerció incluso más fuerza contra las cadenas que la tenían atada y no sintió dolor en las muñecas. Empezó a patalear y a golpear todo lo que podía. No sintió que llegara hasta Leónidas. El cerebro no le respondía. No pensó en nada más allá de la ansiedad que le provocaba aquella agua fría y la falta de aire.

Cuando estaba a punto de perder la consciencia, notó que Leónidas la soltaba. Sacó la cabeza al instante y pudo tomar una bocanada enorme de aire para después comenzar a vomitar agua. Su cuerpo era un trapo que se retorcía en el suelo. Veía borroso y le dolía muchísimo la cabeza. Tardó unos segundos en darse cuenta de que seguía viva y consciente. Quiso levantarse, pero se quedó tumbada y mirando hacia el fondo de la habitación y con la pared a la espalda. No tenía fuerzas para moverse.

No entendió qué pasaba hasta que vio a Leónidas agacharse al lado del barreño y alcanzar la pistola. Se puso de espaldas a ella y vio, de lado y recibiendo una imagen inclinada, que alzaba el arma en dirección a la puerta. Escuchó unos pasos rápidos y contundentes subir la escalera, y mientras escupía agua e intentaba calmar el ardor de los pulmones, deseó que fuera la policía y la rescatara de ese sufrimiento.

—Joder —musitó Leónidas.

Seguidamente, se movió y se situó a su lado de nuevo. Se agachó y apuntó hacia la puerta mientras a ella la movía con la otra mano. Al fin, la puerta de madera se abrió con un impacto fuerte que la descolgó del marco e hizo que cayera hacia delante. Fátima volvió a gritar con todas sus fuerzas, rogaba de manera ininteligible que la salvaran. Leónidas se movía de

manera brusca, se levantó de nuevo y apuntó hacia el hueco que había dejado la puerta.

Lo primero que vio Fátima fue el cañón de dos pistolas asomarse y, de pronto, seis policías nacionales entraron en la estancia. Contuvo el aliento y se preguntó si acaso todo era un sueño.

—Soy el inspector López. Aléjese de ella —la voz sonó desde fuera de la estancia.

Leónidas parecía estudiar sus posibilidades y movió la pistola hacia la cabeza de la historiadora. No se acercó a ella, pero desde donde estaba podía ver el cañón apuntándola. Fátima volvió a llorar y a gritar de manera lastimosa.

—Un paso más y le vuelo la cabeza —anunció Leónidas con una voz clara y contundente.

—Esto se ha acabado, Leónidas. Deje el arma en el suelo y póngase de rodillas con las manos en la cabeza —ordenó Curro López, cuya voz resonaba en la mente de Fátima.

Pasaron unos segundos terribles en los que Fátima vio pasar los recuerdos de su vida por delante de sus ojos. Tuvo tiempo de dedicar unos últimos pensamientos a su familia y se concienció de que estaba a las puertas de la muerte. Al menos, se marcharía sin tener que aceptar lo que había ocurrido por culpa del que creía el amor de su vida.

De pronto, Leónidas se movió rápidamente y sintió que la cogía de nuevo por la cabeza. Cerró los ojos y aceptó la muerte cuando el agua fría le tocó el rostro de nuevo. Ni siquiera podía oponer resistencia, así que se dejó hacer.

Hasta que un disparo resonó en los huesos de la historiadora e hizo que todo se fundiera en negro.

Ocho meses después

Capítulo 71

Las luces de la librería titilaban sobre cantidad de personas que habían acudido a la presentación del libro *El asesino de los catorce puentes*. Jimena notaba cómo comenzaba a sudar, ataviada con ese vestido de punto que había elegido para un noviembre que se despertaba en Granada con calefacciones a todo gas. Le dolía también la mano derecha de firmar libros, y comenzaba a cansarse de sonreírle a cada granadino que se había acercado a hacerse con una copia. El libro había salido a la venta hacía tres semanas y ya estaba posicionado como uno de los más vendidos del trimestre en el sector literario. A Jimena le había supuesto horas y horas de trabajo contra reloj. Fue incapaz de retomar su vida personal durante los meses que había tenido que escribir y corregir lo más rápido posible para que se publicara cuanto antes.

España seguía sumida en un proceso de aceptación tras lo ocurrido con Leónidas Tejada. Había sido un caso demasiado sonado mediáticamente, que había cruzado incluso las fronteras del país. Hacía tiempo que no se investigaban crímenes de la mano de un asesino en serie tan peligroso y sanguinario como el catedrático. La Universidad de Granada había decidido no dar declaraciones, también en completo estado de *shock* tras la resolución del caso. Y a la sociedad granadina le costaría todavía más meses aceptar lo que había ocurrido en sus calles. Jimena sabía que, gracias a su libro, la gente podría conocer la verdad sobre Leónidas Tejada. Había contado su historia y la de su familia, y dejaba a juicio del lector decidir si la justicia de Leónidas era aceptable. Para ella, por supuesto que no. Pero no quería condicionar a los que se

acercaban a leer su libro, que deseaban conocer los entresijos de la investigación y los verdaderos motivos que llevaron a un hombre de renombre como Leónidas a cometer aquella locura.

—¿Tenéis un bolígrafo? —Jimena se giró y miró a Gari Atxa y a Fátima Suárez.

Los dos la habían acompañado en la velada de aquella tarde en la presentación del libro para ofrecer su perspectiva del caso. Jimena seguía preocupada por Fátima, que había confirmado su asistencia a última hora y había hablado unos pocos minutos. No quería presionarla y sabía que necesitaría mucho tiempo para aceptar lo que había ocurrido en su vida. Había avisado a los medios de que iría Fátima y también les había advertido para que no le hicieran ninguna pregunta personal. Todo el mundo conocía su historia, pues Jimena le había pedido permiso para contarla. Había estado dispuesta a mantenerla en el anonimato, con un nombre ficticio, pero Fátima le había pedido que contara la historia de Leónidas como había sido. Se había constituido en una pieza fundamental de su juego y quería que el mundo lo supiera. A pesar de saber que durante años sería recordada como la gran mártir de aquella locura.

—Toma este, te esperamos fuera para cuando acabes —contestó Gari después de tenderle un bolígrafo de tinta azul.

Jimena vio que se alejaban y terminó de firmar el libro que tenía entre las manos antes de tendérselo a su dueña. Después aceptó hacerse una fotografía y aguardó, bebiendo agua, a que pasara la siguiente persona de la cola.

—Jimena, qué alegría verte —la voz de Lucía Cañales invadió la estancia y la periodista se levantó emocionada para fundirse en un abrazo con la presidenta de la asociación de bebés robados de Sevilla.

Charlaron unos minutos y Jimena agradeció que se hubiera acercado desde Sevilla a la presentación de su libro. Lucía Cañales y ella llevaban meses estableciendo un plan para que Jimena retomara la búsqueda de su madre. Que los resultados de coincidencia genética fueran negativos no era más que un impulso para buscar nuevas vías. Lucía estaba convencida de que con su libro, *Las mujeres que ofrecieron su vida a Dios*,

donde había dado cobertura mediática a un entramado de bebés robados, llegarían a buen puerto. Jimena había añadido en el libro que acababa de publicar una nota en la que pedía que si alguna mujer que hubiera sido víctima del entramado que se contaba en su anterior libro la leía, que diera el paso y le escribiera. Si no era su madre, quizá dieran con un hijo o un hija que estuvieran buscando. Fuera como fuese, utilizaba también el libro que publicaba para despertar conciencias en la sociedad española sobre los bebés robados de España. Y estaba dispuesta a luchar por encontrar a su madre, fuera viva o muerta. No descansaría hasta llegar a sus raíces y sentir la paz que tanto ansiaba.

La firma no terminó hasta dos horas después, en las que Jimena no dejó de firmar ejemplares y de hablar con los granadinos que se habían acercado a verla. Sabía que parte de su público se movía por el morbo y la necesidad de respuestas, pero que también otra parte ansiaba conocer la historia de la ciudad que habitaba. En *El asesino de los catorce puentes*, Jimena relataba la historia del embovedado del río Darro y las familias a las que había afectado. A pesar de sentir repugnancia por Leónidas, tampoco deseaba ocultar la historia de la ciudad. Al fin y al cabo, el embovedado había supuesto un cambio en el patrimonio de Granada, en la vida de las familias humildes que habitaban alrededor del río y por las consecuencias del reventón de 1951. Todo aquello era cierto y debía contarlo de manera objetiva.

—Cruz, este me lo llevo sin firmar. Espero que hayas hablado bien de mí. —Curro López la paró en la puerta de la librería y le sonrió mientras le mostraba un ejemplar del libro.

—Espero no tener que verte nunca más, Curro. A no ser que sea para traer buenas noticias —se despidió Jimena antes de darle la espalda y echar a andar hacia el bar donde le había escrito Gari que estaban Fátima y él esperándola.

Jimena no sabía qué le depararía el futuro, pero estaba segura de que Curro López y ella jamás serían amigos. En el fondo, sabía que Curro había agradecido su colaboración y reconocía que, sin ella, quizá no habrían salvado a Fátima a tiempo. Jimena sabía que él y su equipo habían jugado una

parte fundamental de la investigación y también estaba agradecida por el trabajo que habían hecho para encontrar a Fátima. Sin embargo, su desconfianza hacia los cuerpos de seguridad del Estado no había cambiado. Seguía envuelta en la lucha por la memoria histórica y por conseguir justicia para aquellos padres a los que les arrebataron a sus bebés. Y sabía que ahí, el Estado tenía mucho por lo que hacerse responsable.

Conforme llegaba al bar, recibió una fotografía en su teléfono y sonrió. Era Carmina, que se había ido dos semanas de viaje con Miguel Alcázar. Ambos tenían vacaciones y disfrutaban de ellas. En la fotografía vio a Hugo jugando con la hija de Miguel en la arena de una playa paradisíaca. Su hermana había formalizado esa relación en los últimos ocho meses desde que Jimena terminara la investigación. Miguel le había pedido matrimonio hacía unas semanas y habían comenzado a preparar la boda. Jimena estaba feliz por ella, consciente de que Carmina había encontrado ese final feliz que deseaba junto a un hombre que pudiera ejercer de padre para Hugo y la acompañara a lo largo de su vida. Miguel, por su parte, había recuperado su negocio. Sobre todo, a raíz de la publicación de *El asesino de los catorce puentes*, pues en las últimas tres semanas los granadinos habían ido a comer allí más que nunca, deseosos de poder hablar con el equipo sobre la historia del primer restaurante de la cadena.

La periodista sabía que no había nada que pudiera traer de vuelta a las víctimas que habían fallecido en las manos de Leónidas Tejada, pero había intentado dar a cada una su lugar en la historia y empujar a la sociedad granadina a que apoyara a sus familiares. Solo deseaba que la ciudad no volviera a verse envuelta en una locura como aquella que habían vivido, y que nadie tuviera que volver a sufrir como tantos lo habían hecho.

—Una copa de vino blanco para la famosa —le pidió Gari a una camarera mientras ella se acercaba a la mesa en la que estaban sentados.

—Ahora solo bebo en ocasiones especiales —intervino Jimena con una sonrisa mientras abrazaba a sus compañeros.

También había vuelto a dejar el tabaco y esperaba que fuera para siempre. Había retomado las sesiones con su terapeuta y

no había tardado demasiado en poner su vida en orden de nuevo. Deseosa de no volver a caer en sus antiguos vicios, quería cuidarse a sí misma y sabía que merecía la pena hacerlo, por eso había vuelto a terapia en cuanto había podido.

—Están planteando la prisión permanente revisable para… Leónidas —dijo de pronto Fátima.

—¿Cómo estás tú? —contestó Jimena cogiéndola de la mano.

—Tirando. Tengo días mejores y peores. No sé si me duele más haber perdido lo que proyectaba a su lado o saber la verdad sobre quién era y lo que hacía —explicó Fátima con una sonrisa de añoranza.

—Es normal que se planteen la prisión permanente revisable. Es un psicópata fuera de control. Además, existe el riesgo de que, al salir, en las décadas que sea, vuelva a asesinar de nuevo por seguir con su plan. Tú nunca estarías a salvo. Tampoco el resto de las personas que estaban en su lista, Fátima —explicó Gari cogiéndola de la otra mano por encima de la mesa.

La policía había encontrado entre las pertenencias de Leónidas una lista con más nombres. También su plan, que era mucho más elaborado de lo que esperaban. No todo terminaba con Fátima, pero sí que tenía un orden que seguía al pie de la letra. Nunca habían descifrado los motivos de ese orden, pero contaba con catorce nombres. Catorce puentes, catorce víctimas. Era un plan inviable, pues cuanto más hubiera asesinado, más cerca habrían estado de él. Y todos agradecían haberlo cogido antes de que asesinara a Fátima. Al menos, le habían frenado los pies a tiempo.

—¿Cómo va la terapia? —le preguntó Jimena antes de darle un trago a su vino blanco.

—Bien. Tu terapeuta es muy buena. Pensé que me ahogaría en una depresión, pero lo cierto es que estoy procesando lo que ocurrió y poco a poco vuelvo a desear vivir como lo hacía antes —anunció Fátima con una mirada dulce.

—Eres fuerte y… ¡ya eres doctora! Imagínate si eres capaz de superar esto que has terminado tu doctorado en ocho meses, a pesar de lo ocurrido —la aplaudió Jimena con sus palabras.

Fátima necesitaría muchísimo más tiempo para retomar su vida con completa normalidad. Jimena sabía que lo ocurrido dejaría mella en ella para siempre. La policía la había salvado cuando dispararon a Leónidas en una pierna. Eso había provocado que cayera al suelo y perdiera el arma. Después, Jimena y Gari habían entrado en la estancia junto a Curro López y habían ayudado a mover a Fátima hacia la ambulancia que estaba de camino. Jimena jamás olvidaría el hedor de aquella habitación y de la propia historiadora, tampoco podría olvidar cómo se sentían sus huesos a través de la ropa. A Leónidas ni siquiera lo había mirado. La policía, además, encontró sus trofeos colgados en una vitrina de una pared del cuarto.

Leónidas Tejada, como habían supuesto, había arrendado aquella finca con un contrato por debajo de la mesa. No contaba con ayuda externa, como se podía suponer, sino que se había tejido una red de contactos a los que había engañado para que lo ayudaran inconscientemente. Por ejemplo, a su tío le había pedido que lo avisara si la policía iba por la casa familiar de Baza. Así se había preparado para la llegada del equipo a la finca donde estaba. Gari le había dicho que, probablemente, no había huido porque deseaba seguir con su plan, a pesar de existir la posibilidad de que lo cazaran. Desde que lo detuvieron, estuvo en prisión preventiva en una unidad de aislamiento a la espera de que lo trasladaran a su ubicación definitiva tras el juicio.

—Sí, lo soy. ¿Sabéis quién vino a la ceremonia? Bueno, además de Jimena. ¡Mi padre! ¡Mi padre vino a Granada! —exclamó ella emocionada.

Jimena había visto a su padre en la ceremonia de Fátima. Poco tiempo después de resolver el caso, Pedro le había confesado a su hija que guardaba esos mapas porque siempre había creído que su padre había sido asesinado. Nunca había llegado hasta Leónidas, ni mucho menos hasta la historia de su familia, pero tampoco pudo descansar en paz hasta que se desveló el resultado del caso. Además, le dijo que el día que desapareció de su habitación, justo cuando ella estaba secuestrada, había salido a buscarla. A raíz de que no

contestara al teléfono durante dos días, se había obsesionado y había creído que podía ser la siguiente víctima. Tampoco se equivocaba.

A raíz de todo lo ocurrido, Fátima se había refugiado en sus padres y había vuelto a vivir con ellos, que la ayudaron a hacer las paces con su historia con Leónidas, felices de que hubiera sobrevivido y de tenerla entre sus brazos.

—Es hora de seguir con nuestras vidas y de dejar todo esto detrás —anunció Jimena mientras alzaba la copa para hacer un brindis.

La noche siguió su cauce en el interior del bar mientras los tres celebraban aquella victoria, ocho meses después. Fátima necesitaría tiempo para volver a la normalidad y Jimena estaba dispuesta a acompañarla en ese proceso. Leónidas Tejada no volvería a asesinar y recibiría todo el peso de la justicia sobre él. Por su parte, Gari, seguía con su trabajo como siempre había hecho. Colaboraba de manera permanente con la policía y había adecentado su piso, dándole así la vida que nunca había tenido.

Jimena sonrió de pronto cuando se dio cuenta de que era una afortunada. Habían conseguido salir con vida de la investigación. Contaba con una amiga, por primera vez en años. Tenía a su lado a Gari Atxa, un hombre que esperaba a que ella estuviera preparada para amar y ser amada. A su lado también tenía a su familia, Carmina y Hugo, que estaban más felices que nunca. Y no le faltaba el trabajo de lo que la apasionaba, que era el periodismo.

Por el momento, volvía a elegirse a sí misma. A darse otra oportunidad y a aprender a conocer a esa Jimena Cruz que llevaba dentro y que pocas veces escuchaba.

Epílogo

1995

El niño que creció entre las fauces de un monstruo había sido capaz de ser incluso más tenebroso que su padre. Ya no solo porque era conocedor de ese don que tenía de manipular a su antojo y hacer daño, sino porque había encontrado un objetivo en la vida. Sería el mejor siempre. Y llevaría a cabo el plan que su padre nunca había sido capaz de terminar. Lo mejoraría por ajusticiar la historia de su familia y dar a conocer las barbaridades que se habían cometido en la ciudad de Granada.

Estaba dispuesto a llegar hasta el final, a desvelar cómo el embovedado del río Darro no solo había supuesto perder la mayor parte sus puentes, sino también el dolor de muchísimas familias como la suya. Haría justicia por todos. Y esa justicia comenzaba con su carrera universitaria.

Sonrió y se sentó en la mesa de madera laminada que crujió bajo el roce de sus dedos. Sería el historiador especialista en el patrimonio de la ciudad más famoso del mundo. Y, después, mostraría sus verdaderos conocimientos a la gente.

En aquella clase les hablaron del río Darro y su historia. El joven, embelesado, trazaba un mapa en su cuaderno mientras escuchaba la ponencia de la catedrática. El río Darro comenzó sus obras en 1791, mientras embovedaban la zona que iba desde el antiguo puente de la Paja hasta Puerta Real, el lugar donde había ocurrido el reventón de 1951 que había destrozado a su familia. Posteriormente, en 1854 se había embovedado desde el puente de la Paja hasta la plaza del Carmen, donde ya en sus tiempos se encontraba el ayuntamiento. No contentos con aquel destrozo, habían avanzado las obras en 1856 embovedando desde el ayuntamiento hacia arriba, hasta el Corral del Carbón. La nueva visión del centro de la ciudad seguiría adelante en 1866 al

construir otro tramo del embovedado que iba desde el puente de la Paja hasta el puente de Castañeda. Quedaban aún tres obras más para finalizar aquel destrozo que supuso la pérdida de tanto para su familia; en 1873 realizarían la construcción del embovedado desde el puente del Carbón hasta el de San Francisco. Finalmente, conectarían Plaza Nueva con esa zona embovedando el río en 1878. Las obras se paralizarían hasta que, a las puertas de la explosión de la Guerra Civil, se realizaría el último tramo al este de la ciudad, cuando conectaron los dos últimos puentes que existían en 1936 y derrumbaron así el puente de Castañeda.

El joven tomaba notas y dibujaba el mapa mientras se imaginaba cómo habría sido la ciudad sin ese embovedado. La catedrática expuso también los motivos que llevaron al Ayuntamiento de Granada a tomar esa difícil decisión. Argumentaban la salubridad de la zona y la dificultad que suponía para la ciudad estar dividida en dos partes por un río. No comentó nada del reventón de 1951 y el joven frunció el ceño. Decidió levantar la mano y la catedrática le cedió la palabra.

—Me gustaría que nos hablase de los catorce puentes que había en la ciudad y cómo se destruyeron la mayoría a causa de esa decisión de embovedar el río. También que desarrollara un poco sobre el reventón de 1951. La bóveda ya estaba fracturada por un accidente previo y supuso la explosión del suelo en la zona de Puerta Real. Se llevó cuatro vidas, además de ser la causa del derrumbe de un bar muy famoso de la zona.

—Tienes razón, es un tema muy interesante. ¿Cómo te llamas? —La catedrática se acercó a él.

—Leónidas Tejada —respondió él levantándose con una sonrisa.

—Veo que te interesa la historia patrimonial —comentó ella.

—Así es. Es el motor de mis estudios.

—Llegarás lejos si sigues así —contestó la catedrática antes de girarse y retomar su ponencia.

Él sonrió. Llegaría lejos. Muy lejos.

Todos conocerían a Leónidas Tejada.

Granada escucharía la verdad y los culpables pagarían sus pecados.

Carta de la autora

He querido añadir una carta para los lectores de *Las aguas sagradas* porque hay ciertos temas que se tratan en la novela que me gustaría comentar. Quería dirigirme a vosotros, por primera vez en una novela, para aclarar los elementos históricos que son protagonistas en la historia. Y, sobre todo, para remarcar ciertos asuntos que me parecen importantes.

En el año 1836 se diseñó el primer proyecto donde se esbozaba una propuesta para embovedar el río Darro de Granada. Este río, que dividía en dos mitades la ciudad de Granada, ha sido un lugar evocador para el romanticismo en el ámbito artístico. Las obras para soterrar el río comenzarían en 1854, como se menciona en *Las aguas sagradas*, y se terminarían en 1938. Fue haciéndose por tramos, entre los catorce puentes originales, de los que solo se conservan cuatro. Parte del proceso del embovedado supuso la demolición de los puentes que conectaban los dos lados de la ciudad.

Los motivos que llevaron a soterrar el río a su paso por el centro de la ciudad fueron varios. Por una parte, se argumentaba que el río Darro era un foco de insalubridad para la ciudad, ya que era el lugar en el que los vecinos arrojaban todo tipo de restos. Por esa falta de salubridad, el río generaba rechazo, preocupación e incomodidad. Por otra parte, también se alegaba a favor de soterrar el río que habían ocurrido diversas inundaciones que causaron estragos en la ciudad.

La decisión estaba enmarcada también en un momento de tensión en la ciudad que aceleró el proceso de soterramiento. Por un lado, las inundaciones habían supuesto la pérdida de la zona baja de la ciudad. Por otro, al poco de concluirse el primer tramo del embovedado, una epidemia de cólera en 1885 mataría a más de cinco mil granadinos y convertiría a Granada en una de las pocas ciudades españolas en sufrir un retroceso demográfico. A esto habría que sumarle el terremoto

del invierno anterior, que dejaría más de ochocientos muertos. Todos estos hechos también acelerarían la necesidad de avanzar en el proyecto de embovedado y seguir adelante con su segundo tramo.

El reventón de 1951, que se menciona en la novela y que es el detonante que impulsa a Leónidas a trazar su plan maestro, también es un hecho histórico. En *Las aguas sagradas* se habla de un bar que pertenece a la familia de Leónidas y que se derrumba como consecuencia del reventón. En este derrumbamiento fallecen sus abuelos. Lo que ocurrió en realidad fue que se derrumbó un bar en la zona de Puerta Real. El reventón tuvo lugar a las siete y diez de la tarde del 12 de septiembre de 1951. Pero en los hechos reales fallecieron dos niños, hijos de los dueños del negocio. En memoria de esta pérdida quise incluir el fallecimiento de los abuelos de Leónidas.

Este reventón, que ya había tenido un predecesor sesenta años antes, fue un desastre que colapsó la ciudad durante días. Cuando se vino abajo la bóveda, que ya venía dañada del accidente previo, se elevó el pavimento, que comenzó a ondular hasta que estalló, lo que provocó que el agua subiera más de tres metros durante quince minutos. La violenta explosión destrozó el suelo por diferentes zonas (se pueden ver fotos en internet), derrumbó el bar y se llevó por delante la vida de los dos pequeños.

Según los análisis de los especialistas que atendieron el accidente, parecía lógico que explotara en esa zona, pues era donde la bóveda de piedra tenía su punto más bajo y donde se resentía más del accidente que había ocurrido sesenta años antes.

Por descontado, quiero tranquilizar a los lectores que deseen visitar Granada o que vivan allí, pues evidentemente el Ayuntamiento de la época sustituyó esa bóveda por una nueva más moderna y también arreglaron los caminos y las acequias que se vieron afectados por el arrastre de escombros por el propio río.

Fuera como fuese, es innegable que la decisión de embovedar el río Darro supuso un cambio en todos los sentidos

para la ciudad de Granada. Especialmente, para los vecinos que habitaban alrededor del río. Antes de comenzar las obras que soterrarían el Darro, la mayor parte de los habitantes granadinos que vivían junto al río eran de clase baja. Fueron expulsados de sus casas y no pudieron permanecer en la zona, ya que con cada tramo del embovedado aumentaba el valor del suelo adyacente. Podríamos decir que los alrededores del río pasaron de ser la zona humilde a ser la zona de la burguesía. Muchos argumentan una clara limpieza social del centro de la ciudad, que afectó a cientos de familias que tuvieron que abandonar sus casas y trasladarse al extrarradio o a las afueras.

Como cualquier proceso de cambio, las decisiones que toma un Ayuntamiento (o varios, como en este caso) tienen un claro impacto en la vida de los habitantes de la ciudad. Hoy en día hay movimientos que reivindican desembovedar el Darro y devolverle a la ciudad la imagen que tenía originalmente. Por eso no quería que cayera en el olvido esta curiosidad de la ciudad granadina que muchos desconocen. Me parecía un fenómeno interesante de tratar, especialmente para que cada uno valore e interprete las consecuencias que tuvo y lo que podría suponer tener un río bajo el suelo de una ciudad tan bella como Granada.

En *Las aguas sagradas* se habla no solo de patrimonio, sino también de otras cuestiones que tienen que ver con la memoria histórica española. Si habéis leído mi anterior novela, *Las niñas salvajes*, estaréis un poco más familiarizados con la importancia que tiene para mí el entramado de bebés robados en España. Si no, os recomiendo leerla también. Me gustaría tener un pequeño espacio para hablar de esto. No quisiera que ningún lector diera por hecho que el personaje de Jimena es casual o que está ficcionado en cuanto a sus orígenes. *Las aguas sagradas*, al igual que *Las niñas salvajes*, intenta ser un apoyo a la lucha de las familias que siguen buscando a sus hijos y a quienes les robaron todo lo que tenían durante el franquismo y el posfranquismo. Para esta novela han sido imprescindibles la documentación de la mano de la Asociación de Bebés Robados de Sevilla y las llamadas de teléfono con su presidenta. Esa escena que tenéis en Sevilla en la que Fátima y Jimena se

sientan con Lucía Cañales a hablar de la realidad de la búsqueda de padres e hijos separados por robos es tal cual una transcripción de mis conversaciones telefónicas con la Asociación de Bebés Robados de Sevilla. Además, se ha enriquecido con múltiples testimonios y los pocos documentales y textos que tenemos y a los que podemos acceder. No es ficción que hasta los años 90 se robaran bebés en España, y no me gustaría que dejarais esta novela creyendo que es una exageración de los hechos. Tampoco es ficción que hay laboratorios en nuestro país en los que las víctimas no pueden confiar ni que se intente sentar en un juicio a un culpable con pruebas y se desestime.

Hoy en día sigue siendo sumamente difícil conseguir justicia. Hasta hace poco ni siquiera teníamos una ley de memoria histórica que pusiera las verdades sobre la mesa. Y ahora, con la que tenemos, no existe tampoco la posibilidad de hacer justicia. Muchas familias solo quieren encontrar a sus hijos robados, pero ni siquiera se les ponen los medios que necesitan para hacerlo. Y otras tantas, en todo su derecho, ansían hacer justicia contra las barbaridades que se perpetraron de manera injusta contra ellos. Como nos decía Jimena: «¿En qué país se puede vivir en paz cuando unos han perdido tanto y otros lo ganaron a costa del sufrimiento ajeno? Sin justicia claro que no hay paz».

Si queréis colaborar con la causa de los bebés robados, acudid a las asociaciones de vuestro alrededor para informaros. A mí me recomendaron también hacerme un test de ADN en Estados Unidos, así los laboratorios de allí podían tener mi línea genética y en caso de tener unos padres o un hijo buscando, si tenía algún porcentaje de coincidencia, darían conmigo fácilmente. Sea como sea, con tener una opinión al respecto y dedicarle parte de nuestro tiempo ya estamos ayudando. Por eso era tan importante para mí que Jimena Cruz fuera un bebé robado, porque es una parte de nuestra historia que me retuerce el alma y solo con visibilizarla esa angustia mengua un poco por las noches.

En *Las aguas sagradas* también se mencionan otros hechos relacionados con la memoria histórica. Me gustaría pararme a

reflexionar sobre el personaje de Estrella Ramírez, la segunda víctima de la novela. Como descubren nuestros protagonistas, era dueña de una constructora que había heredado de su familia. Si lo recordáis, se menciona que esta constructora pertenecía a una familia afín a la República Española y se les expropió tras el golpe de Estado y la victoria de los franquistas. Tras ello la pusieron en manos de una familia de camisas azules que habían sido quienes denunciaron y mandaron a la muerte a sus propietarios originales. Estos sencillos detalles son para mí, como autora, sumamente relevantes. Pues no deseo que caiga en el olvido cuantísimas familias españolas siguen sufriendo las consecuencias de la dictadura que asoló nuestro país, como tampoco las numerosísimas familias que han seguido beneficiándose de su posición y de su actitud durante el régimen franquista. Solo espero que seáis vosotros, los lectores, quienes penséis en todos esos detalles y que *Las aguas sagradas* sirva para entretener y para haceros preguntas.

Escribir esta novela ha sido para mí un auténtico placer. Pero también ha exigido un laborioso trabajo de documentación. Un día podríamos sentarnos a hablar del embovedado del río Darro y sus consecuencias, porque creo que, entre eso y sus detalles mágicos como el oro, el gallipato y el sauce…, ya soy toda una especialista. Debo decir que me ha resultado fascinante escribir sobre parte de la historia de Granada y su río. También hablar del proceso que viven las mujeres cuando se someten a tratamientos de fertilidad asistidos o del que se sigue cuando un hijo robado ansía encontrar a sus padres. Sin duda, ha sido apasionante escribir *Las aguas sagradas*. En ella hay más verdad e historia de lo que pueda parecer. Si eliminamos los asesinatos…, nos quedarían solo hechos históricos y los elementos reales. Espero que este juego de luces os guste tanto como me gusta a mí.

Gracias por leerme.

Agradecimientos

La escritura de una novela es un proceso intenso en el que muchas personas desempeñan un papel fundamental. Por eso siempre me gusta agradecer a quien ha estado cerca de mí en un momento u otro de su desarrollo.

Quiero empezar por mis lectores y lectoras. Gracias por acompañarme desde siempre o desde este libro. Os debo todos los sueños que he cumplido porque sin vuestro *feedback* yo no estaría aquí escribiendo estos agradecimientos. Así que gracias, de verdad, por leerme.

Eterno agradecimiento a mi familia por su apoyo incondicional. A mi padre, Floren, porque es parte del cerebro de esta historia y con quien me ponía a discutir cada pequeño detalle antes incluso de escribirla. A mi madre, Mari Carmen, porque sin ella esta historia tampoco estaría terminada y por ser de mis primeras lectoras capítulo a capítulo conforme escribía. A mi hermana, Isabel, por ayudarme a crecer y recordarme cada día de dónde vengo. Y al resto de mi familia, porque han sido un gran apoyo y un buen grupo de difusión de mis historias (mi abuela Maruja, mi tía Isabel, mi prima Mari Ángeles, mi tío Fran, etc.).

A Javier Sánchez, por quererme y cuidarme como lo hace. Por ser ancla y hogar. Entró en mi vida el día que escribí el primer capítulo de *Las aguas sagradas* y ha sido inspiración para esta historia. Gracias por formar parte de mi vida. Te quiero.

Por otro lado, gracias a mis amigas, que han sido apoyo y espacio seguro desde hace años. Especialmente a mis niñas, que me hicieron firmar un contrato prometiendo dejarles leer este libro en exclusiva en cuanto estuviera escrito (¡aunque no corregido! ¡Eso es amor!): Adriana Haagsma, Irene Morales, Míriam Huertas y Nuria Aguilar. Gracias por leerlo, por vuestro *feedback* y por quererme como soy. Os tengo para

siempre.

A otras amigas, a las que también quiero y que me apoyan en cada una de mis historias. Elsa Pórtulas y Haizea Álvarez, porque seis años parecen muchos, pero han pasado demasiado rápido entre Granada, Bilbo y Barna. Gracias a mis niñas del 1.º F por haber convivido con una escritora poco ilustre como yo y apoyarla en cada cosa que hace: Sofía Rico, Aitana Pérez y Cecilia Herrero.

No pueden faltar aquí dos amigos que son como dos constelaciones imprescindibles en mi vida. No solo son mis socios (pues tenemos una empresa llamada Literali Box juntos), sino que además son de mis mejores amigos y un apoyo vital que necesito cada día como el oxígeno. Gracias a Josu Diamond y Andrea Izquierdo por tantas locuras, tanto amor y tantas historias contadas. Vamos a por diez años más.

Gracias a tantas personas que han llegado a mi vida por los libros y a los que les debo amor, amistad y aprendizajes: Chris Pueyo, Javier Ruescas, Mónica Rouanet, Men Marías, Susana Martín Gijón (gracias por confiar en mi voz y apoyarla con tu frase para la faja de la novela), Adriana Criado y muchos más.

Gracias a mis agentes, que han creído en mí desde que nos conocimos y que son el motor de Jimena Cruz. Eterno agradecimiento a Pablo Álvarez y David de Alba por defenderme y levantarme cuando desfallezco. Por personas como ellos sigo trabajando en el mundo de los libros, a pesar de lo difícil que a veces resulta.

Un libro existe gracias a un equipo enorme de personas que lo hacen posible. No podría dejar de agradecer a las personas invisibles que están detrás de *Las aguas sagradas*. Gracias a Marina Mena y Fernando Paz, mis editores, por creer en esta historia y darle forma. Gracias a Alberto Marugán y el equipo Alabra (especialmente a Irene Sanz) por cumplir esos deseos que solo Marketing puede cumplir. Gracias al resto del equipo de Contraluz, porque no habría novela sin todas esas personas que están detrás. Gracias a Víctor J. Sanz, mi corrector, por el trabajo brillante que hace con mis obras y mi voz.

Gracias a todos los que estáis, los que habéis estado y los que estaréis. Por vosotros existen estas historias. Por las que

me contáis en el día a día. Gracias de corazón.

Pensamientos tiene el Darro
de casarse con el Genil,
y le ha de llevar de dote
Plaza Nueva y Zacatín.

Canción popular granadina que hace referencia al río Darro y su historia.

Edición en formato digital: 2023

© May R. Ayamonte, 2023
Autora representada por la Agencia Literaria Editabundo, S.L.
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-18945-65-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.